



CHARLES JOURNET

TEOLOGIA  
*de la*  
IGLESIA



EDICIONES DESCLEE DE BROUWER



# TEOLOGÍA DE LA IGLESIA

Estamos en el siglo de la Iglesia. Si hubo años en la historia del Cristianismo en que pudo uno pensar que el problema cristiano, problema de la Redención, era un problema individual, que había de solucionarse cada cual a solas con su Dios, no hay duda de que en nuestros días se va haciendo cada vez más diáfana en la conciencia cristiana la idea de que el cristiano se llega a Dios formando parte de una familia, de la Iglesia.

Hace unos años escribía Charles Journet, una de las inteligencias más profundas y reposadas de nuestro momento teológico, una obra que se hace imprescindible a quien quiera penetrar en el misterio de la Iglesia. Los dos gruesos volúmenes de su obra «L'Eglise du Verbe Incarné» han bastado para colocar a su autor entre los teólogos de primera fila. Y sin embargo era la suya una obra que no estaba al alcance de todos, y muy en especial, lo dirá él mismo, al alcance de los más pobres, pobres de recursos materiales —la obra no era para todas las economías— y pobres de tiempo que dedicar al estudio de obra tan extensa.

Y fueron los más pobres de todos, los Hermanitos de Foucauld, quienes le pidieron un resumen de esa obra. Fruto del amor de un teólogo muy ocupado para con sus hermanos es esta «Teología de la Iglesia» que hoy presentamos.

Y los que amamos a la Iglesia hemos de agradecer al Profesor del Seminario de Friburgo que en medio de sus ocupaciones no esquivase esta nueva tarea, porque en este trabajo nos ha ofrecido algo con lo que raras veces se tropieza en el mundo de la ciencia teológica. Difícilmente se encontrará en una obra de estudio tal profundidad y novedad de concepción teológica aliada a un tan íntimo sentido religioso. Mientras la inteligencia con la ayuda de la fe va penetrando en el misterio de la presencia de Cristo entre







## **TEOLOGIA DE LA IGLESIA**

## COLECCION «VERITAS ET JUSTITIA»

2. JESUCRISTO EN SAN PABLO, por *L. Cerfaux* (3.<sup>a</sup> edición).
4. MEDITACION SOBRE LA IGLESIA por *H. de Lubac*. (4.<sup>a</sup> edición).
5. LA MISA. Presencia del Sacrificio de la Cruz, por *Ch. Journet* (2.<sup>a</sup> edic.).
6. LA CRISIS RELIGIOSA DE LOS TIEMPOS NUEVOS, por *A. Desqueyrat*.
7. LA IGLESIA EN SAN PABLO, por *L. Cerfaux*. (2.<sup>a</sup> edición).
8. TEOLOGIA DE LA IGLESIA, por *Ch. Journet* (3.<sup>a</sup> edición).
10. EL SACERDOTE SEGUN EL EVANGELIO, por el *Padre A. Chevrier*.
11. LA CONVERSION AL CRISTIANISMO DURANTE LOS PRIMEROS SIGLOS, por *G. Bardy*.
12. EL BINOMIO PAPADO-EPISCOPADO, por *T. I. Gimenez Urresti*.
13. INTRODUCCION AL ECUMENISMO, por *M. Villain*.
14. TEOLOGIA DE LOS MISTERIOS, por *T. Filthant*.
15. CUERPO MISTICO Y MORAL, por *E. Mersch*.
16. VATICANO I, por *E. Rondet*.
17. DESINTERES DEL CRISTIANO, por *G. Didier*.
18. DIOS OCULTO, por *F. Van Steenberghe*.
19. LA IGLESIA Y LA COMUNIDAD DE LOS PUEBLOS, por *Mons. Guerry*.
20. EL CRISTIANO EN SAN PABLO, por *L. Cerfaux*.
21. DOCTRINA POLITICA DE LA IGLESIA, Tomo I, EL ESTADO, por *A. Desqueyrat*.
22. LA IMITACION DE CRISTO, según el *P. Chevrier*, por *P. Berthelon*.



Cardenal CHARLES JOURNET

# TEOLOGIA DE LA IGLESIA

TERCERA EDICION

Colección «VERITAS ET JUSTITIA»

DESCLÉE DE BROUWER

1966

*Título original:* THÉOLOGIE DE L'ÉGLISE

*Editado por* Desclée de Brouwer, Bruges

Versión española de JAVIER GOITIA

Profesor del Seminario de Derio (Vizcaya)

NIHIL OBSTAT:

Dr. ANTONIO ZALDUA

*Censor ecco.*

IMPRIMATUR:

*Bilbao, 14 de octubre de 1959*

† PABLO, Obispo de Bilbao

© Desclée de Brouwer, Bilbao, 1959

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

Depósito Legal: BI. 877

---

EDITOR: DESCLEE DE BROUWER.—Henao, 6.—Bilbao  
TALLERES GRAFICOS EL NOTICIERO BILBAINO.—A. Recalde, 74.—Bilbao

## P R O L O G O

*Presentamos aquí un resumen de los dos primeros volúmenes de L'Église du Verbe Incarné; un resumen, no otro libro sobre el mismo tema. Hemos podido dejar las extensas justificaciones teológicas que eran necesarias en la primera obra. Nos ha sido preciso suprimir no pocos textos de los Padres, del Magisterio, y, en menor volumen, de la Sagrada Escritura. Pero hemos querido conservar las estructuras y las perspectivas por las que pueden, tanto los textos de los Padres como los del Magisterio y de la Sagrada Escritura, aparecer en su verdadera dimensión y revelarnos el misterio de su profundidad: es decir, lo que constituye la razón de ser, toda la finalidad de la Teología. Para decirlo en pocas palabras, hemos querido hacer más accesible la doctrina, no empobrecerla; divulgar, no vulgarizar.*

*Hemos transcrito páginas enteras. Hemos resumido otras. No hemos tocado a la conclusión. Hemos adoptado una disposición de los subtítulos que se asemeja a la exposición catequística, que le da al lector plena libertad para interrumpir a su gusto la lectura, le ayuda a aislar y dar fácilmente con los pasajes en los que desea detenerse.*

*Tras de una presentación (cap. I), ponemos a la Iglesia en relación con Cristo (cap. II) y con el Espíritu Santo (cap. III). La Iglesia halla su realización más perfecta en la Virgen (cap. IV). Brota de la Jerarquía apostólica, de donde la propiedad y la nota de la apostolicidad (cap. V). En sí misma está compuesta de un alma creada (cap. VI), de ahí la propiedad y la nota de la santidad (cap. VII), y de un cuerpo (cap. VIII). Es menester precisar el problema de la pertenencia a la Iglesia (cap. IX), antes de abordar el tema de la propiedad y de la nota de la unidad católica (cap. X). Y de esta manera nos será fácil llegar a las definiciones de la Iglesia (cap. XI).*



*El orden de conjunto ha quedado en parte modificado: lo cual nos ha permitido dar una mayor importancia a ciertos valores, por ejemplo a la propiedad y nota de santidad. Hemos simplificado las indicaciones referentes a la gracia cristiana, y desarrollado sus modalidades sacramentales. En lugar de atribuir necesariamente el origen de las desviaciones religiosas a la culpabilidad de las personas, nos ha parecido un deber el atribuir las en determinados casos a un simple error: Verdad es que «Dios no abandona más que si es antes abandonado», pero no lo es menos que este principio no excluye la posibilidad de ignorancias invencibles. Hemos modificado asimismo la presentación del Islam. No podíamos pretender resumir lo que nos queda aún por decir sobre la teología de la historia de nuestra salvación y por consiguiente sobre la Iglesia en su preparación antes de Cristo, y en su consumación y florecimiento en la Patria, toda vez que el tratado de la Iglesia ha de desembocar normalmente en el de nuestro último fin.*

*Santo Tomás no podía menos de maravillarse cuando pensaba en el modo cómo ha querido el Salvador condensar para personas faltas de tiempo, propter occupatos, todo el mensaje inmenso de las Escrituras canónicas en tres puntos: la fe en la revelación del Padre y de Aquel a quien El ha enviado, fe que confesamos nosotros en el Símbolo de los Apóstoles; la esperanza en las peticiones del Padre nuestro; nuestra conducta en el precepto único de la caridad. Por eso, cediendo a instancias del Hermano Reginaldo, había de emprender él a su vez el resumir en estos tres puntos toda la «doctrina de la salvación de los hombres». Y sin embargo no había aún acabado la Suma y el mismo Compendio había de quedar incompleto. Siempre será el tiempo demasiado corto para entrar en los misterios que lo rodean; pero el mensaje del Santo Doctor ha pasado, y no es necesario que pasen ciertas cosas para que nos entreguen su mensaje: el coro de Beauvais no tiene necesidad de su nave, y ¿qué catedral ha quedado terminada? Allí donde se detiene el texto del Doctor común, continúa dándonos luz su pensamiento.*

*Para ayudar a nuestros hermanos cristianos «ocupados», faltos de tiempo libre, y pobres incluso de dinero, nos han propuesto los editores de L'Église du Verbe Incarné que hagamos un resumen de dicha obra. ¿Cómo no había de llegarnos a lo más profundo del alma semejante invitación? Y sin embargo no hubiéramos aceptado espontáneamente el emprender dicha tarea: a causa de las perplejidades a que había de dar lugar,*



*del esfuerzo de ordenación de temas que había de exigir, del hastio que había de causar —¿será menester confesarlo sin rebozos?— el reproducir concepciones harto discursivas que podrían en cierto sentido velar un misterio al que sólo el silencio de la contemplación podría restituir su absoluta simplicidad: el misterio de la Iglesia que es la Casa de Dios, que es Cristo que se esparce y se comunica, que es el Evangelio hecho siempre presente. Si, a pesar de todo ello, se ha llevado a cabo este trabajo, lo debemos a la amistad maravillosa del R. P. Jean de la Croix Kaelin, primer Prior de los Dominicos de Annemasse, y consiliario eclesiástico del Movimiento Internacional de Intelectuales de Pax Romana.*

*Friburg (Suiza), Octubre de 1957*



## CAPÍTULO PRIMERO

### PRESENTACION PRIMERA DE LA IGLESIA

Hablaremos en primer lugar de la naturaleza de la Iglesia (I), a continuación de sus diversos estados o edades sucesivas (II).

#### *I. NATURALEZA DE LA IGLESIA*

Hemos de considerar tres puntos: 1.º, cómo contemplar a la Iglesia; 2.º, los diferentes nombres de la Iglesia; 3.º, la Iglesia misteriosa y visible.

##### 1. ¿CÓMO CONTEMPLAR A LA IGLESIA?

La Iglesia constituye una realidad en el mundo. Se ofrece a cuantos la buscan, aun cuando no todos llegan a comprenderla. En efecto, podemos contemplarla de tres diferentes maneras. Sólo la tercera manera de contemplarla nos la revela en su verdadera realidad.

**Tres miradas a Jesús.**—Cuando vivía Jesús en medio de nosotros, podíamos contemplarlo de tres maneras distintas.

1. Muchos se han encontrado con El, pero no han visto en El más que un hombre como otro cualquiera. Han tropezado con El en los caminos de Palestina, sin llegar a penetrar en su misterio. «¿No es éste, decían no pocos, el hijo de José cuyo padre y cuya madre todos conocemos?». Asombrados

durante algún tiempo por su predicación, han acabado por incluirlo en el número de los iluminados o en el de los revolucionarios políticos. Ninguno de éstos ha logrado penetrar más allá de la corteza de las cosas.

2. Otros han dirigido sobre Jesús una mirada más penetrante. Les ha sido dado el discernir en El cualidades excepcionales. Han logrado apereibir en su doctrina una sabiduría sorprendente en boca de quien no había asistido a la escuela, y en la santidad de su vida algo realmente único. Han podido captar en los hechos de los que era El autor, la señal de un poder que no es el poder de un hombre. Han creído que se trataba de un profeta. «¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del Hombre? Y le respondieron: Unos dicen que es Juan el Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías o alguno de los profetas» (*Mt.*, XVI, 13-14). Han visto el milagro de Jesús, pero no han soñado siquiera en el misterio de Jesús. No han comprendido la fuente de su irradiación extraordinaria.

3. Finalmente otros han podido mirar a Jesús con la mirada de la fe sobrenatural. Han creído en el misterio del Verbo encarnado. Y por añadidura se ha ido revelando a sus ojos el milagro de su vida. Sólo a éstos les ha sido dado el conocer verdaderamente a Cristo. «Tomás le respondió: ¡Señor mío y Dios mío!» (*Jo.*, XX, 28).

**Tres miradas sobre la Iglesia.**—1. Existe en primer lugar la mirada del observador superficial, del hombre que se dedica a la estadística, del historiador de las religiones que se dedica a hacer una mera labor descriptiva. La Iglesia se presenta a los ojos de los tales como una sociedad religiosa más entre otras. No hay duda de que les es relativamente fácil, en un primer estadio, el aislarla del conjunto de las demás religiones cristianas o no cristianas, el describir su forma de gobierno, sus estructuras, su enseñanza, su culto, su sacrificio, sus sacramentos y sus plegarias litúrgicas o paralitúrgicas.

2. Un observador penetrante llegará más lejos. Podrá reconocer la calidad de los valores que nos presentan a la Iglesia católica. Acaso se eleve hasta lograr discernir en su constancia, en su unidad y universalidad, en sus efectos de



santidad, un conjunto, en cierto sentido milagroso, de caracteres maravillosos. Aun cuando no es más que un pastor protestante, ni quiere juzgar, dice él, más que como historiador, Federico Hurter ve, en el Pontificado medieval, «un poder espiritual, cuyo origen, cuyo desarrollo, crecimiento e influjo constituyen el fenómeno más extraordinario de la historia del mundo» (1). «Al dirigir nuestras miradas hacia atrás y hacia adelante a lo largo de los siglos, prosigue el mismo autor, al ver cómo la institución del Papado ha sobrevivido a todas las instituciones de Europa, cómo ha visto nacer y perecer a todos los Estados, cómo, en la metamorfosis infinita de las cosas humanas, sólo ella ha conservado invariablemente el mismo espíritu, ¿habremos de extrañarnos de que sean muchos los hombres que la contemplan como la roca cuya cabeza inmóvil se eleva por encima de las rugientes olas del curso de los siglos?» (2). Muy cerca de semejante intuición anda Henri Bergson, cuando tras de haber estudiado las místicas de las diversas religiones, llega a la conclusión de que «ni en Grecia ni en la antigua India hubo un misticismo completo... El misticismo completo es en efecto patrimonio de los grandes místicos cristianos... No cabe la menor duda de que la mayor parte de ellos han pasado por estados que se asemejan en gran manera a los diversos puntos en los que desemboca el misticismo antiguo. Pero se han conformado con pasar por dichos estados: recogiendo sobre sí mismos para vivir un esfuerzo totalmente nuevo, han roto el dique; una corriente inmensa de vida los ha animado; de su vitalidad acrecentada ha brotado una energía, una audacia, un poder de concepción y de realización realmente extraordinarios. Baste con recordar lo que en el terreno de la acción llevaron a cabo un San Pablo, una Santa Teresa, una Santa Catalina de Sena, un San Francisco, una Juana de Arco y tantos otros» (3).

3. Existe por último una tercera manera de contemplar a la Iglesia. Con la mirada de la fe. Entonces la Iglesia se nos muestra en su misterio, en su realidad profunda, como

---

(1) *Geschichte Papst Innocenz des Dritten*, Hamburgo, 1834, t. I, p. 56.

(2) *Ibid.*, p. 79.

(3) *Les deux sources de la morale et de la religion*, París, 1932, pp. 242-243.

el Cuerpo de Cristo, en el que mora el Espíritu Santo que la dirige y vive en ella como un huésped. La Iglesia, Misterio de fe. He ahí lo que proclama solemnemente cada domingo la asamblea de los cristianos: *Credo unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam*. A la luz de la fe puede explicarse, como una añadidura, el carácter milagroso, comprobable externamente, de esta sociedad religiosa, y se hace luz sobre la paradoja viva que no deja de constituir ella para asombro del mundo (4).

## 2. LOS DIFERENTES NOMBRES DE LA IGLESIA.

Estos diferentes nombres designan los diversos aspectos de una realidad única, pero tan rica que no puede ser abarcada en un solo concepto.

**Pueblo de Dios.**—Jesús se ha presentado como el Mesías, como el Hijo del hombre anunciado en el Antiguo Testamento para reunir en torno a sí al pueblo de Dios. En lenguaje bíblico, el *Qahal Jahwe* hebreo era el pueblo de Dios, escogido entre las naciones infieles para adorar y servir al Altísimo. La Iglesia de Dios (ἐκκλησία τοῦ Θεοῦ), la Iglesia del Nuevo Testamento, es la realidad que le corresponde. Esta Iglesia representa la nueva agrupación de la humanidad en la que desea Dios establecer su reino: el pueblo santo, el nuevo Israel de los tiempos mesiánicos (5). La Iglesia es el Israel de la Nueva Alianza. Es la heredera de las promesas hechas a Abraham, promesas que han comenzado a realizarse en el orden nuevo inaugurado por Cristo y realizado en Pentecostés. «Pero vosotros sois linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido para pregonar el poder del que os llamó de las tinieblas a su luz admirable. Vosotros que en un tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios; no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis conseguido misericordia» (*I Petr.*, II, 9-10).

**Iglesia.**—El mismo Jesús (*Mt.*, XVI, 18; XVIII, 17), y

---

(4) Véase más adelante, p. 263.

(5) Cfr. F. M. BRAUN, O. P., *Aspects nouveaux du problème de l'Église*, Friburgo (Suiza), 1942, pp. 33-34.



a imitación suya, San Pablo, Santiago, los Hechos de los Apóstoles designan con el nombre de *Iglesia* (asamblea, convocación) al nuevo pueblo de Dios. El *Catecismo Romano* comenta de la siguiente manera esta designación: «Grandes misterios se hallan encerrados en esta palabra, Iglesia. En primer lugar la palabra convocación, que no hace más que traducir la expresión Iglesia, pero manifiesta al mismo tiempo la benignidad y el esplendor de la gracia divina y señala asimismo el abismo que separa a la Iglesia de las demás realidades temporales. En efecto, éstas son realidades que tienen su origen en la razón y en la prudencia humanas, al paso que aquella brota de la sabiduría y del consejo de Dios que nos convoca, por una parte interiormente, por el soplo del Espíritu que abre nuestros corazones, y exteriormente por otra parte, por la acción y el ministerio de sus pastores y de sus predicadores» (6).

La Iglesia, asamblea de los llamados por Dios, es colocada no pocas veces en oposición de la Sinagoga. Verdad es que jamás es designada con este nombre; pero la Sinagoga era ya la prefiguración de la Iglesia, el pueblo de Dios congregado en torno a un Cristo que había de venir. La negativa de la Sinagoga será lo que la habrá de oponer definitivamente a la Iglesia.

Así, pues, el aspecto que trata de poner en evidencia de una manera especial la revelación con esta expresión Iglesia es el de una multitud a la que han prevenido las gracias divinas, multitud convocada en torno a Cristo, y que responde libremente a esta convocación constituyendo de esta manera un organismo sobrenatural jerarquizado. La Iglesia es la Llamada. Se encuentra por doquiera allí donde se reúnen los cristianos en nombre de Jesús, es decir, según los designios y el deseo de Jesús: «Donde se hallan dos o tres reunidos en mi nombre, me hallo yo en medio de ellos» (*Mt.*, XVIII, 20), y Pablo escribiendo a Filemón, saluda a la «Iglesia que se reúne en su casa» (*Phil.*, I, 2).

**Cuerpo de Cristo.**—Esta realidad a la que llama Jesús «mi Iglesia», queda designada por San Pablo con otra expresión: La Iglesia es el *Cuerpo de Cristo*. Con lo que se nos

---

(6) Pars I, cap. X, n.º 3.

revela la naturaleza oculta de los lazos que ligan la Iglesia a Cristo. Uno y otro se complementan mutuamente de la misma manera que en el hombre se complementan cabeza y cuerpo.

Dios, escribe Pablo hablando de Cristo, «lo ha constituido por encima de todas las cosas, como Cabeza de su Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud de Quien lo llena todo y en todos» (*Eph.*, I, 22-23). Y en otro lugar se expresa también de esta manera: «En El os encontráis asociados a su Plenitud, ya que es El la Cabeza de todo Principado y de todo poder» (*Col.*, II, 9-10).

Cabeza y cuerpo tienen un mismo destino, una misma vida. La Iglesia que es criatura, forma con Cristo que es Dios, un organismo espiritualmente único. Nace de la efusión de una gracia cuya fuente se halla en Cristo, de un derramarse de la gracia de Cristo que nos hace semejantes a El.

Bajo este aspecto la Iglesia no es otra cosa más que «Jesucristo derramado y comunicado» (7). Y con una expresión más audaz aún dirá el Apóstol que la Iglesia es simplemente Cristo: «En efecto, de la misma manera que el cuerpo es uno aun cuando tiene diversos miembros, y que todos los miembros de este cuerpo, a pesar de su pluralidad no constituyen más que un único cuerpo, lo mismo sucede con Cristo» (*I Cor.*, XII, 12). ¿No se identifica por ventura el mismo Jesús con la Iglesia cuando, tras de haber arrojado a tierra a Saulo, le declara: «Saulo, Saulo, por qué me persigues?... Yo soy Jesús a quien tú persigues» (*Act.*, IX, 4-5).

**Esposa de Cristo.**—A la imagen del cuerpo se halla íntimamente asociada otra imagen que emplea frecuentemente la Escritura para designar a la Iglesia: la imagen de la *Esposa*. De la misma manera que la esposa tiene por cabeza al esposo, ya que se hallan sus dos personas íntimamente unidas en una misma vida humana, en una misma carne, así también la Iglesia considerada aquí como persona moral distinta de Cristo, tiene a éste por cabeza. «Los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos. Amar a su mujer, ¿no equivale por ventura a amarse a sí mismo? Ahora bien, nadie ha odiado jamás a su propia carne; muy al con-

---

(7) BOSSUET, *Lettre sur le mystère de l'unité de l'Église*.



trario se la nutre y se cuida de ella. Y esto es precisamente lo que ha hecho Cristo por su Iglesia» (*Eph.*, V, 28-29).

La Escritura quiere con esta semejanza resaltar ante todo el hecho de que la Iglesia ha sido escogida por Cristo para esposa propia de la misma manera que una persona es escogida por otra persona; que se le pide que consienta libremente en esta alianza; que, como consecuencia de este consentimiento, se ve purificada de toda mancha para quedar de esta manera elevada a una cierta extraordinaria igualdad con su esposo; y finalmente que Cristo no quiere recibir hijos más que por medio de ella o por lo menos por su intercesión.

**Reino de Dios.**—La Iglesia, tal cual nos da a conocer la Revelación, es también el *Reino*. «Interrogado por los Fariseos sobre el momento en que había de venir el Reino de Dios, les respondió: «La venida del Reino de Dios no será objeto de observación, ni podrá decirse: ¡Helo aquí, o helo allí! Porque tenedlo bien entendido, el Reino de Dios se halla en medio de vosotros» (*Lc.*, XVII, 20-21).

El Reino lo constituye la porción del universo en la que reina Dios, en la que es obedecido por amor, donde se cumple su voluntad «como en el cielo». Verdad es que la noción del Reino es escatológica, es decir, se refiere al fin de los tiempos. Pero precisamente con Cristo la escatología ha entrado en el tiempo. Por una parte, ya desde ahora, el Reino se halla en la tierra, y por otra, la Iglesia se halla ya en el cielo. Con el hecho de «poner las llaves del Reino de los cielos» en manos de Pedro (*Mt.*, XVI, 19), Jesús da a entender claramente que este reino, en el estado actual, no podía prescindir de una jerarquía.

«No temáis, pequeño rebaño, ya que plugo a vuestro Padre, daros el Reino» (*Lc.*, XII, 32). Este pequeño rebaño lo constituye la Iglesia desterrada aún en la tierra. Encierra ya en su corazón la gracia y la verdad que brotan de Cristo (*Jo.*, I, 17); es partícipe de la naturaleza divina (*II Petr.*, I, 4); templo de Dios en el que mora el Espíritu (*I Cor.*, III, 16). Es por consiguiente, y ya desde ahora, el Reino, pero el Reino que aún peregrina y está crucificado. Sin embargo menester es que no tema. Día llegará en que el sol de la vida eterna, oculto en ella como en la niebla, se asomará plenamente al exterior para disipar sus pruebas y transfigurar

su envoltura carnal. El Reino doloroso se convertirá en glorioso. ¡No temas, pequeño rebaño que posees la vida eterna en el dolor, ya que pronto la poseerás en la gloria!

**Ciudad de Dios.**—La Iglesia se llamará también *Ciudad* en cuanto que es la comunidad viva en medio de la cual mora el Señor. Esta ciudad se asemeja aquí abajo a un campamento: «Cercaron el campamento de los santos y la ciudad bien amada» (*Apoc.*, XX, 9). Pero en el más allá será la residencia definitiva de Dios en medio de los hombres (*Apoc.*, XXI, 3) y nuestra verdadera patria, ya que «no tenemos aquí morada fija sino que esperamos a la que está por venir» (*Hebr.*, XIII, 14). En el Apocalipsis, la imagen de la ciudad santa expresa «una visión absolutamente transcendente del Reino, del «nuevo Eón», lo mismo en el tiempo que en la eternidad, insistiendo de una manera especial en la fase definitiva, eterna, pero sin por ello omitir los aspectos espirituales y permanentes de su fase de formación en esta vida. Por otra parte ambas fases se confunden en una sola visión, y no hay señal ni indicación alguna de línea que las separe; todo lo más algún rasgo, un miembro de frase por aquí o por allá puede aplicarse exclusivamente al cielo, o al estado terrestre... Pero, en su conjunto, la visión prescinde totalmente del *fieri* y del *factum esse*. Y no hay por qué extrañarse en todo ello, ya que es idéntica la síntesis que se nos ofrece en la *Vida eterna* del cuarto Evangelio. Y el mismo Apocalipsis no ha dejado de insistir continuamente, como uno de sus pensamientos fundamentales, en esta idea de la unión entre tierra y cielo, entre la Iglesia militante y triunfante» (8).

Ya lo había dicho San Agustín: «Está escrito que esta ciudad desciende del cielo, porque la forma Dios de la gracia celestial... Y baja del cielo desde su origen, ya que en el correr de los siglos, sus habitantes aumentan de continuo por la gracia de Dios que baja del cielo en el baño de regeneración y en el envío de lo alto del Espíritu Santo. Pero en el juicio universal que ha de ejercer Dios por medio de su Hijo Jesucristo, recibirá ella de la bondad divina una claridad tan intensa y tan nueva que quedará libre de todo

---

(8) E. B. ALLO, O. P., *l'Apocalypse*, París, 1933, p. 339.



vestigio de vetustez, ya que los mismos cuerpos pasarán de su estado de corrupción y de mortalidad a un nuevo estado de incorrupción e inmortalidad»... (9).

**Primeras definiciones de la Iglesia.**—Definida en función de sus causas increadas, Cristo, el Espíritu Santo, Dios, es la Iglesia; por consiguiente, el Cuerpo de Cristo, la Esposa de Cristo, el Rebaño de las ovejas de Cristo, el Evangelio continuado, el lugar en que mora el Espíritu Santo y la Santísima Trinidad; la casa, el Tabernáculo, la ciudad, el pueblo, el reino de Dios. Definida en función de sus elementos creados, la Iglesia es la comunidad reunida en torno a Dios por Cristo: en el cielo, en la gloria (Iglesia triunfante), y ya antes por la fe y la caridad que crecen en el mundo (Iglesia militante) y acaban de purificarse en el Purgatorio (Iglesia purgante). En una palabra, la Iglesia es la comunión de los santos.

Las primeras definiciones, más elevadas, más escriturísticas, más divinas, han menester de ser precisadas por las segundas que se hallan más en proporción con la complejidad de la condición humana.

### 3. LA IGLESIA MISTERIOSA Y VISIBLE.

Ya la Iglesia se nos muestra como una realidad misteriosa y visible. Misteriosa por la vida que la anima, vida que es toda ella divina. Visible por la irradiación al exterior de esta vida, y por los medios a través de los cuales es ésta anunciada y comunicada a los hombres (10).

**El alma invisible de la Iglesia da forma a su cuerpo.**—Si desea la Trinidad labrarse una morada viviente en medio de sus criaturas, si quiere el Espíritu Santo convertirse en Principio, más aún en el Huésped de la Iglesia, será preciso que los hombres llamados a servir a un tan alto destino sean revestidos de dones espirituales que serán algo así como una

---

(9) *De civitate Dei*, lib. XX, cap. XVII.

(10) La Ley nueva, nos dice SANTO TOMÁS, consiste *principalmente* en «la gracia del Espíritu Santo dada a los fieles de Cristo y *secundariamente* en lo que *dispone* a esta gracia o *resulta* de ella». I-II, q. 106, a. 1.



efusión de las riquezas del sacerdocio, de la santidad, de la realeza de que se ha visto inundada para ellos la santa Humanidad de Cristo, Cabeza de la Iglesia. Estos dones serán, en la línea del culto, los caracteres indelebles que imprimen en el alma de los cristianos el sacramento del Bautismo, el de la Confirmación, y en algunos casos, el del Orden; en la línea de santidad, las gracias sacramentales que vienen a conferir y acrecentar la vida sobrenatural que configura el obrar del cristiano con el obrar del mismo Cristo; en la línea de la realeza, la orientación jurisdiccional recibida de los sucesores de los Apóstoles a quienes han sido confiadas, para que se encarguen aquéllos de llevarlas hacia Dios, las ovejas del Buen Pastor. Y para resumirlo todo en una palabra, estos dones se hallan todos comprendidos en el don de la divina *caridad*, cuando es *sacramental*, es decir, conferida por los Sacramentos, y *orientada*, es decir, iluminada en sus pasos por las directrices de un Magisterio divinamente asistido, directrices que están pidiendo el ser interiorizadas, es decir, libremente aceptadas por la fe y la obediencia. Vida con Dios, vida en Dios, vida que no puede menos de ser invisible y misteriosa por esencia.

Si es el Espíritu Santo el Alma increada de la Iglesia, esta vida divina será algo así como su alma creada. Baja de lo alto hacia los hombres. Se encarna en ellos. Los anima, los une en torno a Cristo transformándolos interiormente. Las virtudes permanentes y los poderes secretos que les confiere constituirán para ellos el principio de una nueva manera de ser y de obrar. Lo cual supuesto, y en la medida en que se dejen «animar» por el Espíritu de Dios y por los dones que derrama en ellos, se producirá un cambio incluso en su condición y en su proceder externo. En el conjunto de estas manifestaciones se halla el cuerpo de la Iglesia, aquello por lo que se hará ella visible al mundo.

**La Iglesia reclama al hombre entero, pero precisamente en cuanto se halla ordenado a la vida eterna.**—No nos extrañemos ante la paradoja de una Iglesia misteriosa y visible a un tiempo.

En efecto, los seres de que se compone a lo largo de su peregrinar terrestre, no son ni simples cuerpos ni ángeles. Son sencillamente hombres, a los que capta como tales, es decir, en cuanto se hallan dotados de cuerpo y alma. No los

disocia previamente para de esta manera retener para Dios tan sólo la parte espiritual y despreocuparse de la parte corporal. De la misma manera que puede la sociedad civil reclamar a la persona individual íntegra, con vistas, verdad es, al desarrollo de sola la vida temporal, podrá también la Iglesia reclamar a la persona individual íntegra, con vistas esta vez, a la transmisión y al acrecentamiento de la vida divina. La división del hombre no se hace, propiamente hablando, por separación del alma y del cuerpo, cual si fuera éste para César y la otra para Dios; sino que se realiza entre una primera clase de actividades y de obras que tienen por fin inmediato la vida humana temporal, y otra serie de actividades y de obras que se refieren inmediatamente al fin último, es decir, a nuestra unión e incorporación a Cristo.

Así, pues, por la misma naturaleza de los hombres que reúne, será la Iglesia visible. Pero no es su visibilidad como la de las sociedades humanas. Sino que es el misterio mismo de su vida íntima en cuanto que se transparenta a través de su cuerpo, en cuanto se expresa en actividades que tienen su fuente en Dios. ¿Cómo distinguir, más que a través del conocimiento que tiene uno de su Bautismo, al niño bautizado del que no lo es? Pero si, a medida que crece, permanece el niño bautizado fiel a su vocación, su conducta exterior dejará transparentar algo de la luz que lo ilumina. Si llega a la santidad, la llama secreta que lo consume podrá en cierto sentido pasar al exterior y rodearlo un tanto de ese esplendor, que conforme al Concilio Vaticano, manifiesta de manera milagrosa el carácter divino de la Iglesia.

**Cristo confía a los poderes jerárquicos visibles el poder de dispensar a los hombres los misterios ocultos de su gracia y de su verdad.**—Aparte de este reflejo, en el proceder de sus verdaderos hijos, de la *santidad* del Evangelio, la Iglesia es también visible en los poderes jerárquicos en los que tiene ella su fuente: en la *enseñanza* de la palabra de Dios, revelada por los Profetas, por Cristo y sus Apóstoles, consignada en la Sagrada Escritura y en la primitiva predicación apostólica, transmitida y desarrollada de día en día cual luz inalterada y siempre fecunda; en la celebración de un *culto* que tiene su origen en Cristo y se prosigue en primer lugar por el sacrificio incruento de la Misa, a través de la cual se llega a



nosotros toda la redención sangrienta, por la dispensación y la recepción de los sacramentos, muy en especial de la Eucaristía, finalmente por los oficios litúrgicos y la oración pública.

**La Iglesia semejante a Cristo.**—Era conveniente que la Iglesia, destinada a los hombres y agrupando hombres en torno a sí, se compusiera lo mismo que el hombre, ser visible e invisible a un tiempo, de un alma espiritual y de un cuerpo visible. Sin embargo la Iglesia tiene como modelo no al hombre, sino a Cristo. Lo que imita ella directamente no es el hombre en el que se unen alma y cuerpo, sino Cristo en el que se unen la divinidad y la humanidad. Y si verdad es que se asemeja la Iglesia al hombre, se debe ello ante todo al hecho de que el mismo Cristo, de la que no es ella más que una prolongación en el espacio y en el tiempo, se ha asemejado al hombre: en efecto, toda la tradición ha comparado la unión de la divinidad y de la humanidad en Cristo a la unión que en el hombre se establece entre el alma y el cuerpo. Así, pues, de la misma manera que ha quedado constituido Cristo por la estrecha unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana, así también la Iglesia la constituye la estrecha unión de elementos divinos, sobrenaturales, en los que domina la gracia por la que somos partícipes de la naturaleza divina, y de un elemento natural que es el hombre todo con su alma y su cuerpo. De esta manera el Cristo particular, en el que se une la naturaleza divina a una naturaleza humana individual (unión personal o hipostática), es el principio y el modelo del Cristo total, en el que la naturaleza divina se une a la naturaleza humana colectiva (unión por la gracia e inhabitación).

**El espiritualismo de la Encarnación.**—Podemos oponer aquí dos espiritualismos. Un espiritualismo de la *transfiguración* de la materia por el espíritu, espiritualismo que cree que el espíritu, y al hablar de espíritu nos referimos ante todo al Espíritu Santo y a los dones de la gracia, tiene por fin, en el orden actual de la Providencia, no el reducir a la nada las realidades humanas, las cosas corporales, e incluso el universo material, sino por el contrario el penetrarlas, para ya desde aquí abajo comenzar a iluminarlas y transformarlas. Desde este punto de vista, las grandes revelaciones cristianas



relativas a los misterios del Verbo encarnado, a los misterios de la visibilidad de la Iglesia que es su cuerpo, de los sacramentos que causan instrumentalmente la gracia, de un magisterio vivo, eco autorizado del magisterio de Cristo, de la resurrección de Cristo, de la ascensión de la Virgen, se encadenan estrechamente y se iluminan mutuamente. Y por el contrario, siguiendo la corriente de otro espiritualismo, el de la *separación* del espíritu y de la materia, se tenderá a rehusar el misterio de la Encarnación, a separar en la Iglesia lo divino (Iglesia invisible) de lo humano (Iglesias visibles), a oponer entre sí la gracia y la naturaleza, la fe y la razón.

El espiritualismo auténtico es un espiritualismo de transfiguración de la materia por el espíritu, de lo visible por lo invisible. Es un espiritualismo inaugurado ya antes de Cristo: La Sabiduría «coloca sus delicias en hallarse en medio de los hijos de los hombres» (*Prov.*, VIII, 31), «se instala en Jacob, en medio de la herencia de Israel» (*Eccl.*, XXIV, 8). Pero en el Antiguo Testamento se realiza de una manera sumamente débil. La visibilidad propia de la Iglesia queda algo así como ahogada en la visibilidad de la sociedad que la rodea. El mensaje de los profetas se halla preñado de sentido político y enturbiado con el de los destinos de la nación.

Es en la época evangélica cuando se realiza de manera plena la ley de la transfiguración. Hace algo más que sobreponerse a las estructuras visibles. Penetra en el corazón de la materia, en el corazón del universo sensible, principalmente en el momento en que el Verbo se hace carne para convivir con nosotros, en el momento en que «toda la plenitud de la divinidad habita corporalmente» en Cristo (*Col.*, II, 9), en el que se reconcilia Dios «todas las cosas, las que se hallan en la tierra y las que en el cielo, sellando la paz con la sangre de su cruz» (*Col.*, I, 20). Y es entonces, precisamente en el misterio que llamamos nosotros la Encarnación, cuando conoce su realización suprema la ley de la encarnación. La Iglesia se reúne en torno a Cristo.

Verdad es que el tiempo evangélico es aún el tiempo de la fe, no el de la gloria; el tiempo de la esperanza, no el de la posesión a las claras; el tiempo de los signos y de los enigmas, no el de la evidencia y de la visión cara a cara. Pero bajo estos signos y enigmas, se hallan presentes, nos han sido dadas, las realidades supremas. Cristo nos dispensa su

*verdad*, es decir, la plenitud de la revelación evangélica, a través de los apóstoles y de sus sucesores a los que ha prometido una asistencia que ha de durar hasta el fin de los tiempos. Nos confiere *su gracia* sobreabundante por medio de los sacramentos evangélicos. Y más aún, bajo las especies del más misterioso de los sacramentos, del sacramento que instituyó en el momento en que estaba a punto de morir y de subir a la gloria, nos deja *su misma presencia corporal* de la que en otro tiempo quedó iluminada Palestina.

Como puede verse, la Iglesia evangélica es visitada hasta sus profundidades por la ley de la encarnación. Es algo más que una Iglesia de signos y figuras. Es la Iglesia de la ley de la gracia que lleva en sí «las riquezas infinitas de Cristo», Iglesia en la que habita corporalmente el mismo Cristo, en la que mora de manera tan maravillosa el Espíritu que puede decirse, por comparación, que hasta entonces «no había sido dado el Espíritu» (*Jo.*, VII, 39). Es, en una palabra, la Iglesia del Verbo encarnado, la Iglesia del fin de los tiempos: en el último día no instaurará Dios para su Iglesia una economía nueva, sino que manifestará, hará brotar al exterior la fuerza de gracia que ha colocado en ella desde la Encarnación y Pentecostés.

**La Iglesia es tanto más espiritual cuanto más visible.**— De esta manera la Iglesia, al mismo tiempo que llega al supremo grado de su encarnación y de su visibilidad, llega también al supremo grado de su espiritualidad propia. Y por lo mismo, afirma su independencia respecto de lo temporal y rompe con las solidaridades étnicas, políticas y culturales.

Parece incluso que, en la misma época evangélica, el movimiento más profundo de la Iglesia la conduce a hacerse cada vez más visible para decidir cada vez de manera más neta sobre los poderes y las organizaciones políticas. Verdad es que jamás dejará de recordar a los gobernantes, y ello en nombre del Evangelio, sus deberes concretos de jefes de lo temporal, de un temporal que debe ser influenciado y orientado de lo alto por la luz del Evangelio y que entre otras ha de respetar las libertades divinas de las almas. Pero sin embargo cuenta cada vez menos con esos gobernantes para conservar a los pueblos cristianos en la ortodoxia y para conseguir que los pueblos de color se conviertan a las bienaventuranzas del sermón de la Montaña.



**La Iglesia del Verbo encarnado.**—La espiritualidad y la visibilidad de la Iglesia no pueden en manera alguna oponerse, como no pueden oponerse el alma y el cuerpo en el hombre, o mejor aún, la divinidad y la humanidad en Cristo. Su unidad, su catolicidad, su santidad y su apostolicidad son a la vez espirituales y corporales. Precisamente por haber olvidado este doble carácter indisociable de la Iglesia, no ha podido jamás el Protestantismo, lo mismo el luterano que el reformado, resistir a la tentación de distinguir, para oponerlas, la Iglesia invisible, única evangélica, por una parte, y las Iglesias visibles, humanas y pecadoras por otra.

El misterio de Cristo es el misterio de un ser individual que une en sí, de manera indisoluble, al Verbo, es decir, lo invisible, y la carne, es decir, lo visible. Y de manera semejante, el misterio de la Iglesia es el misterio de un ser colectivo que une en sí, indisolublemente, los dones del Espíritu, es decir, lo invisible, y las realidades corporales, es decir, lo visible.

En el misterio de Cristo, y de manera semejante en el misterio de la Iglesia, la fe abraza inseparablemente las cosas espirituales e invisibles por una parte, y las cosas corporales y visibles por la otra. Constituye una aberración el negar, con Zwinglio, que «la fe baja hasta lo sensible», el pretender que «nada de lo que es cuerpo puede ser objeto de la fe». Creemos con fe divina el misterio de Cristo, en el que se unen indisolublemente Verbo y carne; y creemos también con fe divina en el misterio de la Iglesia, que es cuerpo y es espíritu. Esta es la mirada de la fe.

La unión del Verbo y de la carne en Cristo (tal es el misterio de Cristo, objeto de la fe) da a su proceder entre los hombres un esplendor incomparable (tal es el milagro de Cristo, que podemos captar con la inteligencia). De manera semejante, la unión en la Iglesia de los dones del Espíritu y de las realidades corporales (misterio de la Iglesia, objeto de la fe) da a su manera de conducirse en medio de las demás sociedades un brillo excepcional (milagro de la Iglesia que podemos captar con nuestra inteligencia).



## II. LOS DIVERSOS ESTADOS DE LA IGLESIA A LO LARGO DEL TIEMPO

1. El primer acto de la omnipotencia divina es aquel por el cual ha *creado* de la nada el universo, y por el cual sigue conservando las cosas en la existencia.

El segundo acto de la omnipotencia divina es más asombroso aún. Es aquel por el que trata de enriquecer a las personas humanas con dones tan puros, tan asombrosos, que unidas entre sí y con Dios podrán convertirse en una morada viva colectiva en la que el mismo Dios, por el hecho de *habitar* en ella, hallará todas sus delicias. Cuando al fin de todas las cosas se ha cumplido el designio de Dios, ve Juan a la Jerusalén celestial que baja del cielo, de Dios, preparada como una novia que se ha preparado para su esposo, y oye una voz que llega del trono y clama: «He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y pondrá su tienda en medio de ellos, y ellos serán su pueblo, y El será el Dios de ellos» (*Apoc.* XXI, 3).

2. ¿Ha constituido Dios desde un comienzo a la Iglesia tal cual es hoy, de manera que no tiene el tiempo otra misión que la de hacer durar a una Iglesia perfecta desde un comienzo?

La respuesta es clara. El acto divino, que hace brotar la Iglesia, ha conocido diversas fases. Fases que constituyen lo que pudiéramos llamar los regímenes divinos del pueblo de Dios a lo largo de los siglos, los regímenes divinos de la Iglesia. Vamos a tratar de seguir estas etapas que nos permitirán el conocer a la Iglesia en su progreso.

### 1. LA EDAD DEL PADRE, O EL RÉGIMEN ANTERIOR A LA IGLESIA.

**El universo de la creación.**—La revelación nos dice que nuestros primeros padres, antes de la caída, estaban ya constituidos en la amistad divina. Sea cual fuere el grado de finura de su morfología humana, de su tipo físico y de su desarrollo cultural, brillaban en ellos los dones de la gracia, una

sabiduría recibida de lo alto los iluminaba sobre las cosas de Dios y el sentido profundo de la vida.

Esta gracia de la inocencia descendía de la Trinidad sin la mediación de una Persona divina encarnada. E incluso sin la mediación de jerarquía alguna. La gracia y la verdad venían directamente del cielo al alma del primer hombre sin intermediarios de ningún género, y esto que era verdad de Adán lo hubiera sido asimismo de sus descendientes. La ley de la inocencia quería que la vida espiritual se comunicara de Dios al alma y de ésta al cuerpo. En efecto, la gracia que hacía del hombre un hijo de Dios era una gracia de transfiguración. No, verdad es, en el sentido de que hiciera a Adán partícipe de las condiciones de la vida gloriosa, sino en el sentido de que desbordaba sobre las realidades inferiores y venía a reconfortar la triple dominación natural, frágil y relativa por otra parte, del alma sobre el cuerpo, de la razón sobre las pasiones, del hombre entero sobre el universo, hasta el punto de evitar la muerte y la enfermedad, los conflictos pasionales interiores, los choques entre el hombre y el mundo, el cual, aun sin ser diferente de lo que actualmente es, le parecía en aquellas circunstancias un verdadero paraíso.

**La edad del Padre.**—Podría por consiguiente decirse que la gracia de la inocencia se hallaba marcada por una primera característica de *poder*, en virtud del cual llegaba aquélla a eliminar formas del mal de tanta importancia como la enfermedad y la muerte, como el desorden pasional, el antagonismo del universo. Se hallaba además marcada por una segunda característica de *origen* y de *frescura*: era una gracia que inauguraba un mundo nuevo, no llevaba consigo un recuerdo de una falta por la que es menester sufrir, desconocía lo que es el mal, no tenía ese conocimiento experimental que el *demonio*, que en esto no mentía totalmente, iba a prometer a sus víctimas, y que iba a ser sin embargo para los hombres, en medio de tantas atroces miserias, el pábulo de un cierto progreso cultural, e incluso, teniendo en cuenta la bondad tan extraña de Dios para con ellos, la condición de su enriquecimiento espiritual, *felix culpa*.

Estas características de la gracia de inocencia nos permiten el hacerla remontar por apropiación hasta el Padre, en una época anterior a nuestra historia, en la que los dones de Dios no habían sido merecidos para los hombres por la



pasión del Hijo. A la edad del Padre, que es la época de la creación en la inocencia, sucederá la edad del Hijo, edad de la redención, y la edad del Espíritu, que es la edad de la santificación. Y de esta manera queda resumido todo el *Credo*.

**Lo que subsiste del universo de la creación.**—De toda esta edad del Padre nada ha de perdurar, a excepción de dos cosas. Por una parte, la naturaleza humana en medio del universo de la que participa aquélla; pero una naturaleza humana que ha pisoteado en sí el don de la gracia, y se ha suicidado así con sus propias manos. Y por otra parte, el designio incomprensible de un Dios que a pesar de todo insistirá en desear colmarla de su amor.

La gracia de la edad del Padre, la gracia del primer Adán, de la inocencia, habrá sido en cierta manera mejor que la nuestra, y el estado primitivo del pueblo de Dios preferible a la Iglesia. Pero, dentro de una perspectiva más vasta, nuestra gracia será mejor y la Iglesia, reunida en torno a Adán, superará con mucho en esplendor al estado del pueblo de Dios, congregado en torno a Adán.

## 2. LA EDAD DEL CRISTO ESPERADO, O EL PRIMER RÉGIMEN DE LA IGLESIA.

**El universo de la redención.**—¿Cuál ha sido la razón de que permitiera Dios que fuera destruido el estado de inocencia? Todos sabemos la respuesta: Dios no permite el mal más que para sacar de él una mayor ocasión de bien. Al régimen de la creación, régimen que parecía perfecto, sucede el régimen de redención, que en su conjunto será mejor. Son dos regímenes éstos que difieren profundamente. El primero excluía todo mediador visible; el segundo será esencialmente el régimen de un mediador, esperado y reconocido más tarde, «Cristo Jesús, hombre, que se ha entregado como rescate por nosotros todos» (*I Tim.*, II, 5-6). El primer régimen había dado nacimiento a la primera forma del pueblo de Dios; los regímenes posteriores darán nacimiento a la Iglesia propiamente dicha, a un pueblo de Dios esculpido a imagen de la Encarnación redentora, pueblo que será llamado «cuerpo» de Cristo, y cuya vocación consistirá en prolongar en el espacio y en el tiempo la vida temporal del Salvador.



La gracia que reciben las almas, ya desde la caída lo es en previsión de la pasión de Cristo, pasión que ha de tener lugar más tarde. Y en este sentido es ya una gracia cristiana. De ahí que obre desde el interior no tan sólo para comenzar a organizar el nuevo pueblo de Dios, sino incluso para encaminarlo lentamente, a través de las vicisitudes de la Historia, hacia el estatuto concreto y definitivo que habrá de recibir del mismo Cristo. Es una gracia que tiende a conservar en el pueblo de Dios la fe en la trascendencia y en la bondad divinas, el deseo de redención prometido al alborar de nuestro tiempo, y del que encontramos un emocionante testimonio incluso en los mitos salvadores.

**Ley de la naturaleza y ley mosaica.**—Es preciso distinguir en esta larga serie de siglos dos regímenes principales. General el primero, y que vale incluso para los paganos todos: es el régimen de la ley de la naturaleza, en el cual la gracia trata de insinuarse secretamente en los corazones, obrando a manera de instinto interior. Particular el otro, y que vale de manera especial para los judíos: es el régimen de la Ley antigua, en el que aparte de ese impulso secreto, que lejos de ser suprimido se ve por el contrario reforzado, se propone una ley exterior a un pequeño pueblo, pueblo que es elegido no tanto para ser él salvado, cuanto para preparar la salvación de todos los demás pueblos. Bajo este primer régimen, la visibilidad de la Iglesia, es ella en efecto la que comienza a aflorar en los corazones, se manifiesta ya pero muy poco aún. Bajo la segunda, la Iglesia utiliza la unidad étnica de Israel para de esta manera comenzar a hacerse visible a los ojos. Este pueblo de Dios al que va a hacer Dios sus confidencias, al que va a arrancar de la cautividad de Egipto, alimentar en el desierto y conducir a la tierra prometida; este pueblo de nómadas cuya importancia política o cultural es casi insignificante, y que sin embargo carga con las promesas del mundo y queda establecido como guardián de la fe en un Dios único, será figura del Israel del espíritu, de la Iglesia unida indisolublemente a Cristo, y será hecha por el Espíritu, como lo anunciaban los Profetas, incapaz de infidelidades, dotada por su Esposo de ternura, de amor, de fidelidad y de conocimiento de Dios (*Os.*, II, 21,22).

**La doble mediación de los sacramentos y de la profecía.**—Para dejar presentir, desde un principio, aunque de mane-

ra aún oscura, que la *gracia* es concedida a los hombres por una anticipación de los efectos de la Encarnación redentora, es decir, del misterio de un Dios que se hará visible a los ojos humanos y bajará vestido de nuestra carne, la gracia es otorgada en adelante dependiendo siempre de señales visibles, de gestos exteriores a los que los teólogos llaman sacramentos, aun cuando no han sido elevados, como los sacramentos de la Nueva Ley, a la dignidad de causa instrumental de la gracia. Bajo la Ley mosaica estos signos irán concretándose, recordando a los hijos de Israel la alianza establecida entre Dios y su pueblo (circuncisión) y la ternura de un amor que los ha liberado de la cautividad de Egipto (cordero pascual).

Lo mismo sucede con la predicación de la *verdad* divina. En un comienzo ha podido transmitirse, bien o mal, algo de la revelación primitiva por vía oral. Sobre todo, Dios «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*I Tim.*, II, 4) va iluminando interiormente a cada alma. En este régimen, sin embargo, el conocimiento del Dios verdadero y de su voluntad salvífica más bien que progresar están a punto de hundirse. Entonces suscita Dios hombres que tendrán por misión el anunciar públicamente su mensaje. Son los profetas. Podrá decirse que han existido en medio de los pueblos paganos, si se piensa, por ejemplo, en el mensaje puesto en boca de Job el Indumeo. Pero con Abraham, padre de los creyentes, con los Patriarcas, con los profetas de Israel, el principio de una enseñanza profética continua y progresiva entra por primera vez en la historia.

**«Abraham es mejor que yo, pero mi estado es mejor que el suyo».**—La gracia que descendía de esta manera a los hombres en este período de la espera de Cristo podía ser en algunos más intensa que lo que habrá de ser más tarde en no pocos cristianos. La fe de Abraham era mayor que la nuestra, y los patriarcas, cuyo ejemplo se nos propone en el capítulo XI de la epístola a los Hebreos, son también nuestros padres en la fe. Pero esta gracia no podía conocer un desarrollo tan pleno como la gracia de la Ley Nueva. Los santos de antes de Cristo, sea que hayan vivido fuera del pueblo elegido, como es el caso de Melquisedec o de Job, o que hayan pertenecido a dicho pueblo como Moisés, eran



verdaderamente hijos de Dios (11), amigos de Dios. Pero esta filiación, esta amistad, ignoraban aún la intimidad que habían de conocer un día cuando fueran dispensadas por el Verbo hecho carne. Podría repetirse aquí lo que oponía San Agustín a los sofismas de Joviniano: Abraham es mejor que yo, pero mi estado es mejor que el de Abraham. La adopción anterior a Cristo es a la adopción de después de Cristo, lo que el tronco a la flor, lo que la vida que se anuncia a la vida que aflora.

**La mediación es un camino, no un obstáculo.**—Así, a medida que se prosigue la obra de nuestra salvación, aparece cada vez más netamente la importancia de la mediación visible. Es una señal de perfección y de progreso. ¿Cuáles pueden ser las razones de una ley tan general y misteriosa a un tiempo? No es difícil entreverlas. El que Dios use de intermediarios visibles no quiere en manera alguna decir que abandone el cuidado del gobierno de los hombres; significa por el contrario que su condescendencia comienza a hacerse más apremiante, más íntima, para con nuestra naturaleza herida por el pecado. En el momento en que se ejerce esta mediación, las solicitaciones inmediatas y directas del amor, en lugar de hacerse más raras, se hacen más abundantes que nunca. Puede formularse el principio de que a toda pro-

---

(11) En su estudio, aparecido en la *Revue Biblique*, 1908, p. 481, *La paternité de Dieu dans l'Ancien Testament*, el P. LAGRANGE, O. P., muestra tres diferentes sentidos dados a la palabra filiación: 1.º Yahvé es padre de Israel al darle una existencia nacional, al hacer de él su pueblo preferido: es un sentido colectivo; 2.º como consecuencia de ello, todos los Israelitas, en cuanto que son miembros de la nación, aun cuando sean desobedientes, son hijos de Yahvé: es un sentido lato; 3.º finalmente, en cuanto se comienza a oponer a los Israelitas, según sean fieles o infieles a la Ley, Yahvé se convierte en Padre de sólo los justos: es el sentido personal. Es este tercer sentido el que retiene el teólogo cuando afirma que la gracia de la filiación adoptiva convenía verdaderamente a los justos anteriores al advenimiento de Cristo, aun cuando no se hubiera desarrollado plenamente en ellos dicha gracia. La oposición paulina entre Ley y adopción, entre la servidumbre judía y la libertad cristiana no podría ser aducida contra esta concepción. San Pablo sabe que la adopción pertenecía a los Israelitas: «ellos, los que son Israelitas, a los cuales pertenecen la adopción filial, la gloria, las alianzas, la legislación, el culto, las promesas.....» (Rom., IX, 4), pero se hallan aún bajo un régimen de servidumbre (Gal., IV, 1-2). Por eso, podrá afirmar, sin contradecirse, que la Encarnación nos conferirá la adopción (Gal., IV, 5).

mulgación exterior de la ley se halla unida una efusión secreta de la gracia. Cosas todas éstas harto claras para quien ha podido comprender que el régimen de la mediación visible se presenta, ya desde un principio, como la sombra luminosa del misterio de la Encarnación.

**Los dos pueblos no constituirán más que un único pueblo.** Estos dos primeros regímenes en que la Iglesia ha comenzado ya como un niño que está a punto de nacer, no son aún perfectamente cristianos. La revelación no es en ellos aún perfecta, la gracia no es otorgada más que en consideración a los futuros méritos de Cristo. Pero ambos regímenes tienden a un tercero, al régimen de la Ley nueva, que les conferirá su pleno sentido y en el cual desembocan como el alba en el día, como el niño en la edad adulta, como la planta en el fruto, de manera que la unidad de estos tres regímenes en el tiempo es algo vital y dinámico.

La distinción de estos tres regímenes llena las páginas de la Escritura. Es la distinción que nos recuerda San Pablo: «Gloria, honor y paz a quienquiera que hace el bien, al Judío en primer lugar, al Griego luego. Ya que no hace Dios acepción de personas..... No son los que escuchan la ley quienes son justos ante Dios, sino que sólo los que la cumplen quedan justificados. En verdad cuando los gentiles guiados por la razón natural, sin ley, cumplen los preceptos de la ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, como lo prueba el testimonio de su conciencia..... Es lo que aparecerá en el día en que juzgue Dios las acciones secretas de los hombres, según mi Evangelio, en Cristo Jesús» (*Rom.*, II, 10-16). «El es nuestra paz; El, que de dos pueblos (Judíos y Gentiles) no ha hecho más que uno, echando por tierra la barrera que los separaba, suprimiendo en su carne el odio —esta Ley de los preceptos con sus ordenanzas— para crear en su persona los dos en un solo Pueblo nuevo, para hacer la paz y reconciliarlos con Dios, a los dos en un solo Cuerpo por la Cruz: en su persona ha dado muerte al Odio. Y entonces ha venido a proclamar la paz, paz para vosotros los que os hallabais alejados de El, y paz para los que se hallaban con El: en efecto, por El todos, tanto Judíos como paganos, tenemos acceso al Padre» (*Eph.*, II, 14-18).



### 3. LA EDAD DE CRISTO PRESENTE O LA FORMACIÓN DE LA CABEZA DE LA IGLESIA.

**Preparando la Encarnación.**—¿Cuál es la razón de que se haya atrasado tanto la Encarnación, de que haya venido tan tarde Cristo?

A los paganos que planteaban este problema, afirmando que, pues que la historia no había tenido necesidad hasta entonces de Cristo, podría muy bien prescindir en adelante de El, podían responder los primeros doctores cristianos que de hecho jamás había prescindido la historia de Cristo, y que su sol había iluminado al mundo aun antes de aparecer en el horizonte.

En un plano más profundo, el fiel de la Ley nueva que se maravilla de ser objeto de una tan asombrosa preferencia, podrá reconocer en esta larga espera de Dios el respeto del Creador para con su criatura, que necesita del tiempo no sólo en el plano cultural, para desplegar los recursos jamás agotados de su espíritu, sino más aún en el plano espiritual, para ir penetrando progresivamente en la inteligencia de los misterios de la Redención y en «la locura del mensaje por el que ha querido Dios salvar a los creyentes» (*I Cor.*, I, 21). La humanidad no era capaz de recibir sin más al Hijo de Dios. Incluso más tarde se oirá a Jesús que dice a sus apóstoles: «Tengo aún muchas cosas que deciros, pero por el momento sois incapaces de comprenderlas (*Jo.*, XVI, 12).

**La misión visible del Hijo desemboca en Cristo Cabeza de la Iglesia.**—«Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer.....» (*Gal.*, IV, 4). En el tiempo prefijado, Dios, no contento con ayudar a los hombres desde el seno de su luz inaccesible, emprende el mostrarse a Sí mismo de una manera visible en medio de ellos, para curar sus llagas por el contacto con su humanidad. Es la edad del Hijo de Dios presente ya en medio de los hombres. Y es por lo mismo el tiempo del advenimiento pleno de la religión de la Encarnación, religión que se realiza perfectamente en primer lugar en Cristo, que es la Cabeza, antes de comunicarse a todo su Cuerpo que será la Iglesia. De manera que dos grandes efusiones divinas com-

plementarias, dos grandes «misiones visibles» (12), van a marcar este brote perfecto de la religión de la Encarnación: la misión visible del día de la Anunciación que se refiere a Cristo-Cabeza, y la misión visible del día de Pentecostés que se refiere a la Iglesia que es el Cuerpo.

**El tiempo de la presencia de Cristo.**—La misión visible de la Anunciación va a hacer aparecer en primer lugar sus consecuencias en la naturaleza humana del mismo Cristo, llenándola desde el primer momento de gracia y de verdad, y conduciéndola por etapas hacia la pasión, hacia la muerte y hacia la resurrección. «¿No era por ventura preciso que cargara Cristo con todos estos sufrimientos para entrar de esta manera en la gloria?» (*Lc.*, XXIV, 26). Por fin se ha cumplido la edad del Hijo: «A vosotros os conviene que yo me vaya; ya que si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me marchó, yo mismo os lo enviaré» (*Jo.*, XVI, 7).

**La gracia plenamente cristiana.**—Pero desde el primer momento de la Encarnación se halla contenida en Cristo, como en su principio, la gracia de todo el mundo, y a partir de su corazón comienza a brotar inmediatamente dicha gracia. No tiene por qué esperar a la hora de su Pasión para poder decir al paralítico: «Ten confianza, hijo, que tus pecados te son perdonados» (*Mt.*, IX, 2). En adelante la gracia es cristiana en su sentido más pleno; pasando a través de la humanidad de Jesús se hace más rica y cumplida de lo que

---

(12) En el seno de la vida trinitaria, el Hijo procede eternamente del Padre, y el Espíritu Santo procede eternamente del Padre y del Hijo. Se da algo así como una repercusión en el tiempo de estas «procesiones eternas» cuando el Hijo o el Espíritu Santo se hacen presentes de una manera íntima y nueva, enviados por el Padre, o por el Padre y el Hijo conjuntamente. Constituyen lo que llaman los teólogos las «misiones divinas» y se llaman visibles cuando se hallan como rodeadas en una realidad visible que manifiesta directamente al Hijo o al Espíritu. En el misterio de la Encarnación —en la Anunciación tiene lugar la única misión visible del Hijo— la humanidad de Cristo es signo y término a un tiempo de esta misión. En las misiones visibles del Espíritu —de las que será la última la de Pentecostés— la realidad visible, paloma, nube luminosa, soplo, lenguas de fuego, no es más que una señal de la visita misteriosa del Espíritu. Pero tanto el Hijo como el Espíritu no dejarán de ser enviados de manera invisible al mundo, prolongando en las almas la resonancia de las visiones visibles, concluidas ya.



hubiera podido ser hasta aquel entonces: «En cuanto a vosotros: ¡bienaventurados vuestros ojos, porque ven, y bienaventurados vuestros oídos porque oyen. En verdad os digo que muchos profetas y justos han deseado ver lo que veis vosotros y no lo han visto, y escuchar lo que oís vosotros, y no les ha sido dado el hacerlo!» (*Mt.*, XIII, 16-17).

Lo que escribía Bérulle de la Magdalena se hace rigurosamente exacto aplicado a todo el orden de la Nueva Ley: «En el cielo se ha perdido el más elevado grado de amor que había sido creado, y esto por la pérdida de un ángel.... Y es en la tierra donde ha de repararse este amor perdido en el cielo; a los pies de Jesús ha de repararse este amor; y ha de ser reparado en un grado más elevado, de una manera más excelente, para rendir de esta manera homenaje al misterio de amor que es la Encarnación, y para rendir homenaje al triunfo de amor que es Jesús..... Su grandeza (la de este misterio) y su dignidad hacen que nos persuadamos de que la gracia que brota de él supera a la que había en el mundo, en el paraíso de la tierra, o en el paraíso del cielo, antes de que fuera aquella eficaz..... El amor que se funda en esta nueva gracia, gracia que depende del Hombre-Dios, supera al amor infuso de los ángeles en el cielo, y aviva en la tierra un fuego de amor más ardiente que el que se apaga en el cielo» (13).

Pero aun esparciéndose al exterior, la gracia de Cristo permanece en su interior más perfecta de lo que hubiera podido ser en el conjunto todo del Cuerpo místico. Aun comunicándose a los cristianos no sufre mengua. En efecto, ha sido deseo de Dios que «en El morara toda la plenitud» (*Col.*, I, 19).

**La efusión plena de la gracia.**—La misión visible del Verbo tiene su término en Cristo. Perfecciona a la Iglesia en quien es Cabeza de ella. Verdad es que, ya durante la vida temporal del Salvador, comienza la gracia a extenderse por la Iglesia, a la que reúne en torno a sí por su inmediato contacto santificador. E incluso se extiende a distancia sobre todo el mundo.

---

(13) Citado por H. BREMOND, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, París, 1929, t. III, p. 104.

Sin embargo, la época de la efusión plena de la gracia, la época en la que se derramarán por la Iglesia y el mundo todas las riquezas espirituales encerradas en Cristo, no dará comienzo más que después de la Pasión, cuando el mismo Cristo anuncie que, por lo que a El respecta, «todo está consumado» (*Jo.*, XIX, 30), cuando broten de la llaga de su costado sangre y agua (*Jo.*, XIX, 34), cuando sea El personalmente glorificado. Entonces podrá ser enviado el Espíritu para formar en su estado acabado a la Iglesia que, siendo el Cuerpo de Cristo, vendrá a ser su continuadora en el mundo.

Más tarde diremos que, al paso que todos los contemporáneos se hallan, o bien en la época de la espera de Cristo, o en la época del Espíritu Santo, la Virgen Santísima condensa, en sí sola, a toda la Iglesia de la edad de la presencia de Cristo.

#### 4. LA EDAD DEL ESPÍRITU SANTO O EL RÉGIMEN ACTUAL DE LA IGLESIA.

**La edad del Espíritu viene a cumplir, no a abolir la edad del Hijo.**—El Espíritu Santo viene no a abolir la época del Hijo, sino a hacer que lleguen sus efectos al mundo entero. Y de la misma manera que la edad del Hijo tenía por misión la de hacernos don en Jesús de la plenitud de la gracia, la edad del Espíritu tendrá como fin la de hacer que se derrame esta plenitud sobre los hombres, que mostrarán de manera más patente sus virtualidades insospechadas por el hecho de que irán diferenciándose más en el espacio, y se sucederán más en el tiempo. En cierta manera, es decir, en el orden de la extensión, de la explicitación, podrá decirse con toda verdad que la edad del Espíritu será testigo de mayores obras que la época anterior: «En verdad, en verdad os digo: quien en mí cree llevará a cabo estas mismas obras que llevo yo a cabo, e incluso las hará mayores, porque yo me voy a mi Padre» (*Jo.*, XIX, 12). «Os digo la verdad: es mejor que yo me vaya» (*Jo.*, XVI, 7). Pero estas obras mayores en el plano visible no serán más que la consecuencia del misterio, mucho más oculto, mucho más santo, mucho más profundo, que representan el nacimiento, la vida y la muerte de Cristo, que ha subido ya al Padre y ha entrado



en la existencia celeste, para, en esta condición gloriosa, poder favorecer plenamente ese desarrollo de expansión terrena de la Iglesia.

**¿Cuál es la razón de que hubiera de abandonarnos Cristo?**

Se hallaba en los planes de Dios el que la Iglesia no quedara constituida plenamente más que tras de la muerte, la resurrección de Cristo y su exaltación a la gloria. Y de ello pueden darse diversas razones.

En primer lugar, el primer fruto de la Redención había de ser el conducir a su gloria, por la resurrección y la ascensión, al Cristo enviado para ser Cabeza de la Iglesia: «Vemos al que hizo Dios menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y honor, por haber padecido la muerte» (*Hebr.*, II, 9). «Ahora ha resucitado de entre los muertos, Cristo, primicias de los que duermen... En efecto, de la misma manera que todos mueren en Adán, volverán a vivir también todos en Cristo. Pero cada uno en el puesto que le corresponde: a la cabeza, Cristo, como primicias; a continuación los que se hallen con Cristo cuando vuelva» (*I Cor.*, XV, 20-23). El peregrinar de Cristo no acabará verdaderamente más que cuando, elevándose por encima de las condiciones históricas de nuestra vida, comience a constituir en torno a sí esos «cielos nuevos» y esa «tierra nueva» que constituirán un día la verdadera patria de los cuerpos glorificados.

Además, si quiere Cristo glorificado, como lo deseaba en el Calvario, salvar al mundo a través del mismo acto de su redención sangrienta, no habrá de permanecer largo tiempo en medio de los hombres, sino que más bien habrá de apresurarse a dejarlos, para que el espectáculo de su triunfo no les haga olvidarse de la ley de la cruz. ¿No les invita por ventura a vivir, sufrir y morir a semejanza suya antes de poder resucitar con El? Verdad es que regirá definitivamente a su Iglesia desde lo alto del cielo, pero lo hará a través del misterio de la cruz. Las apariciones de Pascua no podían constituir más que un momento en la economía de la Redención.

Finalmente, si hubiera permanecido Cristo en medio de nosotros, no se hubiera llegado visiblemente más que a un grupo muy limitado de hombres, al paso que abandonando este mundo podrá, por medio de una Jerarquía, a la que en-

vía a través del tiempo y del espacio, llegarse corporalmente a toda la humanidad.

**La época del Espíritu Santo es la época de la Eucaristía y de la jerarquía.**—Dos nuevos misterios van a señalar el advenimiento de la época del Espíritu Santo; el misterio de la presencia eucarística y el misterio de la institución de la jerarquía.

Para seguir viviendo, *El mismo*, corporalmente en medio de nosotros, teniendo en sus manos toda la riqueza de su redención sangrienta, Cristo glorificado se hace presente bajo las apariencias extrañas del pan y del vino. San Juan relacionará con la Eucaristía esta vida del cristiano en Cristo y de Cristo en el cristiano, vida en la que ve San Pablo incluso lo propio del Cuerpo místico: «Quien come mi carne y bebe mi sangre mora en mí, y yo en él. De la misma manera que enviado por el Padre, que vive, vivo yo por el Padre, también quien me come vivirá por mí» (*Jo.*, VI, 56-57).

Y para seguir llegándose a nosotros con la misma intimidad que en los días de su vida mortal, Jesús va a dejar en medio de nosotros la mediación de los poderes jerárquicos y de los ritos sacramentales que prolongarán su *contacto visible* en todo el mundo, y bajo cuyas apariencias enviará la plenitud de su gracia y de su verdad: «*Enseñad* a todas las naciones, *bautizadlas*..... Y he aquí que estaré yo con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (*Mt.*, fin).

Así, pues, en el momento en que es elevada la Iglesia al más alto punto de su mediación visible, la colma el Espíritu de las riquezas espirituales más puras, las que van a configurarlas más estrechamente con Cristo, su Salvador.



## CAPÍTULO II

### CRISTO, CABEZA DE LA IGLESIA

La Iglesia nace en el lugar en que viene Cristo a reunir en torno a sí, y a recapitular en sí a todo el universo (I). Es arrastrada en la obra de la Redención, de mérito y de satisfacción cumplida por Cristo; es la línea de la mediación ascendente de Cristo, por la cual entrega el mundo a Dios (II). La Iglesia nace de los privilegios mayores de Cristo rey y profeta, de Cristo sacerdote, de Cristo santo; es la línea de mediación descendente de Cristo, por la que da Dios al mundo e inunda a la Iglesia con la sobreabundancia de sus dones.

#### *I. LA IGLESIA, PRIMICIAS DEL UNIVERSO REUNIDO EN TORNO A CRISTO*

Cristo nos hace participar de la naturaleza divina, 1); se desposa con la humanidad, 2); se incorpora a la humanidad, 3); la recapitulación del universo en Cristo, 4).

1. DIOS SE HACE HOMBRE PARA HACER AL HOMBRE PARTICIPE DE LA NATURALEZA DIVINA.

**El misterio único de la Encarnación redentora.**—La Iglesia comienza aquí, en este mundo, el misterio de la recapitulación del universo en Cristo. A la caída original responde Dios con la Encarnación redentora, foco de un universo nuevo y mejor que el anterior. Si hablamos de la «encarnación redentora», lo hacemos para unir en una sola expresión los

dos momentos del acto único por el que salva el Verbo al mundo, en primer lugar haciendo suya nuestra carne, y acabando de pacificar todas las cosas luego, por la sangre de su cruz.

**La Encarnación da comienzo a nuestra reconciliación.—**

Pero por el mero hecho de su Encarnación, comienza Cristo a reconciliar a Dios con el hombre y al hombre con Dios. Por el hecho de ser verdadero Dios y verdadero hombre, hace de una manera inesperada el puente entre el cielo y la tierra. «En efecto, dice San Agustín, era preciso que el mediador entre el cielo y la tierra tuviera semejanza con Dios y semejanza con los hombres; no fuera que, semejante en todo a los hombres, quedara demasiado distante de Dios o que, semejante en todo a Dios, quedara demasiado alejado de los hombres, y que de esta manera no pudiera ser mediador» (1). El que es mediador es Dios y hombre a un tiempo; pero es mediador de los hombres como hombre que es mejor que los demás: «Único es Dios, y único es también el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre El mismo» (*I Tim.*, II, 5).

La consideración de este misterio está presente de continuo al espíritu de los Padres. Para ellos, Dios se ha hecho hombre para divinizarnos; el Verbo se ha hecho carne para morar en toda carne. San Atanasio resume con una fuerza y una insistencia extraordinarias toda la obra de nuestra salvación en el misterio del Verbo que se hace hombre para llevar a los hombres al Verbo: «En adelante, la carne no es ya algo terreno; se ha hecho Verbo por el Verbo de Dios que se ha hecho carne por nosotros» (2). Y puede por consiguiente decir: «Sí, estoy hecha de tierra y soy mortal por naturaleza; pero me he convertido en la carne del Verbo: El ha cargado con mis pruebas, a pesar de ser impasible, y yo he quedado libre de ellas» (3). En efecto, «de la misma manera que el Señor, habiendo revestido un cuerpo, se ha hecho hombre, así nosotros, los hombres, hemos quedado divinizados en el Verbo, habiendo sido asumidos a través de su carne, y nos

---

(1) *Confesiones*, lib. X, cap. XLII, n.º 67.

(2) *III Contra Arianos*, n.º 33.

(3) *Ibíd.*, n.º 34.



hemos convertido de esta manera en herederos de la vida eterna» (4).

**A través de la naturaleza individual de Cristo, queda afectada de hecho toda la naturaleza humana.**—Por el hecho de encarnarse en una naturaleza humana individual, formada por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen, el Verbo llamaba a toda la naturaleza humana a unirse a sí no con una unión hipostática, sino con una unión real, íntima y misteriosa. Su unión con la humanidad no obtiene su plena eficacia más que en los miembros que le están unidos por la caridad. Y sin embargo ejerce ciertos efectos sobre todos los hombres. Ya desde que comienza a despuntar en ellos el uso de la razón, hace llegar a todos ellos gracias prevenientes secretas. Además, si todos los hombres, incluso los que se hayan cerrado a su amor hasta el fin, son llamados a la resurrección, tiene este llamamiento su razón de ser en el llamamiento de Cristo. Y Santo Tomás, siguiendo la línea de los Padres griegos y latinos, podrá escribir: «Nosotros renacemos por la gracia de Cristo que nos es comunicada; pero renacemos por la gracia que, habiendo movido a Cristo a tomar nuestra naturaleza humana, nos ha hecho conformes a El por naturaleza. Y ésta es la razón de que los niños muertos en el seno de sus madres, y a los que no ha hecho renacer el don de la gracia, hayan de resucitar sin embargo, debido a la conformidad de la naturaleza que han recibido con la naturaleza de Cristo» (5).

**Toda la creación se halla sobreelevada.**—Al tomar una carne particular, una naturaleza individual, el Verbo atrae a sí el conjunto de la Creación, algo así como tocando una sola cuerda de un arpa se hace vibrar las demás cuerdas. La creación recibe en este momento una dignidad sorprendente, un nuevo destino. «En El, nos dice San Atanasio, ha sido creada y adoptada como hija toda la creación» (6). Así puede comprenderse lo que decía San Pablo: «La creación en

---

(4) *Ibid.*

(5) *IV Sent.*, dist 43, qu. I, a. I, quaest. 2, ad 5.

(6) *III Contra Arianos*, n.º 9.

espera aspira a la revelación de los hijos de Dios» (*Rom.*, VIII, 19).

**El Unigénito convertido en Primogénito entre muchos hermanos.**—Ahora bien, el Verbo se ha unido de manera inmediata a esta naturaleza humana, con exclusión de las demás criaturas. La humanidad le ha presentado lo que de más bello podía producir: una carne formada en el seno de María, la más bella flor del tallo de José. Al asumir esta naturaleza particular, ha contraído un parentesco misterioso con toda la humanidad. Era desde siempre el Unigénito del Padre; ha comenzado a ser el Primogénito de los demás hijos, haciendo de los hombres sus hermanos de adopción y los coherederos de su gloria.

La misma Sagrada Escritura nos anuncia estas maravillas. Nos dice que aquellos a quienes ha conocido de antemano, los ha predestinado Dios a «reproducir la imagen de su Hijo, a fin de que sea el Primogénito entre muchos hermanos» (*Rom.*, VIII, 29); que era preciso que «deseando conducir a la gloria a un gran número de hijos, Aquel por el cual y para el cual son todas las cosas, hiciera perfecto por el dolor a la Cabeza que debía conducirlos hacia su salvación. De ahí que no se avergonzara de llamarlos hermanos suyos, cuando dice: «Anunciaré tu nombre a mis hermanos..... He-nos aquí, a mí, y a los hermanos que Dios me ha dado..... Ya que no cuida de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Por eso ha sido preciso que se asemejara en todo a sus hermanos» (*Hebr.*, II, 10-17). Y por eso también somos nosotros «coherederos del Cristo» (*Rom.*, VIII, 17).

El tema del Unigénito que se convierte en Primogénito, tan del agrado de los Padres de la Iglesia, vuelve constantemente a la pluma de San Cirilo de Alejandría: «Es Hijo único por naturaleza, escribe él, ya que sólo El nace del Padre, Dios de Dios, Luz de Luz; y es Primogénito a causa de nosotros, a fin de que toda la creación injertada en una raíz inmortal, pueda volver a florecer bajo la acción de quien permanece siempre. Ya que todas las cosas han sido hechas por El, y siguen siendo y subsisten en El» (7).

---

(7) *Thesaurus, Assertio* XXV.



El descenso del Verbo al tiempo señala el advenimiento de un mundo nuevo en el que todas las criaturas son llamadas a nacer de nuevo al unísono con su Salvador.

## 2. CRISTO SE DESPOSA CON LA HUMANIDAD.

**La humanidad toda convidada a las nupcias.**—Toda la humanidad está en principio desposada por Cristo. Toda ella está invitada a asistir a las nupcias. Pero sólo en la medida en que responde a la invitación y se consuman las nupcias con Cristo, se convierte verdaderamente la humanidad en Esposa, llega a ser Iglesia.

Considerada de esta manera, la Iglesia forma un todo frente a Cristo. El está ya en la gloria del cielo; ella se halla aún en las pruebas del tiempo. Y sin embargo la Iglesia no se halla separada de Cristo, sino que se halla estrechamente unida a El. Existe entre ambos esa distinción de personas que es la condición lejana de un verdadero matrimonio. Y existe esa conformidad de naturaleza, esa semejanza de constitución que es su condición próxima. Cristo, habiéndola hecho a semejanza suya, hueso de sus huesos y carne de su carne, capaz de adivinar sus pensamientos y de amarla, no podría en manera alguna considerarla como una extranjera. Se enamora de su belleza y la hace suya por el amor.

**Fundamentos escriturísticos.**—La imagen escriturística de las nupcias de Cristo con la Iglesia, lejos de ser una visión idealizada de las cosas, ha de ser más bien considerada como una formulación imperfecta del misterio de esta unión. ¿Cómo no han de hallarse todas las imágenes muy por debajo de la verdad cuando sirven para traducir los mensajes que nos dirige el amor infinito?

Los textos inspirados van escalonándose aquí desde los Profetas hasta las últimas líneas del Apocalipsis. Retengamos dos pasajes de San Pablo. La Iglesia de Corinto es la virgen cuya fe ha de permanecer inalterada: «Experimento respecto de vosotros unos celos verdaderamente divinos; ya que os he desposado con un único esposo, como una virgen pura que hay que presentar a Cristo. Pero temo que, a ejemplo de Eva, a la que sedujo la serpiente con su astucia, también corrompa vuestros pensamientos, apartándolos de la since-

ridad y de la santidad debidas a Cristo» (*II Cor.*, XI, 2-3). Y a los fieles de Efeso les escribe: «Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a su Iglesia, y se entregó por ella, para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, a fin de presentársela a sí glorioso, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer a sí mismo se ama, y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo. «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne». Gran misterio es éste, pero entendido de Cristo y de la Iglesia» (*Eph.*, V, 25-32).

**Textos de San Agustín.**—San Agustín, por su parte, no se cansa de comentar esta Revelación escriturística. La ve ya anunciada en las primeras páginas del Génesis: «Cuando dormía Cristo sobre la cruz, representaba, o mejor dicho realizaba, lo que había sido figurado en Adán. En efecto, cuando dormía Adán, le fue quitada una costilla y de ella quedó formada Eva; de la misma manera, cuando dormía el Señor sobre la cruz, fue traspasado su costado por una lanza, y brotaron de él los sacramentos por los que queda constituida la Iglesia. Ya que la Iglesia, Esposa del Señor, ha brotado de Él, de la misma manera que de Adán ha sido formada Eva, de la misma manera que brotó del costado de quien dormía, fue forjada la otra del costado de quien moría» (8).

Al desposarse con la Iglesia, Cristo le da en dote todas las naciones, a las cuales, partiendo de Jerusalén, ha de ser anunciado el perdón de los pecados (*Lc.*, XXIV, 47). «Así, pues, Cristo es esposo de una Iglesia anunciada en todas las naciones, propagada y desarrollada hasta los confines de la tierra comenzando desde Jerusalén. De esta Iglesia es esposo Cristo. Y tú, ¿qué pretendes? ¿De quién es esposo Cristo? ¿De la secta donatista? ¡No, y mil veces no! ¡No, hombre bueno; no, hombre malvado! Consideremos las nupcias, leamos las cláusulas del contrato, y no disputemos. Si pretendes que Cristo es Esposo de la secta donatista, vuelvo a leer las

---

(8) *Enarr. in Ps. CXXXVI*, n.º 7.



cláusulas de dicho contrato, y veo en ellas que Cristo es Esposo de la Iglesia esparcida por todos los confines de la tierra» (9). Los apóstoles, por su parte, son amigos del esposo; la esposa no les pertenece. «Habiendo de subir al cielo, les confía de nuevo la Iglesia. El esposo, a punto de marchar, confía la esposa a sus amigos. No para que ame a alguno de ellos, sino que ha de amar a El como a Esposo suyo. Los amará simplemente como amigos del esposo, no de otra manera. Por otra parte es eso lo que ellos desean. No podrían en manera alguna permitir que el amor de la Esposa se desviase; no querían en manera alguna ser amados en lugar del Esposo. Ved cómo obra uno de ellos. Dándose cuenta de que la Esposa está turbada precisamente a causa de los amigos del Esposo, exclama: Tengo oído que hay divisiones entre vosotros, y en parte lo creo.... Se me ha comunicado respecto de vosotros, hermanos, por los de Cloe, que se dan disputas entre vosotros. Quiero decir que algunos de vosotros dicen: ¡Yo soy de Pablo! Y otros: ¡Pues yo de Apolo! ¡Y yo de Cefas! ¡Y yo de Cristo! ¿Será que está dividido Cristo? ¿O por ventura que ha sido Pablo crucificado por vosotros? ¿Habéis sido acaso bautizados en nombre de Pablo? (*I Cor.*, XI, 18 y I, 11-13). ¡Oh, el verdadero amigo! ¡No quiere ser amado en lugar del Esposo, para poder reinar con el Esposo!» (10).

Si está revelado que la Iglesia no forma más que una sola cosa con Cristo, que ha sido hecha a semejanza de El, que la ama y la cuida cual si fuera su propio cuerpo, se puede muy bien concluir que sería vano el querer, en nombre de la Escritura, separar la causa de Cristo de la causa de una Iglesia visible.

### 3. CRISTO SE INCORPORA LA HUMANIDAD.

No hemos dicho aún todo a propósito de los lazos que unen a Cristo con la Iglesia. La Escritura nos los muestra formando juntamente un único organismo, un único ser moral, una sola persona mística, el Cristo total, del que es El cabeza y ella Cuerpo.

---

(9) *Sermo CLXXXIII*, n.º 11.

(10) *Sermo CCXVIII*, n.º 4.

**La vid y los sarmientos.**—La expresión evangélica de esta doctrina podemos encontrarla en la comparación de la vid y de los sarmientos. El Hijo de Dios es en medio de los hombres como una vid excelente que lleva al mismo tiempo ramas estériles que serán cortadas, y ramas fértiles que producirán fruto abundante. «Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que en mí se halla y no produce fruto, lo corta; y todo sarmiento que produce fruto lo poda para que produzca fruto más abundante. Vosotros estáis podados gracias a la Palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. De la misma manera que no puede el sarmiento producir fruto si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí» (*Jo.*, XV, 1-4). Ahí se halla todo lo esencial del misterio de la unión entre Cristo y la Iglesia: la vid es de la misma naturaleza que las ramas, les comunica constantemente su vida de verdad y de amor, pero puede verse condenada al fracaso por la libertad de las ramas. Cuanto ha de afirmar San Pablo respecto de este misterio presupone que en realidad, según las palabras del Maestro, los cristianos están llamados a vivir de la misma vida de Jesús.

**La cabeza y el cuerpo.**—Cristo, escribe San Pablo, «es la Cabeza del cuerpo, es decir, de la Iglesia; El que es el principio, el primogénito de los muertos (era preciso que obtuviera en todo la primacía), ya que ha querido Dios hacer habitar en El toda la plenitud y reconciliar por medio de El a todos los seres consigo, lo mismo en la tierra que en los cielos, haciendo la paz por la sangre de su cruz» (*Col.*, I, 18 20). Y en medio de tantos otros textos: «Cristo constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas, a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores, para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo, para que ya no seamos niños que fluctúan y se dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error, sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los liga-



mentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad» (*Eph.*, IV, 11-16).

Así, pues, Cristo y la Iglesia se complementan mutuamente, como la cabeza y el cuerpo, pero de manera que Cristo lo da todo y la Iglesia lo recibe todo, y de manera que no haya menos perfección en Cristo tomado aparte que en Cristo considerado en unión con la Iglesia. En efecto, por una parte, Cristo es la perfección cualitativa, intensiva; en una palabra, la plenitud de la Iglesia: «En El os halláis asociados a su plenitud» (*Col.*, II, 9), ya que «no hay más que Cristo que lo es todo en todos» (*Col.*, III, 11). Y por otra parte la Iglesia constituye el complemento cuantitativo, extensivo, y en este sentido, también la plenitud de Cristo. Por eso podía escribir Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a las pruebas de Cristo, para su Cuerpo, que es la Iglesia» (*Col.*, I, 24).

**El cuerpo místico.**—La expresión «cuerpo místico» significaba en un principio, en el siglo IX, el cuerpo eucarístico o sacramental de Cristo, cuerpo al que se llamaba místico: 1.º porque se entrega misteriosamente bajo las apariencias de pan y vino; 2.º porque nos hace presente el misterio del cuerpo sacrificado de una vez para siempre en la cruz; 3.º porque es el hogar del cuerpo misterioso del que es Cristo Cabeza, es decir, de la Iglesia. En la segunda mitad del siglo XII, en virtud de un fenómeno pleno de sentido teológico, la misma expresión ha pasado del cuerpo sacramental al cuerpo eclesial, es decir, de la Eucaristía, llamada desde entonces el «verdadero» cuerpo o el cuerpo «propio» de Cristo, a la Iglesia, llamada por oposición el cuerpo «místico» de Cristo (11).

La expresión «cuerpo místico», aparte de recordarnos por su primitivo sentido histórico que la Eucaristía es el sacramento de la unidad suprema de la Iglesia, nos hace comprender la doble transposición que es preciso operar en la expresión «cuerpo» para aplicarla, con San Pablo, a la Iglesia. En efecto, al hacer esto, se pasa de un cuerpo natural, en

---

(11) Cfr. H. DE LUBAC, S. J., *Corpus Mysticum, L'Eucharistie et l'Église au moyen âge*, París, 1944, pp. 65 y 117.

el que los órganos constituyen partes integrantes de un todo único físico y substancial a un cuerpo comunitario en el que cada persona humana sigue constituyendo un todo substancial, y cuya unidad no puede ser más que moral y accidental, de manera que la unidad corporal, por esta transposición del plano biológico al plano sociológico, pierde necesariamente rigor. Y por otra parte se pasa al mismo tiempo de un plano natural a un plano sobrenatural, de manera que la unidad corporal se enriquece bajo este aspecto de una manera maravillosa. De esta manera la expresión «cuerpo», aplicada a la Iglesia, pierde fuerza bajo un aspecto para ganarla bajo otro. Es una expresión demasiado fuerte, y también demasiado débil: la Iglesia es una moralmente y cada persona es rescatada en ella por sí misma; pero al vivir cada miembro de la vida misma de Cristo en el Espíritu Santo, la Iglesia es una de una manera inefable y divina.

**Una persona única.**—Tan estrecha es esta unidad que no pocas veces San Pablo considerará a Cristo y a la Iglesia como constituyendo una única persona. «Todos vosotros, en efecto, bautizados en Cristo, os habéis revestido de Cristo: ya no hay judíos ni griegos, ni esclavos ni hombres libres, ya que todos vosotros no hacéis más que uno en Cristo Jesús» (*Gal.*, III, 27-28). «En efecto, de la misma manera que el cuerpo, aun cuando tiene muchos miembros no es más que uno, y que todos los miembros del cuerpo, a pesar de su pluralidad, no forma más que un solo cuerpo, lo mismo sucede con Cristo. De la misma manera hemos sido todos bautizados en un solo Espíritu para no formar más que un solo Cuerpo, Judíos y Griegos, esclavos y hombres libres, y hemos sido todos abrevados en un único Espíritu» (*I Cor.*, XII, 12-13). Y el Hombre perfecto que hemos de constituer (cfr. *Eph.*, IV, 13) «es el Cristo místico, compuesto de cabeza y miembros, y destinado a una perfección a la que puede irse acercando indefinidamente sin llegar jamás al límite» (12).

Todas estas enseñanzas tienen su fuente inmediata en el episodio en el que descubre San Pablo, por una revelación que dejará en él su huella indeleble, que es el mismo Jesús

---

(12) F. PRAT, S. J., *La théologie de Saint Paul*, Paris, 1913, t. I, p. 413.



a quien él persigue en la persona de los cristianos (*Act.*, IX, 4-5). Por su Cuerpo místico, Cristo sigue viviendo en los cristianos. Sus oraciones, sus obras, sufrimientos, la misma muerte, se convierten en una prolongación de la oración, de los sufrimientos, de las obras, de la muerte de Cristo. Basta que le nieguen los hombres su humanidad, en la que quiere sobrevivir místicamente, para que, como dice San Pablo (*Col.* I, 24), le falte algo al Cristo total. El P. Chardon escribirá que debida a esa subsistencia mística que nos comunica Jesús en la gracia, «gracia que nos une como miembros de un cuerpo a nuestra cabeza, su vida se hace vida nuestra, su Espíritu es el Espíritu de nuestro espíritu, y sus méritos comienzan a pertenecernos; y al paso que siente El hambre y sed con nosotros y hace suyas todas nuestras miserias, nosotros resucitamos y ocupamos un puesto junto a El en los cielos, y nos revestimos de su gloria» (13).

#### 4. LA RECAPITULACIÓN DEL UNIVERSO EN CRISTO.

**Qué es la recapitulación.**—Dios nos ha hecho conocer el misterio de su voluntad, ese designio lleno de amor que había concebido en sí de antemano para llevarlo a cabo cuando se cumpliera el tiempo prefijado: volver a traer (*recapitular*) todas las cosas bajo un solo Jefe, Cristo, tanto las celestiales como las terrenas» (*Eph.*, I, 9-10). Esta recapitulación no significa tan sólo que las cosas humanas, y a propósito de ellas todas las demás, tanto las celestiales como las terrenas, habrían sido reparadas, recomenzadas, repuestas en su primitivo estado, sino que se hallan destinadas a recibir una perfección hasta entonces inaudita, por el hecho de que en adelante serán jerarquizadas bajo un principio mejor, es decir, Cristo. Cristo, en primer lugar, debido a su naturaleza humana, resume en sí todos los demás seres, los injerta de nuevo en sí de la misma manera que la humanidad primitiva se hallaba injertada en Adán. Y por su unión hipostática con el Verbo, une toda la creación con la divinidad. Así, cuando las cosas humanas, tanto terrenas como celes-

---

(13) *La croix de Jésus*, París, 1937, p. 32.

tiales, se unan en el más allá para formar el Reino glorificado, aparecerán en él no tan sólo como criaturas transfiguradas, sino en cuanto unidas a Cristo, tan íntimamente que en su conjunto constituirán algo así como una prolongación de su cuerpo. Y entonces aparecerá a plena luz a los ojos de todos que si fue permitida la caída, se debía ello a que, por el misterio de la Encarnación redentora, el universo de la Redención había de ser incomparablemente más hermoso que el de la inocencia.

**El carácter cósmico de la Iglesia y la ley de distinción de lo espiritual y de lo temporal.**—Esta recapitulación cósmica tiene su comienzo ya aquí abajo en la Iglesia, por la Iglesia. Pero para bien entender esta realidad, es menester no olvidar que de la misma manera que Cristo en su peregrinar, la Iglesia no absorbe en sí, mientras dura la historia, todas las realidades del tiempo.

En efecto, por una parte, deja por debajo de sí el inmenso universo de la naturaleza, y de la cultura, el ritmo de la formación y de la gravitación de los astros, el correr temporal de la historia.

Verdad es que todas estas cosas eran necesarias para que pudiera tener lugar la Encarnación, y para que pudiera Cristo reunir en torno suyo a su Cuerpo místico. Sin embargo, respecto de toda la trama de sucesos que van jalonando la historia del cosmos y de la cultura humana, el Verbo hecho carne y su Iglesia aparecen como «un fin desproporcionado, metahistórico, sobreordenado desde arriba y no tomando de la historia, con divina discreción, sino aquello que le era necesario» (14). Cristo nace en Belén de manera totalmente accidental. No hay lugar para El ni en los designios de Augusto ni en la posada del pueblo. Dos pobres personas a las que se rechaza, algunos pastores, una muchedumbre de ángeles, he ahí las primicias de su reino. Es preciso que la teología de la Iglesia no «olvide el establo de Belén». Es preciso que desde un comienzo rompa con todos los sueños de imperialismo espiritual.

---

(14) JACQUES MARITAIN, *cfr. Jacques Maritain, son oeuvre philosophique*; traducción española, Desclée de Brouwer, 1950, Buenos Aires, p. 86.



La razón de ser de la Iglesia consiste en traer a los hombres la sangre de Cristo, no los beneficios de la civilización. Puede inspirar, qué duda cabe; puede incluso ratificar, en nombre del Evangelio, la multitud de las actividades temporales. Pero sin embargo en todo esto no introduce más que un rayo de su luz. No cabe duda alguna en cuanto a esto cuando se trata de las actividades de la investigación científica, de las obras de arte o de la técnica. Pero se verifica esto asimismo cuando se trata de los deberes de la vida social-temporal, económica o política. Verdad es que toda la obra temporal ha de verse ordenada a los fines espirituales. ¡Que rehuya esa finalidad divina, y pronto se dirigirá, de manera fatal, a los fines diabólicos! Pero está ordenada como fin intermediario, infravalente, fin que guarda su valor específico propio, no como puro medio que no recibe su valor más que del fin. Sólo en la medida en que no son objeto de la cultura, en la medida en que son utilizados como medios espirituales, pueden el canto gregoriano, las lenguas y los actos litúrgicos entrar en la trama misma del reino de Dios.

Una ley de distinción rige en este mundo las relaciones entre la Iglesia y las cosas del tiempo. Solamente en el más allá entrarán plenamente en la Iglesia toda la creación, las cosas de la naturaleza y las de la cultura. ¿No nos muestra por ventura San Pablo a la creación visible en espera de la gloria? (*Rom.*, VIII, 19-22). La Iglesia ha sido creada para asimilar en sí más tarde a toda la creación, y por eso su misma existencia acaba por irritar más o menos a las instituciones humanas, «ya que la vecindad de la eternidad es peligrosa para lo perecedero y la de lo universal para lo particular» (P. Claudel). Pero por ahora, el orden de las realidades culturales sigue desplegándose según sus fines propios en un plano inferior al del reino de Dios, corre paralelamente a él, se deja a veces iluminar y vivificar por él, aunque espera sin embargo el fin de la historia para desembocar definitivamente en él, para depositar en él, en una forma muy decantada y sublimada, lo mejor de cuanto ha producido. Instaurar todas las cosas en Cristo, hacer de Cristo un rey, nunca podrá constituir una tentativa, consciente o inconsciente, de suprimir la distinción de las cosas que dependen directamente del César y de las que dependen de Dios, del cristianismo y de la cultura —aun cuando se trate de una cultura cristiana—, de la Iglesia y de la civilización.

**Dos ciudades que se enfrentan.**—Por otra parte, Dios deja subsistir frente a su Iglesia, según una ley no de distinción esta vez sino de oposición, la ciudad del mal, el dragón que la empuja al desierto. Esta oposición de la luz y de las tinieblas, de Cristo y de Belial (*II Cor.*, VI, 15), se producirá no sólo entre los cristianos y sus adversarios, sino en el mismo interior de cada cristiano, entre lo que se relaciona al cielo en su interior y lo que tiene aún de infierno. Olvidar esta ley más interior y más crucificante que la precedente, equivaldría a defender los errores milenaristas que anuncian para este mundo el advenimiento de un reino que lograría barrer de la superficie de la tierra las tinieblas del dolor y del pecado.

**La Iglesia reclama a todo el hombre y a todos los hombres, pero siempre mirando a los fines eternos.**—Reclama en primer lugar a todo el hombre. Lo mismo que la ciudad temporal, la Iglesia reclama a todo el hombre, al hombre íntegramente, en cuerpo y alma. Pero al paso que la ciudad temporal no puede reclamar al hombre más que con vistas a fines inmediatos, temporales, la Iglesia lo requiere con vistas a fines supremos y eternos. Lo mismo la una que la otra se dividen entre sí el alma y el cuerpo del hombre y ninguna de las dos tiene el derecho de mostrarse totalitaria en este mundo; pero al paso que no tiene una de ellas derecho a hacerse suyo al hombre más que en nombre de los valores provisorios y subordinados, la otra por el contrario lo reclama en nombre de los valores supremos y definitivos. La legitimidad de sus exigencias está verificada cada vez por la conformidad de éstas con los imperativos de la ley dictada por el Autor de la naturaleza y de la gracia. Pero al paso que la ciudad temporal habrá de referirse siempre a esta ley como a una regla externa siempre a sí misma, la Iglesia abraza dentro de sí misma, como a su Huésped y Amigo, al Maestro que la dirige.

Y la Iglesia además reclama a todos los hombres. No todos son de hecho miembros del Cuerpo de Cristo, pero todos están llamados a serlo un día. Incluso los que han puesto su corazón en la ciudad del mal siguen siendo sin embargo capaces, mientras moran en este mundo, de volver a Cristo, y San Agustín piensa con agrado en esta idea de que acaso



se lleguen a El antes de morir: «Nosotros vemos lo que son hoy, pero no sabemos lo que serán mañana» (15).

**La Iglesia es el mundo que se reconcilia con Dios.**—Así pues, Cristo, ahora glorioso, se esfuerza desde lo alto del cielo por conducir por el surco de su pobreza, de su sufrimiento, de su cruz, a los hombres a los que se llega por lo que de más esencial hay en ellos, y de esta manera se llega al universo en el que se ven ellos sumergidos. Y esta continua confrontación del universo con la imagen de Cristo peregrino, esta reconciliación progresiva de la creación en la sangre de la cruz constituye la Iglesia del tiempo presente, nuestra Iglesia. «La Iglesia es el mundo reconciliado», dice San Agustín (16), que cita Juan, III, 17: «Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que se salve el mundo por El».

## II. LA IGLESIA RESCATADA POR LA PASION DE CRISTO

Nos colocamos ahora en la línea de la mediación ascendente de Cristo, en la mediación en la que ora, merece, satisface, para que el mundo pecador sea recibido en la misericordia de Dios.

### 1. LA REDENCIÓN DE CRISTO, NUEVO ADÁN.

**Mediación ascendente y mediación descendente de Cristo.** Desde el instante en que se hacía hombre el Verbo, constituía en el corazón mismo del universo un punto de unión incomparablemente mejor que el que había constituido Adán. Por su humanidad hacía que todas las criaturas se le hicieran naturalmente fraternas y se hallaran elevadas, por nueva vocación, a participar en El de la dignidad de hijas de Dios. Más aún, en la medida en que las criaturas libres obedecían de hecho a este llamamiento, se convertían por la

---

(15) *De baptismo contra donatistas*, lib. IV, n.º 4.

(16) *Sermo XCVI*, n.º 9.

gracia en partícipes de la naturaleza divina, y comenzaban a formar, en torno a Cristo, la Iglesia, su Cuerpo místico.

En Cristo, Dios y hombre y por ese mismo hecho mediador único entre el cielo y la tierra a la que había de reconciliar, se pueden considerar dos clases de acciones: las que proceden de su humanidad para subir hasta Dios, como por ejemplo la oración, la ofrenda, el mérito, las súplicas, el sacrificio, y las que descienden de Dios a través de El hasta los hombres como los milagros, las curaciones, la iluminación del corazón, el perdón de los pecados, la resurrección de los muertos en el último día, etc.

Estas dos clases de actividades de Cristo son divino-humanas, teándricas como dicen los teólogos. Sin embargo se da una profunda diferencia entre ellas. Las primeras son acciones intrínsecamente humanas: orar, sufrir, morir. Son acciones que reciben su valor infinito y divino de la dignidad infinita de la persona que las lleva a cabo. Las segundas son acciones, que, intrínsecamente, superan la capacidad de la naturaleza humana, incluso la de Cristo considerada en sí misma: perdonar, santificar, resucitar a los muertos. La humanidad de Cristo es en estas acciones instrumento de la divinidad.

Esta distinción es sumamente importante, ya que estas dos clases de acciones divino-humanas corresponden a las dos grandes vías por las que ofrece Cristo a los hombres las gracias de la salvación. Por una parte, en el orden de las actividades que suben de su humanidad al cielo, es Cabeza de la Iglesia en cuanto que merece y satisface por ella: en este caso puede hablarse de una mediación ascendente o moral. Por otra parte, en el orden de las actividades que descienden de Dios al mundo, es Cabeza de la Iglesia por el hecho de derramar sobre ella las gracias y dones que la forjan a su semejanza: los teólogos hablan en este caso de una mediación, de una causalidad descendente o física. En el orden de la causalidad ascendente moral, Cristo es, como hombre, la causa principal de nuestra salvación; en el orden de la causalidad descendente física, Cristo, en cuanto hombre, es la causa instrumental de nuestra salvación (17). En esta primera parte nos ocuparemos del primer aspecto.

---

(17) Se llama causa *principal* a la que produce un efecto por su virtud propia, e *instrumental*, a la que lo produce por virtud de una causa principal,



**Solidaridad en Adán y solidaridad en Cristo.**—Verdad es que pecamos bajo nuestra propia responsabilidad, por nuestra propia culpa personal, preparándonos de esta manera nuestra futura condenación ante el justo juicio de Dios que pagará a cada uno según sus obras (*Rom.*, II, 6-8). Y sin embargo constituye uno de los grandes principios de la Revelación la verdad de que la marea toda de nuestras culpas ha sido movida por un primer pecado de alcance universal, pecado que de manera misteriosa sigue manteniendo bajo su dependencia nuestras culpas. De manera semejante, si creemos, si amamos, si abrimos a Cristo la puerta de nuestro corazón (*Apc.*, III, 20), si llevamos a cabo nuestra salvación con temor y miedo (*Phil.*, II, 12), lo hacemos, qué duda cabe, con un acto nuestro personal; y sin embargo todo el conjunto de estas acciones y de estas obras saludables, sin excepción alguna, había de ser a su vez movido por un acto supremo de obediencia y de amor, acto de alcance universal, que no dejaría de dirigir desde lo alto y de impregnar con su influencia aquellas acciones nuestras.

En efecto, he aquí lo que escribe San Pablo: «Así, pues, de la misma manera que la culpa de uno sólo ha traído consigo una condenación de todos los hombres, así también la obra de justicia de un solo hombre logra para todos una justificación que da la vida. En efecto, de la misma manera que por la desobediencia de uno sólo han sido constituidos muchos pecadores, así también por la obediencia de uno sólo serán constituidos muchos justos» (*Rom.*, V, 18-19). De aquí también que vea el Apóstol en el primer Adán «un símbolo de quien había de venir» (*Rom.*, V, 14). Y vuelve a usar del mismo para-

---

y que obra en este caso más allá de su propia capacidad: el pintor es causa principal de la obra de arte; el pincel, causa instrumental. —Causa física es aquella de la que emana directamente el efecto; puede ser principal (por ejemplo el pintor) o instrumental (el pincel). La causa *moral* produce el efecto por su influjo sobre la causa física libre, a la que determina a la acción por persuasión, orden, súplica, amenazas, etc.— Por otra parte, ninguna causa creada puede producir su efecto sin ser movida por la moción trascendente de Dios, fuente de todo cuanto existe y obra. De ahí que se diga que Dios es Causa *primera*, y las criaturas, causas *segundas*. Pero las causas creadas principales son movidas por Dios, causa primera, de manera que puedan producir su efecto propio, no a la manera de las causas instrumentales.

lismo en *I Cor.*, XV, a propósito de la muerte y de la vida: «Porque habiendo entrado en este mundo la muerte por un solo hombre, también por un hombre vendrá a nosotros la resurrección de los muertos. En efecto, de la misma manera que mueren todos en Adán, volverán a vivir también todos en Cristo» (21-22); así está escrito: «el primer hombre, Adán, ha sido constituido alma viviente (18); el último Adán es un espíritu que da vida» (45).

**El pecado, mal del hombre y ofensa de Dios.**—La Redención que nos trae el nuevo Adán presupone que se ha dado por parte del hombre esa repulsa misteriosa que tiene por nombre pecado.

Sin siquiera mencionar las terribles catástrofes en las que precipita el pecado a la humanidad —las heridas morales de la naturaleza inclinada en adelante al mal, la muerte con todo su cortejo de dolores—, es menester mostrarse atento a lo que es el pecado en sí mismo, en lo que oculta de más profundo, y de lo que a fin de cuentas no son más que consecuencias todas esas catástrofes.

El pecado mortal aparece en primer lugar como una mancha, como un mal que alcanza al mismo hombre al que aparta de Dios, bien infinito, para clavarlo en la criatura pasajera, bien infinito, hollando en ella la gracia y la amistad divinas. Es todo lo contrario de la caridad, por la cual el hombre escoge efectivamente a Dios como a su fin último, como el fin que en última instancia es el motor de toda nuestra vida. Lo cual supuesto, de la misma manera que puede la caridad por su parte crecer de continuo, y no podría por consiguiente ser el hombre algo infinito, el pecado, considerado como mancha que afecta al hombre, será siempre capaz de más o de menos, será siempre algo limitado, finito.

Pero el pecado mortal incluye un segundo aspecto, más misterioso, al que no damos normalmente tanta importancia, pero que los santos sin embargo perciben con más hondura. Bajo este aspecto el pecado mortal aparece como una injuria hecha a Dios, como un mal que alcanza al mismo Dios, pri-

---

(18) Es decir, un hombre dotado de vida por su *psyche*, de una vida puramente natural. San Pablo opondrá de esta manera el hombre «psíquico» al hombre «pneumático», es decir, al hombre que vive según el Espíritu.



vándole de algo que le es debido en justicia. Dios, en efecto, por ser el fin último de todas las criaturas, tiene un derecho estricto a ser amado por encima de todas las cosas, a ser elegido como el Absoluto al que debe consagrarse en concreto la vida de toda criatura libre. El pecado lastima ese derecho. Verdad es que el pecado no puede alcanzar al mismo Dios, ya que por su misma naturaleza se halla más allá de todo mal, toda vez que el mal no podrá atentar contra el Bien infinito. Pero sin embargo por esa opción suya tan funesta el pecador destruye a Dios en la medida de sus fuerzas. En su acción se encubre la voluntad de que Dios no siga siendo Dios. Este poder agresivo del pecado, oculto de ordinario a nuestros ojos, se manifestará sin ambages en la hora de la pasión del Salvador, cuando Dios, convertido en vulnerable por la naturaleza humana que ha hecho suya, conocerá, como consecuencia de nuestro pecado, las afrentas de la agonía y de la muerte.

**Ofensa infinita y compensación infinita.**—Cada vez, pues, que se comete un pecado mortal queda lastimado el derecho infinito que tiene Dios a nuestra adoración y a nuestro amor; la injuria es infinita. Y ya con esto tocamos la paradoja de las relaciones entre Dios y el mundo. El dominio soberano de Dios sobre sus criaturas, criaturas sin embargo desiguales —el átomo, el ángel, la voluntad humana— es infinito respecto de todas ellas. Si ofrezco yo mi adoración, mi fe y mi caridad, e incluso mi penitencia por los pecados de mi vida pasada, el don sigue siendo siempre finito, limitado, capaz siempre de aumento; pero si rehúso esa adoración o ese amor que debo, mi negativa es siempre, en un sentido, infinita. De lo que se sigue, extraño misterio, que el hombre es más poderoso en el mal que en el bien, y que solamente en la línea del mal pueden sus obras ser en cierto sentido infinitas.

Esta infinitud de la ofensa hubiera quedado sin duda alguna oculta a nuestros ojos, si no hubiera venido a manifestarla el misterio de la Redención. Tan verdadera es esta afirmación, que, fuera de en su relación a este misterio, no puede ser nuestra culpa captada con toda claridad, de manera que no llegamos nosotros a adivinar la profundidad de nuestra miseria más que cuando descubrimos la profundidad del remedio que nos ha preparado Dios. De hecho

se da una proporción entre la malicia de nuestras culpas limitadas y desiguales por su naturaleza, por su objeto y sus circunstancias, pero infinitas e iguales por el hecho de que cada una de ellas viola el derecho siempre infinito de la majestad divina, por una parte; y el valor de la satisfacción de Cristo cuyas acciones eran finitas y desiguales por su naturaleza, por su objeto y circunstancias, pero igualmente infinitas en dignidad por el hecho de que cada una de ellas tenía su origen en la persona infinita del Verbo, por otra. Meditando en la profundidad infinita de la Redención que sólo Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, podía hacer perfecta, han llegado los padres a descubrir la profundidad infinita de la ofensa hecha a Dios por el pecado. San Cirilo de Alejandría llegará a escribir: «Si hubiera sido un puro hombre el Emmanuel, ¿cómo hubiera podido aprovechar su muerte a la naturaleza humana? Muchos santos profetas han muerto, sin que trajera nada nuevo a la naturaleza humana su muerte; pero la muerte de Cristo nos ha salvado» (19). Y de igual manera San Agustín: «No hubiéramos sido liberados, ni siquiera por el único Mediador entre Dios y los hombres, por el Hombre Cristo Jesús, si no hubiera sido además Dios» (20). Y Santo Tomás precisará: «El pecado cometido contra Dios tiene una cierta infinitud por el hecho de la infinitud de la majestad divina: ya que la ofensa es tanto más grave cuanto más elevada es la dignidad de la persona ofendida. De ahí que fuera preciso, para que se diera una satisfacción conveniente, un acto cuya eficacia fuera infinita, acto que procediera de Dios y del hombre a un tiempo» (21).

**Cristo nos hace partícipes de una Redención, más bien que de una liberación.**—Muy bien pudiera haber suscitado Dios, para levantar por la fuerza de uno sólo a la humanidad a la que la culpa de uno sólo había conducido a la catástrofe, un justo en medio de esa humanidad al que hubiera hecho responsable de la humanidad perdida. Pero con ello no hubiera quedado nunca extinguida la deuda del mundo. Por toda la eternidad hubiera seguido Dios recibiendo más

---

(19) *De recta fide ad reginas*, n.º 7.

(20) *Enchiridion*, n.º 28.

(21) III, qu. I, a. 2, ad 2.



ofensa que gloria de su creación. En una palabra que, es de Santo Tomás, hubiéramos sido *liberados*, pero no hubiéramos sido *redimidos*. «Verdad es, dice el santo doctor, que era posible a Dios el escoger para nosotros otra forma de liberación, ya que su poder no se halla en manera alguna limitado. Y si de hecho la hubiera empleado, no cabría la menor duda de que hubiera convenido perfectamente. Pero no hubiera sido más que una liberación. No hubiera sido una Redención; ya que hubiéramos sido liberados sin que la deuda quedara saldada» (22).

De hecho no hemos sido liberados por un puro hombre. La respuesta ha estado por encima de la promesa, el nuevo Adán ha borrado al primero. De hecho Dios recibirá de su creación más gloria que ofensa. He ahí el fondo del misterio de la Redención.

## 2. EL MÉRITO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA.

**La paradoja de la Redención: Dios obligado en justicia a usar de misericordia.**—«El mérito significa recompensa, es decir, lo que es dado como retribución, como precio de una obra o de un trabajo» (23). Decir que Cristo nos ha merecido la salvación equivale a decir que Dios, que había aceptado que su Hijo se presentara en nombre de la humanidad entera, había de otorgarle la redención del mundo como un salario que se debe en justicia.

Así, pues, con anterioridad a cuanto nosotros hacemos, hay algo que se ha hecho para nosotros, de una vez para siempre. Por encima del don miserable de nuestros corazones, existe un don primordial único irreprochable, presentado en favor nuestro por Cristo que nos incorpora a la ofrenda de su sacrificio, que oculta nuestras llagas, nuestras ignorancias y nuestros pecados, bajo el manto de su pureza, y de su luz, que hace solidario de su propia súplica nuestro deseo de liberación, y nuestra causa ya perdida, de la suya ganada de antemano: un don que no podía Dios rechazar, ya que procedía de su Hijo; que no podía Dios despreciar por-

---

(22) *III Sent.*, dist. 20, qu. I, a. 4, quaest. 2.

(23) S. THOMAS, I-II, qu. 114, a. 1.

que revestía una dignidad infinita; don que estaba Dios obligado a aceptar en favor nuestro, una vez que lo había aceptado que se ofreciera en favor nuestro; un don al que estaba *Dios en justicia obligado a responder usando de misericordia con el mundo*. He ahí el misterio de la redención, la paradoja de una misericordia que es debida, y de una justicia que es gratuita. Es una misericordia para los hombres, pero que es debida a Cristo y no podría serle negada sin injusticia. Y es una justicia para Cristo, pero que no es debida a los hombres, ya que nada tienen éstos que dar en retorno por sus pecados; nada fuera de ese Cristo que se entrega espontáneamente a ellos para bastar por todo.

**El mérito de Cristo se difunde en sus miembros.**—La gran súplica dirigida por Cristo a Dios para merecernos la salvación, ha atraído sobre nosotros, sin derecho ni mérito alguno anterior por parte nuestra, una avalancha de gracia que sobreabundaba en Cristo y se halla presta a derramarse al exterior. De nosotros depende el no deshacer el atractivo de esta gracia que no hemos merecido en manera alguna. Y si la acogemos en nosotros, podemos nosotros a nuestra vez merecer ante Dios, no, verdad es, con un mérito comparable de Cristo, mérito que pudiera enfrentarse con el de Cristo (24), sino con un mérito que depende del de Cristo. Los actos que vamos a realizar, alimentados con la savia divina de una primera gracia libremente conferida por Dios, se van a convertir en flores y frutos de gracias. Dios los ordena para que se conviertan aquí abajo en aumento de caridad, y en el más allá en crecimiento de la vida de la gloria. El cielo nos es prometido en el Evangelio como una recompensa a dichos actos: «Alegraos, regocijaos, ya que grande es vuestra recompensa en el cielo» (*Mt.*, V, 12).

No cabe duda, dice Santo Tomás, que media una distancia infinita del hombre a Dios, y que el hombre recibe de Dios todo cuanto puede dar a Dios. De manera que entre el hombre y Dios no puede darse, absolutamente hablando, ni igualdad, ni justicia, ni derecho a recompensa alguna, ni mérito de ningún género; todas estas nociones no pueden

---

(24) Y esto es, sin embargo, lo que no cesa de atribuirnos la teología protestante.



valer más que de una manera relativa, es decir, según una proporción, en el sentido de que el hombre habrá de ofrecer a Dios, en la medida en que es capaz de ello, las cosas que el mismo Dios hará nacer en su corazón (25).

**Nuestros méritos son dones de Dios.**—El que nuestras acciones realizadas en gracia atraigan sobre nosotros un aumento de caridad e incluso la vida del cielo como una recompensa que Dios no podrá en manera alguna rehusar, es un hecho sólo posible porque así lo ha decidido Dios de la manera más libérrima. Si está por consiguiente Dios «obligado en justicia» a recompensar nuestros méritos, lo está tan sólo debido a su propia disposición; y se halla obligado respecto de sí mismo, no respecto de nosotros (26): verdad ésta que expresaba San Agustín diciendo que «lo que llamamos nosotros méritos son dones de Dios» (27) y que «cuando corona Dios nuestros méritos no hace más que coronar sus propios dones» (28). De hecho, los méritos de un cristiano que se halla en estado de gracia no son más que los méritos de Cristo que es su Cabeza y del que es él un miembro vivo. «La acción por la que merecemos nosotros la vida eterna, escribía Cayetano, es no tanto una acción *nuestra* como una acción que *Cristo*, como Cabeza, realiza en nosotros y por nosotros..... A imitación del Apóstol que decía: Vivo no yo, sino Cristo en mí (*Gal.*, II, 20), el cristiano puede decir con toda verdad: merezco no yo, sino Cristo en mí; ayuno pero no yo, sino Cristo en mí. Y lo mismo sucede con todas las actividades voluntarias que realizan para Dios los verdaderos miembros de Cristo. De manera que el mérito de la vida eterna es atribuido no tanto a nuestras obras cuanto a las obras que Cristo como Cabeza realiza en nosotros y por nuestro medio» (29).

**La Iglesia merece en Cristo el acrecentamiento de su amor y la conversión del mundo.**—Desde ese punto de vista resulta

---

(25) Cfr. I-II, qu. 114, a. 1

(26) Cfr. *ibid.*

(27) *De Trinitate*, lib. XIII, n.º 14.

(28) *Epist. CXCV*, n.º 20.

(29) *De fide et operibus adversus lutheranos*, en *Opuscula*, t. III, trast. XI, cap. IX. El opúsculo lleva por fecha el 13 de mayo de 1532.

comprensible que pueda transmitirse como por ondas sucesivas a toda la Iglesia la súplica única, suprema, por la que ha merecido Cristo en justicia ante Dios la salvación del mundo, a fin de que de esta manera quede acordada en la medida de lo posible, la vida del Cuerpo a la vida de la Cabeza. La gracia que es meritoria en Cristo, no pierde su propiedad al comunicarse a los cristianos. Pero sólo en Cristo podía ser infinito su valor meritorio. El mérito de Cristo vale por sí mismo; el mérito de la Iglesia, por participación, de una manera secundaria y relativa. Basta, sin embargo, para asociar estrechamente la Iglesia a la misión redentora de Cristo. Toda la Iglesia, en cada momento de su historia, queda invitada a tomar parte en la intercesión ofrecida por Cristo de una sola vez para siempre, a fin de merecer de una manera derivada y participada, el acrecentamiento de su amor (mérito de condigno) y la conversión del mundo (mérito de congruo: Dios que gusta de hacer la voluntad de quienes le aman).

### 3. LA SATISFACCIÓN DE CRISTO Y DE LA IGLESIA.

**La satisfacción dolorosa de Cristo.**—Cristo ha ofrecido el precio de su pasión no tan sólo para obtener en recompensa la gracia de la salvación para los hombres, sino también para compensar la ofensa infinita hecha a Dios por el pecado. Su pasión es a un tiempo meritoria y satisfactoria. Estos dos aspectos se hallan presentes en la Escritura, sin que se hallen siempre separados. «No habéis sido rescatados de la vana conducta heredada de vuestros padres por medio de cosas perecederas, sino con la preciosa sangre de Cristo, cordero sin mancha e irreprochable» (*I Petr.*, I, 18-19). «Tenemos un intercesor ante el Padre, a Jesucristo el justo. El es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros sino también por los del mundo entero» (*I Jo.*, II, 1-2).

Justamente hace observar Scheeben que Cristo «habría podido merecernos la gracia y la gloria, aun sin padecer por nosotros, mientras que para la satisfacción era necesaria su Pasión. Porque sin el propio anonadamiento, sin la propia renuncia, sin la propia humillación, no puede restituirse a Dios el honor ultrajado; el mérito, en cambio, se funda sen-



cillamente en hacer obras por amor de Dios, a honor suyo, para glorificarle» (30). Sin embargo, la pasión y muerte del Salvador han conferido, como por añadidura, a su acción meritoria, y más aún a su acción adoradora, un ahonde admirable, ya que han permitido a Cristo el merecer nuestra redención por el don supremo de la vida, y el adorar a Dios por un anonadamiento real de su ser ante la majestad de Dios.

**Su sobreabundancia.**—No sólo es infinita y capaz por consiguiente de compensar en todo rigor la ofensa cometida contra Dios la satisfacción de Cristo, sino que, si se mira todo el orden de la Redención respecto del orden del pecado, menester será decir que es sobreabundante. «No ha sucedido lo mismo con el don que con la culpa. Si, por la culpa de uno sólo, ha muerto la muchedumbre, cuánto más será verdad que la gracia de Dios y el don conferido por la gracia de un solo hombre, Jesucristo, se han esparcido profusamente sobre la multitud..... Donde se ha multiplicado el pecado, ha sobreabundado la gracia» (*Rom.*, V, 15, 20).

La sobreabundancia de la Redención de Cristo es uno de los temas más importantes del mensaje cristiano. Es el tema del *exsultet* y no se da tema más caro al corazón cristiano. De él se desprenden varios aspectos:

1.º Esta satisfacción sería ya en sí sobreabundante con sólo considerar el homenaje que recibe Dios de solo Cristo, en el cual se halla en cierto sentido resumida toda la creación. «Cristo, al sufrir en caridad y obediencia, ha presentado a Dios algo mejor de lo que exigía la compensación de toda la ofensa del género humano..... De ahí que la pasión de Cristo por los pecados del género humano haya sido no sólo suficiente sino sobreabundante» (31). «La caridad de Cristo sufriente ha sido mayor que la malicia de los que lo crucificaban; por eso ha podido Cristo en su pasión satisfacer más

---

(30) *Die Mysterien des Christentums*. Ed. española, «Herder», 1950, Barcelona, § 67, t. I, p. 479.—Cfr. S. THOMAS, *IV Sent.*, dist. 20, qu. I, a. 2, quæst 2 and 4: «Satisfactio debet esse poenalis».

(31) S. THOMAS, III, qu. 48, a. 2.

de lo que pecaban los que le crucificaban, de manera que la pasión ha sido suficiente y sobreabundante incluso para ellos» (32).

2.º La satisfacción de Cristo es además sobreabundante por el hecho de que, gracias a ella, Dios recibe actualmente de los mismos hombres más gloria que oprobios. En efecto, los cristianos están convencidos de que, aun en las horas más sombrías, la intensidad de la caridad supera en la tierra a la del odio.

3.º Finalmente la satisfacción de Cristo nos hace partícipes de bienes superiores a los que habíamos perdido. Desde este punto de vista podrá decirse que el estado de redención honra a Dios más aún que el estado de inocencia.

**Cómo se comunica la satisfacción de Cristo a sus miembros.**—«De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia» (*Jo.*, I, 16). Al transmitirse de la Cabeza a sus miembros, de Cristo a la Iglesia, no pierde la gracia sus propiedades. De la misma manera que había movido a Cristo a satisfacer, moverá a los cristianos a entrar en pos de El en el gran movimiento de reparación a Dios por las ofensas del mundo. Los cristianos tratarán de hacer a imitación de Cristo lo que éste ha hecho: «Cristo ha sufrido asimismo por vosotros dejándoos un ejemplo para que sigáis sus pasos» (*Petr.*, II, 21). ¿Cómo podría darse, entre la Cabeza y el Cuerpo, simbiosis y sinergia, si no se propagara en el resto del Cuerpo la acción comenzada en la Cabeza, si no terminara en sus discípulos el sufrimiento soportado por Cristo? «En este momento hallo un gozo en los sufrimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las pruebas de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia» (*Col.*, I, 24).

Sin embargo, la satisfacción que se comunica de Cristo a su Iglesia por una especie de redundancia, no tiene el mismo valor en uno y otro caso. En Cristo es una satisfacción perfecta, infinita; en la Iglesia es imperfecta, derivada. La satisfacción de Cristo vale por sí misma; la de la Iglesia vale por participación, es menester que quede unida a la

---

(32) *Ibid.*, ad 2.



de Cristo, y es recibida en los cielos por favor. Finalmente, la satisfacción de Cristo era sobreabundante en todos los sentidos, en cuanto que no tenía Cristo necesidad de expiar por sí mismo, ya que no tenía pecado alguno. La satisfacción, en cambio, que ofrecen unidos a Cristo, ocultos en Cristo, los que por el amor se han convertido en miembros vivos suyos, ha de emplearse en compensar en primer lugar las ofensas que han causado ellos por sus propios pecados. Solamente en los santos, purificados totalmente por el amor, comienzan a ser los sufrimientos satisfactorios verdaderamente sobreabundantes, y son capaces de volcarse totalmente sobre los demás. Transformados en Cristo, a la manera del leño que se ha convertido en fuego, hacen cuanto Cristo hace, enseñan con Cristo, merecen con Cristo, expían con Cristo por los vivos y los muertos, salvan al mundo con Cristo.

#### 4. LA APROPIACIÓN DE LA REDENCIÓN DE CRISTO POR PARTE DE LA IGLESIA.

**La Redención de Cristo imputada en principio a todos los hombres.**—El mérito y la satisfacción de Cristo han sido aceptados por Dios de manera que *pueden* ser aplicados en favor de todos los hombres. En principio han sido *imputados* a todos. Todos han recibido de Cristo el derecho a reclamarlos para sí; y todos tienen incluso el deber de hacerlo de manera que, si faltan a este deber, roban algo a Cristo.

**El fundamento válido y el error de la doctrina luterana de la apropiación.**—Si quedáramos ahí sería menester decir que Cristo es igualmente Cabeza de todos los hombres, que forman con todos ellos una sola persona jurídica de la que son ellos Cuerpo y El Cabeza. ¿Y cómo hablar de esta persona jurídica? Habría que decir que es justicia en Cristo y pecado en los hombres; que está salvada si consideramos la satisfacción ofrecida por ella, pero condenada si se considera la condición de aquéllos por quienes es aquélla ofrecida. Incluso podrá atribuirse a la Cabeza lo que no es verdadero directamente más que del cuerpo: en este sentido se dirá que Cristo, a pesar de haber permanecido siempre justo, se

ha hecho pecado por nosotros (*II Cor.*, V, 21) y que se ha convertido en maldición (*Gal.*, III, 13). Y podrá atribuirse al cuerpo lo que es verdadero directamente de la Cabeza: en este sentido se dirá que los hombres están ya salvados (en Cristo) aun cuando se hallan aún condenados (en sí mismos); que son justos, aun cuando son aún pecadores, *simul iusti et peccatores* para emplear intencionadamente una expresión de Lutero.

Ya que, en efecto, bajo el aspecto que aislamos nosotros, y en este primer instante de la obra redentora, la problemática luterana de la justificación es verdadera y todos sabemos que los grandes errores no son más que verdades desplazadas. Pero no olvidemos que la obra redentora no está en este momento más que comenzada y que no podría ser detenida en este estadio más que en caso de que quedara roto su desarrollo normal. Y esto es precisamente lo que sucede en el caso de los pecadores obstinados. La doctrina de una pura solidaridad jurídica de los hombres con Cristo no se aplica en realidad más que a los que se obstinan en no acoger la redención en el interior de sí mismos, a los que se niegan a hacerla suya.

Para la tesis protestante clásica esta apropiación de la redención de Cristo se realiza por la fe, que explica aquélla como una confianza en Cristo que lleva consigo necesariamente para el fiel una seguridad absoluta en su salvación particular. Los hombres que se han apropiado de esta manera la redención de Cristo, siguen siendo en sí mismos, realmente, intrínsecamente, pecadores; pero Dios les imputa la justicia de Cristo, los cubre con el manto de Cristo; en una palabra, los considera como justos. De manera que la Iglesia y Cristo constituyen conjuntamente una única persona jurídica, y la justicia de Cristo pasa a la Iglesia de la misma manera que el pecado de la Iglesia pasa a Cristo, que ha sido hecho por nosotros «pecado» y «maldición».

**La doctrina católica de la apropiación.**—Otra es la doctrina tradicional. También, según ella, es la apropiación de la Justicia de Cristo la que incorpora a los hombres a Cristo. Pero el efecto directo de esta justificación consiste en hacer descender la justicia de Cristo, la gracia y la verdad de Cristo, al corazón de los hombres. El pecado de los hombres pasa *jurídicamente* a Cristo, en el sentido de que ha acep-



tado sufrir para expiarlo; pero la justicia de Cristo pasa *realmente* a su Iglesia, a fin de que sobreabunde la gracia allí donde ha abundado el pecado. San Pablo que ha escrito: «Al que no había conocido el pecado, lo ha hecho Dios pecado por nosotros», añade inmediatamente: «a fin de que en El nos convirtamos en justicia de Dios» (*II Cor.*, V, 21). Y en otro lugar: «Si vive Cristo en vosotros, aun cuando se halle muerto el cuerpo ya en razón del pecado, *el espíritu es vida por la justicia*» (*Rom.*, VIII, 10).

Así se halla reunida en torno a la oración, a la adoración y a la oblación de Cristo, toda la oración, toda la adoración y la oblación de la Iglesia. A la súplica suprema, al sufrimiento supremo de Cristo, se hallan unidos la súplica y el sufrimiento de la Iglesia. Cuerpo suyo y Esposa suya. Por eso habrá que decir que la Iglesia entera no forma con Cristo más que una única persona mística, que adora, sufre, y suplica.

### III. LA IGLESIA FORMADA POR LA GRACIA DE CRISTO

Nos colocamos ahora en la línea de la mediación descendente de Cristo, por la cual reparte en su Iglesia la sobreabundancia de sus privilegios de rey-profeta, de sacerdote, de santo.

#### 1. LA GRACIA CAPITAL DE CRISTO.

**La gracia capital.**—Del corazón de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, subía al cielo una súplica inimaginable que debía hallar su momento supremo en el instante en que se entregaría en sacrificio sobre la cruz y atraería a sí las súplicas formuladas o secretas, explícitas o implícitas, de todos los hombres, sea que perteneciesen al pasado, al presente o al futuro, para purificarlas, para transformarlas, iluminarlas y elevarlas en alas de su propia oblación hasta el Padre que se halla en los cielos, hasta el seno de la inaccesible Trinidad. He ahí la línea de la mediación ascendente.

A este llamamiento responde Dios derramando en el mundo a través del corazón de Cristo abierto por la lanza, los

frutos de la redención: «El es quien ha venido por el agua y la sangre, Jesucristo..... Y el Espíritu es quien da testimonio..... Y tres son quienes dan testimonio, el Espíritu, el agua y la sangre, y estos tres están de acuerdo» (*I Jo.*, V, 6-7). He ahí la línea de la mediación descendente.

Para que fuera El verdaderamente «la Cabeza del Cuerpo, es decir, de la Iglesia» (*Col.*, I, 18), «ha querido Dios hacer habitar en El toda la plenitud» (*Col.*, I, 19), colmándola de una gracia destinada en primer lugar a desbordar sobre la humanidad para formar en medio de ella a la Iglesia. Esta gracia de Cristo-Cabeza, que se esparce sobre Cristo-Cuerpo, para formar el Cristo total, Cabeza y Cuerpo, es lo que se llama la gracia capital de Cristo.

**Los tres privilegios de la gracia capital.**—Pueden reconocerse en la gracia capital de Cristo tres privilegios mayores, tres dones espirituales que se hallan como confundidos en El en la eminencia de una perfección única, pero que, al difundirse en todo el Cuerpo, van a sellar a éste con tres improntas. Verdad es que estas tres improntas estarán exigiendo imperiosamente el quedar juntas, pero sin embargo aparecerán como realmente distintas unas de otras. Son las de su sacerdocio, de su realeza, de su santidad.

**Dios se sirve de Cristo como de un instrumento para esparcir las riquezas de la gracia capital.**—La humanidad santísima de Cristo es, en manos de Dios, como un instrumento, como un órgano destinado a transmitir al mundo las gracias de la salvación. Pero estas expresiones de instrumento, de órgano, habrán de recibir en nuestro caso un sentido absolutamente único. En primer lugar, la humanidad de Cristo es un instrumento libre, el más libre, el más amante, el más sensible que haya sido jamás creado. Además, por el hecho de su unión al Verbo, es capaz de operar nuestra salvación como por propia virtud. Posee como un poder de excelencia respecto de los poderes que recibirán los ministros humanos: es un instrumento «unido» a la divinidad, como se halla la mano unida a nuestra persona; mientras que aquéllos son instrumentos «separados» de la misma manera que la herramienta se halla separada de nuestra persona.

Toda la humanidad del Salvador, su alma y su cuerpo, su inteligencia y su voluntad, sus sentidos, se hallaban como



comprometidos en las actividades por las que perdonaba el pecado, por las que obraba milagros y cimentaba en el mundo a su Iglesia. Intervenía en cada circunstancia por el acto de libertad. Escuchaba los problemas de los hombres, respondía a sus preguntas, decidía obrar, escogía por sí misma los medios, el lugar y el momento: «Jesús, al ver su fe, dijo al paralítico:—Ten confianza, hijo, que te son perdonados tus pecados» (*Mat.*, IX, 2); «y comprendiendo sus sentimientos, dijo Jesús: ¿Por qué pensáis de esa manera en vuestros corazones?..... Ahora bien, a fin de que sepáis que el hijo del Hombre tiene en la tierra poder de perdonar los pecados —dijo entonces al paralítico—, levántate, toma tu camilla y vete a casa» (*ibid.*, 4 y 6). «Estaba Jesús en una ciudad, cuando se llegó a El un hombre cubierto de lepra. Al ver a Jesús, se prosternó con el rostro en tierra y le dirigió esta súplica: —Señor, si quieres puedes curarme. Jesús extendió la mano y le tocó, diciendo: —Lo quiero, sé sano. E inmediatamente le abandonó la lepra» (*Lc.*, V, 12-13).

Aun cuando no hay en Jesús más que una sola persona, un solo «Yo», un único «Alguien», al cual se dirigen como al sujeto responsable todas sus acciones, las que parten de la naturaleza humana lo mismo que las que de su naturaleza divina —la Persona del Verbo—, no por eso deja Jesús de tener una vida humana, una conciencia creada, una libertad creada. Ella será la que, movida por la omnipotencia divina, va a esparcir el exceso de sus riquezas sobre los hombres todos, para hacerlos partícipes, por un triple influjo, de su sacerdocio, de su realeza y de su santidad.

## 2. EL SACERDOCIO DE CRISTO Y DE LA IGLESIA (33).

**El sacerdocio de Cristo.**—La redención del mundo ha sido conseguida como respuesta no a un acto cualquiera meritatorio o satisfactorio de Cristo. Cristo nos ha salvado por su muerte en la Cruz. Esta muerte no sólo ha constituido el más bello de los martirios, sino que ha sido un verdadero sacrificio. «Cristo, podrá escribir San Pablo a los Efesios, os ha amado y se ha entregado por nosotros, ofreciéndose a Dios en sacrificio de agradable perfume» (V, 2).

---

(33) Véanse más adelante, pp. 128 y sig.

En efecto, lo que se halla en el centro del mundo es un sacrificio incomparable, un sacrificio al que prefiguraban los sacrificios de la Antigua Alianza, a los que había de reemplazar para siempre. Cristo había sido ordenado sacerdote para que pudiera ofrecer esta oblación perfecta en la que El mismo sería víctima, y lo había sido por el mismo Dios único que podía ordenar todas las cosas en este sentido: «No es Cristo quien se ha atribuido a sí mismo la gloria de llegar a ser sacerdote supremo, sino que ha recibido esta gloria de quien le ha dicho: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; de la misma manera que está escrito en otro lugar de la Escritura: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec. Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fue escuchado por su reverencia y temor. Y aun cuando era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia» (*Hebr.*, V, 5-8). Toda la Epístola a los Hebreos explica cómo ha sido constituido Jesús sacerdote en favor de los hombres para ofrecerse a la muerte sobre el altar de la cruz.

**El sacrificio de Cristo.**—La vida eterna, la reconciliación y la renovación del mundo, son algo que ha merecido Cristo de una manera definitiva por un acto sacrificial, es decir, por un acto religioso exterior, por un rito reservado, en el cual daba la mayor prueba de amor y sobre el cual fundamentaba la nueva religión. Los sacrificios de las religiones paganas, en lo que conseguía en ellos escapar al arañazo de la inmoralidad, lo mismo que los sacrificios de la Antigua Alianza, no eran más que sombra y figura de este sacrificio único, profetizado por Malaquías y destinado a extender su fuerza santificadora en todo lugar y en todo tiempo: «Desde el Oriente al Occidente, es grande mi Nombre entre las naciones y en todo lugar es presentado un sacrificio de incienso, y una ofrenda pura a mi Nombre» (*Mal.*, I, 11).

De lo que se sigue que en el corazón del Cristianismo se hallan un culto, una liturgia. La cruz ensangrentada queda para siempre plantada en el centro de la verdadera religión. Ella es la que reanima a las almas que caen, la que dispensa la vida, la que derribe la dureza de los corazones. «He aquí, anunciaba el profeta, que esparciré sobre la Casa de David y sobre quienes habitan en Jerusalén, un espíritu de benevo-



lencia y de súplica. Mirarán hacia quien han atravesado: se lamentarán ante El como se lamenta ante un unigénito y lo llorarán como se llora a un primogénito» (*Zac.*, XII, 10); «en aquel día habrá una fuente abierta a la casa de David y a los habitantes de Jerusalén, abierta para el pecado y la impureza» (*Zac.*, XIII, 1).

«Señor, si te hubieras hallado aquí, no hubiera muerto mi hermano». Y Jesús no lo niega. Es que existen súplicas a las que se resiste uno a distancia, a las que no puede uno resistirse de cerca. Marta y María lo sabían. Y lo sabe el mismo Dios. Esa es la razón de que se haya hecho el Verbo uno de nuestra sangre y de que haya vivido en medio de nosotros. Y ésa es asimismo la razón de que habiendo subido a una cruz para atraer a ella a todos los hombres, deseara que no se les hiciera esa cruz algo lejano, que fuera llevado algo así como por el flujo del tiempo. Habiendo, pues, esperado que comenzara el sacrificio supremo, fundó la misteriosa institución que había de permitir el dirigir y perpetuar la fuerza de aquél. El sacrificio sangriento se llega hasta nosotros por la renovación del rito incruento instituido en la Cena y en torno al cual queda como unida la Iglesia. Para multiplicar no el sacrificio supremo, sino su presencia entre los hombres, tras de tomar el pan en la noche en que iba a ser entregado, y tras de haberlo partido diciendo: «Este es mi cuerpo entregado por vosotros», añadió estas palabras: «Haced esto en memoria mía»; e inmediatamente, tomando el cáliz, tras de decir: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre», añadió: «Haced esto cada vez que bebiereis de este cáliz, en memoria mía». Y San Pablo recuerda a los fieles de Corinto que la comida del Señor en la que toman parte les hace verdaderamente «participar de la mesa del Señor» y «anunciar su muerte» (*I Cor.*, X, 21 y XI, 26).

**La participación de los fieles en el culto inaugurado por Cristo.**—Los tres caracteres sacramentales del Bautismo, Confirmación y Orden constituyen otras tantas derivaciones en el alma de los fieles, del supremo poder sacerdotal. De la misma manera que Cristo había consagrado por el Padre sacerdote con vistas al sacrificio, estos tres caracteres consagran a los fieles para permitirles participar a su vez, a títulos diversos, en el sacrificio de la Nueva Ley, para entrar

en la gran liturgia de la que Cristo es sacerdote y víctima a un tiempo.

Gracias a los caracteres sacramentales, es la Iglesia toda con sus sacerdotes (34) totalmente sacerdotal, se halla enteramente introducida en la celebración del culto misterioso que ha sido consumado una vez en el Calvario no para quedar aislado, sino por el contrario para anexionarse, para incorporarse, para transfigurar el homenaje cultural de las futuras generaciones a medida que van llegando a la existencia.

Verdad es que todo tiene su término en el amor, no en el culto; pero el culto cristiano es el lugar de paso por el que sube hacia el cielo de la tierra, y baja del cielo a la tierra la doble corriente del amor.

### 3. LA REALEZA DE CRISTO Y DE LA IGLESIA (35).

**Jesús Rey y Profeta.**—Jesús no es tan sólo sacerdote. Es también rey y durante el tiempo de su vida mortal también profeta. Tiene toda la autoridad para gobernar a su Iglesia, para dirigirla enseñando a los hombres no sólo lo que han de hacer para salvarse, sino también lo que han de creer. El dice: «Yo soy la luz del mundo; quien me siga no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida» (*Jo.*, VII, 12). El dispensa la verdad, predica la Buena Nueva, enseña con autoridad (*Mt.*, VII, 29).

**Necesidad de la predicación oral.**—Desde los días de su carne, todas las gracias de luz que brotan de la Divinidad

---

(34) La Epístola a los Hebreos opone a la sucesión de los sacerdotes levíticos, a Jesús, el sacerdote único. Hagamos desde luego observar que el poder de los sacerdotes tiene como fin, en nuestros días no el suplantar la mediación suprema de Jesús, sino el hacerla perfecta. Sólo El es el sacerdote perfecto. Ellos en cambio son *sus* sacerdotes, es decir, meros ministros efímeros que sirven tan sólo para dispensar, a lo largo de los tiempos, su redención eterna. Volveremos a tratar más extensamente de este tema más adelante, en el capítulo V, cuando tratemos de las derivaciones en la Iglesia del sacerdocio de Cristo.

(35) Véanse más adelante, pp. 139 y sig.



se reúnen en su inteligencia antes de repartirse en los hombres para iluminarlos y darles su luz, sea que vivan dispersos por los confines del globo o se hallen junto a sí. Enseña, a distancia tan sólo, a los que se hallan lejos de El; enseña además por contacto sensible a los que se hallan junto a El. «Ilumina a todo hombre» (*Jo.*, I, 9). Su enseñanza a distancia tiene como fin el preparar los espíritus para que reciban la revelación plena, explícita, o el suplir en cierto modo a su ausencia iluminando el camino que conduce a la salvación. Sin embargo, el Evangelio es anunciado a los hombres en una enseñanza dada *por contacto*. «En verdad os digo: muchos profetas y justos han deseado ver lo que estáis vosotros viendo y no lo han visto, y oír lo que vosotros oís y no lo han oído» (*Mt.*, XIII, 17). «¿Cómo van a creer sin haber antes oído? Y ¿cómo van a oír sin que haya quien les predique? Y ¿cómo predicar si no se les envía nadie?» (*Rom.*, X, 14-15).

**Esta predicación no será interrumpida.**—¿Se va a interrumpir en el día de la Ascensión este contacto por la palabra viva, por la palabra sensible? ¿Va a dejar Cristo, después de una predicación de tres años, de añadir a la iluminación interna la garantía de la enseñanza externa?

El mismo nos ha dado la respuesta cuando ha enviado a los Apóstoles hasta los confines de la tierra y hasta el fin de los tiempos, otorgándoles el poder y el mandato de enseñar y prometiéndoles su asistencia. Para no privar a los hombres del socorro de que se benefician con un magisterio externo y vivo, dejará en medio de ellos un poder visible, autorizado, que podrá seguir hablando en su nombre. El Padre había dicho: «Este es mi Hijo muy amado; escuchadle» (*Lc.*, IX, 35). Y Jesús a su vez dirá: «El que a vosotros escucha, a mí me escucha; el que a vosotros rechaza, rechaza a Aquel que me ha enviado» (*Lc.*, X, 16). La realeza espiritual de Cristo será, lo mismo que su sacerdocio, participada por la Iglesia.

Mientras dure este mundo, las luces *interiores* no harán desaparecer la *predicación* del Evangelio, el anuncio exterior de la Buena Nueva. La exigencia de esta predicación exterior se halla inscrita en el mismo misterio de la Encarnación. ¿Qué ha querido el Verbo, la Palabra eterna, cuando ha concebido el designio de tomar nuestra naturaleza? Ha

querido que en medio de las voces humanas portadoras de un mensaje que es sólo humano y en el que se hallan mezclados el error y la verdad, resonara una voz humana portadora de un mensaje que fuera divino. Ha querido de esta manera que la salvación suprema, eterna, divina, fuera propuesta a los hombres bajo una forma altamente humana, a manera de una invitación dulcísima, conminatoria a veces, pero saludable.

Y al disponer que tras de su subida a los cielos fuera la revelación divina transmitida a los hombres por otros hombres, y por unas generaciones humanas a otras generaciones humanas, ha querido enlazar ya aquí abajo a los hombres con lazos divinos.

**Profecía jerárquica y profecía privada.**—«Vosotros formáis el Cuerpo de Cristo y sois miembros suyos» (*I Cor.*, XII, 27). En este texto, los miembros de Cristo no son como antes, en que San Pablo exhortaba a los Corintios a la santidad de vida, «quienes reciben comunicación de la vida íntima de Cristo, sino «los que sirven para que Cristo obre exteriormente sobre y por su Iglesia» (36), es decir, los que se hallan encargados de una misión respecto de los demás.

Entre éstos distingue San Pablo, por una parte, a los miembros que ejercen ciertas funciones permanentes, los miembros de la Jerarquía, como diríamos en nuestro lenguaje actual: «A unos ha establecido Dios en la Iglesia en primer lugar como apóstoles, en segundo lugar como profetas, como doctores.....»; y nombra un poco más adelante «las obras de asistencia y de gobierno» (*ibid.*, 28). En efecto, aparte de las luces de la revelación y de la inspiración, llamadas a desaparecer junto con los Apóstoles, existen otras luces —relacionadas con la profecía— que constituirán la aportación principal y positiva de las gracias de asistencia con las que puede contar la Iglesia mientras subsista. Por estas mociones proféticas regula Cristo los pasos del poder jurisdiccional de la Iglesia; la va conduciendo a donde quiere; imprime su semejanza en el mensaje que ella se encarga de anunciar al mundo.

---

(36) E. B. ALLO, O. P., *Première épître aux Corinthiens*, Paris, 1934, p. 332.



Además de estos dones dependientes de la Jerarquía, enumera el Apóstol otros dones, extraordinarios esta vez, que se relacionan más o menos con la predicación evangélica, dones que pueden ser dados lo mismo a los miembros de la Jerarquía que a los simples fieles, y que pueden servir, también ellos, para la edificación del prójimo y para el desarrollo de la Iglesia: milagros, carismas de curación, don de hablar lenguas, etc.

**Papel real y profético de la Iglesia.**—Así, pues, Cristo deja en medio del mundo un poder que es una participación de su realeza espiritual y de su magisterio. Gracias a este poder toda la Iglesia es real. En dependencia de Cristo de la que ella es el Cuerpo y gracias a la asistencia del Espíritu Santo, perpetúa ella, de una manera oral y viva, la función real, profética, de Cristo. Es depositaria de las fuentes vivas de la doctrina cristiana, portadora de la plenitud de la Revelación, «conservadora del depósito» (*I Tim.*, VI, 20; *II Tim.*, I, 14), «columna y firmamento de la verdad» (*I Tim.*, III, 15). Y a su vez ésta, en una dependencia absoluta de los apóstoles y ante todo de su Maestro, es la «luz del mundo».

#### 4. LA SANTIDAD DE CRISTO Y DE LA IGLESIA (37).

**La santidad, privilegio supremo de Cristo.**—Más incluso que su poder sacerdotal ordenador del nuevo culto, más que su realeza espiritual sobre las inteligencias, es la virtud santificadora de Cristo la que constituye su privilegio supremo como Cabeza de todo el Cuerpo místico. Cristo salva a la Iglesia como sacerdote, consagrándola para la celebración del culto de la Nueva Ley. La salva asimismo como rey, iluminándola con los rayos de la profecía. La salva principalmente como santo con la santidad divina, llenándola con su gracia, con su caridad, con su sabiduría. Su poder sacerdotal y su poder real se hallan finalmente ordenados a la caridad, que supera a todos los demás dones espirituales (*I Cor.*, XII, 31; XIII, 13).

**Constituye la riqueza suprema de la Iglesia.**—Si las participaciones del sacerdocio y de la realeza de Cristo no son

---

(37) Véanse más adelante, pp. 241 y sig.

ofrecidas de igual manera a todos los miembros de la Iglesia ya que no todos tienen que asegurar las mismas funciones en el servicio de la comunidad, la participación en el amor de Cristo es ofrecido sin reserva a todos. San Pablo recomienda a Timoteo y a Tito que no impongan las manos, es decir, que no comuniquen los poderes jerárquicos a cualquiera (*I Tim.*, V, 22; *III*, 1-7; *Tit.*, I, 5-9), pero escribe a los fieles de Efeso: «Dignese Dios, según las riquezas de su gloria, armaros de poder por su espíritu para que se fortalezca en vosotros el hombre interior, para que Cristo habite en vuestros corazones por la fe de manera que quedéis arraigados, fundamentados en el amor. De este modo recibiréis la fuerza de comprender, con todos los santos, lo que es la anchura, la largura, la altura y la profundidad; llegaréis a conocer el amor de Cristo que sobrepasa todo conocimiento y por vuestra plenitud entraréis en toda la plenitud de Dios» (*III*, 16-19).

**Llega a nosotros por Cristo.**—Verdad es que la gracia que nos santifica tiene su origen en la Trinidad. La humanidad de Cristo nos la confiere convirtiéndose en causa instrumental suya. Pero es una causa instrumental privilegiada. Unida a la divinidad. Es una causa que posee en sí misma de una manera eminente todos los dones que comunica a los hombres. La gracia de Cristo configura a la Iglesia a semejanza de Cristo. ¿Qué es la gracia? ¿Qué perfecciones posee ella en Cristo?

**¿Qué es la gracia?**—La Epístola de San Pedro nos da la audaz definición de la gracia cuando nos dice que el poder divino, por la gloria y la virtud de Cristo que nos ha llamado, «nos ha otorgado las preciosas, las más hermosas promesas, a fin de que lleguéis de esta manera a ser partícipes de la divina naturaleza, una vez que os veáis libres de la corrupción que hay en este mundo en la concupiscencia» (*II Petr.*, I, 4). Así, pues, la gracia nos hace partícipes de la naturaleza divina enterrando en nosotros la raíz de operaciones que nos hacen capaces de llegar a Dios en toda su infinitud, tal cual es El en sí mismo, de conocerle tal cual El se conoce con un rayo de su luz, de amarle tal cual se ama El con un rayo de su amor; hace que podamos a nuestra manera realizar las mismas operaciones de Dios. Y al comu-



nicarnos por participación esta naturaleza de Dios, nos convierte la gracia en hijos de Dios por adopción, en herederos de su reino, es decir, de su infinita bienandanza.

¿Cómo puede la gracia que es finita, hacernos partícipes de la infinitud misma de Dios? Vamos a responder con un ejemplo: el ojo finito constitutivamente, se abre al infinito del horizonte. La gracia es finita, limitada *constitutivamente*, pero *tendencialmente* desemboca inmediatamente en la infinitud de la Trinidad.

**Las perfecciones de que se halla adornada la gracia en Cristo.**—La gracia se ve adornada en Cristo de una riqueza y de un esplendor incomparables. En, y debido a su unión con el Verbo, la gracia arraiga como en una tierra escogida y no como en una tierra extranjera; como en su propia patria y no como en el destierro. Jamás ha podido encontrar la gracia «en su casa», en la naturaleza humana, como la ha hallado en Cristo: ni bajo la ley de la inocencia, ni bajo la de la naturaleza, ni bajo la ley mosaica. Los teólogos dicen que en Cristo se halla de una manera *connatural*.

La gracia creada de Cristo es además *plena*. Llega ya desde un principio al más alto nivel que ha podido fijar la sabiduría divina para acomodar el alma de Cristo al contacto con la Trinidad por una parte, y al cumplimiento de su misión redentora por otra. Ella contiene en sí, ya desde un principio, de manera eminente, todas las modalidades, todos los efectos, todas las manifestaciones que hará aparecer en el mundo: «De su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia» (*Jo.*, I, 16), ya que «plugo a Dios hacer residir en El toda la plenitud de la divinidad y reconciliar por medio de El consigo a todos los seres, lo mismo a los que se hallan en la tierra que a los que en el cielo, estableciendo la paz por la sangre de su cruz» (*Col.*, I, 19-20).

Finalmente la gracia de Cristo es una gracia *filial*. Es en su humanidad algo así como un eco de su filiación eterna. La expresión Padre brota continuamente de su boca. Cuando trata uno de descubrir la razón por la que el sentimiento de la paternidad divina se hace más profundo al pasar del Antiguo al Nuevo Testamento, se ve uno obligado a hacer depender de la manera más estrecha la revelación de nuestra filiación adoptiva de la revelación mayor de la filiación natural de Jesús. La doctrina de San Pablo, dice el Padre Lebre-

ton, «no hace más que desarrollar esta predicación del Señor: si los cristianos son hijos de Dios, se debe ello al hecho de que han sido incorporados al Hijo único y de que participan de su vida»; y añade: «La filiación divina de Jesucristo es la fuente de la que brota la filiación de los cristianos, y si se nos muestra ésta, ya desde las primeras páginas del Evangelio, tan elevada y sobrenatural, se debe ello a que en efecto tiene su origen en esta plenitud infinita» (38).

Por el hecho de extenderse de Cristo a su Iglesia no cambia de naturaleza la gracia santificante. Lo mismo en uno que en otro caso es una participación de la naturaleza divina; lo mismo en uno que en otro caso está ordenada en último término a la gloria y a la visión de Dios, y hoy a la salvación del mundo; y lo mismo en uno que en otro caso exige el presentar las mismas modalidades propias de la Nueva Ley, modalidades que desconocieron el estado de inocencia e incluso las épocas anteriores.

**La acción de Cristo a distancia y la acción de Cristo por contacto.**—Jesús ha fundado su Iglesia en Palestina. Sabemos que se halla presente en otras partes desde el primer momento de su Encarnación. Pero es esta acción suya una *acción a distancia*. Los rayos de gracia que brotan de su corazón llegan a todos los hombres que se hallan dispersos por el haz de la tierra. Tienen el poder necesario para salvar a todos los hombres que los reciben en el fondo de sus corazones. Entonces va esbozándose en el secreto, de manera aún primitiva y lejana, la Iglesia. Es una Iglesia que ignora aún los poderes sacerdotales y los poderes jurisdiccionales. Es una Iglesia que no se asemeja a Cristo más que de una manera inicial e incompleta.

Ahora bien, Cristo no se ha encarnado para obrar a distancia sino para curar las llagas de nuestra naturaleza. «Al abandonar a Dios, escribe Santo Tomás, había caído el hombre en las cosas temporales: era preciso por consiguiente que el mismo Dios se vistiera de nuestra carne, para que las mis-

---

(38) JULES LEBRETON, *Les origines du Dogme de la Trinité*, París, 1919, p. 249. Cfr. S. THOMAS: «Llegamos a ser hijos adoptivos de Dios por asimilación al Hijo natural de Dios», *IV Contra Gentes*, cap. 24.



mas cosas temporales se convirtieran para nosotros en un principio de salvación. Y puede muy bien Agustín escribir comentando el Evangelio del Verbo encarnado: «La carne te había hecho ciego, he aquí que la misma carne te sana» (39). Es la *acción por contacto* la que fundamenta a la Iglesia en su estado de plenitud y de perfección. Es la acción por contacto la que se esfuerza en multiplicar en cierto sentido Cristo cuando atraviesa el mar para ir a curar al poseso, cuando recorre los caminos de Judea y de Galilea, y llega hasta los límites de Fenicia. Es esa acción la que quiere eternizar en el tiempo, cuando a punto de abandonarnos instituye en medio de nosotros la jerarquía visible, jerarquía que le hará las veces de un instrumento carnal con el que pueda tocarnos desde lo alto del cielo en el que reside (*Mc.*, XVI, 19). Esa acción será la que ha decidido extender a todas las naciones de una manera progresiva (*Mt.*, XXVIII, 19) hasta los confines de la tierra (*Act.*, I, 8) y hasta el fin de los siglos (*Mt.*, XVIII, 20), para que en todas las situaciones vaya dando de continuo nacimiento a su Iglesia. Esta acción será finalmente la que a través de los sacramentos de la Nueva Ley, sacramentos que son como las manos de Cristo extendidas sobre nosotros a través del tiempo y del espacio, hará llegar hasta nosotros, de manera más o menos intensa, según sea el estado de nuestras disposiciones, la santidad de Cristo con todas las riquezas que le son propias.

**La gracia que nos hace plenamente conformes a Cristo.**— Por el contacto de los sacramentos se llega a la Iglesia la gracia plenamente cristiana, plenamente cristoconforme, y por consiguiente plenamente cristoconformante (40).

Comunicada por medio de los sacramentos, la gracia trae consigo a la Iglesia condiciones de estabilidad y de arraigo, análogas a las que hallaba la gracia creada en el alma de Cristo unida al Verbo. Halla entonces en los corazones una residencia *connatural*, una tierra de elección. Verdad es que todos los miembros individuales de la Iglesia pueden

---

(39) III, qu. I, a. 3, ad 1; la cita de SAN AGUSTÍN: *In Joan. Evang.*, tract. II, n.º 16.

(40) Véase más adelante, p. 205.

perderla; pero la Iglesia como tal jamás dejará de hallarse en el amor, de ser la patria del amor.

Comunicada por medio de los sacramentos, la gracia es *filial* como jamás lo había sido aún. La palabra que pone en vuestros corazones cuando clamamos a Dios es la de *Padre* (*Mt.*, VI, 9; *Rom.*, VIII, 15). Nos constituye *hermanos* del Unigénito (*Hebr.*, II, 12-17) y *coherederos* suyos (*Rom.*, VIII, 17; *Gal.*, IV, 7).

Comunicada a través de los sacramentos, la gracia es *plenaria*. Posee la séptuple perfección sacramental que le otorga el poder realizar espontáneamente los actos vitales del Cuerpo místico. Confiere a la Iglesia por una parte un peso de gloria que la inclina hacia la Trinidad, y un peso de cruz por otra parte que la arrastra en pos de Cristo para redimir al mundo con El, por El, en El: tal es el sentido de las gracias de iniciación del Bautismo (*Rom.*, VI, 3-6) y de consumación de la Eucaristía (*Jo.*, VI, 57).

Estas son las modalidades de la gracia en cuanto *sacramental*. Además la gracia, en la Iglesia, se halla *orientada*; los fieles interiorizan en sí las directivas de los poderes jurisdiccionales: las de los poderes que declaran un dogma, al que corresponde una obediencia teológica; las de los poderes canónicos, a los que corresponde una obediencia moral.

Y la gracia y la caridad son cristianos y cristoconformantes en cuanto *sacramentales* y en cuanto *orientadas*. Luego diremos que de esta manera constituyen el alma de la Iglesia, el alma *creada* de la Iglesia, de la que es el mismo Espíritu Santo el Alma *increada*.

**La gracia de la Redención es superior a la gracia de la inocencia.**—Así, pues, la gracia de la Iglesia es un don más maravilloso que la de nuestros primeros padres. Sin embargo, al paso que la gracia de inocencia era transfiguradora inmediatamente, en el sentido de que nos evitaba las pruebas, la gracia de Jesús no transfigurará las cosas más que en el más allá. En otros términos, la gracia de Aquel que ha querido desposarse con la condición dolorosa del hombre no ha sido otorgada principalmente para *eliminar* de nuestra vida presente el dolor y la muerte, los conflictos internos de la concupiscencia, los embates del mundo exterior; nos ha sido concedida para permitirnos el triunfar de estas pruebas en la noche de la fe y del amor, para *iluminarlas* y santificarlas.



Lo que quiere decir que el Cristo de la gloria no quiere tocar a la Iglesia más que a través de las heridas de su Pasión; que la gracia que infunde en ella no se halla destinada en primer lugar a glorificarla, sino a santificarla.

**Influjo hondo, pero inseguridad aparente de la gracia de la redención.**—Ahora bien, ¿es verdad que la gracia de la Nueva Ley se halla tan profundamente arraigada en la humanidad? ¿No da más bien prueba de lo contrario, a menudo, la conducta colectiva de los cristianos? Respondemos que ciertamente la gracia de la Nueva Ley se halla arraigada más profundamente en la humanidad —aun cuando prescindamos de lo que se refiere personalmente a Cristo y a María— de lo que hubiéramos podido jamás imaginar. Para darse cuenta de ello sería menester entrever las maravillas que opera dicha gracia en las almas entregadas totalmente de los mayores santos: en ellos puede realizarse sin trabas de ningún género su trabajo de transformación; en ellos la naturaleza humana, enteramente transformada, puede de la manera más plena «dar Dios a Dios»; en ellos se realiza ya desde aquí abajo la unión transformante y las nupcias místicas del cielo y la tierra. Constituyen algo así como las raíces del mundo todo. Su contacto es capaz de regenerar el universo. «Surge un genio místico, escribía Bergson; y arrastra en pos de sí a una humanidad con un cuerpo inmensamente acrecentado, con un alma transfigurada por obra suya..... No todos le seguiremos, pero todos sentiremos que debiéramos hacerlo, y conoceremos el camino, que ensancharemos si llegamos a pasar por él» (41).

Fuera de estos casos de divina plenitud —que son normales, aun cuando no frecuentes—, se diría que la gracia cristiana se reduce a un mínimo de esfuerzo que de hacer desaparecer las inconsecuencias, los malentendidos, las aberraciones en las que se ven sumergidas: algo así como salvaba la gracia anterior a Cristo a los justos del Antiguo Testamento tolerando con una paciencia asombrosa sus errores sobre la poligamia, sobre la mentira, sobre el odio a los enemigos.

---

(41) *Les deux sources de la morale et de la religion*, París, 1932, pp. 337-338.

Sigue siendo verdad, sin embargo, que doquiera se encuentra esa fuerza de la santidad de Jesús libre de obstáculos, pueden decir los hombres con San Pablo: «Estoy crucificado con Cristo; si vivo, no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí. Esta vida en la carne la vivo con la fe en el Hijo de Dios que me ha amado y se ha entregado por mí» (*Gal.*, II, 19-20). Y ahí está la Iglesia de Jesús, formada por su gracia.



## CAPÍTULO III

### EL ESPIRITU SANTO EN LA IGLESIA

El centro *visible* en torno al cual se halla recapitulado el universo y reunida la Iglesia es Cristo, considerado en su humanidad. Ahora bien, ¿cuál es su centro *invisible* y *supremo*?

1. Hablando de las relaciones que mantiene la Iglesia con Cristo y con el Espíritu Santo, escribe Santo Tomás: «La cabeza es exteriormente superior a los demás órganos, pero el corazón ejerce como un influjo oculto. Por ello es preciso comparar el *corazón* al Espíritu Santo que vivifica y une en secreto a la Iglesia; y Cristo por su parte ha de ser comparado a la *cabeza*, ya que, según su naturaleza visible, es un hombre colocado por encima de los demás hombres» (1). Y añade: «El corazón es un órgano oculto, la cabeza un órgano visible. El *corazón* puede por consiguiente ser símbolo de la divinidad de Cristo o del Espíritu Santo; y la *cabeza*, de la naturaleza visible de Cristo vivificada por la divinidad invisible» (2).

2. El papel oculto que desempeña el Espíritu en la Iglesia es comparado por otra parte, por San Agustín y Santo Tomás, al del alma en el cuerpo: «De la misma manera, dice Santo Tomás, que no tiene el hombre más que un alma y un cuerpo, compuesto de diversos miembros, así la Iglesia católica no forma más que un cuerpo, compuesto de

---

(1) III, qu. 8, a. I, ad 3.

(2) *De veritate*, qu. 29, a. 4, ad 7.

diversos miembros: el *alma* que vivifica ese cuerpo es el Espíritu Santo» (3).

En las *Sentencias* explica el mismo Santo Doctor que, de la misma manera que una única alma esparce la vida en todo el cuerpo físico, así un único Espíritu hace que se derrame la fe y la caridad en todo el cuerpo místico: «En los justos se halla el Espíritu Santo que, como el *alma* en el cuerpo físico, es la perfección última y suprema de todo el cuerpo místico» (4).

3. Es preciso, pues, relacionar a la Iglesia, más allá de la humanidad de Cristo, Cabeza de la Iglesia, con la misma divinidad de Cristo, con el Espíritu Santo, con la Trinidad toda. Por el misterio de las misiones de las Personas divinas (I), la Trinidad es su *Principio*, su *Causa* eficiente (II), el *Huésped* íntimo que reside en ella (III), el *Alma* increada que la vivifica con una transformación de amor (IV).

## I. LAS MISIONES DE LAS PERSONAS DIVINAS, FUENTE SUPREMA DE LA VIDA DE LA IGLESIA

**En la Trinidad residen las Fuentes de la vida de la Iglesia.** La actividad todopoderosa e incoercible por la que, en el seno de la Trinidad y desde toda la eternidad, engendra el Padre por vía de intelección una Palabra inmaterial, el Verbo, su Unigénito, hace de pronto irrupción en el tiempo en el día de la Encarnación, para desembocar, por el misterio de una unión personal o hipostática, en Cristo, que es la Cabeza.

La actividad todopoderosa e incoercible por la que, en el seno de Dios y desde toda la eternidad, procede o sale el Espíritu Santo por vía de amor del Padre y del Hijo como de un único principio, irrumpe a su vez en el tiempo, en el día de Pentecostés, para desembocar, por el misterio de una unión de gracia y de inhabitación esta vez, en la Iglesia, que es el Cuerpo.

Después de la Encarnación y de Pentecostés, la Iglesia, en su conjunto, Cabeza y Cuerpo, se halla constituida para

---

(3) *Exposición sobre el Símbolo de los Apóstoles.*

(4) *III Sent.*, dist. 13, qu. 2, quaest. 2 y ad 1.



toda la eternidad en Cristo su Cabeza, por el misterio de la unión hipostática con el Verbo, en su Cuerpo, por el misterio de unión de inhabitación con el Espíritu Santo.

Y de la misma manera que Cristo es, en toda su vida, con la misión redentora que lo empuja a la Pasión y a la Resurrección, la repercusión en el tiempo de la generación eterna e incoercible del Verbo, así la Iglesia, en toda su vida con la misión corredentora que le arrastra hacia el fin del mundo y a la Parusía, es la repercusión en el tiempo de la procesión eterna e incoercible del Espíritu Santo.

**Las misiones visibles del Hijo y del Espíritu.**—La Iglesia constituye de esta manera una extensión de la vida trinitaria en el tiempo.

El Hijo procede en la eternidad en cuanto que es Dios; pero procede asimismo en el tiempo, ya que es enviado visiblemente para ser Hombre y Cabeza de la Iglesia. «Cuando llegó la plenitud de los tiempos *envió* Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban sometidos a la Ley, para hacernos partícipes de la adopción filial» (*Gal.*, IV, 4-5). «No ha *enviado* Dios a su Hijo a este mundo para condenarlo, sino para que el mundo se salve por El» (*Jo.*, III, 17). «De Dios procedo, de Dios vengo. No vengo de mí mismo, sino que es El quien me ha *enviado*» (*Jo.*, VIII, 42).

De manera semejante procede el Espíritu en la eternidad, en cuanto que es Dios; pero procede asimismo en el tiempo, ya que es enviado visiblemente para hallarse en medio de los hombres y con la Iglesia: «Yo rogaré al Padre, y os daré un nuevo Paráclito, para que se halle por siempre en medio de vosotros el Espíritu de Verdad» (*Jo.*, XIV, 16-17). «El Paráclito, el Espíritu Santo, que *enviará* el Padre en mi nombre, os enseñará todas las cosas» (*Jo.*, XIV, 26). «A vosotros os conviene que me marche; ya que si no lo hago no vendrá el Paráclito; en cambio, si marchó, yo mismo os lo *enviaré*» (XVI, 7).

Se da un *envío* o *misión* de una Persona divina: 1.º cuando procede ésta de otra; 2.º y se hace presente de una nueva manera en el mundo. La misión es visible cuando se manifiesta exteriormente.

La única misión visible del Hijo es la de la Encarnación. El Espíritu Santo es enviado de forma visible en cuatro

ocasiones: en primer lugar sobre Jesús, pero para la Iglesia que va a fundar: en el Bautismo (paloma) y en la Transfiguración (nube); después directamente sobre la Iglesia, la tarde de Pascua (*Jo.*, XX, 22-23, soplo), y plenamente en Pentecostés (viento y llama).

No había tenido lugar misión visible alguna antes de la Encarnación, ni tendrá lugar ninguna después de Pentecostés. Las misiones visibles inauguran la última edad del mundo, la que llaman los Apóstoles «los últimos días» (*Act.*, II, 17), el «fin de los tiempos» (*I Petr.*, I, 19), la «última hora» (*I Jo.*, II, 18). La Parusía no inaugurará un nuevo régimen del amor divino, no traerá al mundo una gracia mayor que la de la Encarnación y la de Pentecostés, sino que tan sólo manifestará de forma gloriosa la gracia que ha irrumpido en el mundo en los días de la Encarnación y de Pentecostés.

**La efusión de Pentecostés es cristocorformante.**—Es Cristo, que ha subido al Padre, quien como Dios nos envía el Espíritu de Pentecostés (*Jo.*, XV, 26). Ahora bien, toda la tarea de la efusión de Pentecostés consiste en hacer desbordar sobre el mundo las riquezas sobreabundantes de gracia y de verdad que se hallan encerradas en el alma santísima de Cristo. De lo que se sigue que la gracia de Pentecostés es cristiana y cristocorformante.

Contemplemos el Pentecostés del gran frontispicio de Vézelay: la venida del Espíritu Santo queda figurada en él por rayos alargados que brotan de las manos abiertas de Cristo. Son rayos que tocan a los Apóstoles que serán enviados a todos los pueblos de la tierra. La misión del Espíritu prosigue en la misión de los Apóstoles. El ímpetu de Pentecostés arrastra a la Iglesia, y con ella a todo el universo, al encuentro de la Parusía del Cristo glorioso.

Jesús había dicho del Espíritu: «El me glorificará, ya que recibirá de lo mío para haceros partícipes de ello» (*Jo.*, XVI, 14).

**Las misiones invisibles.**—La gracia y la caridad son signos de la presencia de la Trinidad: «Si alguien me ama..... mi Padre le amará, vendremos a él y estableceremos en él nuestra morada» (*Jo.*, XIV, 23); y la intensificación de la gracia es un signo asimismo de la intensificación de la presencia de la Trinidad.



1. Pero ya desde antes de la venida de Cristo son otorgadas a los justos la gracia y la Trinidad. El Padre viene a sus corazones para enviar a ellos a su Hijo y al Espíritu Santo. Tales son las misiones invisibles anteriores a Cristo.

«No cabe duda alguna, escribe León XIII en la Encíclica *Divinum illud munus*, del 9 de mayo de 1897, de que el Espíritu Santo ha morado por la gracia en las almas incluso de los justos anteriores a la venida de Cristo, como nos lo da a entender la Sagrada Escritura cuando nos habla de los Profetas, de Zacarías, de Juan Bautista, de Simeón y de Ana. En efecto, decía San León (5), en el día de Pentecostés se entrega el Espíritu Santo no para comenzar a habitar entonces en los santos, sino para inundarlos con su profusión; no para inaugurar, sino para completar sus dones; no para hacer una obra nueva, sino para ampliar sus larguezas.

»La comunicación del Espíritu Santo, que ha tenido lugar después de la venida de Cristo, ha sido incomparablemente más rica que las precedentes; las ha sobrepasado de la misma manera que supera la realidad a las arras, y la verdad a las imágenes. De ahí que haya podido decir San Juan, VII, 39: *No había sido dado aún el Espíritu porque no había aún sido Jesús glorificado.*

»No bien hubo Cristo, *tras de subir al cielo*, tomado posesión de la gloria de su reino que había dado a luz con tanto dolor, repartió con munificencia las riquezas del Espíritu Santo e hizo *participes de sus dones a los hombres* (Eph., IV, 8). Como decía San Agustín (6), *el don y el envío de Espíritu Santo que habían de seguir a la glorificación de Cristo eran tales que no se había dado jamás algo semejante; no que no hubiera sido enviado anteriormente el Espíritu Santo, sino que no lo había sido de esta manera.*

2. Desde la venida de Cristo, el Hijo y el Espíritu siguen visitando de continuo, invisiblemente, a la Iglesia. Estas visitas no tienen por finalidad el reemplazar, ni siquiera el igualar a las de la Encarnación y de Pentecostés. Todo lo contrario, dependen estrechamente de aquéllas. Se fundamentan en aquéllas; prolongan sus efectos. Constituyen, en

---

(5) *Sermo LXXVII*, cap. 1.

(6) *IV de Trinitate*, cap. XX.

un principio, renovaciones constantes de la Iglesia. Tienen lugar en el Bautismo de los niños, en la conversión de los pecadores o en la entrada plena de los justos en la Iglesia, cuando pasan las almas santas a nuevas moradas de la vida espiritual, cuando pasemos de la caridad en el destierro a la caridad en la patria. Bajo la impresión de estas incomparables visitas de las personas divinas, la Iglesia, como en otro tiempo Isabel, siente que saltan de gozo en su seno sus hijos, se siente plena del Espíritu Santo, se maravilla diciendo: *Unde hoc mihi?* ¿De dónde me viene el que se llegue a mí mi Señor?

## II. EL ESPIRITU SANTO, CAUSA EFICIENTE DE LA IGLESIA

La Causa Suprema de la Iglesia es *propiamente* la Trinidad toda. *Por apropiación* se dirá que la constituye el Espíritu Santo, ya que la Iglesia, una y santa, queda relacionada por su *caridad* y su *unidad* con el Espíritu Santo: en efecto, el Espíritu Santo, en Dios procede por vía de *amor*, y por otra parte, al proceder del Padre y del Hijo, como de un principio *único*, constituye por así decirlo el lazo de unión de entrambos. Es el Espíritu Santo el que en la Escritura es designado como el principio eficiente de la Iglesia.

**El Espíritu Santo, alma de la Iglesia.**—El la consagra y la manifiesta en el día de Pentecostés. Llegado el día de Pentecostés, se hallaban todos juntos en un mismo lugar, cuando de pronto vino del cielo un ruido parecido al de un violento ventarrón, que llenó toda la casa en la que se hallaban reunidos. Y vieron aparecer como lenguas de fuego, que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos. Todos se vieron entonces llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según les movía el Espíritu a expresarse (Act., II, 1-4).

El la conserva en la unidad: «Que la comunión del Espíritu Santo (es decir, la comunión de la que es agente el Espíritu) permanezca con vosotros» (II Cor., XIII, 13).

Ordena en ella las diversas funciones de la vida: «A cada cual le ha sido concedida la manifestación del Espíritu para el bien de todos. A uno le es dada por el Espíritu la palabra



de sabiduría; a otro, la palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe en el mismo Espíritu; a otro, don de curaciones en el mismo Espíritu..... Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que según quiere distribuye a cada uno..... Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu para constituir un solo cuerpo» (*I Cor.*, XII, 7-13).

En una palabra, tiene en sus manos el destino de la Iglesia.

**El es el supremo sujeto responsable de las actividades de la Iglesia.**—Así, pues, el Espíritu Santo es quien a través de la humanidad de Jesús forma la Iglesia y la introduce en el mundo. Pero tras de haberle otorgado todo cuanto necesita para subsistir en sí misma, como una verdadera persona moral o social, y por consiguiente para obrar con toda independencia respecto del mundo, no ha permitido que se separara de su persona. La mantiene ligada a sí por una providencia tan particular, por una solicitud tan constante, por un amor tan celoso, que se constituye a sí mismo en sujeto responsable de las actividades de aquélla. De la misma manera que se refiere a su «yo» todo cuanto hace el hombre, de la misma manera que se referían al «Yo» del Verbo eterno todas las acciones de Cristo, así también, en cierto modo, cuanto hace la Iglesia se refiere en último término al Espíritu Santo que se halla unido a ella, no intrínseca e hipostáticamente en el orden del ser, sino extrínsecamente, de manera causal y eficiente, en el orden del obrar. Supuesta esta diferencia fundamental, puede añadirse que el Espíritu Santo gobernará a la Iglesia universal de la misma manera que ha gobernado el Verbo a la naturaleza individual de Cristo, y que la unión que liga al Espíritu con la Iglesia es una imagen de la unión que enlaza al Verbo con Cristo. De ahí las palabras tan fuertes de los Padres, por ejemplo de un San Ireneo: «Donde se halla la Iglesia, se halla el Espíritu de Dios; y donde se halla el Espíritu de Dios, se halla la Iglesia y toda gracia: y el espíritu es verdad» (7); o de un San Juan Crisóstomo: «Si no se hallara allí el Espíritu no subsistiría la

---

(7) *Adversus haereses*, lib. III, cap. XXIV.

Iglesia; ahora bien, si subsiste la Iglesia, está claro que el Espíritu se halla en ella» (8).

Verdad es que, considerado como hombre, Cristo forma con la Iglesia, por la gracia capital que derrama sobre ella, una sola persona mística, el Cristo total: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Act.*, IX, 4). Pero si subimos a la fuente primera de toda gracia, es la Trinidad toda, y el Espíritu Santo por apropiación, el que en último término será responsable de la actividad de la Iglesia. Será algo así como la personalidad eficiente suprema de ella. De ahí que pueda la Escritura referir al Espíritu Santo, más a menudo incluso que a la humanidad santísima de Cristo, la vida de la Iglesia. Cuando venga el día de Pentecostés, es él, dice Cristo, quien «confundirá al mundo en materia de pecado, en materia de justicia, en materia de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque voy al Padre, y no me veréis ya más; de juicio, porque ha sido ya condenado el Príncipe de este mundo» (*Jo.*, XVI, 8-11).

**La rige conforme a una Providencia especial.**—Personalidad suprema y transcendente de la Iglesia, el Espíritu Santo la gobierna según las leyes de una Providencia totalmente especial.

Verdad es que las sociedades temporales, las comunidades humanas, se hallan sometidas a la providencia divina. Ella es la que inclina a los hombres a reunirse en virtud de un deseo que hace brotar del fondo de nuestra naturaleza y cuyo empuje nos pide que prolonguemos por nuestra libre determinación: pero esta comunidad natural tiene como fin un bien natural, sumergido profundamente en el flujo del tiempo y que no se ve llamado a subsistir como tal una vez que acabe la historia. Dios gobierna las comunidades humanas aceptando el hecho de que el impulso divino que las empuja a su fin natural fracase o se desvíe por la voluntad de sus criaturas libres. De manera que de ninguna de sus comunidades, aun cuando se trate de la más perfecta, podría decirse que es Dios el supremo responsable.

No sucede lo mismo por lo que se refiere a la Iglesia. Es Dios mismo quien la va a formar, a sostener y vivificar.

---

(8) *De sancta Pentecoste*, homil. I, n.º 41.



La Iglesia existirá «para que no seamos ya niños que fluctúan y se dejan llevar por todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error, sino que al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquel que es nuestra Cabeza, Cristo» (*Eph.*, IV, 14-15). El lazo por excelencia que una a los hombres, sus miembros, no será la mera convergencia de las voluntades humanas hacia un bien temporal; será más bien la convergencia hacia el reino de Dios de los corazones divinizados por las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, será el efecto de una caridad que constituye una como extensión de la misma caridad de Cristo, una como semejanza de la unidad que enlaza entre sí a las tres divinas Personas: «No te ruego tan sólo por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra creerán en mí. ¡Que sean todos uno, como te hallas Tú, oh Padre, en mí, y me hallo yo en Ti; que sean también ellos uno en nosotros para que crea el mundo que Tú me has enviado!» (*Jo.*, XVII, 20-21). La Iglesia va realizándose en la Historia, pero lleva en sí la eternidad. Es obra de una Providencia única, que tiene su primera fuente en la Deidad, en el Espíritu Santo, y que se ejerce pasando a través de la naturaleza humana, a través de la inteligencia, de la voluntad, de la libertad creadas de Cristo: «Todo poder me ha sido dado en el cielo. Id..... Y yo me hallo en medio de vosotros hasta la consumación de los siglos» (*Mt.*, XXVIII, 18, 20).

No cabe duda de que sufrirá esta Providencia del hecho de verse *condenada al fracaso* en este o aquel hombre, en este o aquel grupo étnico; y entonces hallará otras salidas, se extenderá a otros hombres, entre los que acaso aparecerá bajo formas nuevas; pero jamás tendrá por qué sufrir de verse frustrada en su efecto propio, que consiste en conducir al Cuerpo de Cristo, conservándolo en la verdad y el amor, hacia el reino de la gloria. Esta providencia se verá asimismo condenada a ver menguada su eficacia por las disposiciones imperfectas, por la generosidad tan mísera de hombres o grupos étnicos en los que a pesar de todo logra manifestarse, de manera que, según los lugares o las épocas, podrá ser la caridad de la Iglesia más o menos ardiente, podrá ser su mensaje más o menos predicado, e irradiará más o menos su personalidad colectiva toda. Pero jamás se verá privada la Iglesia de esa caridad perfecta que hace de ella ver-

daderamente la Esposa de Cristo. Y jamás se deslizará, en el mensaje esencial que le ha sido encomendado, la impostura o el error.

**El Espíritu Santo mueve y llena a la Iglesia.**—«El Espíritu Santo, el mismo Espíritu Santo, llena y unifica con su influjo a la Iglesia» (9). Y la rige de mil maneras.

a) En primer lugar la prepara desde muy lejos. A través de la santísima humanidad de Cristo envía, hasta lo más profundo de las tinieblas más espesas, los primeros rayos de su gracia, para iluminar las inteligencias, para hacerlas partícipes de las primeras claridades de la fe, para disponerlas a acoger, cuando llegue el tiempo, la plenitud del mensaje que enseña la Iglesia: para caldear los corazones, para purificarlos y prepararlos para recibir ulteriormente las gracias perfectas que no otorgará más que a través de los sacramentos y muy en especial a través de la Sagrada Eucaristía. Los Hechos de los Apóstoles nos narran cómo abrió Dios el corazón de aquella mercader de púrpura de Tiatira para que se mostrase atenta a lo que enseñaba San Pablo (XVI. 14) o cómo fueron preparados los gentiles para recibir el Bautismo: «Hablaba aún Pedro cuando se derramó el Espíritu sobre todos los que escuchaban la Palabra. Y todos los creyentes de la circuncisión que se habían llegado con Pedro quedaron asombrados al contemplar que se había derramado sobre los Gentiles el don del Espíritu Santo. En efecto, oían cómo hablaban en lenguas y alababan a Dios. Y entonces declaró Pedro: ¿Podemos por ventura impedir que queden bautizados por el agua quienes han recibido, lo mismo que nosotros, el Espíritu Santo? Y ordenó entonces que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesús» (X, 44-48). De forma que el Espíritu Santo pasa de esta manera por encima de las fronteras de la Iglesia (de la Iglesia en acto acabado) para despertar fuera de ella a quienes duermen en las sombras de la muerte y, caso de que acepten el ofrecimiento de su Amor, para inaugurar en medio de ellos, como en germen, una Iglesia que es ya suya (Iglesia en acto comenzado).

---

(9) S. THOMAS, *De veritate*, qu. 29, a. 4.



b) La ilumina exteriormente por medio de los poderes de jurisdicción, sea que otorgue a la jurisdicción *extraordinaria de los Apóstoles* el enseñar al mundo nuevas revelaciones, sea que dé a la jurisdicción *permanente de la Iglesia* el conservar con fidelidad y el explicar infaliblemente el depósito de la revelación apostólica: «Cuando llegue él, el Espíritu de verdad, os conducirá a la verdad plena, ya que no hablará de sí mismo», no enseñará más doctrina que la del Padre, y lo mismo que Jesús «os hará comprender cuanto oiga, y os anunciará las cosas que han de suceder. El me glorificará, ya que tomará de lo mío para haceros partícipes de ello. Todo cuanto posee el Padre me pertenece a mí. Por eso os he dicho: tomará de lo mío para haceros partícipes de ello» (*Jo.*, XVI, 13-15). Y más adelante: Os he dicho todas estas cosas cuando moraba en medio de vosotros. Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que ha de enviar el Padre en mi nombre, os enseñará todo y os recordará cuanto os he enseñado» (*Jo.*, XIV, 25-26). Quedan aquí indicadas dos acciones del Espíritu Santo: en primer lugar a los *Apóstoles*; y a ellos solos, incapaces en un principio de ser instrumentos de toda la verdad, les enseñará nuevas revelaciones; y por otra parte hará que ellos, y sus *sucesores*, recuerden infaliblemente la doctrina de Cristo. Consciente de asistencia tan prodigiosa, podrá la Iglesia apostólica, reunida en el Concilio de Jerusalén, emitir su juicio en estos términos: «Nos ha parecido bien, al Espíritu Santo y a nosotros» (*Act.*, XV, 28). Finalmente asistirá al poder jurisdiccional incluso en su mensaje secundario y menos esencial, no ya, verdad es, de manera irreformable, pero sí de una manera prudencial. El es quien por ejemplo en Efeso asiste a los presbíteros-obispos para que conduzcan a buenos pastos a la Iglesia de Dios (*Act.*, XX, 28); y El quien en lo más secreto de los corazones los hará dóciles.

c) Al mismo tiempo que ilumina a los fieles por los poderes de jurisdicción, penetra el Espíritu Santo en sus almas por medio de los sacramentos: en su nombre, lo mismo que en el nombre del Padre y del Hijo, es conferido el Bautismo a las naciones (*Mt.*, final); El es quien descende sobre todos aquellos a los que imponen los Apóstoles sus manos (*Act.*, VIII, 17; XIX, 6); El es quien unido a Cristo hace de la carne del Hijo del Hombre un principio de vida (*Jo.*, VI, 63); por El se nos perdonan los pecados (*Jo.*, XX, 22-23). Al abrir

un nuevo camino a su Iglesia por medio de los sacramentos, el Espíritu Santo la inunda de sus gracias, de gracias que la van modelando en su interior a semejanza de Cristo, y la asocian a su misión redentora, dirigiéndola colectivamente, plenamente, por los caminos por los que se mueve el Salvador: «Si vive en vosotros el Espíritu de quien ha resucitado a Jesús, El que ha resucitado a Cristo Jesús de entre los muertos vivificará asimismo vuestros cuerpos mortales por medio de su Espíritu que mora en medio de vosotros» (*Rom.*, VIII, 11).

d) Mientras tanto, se sirve de los sacramentos para repartir sobreabundantemente sus dones más preciados, ya para dar la gracia sacramental *ex opere operato*, es decir, no sin relación con las disposiciones del sujeto, sino más allá de estas disposiciones, y en proporción a ellas de manera que quien pide dos obtenga cuatro y quien cuatro obtenga ocho; el Espíritu Santo, una vez que se han recibido los sacramentos, no deja sin embargo de obrar directamente en los corazones. Muy al contrario, penetra en ellos con más libertad, más espléndidamente que antes. Conserva en ellos la gracia sacramental, la acrecienta; cuando la ha asolado el pecado, se esfuerza por hacerla revivir (10) suscitando en los pecadores movimientos de contricción perfecta. No cesa de purificar, de iluminar, de santificar a los fieles. Los empuja al ejercicio de las virtudes comunes. Trata de levantarlos más alto, de conducirlos, por su propio poder, hasta los actos perfectos que han quedado enaltecidos en el *Sermón de la Montaña*, hasta las Bienaventuranzas. Los hace, de una manera cada vez más verdadera, hijos de Dios: «Aquellos a quienes anima el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (*Rom.*, VIII, 14). «Acude en socorro de nuestra debilidad» e «intercede personalmente en favor nuestro con gemidos innarrables» (*Rom.*, VIII, 26). Su gracia, que nos persigue por doquier, es como el aire que respiran nuestros pulmones y sin el cual moriríamos inmediatamente por asfixia.

e) Finalmente, el Espíritu Santo acudirá en socorro de su Iglesia con medios excepcionales. En los momentos más

---

(10) Esta «reviviscencia» es posible en los sacramentos que imprimen en el alma un «carácter» (bautismo, confirmación, orden), o un cuasi-carácter (matrimonio, extremaunción).



decisivos de su Historia le enviará refuerzos inesperados. Suscitará en ella verdaderos milagros de fuerza, de luz, de pureza: lo mismo en la Jerarquía que en el pueblo fiel surgirán hombres y mujeres, Francisco de Asís o Francisco Javier, Catalina de Sena o Teresa de Avila, que penetrarán tan íntimamente en el conocimiento del tesoro eterno de la Iglesia, que podrán discernir en él, con una mirada infalible, el remedio a las miserias por las que se hunde nuestra época. Tendrán para anunciar el mensaje tal claridad en su voz, tan grande santidad en sus corazones, pondrán en una oposición tan viva los frutos de vida de la sabiduría y los frutos de muerte de la ilusión, que el mundo, sacudido de su letargo, creará oír de nuevo la voz de los apóstoles. Pero admirablemente instruidos, penetrando en esta Revelación, profetizarán para iluminar con su luz el movimiento de su época y las necesidades de la humanidad. En ellos volverán a mostrarse, bajo formas adaptadas a las nuevas condiciones de la vida de la Iglesia, las gracias carismáticas, que según nos narra la Escritura, fueron concedidas a los primeros cristianos.

Estas venidas del Espíritu Santo a su Iglesia, estas visitas, podrán reducirse a veces a socorros milagrosos. Pero, la mayor parte de las veces, las manifestaciones carismáticas del Espíritu no serán más que la señal exterior, la repercusión sensible de una efusión sobrenatural, incomparablemente más preciosa aún, de gracia y de santidad. Razón tenía Newman cuando, buscando un principio que pudiese iluminar la historia de la Iglesia, pensaba que, a ejemplo de lo que se produjo en la primera Pentecostés, las épocas de milagros corresponden a épocas de santidad.

¿Podrán entrar en conflicto con los poderes jurisdiccionales las iniciativas del Espíritu Santo para suscitar en su Iglesia misiones excepcionales? Cuando es infalible el poder jurisdiccional, no hay duda de que es imposible toda oposición: el Espíritu Santo no puede contradecirse a sí mismo. Estos conflictos no podrán producirse, supuesta una misión excepcional auténtica, más que con las directivas canónicas en materia falible. Comentando lo que San Juan de la Cruz decía: «No, no he desobedecido, pero merezco sin embargo castigos», escribe Dom Chevalier: «El conflicto de los poderes delegados a los hombres había abierto las puertas de la cárcel; la prisión dio la medida del poder reservado a Dios; tal fue

su razón de ser. Si tiene pequeñeces la tierra, estas pequeñeces permiten, cuando Dios lo quiere, los más asombrosos efectos, y Dios lo quiere siempre para quien se muestra digno de la última de las bienaventuranzas», que es la de las persecuciones (11).

**El diálogo del Verbo y del Espíritu, del Esposo y de la Esposa.**—La personalidad de Cristo la constituye, en virtud de la unión hipostática, el Verbo. La personalidad de la Iglesia, en virtud de una unión de causalidad y de eficiencia, la constituye la Trinidad y por apropiación el Espíritu.

Pero San Pablo, hablando a los Efesios de la unión misteriosa de Cristo y de la Iglesia, evoca el recuerdo bíblico del primer matrimonio: «Serán dos en una sola carne» (*Eph.*, V, 31). Cristo y la Iglesia, que por su mutuo amor han llegado a ser como una sola carne, son asimismo el lugar visible en el que se unen el Verbo y el Espíritu, las dos personas divinas enviadas por el Padre para la salvación del mundo. En adelante existe en el desierto de nuestro planeta un nuevo Edén, al que fecunda la solicitud convergente del hijo y del Espíritu, del Verbo y del Amor. Este paraíso vivo, lo constituye el matrimonio místico de Cristo con la Iglesia. Las palabras del Apocalipsis reciben ahora su luz. A Jesús que se llega a su Iglesia puro y espléndido como la estrella de la mañana: «Yo, Jesús..... soy la Raíz y la Raza de David, la Estrella fulgurante de la mañana», responde el Espíritu que es alma de la Iglesia. «El Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!..... ¡Amén! ¡Ven Señor Jesús!» (*Apoc.*, XXII, 16-20).

### III. EL ESPIRITU SANTO, HUESPED DE LA IGLESIA POR LA PRESENCIA DE INHABITACION

**La presencia de habitación en el cielo.**—«Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos

---

(11) *Introduction au Cantique spirituel de Saint Jean de la Croix*, París, 1930, XXXVIII.



semejantes a El, porque le veremos tal cual es» (*I Jo.*, III, 2). Igual revelación en San Pablo: «Ahora vemos por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido» (*I Cor.*, XIII, 12). He ahí el cielo.

Verdad es que Dios se halla presente a los bienaventurados por su acción causal y conservadora a la que deben ellos su existencia y los dones de que se ven enriquecidos. Pero esta presencia causal, aun siendo algo que se presupone necesariamente, no basta para explicar la presencia especial de inhabitación, la presencia de encuentro, por la que Dios, ya íntimo a los bienaventurados como a toda cosa creada, se entrega además a ellos solos como Huésped que se ve y se posee íntimamente.

Podemos ver cuál será la unidad que ha de poseer en Dios la Iglesia del cielo toda. No es tan sólo una unidad que se sigue de la acción divina causal y conservadora. Es una unidad más misteriosa, provocada por el encuentro con las tres Personas divinas conocidas distintamente, amadas y poseídas. Encuentro recíproco en el que los elegidos quedan por la visión y el amor como arrojados en el seno de las tres Personas divinas; encuentro en el que las tres Personas divinas se llegan hasta los elegidos para hacer de ellos su residencia: «He aquí el Tabernáculo de Dios con los hombres. Pondrá su tienda en medio de ellos; ellos constituirán su pueblo, y El será su Dios en medio de ellos» (*Apoc.*, XXI, 3). Serán conocidos sin velo alguno: «El trono de Dios y del Cordero quedará levantado en medio de la calle, y sus servidores le servirán, y verán su rostro, y llevarán su nombre sobre la frente. No habrá ya noche, ni tendrán necesidad de luz de antorcha, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos» (*Apoc.*, XXII, 3-5).

Ahora bien, sabemos que cuanto ha de mostrarse al descubierto en la eternidad se halla ya misteriosamente inaugurado en el tiempo: «Queridos, somos ya desde ahora hijos de Dios, y no se ha manifestado aún lo que hemos de ser algún día» (*I Jo.*, III, 2).

**La presencia de inhabitación en la tierra.**—Ya desde este mundo, cuando vive un alma en el amor, viene la Trinidad a morar en ella: «Si alguien me ama, guardará mi pala-

bra, y vendremos a él, y estableceremos en él nuestra morada» (*Jo.*, XIV, 23). Y en otro pasaje: «He aquí que me hallo en la puerta y llamo: si escucha alguien mi voz y me abre la puerta, entraré en su morada y cenaré con él y él conmigo» (*Apoc.*, III, 20). Dios se halla presente en esta alma, no tan sólo causalmente, en cuanto que produce en ella la fe y el amor; se halla también en cuanto que se llega al encuentro de su fe y de su amor, como el Amigo con el que se conversa y con el que se quisiera prolongar el trato.

Santo Tomás dirá que el Espíritu Santo no sólo llena las almas con los efectos de su poder, sino que mora en ellas por su sustancia (12). El movimiento de la criatura «no se detiene en los dones que le llegan de Dios, sino que por encima de ellos se llega hasta la fuente de dichos dones» (13). «La criatura racional, perfeccionada por el don de la gracia santificante, se halla en estado no sólo de utilizar el don de la gracia santificante, sino incluso de poseer a la misma Persona divina» (14). La producción de la gracia resulta de la esencia divina en cuanto que es *común* a las tres Personas; pero la gracia hace posible un encuentro con las tres Personas incluso en cuanto son *distintas* entre sí.

Cuando aparece la gracia en un alma, Dios que se hallaba presente en lo más íntimo de esta alma como Creador, a título de raíz y de principio de su ser, se hace en el mismo instante presente de manera actual y real, como el Dios uno en tres Personas que entrega comunicando cuanto El es en sí mismo, como el Amigo con el que se *puede* cenar, con el que se *puede* conversar. Y si esa gracia no permanece en nosotros en un estado tan sólo *habitual*, como sucede en el niño bautizado o en el justo que duerme, si se hace *actual* por el ejercicio de la fe y del amor, entonces la presencia real de la que no se disfrutaba se convierte en una presencia real de la que se disfruta: comienza la cena misteriosa, se establece el diálogo de amor.

**La presencia de inhabitación es atribuida por apropiación al Espíritu Santo.**—Se habla de la habitación de la Trini-

---

(12) *IV Contra Gentes*, cap. 18.

(13) *I Sent.*, dist. 14, qu. 2, a. 1, quaest. 1, ad 2.

(14) *I*, qu. 43, a. 3, ad 1.



dad; se puede hablar, por apropiación, de la habitación del Espíritu Santo, ya que a El se asemeja el amor que atrae en el alma que ama la presencia de las tres divinas Personas. «El amor de Dios», escribe San Pablo a los fieles de Roma hablando del amor con que Dios nos ama, «ha quedado esparcido en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido donado» (*Rom.*, V, 5). Y exhorta a los fieles de Corinto: «¿No sabéis por ventura que sois un templo de Dios y que el Espíritu Santo mora en vosotros?» (*I Cor.*, III, 16). «¿No sabéis que vuestro cuerpo es un templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y que habéis recibido de Dios, y que por tanto no os pertenecéis?» (VI, 19). Y de manera semejante habla San Juan: «A Dios nadie lo ha visto. Si nos amamos unos a otros, Dios mora en nosotros y es perfecto su amor en nosotros. Conocemos que permanecemos en El y El en nosotros en que nos dio su Espíritu» (*I Jo.*, IV, 12-13). El mismo Jesús lo había dicho: «Si me amáis guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito para que se halle entre vosotros siempre el Espíritu de verdad que no puede recibir el mundo, porque no lo ve ni lo conoce. En cuanto a vosotros, lo conocéis porque se halla con vosotros y mora en medio de vosotros» (*Jo.*, XIV, 15-17).

**Relaciones entre la gracia y la inhabitación.**—1. En el instante mismo en que un alma posee la gracia se convierte en morada de la Trinidad. Y en el instante preciso en que se convierte en morada de la Trinidad, posee la gracia. Así, pues, el don creado de la gracia y la inhabitación de la gracia son simultáneos en el tiempo. Pero ¿existe alguna prioridad de los dos términos en el orden de la naturaleza? ¿Hay que decir que la presencia de la gracia es causa de la venida de la Trinidad, o será preciso decir que la venida de la Trinidad lleva consigo la presencia de la gracia?

Ambas maneras de hablar son exactas.

Viendo las cosas desde abajo, es decir, desde el punto de vista del alma que ha de purificarse, se dirá que la gracia ha de ir por delante: «Si alguien me ama guardará mi palabra, mi Padre le amará, vendremos a El y estableceremos en él nuestra morada» (*Jo.*, XIV, 23).

Viendo las cosas de arriba, es decir, desde el punto de vista de la iniciativa divina, habrá que decir que es Dios quien en primer lugar se llega al alma para transformarla:

«Ya no sois de la carne, sino del Espíritu, ya que mora en vosotros el Espíritu de Dios» (*Rom.*, VIII, 9). «Todos aquellos a quienes anima el Espíritu de Dios son hijos de Dios» (VIII, 14).

Absolutamente hablando no hay duda de que es la gracia la que se halla ordenada a la inhabitación, y no a la inversa.

2. La presencia de gracia y de inhabitación son correlativas. Ambas se intensifican con un mismo movimiento. La inhabitación de la Trinidad hallará su suprema perfección allí donde la gracia, brotando de la Jerarquía, sea plenamente orientada, plenamente sacramental, plenamente cristiana y cristoconformante. Al producir una nueva y definitiva efusión de los dones de la gracia, la venida de Cristo debía producir correlativamente una nueva y definitiva profundidad de la habitación del Espíritu Santo: «Como dice la Escritura: *De su seno brotarán ríos de agua viva*. Jesús decía esto del Espíritu que habían de recibir quienes creyeran en El. En efecto, no se hallaba aún el Espíritu, ya que no había sido aún glorificado Jesús» (*Jo.*, VII, 38-39).

**La inhabitación colectiva plena del Espíritu.**—«Donde se hallan dos o tres reunidos en mi nombre, me hallo yo en medio de ellos» (*Mt.*, XVII, 20). El Espíritu Santo mora, más que en una persona individual, en la Iglesia entera, empujada por el viento de Pentecostés. Desde este punto de vista es preciso señalar la importancia de los pasajes escriturísticos en los que las Iglesias regionales, e incluso la misma Iglesia universal, son representadas como una morada colectiva de Dios. San Pablo considera a la Iglesia de Corinto, por él fundada, y evangelizada por otros, como un templo en el que Dios mora, y ¡ay de quien ataque a este templo!: «¿No sabéis que sois un templo de Dios y que el Espíritu Santo mora en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá. Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (*I Cor.*, III, 16-17). Más adelante puede verse claramente que es la Iglesia entera la inhabitación que Dios ha escogido para sí: «¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Qué parte del creyente con el infiel? ¿Qué concierto entre



el templo de Dios y los ídolos? Pues vosotros sois templo de Dios vivo, según Dios dijo: «Yo habitaré y andaré en medio de ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo..... Y seré vuestro padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor todopoderoso» (*II Cor.*, VI, 14-18). E igual revelación en la epístola a los Efesios: «Por tanto ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu» (II, 19-22).

Verdad es que existen hombres que se hallan en la verdad y el amor, y que ignoran sin embargo todavía invenciblemente al verdadero Cristo y a la verdadera Iglesia de Cristo. Y ya desde ahora mora en ellos el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Pero al lazo que los une con el Espíritu Santo o con los demás, le falta aún una misteriosa perfección. En estas «otras ovejas que no se hallan aún en su majada» (*Jo.*, X, 16), que pertenecen aún *corporalmente* a formaciones religiosas erróneas, pero que *espiritual* e inicialmente se hallan ya en la Iglesia, se halla presente el Espíritu de Cristo que las va orientando en secreto hacia su rebaño, hacia esa única Iglesia en la que puede El morar en plenitud y con plena libertad.

**La gracia plena de Cristo está llamando la plena inhabitación del Espíritu.**—Y si nos preguntamos cuál es la razón de que sea la Iglesia el lugar por excelencia de habitación del Espíritu Santo, será preciso responder que ya que la presencia de gracia y la presencia por inhabitación son correlativas, es menester apreciar el grado de intimidad de habitación del Espíritu Santo por el grado de perfección de la caridad. Ahora bien, la caridad reviste en la Iglesia cuatro características principales: es indefectible, es orientada, suprema y sacramental.

La caridad de la Iglesia de Cristo es en primer lugar *indefectible*. La Iglesia no podrá jamás apostatar, ni perder el amor. Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, la asistencia divina la mantendrá todos los días hasta el fin de los tiempos. Existe por consiguiente, en medio de la hu-

manidad, una morada segura, fiel, constante, dispuesta siempre a recibir al Espíritu Santo, morada en la cual el Espíritu es siempre un Huésped festejado y adorado. Huésped que viene no a mendigar, sino a dar, a curar, purificar, iluminar y salvar. Lo mismo que Jesús cuando era recibido en las casas de los hombres.

La caridad de la Iglesia es *orientada* en el sentido en que jamás se halla desviada de su camino, ni puede error alguno ponerle trabas en su impulso. La revelación de la Trinidad es, muy en especial, algo totalmente puro en el interior de la Iglesia, y este conocimiento, este reconocimiento explícito de la Trinidad se requiere para que pueda la habitación alcanzar cierto grado de perfección.

La caridad de la Iglesia de Cristo es *suprema*. Si Cristo ha derramado su sangre por todos los hombres, si va a buscar a Oriente y Occidente las ovejas más abandonadas, todo lo hace para conducir las al rebaño del que ha constituido pastor a Pedro. ¿Por qué? Porque ha querido que se hallase aquí, y no en otra parte, el lugar del mayor amor, en el que iba a proseguir con el Padre y el Espíritu Santo, en su Cuerpo colectivo, la habitación entre los hombres, habitación que ha inaugurado en su cuerpo individual el día de la Encarnación.

Finalmente la caridad de la Iglesia de Cristo es *sacramental*. Ahora bien, ya lo hemos dicho antes, la gracia y la caridad, cuando se llegan a nosotros a través del canal de los sacramentos, se hallan enriquecidas con virtudes que las hacen más íntimamente semejantes a la gracia y a la caridad de Cristo. En virtud de la gracia sacramental, se presentará la Iglesia ante el Espíritu Santo como una morada «connatural», como una morada amorosa que posee de manera constante, e ininterrumpida en cierto sentido —debido especialmente a la oración de los contemplativos—, conciencia del Huésped que alberga; como una morada «perfecta» que puede utilizar para salvar al mundo y a través de la cual puede ejercer libremente su virtud purificadora, iluminadora, divinizadora. ¿No tiene algo de verdad la afirmación de San Cirilo de Alejandría, de que no había morado el Espíritu Santo en los hombres antes de Pentecostés? (15).

---

(15) Verdad es que los santos Profetas han recibido abundantemente la claridad y la iluminación del Espíritu, con lo que han quedado instruidos



Se dirá por consiguiente que siendo la caridad de la Iglesia, desde la venida de Cristo, sacramental y orientada, indefectible, suprema, podía la Trinidad venir a morar libremente en la Iglesia. Pero por otra parte se dirá asimismo, y más profundamente, que la Trinidad, habiendo decidido buscar una morada en medio de los hombres, había resuelto comunicarse más íntimamente a los hombres en la última época de su historia y, por medio de las misiones visibles del Verbo en la Encarnación y del Espíritu Santo en Pentecostés, hacer para ello aparecer una Iglesia en la que la caridad fuera sacramental y orientada, suprema e indefectible.

#### IV. EL ESPIRITU SANTO, ALMA INCREADA DE LA IGLESIA

El Espíritu Santo puede ser llamado alma de la Iglesia, alma increada de la Iglesia, bajo tres aspectos diferentes:

**1.º La mueve desde el exterior, como un Principio causal y eficiente.**—Este sentido es frecuente. En un sermón pronunciado el día de Pentecostés explica San Agustín que si el Espíritu Santo comunicado en la edad apostólica se veía no pocas veces acompañado del don de lenguas, sucedía esto para dar con ello a entender que la Iglesia que consagraba El comenzaría pronto a hablar en todas las lenguas y se esparciría por todas las naciones: «¿Queréis vivir con el Espíritu Santo? Escuchad, hermanos. El espíritu que hace vivir a todo hombre, que hace vivir a cada hombre, se llama el alma. Ved lo que hace el alma en el cuerpo. Vivifica todos los miembros: ve por los ojos, oye por los oídos, siente por el olfato, habla por la lengua, obra por las manos, anda por los pies. Se halla presente a todos los miembros a un tiempo, para darles a todos vida..... Las funciones son diferentes, pero una es la vida. Lo mismo sucede con la Iglesia de Dios: en unos santos hace milagros, en otros predica la

---

en el conocimiento de las cosas futuras y en la ciencia de los misterios; sin embargo, por lo que se refiere a los fieles de Cristo, no confesamos tan sólo la iluminación sino incluso la habitación y la morada del Espíritu». *In Joan. Evang.*, lib. V; P. G., t. LXXIII, col. 757.

verdad, en éstos guarda la virginidad, en aquéllos el pudor conyugal, en unos esto, en otros aquello. Cada cual tiene su propio trabajo, pero todos tienen de manera semejante la vida. Y lo que el alma es al cuerpo, lo es el Espíritu Santo al Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. El Espíritu Santo realiza en toda la Iglesia lo que el alma en todos los miembros del cuerpo (16). El Papa León XIII, en la Encíclica *Divinum illud munus*, haciendo suyo, en parte, el texto del gran doctor, declara que «si Cristo es Cabeza de la Iglesia, el Espíritu Santo es su Alma». Y Pío XII, haciendo a su vez suya esta declaración, añade: «A este Espíritu de Cristo, como a principio invisible, ha de atribuirse también el que todas las partes estén íntimamente unidas, tanto entre sí como con su excelsa Cabeza, estando como está todo en la Cabeza, todo en el Cuerpo, todo en cada uno de los miembros..... El, con su celestial hálito de vida, ha de ser considerado como el principio de toda acción vital y saludable en todas las partes del Cuerpo místico» (17).

**2.º El es el Huésped a recibir al cual se halla ella destinada.** La Iglesia ha sido creada para acoger al Espíritu, de la misma manera que la finalidad del cuerpo es la de recibir el alma. Bajo este nuevo aspecto, el Espíritu es razón suprema, causa final, Alma de la Iglesia (18). No se contenta con hallarse presente a ella con la presencia de la causa respecto de su efecto; viene además a residir en ella como en una morada. Todo el misterio de su acción consiste en hacerla converger hacia Sí como hacia un centro, no distante sino presente, no ausente sino poseído, no desconocido sino saboreado en la noche de la fe.

Ahora bien, ¿cómo puede ser conocido y amado experimentalmente el Espíritu Santo? ¿Cómo puede ser gustado y tocado en el interior de la Iglesia? He ahí un punto de di-

---

(16) *Sermo CCLXVII*, n.º 4.

(17) Encíclica *Mystici Corporis*, Colección de Encíclicas, publicaciones de la Junta Técnica Nacional de A.C.E., 5.ª edición, Madrid, 1955, p. 719.

(18) «El alma es causa y principio del cuerpo viviente de tres maneras: es el principio del que emana el movimiento; es aquello para lo que existe, es decir, su fin; como sustancia es la forma que anima el cuerpo». S. THOMAS, *Comentario al De Anima de Aristóteles*, lib. II, lec. 7, edic. Pirotta, n.º 318.



facil aclaración: lo que realiza sin dificultad alguna la caridad, lo afirma la fe como un misterio. Se dirá que bajo un tercer aspecto, el Espíritu Santo es Alma de la Iglesia de una manera espiritual y por transformación de amor.

**3.º El Espíritu Santo, Alma de la Iglesia: en el cielo, por la transformación del conocimiento operada por la visión beatífica; aquí, por la transformación del amor operada por la caridad.**—1. En el cielo, los elegidos harán suyo a Dios por la visión beatífica, y lo conocerán de la misma manera que son ellos conocidos (*I Cor.*, XIII, 12). Ahora bien, ¿cómo podrían ver a Dios cara a cara, conocerlo tal cual es en sí mismo, si no lo vieran y lo conocieran por el mismo Dios? ¿Cómo podría bastar una idea creada por más perfecta que sea, para hacer conocer a Dios no en sus efectos creados, sino en su realidad increada, en su misterio? Será preciso de hecho que el alma se halle como inundada de Dios y que la misma esencia divina desempeñe en ella el papel que en el acto del conocimiento normal desempeñan las ideas (19). De esta manera el alma de los elegidos, aun permaneciendo *en sí misma* una realidad creada, infinitamente alejada de la Realidad divina, se hallará transformada totalmente, *espiritualmente*, en Dios, deificada. Entonces será Dios el Alma de su alma y la vida de su vida. Y El será el Alma, única Alma, de todos. Entonces quedarán todos ellos verdaderamente «consumados en la unidad», unidos con Dios y entre sí por la gracia, de la misma manera que Padre, Hijo y Espíritu Santo son uno por naturaleza.

2. Ahora bien, como sabemos todos, la unión de inhabitación, tal cual se realiza aquí por la gracia y la caridad y en la oscuridad de la fe «difiere sólo en la condición o estado de aquella con que Dios abraza a los del cielo, beatificándolos» (20). La caridad no desembocaría inmediatamente en Dios, si no se hallase espiritualmente en su principio el mis-

---

(19) «Es preciso que el mismo Dios se convierta en *forma* de la inteligencia que le conoce, y se une a ella no para constituir con ella una única *naturaleza*, sino de la manera en que se une la *especie inteligible* a quien entiende». S. THOMAS, *Comp. theol.*, cap. 105.

(20) Encíclica *Mystici Corporis*. Colección de Encíclicas, publicaciones de la Junta Técnica Nacional de A.C.E., 5.ª edición, Madrid, 1955, p. 728.

mo Dios. El amor conduce espiritualmente al objeto amado a donde aquel que lo ama, y los une con una unión afectiva que se llama la unión real. Pero cuando se trata de Dios, presente ya substancialmente por su presencia de inmensidad, la unión real es algo no sólo deseado, sino realmente efectuado por el amor. «Quien permanece en el amor, mora en Dios y Dios mora en El» (*I Jo.*, IV, 16). La caridad es la nube que contiene el don increado. Lleva consigo la unión real, poseedora de las tres Personas divinas. «En el don mismo de la gracia santificante, escribe Santo Tomás, el Espíritu Santo es poseído y mora en el hombre..... (21). Por el don de la gracia santificante, queda de tal manera elevada la criatura racional que no sólo hace uso del don creado, sino que reposa en la Persona divina. Así la misión invisible del Espíritu se realiza según el don de la gracia santificante; pero el objeto de este don lo constituye la misma Persona divina..... (22). Por estos dones nos hallamos unidos al mismo Espíritu Santo» (23). «De esta manera viene el mismo Dios personalmente a nosotros para ponerse en lo más íntimo de nuestro amor y hacernos posible el que le amemos tal cual es El en sí mismo, en su amabilidad infinita. Así, pues, ya desde este mundo, Dios es el Alma de quien le ama, la Vida de esa vida que instaura en nosotros la caridad. El es el Alma única y unificante de cuantos le aman con amor de caridad, de esa caridad en especial, a la que los sacramentos y la Eucaristía en particular le confieren su condición perfecta. La divinidad transforma a la Iglesia no ciertamente arrancándola de su ser finito, sino haciéndola divina de una manera espiritual, haciéndola radicalmente capaz de dirigirse a Dios con un amor proporcionado a Dios, con un amor que se llegue a Dios en el misterio mismo de su divinidad. «Quien se une al Señor no forma con El más que un único Espíritu» (*I Cor.*, VI, 17).

**El testimonio de los místicos.**—Incluso en su grado inferior, la caridad es ya correlativa de la inhabitación del Espíritu. Pero la inhabitación no es probada, no queda sujeta

---

(21) *I*, qu. 43, a. 3.

(22) *Ibid.*, ad 1.

(23) *I Sent.*, dist. 14, qu. 2, a. 1, quest. I.



a la experiencia más que por una caridad excelente. En todo esto tiene una importancia capital el testimonio de los místicos.

1. San Juan de la Cruz ha descrito la unión íntima por la que el alma transformada se convierte espiritualmente en Dios. Cuando penetra el rayo de sol en un cristal, escribe él, «si ella estuviera limpia y pura del todo, de tal manera la transformará y esclarecerá el rayo, que parecerá el mismo rayo, y dará la misma luz; aunque a la verdad, todavía la vidriera, aunque se parece al mismo rayo, tiene su naturaleza distinta del mismo rayo; mas podemos decir que aquella vidriera es rayo o luz por participación. Así el alma es como esta vidriera, en la cual siempre está embistiendo, o por mejor decir, está en ella morando esta divina luz del ser de Dios por naturaleza que habemos dicho..... Y le comunica Dios su ser sobrenatural de tal manera, que *parece el mismo Dios, y tiene lo que tiene el mismo Dios*. Y se hace tal unión cuando Dios hace al alma esta soberana merced, que *todas las cosas de Dios y el alma son unas en transformación participante; y el alma más parece Dios que alma, y aún es Dios por participación*; aunque es verdad que su ser naturalmente se le tiene tan distinto del de Dios como antes, aunque está transformada; como también la vidriera le tiene distinto del rayo, estando de él clarificada» (24).

De esta manera se hace «compañera de la divina naturaleza» el alma (25). «Porque así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, *su voluntad será voluntad de Dios*, y así su amor será amor de Dios. Porque aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de El es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de El es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma a Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, *unida con la misma fuerza de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es el Espíritu Santo*, en el cual está el alma allí

---

(24) *Subida del Monte Carmelo*, libro II, cap. IV, Obras, 2.<sup>a</sup> edición, Burgos, 1940, p. 45.

(25) *Cántico Espiritual*, canción 39, *ibid.*, p. 634.

transformada.....» (26). «Porque estando el alma aquí hecha una misma cosa con El, en cierta manera es ella Dios por participación, que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como sombra de Dios. Y a este detalle, siendo ella por medio de esta substancial transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que El hace en ella por sí mismo, al modo que El lo hace, porque la voluntad de los dos es una, y así la operación de Dios y de ella es una. De donde como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa cuanto más unida en Dios, está *dando a Dios al mismo Dios en Dios*» (27). «Aquí ama el alma a Dios no por sí, sino por él mismo; lo cual es admirable primor, porque ama por el Espíritu Santo como el Padre y el Hijo se aman, como el mismo Hijo lo dice por San Juan diciendo: *La dilección con que me amaste esté en ellos y yo en ellos*» (28).

2. Había dicho Tauler hablando del hombre espiritual: De tal manera atrae Dios al hombre a sí, que el tal hombre se convierte en tan *deicoloro* como cuanto en Dios se halla; todo cuanto en este hombre se halla está impregnado y formado de una manera transcendente, de manera que es el mismo Dios quien realiza las obras de este hombre. Y con razón se llama *deiforme* al tal hombre, ya que quien pudiera verlo lo vería como Dios —Dios tan sólo por la gracia—, verdad es» (29). Es decir, que se halla identificado a Dios no según su ser natural, que sigue siendo creado, sino espiritualmente. «Viene a ser realmente *por la gracia* lo que es Dios *por naturaleza*» (30). «El hombre en tales circunstancias se hunde tan profundamente en la nada insondable de su ser, tan pequeño se hace, tan reducido a nada, que pierde cuanto ha podido recibir de Dios; remite sencillamente todo este bien a Dios, del cual dicho bien procede: lo rechaza cual si jamás lo hubiera poseído, y queda de esta manera anonadado y desnudo, como lo que no es nada y

---

(26) *Ibid.*, p. 628.

(27) *Llana de Amor viva*, canción III, vers. 5, *ibid.*, p. 724.

(28) *Ibid.*, canción III, vers. 5-6. *ibid.*, p. 726.

(29) *Sermones*, ed. de la Vie Spirituelle, t. II, p. 224.

(30) *Ibid.*, p. 212.



nada ha tenido nunca. De esta manera queda la nada creada como sumergida en la nada increada. Es éste un estado que no puede comprenderse ni expresarse. Entonces se realiza lo que expresa el profeta en el Salmo: *Abyssus abyssum invocat*. El abismo creado llama a sí al Abismo increado, y *los dos abismos no realizan más que una sola unidad, un puro ser divino*. Entonces queda el espíritu perdido en el Espíritu divino, como ahogado en un mar sin fondo. Y sin embargo, hijos míos, tales hombres se hallan en una situación mejor de lo que puede comprenderse y concebirse..... Son fieles y misericordiosos para con todos, no son severos ni duros, sino llenos de clemencia» (31). «El fondo se convierte entonces en uno con el Verbo, recibe el mismo ser que el Verbo, aunque verdad es que el fondo conserva su *esencia creada*, pero tiene la más perfecta *unidad de unión*. De ellos nos da testimonio el Señor cuando dice: *Padre, que sean uno como somos uno nosotros*. Y cuando decía a San Agustín: *Quedarás cambiado en mí*. Hijos míos, no es posible llegar a semejante estado más que por el camino del amor» (32). «El Hijo da al alma su luz, el Espíritu le da su dulzura, el Padre le da pleno poder sobre su reino, en el cielo y en la tierra, incluso sobre sí mismo, a fin de que impere sobre todo aquello de lo que El es dueño, y para que sea de esta manera Dios en ella *por la gracia* lo que es y tiene El *por naturaleza*» (33).

**Fundamentos escriturísticos de esta doctrina.**—Como se habrá podido observar, los principales textos escriturísticos a que hacen referencia los autores espirituales cuando tratan de este misterio son los de la «oración sacerdotal» del Salvador, que pide que sus discípulos sean uno como se halla en El el Padre y El en el Padre; que more en ellos el amor con el que le ha amado el Padre antes de la creación del mundo, que esté donde El está para poder participar con El de su gloria (Jo., XVII, 20-26). Son asimismo los pasajes en los que nos enseña San Pablo que nos ha sido concedido el mismo Espíritu Santo (Rom., V, 5), que Dios ha enviado a nuestros cora-

---

(31) *Ibid.*, p. 225.

(32) *Ibid.*, p. 260.

(33) *Ibid.*, p. 183. Véase más adelante, p. 236.

zones el Espíritu de su Hijo para que clame en ellos Abba, Padre (*Gal.*, IV, 6), que no formamos con el Señor más que en un solo Espíritu (*I Cor.*, VI, 17). Y el texto en el que revela San Pedro, II, 1, 4, que los dones de Cristo nos hacen partícipes de la naturaleza divina, lo cual quiere decir, declara San Juan de la Cruz: «el alma participará al mismo Dios, que será obrando con él, acompañadamente con él, la obra de la Santísima Trinidad..... por causa de la unión substancial entre el alma y Dios» (34).

Verdad es que todos estos autores insisten de continuo, por miedo a que puedan entenderse equivocadamente sus palabras, que si el alma es una sola cosa con Dios, lo es *por transformación de amor y espiritualmente*, no *por naturaleza y metafísicamente*. Queda en pie sin embargo que lo que más les llama la atención no es tanto el ser creado de la caridad, su aspecto accidental que es limitado, cuanto su ser tendencial y espiritual, su aspecto reflejo que es infinito, su misteriosa transparencia que le permite atraer a sí, en el sujeto que la posee, al mismo Dios.

Una con Dios para amar a Dios en Dios, la Iglesia será una con El para en El amar el universo y todas las cosas.

---

(34) *Cántico Espiritual*, canción 39, Obras, 2.<sup>a</sup> edición, Burgos, 1940, p. 635.



## CAPÍTULO IV

### LA VIRGEN EN LA IGLESIA

Hablemos del porqué de la maternidad divina, causa de todos los privilegios de la Virgen (I); de la Virgen, como Encarnación suprema de la Iglesia (II); del puesto de la Virgen en el tiempo de la Iglesia (III).

#### I. LA VIRGEN, DIGNA MADRE DE DIOS

**La razón de la maternidad divina de María.**—Tan poderosa y audaz, tan desconcertante para el demonio va a ser la Redención, que tomará a este mismo género humano caído, el cuerpo del que va a ser hecho el Redentor. Es preciso que el segundo Adán sea de la descendencia de la línea del primero; que sea la realización de esa realidad de la que no era más que un esbozo el primero (*Rom.*, V, 14); que el género humano constituido pecador por la desobediencia de uno de sus miembros sea constituido justo por la obediencia de otro de sus miembros (*Rom.*, V, 19); que Jesús pueda ser llamado hermano nuestro (*Jo.*, XX, 17; *Rom.*, VIII, 29; *Hebr.*, II, 17).

Pero todo esto no será posible más que si el Hijo de Dios nace de una mujer, más que si María, cuando viene el Ángel a descubrirle el designio por el que ha sido escogida Madre del Hijo de Dios, responde, con la más perfecta libertad de su corazón: «He aquí la esclava del Señor; que suceda en mí conforme a tu Palabra» (*Lc.*, I, 35 y 38). Esta es la razón de la maternidad de María.

La Maternidad divina ha sido decretada desde toda la eternidad al mismo tiempo que la Encarnación. «Dios inefa-

ble», dice Pío IX, «desde el principio y antes de todos los siglos, ha escogido y preparado para su Hijo único una Madre, de la que, tomando cuerpo, había de nacer, cuando llegase la bienaventurada plenitud de los tiempos» (1).

**La Maternidad divina, causa de todos los privilegios de la Virgen.**—El concepto de la Maternidad divina, si se la considera no en su pura materialidad, sino *en la perspectiva concreta del Evangelio*, exigirá de antemano en la Virgen una plenitud de gracia. Es un concepto, en efecto, que se identifica con el concepto de «digna Madre de un Dios Redentor». Dios va a escoger a María por Madre suya, porque quiere, para salvarnos, nacer de nuestro linaje, pertenecer a nuestra raza y ser hermano nuestro. Por eso María será Madre de un Dios salvador. Y lo será no sólo de una manera corporal. Quiere, y tal es el sentido maravilloso del mensaje de la Anunciación, que sea su Madre libremente, conscientemente, con pleno conocimiento de causa. Que sea su Madre, más incluso por el alma que por el cuerpo. A la mujer que enaltece a su Madre, revela Jesús la verdadera grandeza de María, respondiendo: «Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la guardan» (*Lc.*, XI, 28) (2): Quiere que sea su Madre dignamente, es decir, que sea proporcionada, en la medida de lo posible para una mera criatura, a la santidad que El mismo espera de semejante misión. Y ésta es la razón por la cual va a prevenirla e inundarla la gracia cristoconformante.

Así, pues, el concepto de *Theotokos*, de Madre de Dios, que veneran los cristianos, objeto infalible de la intuición de la Iglesia ya desde un principio, y del que se deducen no por frágiles argumentos de conveniencia, sino por un auténtico desarrollo, todos los privilegios de la Virgen, y la plenitud de la gracia cristoconformante en ella, es el concepto existencial, circunstanciado, evangélico, de «Madre digna de un Dios salvador».

**Relaciones entre la doctrina de la Virgen y la doctrina de la Iglesia.**—La misma gracia de que es frecuente Cristo se

---

(1) Bula *Ineffabilis Deus*, 8 de diciembre de 1852.

(2) Cfr. SAN AGUSTÍN, *De sancta Virginitate*, cap. 3, n.º 3; cap. 6, n.º 6.



derrama por una parte en la Virgen, y por otra parte en toda la Iglesia, de manera que pueden considerarse prácticamente a la *Mariología* y a la *Eclesiología* como dos tratados paralelos, que se refieren a un mismo misterio, considerado por una parte en su realización *excepcional*, y en su realización *corriente* por otra.

Pero de una manera más profunda se dirá que la Virgen se halla en la Iglesia; que es, en el interior de la Iglesia, el lugar al que Dios tiende a acercarse de continuo. Desde este punto de vista, y propiamente hablando, sería preciso decir que la *Mariología* es una parte de la *Eclesiología*, que es esa parte de la Eclesiología que estudia a la Iglesia en su punto más excelente e inigualado.

## II. LA VIRGEN, SUPREMA REALIZACION DE LA IGLESIA

Del costado abierto de Cristo, nuevo Adán, brota la nueva Eva. Presenta ésta dos realizaciones: privilegiada la una, la Virgen; común la otra, la Iglesia. La realización inferior se halla como imanada por la realización superior; la Iglesia parece atraída hacia la Virgen, sin poder identificarse jamás con ella: algo así como se halla atraído hacia el círculo el polígono. Veámoslo, considerando la exención del pecado, la corredención, y finalmente la glorificación, en la Iglesia en primer lugar, y en la Virgen luego.

**La pureza en la Iglesia y en la Virgen.**—La Iglesia va haciéndose no sólo con miembros que han comenzado por hallarse *privados* de la gracia, sino incluso con miembros que, tras de haberla recibido, se han *opuesto* a ella, al menos de una manera venial: como si fuera demasiado elevada la pureza de la Iglesia para nuestra común miseria y para que nada se halle en nosotros que haya que rechazar. Es ésta una de las razones que hace que la santidad de la Iglesia se halle por encima de la santidad de cada uno de sus miembros, incluso de los más santos.

A diferencia de cada uno de nosotros, la Iglesia pertenece *por entero* a Cristo. Encierra en sí pecadores, muchos pecadores, pero ella está sin pecado (*Ef.*, V, 25-27). Cuando peca un cristiano no es la Iglesia la que se divide

en su corazón en luz y tinieblas: es el alma del cristiano la que él divide entre Cristo que conserva en él su fe, y Belial al que entrega su corazón. Así la Iglesia se halla siempre y totalmente exenta de pecado. Esa es su ley profunda. Quisiera poder realizarla en cada uno de sus miembros, hacer que cada uno de ellos se hallara siempre totalmente libre de pecado. Y a ese ideal se dirige como a un límite, inaccesible aquí abajo. Pero en el más allá, la ley de Cristo y la ley de su Iglesia, de hallarse siempre libres totalmente de pecado, constituirá la ley de cada uno de los elegidos.

Ya desde aquí esa ley constituye la ley de la Virgen. El «límite» hacia el que tiende la Iglesia en el interior de cada uno de nosotros ha sido alcanzado en la Virgen. De ninguna persona, por más santa que sea, puede decirse que es tan pura como la colectividad de la Iglesia. Pero esto es verdad de la Virgen. Siendo hija de Adán por generación natural, debía cargar con la herencia del pecado original. Pero la redención de Cristo, *purificadora* para todos los hombres, es *preventiva*, *preservadora* para María. Tal es el dogma de su Concepción inmaculada, revelado de manera implícita, aunque real, en la noción evangélica plena de la Virgen Madre digna de un Dios Salvador.

Así la *ley de la pureza total* se halla en Cristo como en su fuente, y como *por participación* en la Virgen, en la que se realiza dicha ley *de manera personal*, y en la Iglesia, en la que dicha realización es tan sólo *colectiva*.

**La Corredención en la Iglesia y en la Virgen.**—Sólo la mediación de Cristo es *redentora*. Lo cual quiere decir que dicha mediación es la primera, que es la única divino-humana, la única infinita en todo rigor de la expresión: «Único es Dios, y único es asimismo el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo-Jesús, que se ha entregado a sí mismo como rescate por todos nosotros» (*I Tim.*, II, 5-6).

La mediación de los cristianos, de la Iglesia, de la Virgen, no puede ser más que una mediación *corredentora*. Lo que quiere decir que se halla toda ella unida a la de Cristo, que recibe todo su valor de ella, que vale en virtud de las razones de la amistad que mueven a Dios a escuchar a quienes, hallándose en Cristo, piden en nombre de Cristo. Recuérdese el texto del Apóstol: «Completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia» (*Col.*, I, 24).



La conversión de Agustín tiene su origen en las oraciones de Mónica, oraciones que tienen a su vez su fuente en la oración de Cristo. Que no se diga que nada hace Mónica. Que no se diga tampoco que lo que hace Mónica no tiene por qué hacerlo Cristo: Cristo lleva a Mónica, la cual a su vez lleva a Agustín. Mediación redentora es la que carga totalmente con el peso del mundo; la mediación corredentora puede soportar cargas muy pesadas, pero sólo en cuanto le ha sido concedido el ser ella misma conducida por la mediación única de la Redención.

La mediación corredentora individual del *cristiano* se mide según la intensidad de su propio fervor; se despliega en torno a él por círculos concéntricos, según el «orden de la caridad» (3) que gradúa y jerarquiza las obligaciones de cada uno; se extiende muy en especial a las generaciones de las que es uno contemporáneo: «No os mostréis inquietos por el mañana, ya que el mañana tiene sus inquietudes: bástale a cada día su mal» (*Mt.*, VI, 34). La mediación corredentora de la *Iglesia* se extiende más. El fervor de la Iglesia es mayor que el de cada uno de sus miembros; es un fervor que recibe su empuje en Pentecostés y es conducido por él hasta la Parusía del Señor. La preocupación suprema de la Iglesia es inmediatamente la salvación de todo el mundo. En cada minuto de su existencia, carga ante Dios con el peso de la humanidad que le es contemporánea. Al menos en parte. Porque verdad es que el mismo Dios envía operarios a su cosecha; pero nos suplica que le pidamos para que los envíe en abundancia (*Mt.*, IX, 37-38). Una parte importante de las gracias de conversión concedidas al mundo en cada momento de su historia son efecto de la intercesión de la Iglesia en ese preciso momento.

La mediación corredentora de la *Virgen* es más elevada que la de la Iglesia entera. Es una mediación que se extiende a todos los hombres de todos los tiempos; es anterior a toda mediación corredentora, y la encierra dentro de sí, aun cuando se trate de la mediación de la Iglesia. En María, la Iglesia toca ese extremo hacia el que tiende sin poder alcanzarlo por sí sola. En María es la Iglesia plenamente la Iglesia. En María, la Iglesia se convierte en corredentora de todos

---

(3) S. THOMAS, II-II, qu 26.

aquellos de los que Cristo es el único redentor, es decir, de todos los hombres, *sépanlo o no lo sepan*. De la misma manera que el sol lleva a la tierra, y que ésta lleva a la luna, y sin embargo todo el peso de la tierra y de la luna pesa a fin de cuentas directamente sobre el sol, así la mediación redentora de Cristo arrastra a la mediación corredentora universal de la Virgen, que lleva a su vez a la mediación corredentora colectiva de la Iglesia y la mediación corredentora particular de los cristianos, ya que hay almas que atraen a otras como un planeta a sus satélites. El peso total de la salvación del mundo recae en última instancia sobre ese momento de la vida de Cristo en el que entra El en agonía y muere sobre la cruz.

La doctrina de la mediación corredentora de la Virgen, doctrina que no puede explicarse más que teniendo en cuenta un progreso de la teología de la Redención, no es más que la explicitación del principio supremo de la Mariología: *María es la Madre digna del Redentor, en cuanto Redentor*. A medida que va elaborándose la teología de la corredención nos invita a releer, con una fe cada vez más atenta, las misteriosas palabras que dijo Jesús, a su Madre cercana a la Cruz, y a San Juan: «Jesús, pues, al ver a su Madre, y junto a Ella al discípulo al que amaba, dijo a su Madre: *Mujer, he ahí a tu hijo*. Y después dijo al discípulo: *He ahí a tu madre*. Y desde esta hora el discípulo la tomó consigo» (*Jo.*, XIX, 26-27). ¿Y podemos olvidar que esta mujer es aquella que, en la visión del mismo apóstol, da a luz al niño Varón (*Apoc.*, XII) y que obtiene en Caná de Galilea por su mediación el primer milagro de Jesús?

**La glorificación de la Iglesia y de la Virgen.**—El misterio de la resurrección, de la glorificación, de la ascensión, se realiza *en primer lugar* en Cristo que es el Esposo: «El es el Principio, el Primogénito de entre los muertos, ya que era preciso que obtuviera la primacía de todo» (*Col.*, I, 18).

Este mismo misterio se realiza *de manera relativa* en la Iglesia que es la Esposa: después de Cristo, con Cristo, por Cristo, ha de resucitar ella, ha de ser glorificada, subir al cielo: «Pero ahora ha resucitado Cristo de entre los muertos, primicias de quienes descansan..... Y de la misma manera que mueren todos en Adán, revivirán también todos en Cristo. Pero cada



cual en el puesto que le corresponda.....» (*I Cor.*, XV, 20-23).

La Esposa sin mancha es la *Iglesia*, considerada no en las manchas de cada uno de sus miembros, infectados todos individualmente por el pecado, sino como un todo, como una colectividad que deja fuera de sus límites las manchas de sus miembros pecadores. Así se halla ella, no sin pecadores, pero sí sin pecado. La ley de la resurrección y de la glorificación junto con Cristo no es suya más que precisamente en cuanto que forma una colectividad, en cuanto que constituye un todo. Y cuando haya alcanzado su plena medida como todo, como colectividad, resucitará y será glorificada en todos sus miembros muertos, en el amor, para ser asumida al cielo: «Todos revivirán en Cristo, cada uno en su lugar; en cabeza Cristo, como primicias, y tras El los que se hallen con El en el día de su advenimiento» (*I Cor.*, XV, 22-23).

En los días de la presencia de Cristo, la Esposa santa, sin mancha, inmaculada, se halla toda ella recapitulada en la persona de la *Virgen*. La ley de la resurrección con Cristo, de la conglorificación junto con El, pueden por consiguiente afectarla personalmente. De ahí que vayan por delante del ritmo colectivo de la Iglesia su resurrección, su glorificación, su ascensión. En efecto, si está revelado que para los miembros de Cristo que se ven afectados por el pecado original, pecado de naturaleza, no personal, la ley de la conresurrección con Cristo se halla dificultada y diferida hasta el fin del mundo, es decir, hasta el momento en que sea vencido plenamente el pecado original, en cuanto pecado de toda la naturaleza humana: a) por la interrupción de la generación que la propaga; b) por la resurrección de todos aquellos a quienes haya él condenado a muerte: «Destruído el último enemigo, es decir, la Muerte» (*I Cor.*, XV, 26), está igualmente revelado que para un miembro de Cristo que no esté afectado por el pecado original, la ley de conresurrección y de conglorificación en Cristo no se verá sujeta a trabas, ni diferida, y se aplicará inmediatamente, en el cuadro de una vida humana personal, a semejanza de lo que ha sucedido en Cristo.

La glorificación de Cristo tiene como consecuencia inmediata la de la *Virgen*, vencedora desde un principio del pecado, y para más tarde la de la *Iglesia*, vencedora asimismo al fin del pecado.

### III. EL PUESTO DE LA VIRGEN EN EL TIEMPO DE LA IGLESIA

**Los santos del Evangelio dependen de la edad de la espera de Cristo, o de la edad del Espíritu Santo.**—Con excepción de la Santísima Virgen, todos los contemporáneos de Cristo se hallan en la vertiente de la espera de Cristo, o en la de la edad del Espíritu Santo.

Zacarías e Isabel, Simeón, Ana, pertenecen a los días de la espera de Cristo. Juan Bautista y los primeros santos del Evangelio son santos de la Ley Antigua, en el momento en que comienza a ceder ésta bajo los rayos de luz de la Nueva Ley. Se asemejan a la estrella de la mañana que pertenece a la noche y que está ya anunciando el día aun sin pertenecer al día, y que sigue sin embargo brillando una vez que aparece el día.

Tan sólo con la glorificación y la Ascensión de Cristo, que nos deja para que venga a proseguir su obra el Espíritu (*Jo.*, XVI, 7), pasan los santos del Evangelio a la tercera época de la salvación, a la del Espíritu Santo.

De esta manera quedan aclarados los textos misteriosos del Evangelio: «En verdad os lo digo: de entre los nacidos de mujer, no ha surgido ninguno semejante a Juan Bautista; y sin embargo el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él» (*Mt.*, XI, 11). Y cuando recuerda Jesús la Escritura que profetiza que brotarán de su seno torrentes de agua viva, añade el Evangelista: «Se refería al Espíritu que habían de recibir los que en El creyeran; no había aún llegado el Espíritu, ya que no había aún sido glorificado Jesús» (*Jo.*, VII, 39).

**Es privilegio de la Virgen el depender de la edad de la presencia de Cristo.**—Cronológicamente la Virgen aparece antes que Cristo; por otra parte estará presente en el día de Pentecostés. Es contemporánea de los primeros santos del Evangelio, que viven en la edad de la espera de Cristo y del Reino; y lo es también de los Apóstoles, que viven ya en la edad del Espíritu Santo.

Pero cualitativamente no depende ni de la edad de la espera de Cristo ni de la edad del Espíritu Santo. Ella sola llena toda una edad de la Iglesia, la edad de la presencia



de Cristo. Lo que quiere decir que la gracia de Cristo le es dispensada según una ley, según un régimen que le es propio; lo cual significa que en toda la línea de la duración de la Iglesia constituye el punto, el polo en el que se hace sentir con el máximo de potencia la atracción de Cristo; que la ley de conformidad con Cristo se ve realizada en la persona de la Virgen de manera más íntima que en toda la Iglesia. La Virgen aparece como una condensación, como una intensificación de toda la gracia de Cristo en el momento en que ésta pasa al campo de atracción inmediatamente posterior a Cristo.

**En la Virgen se condensa e intensifica la gracia colectiva de toda la Iglesia.**—El inmenso sí colectivo, universal, difuso, que pronuncia en lo mejor de sí misma la humanidad frente a la gracia de Dios salvador, se condensa e intensifica de pronto en un punto único que no acaba de circunscribir y circunstanciar el Evangelista: «El sexto mes, fue enviado por Dios el ángel Gabriel.....» (*Lc.*, I, 26-27). Es el misterio de las relaciones de Cristo por una parte, de la Virgen y de la Iglesia por otra, lo que enuncia Santo Tomás cuando dice «que en el instante de la Anunciación, el consentimiento de la Virgen era esperado en nombre de toda la naturaleza humana» (4).

La Mujer vestida de sol, Virgen y Madre, y que vive a todo lo largo de la Historia, es la Iglesia. Pero ¿qué sucede en el tiempo de Cristo? Toda la dignidad materna y virginal de la Iglesia universal, todos los gozos y dolores de su alumbramiento a lo largo de los siglos se ven como concentrados y llevados a su culmen en el momento preciso de su historia en que, por la Virgen, da a luz a un Hijo que apacenterá a todas las naciones con un cayado de hierro (*Apoc.*, XII, 5). El dolor de la Iglesia al dar a luz a los miembros de Cristo llega al paroxismo en la Virgen, que da a luz a Cristo para el drama de la Cruz. Bien lo entiende la piedad cristiana, que en la Navidad relaciona el misterio del nacimiento de Cristo según la carne en el tiempo, con el misterio de su nacimiento espiritual en las almas.

---

(4) III, qu. 30, a. 1.

Finalmente, en el momento en que Cristo muere en la Cruz, es la compasión corredentora de toda la Iglesia, extendida en el espacio y en el tiempo, la que se condensa y llega a un punto de intensidad supremo en el corazón de la Virgen.

**La Virgen en Pentecostés.**—Para los Apóstoles, Pentecostés es un bautismo del Espíritu (*Act.*, I, 5), es decir, un arranque en el Espíritu. Reciben la fortaleza necesaria para ser testigos y mártires de Jesús en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra (*Act.*, I, 8). Superarán los obstáculos que para ellos supongan la diversidad de lenguas, de naciones, de culturas, para fundar la Iglesia universal (*Act.*, II, 4-11). Ahí tenemos la inauguración de la edad del Espíritu Santo.

Para la Virgen, oculta en el orden de las grandezas de la santidad, Pentecostés no supone un comienzo en el tiempo, sino más bien un término. No será ella quien salga al exterior con la fuerza del Espíritu para predicar al mundo el Evangelio. La visita del Espíritu, que había descendido ya otra vez para ella sola cuando comenzaba su misión en el instante de la Encarnación (*Lc.*, I, 35), no puede ser en adelante más que el anuncio y la preparación de su próxima partida para el cielo. María no espera un nuevo comienzo de su vida terrena. Ve llegar la madurez, como el verano y la cosecha de todas las gracias que ha depositado Cristo en su alma.

**Toda la Iglesia es Mariana.**—Cuando se dice que María es la suprema realización de la Iglesia, queremos con ello decir que María es en la Iglesia más Madre que la Iglesia, más Esposa que la Iglesia, más Virgen que la Iglesia. Queremos con ello decir que es Madre, Esposa y Virgen, *antes* que la Iglesia y *para* la Iglesia; que si la Iglesia es Madre, Esposa y Virgen lo es principalmente *en* ella y *por* ella. Por una grandeza misteriosa que se difunde partiendo de María, puede a su vez la Iglesia ser de manera tan verdadera Madre, Esposa, Virgen. En el orden de las grandezas de la santidad, que son las grandezas supremas, María es en torno a Cristo algo así como la primera onda de la Iglesia, que va engendrando a las demás hasta el fin de los tiempos.



## CAPÍTULO V

### LA JERARQUIA APOSTOLICA

El poder divino que da nacimiento y vida a la Iglesia, emana de la *Trinidad* toda, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

De la Trinidad desciende a la santísima humanidad de *Cristo*, rey, sacerdote, santo.

Finalmente, desde los días de la Ascensión, sigue obrando en nosotros para formar en el mundo la Iglesia, perfecta en acto, a través de la *jerarquía* apostólica, por El instituida. Debido a este último eslabón, la Iglesia de Dios, la Iglesia de Cristo, es llamada Iglesia *apostólica*.

Allí donde es plenamente jerárquica, plenamente *apostólica*, es también plenamente *santa* y plenamente *una* y *católica* la Iglesia.

La apostolicidad, la santidad, la unidad católica, son en primer lugar *propiedades misteriosas*, inseparables por su misma esencia; pero son, a mayor abundamiento, *notas milagrosas* que la muestran en el mundo.

En este capítulo sobre la Jerarquía apostólica, hablaremos en primer lugar del papel de la jerarquía apostólica (I), hablaremos luego de sus dos clases de poderes, poderes de orden (II) y de jurisdicción (III), para estudiar finalmente la apostolicidad como propiedad misteriosa y como signo o nota milagrosa de la Iglesia (IV).

#### I. EL PAPEL DE LA JERARQUIA

**La cadena de la apostolicidad.**—En el preciso momento en que decide Dios derramar sobre los hombres los favores

supremos ocultos para ellos desde toda la eternidad, aparece plenamente la ley que ha de presidir toda la economía de nuestra salvación: es decir, que a partir de la caída original, la gracia y la verdad nos serán comunicadas a través de las cosas visibles.

Dios se encarna: «El Verbo se ha hecho hombre y ha morado en medio de nosotros, y hemos visto su gloria, la gloria que ha recibido de su Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad..... Si, de su plenitud hemos recibido todos, y gracia sobre gracia. Ya que la Ley nos fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han venido por Jesucristo» (*Jo.*, I, 14, 16-17).

El Verbo hecho hombre envía a su vez a sus discípulos por el mundo, revistiéndolos de poderes sobrenaturales y prometiéndoles el Espíritu Santo: «Como me ha enviado el Padre, os envío yo» (*Jo.*, XX, 21); «Me ha sido otorgado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar cuanto os he prescrito. Y yo estaré con vosotros siempre, hasta la consumación del mundo» (*Mt.*, XXVIII, 18-20). «En verdad os lo digo: cuanto ligareis en la tierra quedará ligado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra quedará desatado en el cielo» (*Mt.*, XVIII, 18). Hay que acogerlos en su nombre: «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a Mí me rechaza; y quien a Mí me rechaza, rechaza a Aquel que me ha enviado» (*Lc.*, X, 16). «En verdad os digo: quien recibe a aquel que yo envío, a mí me recibe, y quien a Mí me recibe, recibe a Aquel que me ha enviado» (*Jo.*, XIII, 20).

El Padre, Cristo, el cuerpo apostólico compuesto de Pedro y de los demás apóstoles, y revestido de la fuerza del Espíritu Santo (*Act.*, I, 8), el pueblo: tales son los eslabones de la cadena que nos hace ver el Evangelio. Es preciso, pues, creer que desde el comienzo de nuestra era ha comenzado a desplegarse para bien de los hombres una fuerza extraordinaria, cuyos mejores efectos habían quedado hasta entonces como retenidos en el seno de la Trinidad, y que esta fuerza baja a los hombres por escalones, bajando en primer lugar a Cristo, oculto a nuestros ojos desde la nube resplandeciente de la Ascensión; de Cristo al colegio apostólico que ha sido instituido para permanecer hasta el fin de los tiem-



pos a fin de que pueda enseñar y bautizar a todos los pueblos. Esta fuerza extraordinaria, este poder espiritual que ha brotado de Dios, poder que se ha hecho visible en cierto sentido en Cristo y que sigue haciéndose visible a través del cuerpo apostólico (cuyos miembros son reemplazados constantemente como individuos, pero que sigue subsistiendo sin embargo como una realidad única a través de las generaciones), de manera que puede llamársela el poder de la apostolicidad, es la causa propia de la Iglesia, de la misma manera que el fuego es la causa propia del calor. Es un poder que está de continuo formando en el mundo lo que llama San Pablo el Cuerpo de Cristo (*Eph.*, I, 23; IV, 16): «Edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor» (*Eph.*, II, 20-21). La Iglesia plena no puede nacer y florecer más que allí donde la Trinidad, a través de Jesús y del cuerpo apostólico, toca nuestro mundo, y a esto nos referimos en primer lugar cuando hablamos de la *apostolicidad* de la Iglesia. La religión inscrita en el Evangelio no es una religión igualitaria, sino una religión apostólica; no es una religión sin intermediarios, sino una religión de jerarquía (1).

**El porqué de la jerarquía.**—He ahí, en verdad, un gran misterio. Dios podía muy bien intervenir y obrar solo. No le era en manera alguna necesario el mezclar la naturaleza humana, limitada siempre como tal, y pecadora casi siempre, en la obra de la santificación del mundo. Claramente veía que, por el hecho de recurrir al ministerio del hombre, sería hartamente mal servido, y que no pocas veces daría a muchos armas de que abusarían contra su bondad. «¡Siempre testimonios humanos!, exclamaba Rousseau. ¡Siempre hombres que me transmiten lo que han recibido de otros hombres! ¡Hom-

---

(1) En San Lucas, X, 18, dice Jesús a los setenta y dos discípulos que vuelven llenos de regocijo de su misión: «Veía a Satanás que caía como un rayo». Y el PADRE LAGRANGE comenta de la siguiente manera estas misteriosas palabras: «Nada más fuerte sobre la intención de Jesús de obrar, por lo que a su obra redentora se refiere, por medio de aquellos a los que ha investido de su autoridad. Sobre este deseo suyo se basa la Iglesia con su jerarquía». *Évangile selon saint Luc.*, París, 1921, p. 302.

bres entre Dios y nosotros!» (2). Y no cabe duda de que, por doquier, entre Dios y mi persona, me encuentro con la naturaleza humana, con la naturaleza humana de Cristo enviado por el Padre en primer, lugar, con la de los Apóstoles y de sus sucesores a continuación.

Pero ¿quién ha exaltado más que Cristo el papel de los intermediarios en la religión que iba a fundar? Bien se ve en el Evangelio que su más inmediata preocupación, tras de la fundación del reino de Dios, ha sido no la de extenderlo por sí mismo, sino la de formar a quienes habían de promover su expansión. A medida que se acerca la hora de su muerte, se dirige a Jerusalén y parece concentrar poco a poco su atención en los Apóstoles, en tres de ellos, en uno, en el primero de estos tres; en pago de ello, tarea de ellos será, una vez que sean confirmados, el dar testimonio de Cristo «en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los confines del mundo» (*Act.*, I, 8). A los Apóstoles les quedará reservado el hacer entrar a los Gentiles en la Iglesia. Así, pues, ellos realizarán obras mayores, en el exterior, que el mismo Jesús, pero las realizarán por Jesús vuelto al Padre, que desde el trono de su gloria les ayuda: «En verdad en verdad os digo: quien en Mí cree realizará obras tan grandes como yo, e incluso mayores, ya que yo me vuelvo al Padre» (*Jo.*, XIV, 12). Por medio de ellos quiere Jesús someter al mundo: «Os he enviado a recoger lo que otros han sembrado; otros han penado y vosotros recogéis el fruto de sus penas» (*Jo.*, IV, 38).

¿Cuál es, pues, la razón de que se dé una Jerarquía, de que exista este misterio de hombres frágiles y pecadores?

**Una respuesta de orden general.**—Suele responderse habitualmente dando una razón muy elevada, pero demasiado general, razón que se aplicará de manera proporcional a todos los modos del gobierno divino que se refieren al mundo de la naturaleza o al mundo de la gracia. Consiste esta razón en recordar que si Dios, que conoce con una mirada directa los menores seres del universo, ha querido sin embargo regirlos por una cadena de intermediarios creados, lo ha hecho porque en lugar de mover a sus criaturas como títe-

---

(2) *Profession de foi du vicaire savoyard.*



res, ha querido comunicarles no sólo el ser sino incluso la dignidad de causa (3), dirigir las cosas inferiores por las cosas medias, las medias por las superiores, a los niños por sus padres, las familias por las sociedades, a los discípulos por los maestros. «Todo es vuestro, dice San Pablo; pero vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios» (*I Cor.*, III, 22-23). Santa Catalina de Sena pone en boca de Dios estas palabras: «En mi poder estaba el dotar a los hombres de cuanto les era necesario para el cuerpo y para el alma; pero he querido sin embargo que necesitasen unos de otros y que fuesen mis ministros en la distribución de las gracias y de las liberalidades que de Mí han recibido» (4).

Existe sin embargo una razón precisa e inmediata que justifica la existencia de la jerarquía cristiana.

**La respuesta inmediata: dos acciones de Cristo, una a distancia, otra por contacto.**—Para comprender esta respuesta es menester tener en cuenta que Jesús podía, a lo largo de su vida temporal, obrar de dos maneras: a *distancia* y por *contacto sensible*.

Ya lo vemos en las curaciones corporales. Jesús puede realizarlas a *distancia*: así lo hace con el hijo del funcionario real (*Jo.*, IV, 46-54), con el servidor del centurión (*Mt.*, VIII, 5-13), con la hija de la cananea (*Mc.*, VII, 24-30), con los diez leprosos (*Lc.*, XVII, 11-19). Pero la mayoría de las veces Jesús obra sus curaciones corporales por un *contacto sensible*, más directo: toca a un leproso en Galilea (*Mc.*, I, 41); en Betsaida escupe en los ojos de un ciego y le impone dos veces las manos (*Mc.*, VIII, 23-25); en Cafarnaúm toca los ojos de dos ciegos (*Mt.*, IX, 29); lo mismo hace en Jericó (*Mt.*, XX, 34); permite que la hemorroisa toque el borde de su vestido (*Lc.*, VIII, 44); toca el féretro en el que es conducido el joven muerto (*Lc.*, VII, 14); toma la mano de la hija de Jairo (*Lc.*, VIII, 54); hace correr a un lado la piedra que cierra el sepulcro de Lázaro (*Jo.*, XI, 39), etc. ¿Y cómo olvidar que Jesús pone un sumo interés en insistir a veces en la utilidad de este contacto sensible, por ejemplo cuando mete sus dedos en las orejas del sordomudo y moja

(3) Cfr. S. THOMAS, I, q. 103, a. 6.

(4) *Libro della divina dottrina*, Bari, 1912, p. 15.

con saliva su lengua (*Mc.*, VII, 33); o en hacer pasar su poder milagroso por medio de pobres instrumentos materiales totalmente desproporcionados con el efecto de la curación conseguida, como por ejemplo cuando unta de barro los ojos del ciego de Siloé (*Jo.*, IX, 6), o en extender el campo de su poder por la palabra, como por ejemplo cuando manda al paralítico que se levante (*Mc.*, II, 11), o a Lázaro que salga del sepulcro? (*Jo.*, XI, 43) ¿Por qué, finalmente, ha querido prolongar una ausencia sin la que no hubiera muerto Lázaro (*Jo.*, 21 y 32), sino para dejarnos entrever la eficacia privilegiada de su presencia corporal?

Ahora bien, ¿qué son las curaciones corporales más que símbolo, ante todo, de las espirituales? No bien se muestra Jesús brotan de su corazón, para iluminar a lo lejos al mundo, los rayos de su gracia: a *distancia* conoce a Natanael bajo la higuera (*Jo.*, I, 48-50) y, más allá aún, a todos los verdaderos adoradores en espíritu y verdad (*Jo.*, IV, 23), a todas las ovejas que no son de su aprisco (*Jo.*, X, 16). Y sin embargo obra maravillosamente sobre los que se *hallan junto a El*; los libra del demonio y los purifica de sus pecados por una palabra (*Mc.*, I, 25; II, 5; V, 8); (*Jo.*, VIII, 11); los refresca (*Jo.*, VII, 37); los reconforta (*Mt.*, XI, 28); los absuelve (*Lc.*, VII, 47-48); los mueve al arrepentimiento (*Lc.*, XXII, 61-62); hace que arda su corazón (*Lc.*, XXIV, 32); llena sus deseos (*Jo.*, XIII, 23).

Así, pues, a todo lo largo de su vida mortal, obra Jesús de dos maneras: envía sus gracias a Oriente y Occidente, *acción a distancia*, pero las comunica de manera plena a aquellos a quienes puede tocar, allí donde nace la Iglesia en acto perfecto, *acción por contacto*. Acción ésta privilegiada.

**Preeminencia de la acción por contacto.**—Esta preeminencia se funda en el hecho de que nuestra naturaleza, en este mundo y mientras esté herida, tiene necesidad de un choque sensible para despertar de manera connatural a la vida de la gracia. Y de ahí que Cristo, cuando ha querido comunicarnos los favores mayores, haya obrado en nosotros de una manera sensible.

En primer lugar, a través de sus apariencias naturales, cuando ha morado en medio de nosotros. Aquí hay que citar las palabras de Jesús a Angela de Foligno: «No ha sido mi



amor un amor de comedia; no te he servido con fingimiento; no te he tocado de lejos» (5).

Y después a través de las apariencias tomadas de la Jerarquía.

**La acción de contacto que prosigue con la Jerarquía.**—Pero ahora que ha subido Jesús al cielo, ¿será la acción a distancia la única posible? ¿Habrá terminado con su Ascensión la acción por contacto, con todas las gracias de que dicha acción era portadora? No; ya que antes de abandonarnos ha querido que hubiera en medio de nosotros, y esto siempre, hombres revestidos de poderes divinos, por medio de los cuales pudiera llegar hasta nosotros y seguir influyendo en nosotros de la manera más adaptada a nuestra naturaleza, por medio de un contacto directo, la acción que ejerce El desde lo alto del cielo. Tales son los poderes jerárquicos: lejos de suprimir la acción de Cristo, se subordinan a ella para encauzarla en cierto modo a través del tiempo y del espacio.

**La jerarquía evacuada al cielo.**—La jerarquía ha sido instituida para prolongar el contacto sensible por el que ha querido Cristo tocar nuestras heridas para curarlas. De ahí que presenten constantemente los Padres y Doctores su mediación como un remedio de nuestros pecados. No hubiera tenido razón alguna de ser en el estado de justicia original (6). Y menos aún la tendrá en el estado de naturaleza glorificada: todas nuestras debilidades desaparecerán entonces. Debido a esto, la acción de Cristo a distancia igualará su acción por contacto, podrá penetrar en nosotros con la misma facilidad, con la misma connaturalidad. Entonces no tendrá finalidad alguna la jerarquía visible. «Cuando llegue la plenitud cesará el uso de los Sacramentos, ya que los bienaventurados no tienen en la gloria celestial necesidad alguna del remedio sacramental; en efecto, se gozan sin fin en la presencia de Dios, contemplando su gloria cara a cara; y transformados de claridad en claridad en el abismo de la divini-

---

(5) *Le livre de la Bse Angèle de Foligno*, texto latino, 1925, p. 132.

(6) S. THOMAS, III, q. 61, a. 2.

dad, gustan del Verbo de Dios hecho carne, tal cual era en el comienzo y lo será por toda la eternidad» (7).

**Dos clases de poderes jerárquicos.**—Los poderes jerárquicos son esencialmente ministeriales, es decir, poderes de transmisión. Si no viniera en cada momento a tocarlos para animarlos el poder del Espíritu Santo y del Cristo sacerdote y rey, quedarían sin efecto.

Comprenden dos clases de poderes: los poderes de orden que nos transmiten la gracia; los poderes de jurisdicción que nos transmiten la verdad.

## II. EL PODER DE ORDEN

Hablaremos del poder cultural común a todos los miembros de la Iglesia (I); del poder de orden (II); del papel que este poder de orden desempeña en la Iglesia (III).

### 1. EL PODER CULTURAL COMÚN A TODOS LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA.

El poder de orden no es más que la más perfecta realización, reservada a la Jerarquía, de un poder más general, sumamente misterioso, del poder *cultural*, llamado asimismo poder *sacramental*, cuyas dos realizaciones inferiores, conferidas la una por el Bautismo y por la Confirmación la otra, van a extenderse a todos los fieles y dejar de esta manera su impronta en toda la Iglesia.

**Sacerdocio supremo de Cristo y sacerdocio ministerial de los cristianos.**—El poder cultural es una derivación, en la Iglesia, del sacerdocio de Cristo. En efecto, Cristo es Sacerdote. Su poder sacerdotal, misterioso e invisible en sí, lo ha manifestado al exterior cuando, al instaurar el culto de la Ley Nueva sobre las ruinas del de la Ley Antigua, ha dado a su muerte en la Cruz el carácter de una ofrenda *sacrificial* definitiva, de una liturgia suprema, en la que habrían de par-

---

(7) *Imitación de Cristo*, I. IV, cap. 2.



ticipar todos los fieles de las edades venideras, y cuyos más bellos frutos de gracia serían derramados en el mundo y conducidos hasta cada fiel por los canales del Bautismo, de la Eucaristía, de los demás sacramentos.

Existirán por consiguiente a todo lo largo de la historia hombres incorporados a Cristo sacerdote, hombres que participen de la unción espiritual de su soberano sacerdocio, arrastrados en el surco de su divina liturgia. La acción mediadora cultural de la Cabeza podrá transmitirse y difundirse por todo el Cuerpo. En efecto, perfecta dicha acción por parte del Salvador, no ha sido aún acabada por parte de quienes, siendo sus miembros, deben seguir trabajando a lo largo de los años por El, con El y en El en la redención del mundo. Es una acción que ha entrado en el tiempo, para hallarse de manera real y constante presente en él, no para ser arrancada del tiempo de manera que no quedara para los hombres más que un recuerdo, aun cuando fuera el más divino de los recuerdos. He ahí el misterio del sacerdocio primordial de la Cabeza, sacerdocio que suscita el sacerdocio puramente ministerial y secundario de los miembros, y del Cuerpo que es la Iglesia. La Iglesia no existirá plenamente más que allí donde, a través del culto cristiano, siga ejerciéndose el sacerdocio de Cristo.

**El culto cristiano.**—Los actos cultuales de una Iglesia que ha quedado consagrada para proseguir de una manera válida, en el mundo, el culto inaugurado por Cristo sacerdote, quedan dispuestos en tres círculos concéntricos: en el centro el sacrificio redentor, vienen a continuación los sacramentos, y finalmente los oficios y oraciones públicas.

Ante todo, la Iglesia repite el sacrificio incruento de la Cena, que posee la virtud de encauzar hasta nosotros el *único sacrificio sangriento*: «Haced esto en recuerdo de mí» (*Lc.*, XXII, 19). ¿No es por ventura el cáliz de bendición que bendecimos nosotros una participación de la sangre de Cristo? ¿Y el pan que rompemos una participación del cuerpo de Cristo? (*I Cor.*, X, 16). «Cuántas veces coméis este pan o bebéis este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que venga» (*I Cor.*, XI, 26).

A continuación provee a la dispensación y recepción válida de los *sacramentos*: «Quien crea y sea bautizado se salvará» (*Mc.*, XVI, 16). «Id, pues, enseñad a todas las naciones

*bautizándolas* en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.....» (*Mt.*, XXVIII, 19). A los samaritanos que habían sido ya bautizados en el nombre del Señor Jesús, Pedro y Juan les *imponen las manos* para que reciban el Espíritu Santo (*Act.*, VIII, 15-17). Y Pablo impone las manos a Timoteo (*II Tim.*, I, 6).

Finalmente instituye *oraciones* públicas, sacramentales, oficios litúrgicos: «Donde se hallen dos o tres reunidos en mi nombre, me hallaré yo en medio de ellos» (*Mt.*, XVIII 20). «Con un mismo espíritu perseveraban todos en la oración con las mujeres, y con María la Madre de Jesús y con sus hermanos» (*Act.*, I, 14).

**El culto cristiano es mesiánico y escatológico.**—El culto cristiano, debido a la presencia personal de Cristo que obra en sus miembros para perpetuar dicho culto, es idéntico a través de todas las épocas. «Siempre sigue siendo el mismo, siempre consiste en otorgar una especie de perennidad a las acciones de Jesús. Siempre siguen levantándose la cruz en la Misa; en el Bautismo siguen realizándose de continuo la muerte y resurrección del Salvador; en la Confesión corre de continuo la sangre del Redentor; en una palabra, es El quien por medio de sus sacerdotes confiere los Sacramentos. Es la vida de Cristo la que constituye el fondo de año litúrgico. Adviento, Navidad, Cuaresma, Pascua, historia son de Cristo, historia que se realiza en el pueblo cristiano» (8).

Al mismo tiempo que perpetúa la visita del Salvador doliente, anuncia el culto cristiano la parusía del Cristo glorioso. Es un culto cargado de recuerdos, pero de recuerdos que constituyen otras tantas promesas. Si nos recuerda el pasado, lo hace para adelantar el futuro: «No beberé más de este fruto de la vid hasta el día en que lo beba con vosotros, nuevo, en el reino de mi Padre» (*Mt.*, XXVI, 29). Y San Pablo escribirá: «Cuántas veces comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga» (*I Cor.*, XI, 26).

El culto cristiano ha de llevar este doble sello de la cruz

---

(8) ÉMILE MERSCH, *La théologie du corps mystique*. París, 1944, t. II, p. 239.



de Cristo y de la gloria de Cristo: es decir, ha de ser a un tiempo mesiánico y escatológico.

**El ejercicio válido del culto cristiano supone un poder cultural conferido por consagración.**—Es preciso de una u otra manera que, si desean salvarse, se unan todos los hombres a la divina liturgia de la redención. Cuantos han sido alcanzados en el secreto de su corazón por la gracia redentora, participan del sacerdocio de Cristo, por más que lo ignoren o nieguen invenciblemente, en cuanto que la gracia es el fruto supremo de su sacerdocio.

Pero cuando se trata de participar no sólo del *efecto* o del fruto, sino del *ejercicio* de este sacerdocio, entonces se requiere una nueva espiritualización, un poder distinto. Un uso tradicional, inmemorial, constante, cuyas raíces aparecen en la misma Escritura, nos manifiesta que no todos los creyentes, por más santos que sean, pueden pronunciar indiferentemente, de manera válida, sobre el pan y el vino, las palabras eucarísticas, ni imponer las manos a los bautizados; asimismo no todos pueden ser admitidos a la Eucaristía o a los demás sacramentos: «Que nadie se acerque a comer o beber de vuestra Eucaristía más que los que han sido bautizados en el nombre del Señor», se escribe por ejemplo en la *Didaché* (IX, 5).

Los actos esenciales del culto cristiano presuponen en quien los ejerce un poder sin el cual serían aquéllos ineficaces e inválidos. Poder que se obtiene por la recepción efectiva de determinados sacramentos, y que por eso es llamado poder sacramental, carácter sacramental. Consiste en una *consagración*.

**El poder cultural de los bautizados y de los confirmados.**—Si todos los sacramentos santifican en el sentido, primero y principal, de que confieren la gracia, tres sacramentos, el bautismo, la confirmación y el orden santifican además en el sentido de que confieren un poder cultural o sacramental, una consagración (9).

---

(9) El matrimonio y la extremaunción confieren también una especie de consagración, que no dura, sin embargo, más que para una determinada

El bautismo imprime en el alma la primera de las consagraciones cristianas. Si, como lo declara San Pablo, el bautizado queda incorporado a Cristo de tal manera que se convierte en «un solo ser» con El (*Rom.*, VI, 1-11), sucede esto en primer lugar sin duda alguna porque por el Bautismo muere el cristiano al pecado y nace a la vida sobrenatural de la gracia. Pero también sucede esto por el poder cultural que le es conferido en el Bautismo. En efecto, el bautizado tiene el poder de *cooperar litúrgicamente al sacrificio de la Misa*; puede ser en él no sólo un espectador que asiste, sino un actor que participa en dicho sacrificio: pruebas de ello podríamos encontrar en la forma colectiva de las oraciones del Canon o incluso en la antigua costumbre de hacer salir a los catecúmenos antes del Ofertorio. Además, el bautizado puede *recibir válidamente los demás sacramentos* cristianos que constituirán otros tantos canales de la gracia; e incluso, en el sacramento del Matrimonio, obrará él mismo *como ministro* e instrumento de la gracia.

Una segunda consagración cristiana perfecciona y da el último toque a la consagración bautismal. Es la consagración que se nos da en la Confirmación. Por ella se prepara el cristiano más inmediatamente a la recepción válida de los demás sacramentos. Ella nos permite proseguir dando en el mundo, y en nombre de toda la Iglesia, el testimonio público, exterior, litúrgico, que ha venido Cristo a dar de la Verdad (*Jo.*, XVIII, 37), testimonio que, supuesta la venida del Espíritu, no logrará extinguirse jamás.

Finalmente, la tercera consagración es la del poder de orden; consagración que pertenece ya a los poderes jerárquicos.

**Distinción entre los caracteres sacramentales y las gracias sacramentales.**—Estas consagraciones, sin las cuales quedaría interrumpido el culto cristiano —y privados por consiguiente los hombres de las más preciosas gracias, de las gracias más aptas para conformarlas con Cristo—, son en sí mismas algo distinto de la gracia sacramental. Esta puede

---

situación: son sacramentos que consagran a los cristianos para las tareas del Matrimonio y para los combates de la agonía. De ahí que no puedan ser reiterados mientras viven los esposos y durante el mismo peligro de muerte.



perderse, al paso que aquéllas son inadmisibles, razón por la cual los sacramentos que confieren el carácter sacramental no pueden recibirse de nuevo. La gracia transforma y perfecciona al hombre inmediatamente en la línea de la santidad moral y de la vida eterna; los poderes o caracteres sacramentales en cambio perfeccionan al hombre inmediatamente para el ejercicio válido del culto cristiano. Ejercicio éste que podrá ser válido aun cuando los ministros sean pecadores.

**Consagración cultural y santidad moral.**—En el mundo pagano la noción de consagración irá sustituyendo poco a poco a la noción de santidad moral, y tratará de suplantarla.

Y por un error contrario, el Protestantismo tiende a eliminar la noción de consagración o de poder sacramental para sustituirlo por el de santidad moral.

La doctrina tradicional, viva en las Iglesias ortodoxas y en la Iglesia católica, reconoce que tanto el orden de la santidad moral como el de la consagración cultural son, aunque a título diferente, esenciales al Cristianismo, que muy lejos de oponer el uno al otro, concilia divinamente en sí las nociones de culto y de moral, de validez y gracia, de consagración y santidad.

**El sacerdocio de los fieles.**—Semejante al perfume que baja de la barba de Aarón hasta los bordes de su vestido, el sacerdocio de Cristo se esparce en grados diferentes en toda la Iglesia, en los clérigos y en los seglares.

Ya, aunque *en sentido impropio*, todas las almas que se hallan en gracia, participan del sacerdocio de Cristo, puesto que la gracia es el fruto del sacerdocio de Cristo.

Pero las almas que por la consagración del Bautismo, y por la de la Confirmación, han sido consagradas al culto cristiano, participan *en un sentido propio* del sacerdocio de Cristo, aunque de manera no jerárquica. Pueden no tan sólo por el primer título, sino incluso por el segundo, cantar la alabanza de Jesús: «Nos ama y nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre, y ha hecho de nosotros reyes y sacerdotes para Dios, su Padre» (*Apoc.*, I, 5-6). Y pueden oír la revelación del príncipe de los Apóstoles: «En cuanto a vosotros, sois raza escogida, sacerdocio real, nación santa, pueblo de adquisición, para anunciar las alabanzas de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz» (*I Petr.*,

II, 9). Dichas almas tienen el poder de intervenir en la gran liturgia redentora instaurada por Cristo al frente de la Alianza definitiva y perpetuada por ministerio de las sucesivas generaciones.

Cuando la Escritura dice que los bautizados han quedado «marcados con el sello del Espíritu Santo» (*Eph.*, I, 13; IV, 30), que todo el Cuerpo de Cristo está «trabado y unido por todos los *ligamentos* que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, cooperando de esta manera al crecimiento y a su perfeccionamiento en la *caridad*» (*Eph.*, IV, 16), nos quiere con ello indicar, aparte de la sigilación de la gracia, gracia que prepara a la vida del cielo, la sigilación de los poderes culturales, que nos permiten cumplir aquí abajo los actos del culto de la Iglesia militante.

## 2. EL PODER DE ORDEN.

**La naturaleza del poder de orden.**—Además de los poderes otorgados por el bautismo y la confirmación, existe un tercer poder que brota del poder de orden, poder que no es dado a todos. Es por una parte el poder de consagrar el Cuerpo y la Sangre del Señor; y de preparar por otra parte a los fieles para que lo reciban, administrándoles los demás sacramentos, y muy en especial el de la Penitencia, a fin de que jamás se extinga en el mundo el sacerdocio de Cristo crucificado. Este poder puede ser ejercido válidamente incluso por indignos. Mora en el alma, a manera de un sello espiritual indeleble, de manera que el hombre que ha llegado un día a ser sacerdote no puede ya jamás dejar de serlo, ni repetirse el sacramento que confiere este poder. He ahí lo esencial de la doctrina del Concilio de Trento sobre la naturaleza del poder de orden (10). Con él comienza la Jerarquía.

**Sus fundamentos escriturísticos.**—Los grandes rasgos de esta doctrina aparecen ya en la Sagrada Escritura. Esta nos muestra a Cristo que confiere a sus Apóstoles poderes reservados. Les da el mandato de consagrar el pan y el vino en

---

(10) Concilio de Trento, Sesión VII, can. 9, 10, 12; Sesión XIV, can. 10; Sesión XXII, cap. 1; Sesión XXIII, can. 1 y ss.



su Cuerpo y en su Sangre (*Lc.*, XXII, 19; *I Cor.*, XI, 24-25); de perdonar los pecados (*Jo.*, XX, 21-23); de bautizar a todos los pueblos hasta el fin de los tiempos (*Mc.*, XVI, 15; *Mt.*, fin). Verdad es que toda persona puede ser ministro extraordinario del Bautismo, pero la misma doctrina tradicional que nos enseña esta verdad, nos enseña asimismo que el Bautismo tiene por ministros ordinarios a quienes han sido ordenados. El diácono Felipe bautiza a los Samaritanos, pero no puede imponerles las manos para hacer bajar sobre ellos el Espíritu Santo: es éste un poder reservado a los apóstoles que enviarán a Pedro y Juan a Samaria (*Act.*, VIII, 13-17). En Efeso será San Pablo quien impondrá las manos a los neófitos para darles el Espíritu Santo (*Act.*, XIX, 6). Santiago ordena a los enfermos que hagan venir a los presbíteros de la Iglesia para recibir de sus manos la unción del óleo en el nombre del Señor (*Jac.*, V, 14).

Finalmente la Escritura nos habla de la transmisión y de la permanencia del poder de orden. «No descuides la gracia que posees, que te fue conferida en medio de buenos augurios, con la imposición de manos de los presbíteros», escribe San Pablo a Timoteo (*I Tim.*, IV, 14). La profecía ha designado a Timoteo (cfr. *I Tim.*, I, 18), pero la imposición de manos pondrá en él un don que será permanente. De ahí la exhortación de San Pablo: «Te invito a que reavives el don que Dios ha colocado en ti por la imposición de mis manos» (*II Tim.*, I, 6). De ahí también el poder que tendrá Timoteo de imponer a su vez las manos, tras examen, a otros (*I Tim.*, V, 22). Lo mismo sucederá con Tito (*Tít.*, I, 5-9).

**Fundamentos patrísticos.**—Esta es la doctrina de la que se hace eco San Agustín. Pensaban algunos herejes que, si bien es verdad que subsiste en los apóstatas el poder recibido en el Bautismo, no sucede lo mismo con el poder de orden que permite el conferirlo de manera solemne. A lo que responde San Agustín que tanto uno como otro poder son inamovibles: «Uno y otro son sacramentos; lo mismo el uno que el otro son conferidos por consagración; el primero cuando se bautiza, el segundo cuando se ordena. De ahí que no puedan, en la Catholica, ser reiterados» (11). Así, pues, para

---

(11) *Contra epistolam Parmeniani*, lib. II, n.º 28.

San Agustín, el poder de orden es un carácter imborrable que subsiste y goza de plena eficacia incluso en los indignos. Con San Agustín la doctrina del carácter sacramental se ha convertido en patrimonio de la teología. Pero el gran doctor no ha introducido doctrinas nuevas. Entre la Escritura y él, toda una cadena de testimonios, que pasa por la *Didaché*, por San Clemente de Roma y San Ignacio de Antioquía, nos muestra la existencia de una jerarquía ordenada a la celebración del culto cristiano. Y cuando Tertuliano, que había en un principio reprochado con pleno derecho a los herejes el que transfirieran a los seglares el poder sacerdotal, no ya por una consagración sino por un «mandato», defiende a su vez que el poder de orden pertenece a todos los hombres y que los seglares pueden celebrar válidamente la Eucaristía y perdonar los pecados, él será quien enseñará algo nuevo (12).

**Divisiones y grados del poder de orden.**—El poder de orden es un poder múltiple que incluye tres grados: «Por institución divina, la sagrada jerarquía comprende en la línea del orden obispos, sacerdotes y ministros» (13).

Los apóstoles confían a los *diáconos*, en Jerusalén, el ministerio de las mesas (*Act.*, VI, 2-6). A estos mismos diáconos los vemos con Esteban predicando (*Act.*, VII), con Felipe bautizando (VIII, 12). Se muestran llenos de actividad en las iglesias de los Gentiles en Filipos (*Philip.*, I, 1) y en Efeso (*I Tim.*, III, 8-10). Los apóstoles parecen haberlos instituido por imposición de manos (14). En nuestros días, la ordenación de los diáconos tiene lugar por la imposición de manos del Obispo y las palabras: «Derramad sobre él, te suplicamos Señor, el Espíritu Santo; que lo fortifique con los siete dones de tu gracia, y le conceda el cumplir con fidelidad la obra de tu ministerio» (15).

Los *sacerdotes* tienen poder sobre el *mismo cuerpo* de Cristo, es decir, el poder de consagrar la Sagrada Eucaristía. Esta

---

(12) Cfr. PIERRE BATTIFOL, *L'Église naissante et le catholicisme*. Ed. española, Desclée de Brouwer, 1950. Buenos Aires, pp. 209-210.

(13) *Código de Derecho Canónico*, can. 108, § 3.

(14) Cayetano, Opúsculo *De modo tradendi seu suscipiendi sacros ordines*.

(15) Pío XII, *Constitución Apostólica* del 30 de noviembre de 1947.



es su función suprema. Si, en el momento de la consagración, no dice el sacerdote: esto es el cuerpo de Jesús, ésta es la sangre de Jesús, sino en nombre de Jesús: «Esto es mi cuerpo, ésta es mi sangre», lo hace sin duda alguna para confesar que, en este instante supremo y tremendo, su mediación personal no es más que un mero instrumento, que desaparece completamente ante Cristo. Así, pues, la suprema función del sacerdote como tal consiste en desaparecer ante ese Cristo que ofrece al Padre y que entrega al mundo. La función secundaria de los sacerdotes se referirá no ya al cuerpo real de Cristo, sino a su Cuerpo *místico*; consistirá en llevar al pueblo de Dios hasta la Eucaristía. Con este fin les será concedido el poder de purificar las almas, ora del pecado por el sacramento de la Penitencia (*Jo.*, XX, 21-23), ora de los restos del pecado por el sacramento de la Extremaunción (*Jac.*, V, 15). Son ministros ordinarios del Bautismo y pueden ser ministros extraordinarios de la Confirmación (e incluso de la ordenación sacerdotal) por una concesión especial del Soberano Pontífice. En nuestros días la ordenación de los sacerdotes tiene lugar por la primera imposición de manos del Obispo hecha en silencio (no por la continuación de esta imposición en la que se extiende la mano derecha) y por las siguientes palabras del prefacio: «Conceded, te suplicamos, Padre todopoderoso, a vuestro servidor, aquí presente, la dignidad del sacerdocio; renovad en su corazón el espíritu de santidad, a fin de que cumpla las obligaciones del segundo grado jerárquico (el primero lo constituye el episcopado) que Vos le confiáis, y que el ejemplo de su vida corrija las costumbres» (16).

Los Obispos reciben la *plenitud del sacerdocio*. Verdad es que en lo que se refiere a la consagración de la Eucaristía, no es superior el Obispo al simple sacerdote. Pero es ministro ordinario de la Confirmación y del Orden: lo cual quiere decir que aun cuando sea cismático, un Obispo puede conferir válidamente estos dos sacramentos. Si puede aplicarse al Orden sacerdotal lo que se dice de los seres vivos, es decir, que no alcanzan su perfección más que cuando se hallan capacitados para reproducir otros seres vivos, se sigue

---

(16) *Ibid.*

como consecuencia que en el Obispo reside la plenitud del sacerdocio. Por medio del Obispo va transmitiéndose de siglo en siglo, desde los Apóstoles, por una sucesión ininterrumpida llamada sucesión apostólica, el poder que asegura la continuidad del sacrificio de la cruz y la dispensación de los sacramentos de la Nueva Ley. En nuestros días la ordenación del Obispo tiene lugar por la imposición de manos del Obispo consagrante y las palabras siguientes del Prefacio: «Dad a vuestro sacerdote la plenitud de vuestro ministerio, y santificad con el rocío de la unción celestial a quien habéis adornado con los ornamentos del honor supremo».

### 3. PAPEL QUE DESEMPEÑA EL PODER DE ORDEN EN LA IGLESIA.

**Es Jesús en persona quien a través de sus ministros bautiza o consagra.**—Jesús es sacerdote en un sentido que ningún otro logrará. Aquellos a quienes designamos hoy con este nombre no son más que los canales de su irremplazable sacerdocio, los dispensadores de su redención, el lugar de paso por el que ha querido El bajar a su pueblo. El poder de orden es una cualidad permanente que no es en manera alguna activa por sí sola, sino que, a la manera de un instrumento, ha de recibir de Cristo la virtud que la aplicará para que pueda producir su efecto. Es el poder divino quien hace uso del poder de orden. No es, como lo entienden los protestantes, desde los liberales hasta Karl Barth, y con ellos todos cuantos ven en los sacramentos una obra de magia, o en la Encarnación algo pagano, no es el poder de orden el que «utiliza» o «se somete» la Omnipotencia divina. Los sacerdotes son en manos de Cristo que obra desde lo alto de los cielos, algo así como lo que sería en la mano del escritor la pluma cargada de tinta, dispuesta a ser usada, y que en cierta manera está pidiendo que haga libre uso de ella el escritor. El poder de orden es, respecto del poder sacerdotal de Cristo, un poder *puramente instrumental*. No pasa a través de él al mundo la pobreza del ministro, sino la riqueza de Cristo. Y aun cuando fuera indigno el ministro, aun cuando se viera invadida por el mal la Jerarquía, aun cuando dispensara Judas el don de Cristo, este don seguiría distribuyéndose. Siempre encontrará corazones abiertos que lo



reciban, tierra fértil y fecunda en la que pueda introducir sus raíces.

**Las grandezas de la Jerarquía al servicio de las grandezas de la santidad.**—Lo que ante todo cuenta es la permanencia en el corazón de la Iglesia de ese sacrificio único del que depende la salvación del mundo. Lo que importa es que no deje de ser ofrecido a los necesitados el Pan sin el cual no tendrán vida, el Pan sin el cual no puede el cristiano vivir por Cristo como Cristo vive por el Padre. Esta es la razón de que haya sido entregado a la Iglesia el poder de orden. Y si este poder ha sido reservado a unos cuantos, se debe ello a que es un servicio y a que la suprema razón de su existencia es la de distribuir al mundo las riquezas mucho más valiosas de la vida divina. Frente a las riquezas del sacrificio de la Misa y de los sacramentos de la Nueva Ley no hay entre los cristianos más desigualdad que la de su deseo y de su amor, de su hambre y de su sed. Lo que importa no es el grado jerárquico, es el grado de pobreza, de humildad, de abnegación, de sufrimiento, de magnanimidad. No refresco a Moisés el poder de golpear la roca en el desierto de Sin, sino el agua que brotó en abundancia, y de la que pudo beber en abundancia con el pueblo. De manera semejante no podría por sí solo santificar a quienes se hallan constituidos en la Jerarquía el poder de orden, sino la gracia que brota de este poder, gracia que pueden los tales recibir en las mismas condiciones que el resto del pueblo cristiano. El poder de orden y el poder de jurisdicción se refieren a las grandezas de la jerarquía, pero se hallan al servicio de las grandezas de la santidad.

### *III. EL PODER PASTORAL DE JURISDICCION*

Hablaremos de los privilegios concedidos a los Apóstoles para el tiempo de formación de la Iglesia (I); del poder jurisdiccional otorgado a Pedro para centrar la Iglesia y para conservarla (II); del poder jurisdiccional subordinado que transmiten los Apóstoles a sus sucesores (III); del Papa, depositario de la jurisdicción soberana sobre la Iglesia universal (IV); de las diversas instancias del poder jurisdiccional y de los diversos grados de su asistencia (V).

# 1. LOS PRIVILEGIOS DE LOS APÓSTOLES EN CUANTO FUNDADORES DE LA IGLESIA.

**La Iglesia fundada en primer lugar por Cristo, y secundariamente por los Apóstoles.**—Jesús, que se ha entregado por su Iglesia, ha querido moldearla con sus manos. El mismo es «su piedra angular» (*Mt.*, XXI, 42; *Act.*, IV, 11), su base fundamental: «Y nadie puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, es decir, Cristo Jesús» (*I Cor.*, III, 11). El mismo le ha dado los sacramentos que la vivifican, y ha querido establecer personalmente la estructura fundamental y duradera, según la cual podrá la Iglesia regir por El y dirigir hacia El a los hombres.

Pero era menester que esta Iglesia, cuyos elementos esenciales son obra directa de Cristo, fuera algo así como lanzada al mundo, que recibiera un primer impulso, un primer empuje que la llevara hasta el fin de los tiempos. Jesús ha querido que este impulso pasara por la Iglesia, que le fuera transmitido por sus primeros jefes. Una vez que haya abandonado el mundo, les enviará su Espíritu y hará de ellos sus asociados para de esta manera acabar de formar y «plantar» la Iglesia. San Pablo escribe a los fieles de Efeso: «Os halláis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús» (II, 20). Y en el Apocalipsis, el apóstol San Juan verá la Jerusalén eterna que descansa «sobre doce hiladas, cada una de las cuales llevaba el nombre de uno de los doce Apóstoles del Cordero» (XXI, 14). Los Apóstoles comunicarán a la Iglesia esa impronta que conservará hasta el fin de los siglos. Esta es la razón de sus privilegios apostólicos, de sus poderes jurisdiccionales extraordinarios y excepcionales. Ellos han recibido el poder de orden directamente de Cristo el Jueves Santo (*Lc.*, XXII, 19). ¿Cuáles son, por lo que a la jurisdicción se refiere, sus poderes apostólicos privilegiados?

**Los Apóstoles, testigos oculares de la vida y de la resurrección de Jesús.**—Cuando Pedro decide reemplazar en el Colegio de los Doce al Apóstol traidor, declara: «Ahora, pues, conviene que de todos los varones que nos han acompañado todo el tiempo en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que fue tomado



de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros de su resurrección» (*Act.*, I, 21-22). Los Apóstoles han hecho conocer el poder y la venida de Cristo «como testigos oculares de su majestad» (*II Petr.*, I, 16). Y San Juan escribirá: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocando al Verbo de vida —porque la vida se ha manifestado y nosotros hemos visto y testificamos y os anunciamos la vida eterna, que estaba en el Padre y se nos manifestó—; lo que hemos visto y oído os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (*I Jo.*, I, 1-3). De esta manera los Apóstoles nos unen directamente con ese Cristo al que han tocado, con el cual han vivido, y por el cual arden en un ardor que vendrá a sellar el martirio: Al mismo tiempo que príncipes de la jerarquía serán príncipes de la caridad.

**Los Apóstoles promulgan determinados sacramentos.**— Sólo Dios, Autor de la gracia, tiene el poder primordial de instituir los sacramentos, canales de la gracia (poder de autoridad). Cristo, como hombre y Cabeza de la Iglesia, tiene un poder derivado para instituirlos (poder de excelencia). Y Cristo no comunica este poder a los Apóstoles, sino que instituye personalmente todos los sacramentos.

Además, *promulga* los que ofrecerán una dificultad mayor en ser creídos: el Bautismo, la Eucaristía, el Orden, la Penitencia. Llega incluso a anunciar de antemano el Bautismo a Nicodemo (*Jo.*, III, 1 y ss.), y la Eucaristía a los judíos en Cafarnaúm (*Jo.*, VI).

Pero deja a los Apóstoles que *promulguen*, es decir, que notifiquen, que hagan obligatorios *los demás sacramentos*. Así, por lo que se refiere a la Confirmación, no nos ha sido dada a conocer plenamente más que por los Hechos de los Apóstoles (VIII, 17; XIX, 6); la Extremaunción por la Epístola de Santiago (V, 14); la dignidad del Matrimonio por la de San Pablo a los fieles de Efeso (V, 21 y ss.).

**Tienen un conocimiento profético excepcional de la sustancia de la Revelación cristiana.**— Jesús les había prometido el Espíritu que en el día de Pentecostés les había de «conducir a toda la verdad» (*Jo.*, XVI, 13). San Pablo escribe a

los cristianos de Efeso: «Por la lectura de lo que os escribo podéis conocer mi inteligencia del misterio de Cristo. Misterio éste que no fue dado a conocer a las generaciones pasadas, a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles y profetas por el Espíritu..... A mí, el menor de todos los santos, me fue otorgada esta gracia de anunciar a los Gentiles la incalculable riqueza de Cristo y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, Creador de todas las cosas.....» (III, 4-9). De ahí que hayan podido recibir los Apóstoles el encargo de manifestar al mundo verdades nuevas, verdades que lejos de chocar con la fe anterior y de contradecirla, venían a explicarlas y a darles una luz más profunda, verdades por otra parte que hasta entonces habían quedado en silencio.

Formados por Cristo, instruidos por el Espíritu, han tenido por vía de revelación (*apocalipsis*), en su cualidad de maestros de la doctrina evangélica y de fundamentos de la Iglesia, un conocimiento excepcional, supremo, del misterio de Cristo, que no solamente asumía en una intuición superior el sentido explícito que se podría comprender inmediatamente, del depósito entregado por ellos a la Iglesia, sino que incluso superaba en profundidad cuanto la Iglesia, asistida por el Espíritu, había de poder descubrir a lo largo de los siglos, haciendo explícito y desarrollando este primer depósito. Con lo cual no queremos en manera alguna decir que llevarán los Apóstoles en su espíritu la promulgación explícita de todos los Dogmas que habían de ser promulgados a lo largo de los siglos, y que «ocultaban» sin embargo el conocimiento de dichos Dogmas a sus contemporáneos, sino que a la mirada de su fe ha aparecido todo el contenido revelado, en la riqueza sobreeminente de una iluminación profética indivisa, recibida por ellos de manera infusa, iluminación que no podían ellos transmitir cual la poseían, y que por consiguiente se veían obligados a traducir para el uso de los fieles por un esfuerzo de formulación vivo y progresivo, condicionado por otra parte por toda clase de circunstancias históricas. El conocimiento que del depósito tenían ellos era no enteramente explícito, pero sí inmediatamente explicitable. Supongamos, para hacer más claro nuestro pensamiento, que los Corintios, en lugar de haber dado ocasión a San Pablo para que les hablara del Matri-



monio o de la Cena, se hubieran visto obligados a preguntarle si la Madre de Dios había contraído el pecado original: este problema que planteará Julián de Eclana a San Agustín y que hará hesitar al doctor africano, no lo hubiera eludido el Apóstol; a la luz que desde lo alto iluminaba toda la economía de la salvación, hubiera podido afirmar a un tiempo la universalidad de la redención de Cristo y la santidad sin mancha de la que fue su Madre.

El futuro —recuérdense las concepciones del Apocalipsis sobre el destino de la Iglesia o de la Epístola a los Romanos sobre el futuro de los Judíos— les fue por lo mismo descubierto. Al menos por lo que respecta a la *sustancia* de los misterios de la fe. Lo cual no ocurría, sin embargo, por lo que se refería al detalle de los *sucesos contingentes*; se ven llenos de dudas, por ejemplo, en el momento de agregar a la Iglesia a los primeros paganos; ignoran la fecha en que tendrá lugar el fin del mundo.

Para salvaguardar la dignidad inigualable del conocimiento apostólico condena a la Iglesia el error que asegura «que la revelación, que constituye el objeto de la fe católica, no ha terminado con los Apóstoles» (17). Esta es, por otra parte, una de las primeras doctrinas que habrán de defender los Padres Apologetas. A finales del siglo segundo, a los gnósticos, que ya en aquel entonces acusaban a los Apóstoles de haber «mezclado con las palabras del Señor ideas legalistas», respondía San Ireneo que «no puede en manera alguna decirse que hayan predicado los Apóstoles sin tener un conocimiento perfecto de la economía de la salvación, como se atreven a afirmar algunos que quieren corregirles la plana. Cuando resucitó nuestro Señor de entre los muertos, cuando quedaron revestidos de la fuerza del Espíritu Santo que venía de lo alto, quedaron colmados de todos los dones y recibieron la perfección del conocimiento; y fue entonces cuando se dirigieron a todos los confines de la tierra esparciendo la Buena Nueva de todos los bienes que nos envía Dios y anunciando a los hombres la paz que del cielo nos llega. En efecto, todos, lo mismo que cada uno, poseían el Evangelio de Dios» (18).

---

(17) Decreto *Lamentabili*, prop. 21, 3 junio 1907: *Denz.*, n.º 2.021.

(18) *Adversus haereses*, lib. III, cap. 1, n.º 1.

**Se ven socorridos por la inspiración verbal o escriturística para enseñar el depósito que les ha sido confiado.**—Una asistencia milagrosa les permite dar al depósito revelado una *expresión oral o escrita* tan fiel que es preciso decir que ha hablado Dios por su boca: «Como si Dios os exhortase por medio de nosotros», podrá escribir San Pablo a los Corintios (*II Cor.*, V, 20); y en otro pasaje: «Os traigo a la memoria, hermanos, el Evangelio que os he predicado, que habéis recibido, en el que os mantenéis firmes, y por el cual sois salvos, si lo retenéis tal como yo os lo anuncié» (*I Cor.*, XV, 1-2). De donde se sigue que cuando tomen la pluma para anunciar la Buena Nueva, habrá que tener al mismo Dios en persona como autor responsable de sus escritos: «Ninguna profecía de la Escritura es de privada interpretación, porque la profecía no ha sido en los tiempos pasados proferida por humana voluntad, antes bien, movidos del Espíritu Santo, hablaron los hombres de Dios» (*II Petr.*, I, 20-21).

La asistencia milagrosa de la *inspiración*, reservada a los Apóstoles, y a quienes como Marcos y Lucas escribían bajo su dependencia, significa por consiguiente que el Espíritu Santo, «por su virtud sobrenatural, los ha movido a escribir, y los ha asistido mientras escribían de tal manera que les fuera posible captar con toda exactitud en su espíritu, querer reproducir con toda fidelidad y expresar con una verdad infalible cuanto El y sólo lo que El quisiere. De otra manera no podría ser El considerado como autor de toda la Sagrada Escritura» (19).

Nada puede hallarse por encima de la Palabra de Dios. En cierto sentido es ella una acción de Dios, del mismo Dios. Pero el misterio que se halla en ella oculto, misterio que no *aparecerá* totalmente más que en el cielo, y que es objeto de *fe* mientras aquí vivimos, es entregado a los hombres de muy diversa manera. Los Apóstoles reciben una comunicación eminente de dicha Palabra a manera de Revelación, y la inspiración les permite además formular algo de esa Palabra: su mensaje oral o escrito, mensaje que contendrá todo el depósito revelado, puede de esta manera ser llamado asimismo Palabra de Dios: es el Evangelio, la Buena Nueva,

---

(19) LEÓN XIII, Encíclica *Providentissimus*, 18 de noviembre de 1893.



la Tradición (*paradosis*) (20). Y en este sentido puede considerárseles como autores de esta palabra de Dios destinada a los hombres. Mientras viven ellos, la Iglesia que es por ellos «revelante» está por encima de la Escritura «revelada». Una vez ellos muertos, pierde la Iglesia este privilegio, y deja de estar por encima de la Escritura.

**Su poder extraordinario de organización y de gobierno.—**

Al mismo tiempo que maestros excepcionales de las cosas que hay que enseñar, son los Apóstoles maestros excepcionales de las cosas que hay que *emprender*. A ellos se les ha encomendado el encargo de llevar a cabo el designio de Cristo, de plantar la Iglesia, de organizarla, de gobernarla. La fundan en cuanto a su aparición en el tiempo, como se fundan casas que una vez edificadas seguirán subsistiendo. Su poder es de orden ejecutivo. Los Apóstoles emprenden misiones, establecen por doquier Iglesias locales, las incorporan a la Iglesia universal, les dan jefes legítimos. Y desde este punto de vista todos los Apóstoles son iguales: «Estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los profetas» (*Eph.*, II, 20). Pablo funda como sabio arquitecto la Iglesia de Corinto (*I Cor.*, III, 10); rehuye el predicar el Evangelio allí donde es ya conocido Cristo «para no construir de esta manera sobre el fundamento que han puesto otros» (*Rom.*, XV, 20); lleva consigo de continuo lap reocupación de las Iglesias (*II Cor.*, XI, 28).

---

(20) Tomamos aquí la expresión *Tradición* para designar todo el mensaje, oral y escrito, *transmitido* por los Apóstoles a la Iglesia (primer sentido). En un segundo sentido habrán de distinguirse la *Tradición* y la *Escritura*. ¿Habrá que decir en este caso que lo esencial de la Revelación se halla en parte en la Tradición y en parte en la Escritura (tesis de la *yuxtaposición*)? ¿O habrá que decir más bien que lo esencial del depósito revelado se halla enteramente en la Escritura, con tal que sea leída, como lo hacía la Iglesia primitiva, a la luz de la predicación de los Apóstoles, luz que puede manifestar su sentido auténtico más profundo (tesis de la *subordinación* del texto apostólico a la luz apostólica)? Nosotros preferiríamos esta segunda concepción. En un tercer sentido se llamará *tradición* a la transmisión hasta nosotros, por el magisterio divinamente asistido, del depósito, recibido de los Apóstoles por la Iglesia primitiva. Véase nuestra *Esquisse du développement du dogme marial*. París, 1954, 1.<sup>a</sup> parte.

**El don de los milagros.**—Finalmente, los Apóstoles, desconocidos a los pueblos a los que anunciaban una Iglesia sin pasado, Iglesia que constituía una locura para los Gentiles y un escándalo para los Judíos, tenía necesidad de señales con las que pudieran acreditar su misión.

Y es la más evidente de estas señales la señal a la que se refiere de continuo: la resurrección del Salvador. Es ella la que garantiza la verdad del discurso de Pedro en Jerusalén (*Act.*, II, 32), de Pablo en Antioquía de Pisidia (XIII, 30), en Atenas (XVII, 31), en Corinto (*I Cor.*, XV).

Pero a ellos mismos les fue concedido en nombre de Jesús de Nazaret el hacer oír en los milagros, según la expresión de San Agustín, «la elocuencia de Dios», el enderezar a los tullidos (*Act.*, III, 6), el curar a los enfermos, expulsar a los demonios (V, 16), hablar en diferentes lenguas (II, 6), coger serpientes con sus manos (XXVIII, 3). Todo esto se lo había prometido el mismo Jesús (*Mc.*, XVI, 17-20).

El poder de realizar milagros no se extinguirá en la Iglesia de Dios. Pero en aquel entonces fue otorgado este poder con toda profusión. Le sucede a la joven Iglesia, según lo hacen observar San Agustín y San Gregorio Magno, lo que a una planta tierna que necesita ser regada de continuo hasta que sus raíces hayan penetrado en el suelo.

**Intransmisibilidad de los privilegios apostólicos.**—Estos son los poderes extraordinarios, los privilegios estrictamente apostólicos que poseían los Apóstoles para fundar la Iglesia, para plantarla en el mundo. Estos privilegios desaparecerán con ellos. Son privilegios intransmisibles por esencia.

## 2. EL PRIVILEGIO JURISDICCIONAL TRANSAPOSTÓLICO DE PEDRO.

El apostolado es esencialmente el mismo en todos los Apóstoles: todos podían dar testimonio de la resurrección de Jesús, recibir la revelación de la verdad cristiana, escribir libros canónicos, y en lo que se refiere a su poder de ejecución, regir la Iglesia de Cristo. Pero aparte de estos privilegios, Pedro recibió un privilegio único, que desde el punto de vista del poder jurisdiccional lo pone de golpe por encima de los demás Apóstoles.



**Los tres grandes textos evangélicos.**—Vamos a citarlos según su orden cronológico.

En el gran texto de San Mateo, XVI, 13-20, Jesús responde a la confesión de Simón Pedro: «Y yo a mi vez te digo: Tú eres Pedro y sobre esta Piedra edificaré yo mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del Reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos» (18-19). Pedro es el fundamento sobre el que va a edificar Cristo, como un edificio, su Iglesia. Las puertas de Hades, es decir, los poderes de la muerte, o acaso más ciertamente los poderes del mal, no prevalecerán contra ella. El recibirá el poder de las llaves para abrir y cerrar el Reino.

Según San Lucas, XXII, 31-32, los Apóstoles se verán sometidos a una gran prueba; pero el Señor ora en favor de Pedro, y él recibirá la misión de confiar a sus hermanos: «Simón, Simón, Satanás os busca para ahecharos como trigo; pero yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe, y tú una vez convertido confirma a tus hermanos». Así, pues, tendrá que confirmar a los mismos Apóstoles.

El tercer texto, que se halla en San Juan, XXI, 15-17, es el de la aparición de Jesús en el lago de Tiberíades: «Luego que hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? El le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis corderos. Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo: Apacienta mis ovejuelas. Por tercera vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejuelas».

Y la Iglesia Católica lee desde hace dos mil años en estos textos que Jesús confiere a Pedro una jurisdicción espiritual soberana que habrá de pasar a sus sucesores, los Pontífices romanos.

**Pedro va a fundar la Iglesia de una manera nueva.**—El Evangelio confía a Pedro un nuevo privilegio jurisdiccional. Pedro va a fundar la Iglesia no sólo de una manera episódica como los demás Apóstoles (privilegio apostólico), sino de una manera permanente, lo cual le va a asignar un puesto aparte entre los Apóstoles (privilegio transapostólico).

Se puede fundar un edificio como el obrero que pone la base. Muere el obrero y el edificio sigue subsistiendo. El obrero no ha hecho más que fundar el edificio episódicamente, en cuanto a su aparición en el pasado.

Y se puede fundar un edificio como esas bases sobre las cuales reposa toda la edificación: es un fundarlo estructuralmente, actualmente, en cuanto a su permanencia en el presente.

Todos los Apóstoles han trabajado en la fundación episódica de la Iglesia de la primera manera: he ahí su privilegio *apostólico*.

Pero sólo a Pedro se le ha dicho que él es la roca sobre la cual descansará una Iglesia atacada sin cesar por los poderes del infierno. Es Pedro quien la funda estructuralmente, en cuanto a su permanencia en el presente: he ahí su privilegio *transapostólico*.

El privilegio apostólico es temporal e intransmisible; lo contrario sucede con el privilegio transapostólico.

**Pastor de las ovejas de Cristo.**—El texto de San Juan nos obliga a su vez a distinguir por una parte a los Apóstoles *en cuanto Apóstoles*; y por otra parte a los Apóstoles *en cuanto ovejas de Cristo*, separadas de su presencia visible desde la Ascensión, y confiadas desde entonces por El al cuidado de Pedro, único pastor.

Los Apóstoles, como ovejas privilegiadas de Cristo que son, son sus enviados, sus legados, sus *embajadores*, expresión ésta de San Pablo (*II Cor.*, V, 20; *Eph.*, VI, 20), enviados para llevar a cabo el plan de Cristo, para fundar iglesias locales e incorporarlas a la Iglesia universal. Pero Pedro, como pastor, es el centro visible de coordinación de esta Iglesia universal, el depositario del poder universal supremo, el lugarteniente, el vicario de Cristo en lo que se refiere a la dirección de sus ovejas.

El ha recibido el encargo de «confirmar a sus hermanos» (*Lc.*, XXII, 32), y es él en efecto a quien vemos en los Hechos dirigiendo los primeros pasos de la Iglesia universal (II, 14, 38; III, 4, 12; IV, 8; V, 3, 15; 29, etc.).

Ahora bien, el papel del pastor es irreductible al de las ovejas.



**El privilegio transapostólico es transmisible.**—¿Ha sido concedido este privilegio a Pedro para que perdure, o para que desaparezca una vez muerto él? ¿Ha sido concedido a Pedro solo, o ha sido también dado a sus sucesores, teniendo en cuenta el futuro de la Iglesia? Cuantos se oponen a la concepción católica afirman que ni la noción de duración, ni la noción de sucesores, aparece en manera alguna en el Evangelio. ¿Es esto exacto?

La respuesta es clara. Si el privilegio otorgado por Jesús a Pedro solo, es no el poder *apostólico*, común a todos los Apóstoles, de fundar la Iglesia en cuanto a su aparición en el pasado, sino el poder *transapostólico*, reservado a Pedro, de fundarla *en cuanto a su permanencia en el presente*, aparece por lo mismo fuera de toda duda que ha de durar, en el pensamiento de Jesús, tanto cuanto la Iglesia, ya que la *base ha de durar tanto como el edificio*. La noción de *duración* y de *sucesión* se halla implicada necesariamente en la *naturaleza* del privilegio de Pedro, no bien se demuestra que ha de fundar Pedro a la Iglesia como funda la base el edificio.

Claro está que nos colocamos en la perspectiva de quien cree que Cristo es quien «tiene todo poder en el cielo y en la tierra», y que no ha ignorado por consiguiente el desarrollo de los tiempos desde la Resurrección hasta su vuelta, desde Pentecostés hasta la Parusía.

**El Primado de Pedro es jurisdiccional.**—«Yo te daré las llaves del Reino de los cielos». La concesión de las llaves, escribe el P. Lagrange, es «la investidura del poder sobre toda la casa; el Dueño conserva su poder soberano, pero delega el ejercicio de dicho poder en su mayordomo. *Pondré sobre sus espaldas la llave de la casa de David, y si abre, nadie podrá cerrar, y si él cierra nadie podrá abrir..... A El le será atribuida toda la gloria de la Casa de su Padre*. Este pasaje (de Isaías, XXII, 22 y 24) ha sido aplicado por el Apocalipsis al mismo Jesús (Apoc., III, 7). Jesús es el fundamento y Pedro es el fundamento; Jesús tiene la llave de David y Pedro tiene las llaves: así, pues, la autoridad de Pedro es la de Jesús. Las medidas que, como fiel mayordomo, tome Pedro en la tierra, serán ratificadas en el cielo, es decir, por el mismo Dios» (21).

---

(21) M. J. LAGRANGE, *Évangile selon saint Jean*. París, 1925, p. 529.

El poder jurisdiccional tiene dos grados. Existe en primer lugar un poder jurisdiccional *apostólico* que es común a todos los Apóstoles: «En verdad, en verdad os digo: cuanto ligareis en la tierra será ligado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo» (*Mt.*, XVIII, 18). Y existe el poder *transapostólico* de Pedro, al cual le han sido dirigidas las mismas palabras personal y singularmente: «Lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra quedará desatado en el cielo» (*Mt.*, XVI, 19). Sólo a Pedro se le ha dicho que poseerá las llaves y que será la piedra.

**Una divergencia pasajera entre Pedro y Pablo.**—¿Qué actitud había que tomar, una vez muerto Cristo, respecto de los ritos judíos? La dificultad se origina por el hecho de que vemos a los mismos Apóstoles, Pedro y Pablo por ejemplo, que enseñan por una parte que la Ley Antigua ha caducado, y por otra parte en determinadas circunstancias la siguen aplicando. A los Apóstoles se les planteaba un doble problema.

*Dogmático* el primero: es decir, que desde la muerte de Cristo las ceremonias de la Antigua Ley han perdido todo valor salvífico. En punto a esto estaban de acuerdo todos los Apóstoles.

El segundo problema era *prudencial*. Los ritos de la Antigua Ley carecen de valor, pero Jesús los ha practicado; por eso puede dejárseles que sobrevivan todavía algún tiempo, por lo menos con tal que no se dé ningún malentendido ni ningún escándalo con motivo de ellos. La norma que se siga podrá variar según las circunstancias. Fue este plano prudencial en el que Pedro, habiendo pecado por excesiva condescendencia respecto de los convertidos del judaísmo, fue amonestado por Pablo (*Gal.*, III, 11-14). Si peca Pedro no lo hace porque observe los usos de la Ley Antigua; podía muy bien guardarlos, ya que era judío; lo hace por escandalizar a los cristianos procedentes del paganismo, por miedo de escandalizar a los cristianos judíos. El mismo Pablo ha tenido concesiones con la Ley Antigua, por ejemplo con motivo de la circuncisión de Timoteo. Pero en estas circunstancias está completamente convencido de que una concesión de este tipo sería imprudente, funesta, y que comprometería la obra de la conversión de los Gentiles. No pone



en duda el poder soberano de Pedro (22), sino su conducta personal.

¿A título de qué se opone a Pedro? Por lo que respecta al buen orden de la Iglesia de Antioquía, y al éxito de la misión entre los Gentiles. Terreno éste que era de la jurisdicción del poder dado a los Apóstoles en cuanto Apóstoles. En punto a esto, nos dirá Santo Tomás, Pablo era igual a Pedro.

**La doctrina del Concilio Vaticano sobre el Primado de Pedro (23).**—De las palabras de Mateo, XVI, 18-19, y de Juan, XXI, 15-17, se puede concluir que Pedro «ha sido constituido por Cristo Señor, primero entre todos los Apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante». Lo que ha establecido Cristo para bien de la Iglesia, lo mantendrá hasta el fin de los siglos; por ello «siempre tendrá Pedro, por institución de Cristo, y por derecho divino, sucesores en lo que se refiere a su Primado».

Este Primado representa «el poder jurisdiccional pleno y supremo sobre toda la Iglesia universal», poder que lejos de eliminar el poder jurisdiccional propio de los Obispos, está hecho, a semejanza del poder real de Cristo, para sostenerlo y elevarlo.

Tiene dicho poder entre otras funciones la de enseñar, la de confirmar en la fe a sus hermanos (*Lc.*, XXII, 32), y si ha de ser el fundamento de la fe de una Iglesia infalible, contra la que no podrán prevalecer las puertas del infierno, no hay duda de que ha de poder enseñar, en determinadas circunstancias, infaliblemente, no ciertamente para hacerse canal de nuevas revelaciones, sino para exponer con toda fidelidad el depósito, revelado de una vez para siempre por los Apóstoles. Las definiciones del Romano Pontífice, hechas en virtud de su suprema autoridad apostólica, para declarar la doctrina de la fe y de las costumbres que debe ser acep-

---

(22) Se han notado numerosas señales de deferencia por parte de Pablo para con Pedro: «No es de los menos significativos el hecho de que en *Gal.*, I, 18; II, 9, 11, 14, y en *I Cor.*, I, 12; III, 22; IX, 5; XV, 5, sea llamado Pedro con el nombre de Cefas». F. M. BRAUN, *Aspects nouveaux du problème de l'Église*, 1942, p. 88.

(23) Constitución *De Ecclesia Christi*, 18 de julio de 1870.

tada por la Iglesia universal, son irreformables, por la asistencia de Cristo a su Vicario, no por el consentimiento de la Iglesia, consentimiento que, sin duda, se dará siempre no para fundamentar aquella definición, sino para acompañarla. Sólo en estas circunstancias solemnes podrá decirse que habla el Papa *ex Cathedra*.

**Un texto de Soloviev.**—«El círculo perfecto de la Iglesia universal tiene necesidad de un centro único no para ser perfecto, sino sencillamente para existir. La Iglesia terrena, llamada a abrazar la muchedumbre de las naciones, había de oponer a todas las *divisiones nacionales*, para poder seguir siendo una sociedad real, un poder universal determinado; la Iglesia terrena, que había de entrar en la corriente de la historia y había de sufrir, en sus circunstancias y relaciones exteriores, cambios y *variaciones incasantes*, tenía necesidad, para salvaguardar su identidad, de un poder esencialmente conservador y activo, sin embargo inalterable en el fondo y dúctil en sus formas; finalmente la Iglesia terrena, destinada a obrar y a afirmarse contra todos los *poderes del mal* en medio de una humanidad débil, había de verse dotada de un punto de apoyo absolutamente firme e irrefragable, más fuerte que los poderes del infierno. Ahora bien, sabemos nosotros por una parte que Cristo ha previsto *esta necesidad* de la monarquía eclesiástica confiriendo a una sola persona el poder supremo e indivisible de su Iglesia; y vemos por otra parte que, *entre todos los hombres eclesiásticos del mundo cristiano, no existe más que uno* que mantenga perpetua e invariablemente su carácter central y universal, y que, al mismo tiempo, por una tradición antigua y general, se vea unido a aquel a quien ha dicho Cristo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. *La palabra de Cristo no podía quedar sin efecto en la historia cristiana; y el principal fenómeno de esta historia había de tener una causa suficiente en la palabra de Dios. Encuéntrsenos, para la palabra de Cristo a Pedro, un efecto que corresponda a dicha palabra fuera de la Cátedra de Pedro, y descúbransenos para esta Cátedra una causa suficiente que no sea la promesa hecha a Pedro*» (24).

---

(24) VLADIMIR SOLOVIEV, *Rusia y la Iglesia Universal*. E.P.E.S.A. Madrid, pp. 223-224.



Ya antes había escrito Juan-Adam Möhler: «*Tú eres Pedro.....* así, pues, esta palabra tiene una fuerza bien singular. El investigador puede muy bien en su gabinete de trabajo interpretarla de mil maneras..... La ciencia gramatical podía haberme privado de la esperanza de penetrar en el sentido de dicha frase; la historia se ha encargado de entregarme su secreto» (25).

**El misterio de la Encarnación en sus relaciones con la Eucaristía y con el Primado de Pedro.**—¡Qué unión de atributos, aparentemente en contradicción, qué palabra más dura propuesta a nuestros corazones para que la acepten, en el hecho de que Pedro, que es un hombre y no puede por consiguiente residir más que en un sitio, haya sido escogido como Cabeza de una Iglesia que es divina y universal! En cierto sentido podría decirse que suena a nuestros oídos como algo totalmente esperado y familiar. Formula, sí, un misterio, pero no constituye en manera un nuevo misterio. No es más que la presencia en una de sus aplicaciones, de un único misterio vertiginoso, en el cual consiste el Cristianismo: Dios ha decidido que las cosas divinas quedaran como rodeadas de debilidad, que las cosas infinitas quedaran encerradas en el espacio y el tiempo. Léanse los dos versículos de San Lucas (I, 26-27) en los que, en el momento de la Encarnación, para anunciarnos la embajada de la Eternidad al instante, de la Inmensidad al lugar, de la Libertad espiritual a la sujeción de la materia, han quedado acumulados con toda intención toda clase de detalles geográficos y genealógicos. Este mismo Creador del mundo, nacido como niño en nuestro planeta, declarará más tarde que su carne ha de constituir un alimento y una bebida su sangre: palabras éstas que fueron pronunciadas para unir, pero que parecieron a muchos duras e insoportables, y que de hecho fueron un objeto de división. En fin, propuso un misterio, inferior sin duda alguna pero análogo, y escogió, no diremos como *sucesor* suyo, lo cual constituiría una blasfemia, sino como *vicario* suyo, es decir, para que fuera el portavoz autorizado de su doctrina y el depositario de un poder inaudito hasta entonces, a un

---

(25) Citado por PIERRE CHAILLET, S. J., en su introducción a *L'unité de l'Église de Möhler*, 1938, p. XXXV.

hombre frágil cuya miseria penetraba El a plena luz, y cuya negación había proclamado ya de antemano. La Encarnación, la Eucaristía, el Primado de Pedro, son otras tantas manifestaciones ordenadas, constituyen algo así como etapas de una misma revelación. Existe una sabiduría del mundo, que vuelve sus espaldas a dichas etapas en conjunto. Pero se da también una sabiduría que comienza a ser cristiana, que comienza a creer en la Revelación, y que, yendo más adelante, queda como desconcertada ante el misterio de la Eucaristía o ante el misterio del primado de Pedro, y queda a medio camino. Parece olvidar en estos casos que Dios es Dios, que pasa a través de la materia no empequeñeciéndose, sino utilizando dicha materia, transfigurándola.

### 3. LOS OBISPOS, SUCESORES DE LOS APÓSTOLES.

**Los Apóstoles reciben a un tiempo los poderes intransmisibles, necesarios para fundar la Iglesia, y ciertos poderes transmisibles, necesarios para conservarla.**—Sobre los Apóstoles, a los que escogió Jesús «para que estuvieran consigo» (*Mc.*, III, 14), a los que revela el sentido de las Parábolas (*IV*, 11) y de las Escrituras proféticas (*Lc.*, XXIV, 45), a los que, tras de su Resurrección, se aparece durante cuarenta días para tratar con ellos del Reino de Dios (*Act.*, I, 3) y que habrán de ser testigos de su vida y de su resurrección (*I*, 22), derramará el Salvador una fuerza secreta que los va a asociar de una manera excepcional a la fundación de la Iglesia, concediéndoles el trabajar para implantar en cierto sentido en el mundo con el primer impulso de vida, con el movimiento que habrá de llevarla hasta el fin de los tiempos. Por ello se hallan revestidos de privilegios que serán apostólicos en el sentido que *sólo ellos* serán los depositarios de dichos privilegios. Estos privilegios son intransmisibles, y si es llamada hoy la Iglesia apostólica no es porque los posea, sino porque tiene su origen en ellos, porque se han hallado en la base de su nacimiento y la han sellado con un sello definitivo. Estos privilegios se hallarán en grado igual en cada uno de los Apóstoles. Pero como son privilegios que no han sido concedidos más que para fundar una única Iglesia, gobernada por una única Cabeza visible, tenderán por su propia inclinación a colocar a los Apóstoles, por lo que



se refiere al gobierno de la Iglesia, bajo la dependencia del poder supremo, transapostólico, confiado a Pedro por el Salvador (26). De manera que los mismos Apóstoles se colocarán entre esas ovejas de Cristo que tienen a Pedro por su pastor visible. Y una vez muerto Pedro, quedarán, por lo que al gobierno eclesiástico se refiere, sometidos al poder supremo, regular, de regir la Iglesia, que transmitirá Pedro a sus sucesores (27).

Ahora bien, en estos privilegios excepcionales y temporales de fundar la Iglesia, se hallaban ocultos, como la corola en el cáliz, los poderes ordinarios y permanentes de conservar la Iglesia, esa Iglesia que había de durar «hasta la consumación de los siglos» y que enviaba Cristo «a todas las naciones». Los Apóstoles eran por esto no solamente fundadores de la Iglesia, las causas de su vida, sino por añadidura sus primeros jefes regulares, sus primeros obispos. Estos poderes permanentes y ordinarios son apostólicos en el sentido de que los Apóstoles son, por lo que a dichos poderes se refiere, no los únicos, pero sí los *primeros* depositarios y en cuanto que tienen por misión conservar la obra que han fundado. Lo mismo que sus poderes extraordinarios, intransmisibles, estos poderes ordinarios, transmisibles, les vienen directamente de Cristo; pero son poderes que les han sido concedidos como dependientes del poder superior otorgado a Pedro para centrar en la Iglesia y fundarla en cuanto a su permanencia en el tiempo. En efecto, los Apóstoles tenían un derecho, igual en todos, de fundar Iglesias particulares, *para insertarlas en la Iglesia universal*. Por esto, los poderes que transmiten a sus sucesores no pueden referirse más que a la conservación de Iglesias dependientes y particulares. Los poderes que recibían un Tito o un Timoteo, por ejemplo, les vendrán, es verdad, por lo que a su *origen* o a la transmisión se refiere, de Pablo; pero al ser poderes para regir Iglesias particulares,

---

(26) Sobre el puesto de Pedro entre los demás Apóstoles véase por ejemplo: Act., I, 15; II, 14; II, 37; III, 1-7; III, 12; IV, 8; V, 1-10; V, 15; V, 29; VIII, 14-24; X; XI, 4; XV, 7, etc.

(27) San Juan era igual a San Clemente, Papa, en cuanto al poder de *poner en ejecución* el designio de Cristo, por ejemplo, fundando Iglesias locales. San Clemente era superior en cuanto a la *autoridad de regir la Iglesia universal*. Pero San Juan podía componer *libros canónicos inspirados*.

se refieren por su misma *naturaleza* al poder de regir la Iglesia universal. En una palabra, los poderes postapostólicos del episcopado fluyen del poder transapostólico del soberano Pontífice (28).

**El paso de la edad apostólica a la edad postapostólica.**— Se da una cesación de los privilegios apostólicos, y en este sentido una *desnivelación*, cuando se pasa de la edad apostólica a la edad postapostólica, de la edad de la revelación del depósito a la edad de su explicación, de la edad de la formación de la Iglesia a la de su conservación.

A pesar de esta desnivelación que nadie pone en duda, subsiste una *homogeneidad y una continuidad* infalibles entre el *depósito divino*, tal cual ha sido por una parte revelado de una vez por solos los Apóstoles y conservado por otra a través de los siglos por el Magisterio asistido por el Espíritu Santo; entre la *estructura esencial de la Iglesia*, tal cual brota por una parte de sus fundaciones, y tal cual por otra parte permanece a lo largo de su peregrinar terrestre; y más profundamente aún entre el misterio de Cristo por una parte, de Cristo que es Cabeza, y el misterio por otra parte de la Iglesia que es su Cuerpo.

En el plano jurisdiccional, la continuidad entre los tiempos apostólicos y los postapostólicos se halla asegurada por la presencia, la mismo en uno que en otro caso, del privilegio transapostólico, es decir, del poder jurisdiccional soberano sobre la Iglesia universal: de este poder sobre la Iglesia universal depende por naturaleza el poder episcopal de regir las Iglesias particulares que transmite Pablo a Tito y Timoteo, y los Apóstoles a sus sucesores (29).

---

(28) «La divina condescendencia, si bien ha querido que otros príncipes (de la Iglesia) tuviesen privilegios comunes (con Pedro), no ha dado, sin embargo, jamás más que por medio de él lo que no ha querido negar a los otros». SAN LEÓN MAGNO, P. L., t. LIV, col. 150. Citado por León XIII, Encíclica *Satis cognitum*, 9 de junio de 1896.

(29) En el plano *cultural* la continuidad queda asegurada por la transmisión del poder de orden; en el plano de la *santidad*, por la presencia de la caridad sacramental y orientada.



**La sucesión apostólica: el mandato de Cristo se extiende a los sucesores de los Apóstoles.**—«Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones..... Y he aquí que me hallo en medio de vosotros hasta la consumación de los siglos» (*Mt.*, fin). Los Apóstoles no podrán llegarse personalmente en el espacio a todas las naciones y en el tiempo a todas las generaciones. Se llegarán a todas las naciones y a todas las generaciones por la misión viva que inauguran, por la predicación viva a la que dan comienzo y cuyas ondas llevarán hasta el fin de los tiempos el impulso recibido en Pentecostés. Es esta misión viva, esta predicación viva la que será asistida por Cristo a lo largo de todos los tiempos hasta la consumación de los siglos. El mismo Amor que nos hace don infalible de la verdad, la conservará también de manera infalible.

En la oración sacerdotal que hace antes de morir para pedir que la obra del Padre que acaba de realizar de una vez para siempre, pero que está pidiendo el verse difundida hasta el fin de los tiempos, se realice en quienes serán uno con El por la fe y el amor, el Salvador piensa en primer lugar en sus Apóstoles: «De la misma manera que me has enviado Tú al mundo, los he enviado también yo al mundo» (*Jo.*, XVIII, 18); pero piensa asimismo en quienes habrán de creer en su Palabra: «No te pido tan sólo por ellos, sino también por quienes han de creer en mí gracias a su Palabra. Que sean todos ellos uno, de la misma manera que Tú, oh Padre, te hallas en mí, y me hallo yo en Ti» (XVII, 20-21). Y esta oración, que no puede menos de escuchar el Padre, pide —y obtiene— para todo lo largo de los tiempos, la unidad de conocimiento de fe y de amor: «Yo les he dado a conocer tu nombre, y les haré conocer aún más, a fin de que viva en ellos el amor con el que me has amado, y me halle asimismo yo en ellos» (XVII, 26). De esta manera habrá discípulos que creerán en Jesús por la palabra de los Apóstoles, y que siendo unos en el conocimiento del nombre del Padre, serán asimismo unos en el amor. Y esto valdrá para siempre. Si ha de durar el mundo tras la muerte personal de los Apóstoles, su palabra por lo menos seguirá creando la unidad en el conocimiento del Padre y en el amor. A los poderes intransmisibles del apostolado sucederán los poderes transmisibles del episcopado.

**El nacimiento del Episcopado.**—«El que el Episcopado represente la sucesión de los Apóstoles, es una idea que corresponde exactamente al conjunto de los hechos conocidos. Las primitivas cristiandades han sido en un primer momento dirigidas por los diversos Apóstoles a los que debían su fundación, así como por otros miembros del personal evangelizador. Siendo por su misma naturaleza este personal itinerante y ubicuista, no han tardado los fundadores en confiar a algunos neófitos particularmente instruidos y recomendables las funciones estables necesarias a la vida de cada día de la comunidad: celebración de la Eucaristía, predicación, preparación al Bautismo, dirección de las reuniones, administración de lo temporal. Un poco antes o un poco más tarde, no tuvieron más remedio los misioneros que abandonar a sí mismas a estas comunidades, y entonces su dirección cayó en manos de los jefes salidos de su seno. Sea que tuviesen un único Obispo a su cabeza, o que tuviesen varios, el Episcopado recogía la sucesión apostólica. No menos claro es que por los Apóstoles que la habían instituido remontara esta jerarquía a los mismos orígenes de la Iglesia y recibiera sus poderes de aquellos a quienes había confiado Jesucristo su obra» (30).

**La regla de la verdad según San Ireneo.**—Escuchemos a San Ireneo que, entre 180 y 190, habla de la regla de la verdad:

«Así, quienquiera que desea ver la verdad puede contemplar en la Iglesia toda la Tradición de los Apóstoles manifestada en el mundo entero. Y podemos nosotros enumerar a aquellos a quienes han instituido los Apóstoles como Obispos de las Iglesias, y a sus sucesores hasta nosotros (31).

»En este orden y esta sucesión han llegado hasta nosotros la Tradición que se halla en la Iglesia a partir de los Apóstoles, y la predicación de la verdad. Y es ésta una prueba concluyente de que es una, y siempre la misma, esta fe vivificadora que se ha conservado en la Iglesia, a partir de los Apóstoles hasta nuestros días y que se ha transmitido en la verdad..... (32).

---

(30) MGR. DUCHESNE, *Histoire ancienne de l'Église*, t. I, p. 86.

(31) *Adversus haereses*, III, 3.

(32) *Ibid.*, III, 3, 3.



»Si no nos hubieran dejado los Apóstoles Escritura alguna, ¿no sería preciso seguir en este caso el orden de la Tradición que han transmitido ellos a aquellos a quienes encomendaban las Iglesias? A este orden precisamente han dado su asentimiento muchos pueblos bárbaros que creen en Cristo. Poseen la salvación escrita *sin tinta* ni papel por el *Espíritu Santo en sus corazones* (*II Cor.*, III, 3), y conservan con todo cuidado la antigua tradición..... Quienes, sin letras, han creído en esta fe, son, por lo que a su lengua comparada con la nuestra se refiere, bárbaros; pero por sus pensamientos, por sus costumbres, por su manera de vivir, alcanzan a causa de su fe la más elevada sabiduría»..... (33).

**El Episcopado se halla colocado al frente de una Iglesia particular.**—El Episcopado, que asegura la sucesión apostólica, aparece ya desde un principio como la autoridad colocada al frente de una Iglesia particular, de una Iglesia local. Los siete ángeles a los que se dirige San Juan en el Apocalipsis, representan a los Obispos, en cuanto se hallan solidarizados con sus respectivas Iglesias. Unos quince años más tarde, hacia el 110, habla San Ignacio de Antioquía del Obispo como de quien ejerce el poder supremo sobre cada Iglesia local: «Cuidad de no participar más que de una única Eucaristía; no existe en efecto más que una única carne de nuestro Señor Jesucristo, un único cáliz que nos une en su sangre, un único altar, de la misma manera que no existe más que un único Obispo rodeado del Presbyterium y de los diáconos» (34).

Los Obispos, dice el Código de Derecho Canónico, «son los sucesores de los Apóstoles, y *en virtud de institución divina, se hallan colocados al frente de Iglesias particulares*, a las que bajo la autoridad del Romano Pontífice, rigen con un poder ordinario» (35).

**Los poderes del Obispo como pastor de su rebaño particular.**—El Obispo es pastor del rebaño que le ha sido con-

---

(33) *Ibid.*, III, 4, 1 y 2.

(34) *Epístola a los Filadelfos*, IV, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, 1950, p. 483.

(35) Can. 329, § 1.

fiado. Aparte del poder de orden que posee en plenitud, goza sobre la Iglesia local de una jurisdicción plena, inmediata y ordinaria.

*Plena* en el sentido de que ha sido establecido como guardián de la fe y de las costumbres en su diócesis, teniendo por consiguiente como tarea suya: 1.º, el recordar a los fieles las grandes enseñanzas reveladas de la doctrina cristiana y los grandes imperativos revelados de la moral cristiana; 2.º, el transmitir las directivas generales de la Iglesia, que se refieren de tal manera a las verdades de la fe, que no puede rechazarlas el pensamiento humano sin que corra por lo mismo el riesgo inmediato, riesgo más o menos grave, de llegar a oponerse un día a las grandes verdades de la fe; 3.º, el dar por sí mismo, bajo su responsabilidad propia, las directivas que juzgue convenientes para asegurar en su diócesis una mejor aceptación del mensaje de la Iglesia, de manera que en las cosas que a la salvación del alma se refieren, en éstas tan sólo pero en todas éstas, él es el único que tiene autoridad para legislar, para juzgar, para aplicar sanciones. Y si se dice de los párrocos que son pastores, bien sabemos todos que no lo son más que de una manera vicaria y parcial. «Propiamente hablando, dice Santo Tomás, sólo el Obispo es Cabeza de la Iglesia, sólo él lleva el anillo nupcial de la Iglesia, sólo él posee, a título personal, el pleno poder de dispensar los sacramentos, y el poder judicial que no tienen los demás más que como de prestado. Los sacerdotes que tienen cura de almas no son jefes, sino cooperadores del Obispo» (36). Y dirá el Código de Derecho Canónico: «Aun cuando los Obispos, bien sea aislados, bien reunidos en concilios particulares, no poseen la infalibilidad doctrinal, son sin embargo, bajo la autoridad del Romano Pontífice, verdaderos doctores y maestros de los fieles encomendados a sus cuidados» (37).

La jurisdicción del Obispo es *inmediata* en el sentido de que puede llegar a cada una de las ovejas de su rebaño directamente, sin necesidad de pasar por poder intermediario alguno.

Finalmente es *ordinaria*, pertenece como propia al Obis-

---

(36) *IV Sent.*, dist. 20, qu. 1, a 4, quaest. i.

(37) Can. 1.326.



po, en cuanto que fluye de su mismo cargo. El Señor Jesús que es «el Pastor y el Obispo de nuestras almas» (*I Petr.*, II, 25), ha querido poner al frente de sus ovejas dispersas por toda la tierra no sólo misioneros itinerantes, sino jefes responsables que prepararan para ellas cada día el alimento conveniente, que *vivieran su vida*, que participaran de su destino lo mismo espiritual que temporal, que tomaran parte lo mismo en sus sufrimientos que en sus alegrías. También ellos se verán obligados a dar, de una manera o de otra, su vida por sus ovejas.

Los Obispos, dice el cardenal Fránzelin, tienen una *autoridad de providencia particular* para predicar y defender las disposiciones de la *providencia universal eclesiástica*.

**El Obispo no es jefe más que en nombre de Cristo.**—El Obispo es Cabeza de la Iglesia local; Cristo lo es sencillamente de la Iglesia. Hay quienes quedan ofuscados ante el hecho de vernos confesar estas dos verdades. Les parecen dos verdades simplemente irreconciliables. Creen o más bien dan a entender que creen, que la palabra Cabeza tiene para nosotros en ambas proposiciones el mismo sentido. Por eso quisieran presentarnos el dilema: el Obispo o Cristo. Donde yuxtaponen ellos para oponerlos, todo el cristianismo tradicional subordina para unir. ¿No había dicho el mismo Jesús a sus Apóstoles: «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha»? (*Lc.*, X, 16). Léanse por ejemplo las cartas de San Ignacio de Antioquía. Escribe a los fieles de Magnesia: «En vuestro Obispo habéis de venerar el poder del mismo Dios, Padre. Esta es, según creo, la conducta de vuestros presbíteros: no han abusado de su aparente juventud; sino que inspirándose en la sabiduría misma de Dios, se hallan sometidos a ella, o mejor dicho, no se someten a ella sino al Padre de nuestro Señor Jesucristo, al Obispo universal» (38). Y a los fieles de Efeso: «Es preciso que no tengáis más que un único e idéntico pensamiento con vuestro Obispo; eso es por otra parte lo que hacéis. Vuestro venerable presbyterium, digno en verdad de Dios, se halla unido al Obispo, como se hallan unidas a la lira las cuerdas, y ésta es la causa de que del perfecto

---

(38) *Epístola a los Magnesios*, III, 1, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, 1950, p. 461.

acuerdo de vuestros sentimientos y de vuestra caridad, suba hasta Jesucristo un concierto de alabanzas. Entre cada uno de vosotros en este coro: entonces tomaréis en la armonía y en la concordia, tomaréis, digo, por vuestra misma unidad, el tono de Dios, y cantaréis todos al unísono, por Jesucristo, las alabanzas del Padre que os escuchará, y os reconocerá por vuestras buenas obras como miembros de su Hijo. Supone, pues, una ventaja para vosotros el manteneros en una unidad sin reproche: ya que de esta manera gozaréis de una unión constante con el mismo Dios» (39).

No hemos dicho todo lo que es menester decir sobre la jurisdicción de los Obispos: aparte de la jurisdicción *particular* que poseen como propia, participan, unidos colegialmente, de la jurisdicción *papal* que es universal.

#### 4. LA JURISDICCIÓN UNIVERSAL O SOBERANA DEL PAPA.

**La razón providencial de una jurisdicción soberana.**—La Iglesia local no constituye un todo, una persona colectiva en sentido estricto, una sociedad perfecta. No puede existir más que a título de miembro de la Iglesia universal, única que es en sentido estricto un todo, una persona colectiva, una sociedad sobrenatural perfecta. La Iglesia universal, he ahí el objeto primero de la solicitud divina. Ella es a la que llama Jesús «su Iglesia» (*Mt.*, XVI, 18), el único rebaño (*Jo.*, X, 16), «su reino» (*Jo.*, XVIII, 36) que ha de extenderse a todas las naciones. Ella constituye ese pueblo único compuesto de Judíos y Gentiles (*Eph.*, II, 14). Más allá de las siete Iglesias particulares de Asia Menor a las que dirige San Juan su Apocalipsis, personifica el Apóstol la unidad de su existencia histórica en la imagen de la Mujer que lucha con el Dragón. Ella, en efecto, es una persona, la Esposa de Cristo (*Eph.*, V, 23; *Apoc.*, XXI, 2 y 9), su Cuerpo (*Eph.*, I, 23). Sólo ella posee las promesas de indefectibilidad (*Mt.*, XVI, 18), no las Iglesias particulares, ya que a éstas les puede ser arrebatada, por su relajamiento, la llama de la fe (*Apoc.*, II, 5).

Así, pues, la Iglesia local vive en la Iglesia universal, como la parte en el todo, como miembro en el cuerpo. Pero

---

(39) *Epístola a los Efesios*, IV, *ibid.*, pp. 449-450.



entonces se presenta naturalmente al espíritu una inducción. Si es ley de estructura de cada Iglesia particular que la unidad sobrenatural de fe y de acción no pueda mantenerse más que en torno al Obispo, que es, por lo que a la jurisdicción se refiere, algo así como la manifestación de la autoridad de Cristo y la continuación de su presencia visible, ¿no valdrá esta ley fundamental para el todo? ¿No habrá que trasladarla del plano de la Iglesia local al de la Iglesia universal? ¿Es posible suponer que en esta última, hecha no de la yuxtaposición material, sino de la unión orgánica de todas las Iglesias particulares, puede mantenerse una unidad de fe y de acción, más extensa, más rica y difícil, más que por la agrupación de todos en torno a un pastor único, que será, por lo que a la jurisdicción se refiere, de una manera más elevada aún que el Obispo, la manifestación de la autoridad de Cristo, la continuación de su presencia visible?

Ahora bien, como ya lo hemos dicho, Cristo ha otorgado inmediatamente a sólo Pedro un poder transapostólico, regular, transmisible por consiguiente, que hacía que quien lo poseyera quedara constituido en fundamento de la Iglesia, que lo insertaba como piedra angular en la estructura esencial de la Iglesia. Lo cual quiere decir que recibía la custodia de todo el rebaño, el poder de jurisdicción soberano y universal. Aquel a quien transmite Pedro este poder, tan indispensable a la Iglesia como pueden ser los fundamentos al edificio que sobre aquéllos se sostiene, es el Papa, su sucesor en la Cátedra de Roma.

**El poder particular de los Obispos se halla regulado, y limitado a veces, en su ejercicio por el poder universal.**— Depositario de la jurisdicción universal, que recibe inmediatamente de Cristo (40), el Soberano Pontífice conferirá a los Obispos su jurisdicción propia (41). Esta subordinación

---

(40) Cuando es creado un Papa, los electores no hacen más que designar la persona. Es Cristo quien confiere inmediatamente al elegido su dignidad y su poder. El Papa es vicario de Cristo, no de la Iglesia; la autoridad política, por el contrario, es vicaría de la multitud.

(41) Por lo que a los Apóstoles se refiere, Cristo les ha conferido de manera inmediata su poder por favor. No sucede lo mismo con sus sucesores. De ahí que *de por sí* un Obispo cismático pierda su poder jurisdiccional; aun cuando

del poder jurisdiccional propio de los Obispos, explicará las limitaciones que habrá de sufrir éste en su ejercicio. Podrá suceder, en efecto, que lo que es exigido por el bien general de toda la Iglesia contraría en cierta medida al bien inmediato de una Iglesia particular. Aquí, como en tantos otros sitios, lo universal se halla por encima de lo particular; el bien de todo el cuerpo, por encima del bien de un miembro; el brillo del reino de Dios en el mundo, por encima del brillo del reino de Dios en una diócesis o en una provincia. Así por ejemplo, en el Concilio de Trento, algunos Obispos plenamente ortodoxos de Bohemia opinaban que en sus diócesis se lucharía mucho más eficazmente contra la herejía husita restableciendo la costumbre de la comunión de los fieles bajo las dos especies; pero el Concilio, teniendo en cuenta los fines de toda la Iglesia, adoptó un sentimiento contrario. De igual modo podrá el Papa reservarse el conceder determinadas dispensas, el eximir a ciertos religiosos de la jurisdicción episcopal, etc. No cabe duda de que pueden variar las modalidades de esta influencia reguladora; pueden ir en sentido de una mayor o menor centralización. Son a fin de cuentas problemas que se plantean con las diversas épocas; pero nada puede cambiarse por lo que a los rasgos esenciales de la jerarquía se refiere.

#### **La jurisdicción colegial de los Obispos unidos al Papa.—**

Aparte de la jurisdicción *particular* que les pertenece como propia, los Obispos tomados *colegialmente*, en virtud de una estrecha unión, *participan* de la jurisdicción universal que reside propiamente en el Soberano Pontífice. En unión con él ejercen los actos de la jurisdicción suprema. No son en los concilios ecuménicos meros teólogos consultores. Tienen autoridad para decidir. Declaran para la Iglesia entera cuál es la fe que hay que guardar, la conducta que es menester observar.

La jurisdicción suprema y universal reside entera en primer lugar en el Soberano Pontífice; de aquí se comunica al colegio episcopal a él unido: algo así como sucede con la

---

*de hecho* el Papa concede ciertos poderes jurisdiccionales a los disidentes; por ejemplo, el poder que los sacerdotes ortodoxos tienen de conferir válidamente la confirmación y la Penitencia.



vida, que se halla en primer lugar en el corazón, y que del corazón se comunica a todo el organismo. Esta jurisdicción puede ser ejercida o bien únicamente por el Soberano Pontífice, o bien solidariamente con el colegio episcopal disperso por el mundo (magisterio ordinario) o reunido en concilio (magisterio solemne). Es una jurisdicción única, pero tiene dos residencias: una de ellas propia en el Soberano Pontífice, participada en el Episcopado, tomando colegialmente la segunda.

**Fundamentos escriturísticos.**—Las palabras de Jesús confiando a sus discípulos el cuidado de evangelizar las naciones (*Mt.*, fin), eran demasiado profundas para que manifestaran de golpe todo su sentido, por lo que el tiempo había de hacer aparecer los poderes múltiples que dichas palabras conferían. Por ellas se les confería a los Apóstoles: 1.º los poderes apostólicos extraordinarios de *fundar* la Iglesia; 2.º los poderes episcopales ordinarios transmisibles de *regirla*: a) participando colegialmente de la jurisdicción universal del Soberano Pontífice; b) ejerciendo una jurisdicción particular sobre las Iglesias locales, tales como aparecen en los Hechos, en las Epístolas y el Apocalipsis.

El poder colegial se halla no únicamente, pero sí ciertamente contenido en la promesa que hace Jesús a todos los Apóstoles: «Lo que atéis vosotros en la tierra quedará atado en el cielo.....» (*Mt.*, XVIII, 18). Estas palabras dirigidas en primer lugar a Pedro (*Mt.*, XVI, 19), lo son ahora a todo el colegio apostólico. ¿Qué se quiere indicar con ello sino que también éste ha de participar del poder de Pedro?

En el primer concilio de Jerusalén las decisiones son tomadas simultáneamente por todos: «Nos ha parecido bien, al Espíritu Santo y a nosotros» (*Act.*, XV, 28).

**El testimonio del pasado.**—No queda la menor duda de que en el pasado, el Episcopado se ha pronunciado frecuentemente en problemas que interesaban a toda la Iglesia universal; que en diversas ocasiones, ha definido la verdadera fe y realizado la unidad de la disciplina.

La irradiación ecuménica que ha tenido el Episcopado a todo lo largo de la historia, la debe no a su propia virtud, sino a la sede de Pedro, cuya autoridad, tácita o expresa, no cesaba de sostenerla, de extenderla e iluminarla.

Esta actividad ecuménica puede tener un carácter *regular* cuando se hallan los Obispos dispersos por la tierra, cada cual en su Iglesia (magisterio ordinario); o un carácter *excepcional*, cuando se reúnen en concilio ecuménico (magisterio solemne).

**El único régimen de derecho divino.**—«Simón, hijo de Juan, apacienta mis ovejas». Pedro es invitado a apacentar no sus ovejas propias, sino las de Cristo. Es el *vicario de Cristo*, no el vicario de la Iglesia y de la comunidad cristiana. No sube hasta él la jurisdicción de la Iglesia, sino que más bien baja de él hasta la Iglesia.

No sucede con la Iglesia y con su jefe como con las sociedades civiles y con los jefes que ellas eligen. En éstas la autoridad pasa por el consentimiento del pueblo y por su derecho a gobernarse a sí mismo, sube desde la base hasta la cumbre de la estructura política, aun cuando tiene su fuente primera en Dios, Autor de la naturaleza; la sociedad civil escoge por propia cuenta su constitución y decide de esta manera de las atribuciones de sus gobernantes. En la Iglesia las cosas suceden de diferente manera (42). «Para comprender la naturaleza de su régimen, escribe Cayetano, no hay más que mirar a sus comienzos. No ha comenzado por unos individuos ni por comunidad alguna. Se ha agrupado en torno a Jesucristo, Jefe suyo, Cabeza suya, de la misma naturaleza que ella, de donde recibía la vida, la perfección, el poder. *No sois vosotros*, dice El, quienes me habéis escogido, *sino que yo os he escogido*. Desde el nacimiento de la Iglesia aparece por consiguiente de la manera más neta su régimen. La autoridad no reside en manera alguna en la comunidad; no se la ve trasladarse, como sucede en el orden civil, de la comunidad hasta uno o varios jefes. Por naturaleza y primordialmente, reside en un sólo príncipe reconocible. Como este príncipe es el Señor Jesús, que ha de vivir y reinar, lo mismo ayer que hoy que por todos los siglos, resulta que en derecho natural a El correspondería, no a la comunidad eclesiástica el escogerse un vicario en el día de

---

(42) «La fundación de la Iglesia como sociedad se ha efectuado no como el Estado, de *abajo arriba*, sino de *arriba abajo*». Pío XII, Alocución del 2 de octubre de 1945, *Acta Apost. Sedis*, 1945, pp. 256-262.



la Ascensión, vicario cuyo papel consistiera no en representar a la comunidad eclesiástica, nacida para obedecer, no para mandar, sino en representar a un príncipe que por naturaleza dominara sobre la comunidad eclesiástica. He aquí, pues, lo que se ha dignado hacer nuestro Salvador personalmente, cuando tras de su Resurrección, antes de volverse a los cielos, eligió, como lo indica San Juan, como vicario suyo a sólo el Apóstol Pedro. Y de la misma manera que en el orden natural el príncipe de la Iglesia no recibe su autoridad de dicha Iglesia, tampoco la recibe de ella su Vicario, que depende de El, y no de la Iglesia» (43).

**La jurisdicción del Papa es plena, inmediata, propia u ordinaria.**—La jurisdicción del Papa sobre la Iglesia universal es verdaderamente pastoral, verdaderamente episcopal (44). Es respecto de la Iglesia universal, lo que la jurisdicción del Obispo es respecto de la Iglesia particular, es decir, plena, inmediata, y ordinario o propia.

**El sucesor de Pedro es el Obispo de Roma** (45).—En la perspectiva católica, cuando llega Pedro a Roma, es ya, por la promesa irrevocable y todopoderosa de su Maestro, el fundamento que tiene como fin el sostener a la Iglesia contra los asaltos del infierno, el intendente del reino de los cielos, el pastor visible, en ausencia de Cristo, de sus corderos y de sus ovejas; en una palabra, el Vicario de Cristo en la tierra, el depositario de un poder transapostólico sobre la Iglesia universal.

Así, pues, cuando Pedro viene a Roma para fijar en dicha ciudad no solamente su residencia, sino su sede, su cátedra, de la misma manera que había fijado Santiago la suya en Jerusalén, el Pontificado romano particular quedará como absorbido en el pontificado transapostólico universal,

---

(43) *Apologia de comparata auctoritate papae et concilii*, cap. I, n.º 450-452.

(44) *Vere episcopalis*, Concilio Vaticano. Sobre el sentido de esta expresión, véanse pp. 158-161.

(45) El Concilio Vaticano define que «por institución de Cristo nuestro Señor, y por consiguiente por derecho divino, tiene el bienaventurado Pedro sucesores en su Primado sobre la Iglesia universal»; y que «el Romano Pontífice es el sucesor de Pedro en este mismo Primado». *Denz.*, n.º 1.825.

de manera que es el mismo Pontífice quien será en adelante, por un único pontificado, pontífice romano y pontífice universal. Al unir indisolublemente el pontificado romano y el Pontificado universal, indicaba Pedro a la Iglesia venidera, con un detalle preciso, dónde sería menester buscar la cadena de sus sucesores.

Observemos que una cosa es la *residencia* y otra la *sede*. La residencia puede quedar fijada en otra parte, como lo fue en el caso de Aviñón. El Papa, de derecho, quedaría siendo Obispo de Roma, aun cuando fuera destruida la ciudad.

El que haya venido Pedro a Roma y haya muerto como mártir en dicha ciudad, es un *hecho histórico* que no se atreven ni siquiera a poner en duda los historiadores de los orígenes del Cristianismo. Pero la unión indisoluble del pontificado romano con el Pontificado universal representa además para el creyente un *hecho dogmático*, que nos ofrece por consiguiente una certeza superior. Sabemos que, aun cuando no hubiera venido Pedro a Roma, podía muy bien, doquiera se hallase, trasladar a la sede de Roma el Pontificado transapostólico de la Iglesia universal. El problema que se plantea es, como muy bien lo ha visto Soloviev, «la transmisión espiritual y mística del poder soberano» a la sede de Roma (46).

**La Iglesia Romana, nombre de humildad de la Iglesia universal.**— «Jesús de Nazaret, ese hombre a quien ha probado Dios en medio de vosotros.....» (*Act.*, II, 22). No hay duda de que Jesús era mucho más que eso; sin embargo era verdaderamente eso, y si Pedro lloró amargamente por haber renegado ese nombre de humildad, lo hizo indudablemente recordando que su Maestro no se había hecho Nazareno más que para vivir en medio de nosotros; que ése era a fin de cuentas uno de los nombres más dulces de su amor.

De manera semejante, Iglesia *Romana* es nombre de humildad de la Iglesia divina, su nombre de humildad tomado de un rincón de la tierra, ya que para salvar al mundo era preciso que conociera a su vez las servidumbres del tiempo y del espacio.

---

(46) *Rusia y la Iglesia Universal*, p. 254.



## 5. LAS TAREAS O INSTANCIAS DEL PODER JURISDICCIONAL Y LA ASISTENCIA DEL ESPÍRITU SANTO.

**El poder de orden es de por sí infalible, pero el poder de jurisdicción sería falible sin la asistencia divina.**—Jesús ha confiado a sus Apóstoles y a sus sucesores la tarea de apacentar el rebaño de sus ovejas. Por el poder de orden que irá transmitiéndose por vía de consagración, los hace capaces de ser instrumentos de su Omnipotencia para hacerle presente por la Eucaristía en el mundo, y para hacer bajar sobre las almas las gracias sacramentales. Por el poder pastoral o jurisdiccional (47), que irá transmitiéndose por vía de delegación, les otorga autoridad sobre sus ovejas para enseñarlas desde el exterior y para hacerles observar cuanto El mismo había prescrito (48). Derramar la gracia en las almas es algo que sólo Dios puede realizar. Las criaturas no pueden ser utilizadas en este caso por El más que como meros instrumentos, para un fin que las supera bajo todos los aspectos: la acción divina santificadora se ejerce de una manera *infalible*, independientemente de sus disposiciones morales de santidad o de pecado; los ministros de los sacramentos no hacen más que transmitir mociones que vienen del mismo Cristo y que fructifican en gracias en las almas preparadas.

Por el contrario, predicar, enseñar, dirigir, son actividades que aparecen como más naturales en el hombre, como actividades en las que pueden tomar una mayor iniciativa. La desventaja de semejante privilegio consistirá en que a medida que crece la importancia de su papel, amenazará con entrar en el gobierno de la Iglesia la *falibilidad*. Por eso, para que la Iglesia sea dirigida, y no llevada a error por sus jefes, para que permanezca siendo la sal de la tierra, será preciso el socorro de una providencia particular, de un don profético, de una *asistencia* de Cristo y de su Espíritu: «Id, pues, enseñad a todas las naciones..... y he aquí que estaré en medio de vosotros todos los días, hasta la consumación

---

(47) En sentido lato, el *poder pastoral* comprende los poderes de *orden* y de *jurisdicción*; en sentido estricto, sentido que seguimos nosotros, tan sólo el poder de *jurisdicción*.

(48) Véase más adelante, p. 255.

de los siglos» (*Mt.*, fin). «Cuando llegue el Espíritu de verdad, El os conducirá a toda la verdad» (*Jo.*, XVI, 13).

**Hesitación humana y asistencia divina.**—Esta asistencia por otra parte no dispensará a los hombres que llevan la responsabilidad de la Iglesia, del esfuerzo, de la reflexión, de los titubeos. Dios los envía como obreros a su mies. Y permite que hagan toda clase de experiencias, felices o dolorosas, que irán inscribiéndose en la memoria de la Iglesia para enriquecerla a medida que transcurren los siglos. Pero jamás lograrán los titubeos humanos, las estrecheces e incluso imprudencias, que desfallezca la Iglesia en las tareas que la ha encomendado Cristo. La gracia de la asistencia divina, sin destruir la libertad del poder pastoral ni eximirlo de la obligación de preguntar, de consultar, de reflexionar y orar, dirige sus pasos y lo conduce de manera infalible a los grandes fines que le han sido asignados.

La luz profética de la asistencia es postapostólica: «Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (*Mt.*, XXVII, fin). Se distingue de las luces proféticas propiamente apostólicas: sea de la luz de la revelación (*apocalipsis*) por una parte, luz que manifiesta a sólo los Apóstoles las profundidades del misterio cristiano; sea por otra parte de la luz profética de la inspiración (*teopneustia*), luz que capacita a los Apóstoles y a los escritores cristianos para comunicar a la Iglesia primitiva el mensaje cristiano.

Es una luz que ha sido dada a la Iglesia para conservar a través de los siglos el depósito evangélico, para desarrollarlo, para hacerlo fructificar, para hacer que baje de continuo al corazón y al espíritu de las generaciones que van sucediéndose.

Procede no sólo de una manera *negativa*, limitándose a preservar del error, sino principalmente de una manera *positiva*. Hace que los poderes jurisdiccionales puedan sellar, con el sello de la aprobación divina, enunciados puramente humanos hasta ahora, que proponían ora los hombres de estudio, ora los hombres de acción. Es una luz que convierte al agua en vino.

**Tres tareas o instancias del poder jurisdiccional.**—Pueden reconocerse tres diferentes tareas o instancias del poder jurisdiccional a las que corresponden tras diversos grados en la



asistencia del Espíritu Santo: 1.º La primera tarea consiste en declarar el depósito divino (*poder declarativo*); la Iglesia hacer oír la voz del Esposo, no su propia voz; la obediencia que reclama es la de la fe divina teologal, y en este caso la asistencia es absoluta. 2.º La tarea secundaria de proteger el poder divino (*poder canónico*). La Iglesia hacer oír su propia voz; la obediencia que reclama es de orden no ya divino y teologal, sino eclesial y moral. En este caso la asistencia es prudencial. 3.º Finalmente puede distinguirse una tercera tarea, que asegura la existencia empírica de la Iglesia, y podrá entonces hablarse de una asistencia biológica. Expliquemos brevemente cada uno de estos puntos.

**1.º El poder declarativo es el encargado de transmitir de generación en generación el depósito divino recibido por la Iglesia primitiva.**—El depósito apostólico, la *paradosis*, quedó completo con la muerte del último apóstol. No se trata de añadir a ese depósito nuevas *revelaciones*. Cuanto quiere decir Cristo, lo dice de golpe por el hecho de fundar la Iglesia por sí mismo y por sus Apóstoles. Sobre este punto jamás se ha dado la menor duda entre los primeros cristianos. La misión del poder magistral de la Iglesia consistirá por consiguiente en este punto en transmitir ese depósito a las generaciones que habrán de sucederse hasta el fin de los tiempos. He aquí la expresión, *transmisión, tradición, paradosis*, empleada en un nuevo sentido. No se trata aquí de una transmisión que vaya de los Apóstoles a la Iglesia primitiva, cuando para instruirla recibían nuevas revelaciones. Se trata de una transmisión que se realiza totalmente en el seno de la Iglesia postapostólica, en la que no se dan nuevas revelaciones: en la que se dan tan sólo nuevas explicaciones, nuevos desarrollos del depósito. En la Iglesia, por una sucesión continua, queda *conservado* y es *explicado* por ella el depósito apostólico íntegro, oral y escrito, con su verdadera significación.

**El depósito no se transmite más que haciéndose más explícito.**—En efecto, se dan dos clases de depósitos: los depósitos inertes, por ejemplo un lingote de oro, que se mantienen siempre de la misma manera. Y los depósitos vivos, una planta, un niño..... que no se conservan más que permitiéndoles desarrollarse. Si se trata del depósito evangélico no

como un documento del pasado que se ofrece a la curiosidad de los sabios, sino como un misterio que, penetrado cada día más íntimamente, ha de alimentar nuestra contemplación y nuestra vida, lo colocaremos entre los depósitos que no se conservan más que desarrollándose. El Espíritu Santo, nos dice el Concilio Vaticano, ha sido prometido a los sucesores de Pedro para socorrerlos «no, sin duda, por vía de *revelación*, para que publiquen una nueva doctrina, sino por vía de *asistencia*, para que guarden santamente y expongan fielmente la revelación transmitida por los Apóstoles, es decir, el depósito de la fe» (49).

De esta manera es recordado sin cesar por el Magisterio vivo de la Iglesia lo que se hallaba contenido de *manera explícita* en el depósito primitivo. Y en punto a lo que se hallaba contenido en el depósito primitivo tan sólo de *una manera implícita*, de una manera preconceptual, todavía sin formular, en el estado de exigencia oscura, queda explicitado, formulado claramente por el Magisterio vivo de la Iglesia.

Lo cual supuesto, podrá decirse de la Iglesia primitiva —cuya ciencia es inferior a la de los Apóstoles— que *no conocía* de manera explícita algunos de nuestros actuales dogmas; pero conocía explícitamente otros en los que se hallaban aquéllos contenidos. Podrá hablarse de *dogmas nuevos* si se precisa que son nuevos no por su *contenido*, sino por su *formulación*; no por vía de *adición extrínseca*, sino por vía de *desarrollo vital*. «Cuán falto de razón se mostraría, decía Soloviev, quien no viendo en la semilla ni tronco ni ramas, ni hojas ni flores, quisiera deducir de esta experiencia que todas estas partes son aplicadas desde el exterior de una manera artificial, que no se da un crecimiento por la fuerza misma de la semilla, y que, para esto, negara todo el árbol que ha de aparecer en el futuro, admitiendo tan sólo la existencia de sola la semilla. Tan falto de razón se muestra quien niega las formas más complejas, es decir, más manifiestas, que reviste la gracia divina en la Iglesia, y suspira tan sólo por volver a las formas de la comunidad cristiana primitiva» (50).

El papel del magisterio, insistamos en ello, jamás consis-

---

(49) Sesión IV, *Denz.*, n.º 1.836.

(50) *Les fondements spirituels de la vie*, Bruxelles, 1948, p. 152.



tirá en *crear*, sino tan sólo en *manifestar* la inclusión de una verdad en el depósito primitivo. *Antes* de darse una definición infalible, existía ya por lo mismo *realmente y en sí* todo cuanto se hallaba contenido de una manera tan sólo implícita en el depósito revelado; *una vez que* se ha dado la definición infalible del magisterio, esta misma verdad se convierte además en revelada de *una manera manifiesta y para nosotros*.

**El magisterio se halla por encima no de la Palabra de Dios, sino de las interpretaciones que dan los hombres de esta Palabra.**—Decir que el magisterio de la Iglesia conserva y explicita el depósito primitivo, y en particular la Escritura, no equivale en manera alguna a afirmar que se halla por encima de la Escritura. San Francisco de Sales respondía a Teodoro de Beza: «No es la Escritura la que tiene necesidad de regla ni de luz extraña, como opina Beza que creemos nosotros; son más bien nuestras glosas..... No preguntamos nosotros si entiende Dios la Escritura mejor que nosotros, sino si la entiende Calvino mejor que San Agustín o San Cipriano» (51). Y Bossuet a Paul Ferry: «No decimos que sea la Iglesia juez de la Palabra de Dios, sino que aseguramos que es juez de las diversas interpretaciones que dan los hombres de la Palabra de Dios» (52).

**La asistencia prometida al poder declarativo es propia y absoluta.**—La más elevada tarea del poder jurisdiccional consiste por consiguiente en conservar intacto entre los hombres el sentido de la revelación divina, y en explicitar autoritativamente su contenido según lo exige el progreso del tiempo. Lo cual no es posible más que con la ayuda de la más elevada forma de asistencia divina que existe. Asistencia que no suprimirá el esfuerzo humano, sino que lo consagrará y hará divino: algo así como el milagro realizado en Caná consagró el esfuerzo realizado por los sirvientes que llenaron las ánforas. En este caso supremo, la asistencia divina es infalible *en sentido propio y de una manera absoluta*: en sentido propio, ya que garantiza *todas y cada una* de las

---

(51) *Oeuvres complètes*, Annecy, 1892, t. I, p. 206.

(52) *Réponse au ministre Paul Ferry*. II<sup>e</sup> Partie, cap. 4.

decisiones tomadas; de una manera absoluta, ya que las garantiza como *irreformables*.

**El asentimiento de fe teologal.**—Creemos el mensaje que nos hace llegar a Dios por medio de sus servidores basándonos en su misma autoridad. Es Dios, su Verdad y su Veracidad infinitas, quien constituye el *fundamento* de nuestra fe; El es el *principio* de nuestro acto de fe, ya que El es quien nos hace creer; y es el *término*, ya que El es lo que creemos, a quien creemos y en quien creemos; El es a quien decimos sí, a quien solamente sometemos sin restricción alguna nuestra inteligencia creada. Sus mensajeros nos dicen, por lo que a ellos toca, lo que nos pide Dios que creamos: sin ellos no sabríamos a qué verdades habríamos de dar nuestra adhesión; pero no son ellos quienes fundamentan nuestra fe, sino tan sólo la *condición necesaria* de nuestra fe. La «obediencia de la fe» (*Rom.*, I, 5) es verdaderamente teologal.

A las verdades propuestas por el poder declarativo, han de responder los fieles por esta obediencia teologal de la fe. Crean, no fundándose en la autoridad creada de la Iglesia, sino en la Autoridad increada de Dios, lo que la Iglesia, iluminada por el Espíritu, lee en el depósito apostólico.

**Lo que es definido como irrevocable, sin serlo como revelado.**—Sucede a veces que la Iglesia define infalible e irrevocablemente como verdaderos, sin definirlos sin embargo como revelados y contenidos en el depósito apostólico, doctrina y hechos que se le muestran como unidos necesariamente con el depósito. Ahora bien, ¿sería esto posible si no se hallaran estas doctrinas y estos hechos realmente contenidos en el depósito? Por eso será preciso relacionar estas decisiones del poder declarativo con las anteriores.

**2.º El poder canónico anuncia el mensaje secundario de la Iglesia. Su naturaleza.**—1. La tarea suprema de la Iglesia consiste en manifestar el mensaje revelado, en hacer oír la voz del Esposo: he ahí el poder *declarativo*, que recuerda el derecho inmediatamente divino. Su tarea secundaria consiste en tomar a lo largo de los siglos las medidas necesarias para proteger el mensaje evangélico contra las desviaciones que pueden ponerlo en peligro, para hacer descender concretamente las aguas vivas de la verdad y de la gracia hasta



los actos de la vida de cada día. Es la voz de la Esposa. He ahí el poder *canónico*, que fundamenta y promulga el derecho inmediatamente eclesiástico, mediatamente divino. Su fin es espiritual y sobrenatural, no temporal y humano. El poder canónico de la Iglesia incluye, de la misma manera que el poder de las sociedades temporales, los tres poderes, el legislativo, el judicial, el coercitivo. Pero estos poderes son por una parte *espirituales* y *temporales* por otra; se dan de una manera *esencialmente diversa* en uno y otro caso; sus relaciones no pueden ser más que relaciones de proporcionalidad y de analogía.

2. El poder canónico se halla contenido en el poder declarativo como las hojas en el árbol, como lo secundario en lo principal. No puede concebirse que Cristo, que ha confiado a sus ministros la tarea de fundar y conservar la Iglesia, los haya dejado desprovistos de los poderes necesarios para la ejecución inmediata y concreta de su designio. Sin el poder canónico, la Iglesia como sociedad perfecta, visible y sobrenatural, jamás lograría constituirse perfectamente, siempre quedaría incompleta. Puede compararse el papel del poder de orden y del poder declarativo al de las arterias; el papel del poder canónico al de los vasos de menor importancia.

**Fundamento escriturístico.**—La Iglesia posee un poder canónico en virtud de una voluntad divina de Cristo.

Vemos a los Apóstoles que, según lo exigen las necesidades, toman medidas disciplinarias conforme a las circunstancias de tiempo y lugar. En el Concilio de Jerusalén deciden imponer a los cristianos de Antioquía que se abstengan de carnes de animales sofocados (*Act.*, XV, 29). San Pablo quiere que se excomulgue al incestuoso de Corinto (*I Cor.*, V, 5). Regula los procedimientos que se han de seguir en esta misma Iglesia, y por razones de prudencia no quiere que sean llevadas ante jueces paganos las causas temporales de los cristianos (*I Cor.*, VI, 1-5). Ordena a las mujeres que se cubran en las asambleas religiosas (*I Cor.*, XI, 3-16); cuando vuelva a Corinto pondrá también en orden otras cosas (*I Cor.*, XI, 34). Organiza en todas las comunidades grandes colectas en favor de la Iglesia de Jerusalén (*II Cor.*, VII y IX). Fija la edad y las cualidades de las viudas a las que se puede encargar un ministerio en la Iglesia (*I Tim.*, V, 9-16).

Medidas disciplinarias del mismo estilo serán necesarias

a lo largo de los tiempos. Por eso la Sagrada Escritura no se limita a mostrarnos el ejercicio del poder canónico en los Apóstoles, sino que nos permite entrever su transmisión a sus sucesores (*I Petr.*, V, 2; *Act.*, XX, 28-30).

**La asistencia prudencial del poder canónico.**—No consiste la tarea del poder canónico en determinar si esta verdad *está o no* revelada, si se halla irrevocablemente definida, si es institución divina. Consiste más bien en determinar si esta cosa concreta es algo que *conduce a acercar* (o alejar) los espíritus, los corazones, la vida toda, de lo que se halla revelado. Como puede verse, nos hallamos en el terreno de las decisiones prudentiales.

No es menester por consiguiente que la asistencia necesaria al poder canónico sea absoluta. Le bastará con una *asistencia relativa, que tenga como fin el garantizar el valor prudencial de las medidas decretadas por este poder canónico.*

**Las medidas de orden general y las medidas de orden particular.**—Cuanto más importantes, cuanto más universales, permanentes y exigentes sean los decretos del poder canónico, tanto más quedarán comprometidas la santidad y la prudencia de la Iglesia. Por el contrario, cuanto más particulares, circunstanciados y temporales sean, más dependerán de la prudencia de este o aquel de sus ministros, y por consiguiente menos comprometida quedará ella.

De ahí el que se dividan estos decretos en medidas de *orden general* por una parte, medidas en las que coloca la Iglesia todo el peso de su autoridad prudencial; son medidas que se refieren a las grandes enseñanzas especulativas y prácticas de los poderes canónicos, a las leyes y mandamientos de la Iglesia, a las decisiones mayores referentes al culto y a la dispensación de los sacramentos, a las disposiciones permanentes del Derecho Canónico. Y en medida de *orden particular* por otra parte, en las que da a entender la Iglesia que no pone todo el peso de su autoridad prudencial; se refieren a las aplicaciones legislativas, a los veredictos judiciales (validez o invalidez de un matrimonio concreto), a las sentencias penales, etc.

**Asistencia prudencial infalible y asistencia prudencial falible.**—Correlativamente a estas dos clases de medidas canóni-



cas será preciso reconocer dos especies de asistencia relativa prudencial.

En primer lugar una asistencia *prudencial infalible* en sentido propio, que garantiza divinamente la prudencia de cada una de las medidas de interés general. No sólo no ordenarán estas medidas nada inmoral o pernicioso, nada que pueda ir contra la ley evangélica o la ley natural, sino que además serán todas medidas sabias, prudentes, buenas. Lo que no quiere en manera alguna decir que hayan de ser siempre las mejores entre todas las posibles medidas: las leyes eclesiásticas, aun dictadas bajo la asistencia del Espíritu Santo, tratan de encauzar una materia siempre en movimiento, de lo que se sigue la posibilidad de un cierto juego y de adaptaciones siempre más perfectas. Y se podrá en este caso hablar de formas y reformas de la Iglesia.

Una asistencia *prudencial falible* en segundo término, que se refiere a las medidas de orden particular. Se da una asistencia divina, ya que estas medidas serán sabias, prudentes, buenas, en cuanto a su orientación general y para el conjunto de los casos; pero es una asistencia *falible*, ya que no garantiza en concreto la sabiduría, la prudencia, el valor de cada una de estas medidas.

**Fe divina y fe eclesiástica.**—Deber nuestro es el de reconocer la autoridad divina no sólo en sí misma, sino incluso en los maestros que ha tenido a bien darnos.

Al mensaje del poder declarativo responde en el pueblo un asentimiento absoluto, teologal, de *fe divina*, asentimiento que se halla fundamentado en la autoridad del mismo Dios, pero que se halla condicionado por la proposición de la Iglesia.

Al mensaje del poder canónico responde en el pueblo cristiano un asentimiento prudencial, moral, de *fe eclesiástica*, fundada en la autoridad de la Iglesia, que tiene un mandato de Dios y se halla asistida por el Espíritu Santo.

Los decretos canónicos pueden ser bien *prácticos y disciplinarios*, bien *magisteriales y doctrinales*: en este último caso exigen una docilidad intelectual, un asentimiento interno a una doctrina propuesta, ya que no como irreformable,

por lo menos como prudente y segura en las actuales circunstancias (53).

**3.º El plano de la existencia empírica de la Iglesia.**— Por debajo del plano de las decisiones absolutas que definen el depósito revelado, y del plano de las decisiones prudenciales que lo *protegen* en el espíritu y el corazón de los fieles, existe lugar para otra clase de decisiones prudenciales que tienen como finalidad la de asegurar a lo largo de los siglos la *existencia empírica* de la Iglesia, la de determinar sus relaciones concretas con el flujo de los movimientos políticos y de las orientaciones culturales. En cada momento de la historia se da toda una teoría de diferentes soluciones posibles. Para poder juzgar de su exacto valor sería menester abrazar más que el momento presente. Sería preciso entrever toda la serie de los sucesos de la historia en sus relaciones con el reino de Dios. Sería preciso incluso conocer la manera de que se sirve la omnipotencia divina para aprovecharse de nuestros errores, de nuestros pecados, de todas las formas del mal. Todo esto se halla más allá de nuestros alcances, y la prudencia del poder canónico se hallará en estos casos incierta: *Che sarà domani? ..... Non sappiamo*, decía Pío XI, a propósito de los efectos del Tratado de Letrán.

Las medidas de que tratamos aquí son como los vasos capilares del poder jurisdiccional. Nos indican el camino que hemos de seguir por regiones inciertas y llenas de sorpresas. No siempre aparecerán a la vista de todos su prudencia, su sabiduría, su bondad. Incluso no pocas veces les faltará la homogeneidad, cuando los depositarios del poder canónico se conduzcan de diferente manera «a esta o aquella parte del Pirineo», e incluso en el interior de las mismas fronteras, y estén convencidos de que interpretan con toda fidelidad los deseos de la Iglesia y de la autoridad suprema.

La asistencia divina prometida a la Iglesia se limita en estos casos, a veces, a asegurar su existencia empírica, física. Sabemos que suceda lo que suceda, la Iglesia no desaparecerá de la superficie de la tierra. Podemos hablar en este caso de una *asistencia biológica*. Es una asistencia que no nos ahorra las pruebas, los tanteos, ni siquiera los errores de gobierno:

---

(53) Véase más adelante, p. 217.



incluso puede servirse de éstos. Por eso se puede muy bien comprender la libertad con la que historiadores como Luis Pastor, al que no faltaron las aprobaciones de los Pontífices, han podido juzgar retrospectivamente del carácter feliz o desgraciado de la política de los Papas.

Volveremos a encontrar las distinciones entre el poder de orden y poder de jurisdicción, entre la asistencia absoluta del poder declarativo y la asistencia prudencial del poder canónico, que es a veces infalible y a veces falible, en el capítulo VII, en el que trataremos de la santidad tendencial de los poderes jerárquicos (54).

Pero antes de dar término a esta sección es menester que digamos unas palabras sobre las formas jerárquicas y las formas privadas de la profecía.

#### **Formas jerárquicas y formas privadas de la profecía.—**

1. El don de profecía ha pasado de Cristo a la Iglesia bajo una doble forma: en primer lugar bajo una forma *regular y jerárquica*, que ha tenido como órganos extraordinarios a los Apóstoles, y que tiene hoy en día como órganos ordinarios a los depositarios de la jurisdicción permanente, es decir, al soberano Pontífice y a los Obispos; después bajo una forma milagrosa, pasajera, esporádica: la profecía *privada o individual*. Por no haber prestado atención al misterio de esta doble transmisión y a la naturaleza de la profecía jerárquica, ha podido Vladimiro Soloviev desconocer la presencia de la profecía en la Nueva Ley y acusar al Cristianismo de haberla abolido.

2. Las gracias proféticas de orden jerárquico son: 1.º las gracias de *revelación* y de *inspiración* otorgadas a los Apóstoles para oír y expresar las verdades del depósito divino al que nada puede añadirse; 2.º las gracias de *asistencia* otorgadas al magisterio postapostólico, sea de una manera absoluta para conservar este depósito y explicitarlo, sea de una manera prudencial para protegerlo y prepararnos a recibirlo.

3. Las profecías no jerárquicas e individuales no fundamentan la ley. Tienen sin embargo una importancia considerable y constante en la obra de iluminación del Cuerpo místico de Cristo: «En ninguna época han faltado, escribía Santo Tomás,

---

(54) Véase más adelante, p. 256.

sujetos dotados del espíritu de profecía, cierto que no para traernos una nueva *doctrina de fe*, sino para *dirigir la conducta* de los hombres» (55). Las profecías no jerárquicas pueden llamar la atención de los poderes jurisdiccionales sobre este o aquel aspecto del mensaje cristiano y ser de esta manera causa de decisiones que harán bien a toda la Iglesia: recuérdense las declaraciones que siguieron a gracias privadas que se referían al Culto del Santísimo Sacramento o del Sagrado Corazón. Pueden sugerir iniciativas preciosas que habrán de ser controladas por el poder jurisdiccional, pero que o bien no corresponde a dicho poder el emprender o simplemente descuida el suscitarlas: basta recordar a los grandes fundadores de Ordenes religiosos; las grandes audacias misioneras de los Cirilos y de los Metodios, de los Franciscos de Javier; las grandes intuiciones intelectuales de un Agustín, de un Alberto Magno, de un Tomás de Aquino: la misión tan excepcional de una Juana de Arco; recuérdese la «fe en el Espíritu» que enumera San Pablo entre los favores de orden carismático y que representa bien sea un don milagroso de proponer las cosas de la fe, bien «la intensidad de confianza en Dios que concede momentáneamente el Espíritu para llevar a cabo una obra sumamente difícil, incluso la curación sobrenatural o el milagro» o «hasta trasladar montañas» (56). Estas profecías pueden sostener las etapas de un alma interior hacia las cumbres de la vida del amor y concurrir para producir en la Iglesia grandes santidades que la iluminarán de una manera maravillosa: piénsese en las gracias netamente extraordinarias otorgadas no solamente a una Santa Teresa, sino a casi (¿es necesaria esta expresión restrictiva?) todos los grandes contemplativos. Santo Tomás no ha dejado de señalar este último aspecto: «El don de profecía, escribe él, es concedido a algunos, para utilidad de la comunidad y para la iluminación de sus propios corazones, *et propter propriae mentis illustrationem*: ellos son en quienes viene a residir por la gracia santificante la divina sabiduría, ellos a los que constituye esta sabiduría amigos de Dios y profetas a un tiempo, *amicos Dei et prophetas eos constituit*» (57).

---

(55) II-II, qu. 174, a. 6, ad 3.

(56) E. B. ALLO, *Première épître aux Corinthiens*, pp. 325 y 337.

(57) II-II, qu. 172, a. 4, ad 1.



En efecto, la profecía se concede a menudo a los santos; pero la profecía no es la santidad. La santidad puede consistir en sufrir en la fe y en la agonía de corazón la injusticia de una situación, de un estado de cosas, sin prestar medio alguno de modificarlas directamente; la profecía se encarga de soltar todos los nudos.

4. «No apaguéis el Espíritu», escribe San Pablo (*I Tess.*, V, 19-21), «no despreciéis las profecías. Probadlo todo y quedaos con lo bueno».

A la jerarquía asistida del Espíritu de profecía corresponde el juzgar de la autenticidad de las profecías privadas. Deber suyo será el mostrarse prudente e incluso desconfiada: «Carísimos, escribirá San Juan, no creáis a cualquier espíritu, sino examinad los espíritus, si son de Dios, porque muchos seudo-profetas se han levantado en el mundo» (*I Jo.*, IV, 1). Todo el esfuerzo de San Pablo, a lo largo del capítulo decimocuarto de la primera epístola a los de Corinto, consiste ya en reglamentar manifestaciones que los Corintios referían sin más al Espíritu Santo.

No tiene sentido el imaginar un conflicto entre las profecías privadas cuando son auténticas por una parte, y las directivas constitucionales, cuando se hallan garantizadas por el Señor, por otra. Pero las profecías privadas pueden no ser auténticas, y puede que las directivas jurisdiccionales no se hallen siempre garantizadas en este u otro caso. Y pueden entonces suscitarse malentendidos, y dar origen a casos dolorosos.

5. Sigue siendo verdad que por regla general la frase: «Quien a vosotros escucha a Mí me escucha, quien a vosotros rechaza a Mí me rechaza», se extiende a todos los imperativos de la Iglesia; y todos sabemos que, desde su suprema tentativa con Jesús, el Seductor trata de encauzar a fines que no son los propios las más divinas energías. Si sucede que Dios, tras de haber depositado en ciertas almas dones admirables de apostolado, no les envía en el último momento la señal que están esperando de parte de la Iglesia para poder obrar, quiere con ello darles a entender que desea que arda la llama en el secreto de su corazón. Para ir formando poco a poco el tesoro oculto de la Iglesia, necesita el sacrificio de impulsos generosos que hubieran podido ser impulsos de conquista. No puede consistir la planta tan sólo en flores; es preciso que tenga también raíces que oculte en la tierra.

«A veces da la impresión de que todo está pidiendo la misión de la Iglesia, y esa misión no acaba de llegar. Hecho éste que puede ser explicado suficientemente por el sentido superior de las oportunidades, sentido que tan propio es de la Iglesia. Newman forja proyectos para la consolidación del Catolicismo en Inglaterra: proyectos que fracasarán mientras él viva, y que no irán camino de su realización más que una vez muerto Newman. Ahora bien, este ejemplo nos sugiere otra explicación. Cuando es un gran sensitivo el hombre que sueña con una gran obra religiosa, acaricia esta obra como fruto de su arte personal, pone en toda ella sutiles exigencias y ardores febriles. Menester es sin embargo no olvidar que las obras de Dios y de la Iglesia son frutos de razón y de sabiduría; además es preciso que no puedan ser atribuidas al capricho, ni siquiera al genio de un artista humano. Por eso Dios concede al artista el honor de presentir y de anunciar su obra, pero reserva a la Iglesia el llevarla a cabo, por medio de instrumentos a veces sumamente humildes» (58). Y añade el Padre Clérissac: «Se ha dicho que es preciso saber sufrir no solamente por la Iglesia, sino debido a la Iglesia..... En todo caso, señal cierta será de que guardamos la plenitud del Espíritu el no admitir jamás que podamos sufrir por la Iglesia de manera diversa a como podemos sufrir por Dios» (59).

¿A qué viene por otra parte ese asombrarse ante semejante proceder del Espíritu? Si es cosa suya la Iglesia, si la rige de la misma manera que ha regido la persona del Verbo la naturaleza humana de Cristo, si trata de reproducir con toda la Iglesia, en la trama del tiempo y del espacio, el designio de la vida temporal de Cristo, ¿no habrá que buscar en ella, al menos en cierta medida, ese misterio de la vida oculta que tanto nos confunde, es decir, ese misterio de una inteligencia venida a este mundo para iluminar los siglos y de un amor venido para abrasar con su fuego la tierra, y que durante treinta largos años permanecen encerrados en el más profundo de los silencios? ¿Qué supone, junto al silencio de Cristo, el silencio de un hombre, aun cuando sea el silencio de un Agustín o de un Cirilo, de un Tomás de Aquino o de un Juan de la Cruz?

---

(58) P. CLÉRISAC, O. P., *Le mystère de l'Église*, París, 1918, p. 174.

(59) *Ibid.*, p. 178.



**Conclusión sobre los poderes jurisdiccionales.**—1. Las palabras dirigidas a Pedro: «Apacienta mis ovejas» (*Jo.*, XXI, 17), y: «Lo que ligares en la tierra.....» (*Mt.*, XVI, 19), se refieren, aparte del poder de orden, a diversos *poderes*: el poder declarativo y el poder canónico.

Las palabras: «Id, enseñad a todas las naciones.....» (*Mt.*, XXVIII, 19-20), se refieren a diversos *mensajes*: al mensaje revelado y al mensaje secundario.

Las palabras: «Yo me hallo con vosotros todos los días.....» (*Mt.*, fin), se refieren a diversas *asistencias*: la asistencia absoluta y las asistencias prudenciales.

Las palabras: «Quien a vosotros escucha a mí me escucha.....» (*Lc.*, X, 16), se refieren a diversas *obediencias*: la obediencia teologal y la obediencia moral.

2. El Evangelio, profundamente estudiado, manifiesta los poderes jerárquicos de orden y de jurisdicción, de los que nace la Iglesia, que es el lugar de la gracia sacramental y orientada. Las grandezas de la jerarquía se hallan al servicio de las grandezas de la santidad. El orden jurisdiccional, por más necesario, por más divino que pueda ser, no es lo mejor ni lo más divino que se da en la Iglesia; recibe toda su grandeza de su destino, que consiste en servir al amor. «Pedro, escribía Cayetano, es ministro de la Iglesia. Lo cual no quiere decir que se halle ésta por encima de aquél en punto al poder, sino que aquél pone todo su poder al servicio de la Iglesia. ¿No ha dicho el mismo Señor que venía para servir? Por eso, cuando el Papa dice que es el siervo de los servidores de Dios, no hace más que expresar una verdad. Pero la Iglesia es mayor y mejor que el Papa, de la misma manera que el fin es mejor y más excelente que aquello que al fin se endereza: en el orden cualitativo, decía San Agustín, ser mayor equivale a ser mejor. El papado es para la Iglesia y no a la inversa. Así, pues, es verdad que el Papa es siervo, no dueño, y que la Iglesia, hablando absolutamente, lo supera en nobleza y bondad, aun cuando bajo el aspecto jurisdiccional sea el Papa su cabeza» (60).

---

(60) *Apologia de comparata auctoritate papae et concilii*, ed. Pollet, n.º 517.

#### IV. LA APOSTOLICIDAD, PROPIEDAD MISTERIOSA Y NOTA MILAGROSA DE LA IGLESIA

La virtud divina que mantiene a la Iglesia pasa por la Jerarquía, y puede por ello ser llamada apostólica. Es una virtud que confiere a la Iglesia una estructura apostólica. Esta estructura, misteriosa en su entraña, es milagrosa por su brillo.

**A. La Apostolicidad incluye verticalmente una mediación, y horizontalmente una sucesión.**—1. Confesar que la verdadera Iglesia es apostólica equivale a confesar que depende de una virtud espiritual que tiene su sede en la Santísima Trinidad, que baja de allí a la Humanidad de Cristo, para pasar a continuación al doble poder sacramental y jurisdiccional del cuerpo apostólico y llegar finalmente al pueblo cristiano. Allí donde se halla esta *mediación*, esta cadena, se halla la verdadera Iglesia, compuesta, como lo diremos más adelante, de justos que se salvarán y de pecadores que se condenarán. Allí donde por el contrario falte esta mediación, falta la verdadera Iglesia: no siempre un cierto pertenecer inicial, saludable, pero por lo menos un pleno pertenecer a la verdadera Iglesia. Ningún eslabón de esa cadena puede ser suprimido y ni siquiera cambiado: la Divinidad es eterna, Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por toda la eternidad (*Hebr.*, XIII, 8), y asistirá hasta el fin al Cuerpo apostólico. Un Dios eterno, un Cristo inmortal, un cuerpo apostólico indefectible, y finalmente las naciones fieles, he ahí el orden evangélico.

2. Pero ¿cómo podrá ser indefectible el cuerpo apostólico más que gracias a una *sucesión* ininterrumpida? Supongamos que se dé una fisura, y que ocupe su puesto inmediatamente otra institución idéntica en apariencia: podrá parecer que nada ha cambiado; pero en realidad todo habrá quedado modificado, y este cambio no tardará en dejarse ver. La institución nueva no heredaría ninguno de los misteriosos privilegios otorgados por Jesús al cuerpo apostólico. Sin la sucesión ininterrumpida, el último eslabón de la cadena de la que cuelga la Iglesia se rompería, la apostolicidad de la Iglesia se hundiría.



La mediación significa el orden vertical de dependencia; la sucesión, el orden horizontal.

**La propiedad misteriosa de la Apostolicidad.**—La Apostolicidad, considerada como propiedad de la Iglesia de Cristo, puede ser definida como *la propiedad que conviene a la Iglesia por el hecho de que ésta nace de una virtud sobrenatural, recibida de Dios por Cristo y por el Cuerpo Apostólico conservado de manera ininterrumpida*. El cuerpo apostólico significa aquí los poderes jerárquicos de orden y la jurisdicción; allí donde se hallen dichos poderes mutilados o ausentes, se hallará también mutilada o ausente la apostolicidad.

Considerada desde este punto de vista, la Apostolicidad es, lo mismo que la Iglesia, un misterio de fe. No son la razón ni la historia, sino la fe, la que nos enseña que, partiendo del seno de la Trinidad, pasa a través de Cristo y de la Jerarquía una virtud divina, para dispensar al mundo la salvación y reunir al pueblo de Dios. «No hay más que un Dios y Padre de todos, que está por encima de todos, por todos y en todos», nos dirá San Pablo; y «no hay más que un Señor»; y una única Jerarquía que dispensa, por sus dos poderes conjuntos, «una sola fe y un solo bautismo», para que no sea la Iglesia más que un «único cuerpo» habitado por «un único Espíritu» (*Eph.*, IV, 4-6).

Verdad es que podemos verificar la continuidad ininterrumpida de generación en generación, de ciertas enseñanzas doctrinales, como por ejemplo los dogmas, y de ciertos ritos exteriores, como por ejemplo el sacrificio y los sacramentos. Pero ¿sería posible sin la virtud divina de la fe creer que estas enseñanzas son la expresión infalible de los misterios ocultos en el seno de Dios, creer que estos ritos comunican el poder de perpetuar el único sacrificio redentor y de santificar a las almas? Si los poderes jerárquicos o apostólicos se transmiten por usos y ritos visibles que pueden dejar su huella en la arena de la historia, permanecen sin embargo intrínsecamente fuera del campo de la investigación histórica, racional o psicológica; y el carácter jerárquico o apostólico que afecta necesariamente a la verdadera Iglesia no será menos misterioso que esta misma Iglesia. Creemos en la Apostolicidad, de la misma manera que creemos en la Iglesia: *Credo..... apostolicam Ecclesiam*.

**Las propiedades son misteriosas, las notas milagrosas.**—

1. Tomada en su principio, la apostolicidad es misteriosa y constituye un objeto de fe divina; pero considerada en sus manifestaciones se convierte en un signo revelador de la verdadera Iglesia. Algo así como la vida, muerte y resurrección del Salvador son, bajo un aspecto, puros misterios, y signos milagrosos en lo que aparece visiblemente al exterior.

Lo mismo sucede con la unidad católica y con la santidad de la Iglesia: constituyen en sí mismas sendos misterios, y como de rechazo otros tantos milagros.

2. Unidad, santidad, catolicidad, apostolicidad son inseparables: son otros tantos aspectos de una misma profunda realidad. Doquiera que se halle una de ellas, se hallan en la misma medida las otras tres.

3. En la medida en que conservan aún elementos cristianos las Iglesias disidentes, en la medida en que han llevado consigo pedazos de la verdadera Iglesia, podrá encontrarse en ellas, en estado mutilado o degradado, algo de su naturaleza, de sus propiedades, de sus notas, de los *vestigios* de su grandeza (61).

**B. La Apostolicidad, como nota o signo milagroso de la verdadera Iglesia.**—La Apostolicidad, menester es no olvidarlo, puede convertirse en signo de la verdadera Iglesia para dos clases de investigadores:

a) para los que creen ya que Jesús y los Apóstoles han dado al mundo la religión definitiva, pero que buscan dónde se halla ésta. La apostolicidad es en este caso un signo *mixto* que pone en movimiento a la fe y a la razón; a título de esto interviene en la argumentación que ha llamado prescripción Tertuliano;

b) para los que se contentan con contemplar a la Iglesia desde fuera, pero poniendo en ello cierta atención; en

---

(61) Afirmación ésta que vale por lo que al maniqueísmo y al arrianismo se refiere: véase ahora sobre este particular el reciente estudio tan sugestivo de PIERRE JEAN DE MENASCE, *Agustin manichéen*, en *Freudesgabe für Ernst Robert Curtius*, FRANCKE VERLAG, Berna, 1956. Por lo que a los *vestigios* de la Iglesia se refiere, véanse más adelante, pp. 355, 357, 359, 387, 404.



este caso es un signo *puro* en el que no interviene más que la razón.

**1.º La Apostolicidad, como signo mixto, o el argumento de prescripción.**—Admitido que Jesús y los Apóstoles han traído al mundo la religión definitiva venida del cielo, se presenta el siguiente dilema: o bien *prosigue* esta religión en el mundo por una continuación *ininterrumpida*, y esto supuesto conservará intacto su carácter divino, o se hallará *interrumpida* esta religión, de manera que lo que a esa interrupción siga se deba a la iniciativa de los hombres, y no pueda tener su origen más que en este mundo. Las dos señales de esa ruptura las constituirán: la *disidencia*, que se separa de lo que se cree por doquier, y la *innovación*, que se separa de lo que siempre se ha creído.

La disidencia se separa de lo que se ha creído por todas partes y por todos, *quod ubique, quod ab omnibus*. En efecto, la universalidad puede ser una regla de ortodoxia suficiente, a veces, para quien cree que la Iglesia de Cristo ha sido enviada a todos los pueblos. En páginas inolvidables de la *Apologia pro vita sua*, cuenta Newman la inquietud que se produjo en su alma cuando creyó reconocer en la situación en que antiguamente se habían hallado los donatistas de Africa y los Monofisitas de Oriente respecto de la gran Iglesia, la situación en que se hallaba en su tiempo la Iglesia de Inglaterra. No queremos con ello decir que el mero número pueda bastar para decidir en una cuestión de verdad. La universalidad a la que aquí nos referimos es, según la expresión de San Vicente de Lerins, la de los verdaderos adoradores de Cristo o, conforme a la imagen del Evangelio, la de las verdaderas ovejas de Cristo. ¿Dónde podremos hallarlas más que allí donde se halle Pedro, el pastor? La innovación se separa de la antigüedad, de lo que ha sido creído desde siempre, *quod semper*. También la antigüedad constituye por su parte una regla de ortodoxia para quien cree que Cristo asiste de continuo a su Iglesia. Mantiene la esencia del Cristianismo, no sus formas contingentes; excluye el que quede el Cristianismo alterado, no su progreso. En caso de duda, ¿dónde podremos hallarla más que entre las verdaderas ovejas de Cristo, de las que es Pedro el pastor?

La comunión con Pedro será, ya que no el *único* criterio, sí por lo menos el criterio *Supremo* de la verdadera apostolicidad.

**Continuidad de la Jerarquía.**—Si se cree en una jerarquía divinamente asistida, la continuidad de esta *Jerarquía* nos indicará el lugar de la verdadera *doctrina*. Este es en efecto el argumento al que acuden los primeros apologistas. «Si se dan doctrinas que pretenden remontar hasta la época de los Apóstoles, escribía Tertuliano, y descender de ellos por haber existido ya en tiempo de ellos, les diremos nosotros: Que prueben el origen de sus Iglesias; que muestren luego la serie de sus obispos de manera que haya sido instalado por los Apóstoles, o por alguno de los varones apostólicos que perseveraron en la comunión con los Apóstoles, el primero de sus Obispos. En efecto, así nos presentan sus fastos las Iglesias apostólicas: la Iglesia de Esmirna nos muestra a Policarpo, instalado por San Juan; la de Roma a Clemente, ordenado por San Pedro» (62).

Algo más tarde, dirigiéndose a los Gnósticos que pretendían que los Apóstoles, aparte de la doctrina común consignada en la Sagrada Escritura, habían enseñado a los perfectos una sabiduría esotérica, reservada, San Ireneo (muerto hacia el 202) respondía que los Apóstoles hubieran instruido en esa sabiduría ante todo a aquellos a quienes colocaban a la cabeza de las Iglesias, y a los que designaban como sucesores suyos. ¿Cuál es, pues, la tradición de los Apóstoles? Fácil será, para quienes buscan la verdad, darse cuenta de ella. Es una tradición manifestada en el mundo entero, tradición que se puede reconocer en cada Iglesia. Ahora bien, ni los Obispos instituidos por los Apóstoles, ni sus sucesores hasta nosotros, han conocido jamás algo que se asemejara a lo que sueñan los Gnósticos. Nosotros podríamos enumerarlos. «Pero teniendo en cuenta que sería demasiado largo, en un volumen como éste, el enumerar la sucesión de todas las Iglesias, tomaremos la gran Iglesia, antigua y de todos conocida, la Iglesia fundada y constituida en Roma, por los dos Apóstoles más gloriosos, por Pedro y Pablo; mostraremos que la Tradición que dicha Iglesia recibe de los Apóstoles y la fe que ha anunciado a los hombres (*Rom.*, I, 8), han llegado a nosotros por sucesión de Obispos. Y servirá esto de confusión para todos aquellos que por una u otra razón, por complacencia para consigo mismos, o por

---

(62) *De praescriptione haereticorum*, XXXII, 1-2.



vanagloria, o por obcecación o falso juicio, han constituido agrupaciones ilegítimas. Ya que es preciso que toda Iglesia, es decir, los fieles que de todas partes llegan, esté de acuerdo con esta Iglesia de Roma, por su más poderosa autoridad de fundación, con esta Iglesia en la que se ha conservado la Tradición que tiene su origen en los Apóstoles» (63). Tras de haber dado los nombres de los doce Obispos de Roma, por los que según su expresión, «ha llegado hasta nosotros la Tradición que se halla en la Iglesia a partir de los Apóstoles y la predicación de la verdad», pasa Ireneo a la Iglesia de Esmirna cuyo anciano Obispo Policarpo, establecido por los mismos Apóstoles, ha conocido en los tiempos de su juventud, y después de la Iglesia de Efeso fundada por Pablo y en la que residió el Apóstol San Juan. Y tras de haber aducido dichas pruebas, prosigue que «no es necesario por consiguiente buscar en otra parte la verdad que tan fácilmente se puede beber en la Iglesia, ya que los Apóstoles han colocado en ella toda la verdad, en su plenitud, como en una rica despensa, a fin de que quien lo desee pueda beber en ella el licor de la vida» (64).

**Continuidad del Primado jurisdiccional.**—¿Es necesario invocar el testimonio de varias Iglesias? Aun siendo apostólica, una Iglesia particular podrá hundirse (*Apoc.*, II, 4-5). Sólo la Iglesia universal es heredera de las promesas. Pero en las grandes tempestades, cuando rompe en dos el cisma a los fieles de todo el universo, ¿dónde podremos hallarla? Sabemos que esta expresión universal, ha de ser tomada en un sentido cualitativo, que designa a las verdaderas ovejas de Cristo esparcidas por todo el mundo. Cristo las dirige desde lo alto del cielo. Pero ¿quién ha de apacientarlas, en nombre de Cristo, en la tierra? Es Pedro el que ha recibido las promesas. ¿Qué encontramos ya desde las primeras páginas, en el libro de los Hechos, escrito para manifestar que el mismo Espíritu Santo es el principio de la Iglesia toda? Un hecho totalmente nuevo nos sorprende: la autoridad de Pedro sobre la Iglesia. Los Apóstoles se dispersarán. Pedro abandonará Jerusalén. Poco más tarde veremos las primeras

---

(63) *Adversus haereses*, III, 3, 2.

(64) *Ibid.*, 4, 1.

Iglesias Cristianas, dóciles al impulso que han recibido, que comienzan a levantar los ojos mirando a la Iglesia fundada en Roma por los Apóstoles Pedro y Pablo. En ella reside el poder de regir la Iglesia universal. Este poder habrá de desplegar con el tiempo todas sus virtualidades. Cada día se hará más manifiesto el sentido de las palabras que Jesús dirigió a Pedro. La Iglesia universal, la Iglesia apostólica, aparecerá, cada día de manera más explícita, como la Iglesia de Pedro.

**2.º La Apostolicidad como signo puro, o el milagro de la constancia de la Iglesia.**—Los fundamentos divinos sobre los que reposa la Iglesia le confieren una solidez, una estabilidad, una constancia que ni los pecados de sus hijos ni los ataques de los extraños han podido echar por tierra. La característica tan sorprendente, e incluso milagrosa, de esta constancia es algo que puede escapar, qué duda cabe, a una mirada superficial, pero comienza a mostrarse a toda mirada suficientemente atenta y penetrante. «La Iglesia, nos recuerda el Concilio Vaticano, debido a su santidad, a su unidad católica, a su invencible constancia, constituye por sí misma un motivo de credibilidad, grande y perpetuo, y una prueba irrefragable de su misión divina» (65). Puede comprobarse esta constancia, en primer lugar en su Jerarquía, y consiguientemente en la Doctrina y en la comunión.

**Constancia de la Jerarquía.**—La Iglesia ofrece en primer término el espectáculo de un cuerpo jerárquico organizado, compuesto del Papa y de los Obispos, que fundándose en una misión inaudita, gobierna desde hace veinte siglos, por una sucesión ininterrumpida, una sociedad siempre creciente que ha sobrevivido a todos los trastornos culturales, como los provocados por su penetración en el Imperio Romano, por la invasión de los bárbaros, por el descubrimiento de nuevos mundos y el advenimiento del mundo moderno. En su *Historia del Papa Inocencio III*, compuesta cuando era aún pastor protestante en Schaffhouse, Federico Hurter ha recalcado, desde el punto de vista de la pura historia, y no, nos dice él, del de la dogmática o de la polémica, la singular

---

(65) Sesión III, Constit. *De fide catholica*, cap. 3; Denz., n.º 1.794.



constancia del Papado (66). Y sin embargo en toda época no han faltado «grandes hombres», «profetas de abajo», que se han levantado para predecir el fin de la jerarquía, el fin del Papado, el fin de la Iglesia. No ha sido el fin de la Iglesia lo que ha tenido lugar; a lo sumo el fin de un mundo, el fin de una cristiandad concreta.

Es menester estar de acuerdo en que semejante constancia supera las fuerzas de la constancia humana. Para manifestar esta verdad sería preciso estudiar de más cerca, seguir con todo detalle la oposición que instituye por ejemplo Pascal entre las sociedades humanas y la Iglesia: «Los estados perecerían si no se hicieran someter las leyes a la necesidad. La religión jamás ha sufrido de esta condición ni ha tenido necesidad de llevarla a cabo. Verdad es que son necesarias las acomodaciones o los milagros. Nada tiene de extraño el que se conserve sometiéndose: y aun así perecen al fin totalmente: no hay estado que haya durado mil años. Pero que esta religión se haya mantenido siempre, de la manera más inflexible, esto es algo divino» (67). Acomodación o milagro. El teólogo protestante Gaston Frommel no dudaba: «El ideal político que domina un determinado período decide la forma según la cual se realiza la unidad religiosa. De este principio general habremos de deducir que las Iglesias del futuro realizarán la catolicidad cristiana en conformidad con el ideal político de su tiempo» (68), es decir, bajo la forma democrática de un «congregacionalismo federado» (69). Así juzga en efecto la sabiduría humana. Pero la perpetuidad del cuerpo apostólico, que ha de prolongarse hasta el fin de los tiempos, representa ya desde nuestros días un desafío a las leyes del tiempo lo suficientemente claro para que pueda verse en él su carácter milagroso.

**Constancia de la doctrina.**—La persistencia de una doctrina que se ha formulado con el nacimiento del Cristianismo y que es capaz, sin tener que renegar de sí misma, de dar respuestas elevadas, comprensibles, aplicables a los más vivos

---

(66) Véase el texto que antes hemos citado, p. 14.

(67) *Pensées*, éd. Brunschwig, n.º 614.

(68) *Études religieuses et sociales*, Saint-Blaise, 1907, p. 298.

(69) *Ibid.*, p. 308.

problemas que plantea la vida; el hecho de que haya sido adoptada por hombres de todas las generaciones y de todas las condiciones, no puede explicarse por una inclinación espontánea o fatal de la naturaleza humana, como se explica por ejemplo la idolatría, considerada sea en sus formas particulares: el animismo, el fetichismo, etc., sea en sus formas más generalizadas: por ejemplo las diversas formas del panteísmo. En efecto, se trata de una doctrina cuyo menor efecto consiste en restituir de un solo golpe la luz a las más elevadas verdades racionales que había dejado oscurecerse la humanidad: Dios que es a un tiempo soberanamente distinto del mundo y maravillosamente presente al mundo, el hombre que se halla sometido a la sociedad como individuo pero superior a ella en cuanto persona, etc., y cuyo supremo efecto consiste en proponer al mismo tiempo enunciados misteriosos que superan absolutamente el alcance de la inteligencia humana, sin contradecir sin embargo jamás verdaderamente a la razón, y manteniéndose además en la pura línea de sus aspiraciones más nobles, ya que la fe en los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la gracia, de los sacramentos, de la visión beatífica, e incluso del pecado, aparece a quien lo examina como hallándose no *contra*, sino *por encima* de la razón. Esta doctrina se mantiene idéntica siempre a sí misma, no, claro está, como algo que carece de vida, como un tesoro mineral, sino como una verdad viva, definitiva, y que sin embargo no ha cesado jamás de desplegar a pleno día las riquezas de su contenido, dando de esta manera al mundo el espectáculo de una continuidad doctrinal que no tiene igual (70). Verdad siempre antigua y siempre nueva, que, volviendo a descubrir en nuestros días las catacumbas, o volviendo tras

---

(70) Si las herejías alimentan esta ambición de hacer volver el Cristianismo a sus orígenes, se debe ello a que desconocen esta ley profunda de la vida. Por lo que a ellas respecta, dice Mohler: «el Cristianismo puede considerarse como algo totalmente acabado, definitivo e inmutable. Con lo cual se mantiene la ilusión de poder dar con un cristianismo bíblico, evangélico, que se encontraría de nuevo en el supuesto de que hubiera podido desaparecer durante un centenar o un millar de años. ¿Qué se diría de quien, perdiendo la razón durante años, y que tuviera sin embargo de vez en cuando recuerdos de su niñez, acusara a los demás de desviación y quisiera hacerlos volver a su estado de infancia?». *La Unidad de la Iglesia*, traducción francesa, París, 1938, p. 61.



de una ausencia de diez años a la tierra de Africa, halla allí el testimonio sensible de su milagrosa constancia. En la apertura del primer Concilio del Africa cristiana resucitada, podrá exclamar el Cardenal Lavigerie: «Todo ha pasado por nuestra tierra africana: las generaciones, los imperios. La Iglesia desterrada de estas tierras se ha hallado mezclada en todo el mundo al movimiento de los espíritus, a las revoluciones, a las emigraciones, a las diversas ideas de los pueblos. Hoy vuelve de nuevo a nosotros para establecer entre nosotros su pacífica morada, y al excavar en el suelo profundo de los siglos, halla, en los monumentos que en esta tierra dejó, la prueba más esplendorosa de la fidelidad con la que conserva las verdades de las que es depositaria» (71).

**Constancia de la comunión social.**—Por esta expresión entendemos la ininterrupción de un lazo social que une espiritualmente a hombres a los que tratarán sin embargo de dividir, en el interior, causas permanentes de cisma y de herejía: pretextos fútiles y pretextos aparentes, errores inconscientes y errores tercos, pasiones individuales y pasiones nacionales, indignidades supuestas y, sobre todo, menester es decirlo, indignidades manifiestas de demasiados eclesiásticos y de demasiados cristianos; hombres a los que amenazan desde el exterior causas permanentes de desunión: violencia de la persecución o seducción del espíritu, del mundo. A pesar de estos ataques de dentro y de fuera, la Iglesia ha conservado la primitiva forma de su unidad, la forma orgánica: ni ha renegado de ella en favor de la tesis de una Iglesia cuya perpetuidad sería a lo más invisible, ni la ha cambiado por la forma federativa que proponen en nuestros días las Iglesias disidentes protestantes.

Pascal ha subrayado en diversas ocasiones el carácter sorprendente de esta perpetuidad: «Se han visto nacer tantos cismas y herejías, caer por tierra tantos Estados, tantos cambios en todas las cosas; y esta Iglesia que adora a Aquel que ha de ser siempre adorado, ha subsistido sin interrupción. Y lo que es más admirable, lo que es incomparable y totalmente divino, es que esta religión que ha durado siempre, ha sido siempre combatida. Mil veces se ha visto en vísperas de

---

(71) *Oeuvres du Cardinal Lavigerie*, París, 1884, t. I, p. 94.

la destrucción total; y cada vez que se ha hallado en este estado, la ha levantado Dios con el auxilio extraordinario de su poder. He ahí lo realmente admirable: el que se haya mantenido sin tener que doblegarse bajo la voluntad de los tiranos» (72).

**El argumento de la estabilidad de la Iglesia puede ser captado por el mismo sentido común.**—Por más deseables que sean los estudios técnicos comparativos sobre la evolución de las sociedades, lo mismo civiles que religiosas, no parecen sin embargo indispensables para hacer brotar la convicción invencible de la trascendencia de la Iglesia, y no decimos en quien cree de antemano que es ésta la Iglesia del Verbo encarnado —entraríamos en un círculo vicioso; y Hurter, Newman, Soloviev, no eran católicos cuando admiraban la permanencia del Papado—, decimos en un observador accesible a las realidades espirituales, cuyo juicio no se halle prevenido, sino que busque la razón oculta de la movilidad de las sociedades por una parte, y de la permanencia de la jerarquía, de la doctrina, de la comunión de la Iglesia por otra. Ganado por el espectáculo de una tan maravillosa constancia, y muy en especial en un mundo tan agitado como el mundo occidental, leerá este historiador con ojos totalmente nuevos, en los Hechos de los Apóstoles, el juicio proferido por Gamaliel sobre la primitiva Iglesia: «Si es esto consejo u obra de hombres, se disolverá; pero si viene de Dios, no podréis disolverlo, y quizá algún día os halléis con que habéis hecho la guerra a Dios» (*Act.*, V, 38-39).

**3.º La estructura apostólica de la Iglesia había sido ya profetizada.**—1. Es éste un nuevo medio que puede conducirnos al discernimiento de la verdadera Iglesia. Aun tomando los escritos neotestamentarios en su sentido más externo, queda uno admirado al comprobar que nos anuncian la organización de la que la Iglesia, después de mil años, nos ofrece la más viva y fiel imagen. Esta fuerza de la profecía queda acrecentada para quien penetra en el misterio de la Iglesia.

El Nuevo Testamento anuncia una Jerarquía dotada del po-

---

(72) *Pensées*, ed. Brunschwicg, n.º 613.



der *cultural* de perpetuar el sacrificio de Cristo hasta que vuelva El, y de dispensar los Sacramentos. El sacrificio único que hace a la tierra el don de la redención eterna (*Hebr.*, IX, 12) será canalizado a través de los siglos por la repetición del rito sacrificial incruento de la Cena (*Lec.*, XXII, 19; *I Cor.*, XI, 24). Los discípulos recibirán el poder de perdonar los pecados (*Jo.* XX, 23), de confirmar (*Act.*, VIII, 17), de ordenar (*II Tim.*, I, 6).

Anuncia una jerarquía dotada del poder *pastoral* de enseñar y de gobernar a los fieles. La revelación evangélica hecha a los Apóstoles habrá de ser propuesta por sus sucesores autoritativamente a todos los pueblos hasta el fin de los tiempos (*Mc.*, XVI, 15; *Mt.*, XXVIII, 19). La fuerza de Cristo les llegará por medio de uno de entre ellos que será el pastor de las ovejas de Cristo (*Jo.*, XXI, 15 ss.), que los confirmará en la fe (*Lc.*; XXI, 32), que constituirá el fundamento visible (*Mt.*, XVI, 18) por medio del cual la Iglesia toda reposará finalmente en Cristo (*I Cor.*, III, 11).

Así, pues, una jerarquía visible, ininterrumpida, de carácter cultural y pastoral al mismo tiempo, que, gracias a su poder cultural obra instrumentalmente para dispensar a los hombres la Redención de Cristo sacerdote, y que gracias a su poder pastoral, dispensa auténticamente el mensaje, lo mismo especulativo que práctico, de Cristo rey, jerarquía ordenada totalmente a formar y a mantener en el mundo el cuerpo de Cristo, la Iglesia (*Eph.*, IV, 16): he ahí la Iglesia de que nos habla el Nuevo Testamento.

¿Dónde se halla plenamente realizada esta Iglesia? En la Iglesia en la que no se encuentran opuestos sino ordenados entre sí el último fundamento que es Cristo, y el fundamento próximo que es la jerarquía. En la Iglesia en la que, por lo que a la autoridad pastoral se refiere, se mira no como opuestas sino como estrechamente unidas, por una parte, en primer lugar la autoridad soberana que nos trae la Revelación y la autoridad subordinada que nos la conserva; y por otra parte, la autoridad universal heredada de Pedro y la autoridad particular heredada de los demás Apóstoles.

2. La profecía anuncia la realización; en retorno, como siempre y por todas partes, la realización de la profecía infunde luz sobre la profecía. Ya hemos recordado antes las palabras de Soloviev: «Que se encuentre por consiguiente, para las palabras de Cristo a Pedro, un efecto

correspondiente que no sea la cátedra de Pedro. Y que se descubra para esta cátedra una causa suficiente aparte de la promesa hecha por el Señor a Pedro» (73). En un anejo a su libro: *La leyenda del Gran Inquisidor de F. M. Dostoïevski*, tras de haber citado largos pasajes anticatólicos sacados de las diferentes obras de Dostoïevski, añade Vassilij Rosanov: «Todo esto puede ser justo como resumen de hechos. Pero no es posible sin embargo cerrar los ojos a las palabras finales pronunciadas por Cristo, como las narra el último Evangelio de San Juan. *Apacienta*: he ahí el origen de la autoridad contra la que en vano se irrita Dostoïevski, el origen de la autoridad unipersonal, excepcional, y en manera alguna colectiva, ya que estas palabras tan llenas de significado no fueron dirigidas al grupo de los Apóstoles..... ¿Puede uno representarse hasta qué límites se ha desarrollado y se desarrollará este Testamento del Salvador tan bien puesto en relieve, tan decisivo, repetido por tres veces y —circunstancia que importa sobremanera— justamente antes de su subida a los cielos? *Verdaderamente estas palabras se asemejan al manto arrojado por Elías a Eliseo*..... La Iglesia se hallaba siempre, se halla y se hallará con una cúpula de oro, con una cúspide, y jamás se convertirá en un rebaño de Chigalev» (74).

**Conclusión.**—La jerarquía es para la Iglesia, no la Iglesia para la jerarquía. Cuando la Iglesia salte del tiempo a la eternidad, desaparecerá la jerarquía. Y brotará entonces del corazón mismo de la Iglesia del cielo, para iluminarla por entero con sus ángeles y sus elegidos, una nueva jerarquía que está ya formándose en el tiempo. No será ya una jerarquía de signos y de símbolos, una jerarquía del destierro, como lo es la de aquí abajo. Sino que será la pura jerarquía de la santidad, de la visión y del amor beatíficos.

---

(73) *Rusia y la Iglesia Universal*. Madrid, 1946, p. 224.

(74) Traducido por S. Tyszkiewicz, S. J., en la *Nouvelle Revue de Théologie*, diciembre 1952, pp. 1.062-1.074.



## CAPÍTULO VI

### EL ALMA CREADA DE LA IGLESIA

Hablaremos en este capítulo: I, del alma creada de la Iglesia; II, del itinerario de la Iglesia; III, de la comunión de la Iglesia.

#### I. EL ALMA DE LA IGLESIA

Trataremos de la naturaleza del alma de la Iglesia, 1); de la caridad en cuanto cultural, 2); sacramental, 3); orientada, 4); de la unidad de conexión y orientación, 5).

##### 1. LA NATURALEZA DEL ALMA CREADA DE LA IGLESIA.

**La Iglesia, en cuanto que brota de la Jerarquía, es santa.** Es de la jerarquía, de los poderes de orden y de jurisdicción, de donde brota aquí abajo la Iglesia en su acto acabado, plenamente abierta y cristoconforme. De la jerarquía, como acabamos de verlo, recibe su apostolicidad y su constancia.

De la jerarquía, asimismo, recibe su santidad plena. Las grandezas de la jerarquía se hallan ordenadas a las grandezas últimas que son las de la caridad: «Aun cuando tuviere el don de profecía....., si no tengo caridad, nada soy» (*I Cor.*, XIII, 2). La gracia, la caridad cuando viene de Cristo por el contacto de los poderes sacramentales y jurisdiccionales adquiere una riqueza, una tal plenitud que hace de ella, sobre el plano de las realidades creadas inherentes a la Iglesia, su principio vivificador supremo, su alma creada.

**El alma increada y el alma creada de la Iglesia.**—1. El Espíritu Santo es su alma increada. La mueve a través de Cristo y la Jerarquía, para colmarla de sus dones.

Si la moviera tan sólo atravesándola, de la misma manera que atraviesa el sol un vidrio, sólo El sería el Alma de la Iglesia. Pero si la mueve como mueve Dios un rosal, depositando en él el poder vital permanente de producir rosas, entonces se dará en la Iglesia un alma creada: alma que será la caridad plenamente cristiana, plenamente apostólica (1).

La conexión entre el alma creada y el alma increada de la Iglesia, entre el Espíritu y la caridad de Cristo, ha sido marcada con todo vigor por el Apóstol en su primera Carta a los Corintios. Tras de haber hablado de la diversidad de los dones, de los misterios, de las operaciones que constituyen a la Iglesia, añade: «Pero todo esto lo lleva a cabo un mismo *Espíritu*, distribuyendo los dones en particular a cada uno según su beneplácito» (*I Cor.*, XII, 11). Ahora bien, todos estos dones se hallan jerarquizados. Todos, sean cuales fueren, lo mismo el apostolado que el don de profecía, el don de milagros que el de lenguas, se hallan subordinados a un *don supremo* sin el cual nada serían —expresión ésta que es del Apóstol—, sin el cual por consiguiente la Iglesia no existiría: «Aspirad, pues, a dones mejores: Y voy a mostraros todavía una vía que supera a todas las demás. Aun cuando hablara las lenguas de los ángeles y de los hombres, si me falta la caridad, no soy más que un bronce que suena o un címbalo que retiñe..... La caridad no perece. ¿Las profecías? Desaparecerán. ¿Las lenguas? Se callarán. ¿La ciencia? Desaparecerá..... Hoy permanecen la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de las tres es la caridad» (*I Cor.*, XII, 31; XIII, 1, 8, 13).

2. La caridad sin la cual «nada sería» la Iglesia. Penetrando en esta inmensa revelación, en la que resume el Apóstol todo el espíritu del Evangelio, escribirá Santa Teresa de Lisieux: «Entonces comprendí que, si tenía la Iglesia un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaba el más noble, el más necesario de todos; comprendí que la Iglesia

---

(1) El Alma (mayúscula) se refiere al Alma increada; el alma (minúscula) al alma creada.



tenía *un corazón*, y que ese corazón se hallaba ardiendo en amor; comprendí que sólo el Amor hacía obrar a estos miembros de la Iglesia, que si llegara algún día a extinguirse el Amor, no anunciarían más el Evangelio los Apostoles y los mismos mártires se negarían a ofrendar su sangre. Comprendí que en el Amor se hallaban encerradas todas las vocaciones, que el Amor lo era todo, que comprendía todos los lugares, todas las épocas, porque, en una palabra, era eterno» (2).

Ha sido preciso que la Santa de Lisieux descubra en cierto sentido, en el umbral mismo de nuestra época, el alcance eclesiológico, manifiesto por otra parte, del mensaje del Apóstol para gritarlo al mundo y recordar a quienes lo olvidan que la caridad de Cristo es un componente esencial de la Iglesia, que constituye su alma, su alma creada, y que bajo este aspecto ha de entrar incluso en la definición que dan los Catecismos de la Iglesia.

3. Se da una correlación entre el Espíritu y la caridad, entre el alma increada y el alma creada de la Iglesia. El Espíritu no reside plenamente más que allí donde es plenamente cristiana la caridad. «Donde se halla *el Espíritu de Dios*, escribía San Ireneo, se halla la Iglesia *y toda la gracia*» (3), toda la gracia de Cristo. Por eso no nos preguntemos si es teocéntrica o cristocéntrica la Iglesia y la piedad de la Iglesia: la Iglesia no es plenamente teocéntrica más que siendo plenamente cristocéntrica. Cristo es su Cabeza, su centro visible; el Espíritu, la Trinidad, su centro invisible.

**El alma de la Iglesia es la caridad en cuanto cultural, sacramental y orientada.**—Si es la Iglesia una morada, un templo en el que comienza a residir Dios desde el día siguiente de la caída, pero en el cual no establece su plena residencia más que en los días de la Encarnación y de Pentecostés, disponiéndola a esta dignidad por una efusión inaudita hasta entonces de la gracia de Cristo, no hay duda de que será preciso considerar a esta efusión como supremo principio inherente de vida de la Iglesia, como su alma creada. Y se definirá esta alma diciendo que es la caridad cristiana y cris-

---

(2) *Manuscritos autobiográficos* (Burgos), pp. 244-245. B., 14-15.

(3) *Adversus haereses*, libro III, cap. 24, n.º 1.

toconformante, caridad que ha llegado en la Nueva Ley a su pleno florecimiento.

La vida de la Iglesia la constituye a fin de cuentas la caridad, en cuanto que esta caridad es una prolongación de la caridad de Cristo, y en cuanto que lleva consigo el triple sello de su sacerdocio, de su santidad y de su realeza. Es una caridad reunida en torno al *culto* cristiano, es decir, en torno a la perpetración del sacrificio de la cruz y de la dispensación de los sacramentos; caridad llevada a su más elevado punto de semejanza con la caridad de Cristo debido a su paso a través de los *sacramentos*; dirigida y orientada por los poderes *jurisdiccionales*; en una palabra, es la caridad en cuanto *cultural, sacramental y orientada*.

Antes de entrar en el análisis de estas tres características, es menester, si queremos salir de las confusiones en que no pocos se aturullan, resolver brevemente un problema de eclesiología.

**¿Puede ser la caridad el alma de la Iglesia?.**—Tal es la dificultad. Los pecadores bautizados, si conservan la fe, siguen siendo miembros de la Iglesia. Lo cual supuesto, ¿no habría que definir a la Iglesia por el elemento espiritual que se encuentra en *todos* sus miembros, es decir, por la *fe*? Por consiguiente la caridad, que se encuentra tan sólo en los miembros justos, no pertenecerá a la esencia de la Iglesia, sino a su *perfección*; no será el alma creada de la Iglesia. (Hagamos observar de paso que por un razonamiento idéntico nos veríamos obligados a decir que el Espíritu Santo, que no mora más que en los justos, no puede ser, a título de su habitación, el Alma (increada) de la Iglesia).

Planteemos un sencillo problema para hacer ver la inconsistencia de dicha objeción: ¿Puede concebirse que la Iglesia, la Iglesia del Evangelio, se vea por un solo instante privada de la caridad, que se vea compuesta tan sólo de miembros pecadores? Desde luego que no. Semejante afirmación equivaldría a decir que las puertas del infierno han logrado prevalecer contra ella. La concepción de una Iglesia evangélica sin caridad es una concepción metafísicamente inconcebible, un concepto contradictorio; por el contrario, nada impide que se componga de sólo justos, como sucederá en los cielos. En otras palabras, la caridad derivada de Cristo, ha de entrar en la misma definición de la Iglesia. El cristiano peca-



dor representa un estado de privación, al paso que la noción misma de la Iglesia no podría ser definida incluyendo en su concepto una privación.

4. Ahora bien, ¿cómo pertenecen los pecadores a la Iglesia? ¿Pueden hallarse privados *personalmente* de la caridad en cuanto pecadores, y participar al mismo tiempo *colectivamente* de la caridad en cuanto miembros de la Iglesia? Sí, y creemos que ésta es la verdadera respuesta.

Su pertenencia a la Iglesia depende de dos elementos:

a) de los valores espirituales que residen directamente en ellos, como por ejemplo el carácter bautismal, la fe teologal, incluso la esperanza teologal: lazo éste que no podría ser roto más que por el pecado de *herejía*.

b) de su deseo de permanecer en la Iglesia, es decir, de depender de la caridad cultural, sacramental, derivada, de la que se hallan *personalmente* privados, pero de la que prosiguen confesando que constituye el lazo íntimo de la *comunión eclesial*; su unión con la Iglesia no quedaría rota más que por el pecado de *cisma*, pecado que se levanta contra la caridad *en cuanto que constituye el principio de la unidad eclesial*, y en cuanto que reúne para santificarlos a los justos y a los pecadores.

Se ven privados de la caridad personalmente, en cuanto pecadores; pero participan de la caridad colectivamente en cuanto miembros de la Iglesia: esta participación, aun siendo tan sólo indirecta y no salvífica, es sin embargo de un valor inestimable.

Son miembros de la Iglesia: no en plan de *igualdad* con los miembros justos, sino *dependiendo* de ellos (4).

5. La caridad de Cristo, caridad que llamamos cultural, sacramental, orientada, es sin duda alguna el alma de la Iglesia. Se halla presente de manera directa, inmediata, salvífica por sí misma en los justos. Y se halla presente de manera indirecta, extensiva, no salvífica, por su influjo, en los pecadores que siguen siendo miembros de la Iglesia, y sobre los cuales revierte.

---

(4) Aunque la unidad eclesial, absolutamente hablando, sea siempre la de la caridad (*formata*), ya que la Iglesia siempre se halla en gracia; siempre en cuanto que reside en este o aquel determinado individuo, puede muy bien hallarse sin la caridad (*informis*). Cayetano, I-II, qu. 39, a. 1, n.º III.

6. Allí donde sea plena, es decir, cultural, sacramental, orientada la caridad de Cristo, se halla entera el alma de la Iglesia, y la Iglesia, compuesta de justos y pecadores, se halla en acto acabado.

Allí donde no sea plena caridad la de Cristo, donde falten, bien sean los Sacramentos, bien el Sacrificio de la Misa, o las directivas de una jurisdicción divinamente asistida, el alma de la Iglesia se halla imperfecta —o mutilada—, la Iglesia no se halla más que en acto inicial, o por mejor decir en acto mutilado.

7. Estas precisiones, en las que insistiremos más adelante (5), nos ayudan, a lo que creemos, a extirpar los errores que brotan sin cesar.

En efecto, no es raro el oír decir: Los pecadores bautizados pertenecen a la Iglesia, pero no al Cuerpo místico de Cristo; los justos no bautizados pertenecen al Cuerpo místico de Cristo, no a la Iglesia. Con lo cual se establece una disyunción entre la Iglesia y el Cuerpo místico de Cristo.

En realidad, la Iglesia y el Cuerpo místico de Cristo tienen la misma extensión. Pertenecemos a la Iglesia en la medida misma en que pertenecemos al Cuerpo místico, y recíprocamente. Los pecadores bautizados pertenecen de un modo no salvífico a la Iglesia, que es el Cuerpo místico; los justos no bautizados pertenecen de un modo salvífico, pero inicial —o mutilado— a la Iglesia, que es el Cuerpo místico.

Y esto supuesto, podemos volver a las tres características de la gracia plenamente cristiana. Esta gracia es cultural, sacramental orientada.

## 2. LA CARIDAD EN CUANTO CULTURAL.

**La caridad cristiana se halla centrada en el sacrificio de la Cruz.**—1. Por su muerte en la Cruz, que es a un tiempo el supremo acto de culto y el supremo acto de amor, inaugura Cristo el régimen de la Nueva Ley. El culto que es el continente, y el amor que se halla en él contenido, se hallan de esta manera unidos inseparablemente en el sacrificio de Cristo.

---

(5) Véanse más adelante, pp. 238, 242, 283, 368, 369, 415.



La caridad que brota de Cristo para formar el alma de la Iglesia no será por consiguiente una caridad desnuda, abstracta, sino una caridad cultural; una caridad que, a diferencia por ejemplo de la caridad del paraíso terrenal, se halla en este mundo inseparablemente unida al culto cristiano; suprimir el culto cristiano, suprimir la Misa o los Sacramentos, equivaldría a suprimir por lo mismo la caridad en su relación al acto redentor de Cristo, equivaldría a suprimir la caridad en cuanto cristiana.

2. La caridad cultural crea en la Iglesia toda una profunda inclinación a mantenerse al pie de la Cruz para ofrecer al Padre «la Víctima pura, santa e inmaculada», única capaz de redimir el mundo perdido, y para ofrecerse a sí misma con Cristo y por Cristo. La Iglesia no cesa de recordar que si ha muerto Jesús por todos, lo ha hecho «a fin de que cuantos viven no vivan ya para sí, sino para quien ha muerto y ha resucitado por ellos» (*II Cor.*, V, 15). Se halla como fascinada por el misterio de la Misa, que, bajo las apariencias del sacrificio incruento, nos hace don en cada momento de la presencia del único sacrificio cruento, en el que han quedado pacificados cielos y tierra (*Col.*, I, 20). ¿No consiste la exigencia del Amor en dar al Amado algo que sea digno de El?

3. El hecho de que llame el Señor al cristiano para que dé un testimonio de sangre, equivale a algo así como la ofrenda litúrgica que el Mártir hace de su cuerpo. El anciano Obispo de Esmirna, Policarpo, muere a sus ochenta y seis años en la hoguera (hacia el 156). Atado al poste, según nos narran las Actas auténticas, levanta al cielo sus ojos y dice: «Señor Dios Omnipotente: Padre de tu amado y bendecido siervo Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento de ti, Dios de los Angeles y de las potestades, de toda la creación y de toda la casta de los justos, que viven en presencia tuya: Yo te bendigo, porque me tuviste por digno de esta hora, a fin de tomar parte, contado entre tus mártires, en el cáliz de Cristo para resurrección de eterna vida, en alma y cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo: ¡Sea yo con ellos recibido en tu presencia, en sacrificio pingue y aceptable, conforme de antemano me lo preparaste y me lo revelaste y ahora lo has cumplido, Tú el infalible y verdadero Dios. Por lo tanto yo te alabo por

todas las cosas, te bendigo y te glorifico, por mediación del eterno y celeste Sumo Sacerdote, Jesucristo, tu siervo amado, por el cual sea gloria a Ti con el Espíritu Santo, ahora y en los siglos por venir. Amén» (6).

**Toda la oración de la Iglesia es cultural.**—La caridad en cuanto cultural y referida al sacrificio redentor inspira la oración de la Iglesia bajo estas dos formas: su forma secreta, silenciosa, contemplativa y su forma manifiesta, colectiva, litúrgica.

Ambas formas son evangélicas. El mismo Cristo que ha dicho: «En cuanto a ti, cuando te pongas a orar, retírate a tu habitación, cierra las puertas y ora a tu Padre que se halla allí en lo oculto; y tu Padre que ve en lo oculto sabrá pagártelo» (*Mt.*, VI, 6), ha dicho también: «Donde se hallan dos o tres reunidos en mi nombre, me hallo yo en medio de ellos» (*Mt.*, XVIII, 20). Estas dos clases de oración son necesarias para formar la única oración de la esposa.

La oración silenciosa se halla como invenciblemente atraída por el misterio de la real presencia de Cristo en el seno del tiempo y de la Misa que no cesa de verter sobre la humanidad la sangre de la Cruz; por otra parte, las oraciones litúrgicas tanto del Oriente como del Occidente, lo mismo las más antiguas como las que se hallan aún en uso, hallándose íntimamente unidas a la plegaria sacrificial de Cristo, a su adoración, a su acción de gracias, a su oración de súplica por todo el mundo, manifiestan los acentos de esta caridad cultural de la que decimos que inunda la Iglesia (7).

(6) *Martirio de San Policarpo*, XIV, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, 1950, p. 682. Véase más adelante, p. 221.

(7) P. RESCH concluye su obra *La doctrine ascétique des premiers maîtres égyptiens du quatrième siècle*, París, Beauchesne, 1931, p. 263, afirmando que esta doctrina es cristiana «por la fe que le sirve de fundamento, por los ejercicios de piedad, recitación de salmos, meditación de las Sagradas Escrituras, recepción de la Eucaristía, que la alimentan..., finalmente y muy en especial por el ideal que la estimula y el fin que persigue, la conformidad con Cristo crucificado y la unión con Dios».



### 3. LA CARIDAD EN CUANTO SACRAMENTAL.

**El contacto de Cristo y la caridad sacramental.**—Desde el lugar de la tierra que se ha escogido para realizar en él la obra de nuestra redención, reparte Cristo sus gracias a los hombres de dos maneras: *a distancia e imperfectamente* sobre aquellos que se hallan alejados, de manera que esta gracia, que se asemeja a la gracia dispensada en edades anteriores, no puede preparar más que un anuncio, un esbozo de la Iglesia; *por contacto y plenamente* sobre quienes le rodean inmediatamente, y esta gracia es capaz de constituir a la Iglesia en su estado de perfección: he ahí la gracia que sigue llegando a nosotros desde la Ascensión a través de los sacramentos de la Nueva Ley, y que por esta razón es llamada gracia o caridad sacramental. Es una gracia plenamente cristiana, plenamente cristoconforme y plenamente cristoconformante por consiguiente: «A aquellos a los que ha conocido de antemano, los ha predestinado para que *llegaran a ser conformes a la imagen de su Hijo*, para que sea éste el Primogénito entre muchos hermanos» (*Rom.*, VIII, 29).

**La caridad sacramental es connatural, filial, plena.**—Ya hemos indicado las tres características de la caridad sacramental (8).

Es *connatural*. Trae consigo a la Iglesia las condiciones de arraigo y de estabilidad análogas a las condiciones de arraigo y de estabilidad que encuentra la gracia creada en el alma de Cristo unida al Verbo. Individualmente los miembros de la Iglesia podrán fallar; pero jamás cesará la Iglesia como tal de hallarse en el amor, de ser la residencia connatural y la patria del amor. La gracia de la Nueva Ley no elimina la muerte ni las tentaciones ni los conflictos; es el lirio en medio de las espinas; sin embargo se halla más arraigada, más íntima que la gracia de la inocencia: es una gracia que jamás se perderá, gracia que viene a buscar al hombre incluso en el pecado para justificarlo, lo prepara para una justificación más gloriosa, para una justificación semejante a la de Cristo. Sería preciso poder describir la labor de transformación que va operando en las

---

(8) Véase más arriba, pág. 79.

almas de los grandes santos en los que se realizan ya desde este mundo la unión transformante y la unión mística del cielo y de la tierra.

Es una caridad *filial*. La palabra que pone en nuestros labios y en nuestros corazones cuando nos dirigimos a Dios es la de *Padre*: «Vosotros rogaréis así: Padre nuestro que estás en los cielos.....» (*Mt.*, VI, 9). Es una caridad que nos constituye en hijos de Dios: «Nos ha predestinado para la adopción filial por Jesucristo» (*Eph.*, I, 5) y *hermanos* de su Unigénito: «El santificador y los santificados tienen un mismo origen. De ahí que no se avergüence de llamarlos hermanos, cuando dice: Anunciaré tu nombre a mis hermanos..... Y ya que los hijos tienen común su sangre y su carne, también él participó de esa comunidad de sangre.... Por esto hubo de asemejarse en todo a sus hermanos, a fin de hacerse Pontífice misericordioso y fiel, en las cosas que tocan a Dios, para expiar los pecados del pueblo» (*Hebr.*, II, 11-12, 14, 17). Nos ha hecho sus *coherederos*: «Si, hijos, también herederos, herederos de Dios y coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con El, para ser con El glorificados» (*Rom.*, VIII, 17). Verdad es que la gracia de la inocencia hacía de Adán un hijo de Dios (*Lc.*, III, 38); pero esta gracia no podía tener el carácter de intimidad y de filiación que recibe en nuestros días de Cristo. También Israel tenía la adopción filial (*Rom.*, IX, 4), pero no en el grado en que ha sido concedida esa adopción después de la venida de Cristo: «Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. Y por ser hijos envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre! De manera que ya no es siervo, sino hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios» (*Gal.*, IV, 4-7). Santo Tomás dirá que «la filiación adoptiva es una semejanza participada de la filiación natural (9), y que si no es debida la herencia más que a los hijos, convenía que quien es Hijo por naturaleza nos hiciera participar de su filiación por adopción» (10).

---

(9) III, qu. 3, a. 5, ad 2.

(10) III, qu. 4, a. 8.



Es *plena*. Participa de la plenitud que tenía en Cristo. La gracia ha sido dada a Cristo para dos fines: eterno uno, temporal el otro (11): 1.º para hacer su alma proporcionada a la divinidad por la visión y el amor beatíficos; 2.º para hacer a su alma proporcionada a su misión redentora. Por eso, la gracia de Cristo al pasar por la Iglesia ha de conservar un doble peso: 1.º un peso de gloria que la dirigirá hacia la divinidad, y que creará en ella la plenitud de la inhabitación de la Trinidad; 2.º un peso de cruz que la arrastrará en pos de Cristo para redimir al mundo juntamente con El. La séptuple perfección sacramental concederá a la caridad el realizar espontáneamente «los efectos especiales necesarios a la vida cristiana» (12) y a la formación del Cuerpo Místico. De la misma manera que la luz, al pasar a través de cristales de colores diferentes, va tiñéndose de manera diversa, así también la gracia y la caridad, al pasar a través de cada uno de los siete sacramentos, va tomando modalidades y coloraciones diversas. Pero es menester que expliquemos más aún este carácter pleno de la perfección sacramental.

**División de las gracias sacramentales.**—La gracia que moraba en Cristo peregrino tiene su continuación en la gracia que mora en la Iglesia a través de su peregrinar. La gracia sacramental es la gracia en cuanto perpetúa, en la medida en que lo permiten la naturaleza de las cosas, la forma de santidad de Cristo en la forma de santidad de la Iglesia, la forma de santidad de la Cabeza en la forma de santidad del Cuerpo. Es una gracia que es derramada en la Iglesia a través de los siete sacramentos, cada uno de los cuales tiene su propia finalidad.

El modo más profundo de dividir las gracias sacramentales es la que hace suya Santo Tomás cuando jerarquiza los siete sacramentos de la Nueva Ley. Según esta división las gracias sacramentales pueden dividirse en dos categorías principales:

En primer lugar las que son necesarias a la perfección del Cuerpo místico entero, *sin ser sin embargo necesarias a la perfección de cada uno de sus miembros*. Son las gracias que se hallan destinadas a permitir a los cristianos bien sea

---

(11) S. THOMAS, III, qu. 7, a. 1. Véanse más adelante, pp. 215-216.

(12) S. THOMAS, III, qu. 62, a. 2 y ad 1.

cumplir santamente las funciones de la jerarquía cristiana (gracias sacramentales del Orden), bien santificar el estado de vida del matrimonio cristiano (gracias sacramentales del matrimonio). La transmisión de las funciones jerárquicas y la continuación del estado del matrimonio van reparando el desgaste que inflige el tiempo en el Cuerpo místico. En este sentido preciso y limitado pueden oponerse los dos sacramentos del Orden y del Matrimonio a los demás sacramentos, es decir, en cuanto sacramentos de la vida social: en un sentido más profundo todos los sacramentos se hallan ordenados a la vida social, y la Eucaristía, sacramento por excelencia de la vida íntima, es al mismo tiempo el sacramento por excelencia de la vida social.

La segunda categoría comprende las gracias sacramentales que son necesarias a la perfección del Cuerpo Místico total y a la *perfección de cada uno de sus miembros*. Estas gracias se subdividen en dos grupos. En el primer grupo colocaremos las gracias sacramentales que no son necesarias al Cuerpo místico más que como consecuencia de la debilidad de sus miembros, como consecuencia de las sorpresas del pecado a las que sucumben desgraciadamente con harta frecuencia; son las gracias sacramentales de la Penitencia, gracias que pueden devolver la vida no a un cualquiera, sino a los miembros de Cristo caídos y heridos; y las de la Extremaunción que pueden librar de las consecuencias del pecado, con vistas a su encuentro definitivo con Cristo, a los miembros de Cristo reconciliados por la Penitencia. Y en el segundo grupo colocaremos las gracias sacramentales que son necesarias de por sí al Cuerpo místico: las gracias del Bautismo, por medio de las cuales aquellos que «por naturaleza eran hijos de ira» (*Eph.*, II, 3) quedan de pronto inmersos «en la novedad de vida» del Cristo místico (*Rom.*, VI, 4); las gracias de la Confirmación, por las que los bautizados quedan revestidos de la fuerza de lo alto, a semejanza de los Apóstoles en el día de Pentecostés (*Act.*, I, 8 y XIX, 6), para de esta manera perpetuar amorosamente el testimonio exterior dado por Cristo de la verdad (*Jo.*, XV, 27; XVIII, 37); las gracias de la Eucaristía, por las que puede completar el cristiano su entrega de amor a Cristo: «Quien me coma vivirá por Mí» (*Jo.*, VI, 57).

«Los sacramentos de la Iglesia reciben su virtud de manera particular de la Pasión de Cristo; esta virtud pasa en cierto



modo a nosotros a través de los Sacramentos que recibimos; de ahí que hayan brotado del costado abierto de Cristo, colgado de la Cruz, agua y sangre, símbolos del Bautismo y de la Eucaristía, es decir, de los dos sacramentos principales» (13).

**Diversidad de las gracias sacramentales.**—«A los que de antes conoció, a éstos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que sea éste el primogénito entre muchos hermanos» (*Rom.*, VIII, 29). La conformidad con la gloria de Cristo presupone la conformidad con la Pasión de Cristo, conformidad que normalmente se nos concede a través de los sacramentos cristianos.

El *Bautismo* es el sacramento de la iniciación al misterio de la Pasión de Cristo: ésa es su modalidad específica. La gracia que nos comunica dicho sacramento es una participación de aquélla, que para rescatar y salvar al mundo, ha llevado a Jesús a la Pasión, a la muerte y a la Resurrección. Es una gracia que tiende a producir en nosotros efectos análogos, a llevarnos a la Pasión, a la muerte y a la resurrección de Jesús. Todo el itinerario que reclama en nosotros la muerte del hombre viejo y el nacimiento del hombre nuevo, con sus exigencias heroicas a veces, se halla inscrito y contenido de antemano en la gracia del Bautismo (*Rom.*, VI, 3-8).

La gracia de la *Confirmación* se halla estrechamente unida a la de Pentecostés. Es una gracia que viene a desarrollar en nosotros la entrega inicial del Espíritu que ha tenido lugar en el Bautismo (*Act.*, VIII, 17; XIX, 6). Nos confirma y fortifica, para de esta manera, y ésta es su modalidad específica, pedirnos que confesemos santamente la fe: no meramente a título privado y espontáneo, sino como mandatarios de la Iglesia para proseguir en el tiempo y en el espacio, de una manera cultural y litúrgica, el testimonio público de la Verdad que ha venido a inaugurar solemnemente Cristo (*Jo.*, XVIII, 37), y que no ha de desaparecer en adelante. «El confirmado, nos dice Santo Tomás, recibe el poder de confesar por sus palabras la fe de Cristo públicamente y algo así como por mandato, *ex officio*» (14); he ahí el *carácter* conferido por la Confirmación; la *gracia* de la Confirmación dará

---

(13) S. THOMAS, III, qu. 62, a. 5.

(14) III, qu. 72, a. 5, ad. 2.

fuerzas para llevar a cabo este mandato en unión íntima con la caridad de Cristo, «ex sacramentali conjunctione ad Christum» (15).

La gracia de la *Penitencia* tiene por modalidad específica la de borrar el pecado en quienes por el Bautismo son miembros de Cristo, la de grabar en ellos la vergüenza y confusión por sus ingratitudes, el dolor de la ofensa cometida contra el Amor, la adoración de las atenciones de una Misericordia que perdona infinitamente más que setenta veces siete, una necesidad insaciable de purificación y de perdón, finalmente un hambre y una sed ardientes de Eucaristía, que, después de la ruptura, nos trae de nuevo la seguridad de volver a gozar de la intimidad.

Dada al cristiano enfermo en peligro de muerte, a merced de las luchas de la agonía, la *Extremaunción* los «salvará» y «si ha cometido pecados le serán perdonados» (*Sant.*, V, 15). Pero puede suceder que hayan sido ya perdonados los pecados por lo que a la falta o mancha se refiere, por el sacramento de la penitencia. Dejan sin embargo en nosotros, aparte de la obligación de una pena y de una compensación, rastros, y lo que se ha dado en llamar «los restos del pecado», es decir, cierta debilidad, cierta inclinación al mal y cierta dificultad para obrar el bien, «de los que es preciso que se vea libre y purificado el hombre que va a dejar este mundo, a fin de que nada en él se oponga a la consecución de la gloria» (16). He ahí el objeto, ya que no único, si por lo menos inmediato de la gracia de la *Extremaunción*, y su modalidad específica. «Aparece, pues, bien claro que este sacramento es el último, y el que da cabo a todo el proceso de curación que va preparando al hombre a participar de la gloria: de ahí su nombre de *Extremaunción*» (17).

Al conferir a los ministros los poderes de *Orden*, la liberalidad divina no los priva de las gracias que pueden hacerlos capaces de ejercer aquellos poderes santamente (18). Los actos de culto: ofrenda del sacrificio incruento y dispensación de

---

(15) JUAN DE SANTO TOMÁS, III, qu. 62; disp. 24, a. 2, n.º 30; edic. Vives, t. IX, p. 291.

(16) S. THOMAS, *IV Contra Gentes*, cap. 73.

(17) *Ibid.*

(18) *IV Contra Gentes*, cap. 74.



los sacramentos, que habrán de continuar ellos, es menester que los lleven a cabo «en memoria de Cristo», en unión con Cristo, en continuidad por consiguiente con esa llama de amor que ha movido a Cristo a dar comienzo a dichos actos y a instituirlos para gloria de Dios y salvación de los hombres. Este respeto, esta amorosa devoción que han de acompañar el ejercicio de los poderes culturales jerárquicos, constituye la modalidad específica de la gracia del Orden.

El sacramento del Matrimonio une a los esposos no solamente en el plano del afecto natural, sino incluso en el plano de la vida de la gracia, en cuanto miembros de Cristo. Tan excelsa es esta unión que no duda el Apóstol en compararla con la unión indisoluble de Cristo y de la Iglesia: «Grande es este misterio; lo digo por lo que a Cristo y a su Iglesia se refiere» (*Eph.*, V, 32). «El mutuo amor de los cónyuges, los lazos de la amistad natural pueden hallarse fuera del sacramento del Matrimonio; pero no por el mutuo amor sacramental, que se deriva de una conformidad de la unión de los esposos con la unión de Cristo y de su Iglesia» (19). Tal es la modalidad específica de la gracia del Matrimonio. Ayuda a los esposos en su tarea de acrecentar el número de hijos de Cristo y el número de los elegidos.

Antes de llegarnos a la Eucaristía digamos que estas modalidades, estas coloraciones sacramentales de la gracia, que constituyen la riqueza del Cuerpo místico de Cristo, comienzan a mostrarse «a los principados y a las potestades, para que les aparezca en el caso de la Iglesia, la sabiduría, infinita en recursos, de Dios» (*Eph.*, III, 10; cfr. *I Petr.*, I, 12); estas modalidades se hallan ya presentes en los más miserables de los cristianos justificados, pero no manifiestan todo su poder más que en el caso de los grandes santos. La teología de la Iglesia quisiera poder provocar el testimonio de éstos sobre los efectos que en ellos producen las gracias sacramentales, y este mismo testimonio quisiera poder registrar para lograr con ello hacer cada día más explícita e ilustrar una de las doctrinas más misteriosas y profundas, harto poco conocida aún por desgracia: la de la gracia sacramental, única plenamente cristiana y única plenamente cristoconformante.

---

(19) JUAN DE SANTO TOMÁS, III, qu. 62; disp. 24, a. 2, n.º 30; edic. Vives t. IX, p. 291.

**La gracia sacramental de la Eucaristía.**—La Eucaristía llevará a cabo lo que ha comenzado el Bautismo. Es ella sacramento de la unidad de la Iglesia, la suprema instancia destinada a hacernos penetrar en la Pasión del Salvador.

La unión de los cristianos con Cristo se halla simbolizada por la unión de *asimilación*, es decir, por la unión más fuerte que pueda ofrecernos la realidad visible; pero sucede con la Eucaristía un cambio de papeles: el alimento material que es inanimado, no causa la vida más que dejándose asimilar, al paso que el Pan del que tratamos aquí es Vida y da vida asimilando: «Quien me come vivirá por Mí» (*Jo.*, VI, 57).

Es preciso que los cristianos se dejen asimilar por *Cristo crucificado*. La Pasión ha dado ya comienzo cuando Jesús instituye la Eucaristía y la distribuye a sus discípulos: «¿No es por ventura el cáliz de bendición que bendecimos una comunión de la sangre de Cristo? ¿Y no es el pan que rompemos una comunión del Cuerpo de Cristo?» (*I Cor.*, X, 16). Y añade el Apóstol: «En efecto, cada vez que coméis este pan, y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta tanto que El vuelva» (*I Cor.*, X, 26). Anunciar la muerte y la resurrección del Señor equivale a aceptar el entrar en vida en el surco de esta muerte y de esta resurrección.

De ahí el carácter *escatológico* de la Eucaristía. De la misma manera que se veía sostenida Israel en su caminar hacia la Tierra prometida por el agua de la peña y por el maná, así también la Iglesia en su caminar hacia la Patria de los últimos fines se ve confortada misteriosamente por el Bautismo y la Eucaristía (*I Cor.*, X, 1-5). El carácter escatológico de los sacramentos cristianos tiene su culmen en la Eucaristía: ésta contiene el cuerpo del Resucitado que ha prometido resucitarnos el último día (*Jo.*, VI, 39, 40, 54).

La unidad *final* de la Iglesia será la que nos manifieste plenamente el sentido de su unidad *en el destierro*. Ya lo había escrito San Pablo: «Ya que no tenemos más que un pan para todos nosotros, no constituimos más que un único cuerpo, ya que todos participamos de este único pan» (*I Cor.*, X, 17). A finales del siglo primero este pensamiento inspiraba una de las más antiguas oraciones eucarísticas que conocemos: «Te damos gracias, Padre nuestro..... Como este fragmento estaba disperso sobre los montes y reunido se hizo uno, así sea reunida tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino.



Porque tuya es la gloria y el poder por Jesucristo eternamente» (20).

**La Eucaristía, foco de toda la caridad sacramental.—**

1. Los sacramentos de la Nueva Ley se hallan orientados hacia la Eucaristía que es como su coronamiento. La gracia *sacramental* que confiere dichos sacramentos es algo así como una anticipación y un voto de la gracia de que nos hace partícipes la Eucaristía, es decir, de esa caridad plena de la que se sigue la unidad del Cuerpo místico de Cristo. «Las santificaciones conferidas por todos los sacramentos nos preparan para consagrar o recibir la Eucaristía..... Por el hecho de su Bautismo, los niños se hallan ordenados por la Iglesia a la Eucaristía, de la misma manera que creen por la fe de la Iglesia, desean la Eucaristía por el voto de la Iglesia, y reciben, al menos en cierta medida, su gracia» (21).

Preciso es decir que en la economía cristiana de la salvación, la misma gracia *no-sacramental* no es salvífica más que por ser una anticipación lejana de la gracia eucarística: de suerte que de todos los hombres que tendrán la vida y se salvarán, ni uno sólo la tendrá ni se salvará más que por su pertenencia más o menos inmediata a este Cuerpo místico que Cristo había decidido desde toda la eternidad unir a sí por el contacto de su Eucaristía. «Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna y yo lo resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida, y bebida mi sangre. Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y yo en él. De la misma manera que enviado por mi Padre que vive, vivo yo también, así quien me coma vivirá, también él, por mí» (*Jo.*, VI, 53-57).

---

(20) *Didaché*, IX, 3-4, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, Madrid, 1950, p. 86.

(21) S. THOMAS, III, qu. 73, a. 3. La fe infundida en los niños pequeños por el Bautismo los ordena de una manera ontológica y anticipada a creer en el mensaje revelado. Creemos nosotros que de manera semejante, la gracia bautismal es como un *voto ontológico*, y por consiguiente una cierta *anticipación ontológica* de la gracia eucarística en la cual quedará consumada la unidad de la Iglesia.

En otras palabras, en la economía cristiana de la salvación, el Cuerpo místico que se forma en torno a la Eucaristía constituye el centro de todas las gracias que se dispensan en el mundo, incluso de las gracias santificantes no-sacramentales, de manera que si por un imposible desapareciere aquélla, desaparecerían al mismo tiempo todas las gracias. De manera que es absurdo concebir la salvación del mundo sin la Eucaristía y sin la gracia que de ella brota. Quienes venidos de la incredulidad o de la disidencia, entran en la Iglesia, presienten esta doctrina que hace de la gracia eucarística el centro y la razón de ser de las demás gracias por las que atrae hasta sí el Señor a los hombres, la presienten a veces y la descubren, incluso antes de haber oído su exposición.

2. La unidad brota del amor, y la excepcional unidad de la Iglesia brota de un excepcional amor que comunica a los hombres el Espíritu Santo por el contacto con Cristo. Y este excepcional amor que inaugura en medio de los hombres una inhabitación del Espíritu Santo de una intimidad y de una profundidad que las épocas anteriores desconocieron, nos es comunicada de la forma más santa, más elevada, más apta para conformarnos con Cristo, por medio de la Eucaristía. «No existe amor mayor que el de dar su vida por quien se ama» (*Jo.*, XV, 13): junto con el Cuerpo y la Sangre de Cristo martirizado, la Eucaristía nos hace don del fuego de su amor para que podamos convertirnos en cuerpo y alma, en una semejanza de Cristo, víctima voluntaria ofrecida a Dios por la salvación del mundo: para que puedan reproducirse en nosotros de la manera más intensa los estados de la vida terrena de Cristo, sus misterios gozosos y gloriosos, y muy en especial sus misterios dolorosos, su pobreza, sus humillaciones, el suplicio infligido a su cuerpo, la agonía de su alma. «Acerquémonos a la Eucaristía, escribe San Juan Damasceno, con un deseo ardiente, y recibamos el Cuerpo del Crucificado con los brazos en cruz. Unámonos al carbón divino para que acrecentado por el ardor de este carbón, consuma nuestros pecados e ilumine nuestros corazones el fuego del deseo que en nosotros arde, y para que participando de la llama divina, quedemos también nosotros inflamados y divinizados» (22).

Toda la gracia santificante del mundo depende de la

---

(22) *De fide orthodoxa*, libro IV, cap. 13.



Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía.

#### 4. LA CARIDAD EN CUANTO ORIENTADA.

##### **El influjo interior y la enseñanza exterior de Cristo.**—

1. El Salvador, que derrama secretamente en el corazón de los hombres su amor, los va adoctrinando además desde el exterior para abrirles los caminos por los que quiere que vayan. Despierta en la Samaritana el deseo del agua viva, y le explica que esta agua es una fuente de vida eterna (*Jo.*, IV, 10-14); concede a sus ovejas la gracia de reconocer su voz, y las llama desde el exterior (*Jo.*, X, 3-5); hace que ardan los corazones de sus discípulos y les enseña las profecías (*Lc.*, XXIV, 32); los mueve a orar y les enseña el *Padre nuestro* (*Lc.*, XI, 1-4).

2. La misión de enseñar autoritativamente es confiada a los discípulos a los que asistirá Cristo, por una gracia de profecía, hasta el fin de los tiempos.

Existe sin duda alguna una rectitud inherente a la virtud. Una rectitud que jamás se equivoca. La fe, la esperanza, la caridad, sea cual fuere el sujeto en el que se hallen, son de por sí infalibles.

Pero el hombre, en el que se hallan la fe, la esperanza, la caridad, no es en manera alguna infalible; puede ir mezclando existencialmente con su fe, con su esperanza y su caridad, sin darse muchas veces cuenta de ello, toda clase de ignorancias e impurezas que pueden ser peligrosas lo mismo para él que para los demás. A esta falibilidad existencial del cristiano prestarán remedio desde el exterior las luces proféticas, principalmente aquellas que han sido prometidas a los poderes jurisdiccionales.

**Los valores de profecía se hallan al servicio de los valores de caridad.**—1. Es el Espíritu Santo quien derrama en nosotros la fe, la esperanza y la caridad. Y es el mismo Espíritu Santo quien nos ilumina desde el exterior por los valores de profecía. Es imposible que se dé un verdadero conflicto entre estas dos acciones del Espíritu Santo. Son acciones que están divinamente de acuerdo. Los valores de santidad exigen el camino que es preciso seguir; y los valores

de profecía nos indican cuál es este camino: «Henos a todos en tu presencia», dijo Cornelio a Simón Pedro, «dispuestos a escuchar lo que te ha sido prescrito por Dios» (*Act.*, X, 33).

2. Los valores de caridad son los primordiales, los más excelentes: «Aun cuando poseyera el don de profecía y conociese todos los misterios y toda la ciencia..... si no tengo caridad nada soy» (*I Cor.*, XIII, 2). Verdad es que los valores de la doctrina y de profecía son en este destierro absolutamente necesarios, pero son unos valores totalmente secundarios. Son valores que se hallan al servicio de los valores de la caridad. Los preservan de los errores que pudieran arruinarlos: «En cuanto a vosotros, decía San Juan, que permanezca en vosotros lo que desde el principio habéis oído; si permanece en vosotros la doctrina que desde el comienzo habéis oído, permaneceréis también vosotros en el Padre y en el Hijo» (*I Jo.*, II, 24). Además sólo ellos permiten a los valores de caridad que consigan la plenitud de su desarrollo. La caridad de Cristo puede ser alma de la Iglesia tan sólo en cuanto que es una caridad plenamente desarrollada, plenamente desplegada, en cuanto que marcha con toda seguridad y firmeza por los caminos que le traza una enseñanza tradicional divinamente asistida por Cristo.

### **La interiorización de las directivas jurisdiccionales.—**

Siendo de naturaleza diversa las directivas jurisdiccionales divinamente asistidas que son propuestas desde el exterior, habrán de ser acogidas también de manera diversa.

A las directivas absolutas del poder declarativo habrá de responder una obediencia divina y teológica, obediencia que se basa en la autoridad misma de Dios. A las directivas prudenciales de los poderes canónicos habrá de responder una obediencia moral y eclesial, basada en la autoridad de la Iglesia, que es la Esposa; si son prácticas y disciplinares estas directivas, pedirán de nosotros una ejecución inteligente; si son especulativas, doctrinales, exigirán además un asentimiento interno de orden intelectual (23).

El amor será quien incline a la inteligencia, lo mismo especulativa que práctica, a prestar su adhesión plena a las directivas jurisdiccionales. Por él quedarán plenamente incor-

---

(23) Véase más arriba, p. 177.



poradas y asimiladas. Y esto supuesto no obran ya como algo extraño, como algo exterior. Son algo interior al amor, el cual, al hacerlas suyas, especifica su propio impulso, se perfecciona y orienta. Y ésta es la razón por la que decimos que el alma de la Iglesia la constituye la caridad en cuanto orientada por las directivas jurisdiccionales que ha interiorizado ella.

5. LA DOBLE UNIDAD DE LA IGLESIA: UNIDAD DE CONEXIÓN Y UNIDAD DE ORIENTACIÓN.

**La unidad mística de conexión y la unidad profética de orientación.**—En cuanto tiene su fuente en los sacramentos, la caridad nos incorpora plenamente a Cristo y nos une con El. Es principio de la unidad fundamental y mística de la Iglesia, su unidad de *conexión*.

En cuanto recoge e interioriza en sí las directivas jurisdiccionales, la caridad es principio de la unidad profética de la Iglesia, su unidad de *orientación*.

Son éstos dos aspectos complementarios de la unidad total sin la que la Iglesia no sería la Iglesia. La Iglesia, que brota místicamente de Cristo por los Sacramentos, y que es por esta razón fundamentalmente *una*, pide en efecto ser la Iglesia proféticamente orientada por una dirección única, venida de Cristo y de su Vicario, pastor de sus ovejas, y hallarse de esta manera *sub uno*. Y por otra parte, la Iglesia puede desarrollar su unidad mística y llegar a ser plenamente *una*, porque se halla bajo una dirección profética única, *sub uno*.

**La unidad de comunión**—De la unidad de conexión y de la unidad de orientación se deriva como consecuencia la unidad plena y esencial de la Iglesia, su *unidad de comunión*.

El pecado tan especial contra la caridad que se llama cisma, podrá comenzar por rehusar bien sea la unidad de conexión con los miembros de la Iglesia, bien la unidad de orientación y la sumisión al Cabeza de la Iglesia. Por otra parte estas dos negativas no son independientes, sino que se hallan implicadas la una en la otra (24).

---

(24) Véase más adelante, p. 339.

## II. ITINERARIO DE LA IGLESIA

**Los cristianos arrastrados en pos de Cristo. La doctrina de San Pablo.**—Ya hemos dicho antes (25) que la caridad sacramental y plena se halla sometida a un doble peso: un peso de gloria que la dirige hacia la divinidad y hacia la plena inhabitación del Espíritu Santo, y un peso de Cruz que la arrastra en pos de Cristo para con El redimir el mundo. Es preciso que expliquemos este segundo punto.

Uno de los grandes pensamientos de San Pablo lo constituye el que la caridad inclina a los cristianos a seguir el itinerario trazado por el Salvador. Las etapas de la vida de Cristo, su sufrimiento, su muerte, su resurrección habrán de reproducirse de alguna manera en sus miembros; y el Apóstol indica expresamente que esto tendrá lugar en virtud del empuje de una fuerza interior que obrará dentro de ellos lo que obró en Cristo: «Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros» (*Rom.*, VIII, 11).

Para hacer comprender la solidaridad dinámica del destino de Cristo y de sus miembros, no duda San Pablo en crear nuevas expresiones: «Si somos hijos, somos también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos-con-El para ser con-El-glorificados» (*Rom.*, VIII, 17). «Verdadera es la palabra: si hemos muerto-con-El, viviremos-con-El; si nos mantenemos firmes, reinaremos-con-El» (*II Tim.*, II, 11-12). «Cuando como consecuencia de nuestros pecados estábamos muertos, nos ha hecho Dios revivir-con-Cristo..... Nos ha resucitado-con-El y hecho sentar-con-El en los cielos, en Cristo Jesús» (*Eph.*, II, 5-6).

Todos estos verbos que nos anuncian que la historia de Cristo ha de prolongarse en la de los cristianos «expresan en el orden de la acción sobrenatural, lo que en el orden del ser y de la realidad expresa la doctrina tan querida para San Pablo de que la Iglesia es la continuación, la plenitud, el pleroma del Salvador» (26).

(25) Véase más adelante, p. 207.

(26) ÉMILE MERSCH, S. J., *Le corps mystique du Crist*, 1936, t. I, p. 172.



**La gracia cristiana tiende a imprimir en el cuerpo místico la semejanza de los estados interiores de Cristo.**—Por encima de los sucesos pasajeros de la vida de Cristo, nos invita Bérulle a adentrarnos en el «estado interior del misterio exterior».

Así «la *infancia* del Hijo de Dios es un estado pasajero, han pasado ya las circunstancias de esta infancia, ya no es un niño Cristo; pero algo divino hay en este misterio que perdura en el cielo y que obra en las almas que se hallan en la tierra una especie de gracia semejante a la que desea Jesucristo otorgar y dedicar a este humilde primer estado de su persona».

De manera semejante, lo que Cristo «conserva de su *Pasión*» es la vida y la gloria; ya no sufre más; pero lo que de este misterio en El perdura «forma en la tierra una especie de gracia, que hace pertenezcan a ella las almas para que de ella participen».

En otras palabras, los diversos estados sucesivos de Cristo, su nacimiento y su Pasión, siguen subsistiendo en el Cristo glorioso, no ya en sí mismos, sino en la caridad que los iluminaba, y que puede en cierto sentido suscitarlos de nuevo en el seno del tiempo, e imprimirlos en el interior del Cuerpo místico. De manera que «los misterios de Jesucristo, su infancia, su sufrimiento lo mismo que los demás, perduran y viven en la tierra hasta el fin de los siglos» (27).

De una manera más general, la gracia cristiana tiende a reproducir en el Cuerpo místico todas las intenciones y todos los sufrimientos internos del Salvador, sus alegrías y sus tristezas, su pobreza y su pureza, su humildad y su magnanimidad. La Iglesia invita a ello a sus hijos disponiendo en torno a ellos, por ejemplo, los recuerdos de su liturgia que les hará recorrer a lo largo del año las principales peripecias del drama evangélico, o invitándoles a las diferentes formas de la vida cristiana, seglar o religiosa, activa o contemplativa, oculta o apostólica.

**La gracia cristiana y la inclinación al martirio.**—Si la vida de Cristo desemboca, como en su punto supremo, en el testi-

---

(27) Citado por HENRI BREMOND, *Histoire littéraire du sentiment religieux en France*, t. III, p. 71

monio que ha querido dar de la verdad por su muerte en la cruz, no hay duda de que la caridad sacramental moverá secretamente a la Iglesia a que dé también ella un testimonio semejante al precio de su sangre, con otras palabras la inclinará al martirio.

**El concepto de martirio es esencial a la definición de la Iglesia presente.**—1. «El mártir, escribe Erik Peterson, sufre con Cristo como miembro de su Cuerpo Místico. Decir que el mártir sufre *con* Cristo equivale a algo más que a decir que su pasión es tan sólo el hecho de sufrir *por* Cristo. Muchos soldados han muerto por su rey, pero la muerte de un mártir difiere totalmente de la de un soldado. El mártir no sólo sufre por Jesús, sino que es conducido a su propia muerte por la muerte de Cristo. *La pasión que empuja a Cristo a la muerte* al ser El el Hijo del hombre, el Dios encarnado, *obra en toda la Iglesia como en su Cuerpo místico* (28).... Importa que reten-gamos el hecho de que la posibilidad del martirio, que es verdadera en todos nosotros, tiene sus raíces en la realidad misma del Bautismo de muerte de Jesús, en el cual hemos sido todos nosotros bautizados por el Bautismo de agua: todos, decía San Pablo, estamos *bautizados en la muerte de Cristo* (Rom., VI, 3). Importa asimismo que reten-gamos que la eventualidad en la que nos hallamos nosotros todos de deber ofrecer nuestro cuerpo y nuestra sangre por Cristo, se funda en el hecho de que el cuerpo y la sangre de Cristo, del cual participamos nosotros, nos son presentados en el cáliz de Gethsemaní. Así, pues, el Bautismo de agua y el Bautismo de sangre tienen su origen en el mismo Señor, y están prefigurados, como lo ha dicho San Cirilo de Jerusalén, por la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo» (29).

En resumen, el Bautismo de agua, y la Eucaristía tras él, operan en cada cristiano una disposición para sufrir y morir con Cristo: crean en él un título al Bautismo de sangre, ya que no como a su efecto más frecuente, sí por lo menos como a su efecto más normal. «Quisiera por encima de todo, oh mi amado Señor, derramar la sangre de mis venas por Ti».

---

(28) *Zeuge der Wahrheit*, Leipzig, 1937, pp. 24-25.

(29) *Ibid.*, p. 25.



Es el grito que salía del pecho de la santa de Lisieux (30).

2. Que la caridad sacramental, al pasar por los cristianos, produzca en ellos una inclinación a derramar su sangre en testimonio del Evangelio, de manera que la pasión de Cristo prosiga en la de los mártires, es una verdad que proclama la Liturgia (31), una verdad que siempre ha reconocido la teología, que no cesa de manifestar la vida de los cristianos de amor ardiente, verdad que se nos muestra con todo su esplendor en la narración que nos han dejado los Hechos de los Apóstoles de la muerte de Esteban. Si este santo mártir usa las mismas expresiones de Jesús para acusar la incredulidad de sus compatriotas, para entregar a Dios su espíritu, para implorar el perdón de sus verdugos, no hay duda de que no quiere con todo ello reproducir en su intención un drama que bien sabe él sería sacrilego el tratar de imitar: es más bien que bajo la fuerza de la gracia interior que lo anima, brotan de lo más profundo de su corazón, y en circunstancias tan diferentes como pueden ser las de la muerte del siervo y las de su Maestro, palabras verdaderas que, sin haberlo él pensado, resultan ser un eco de las del Señor.

3. No todos pueden ser mártires, ya que es la gracia del martirio una gracia que no da Dios más que a quienes quiere. Pero sea cual fuere su sentido, es preciso que todos acompañemos al Señor en su pasión; y ésta es la razón de que la cruz constituya un símbolo no sólo para los mártires, sino en general para toda la vida cristiana. No han sido, pues, comparados a los mártires los santos que han soportado toda clase de mortificaciones y sufrimientos, por una evolución histórica accidental, como lo han querido los historiadores protestantes, sino más bien en razón de la naturaleza misma de las cosas. Y aun cuando jamás lleguemos a ser santos ni mártires, es preciso que abracemos una u otra forma de ascesis. En el fondo de la ascesis cristiana, no se da para nosotros todos, los que, conforme a la expresión de San Pablo, tratamos de llevar en nuestros cuerpos *la mortificación de Cristo Jesús (II Cor., IV, 10)*, más que un único principio: es decir, el principio de la

---

(30) *Manuscritos autobiográficos* (Burgos), p. 242, B., 12.

(31) «Te ofrecemos en la muerte preciosa de tus justos, oh Señor, este sacrificio del que ha recibido su comienzo el martirio». *Secreta* del Jueves después del tercer Domingo de Cuaresma. Véase más arriba, p. 204.

com-pasión con Cristo, que ha sido condenado a muerte por nosotros. El que ha dicho: *Padre mío, si es posible, que se aleje de mí este cáliz* (Mt., XXVI, 39), conoce muy bien nuestra angustia, nuestro miedo ante el dolor y la muerte. Sabe que temblamos ante el pensamiento de imitarle; que somos débiles, y que no queremos cargar con la cruz; que tenemos miedo de la pobreza, de la calumnia, del deshonor, de los golpes, de la muerte. Pero por el hecho de haber cargado con nuestra carne miedosa, por su miedo aparente, nos ha librado conforme a la expresión de San Atanasio, de nuestro miedo. En efecto, todo cuanto se cumple en la Iglesia, se cumple en la certeza de que si Cristo ha muerto, ya ha resucitado: de manera que con el dolor de Cristo, se le comunica a la Iglesia la virtud de su resurrección. Hemos sido bautizados en la muerte de Cristo, pero recibimos el Espíritu Santo en el Bautismo. De ahí que la vida ascética y espiritual de los cristianos no sólo sea una mortificación, sino además, y al mismo tiempo, una victoria, una vivificación, una transformación en el Espíritu Santo» (32)

**La misión corredentora de la Iglesia.**—1. El mérito de Cristo se comunica a su Iglesia. En estrecha dependencia de Cristo, puede ella *merecer* de una manera directa (mérito de condigno) el acrecentamiento de su propio amor. Y puede, de una manera menos directa (mérito de congruo), merecer —si es verdad que Dios cumple a menudo el deseo de quienes le aman real y profundamente— el atraer de continuo, sobre la humanidad contemporánea, el río de las bendiciones divinas (33).

La Iglesia puede además, por Cristo y con Cristo, *satisfacer* sin cesar por el pecado, sea que hagan sus miembros penitencia por sus propios pecados, sea que se esfuercen además por ex-

---

(32) ERICK PETERSON, *op. cit.*, pp. 26-27.

(33) «Por la gracia que en él mora, puede el cristiano merecer para los demás, a manera de *conveniencia* (*de congruo*), la primera gracia (la de la conversión)..... *Conviene*, teniendo en cuenta las relaciones de amistad, que cumpla Dios la voluntad del cristiano que desea la salvación de los demás, aun cuando pueden éstos presentar un obstáculo a este deseo». S. THOMAS, I-II, qu. 114, a. 6.



piar y ofrecer reparación a Dios por los pecados del mundo entero.

Si bien es verdad que es necesario este complemento de las obras meritorias y de las satisfacciones de los miembros de Cristo, no lo es sin embargo, como ya antes lo hemos hecho notar (34), por la insuficiencia del mérito y de la satisfacción de Cristo, sino más bien por la sobreabundancia del mérito y de la satisfacción de Cristo que se propagan hasta sus miembros vivos.

2. Las obras meritorias y satisfactorias representan el aspecto más estricto de su actividad corredentora. Pero la Iglesia puede ser llamada corredentora del mundo en un sentido más amplio. Su oración, esa oración que se funda no ya en su mérito, sino en la pura misericordia divina, no se limita tan sólo a sus hijos, conocidos o desconocidos, sino que se extiende al mundo entero para suplicar a Dios «que devuelva a la unidad de la Iglesia a todos los que yerran, y conduzca a todos los infieles del mundo a la luz del Evangelio» (35). La Iglesia mantiene a través de los siglos la revelación viva del Cristo, y es portadora, hasta los confines de la tierra, de la verdad del mensaje evangélico y de la eficacia de los sacramentos cristianos. Por su caridad sacramental ha quedado constituida en la sal de la tierra.

**Fundamentos revelados de la noción de actividad corredentora.**—1. La noción de una actividad humana que, una vez penetrada e impregnada de la gracia, puede contribuir en cierta medida —no, verdad es, como algo extraño a la redención de Cristo, sino por el contrario en estrecha dependencia de esta redención— a la salvación de los hombres, aparece en la Escritura, según nos parece, aun cuando de una manera velada e inicial tan sólo, ya antes de la Revelación evangélica, por ejemplo con motivo de la gran plegaria de intercesión de Abraham en favor de Sodoma y Gomorra (*Gen.*, XVIII, 22-32), o de una manera más general en la elección de un pueblo cuya historia toda estará ordenada a preparar, para los tiempos mesiánicos, la conversión de los demás pueblos (*Is.*, II, 2-3).

---

(34) Véanse las pp. 59, 61 y sig.

(35) *Letanías de los Santos*.

2. No hay duda de que el libro de los Hechos establece una reacción entre el martirio y la conversión de Saulo (*Act.*, VII, 58-60; VIII, 2-3). «Hermanos, dirá San Agustín, ¿es verdad o no que los fieles oraron en favor de Saulo, antes de que obtuviera éste el don de la fe? Si me respondéis no, ¿por qué ha exclamado Esteban: *Señor, no les echés en cara este pecado?* Se ha rezado en favor de Saulo, lo mismo que en favor de los demás infieles, a fin de que todos creyesen. No tenían aún el don de la fe, y he aquí que gracias a la plegaria de los fieles, se les otorgaba ese don» (36).

3. Esto supuesto, ¿cómo no había de comprender Saulo el sentido de la oración de intercesión, y más en general de la actividad corredentora de los cristianos? Por eso podrá escribir a los fieles de Tesalónica, respecto de los cuales tiene conciencia de haberles dado mucho: «¿Cuál es en efecto nuestra esperanza, nuestro gozo, *la corona de la que nos mostramos orgullosos*, más que vosotros en presencia de nuestro Señor Jesús, cuando El vuelva? Sí, vosotros constituís nuestro gozo y nuestra gloria» (*I Tess.*, II, 19-20). Pablo sabe muy bien que existe una manera de gloriarse que ha criticado el Señor: «Aun cuando hayáis hecho todo cuanto se os había ordenado, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho tan sólo lo que debíamos» (*Lc.*, XVII, 10); y otra manera de gloriarse, bendecida por el Señor, de la que quiere que participen los Filipenses: «*En el día de Cristo será para gloria mía* no haber corrido en vano ni haberme en vano afanado. Y aun cuando tuviera que librarme sobre el sacrificio y el servicio de vuestra fe, me alegraría y me congratularía con todos vosotros. Alegraos, pues, también vosotros de esto mismo, y congratulaos conmigo..... Así que, hermanos míos queridísimos y muy deseados, *mi alegría y corona*, perseverad firmes en el Señor, carísimos» (*Phil.*, II, 16-18; IV, 1). Inútiles son los servidores, pero su servicio es útil: «Nosotros somos los cooperadores de Dios; vosotros sois el campo de Dios, el edificio de Dios» (*I Cor.*, III, 9). Su trabajo, su cooperación, contribuyen a salvar el mundo: «Sí, libre respecto de todos, me he convertido en esclavo de todos a fin de ganar el mayor número..... Me he hecho todo para todos, para por todos los medios ganar a algunos» (*I Cor.*,



IX, 19, 22). Y no sólo la predicación del Apóstol es corredentora de los hombres, también lo son sus propios sufrimientos. Cautivo en Roma por segunda vez, escribe a Timoteo: «Por eso lo sobrellevo todo por los elegidos, para que también ellos consigan la salvación de Cristo Jesús y la gloria eterna» (*II Tim.*, II, 10). Ya antes había escrito a los fieles de Colosas un gran texto misterioso sobre la corredención: «Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros, y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia» (*Col.*, 1, 24). En otro texto, misterioso también éste, dirigido a los Efesios, son todos los fieles a los que convida a «conducirse no como insensatos, sino como prudentes, redimiendo el tiempo, ya que son malos los días» (*Eph.*, V, 15-16). ¿Cómo han de entenderse estas palabras? ¿No es por ventura Cristo el único Redentor, que se ha ofrecido una sola vez por los pecados de los hombres todos? (*Hebr.*, IX, 28). No cabe duda alguna de esta verdad; pero sus miembros le han sido asociados para que por medio de ellos no cesen de florecer en rosas nuevas, para el Reino de Dios, las espinas del tiempo.

4. Había dicho el Salvador: «La mies es mucha, pero son poco numerosos los obreros; rogad, pues, al dueño de la mies para que envíe obreros a su mies» (*Mt.*, IX, 37-38). Así, pues, el esfuerzo humano, la cooperación humana son doblemente necesarios: en primer lugar para mover al dueño a que envíe obreros a su mies, y en segundo lugar para trabajar en su mies o en su viña (*Mt.*, XX, 1).

5. En la Encíclica *Mystici Corporis* escribía Pío XII: «Al paso que al morir sobre la cruz ha comunicado Cristo a su Iglesia, sin aportación alguna de parte de ésta, el tesoro ilimitado de la Redención, cuando se trata de distribuir este tesoro no sólo quiere que su Esposa inmaculada participe de esta obra de comunicar la santidad, sino que en cierto sentido desea que esta obra nazca de su trabajo. Misterio tremendo, sin duda, misterio en el que jamás se meditará lo suficiente: la salvación de muchos depende de las oraciones y de las mortificaciones voluntarias, emprendidas a este fin por los miembros del Cuerpo místico de Cristo y del trabajo de colaboración por el que pastores y fieles, y muy en especial padres y madres de familia, han de asociarse a nuestro divino Salvador». Y algo más adelante, citando un bello texto de Clemente de

Alejandro (37), recuerda el Papa que «es preciso que asociemos nuestro trabajo a esta obra de la salvación, nosotros todos, que *partiendo de uno Solo y por medio de uno Solo, hemos sido salvados y salvamos a los demás*».

**Miembros redimidos y miembros corredores.**—1. Así, pues, todos cuantos se hallan santificados por la caridad sacramental, son por vocación corredores con Cristo. Pero será preciso distinguir entre ellos miembros corredores *imperfectos* y miembros corredores *perfectos*.

Pertenecen al grupo de los primeros aquellos a los que llamaba Tauler «la gente buena» (38), es decir, aquellos que acaso tengan que expiar aún mucho por sí mismos, que satisfacer por sus pecados, pero que rezan ya con todo ardor por la unidad de la Iglesia, por el progreso del Evangelio en los países de misión, por la conversión de los pecadores, por la santificación del mundo y para que queden libres de las penas sus hermanos que se hallan aún en el Purgatorio. Estos se convertirán en verdaderos corredores en un momento determinado de sus vidas, en algunas de esas grandes pruebas comunes que ha de soportar todo cristiano. Incluso se diría que en determinadas épocas trágicas de la historia, visitadas por la impiedad y la desesperación, por la persecución, por la guerra, por las deportaciones y el hambre, Dios quiere, haciendo que pasen de manera forzosa por estas condiciones de vida heroicas sin preparación especial y sin distinción de personas, poblaciones enteras, hacer que crezca así de golpe el número de los cristianos corredores.

Al grupo segundo, al de los miembros corredores, pertenecerían aquellos a quienes llamaba Tauler «los verdaderos amigos de Dios» (39). Son quienes «se inclinan a todas las necesidades de la santa Cristiandad, y se emplean por la oración y el deseo a pedir todo aquello que quiere Dios que se le pida; se preocupan de sus amigos, de los pecadores, de las almas del purgatorio; proveen con toda caridad a las necesidades de cada hombre en toda la santa cristiandad» (40).

---

(37) *Stromata*, libro VII, cap. II.

(38) *Sermons de Tauler*, trad. francesa, París, 1930, t. II, p. 5.

(39) *Ibid.*, p. 221.

(40) *Ibid.*, p. 24.



«Dios se complace en esta clase de hombres, y lleva a cabo su obra en ellos..... Hijos míos, si no tuviéramos entre nosotros semejantes hombres, mal lo habríamos de pasar» (41). «En ellos descansa la Iglesia, y si no se dieran en la santa Cristianidad, no podría ésta subsistir ni una sola hora. Ya que su mera existencia, el mero hecho de que existan, es algo más precioso y más útil que toda la actividad del mundo» (42).

2. «Cada cristiano ha de cooperar, decía Santa Catalina de Sena, a la salvación de las almas». Pero no ignora la santa que Dios dirige a determinadas almas un llamamiento más expreso: «Padre, te pido que te apiades del mundo y de tu Santa Iglesia. Te pido que lleves a cabo en mí lo que Tú mismo me haces pedir..... Oye y escucha el deseo de tus siervos. ¿No eres tú mismo por ventura quien les haces clamar?» (43).

Efectos análogos producirá en María de la Encarnación este amor: «Iba fortificándose mi ocupación interior, y esa búsqueda continua ante el Padre eterno en favor de la amplificación del Reino de Cristo en las pobres almas que no le conocían..... Me daba la impresión de que conocía a todas las almas rescatadas por la sangre del Hijo de Dios, aun cuando se hallasen en el rincón más alejado de la tierra, y mi amor se llegaba a aquellas que se hallaban más abandonadas en los países de los Salvajes por los que me paseaba sin cesar» (44).

3. Esta característica del amor divino que tanto admiraba Bergson, y que a diferencia del Budismo —que deja al alma «detenida a medio camino, desprendida de la vida humana y sin alcanzar la vida divina, suspendida entre dos actividades en el vértigo de la nada» (45)—, hace que se eleve el impulso de los grandes místicos cristianos lo suficientemente alto hasta Dios para poder asumir todo el universo, impulso que se une tan íntimamente con Cristo crucificado para sentirse responsable del mundo todo, ved en qué términos nos narra el Padre Eliseo de los Mártires que la enseñaba San Juan de la Cruz a sus discípulos: «Decía él que el amor del bien del prójimo nace de la vida espiritual y contem-

---

(41) *Ibid.*, pp. 192-193.

(42) *Ibid.*, p. 247.

(43) *Libro della divina dottrina*, cap. 134, edic. Bari, 1912, p. 298.

(44) *Écrits spirituels et historiques*, t. II, p. 314.

(45) *Les deux sources de la morale et de la religion*, París, 1932, p. 240.

plativa..... La suprema perfección de toda criatura en su jerarquía y grado consiste en creer, según su talento y recursos, en la imitación de Dios; *y lo que aún es más admirable y divino, en ser su cooperador en la conversión y salvación de las almas*. En esto resplandecen las obras propias de Dios, y en imitarlas consiste la mayor gloria de Dios. Son estas obras las que llama el Señor las obras de su Padre, los cuidados de su Padre. Por eso, verdad evidente es que la compasión por el prójimo crece tanto más cuanto más se une a Dios por el amor: cuanto más ama ella, más desea que sea este mismo Dios amado y honrado por todos. Y cuanto más desea esto, más se afana en este sentido, en la oración y en todas las demás actividades necesarias o posibles. Tan grandes son el fervor y la fuerza de la caridad que quienes de esta manera se hallan de Dios poseídos no pueden restringir sus deseos a sola su propia salvación. Les parece poco ir solos al cielo, y por sus dolores, por sus angustias e impulsos celestiales se esfuerzan en llevar consigo al cielo a toda la multitud de los hombres. Es ésta una consecuencia del gran amor que tienen a Dios: tal es el fruto propio y el efecto de la oración y de la contemplación perfecta» (46).

4. En esta perspectiva recibe plena luz la doctrina de San Agustín y de Santo Tomás, según la cual el precepto del amor no tiene barreras, ya que la más elevada caridad es propuesta a los cristianos no como un consejo tan sólo, sino como un verdadero precepto: no, sin duda, en el sentido de que hayan de llevar a cabo inmediatamente este precepto en su vida, pero sí por lo menos en el sentido de que sea preciso que cada cual tienda incesantemente, según su condición, hacia el más ardiente amor. ¿Cómo podrían en efecto fijar un límite los cristianos a su deseo de santidad, sabiendo como lo saben que es misión suya la de llevar hasta el cielo el peso del mundo? ¿Pueden por ventura olvidar que se les ha pedido que supliquen sin cesar que sea glorificado el nombre de Dios, que venga su reino, que se cumpla su voluntad lo mismo en la tierra que en los cielos?

Y si es esta intensidad, esta calidad de la caridad la que determina el valor corredentor de una vida, fácil será de com-

---

(46) Testimonio de Eliseo de los Mártires, sexto aviso, *Obras*, edic. Silverio, t. IV, p. 351.



prender que por la Virgen y en ella, ha sido la Iglesia, como no lo será en ninguna otra circunstancia, corredentora del mundo con Cristo.

### III. LA COMUNION DE LA IGLESIA

Hablaremos en primer lugar de los factores de unidad, 1); de la mutua difusión espiritual de la caridad, 2); de la comunión de los santos, 3).

#### 1. LOS FACTORES DE UNIDAD.

**La unidad plena de la Iglesia.**—En cuanto tiene su fuente en los sacramentos, la caridad de la Iglesia es, como ya lo hemos visto, principio de la unidad primordial y mística de la Iglesia, su unidad de *conexión*. Y en cuanto que hace suyas las directivas jurisdiccionales, constituye el principio de la unidad secundaria y profética de la Iglesia, es decir, su unidad de *orientación*. De estos dos aspectos inseparables de la unidad de la Iglesia brota su unidad plena, su *unidad de comunión*.

**La intercomunicación de los cristianos.**—La caridad establece de manera necesaria relaciones de íntima interdependencia entre aquellos a los que incorpora a Cristo. Cuanto más se acercan los rayos al centro, más se acercan también entre sí.

¿Sufre un miembro? Todos los demás miembros sufren con él. ¿Es honrado un miembro? También los demás miembros toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois cuerpo de Cristo, y miembros suyos» (*I Cor.*, XII, 26-27). «De la manera que nuestro cuerpo en su unidad posee más de un miembro, sin que tengan todos estos miembros la misma función, así nosotros, siendo muchos, no formamos en Cristo más que un único cuerpo, y somos, cada uno por su parte, miembros unos de otros» (*Rom.*, XII, 4-5).

Como vemos, la unidad de *semejanza* que da a los cristianos el hecho de poseer los mismos elementos, ha de ser hecha suya por una unidad superior, la unidad «a manera de lazo y conexión. Sólo la caridad, que es lazo y conexión, puede unir de esta manera. De ahí que escribiera San Pablo a los

fieles de Colosas, III, 14: *Pero, por encima de todo, tened caridad, ya que es ésta el vínculo de la perfección»* (47).

A esta misteriosa interdependencia de los cristianos puede darse el nombre de unidad de conexión. Y ésta es la que contribuye a hacer la comunión de los santos.

**El Espíritu Santo, supremo principio de unidad.**—1. Es el Espíritu Santo quien mueve la caridad; El le da su profundidad mística y su orientación profética; El es el principio supremo de la unidad de comunión.

«La unidad de todos los fieles, escribe el Cardenal Cayetano (48), es una unidad de grupo. Por esto adquiere cada fiel una modalidad relativa que le hace existir como parte de un pueblo único, de una sociedad única, de una familia única. De esta manera entra en la dependencia del todo: en efecto, cada parte depende de su todo. Esta dependencia puede observarse en todo lo que hace, en todo lo que llega a ser. En efecto, cuando el Espíritu Santo mueve a los fieles a ejercitar los actos de la vida espiritual, por ejemplo a creer, a esperar, a amar, a santificar a los demás o a santificarse a sí mismos, a obedecer, a mandar, a enseñar, les da no el llevar a cabo estas acciones sin más, sino el llevarlas a cabo de una determinada manera. De manera que hacen todo esto no como seres independientes, sino como partes de un único todo.

«No puede hallarse una causa de todo esto más que en la libre disposición de este mismo Espíritu Santo, que entre los diversos artículos de nuestra fe, nos enseña la verdad de *la Iglesia una y santa y la comunión de los santos.....* Es el Espíritu Santo, en efecto, quien repartiendo sus dones según le place (*I Cor.*, XII, 11), ha querido que la Iglesia católica, es decir, universal, fuera única, que no se dieran diversas Iglesias..... La unidad de semejante conjunto no representa, claro es, absolutamente, pero sí en el orden de las relaciones sociales, el bien supremo..... es decir, el ser mismo de la Iglesia en cuanto que forma un único todo.

»El Espíritu Santo mueve por la caridad a los fieles para que quieran ser miembros de un único conjunto católico, que

---

(47) TORQUEMADA, *Summa de Ecclesia*, libro I, cap. 60.

(48) II-II, qu. 39, a. 2, n.º II.



El se encarga de vivificar, y para que constituyan de esta manera la Iglesia una y católica».

Jamás se le hubiera ocurrido a Cayetano que fuera posible definir a la Iglesia prescindiendo del amor.

2. No prueba absolutamente nada contra la caridad sacramental el hecho de que haya cristianos egoístas; lo único que prueba ese hecho es que la caridad ha sido contrariada. Y el que, por otra parte, haya no cristianos santamente abiertos al dolor de los demás, indica que la caridad sacramental comienza a nacer ya en ellos.

## 2. LA INTERDIFUSIÓN ESPIRITUAL DE LA CARIDAD.

**El aspecto espiritual de la caridad.**—Si consideramos la caridad bajo un determinado aspecto ontológico, podremos darnos cuenta de que se da en este o aquel cristiano. Si la consideramos bajo otro aspecto, bajo el aspecto espiritual, veremos que se difunde por toda la Iglesia, no sólo, qué duda cabe, en el sentido de que la caridad de este cristiano concreto tiene por objeto a los demás cristianos, sino de una manera aún más secreta en el sentido de que la caridad de este determinado cristiano comunica a los demás en cierto sentido sus propios recursos activos, y se encuentra apta para recibir ella por su parte los recursos de la caridad de los demás cristianos. De lo que se sigue que desde este punto de vista la caridad aparece como omnipresente. De manera que podrá por una parte levantar cuanto se lleva a cabo en la Iglesia con una caridad más débil, y podrá ser elevada a su vez por lo que se lleva a cabo en la Iglesia con una caridad más ardiente. Vamos a recoger lo que nos dicen a este respecto los «verdaderos amigos de Dios».

**La caridad trata de levantar lo que se lleva a cabo en otras partes con un amor más débil.**—En primer lugar la caridad es vivificante. Se apodera de todo lo externo que se hace en la Iglesia, con tal que se trate de algo que sea bueno en sí, para comunicarle un espíritu de vida. Suple por cuenta de la Iglesia todos los defectos de atención, todas las faltas de amor de que son responsables por su cuenta los servidores negligentes. «Cuántos psalterios y nocturnos recitados, cuántas Misas celebradas u oídas, cuántos sacrificios

realizados, cuyo beneficio no va a quien realiza estas acciones». Sucede con estas personas como con «quienes cosechan el trigo o pisan la uva: no son ellos quienes reciben lo mejor, sino que muchas veces han de contentarse con pan de centeno para comer y agua para apagar su sed» (49). Pero junto a estos hombres faltos de fervor, hay otros muchos que son vasos desbordantes; los toca nuestro Señor con su dedo, y sube rápidamente la plenitud de los dones por encima de los bordes y se desborda al exterior. «Nada de cuanto ha sido hecho ni siquiera lo menor lo dejan perder, la menor oración, la menor idea piadosa, el menor acto de fe; todo lo dirigen a Dios con un amor operante y todo lo ofrecen al Padre del cielo» (50). No hay obra, «por más modesta y pequeña que sea, tañido de campana o llama de cirio», que no logren utilizar para bien de la Iglesia, vivificándola desde lejos por su amor. De manera que los múltiples pasos exteriores de la Iglesia no constituyen más que una única buena obra en la que se exterioriza el Espíritu que está en vela de continuo en el corazón de los hombres. «El exterior recibe toda su fuerza del interior. Es algo así como si tuvieses un vino generoso, tan fuerte que una sola gota de él introducida en un barril de agua bastara para convertir todo el agua en vino: eso sucede con la vida interior, de la que una sola gota da un valor superior a toda la vida exterior» (51). Cuanto más ardiente es su caridad, más eleva por encima de su propio valor las obras que realizan otros con menor amor, prestándoles una vida y un brillo totalmente nuevos, de manera que estas obras más les pertenecen a ellos que a quienes las han llevado a cabo, y Dios las recibe de sus manos más bien que de manos de quienes las han realizado. Desde este punto de vista habrá de decirse que la caridad de la Iglesia comienza en cada momento de su existencia, si se la considera según su intensidad, por concentrarse en ondas circulares en las almas más puras, en las almas más crucificadas, más amantes, para extenderse partiendo de ellas a todo cuanto la Iglesia hace. «Supuesto, escribía Tauler, que amo el bien de mi prójimo más de lo que él mismo lo ama, este bien es más mío que suyo» (52).

---

(49) TAULER, *Sermons*, t. II, p. 189.

(50) *Ibid.*, p. 193.

(51) *Ibid.*, p. 184.

(52) *Ibid.*, p. 207.



**La caridad pide ser elevada por lo que otros realizan con un más intenso amor.**—Tiende a enriquecerse con los tesoros de las demás almas, y con los mismos bienes de Cristo. Recoge cuanto en torno a ella o encima de ella se encuentra para hacerlo suyo. El amor, escribía Tauler, atrae todo a sí, derrama en su vaso todo el bien que en el mundo se realiza. «El que haya tenido San Pablo un rapto, es que Dios lo quería más para sí que para mí. Pero si me complazco yo en la voluntad de Dios, más querido me es este rapto en San Pablo que en mí mismo, y una vez que lo amo de verdad en él, este rapto y cuanto ha realizado Dios en San Pablo, supuesto que lo amo en él lo mismo que si en mí se encontrase, es tan mío como suyo» (53). Y si pudiera igualar mi caridad a la del Apóstol estos privilegios me pertenecerían, de esta manera tan espiritual, tan intensamente como a él. «Es menester que tenga yo las mismas disposiciones respecto de alguien que se halle al otro lado de los mares, aun cuando sea mi enemigo. Esta es la solidaridad propia del cuerpo espiritual» (54) o místico.

Este poder del amor que absorbe cuanto de mejor se lleva a cabo, atraviesa las fronteras de la muerte. Constituye una de las razones por las que tienen parte las pobres almas del purgatorio en nuestras miserables riquezas y en las riquezas desbordantes de los amigos de Dios que viven en medio de nosotros: «Ea, buen Señor, piensan éstos, tened piedad de los pobres pecadores que han realizado tantas obras y las han perdido. Dadles las migajas de vuestra mesa, y acabad de convertirlas en purgatorio. Ea, Señor, dadles de esas migajas: de esta manera se derrama por toda la Iglesia la medida de los corazones que desbordan» (55).

De esta manera puedo «enriquecerme con todo el bien que se halla en todos los amigos de Dios, lo mismo en el cielo que en la tierra, y asimismo hasta con el bien que se halla en la Cabeza» (56), es decir en Cristo. Ahora bien, poseemos la riqueza de Cristo, espiritualmente, por una dignación del amor, no de manera idéntica; es imposible de todo punto que la caridad sea en nosotros lo que fue en Jesús.

---

(53) *Ibid.*

(54) *Ibid.*

(55) *Ibid.*, p. 192.

(56) *Ibid.*, p. 208. Véase más arriba, p. 109.

San Juan de la Cruz cantará este poder embriagador de hacer nuestros todos los bienes del cielo y de la tierra: «Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios, y todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío, y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Pues, qué pides y buscas, alma mía? Tuyo es todo esto, y todo es para ti. No te pongas en menos ni repares en meajas que se caen de la mesa de tu Padre» (57).

**Cada uno se halla en el todo, y el todo en cada uno.—**

1. Tales hombres forman, sin duda alguna, *parte* de la Iglesia, y en el orden cuantitativo su santidad viene a añadirse a la de los demás santos para componer de esta manera la santidad *total* y perfecta de la Iglesia. Pero espiritualmente, se refleja en su alma —como el cielo y las estrellas en un lago de montaña— toda la Iglesia, con sus santos, con la Virgen y los Apóstoles, con Cristo que es su Cabeza, y Dios que mora en ella.

La Iglesia a todos ellos los contiene en sí; pero al mismo tiempo, ellos la poseen a su vez, y la contienen totalmente en sus corazones.

Y nadie experimenta tan íntimamente como ellos lo que la Iglesia es; ya que, en efecto, no existe un medio mejor de conocerla experimentalmente que esta mutua inclusión del amor.

2. Si buscamos la razón suprema de esta mutua intercomunicación de la caridad, creemos nosotros que será preciso subir hasta el misterio del Don que hace Dios de su Amor infinito, para que pueda cada uno en este Amor infinito abrazar a toda la Iglesia, abrazar todo el universo. Es preciso que quedemos transformados misteriosamente, espiritualmente en Dios para que por Dios podamos hacer nuestras todas las cosas, incluso aquellas que más estrechamente le pertenecen, incluso a Cristo, su propia divinidad, para que podamos ofrecérselas en don, ya que nos ama de una manera tan increíble que desea recibirlas todas, sin excluir a Cristo, sin excluir siquiera su divinidad, de nuestras

---

(57) *Avisos y sentencias espirituales*, Obras, 2.<sup>a</sup> edición. Burgos, 1940, p. 745.



propias manos. Y que quien se asombre —o se escandalice— ante semejante lenguaje, escuche de nuevo la plegaria de Cristo: «Yo les he dado la gloria que Tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados en la unidad y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a Mí.... Les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos» (Jo., XVII, 22-23, 26). Que quien se asombra —o se escandaliza— escuche a San Pablo: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí» (Gal., II, 20). «Para mí, la vida es Cristo, y la muerte, ganancia» (Phil., I, 21). «Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo, en Dios. Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis gloriosos con El» (Col., III, 3-4).

3. «Así, al considerar esta gran Sociedad como algo que vive totalmente de un bien común que es la vida misma de Dios, vida que es comunicada a la multitud, y que busca a los extraviados, *cada piedra tiene como fin la sociedad*. Pero considerando cada piedra como algo que vive en sí, en su participación personal a ese bien común, que vive con la misma vida de Dios que se le comunica, o como algo que busca personalmente Dios para comunicarle su vida, todos los bienes de la Sociedad convergen en cada uno, para derramarse sobre él, según sea capaz de recibir de su plenitud, y en este sentido *la ciudad, la sociedad, es para cada piedra*. De cada uno de los santos de Dios, escribe Santo Tomás (58), se ha dicho en el Evangelio de San Mateo, XXIV, 47, *Super omnia bona sua constituet eum*» (59).

---

(58) *Epist. ad Rom.*, VIII, 29. Léase el texto de Mt., XXIV, 45-47: «¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien constituyó su amo sobre toda la servidumbre para darle provisiones a su tiempo? Dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que le pondrá *sobre toda su hacienda*».

(59) JACQUES MARITAIN, *La personne et le bien commun*. Ed. española, Desclée de Brouwer, 1948, Buenos Aires.

### 3. LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS.

**La comunión de los santos es uno de los nombres con que se denomina a la Iglesia.**—Es la Iglesia, pero la Iglesia considerada desde el punto de vista de la caridad que ha difundido en ella el Espíritu Santo, la que hace de todos sus miembros seres estrechamente dependientes unos de otros, y los introduce en una extensa familia espiritual cuyos bienes revierten a sus miembros de manera misteriosa.

La primera vez que se emplea esta denominación en el Símbolo, lo es por un bello texto de Nicetas de Remesiana (60) (hacia el 400), y en efecto lo es para designar a la Iglesia: «Tras de haber confesado a la bienaventurada Trinidad, confiesas que crees en la *Santa Iglesia Católica*. ¿Qué otra cosa es la Iglesia más que la congregación de todos los Santos? En efecto, ya desde el comienzo del mundo, los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, los profetas, los apóstoles, los mártires, todos los justos que han existido, existen o existirán, no forman más que una única Iglesia: ya que santificados por la misma fe y por la misma vida, sellados por el mismo Espíritu, se convierten en un único cuerpo. Es Cristo la Cabeza de este cuerpo. Y más digo todavía. Incluso los ángeles, incluso las virtudes y las potestades celestiales se hallan comprendidas en esta única Iglesia, según nos lo da a entender el Apóstol, *Col.*, I, 20: *En El han quedado reconciliadas todas las cosas, las que se hallan sobre la tierra y las que en el cielo*. Cree, pues, que en esta Iglesia conseguirás la comunión de los santos. Sábetelo que es ella la única Iglesia católica difundida por todo el mundo, cuya comunión profesas firmemente que aceptas tú (61). La profesión de la «comunión de los santos» no parece aún separada de la «Santa Iglesia Católica». Pero, ya a partir del siglo v, se la ve aparecer separadamente en el Símbolo de la Iglesia galicana, y en el siglo ix se introducirá esta costumbre en Italia, en España y en Africa.

Al tratar del artículo del Símbolo: «*Creo en la Comunión de los santos*», declara el Catecismo Romano que es como una explicación del artículo precedente que confesaba *la Iglesia, una, santa, Católica*».

---

(60) El autor del *Te Deum*.

(61) *Explanatio Symboli*, n.º 10; P. L., t. LII, col. 871.



El pecador bautizado y el justo no bautizado pertenecen a la comunión de los santos, en la misma medida en que pertenecen a la Iglesia.

**El vínculo de esta comunión lo constituye la caridad.**— No es menos misterioso el lazo intrínseco que une a los hombres entre sí que el que les une a Cristo, o a las Personas divinas: «Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos a vosotros, a fin de que viváis también en *comunión* con nosotros. Y esta *comunión* nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (I Jo., I, 3).

Orígenes llegará a escribir: «Si nos hallamos en sociedad con el Padre y con el Hijo, ¿cómo no habríamos de estarlo con los santos, no sólo con los que se hallan en la tierra, sino con los del cielo? Ya que Cristo ha pacificado por su sangre las cosas celestiales y las cosas terrestres, asociando lo terrestre a lo celestial» (62).

Y San Juan de la Cruz cantará: «Gocémonos, Amado, y vámonos a ver en tu hermosura».

Este vínculo de la comunión en la caridad se halla asimismo presente, aun cuando de una manera indirecta y no salvífica, en el pecador bautizado que no ha quebrado totalmente ese vínculo por el cisma. Y se halla también presente, de una manera saludable pero inicial tan sólo, de una manera imperfecta, embarazada, en el justo no bautizado.

**Esta comunión franquea la barrera de los mundos.**— Atrae sobre nosotros el amor de los santos que pasan su tiempo haciendo bien sobre la tierra: «No podré descansar hasta el fin del mundo, mientras haya almas que salvar. Pero cuando diga el ángel: Ya ha pasado el tiempo, entonces podré descansar, y podré gozar, porque el número de los elegidos habrá quedado completo» (63). Y en el sentido inverso todas las victorias de la Iglesia que lucha, incluso las más humildes, las ocultas, resuenan en la Iglesia triunfante y le conceden una mayor claridad.

Nos une a aquellos que, a pesar de haber muerto en el amor, quedan desterrados sin embargo por un tiempo de la

---

(62) P. G., t. XII, col. 437.

(63) SANTA TERESA DE LISIEUX, *Novissima verba*, p. 81.

visión bienaventurada. El socorro que les procuramos les llega por un doble camino: 1.º por la *unidad de la caridad*, ya que cuantos se hallan en la caridad forman como un solo cuerpo, de manera que el bien de uno se comunica a los demás, algo así como una mano u otro miembro cualquiera del cuerpo es útil a todo él. De esta suerte todo bien llevado a cabo por uno vale para cuantos se hallan en la caridad, conforme a lo que el salmista dice: «*Me he hecho partícipe de cuantos te temen y guardan tus mandamientos* —y cuanto más intensa sea esta caridad, mayor será la parte que reciban de esta intercomunicación, bien se hallen en el paraíso, bien en el purgatorio o en el mundo; 2.º por la *dirección de intención* por la cual transfiero a otro lo que en mí se ha realizado, de la misma manera que puedo yo, por ejemplo, pagar una deuda de otro para que quede él libre de ella; —de esta manera valen los sufragios de la Iglesia por los difuntos, dando el vivo a Dios la satisfacción que debiera cumplir quien se halla ya muerto» (64).

**La comunión en el espacio y en el tiempo.**—La interdependencia de los cristianos unidos a Cristo por la caridad sacramental se organiza a distancia. Da a cada uno, como ya lo hemos dicho, los tesoros de todos los demás, y a los demás los tesoros de cada uno. Se extiende a los cristianos más abandonados: por más solo que muera un cristiano, sabe muy bien que jamás muere solo; toda la Iglesia está en él para devolverlo a Dios que lo creó. Se extiende ya desde ahora a los justos, que no son aún cristianos, y que se hallan por lo mismo privados de las riquezas sacramentales. Se extiende incluso a los cristianos pecadores: «Por el hecho de hallarse aún en la Iglesia, son ayudados por los espirituales a que recobren la gracia y la vida que habían perdido, y participan de los beneficios de que se ven privados quienes se hallan totalmente separados de la Iglesia» (65). Se extiende incluso a los hombres que no son miembros de Cristo más que en esperanza, que no han aceptado aún la gracia secreta que los visita.

Se organiza asimismo a través del tiempo. Cada uno de los actos que realizamos en la caridad tiene repercusiones ilimita-

---

(64) S. THOMAS, *Quodlibet*, II, qu. 7, a. 14; VIII, qu. 5, a. 9.

(65) *Catecismo Romano*, parte I, cap. 10, n.º 26.



das. En el último día nos será dado el comprender las resonancias incalculables que han podido tener en la historia espiritual del mundo, las palabras, o las acciones, o las instituciones de un santo (y lo mismo, aunque en sentido inverso, dígame de un heresiarca). «Este movimiento de la gracia que me ha salvado de un peligro grave, ha podido ser determinado por este concreto acto de amor realizado esta mañana o hace quinientos años por un hombre oscuro cuya alma correspondía misteriosamente a la mía, y que de esta manera recibe su galardón..... (66). Todo hombre que realiza un acto libre proyecta su personalidad en el infinito. Si da de mala gana una limosna a un hombre, esta limosna atraviesa la mano del pobre, cae, atraviesa la tierra, agujerea los soles, atraviesa el firmamento y compromete todo el universo. Si comete una acción impura, oscurece acaso millares de corazones totalmente desconocidos para él, que sin embargo se hallan en misteriosa relación con él, y que sienten la necesidad de que este hombre sea puro, de la misma manera que un viajero sediento tiene necesidad del vaso de agua del Evangelio. Un acto de amor, un movimiento de verdadera piedad canta por sí las alabanzas divinas, desde Adán hasta el fin de los siglos, cura a los enfermos, consuela a los desesperados, apacigua las tempestades, rescata a los cautivos, convierte a los infieles y protege a todo el género humano» (67).

**Los cristianos, centro de la comunión espiritual del mundo entero.**—Identificado al misterio de la Iglesia, el misterio de la comunión de los santos une en su profundidad dos revelaciones que pudieran parecer más bien opuestas: por una parte la de los lazos poderosos y delicados que unen íntimamente entre sí a los cristianos, de donde la frase de San Pablo: «Siempre que se nos presenta la ocasión, obremos el bien para con todos y *muy en especial para con nuestros hermanos en la fe*» (Gal., VI, 10); y por otra parte la de la solidaridad de cada uno de los cristianos, y de los cristianos todos con el mundo de los que buscan, e incluso con el mundo de los que pierden, de donde la inmensa, la extraordinaria definición del prójimo que ha propuesto el mismo Salvador en la

---

(66) LEÓN BLOY, *Méditation d'un solitaire*.

(67) LEÓN BLOY, *Le Désespéré*, II.<sup>a</sup> Parte.

parábola del Buen Samaritano, y según la cual de nosotros depende el que sea el otro, o no lo sea, nuestro prójimo (*Lc.*, X, 29-37). Si es preciso a los cristianos dar con preferencia y más en abundancia, ¿no es acaso para que lleguen a ser dignos de su vocación, que consiste precisamente en ser buenos samaritanos del mundo, y para que rueguen a fin de que, en el plano espiritual, se convierta el mundo en la Iglesia?

**El Símbolo de los Apóstoles.**—Al confesar la Trinidad, cuida el Símbolo de los Apóstoles de situar en cierto sentido a cada una de las Personas divinas en el universo de las cosas visibles. El Padre queda situado en la creación; en Cristo el Hijo; y el Espíritu Santo en la Iglesia.

Los últimos artículos del Símbolo que se refieren al Espíritu Santo, deben, según los resultados de estudios recientes (68), encadenarse de la siguiente manera: «*Yo creo en el Espíritu Santo que mora en la Santa Iglesia Católica, la cual es la Comunión de los Santos, para la remisión de los pecados, con vistas a la resurrección de la carne y de la vida eterna*» (69).

---

(68) P. NAUTIN, *Étude sur l'Histoire et la théologie du Symbole*, París, 1947.

(69) Sobre el sentido de la excomunión, véase más adelante, p. 341.



## CAPÍTULO VII

### LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

«El alma, dice Santo Tomás, es principio y causa del cuerpo vivo de tres maneras: 1.º es el *principio* del que parte su movimiento; 2.º es el *porqué* de su existencia, es decir, su *fin*; 3.º es la *forma* substancial de los cuerpos a los que da su vida» (1).

Puede considerarse el alma creada de la Iglesia en cuanto que *informa* al cuerpo y le comunica una vida superior a la de los reinos de este mundo: en este caso se referirá al alma de la Iglesia, como lo haremos nosotros más adelante, la propiedad y la nota de la *unidad católica* de la Iglesia.

Puede asimismo considerarse al alma creada de la Iglesia en cuanto que es *el porqué* de la existencia del cuerpo, es decir, en cuanto que obliga al cuerpo a tensarse y a espiritualizarse, y en cuanto que ella misma se ve obligada a abrirse cada vez más, como alma creada que es de la Iglesia, al influjo y a la atracción del Espíritu Santo que es el Alma increada de la Iglesia. Podemos, pues, ver cuáles son las relaciones de la *santidad* con el alma considerada, como la que, en este mundo, es la causa final de la Iglesia.

Trataremos este tema en tres secciones: de la santidad en cuanto que se halla *realizada* en la Iglesia (santidad formal o terminal) (I); de la santidad en cuanto *tendencial* en los poderes sacramentales y jurisdiccionales (santidad virtual o

---

(1) *Comentario al de Anima de Aristóteles*, libro II, lecc. 7, edic. Pirotta, n.º 318.

instrumental) (II); de la santidad en cuanto *propiedad y nota* de la Iglesia (III).

## I. LA SANTIDAD EN CUANTO REALIZADA EN LA IGLESIA

Dos axiomas nos hacen comprender la santidad de la Iglesia: 1.º *La Iglesia se halla sin pecados, aunque no sin pecadores*; este primer axioma separa la Iglesia de los pecados de los que a ella pertenecen visible o corporalmente; 2.º *Toda la santidad, la verdadera santidad, del mundo se halla relacionada con la Iglesia de Pedro*: por este axioma queda unida a la Iglesia la santidad de los que pertenecen a ella invisible o espiritualmente.

### 1. LA IGLESIA, QUE NO SE HALLA SIN PECADORES, SE HALLA, SIN EMBARGO, SIN PECADO.

La Iglesia divide en nosotros el bien y el mal. Retiene el bien y abandona el mal. Sus fronteras pasan a través de nuestros corazones. El mal al que nos referimos es especialmente el del pecado mortal, que nos hace perder la caridad; pero también lo es el del pecado venial, que contraría en nosotros la irradiación de la caridad.

**La Iglesia no se halla libre de pecadores.**—1. La Iglesia es el Reino del Hijo del hombre del que sólo al fin de los tiempos serán arrojados los que causan escándalos y cometen la iniquidad (*Mt.*, XIII, 41-43); la red que guarda en sí hasta el fin de los tiempos peces buenos y malos (*Mt.*, XIII, 47-50). No arroja de su seno a los pecadores más que en casos extremos: «Si pecare tu hermano contra ti, ve y repréndele a solas. Si te escucha habrás ganado a tu hermano. Si no te escucha toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres sea fallado todo el negocio. Si los desoyere, comunícalo a la Iglesia; y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano» (*Mt.*, XVIII, 15-17; cfr. *I Cor.*, V, 1-5). Puede en algunos lugares entibiarse en su primer amor como en Efeso (*Apoc.*, II, 4), no contar, como sucedía en Sardes, más que algunos pocos fieles que no hu-



biesen manchado sus vestidos (*Apoc.*, III, 4), dejarse llevar de la tibieza, como en Laodicea (*Apoc.*, III, 15). Siempre será verdad que hay pecadores en la Iglesia (2).

2. Los pecadores son miembros de Cristo y de su Iglesia, pero no de la misma manera que los justos. Pueden *pertenecer* a la Iglesia de la que también forman parte los justos, pero no podrían por sí solos *constituir* la Iglesia. La noción de miembros de Cristo y de su Iglesia se aplica por consiguiente a los justos y a los pecadores, no de manera igual, única, sino de manera diferente, análoga.

3. Los pecadores son miembros de la Iglesia, como lo hemos visto antes (3), por dos elementos: 1.º por los valores espirituales que siguen subsistiendo aún en ellos: carácter sacramental, fe y esperanza teológica, reconocimiento de la jerarquía, etc.; 2.º por la caridad que reside, de una manera directa, inmediata, salvífica, solamente en los justos pero que sigue llegándose a ellos por su influjo de una manera indirecta tan sólo, de una manera extensiva, no salvífica. Cuando llevan a sus hijos a que reciban el Bautismo, o los mueven a comulgar con frecuencia, cuando aceptan las nuevas definiciones que sugiere el Espíritu Santo a su Iglesia, cuando por sus limosnas toman parte en la expansión misionera de la Iglesia, etcétera, no hacen más que obedecer a los impulsos de la caridad colectiva de la Iglesia. Son como llevados por la caridad colectiva de la Iglesia, llevados en pos de sus huellas y de su concepción de vida, incluso tras de haber perdido personalmente el don del amor. Quedan asociados al destino de los justos de la misma manera que un miembro paralítico participa en los movimientos y pasos de la persona humana.

Puede por consiguiente un cristiano pecar mortalmente, aniquilar en su ser el amor, y seguir sin embargo perteneciendo a la Iglesia, de una manera visible aun cuando no salvífica, al menos mientras no caiga en el cisma, es decir, mientras no se revele contra la caridad cultural, sacramental, orientada, en cuanto que, presente en los justos de manera directa e

---

(2) Es una verdad definida por el Magisterio que el pecador bautizado puede ser todavía cristiano, es decir, miembro de la Iglesia: «Si dice alguien..... que quien tiene la fe sin la caridad no es un cristiano, que sea anatema». *Conc. Trid., Sess. VI, can. 28, Denz., 838.*

(3) Véase antes, p. 201.

indirectamente en los pecadores, forja la unidad de toda la Iglesia.

4. La caridad cultural, sacramental, orientada, se halla ordenada, lo mismo en los justos que en los pecadores, a la inhabitación plena del Espíritu Santo. En el caso de los justos, en los que se encuentra directamente y por sí misma, la caridad se halla ordenada a la inhabitación del Espíritu Santo, inhabitación que pide ser alimentada e intensificada de continuo. En el de los pecadores, en los que se encuentra tan sólo de manera indirecta y por su influjo, la caridad se halla ordenada a una inhabitación que pide ser recobrada y poseída de nuevo.

5. La Iglesia sigue viviendo en los hijos suyos que no poseen ya la gracia. Lucha en ellos contra el mal que los roe; se esfuerza por retenerlos en su seno, por vivificarlos constantemente al ritmo de su amor. Los conserva como se conserva un tesoro del que no se desprende uno más que obligado a ello. Y no es que quiera cargar con un peso muerto. Tan sólo espera que a fuerza de paciencia, de mansedumbre, de perdón, el pecador que no se haya separado totalmente de ella, volverá para vivir en plenitud; que la rama adormecida, gracias a la poca savia que en ella quedaba, no será cortada ni arrojada al fuego eterno, sino que tendrá tiempo de volver a florecer.

**Y sin embargo la Iglesia se ve libre de pecado.**—1. «Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable» (*Eph.*, V, 25-27). Este texto se refiere directamente a la Iglesia presente, tal cual nace del Bautismo, cuya gracia —juntamente con la gracia de la Eucaristía y de los demás sacramentos— tiene como finalidad el incorporarla a Cristo su Cabeza, que sufre por ella, que por ella muere y resucita, y concederle de esta manera el don de sufrir con El, de morir con El, de resucitar con El.

Bien sabe el Apóstol que hay pecadores en la Iglesia, ya que se ve obligado sin cesar a amonestar a los que ha engendrado para Cristo; pero sin embargo a sus ojos la Iglesia es santa e inmaculada. Lo que quiere decir que los pecadores pertenecen a la Iglesia, no por su pecado, sino por los valores



de santidad que en sí llevan y que siguen vinculándolos aún a la Iglesia.

2. Esta misma revelación de la pureza de la Iglesia se halla en substancia, aun cuando no se vea nombrada la Iglesia, en la Epístola primera de San Juan. El Apóstol, tras de haber escrito que Cristo se ha manifestado para borrar nuestros pecados, y tras de afirmar que no hay pecado en Cristo, añade que «quienquiera que mora en El no peca. Quienquiera que peca, ni lo ha visto ni lo ha conocido» (III, 6). «Quien comete el pecado es del diablo, ya que el diablo es pecador desde el principio. Y para destruir las obras del diablo se nos ha mostrado el Hijo de Dios. Quien nace de Dios no comete pecado, ya que su descendencia mora en él; no puede pecar, nacido como es de Dios» (III, 8-9). «Sabemos que quien ha nacido de Dios no peca, sino que el Engendrado de Dios lo guarda y no tiene imperio sobre él el Maligno» (V, 18). Y en su tercera Epístola: «Carísimo, no imites el mal sino el bien. Quien hace el bien es de Dios. Quien por el contrario obra el mal no ha visto a Dios» (*Vers.*, 11).

Y sin embargo no ignora San Juan que los cristianos pecan: «Si decimos nosotros que no pecamos, mentimos, y no mora la verdad en nosotros» (*I Jo.*, I, 8). Todas las supuestas contradicciones desaparecen una vez que se comprende que los miembros de la Iglesia pecan ciertamente pero que con ello traicionan a la Iglesia; que por consiguiente, no se ve la Iglesia libre de pecadores, pero sí libre de pecado.

**La Iglesia se inquieta por el pecado.**—Decir que la Iglesia se ve libre de pecado equivale a decir que jamás *consiente* en el pecado; que sus hijos pecan, no obediéndola sino traicionándola; que cuanto más pecan, más se separan de ella, y menos le pertenecen.

Lo cual no quiere sin embargo decir en manera alguna que no se *inquieta* la Iglesia por el pecado. Semejante paz constituirá su privilegio en la gloria; pero no podrá constituirlo en la gracia. La Iglesia tiene por misión el ir a buscar a sus hijos que se hallan enfangados en el seno del pecado, el luchar sin cesar para hacer que retrocedan lo mismo en ellos que en el mundo los límites del pecado, el reparar las ruinas del pecado por medio de la penitencia, del arrepentimiento y de la satisfacción.

La Iglesia se halla rodeada por doquier del pecado. Lo

cual no quiere decir que sea el pecado la materia de que está ella constituida, sino el adversario con el que habrá de combatir hasta el fin del tiempo. En el corazón de la Iglesia están en vela un temor, un dolor, una preocupación constante por el pecado.

**La Iglesia, aun cuando no peca, se arrepiente y se convierte.**—1. No hay duda de que la Iglesia ha de *humillarse*, ya que es la Iglesia de quien se humilló ante el Padre (*Jo.*, V, 19; *XIV*, 28), ante los hombres (*Jo.*, *XIII*, 14), ante la muerte (*Phil.*, II, 8). Ahora bien, ¿puede decirse *que ella ha de arrepentirse, que ha de convertirse y hacer penitencia?*

El Salvador, que se veía libre de pecado, podía sin embargo *expiar* por el mundo; no podía arrepentirse, ni, propiamente hablando, hacer penitencia. Pero la Iglesia encierra en su seno pecadores que por lo mismo no le pertenecen más que de una manera parcial, pecadores a los que la acción divina trata de liberar de sus pecados a través del arrepentimiento y de la penitencia, a fin de que le pertenezcan de una manera más total. Para ellos no constituye un pecado el que lloren sus pecados. Más bien constituye una grandeza, nacida, verdad es, de una miseria de la que se vio siempre exento Jesús; grandeza sin embargo del Reino de Dios. Incluso los comienzos de la penitencia y lo que se llama la contricción imperfecta, contricción en la que no se hallan la fe, la esperanza y el temor impregnados aún de la caridad, no son pecados; son más bien visitas del Espíritu Santo, visitas por las que el fiel, privado aún de la caridad, comienza a participar más íntimamente de la santidad de la Iglesia. En estos hijos suyos pecadores, que, por su instigación renuncian al pecado, es la Iglesia personalmente la que se arrepiente y hace penitencia.

2. ¿Cómo es posible que haga penitencia la Iglesia si no peca? ¿No corresponde por ventura al mismo que ha pecado el arrepentirse?

Sí son los mismos seres reales, los mismos sujetos concretos, los que han pecado y hacen penitencia; pero obrando sucesivamente por actos y disposiciones contrarias, y desempeñando papeles diferentes. Son los mismos hombres bautizados que pertenecen a la vez, aunque parcialmente, a dos ciudades contrarias, los que ora pecan en cuanto dependen de la ciudad del diablo, ora hacen penitencia en cuanto son atraídos por la ciudad de Dios. Pecan en cuanto son descen-



dencia del diablo y le sirven de instrumentos: «Quien comete el pecado, pertenece al diablo» (*I Jo.*, III, 8; cfr. *Jo.*, VIII, 44), y en esta medida se esfuerzan por destruir la Iglesia en sí mismos y en el mundo. Y hacen penitencia por sus pecados, en cuanto son de la descendencia de Dios e instrumentos de Cristo, y en esta medida luchan por edificar la Iglesia tanto en sí mismos como en el mundo. Pecando traicionan a Cristo y a su Iglesia; hacen penitencia en nombre de Cristo y de la Iglesia. De ahí que sea menester afirmar que la Iglesia, aun cuando no peca, hace sin embargo penitencia. Es ella la que en y a través de sus hijos, hace penitencia; pero por pecados que no ha cometido, por pecados que les prohibía que cometieran, por pecados que no han cometido sus hijos más que oponiéndose a sus deseos, cesando parcialmente y en esta misma medida de ser hijos suyos.

Así, pues, la Iglesia como persona toma sobre sí la responsabilidad de la penitencia. No carga con la responsabilidad del pecado. Si se asemeja a la pecadora del Evangelio, no lo es más que en el momento en que ésta derrama su perfume sobre los pies de Jesús. Son sus miembros, seglares, clérigos, sacerdotes, Obispos, Papas, quienes desobedeciéndole cargan con la responsabilidad del pecado; no la Iglesia como persona.

3. Se cae en una gran ilusión contra la que parecen hallarse sin defensa los Protestantes, ilusión que los fascina en sus Congresos ecuménicos, cuando se invita a la Iglesia como persona a reconocer y proclamar sus pecados. Se olvida que la Iglesia como persona es la Esposa de Cristo, que «se ha adquirido para sí, por medio de su sangre» (*Act.*, XX, 28), a la que ha purificado para que apareciese en su presencia «totalmente resplandeciente, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino santa e inmaculada» (*Eph.*, V, 27), que es la «Casa de Dios, columna y soporte de la verdad» (*I Tim.*, III, 15). Cuando la humildad pone en peligro la magnanimidad, es que ha dejado de ser ya una virtud.

4. Cuando dócil a Cristo, pone la Iglesia en nuestros labios el *Pater*, cuando nos hace decir al Padre de los cielos: «Perdónanos nuestras deudas» (*Mt.*, VI, 12), no hay duda de que oramos cada día e imploramos perdón en su nombre; pero por las faltas que hemos cometido en nombre nuestro propio, no en su nombre. Nadie mejor que San Agustín ha comprendido esta verdad: «Aun aquellos que caminan por los caminos de la verdad dicen: *Perdónanos nuestras deu-*

*das*, ya que la oración y la confesión son del agrado del Señor; no lo son en cambio los pecados por los que oramos y nos confesamos» (4).

**La Iglesia pide no pecar jamás.**—La Iglesia como tal pide cada día no pecar, no ceder en la fe, no caer en la avaricia, en la impureza, en el orgullo, en la desesperación, en el odio, pide el perseverar hasta el fin en el amor. Sabe muy bien que esa oración que hace en su favor es siempre escuchada. Pero sabe también que cada uno de sus hijos puede caer, que el mal ejerce sobre cada uno de ellos una fascinación constante y terrible a veces, que grupos enteros, Iglesias particulares enteras, pueden hundirse en las pruebas (*Apoc.*, II, 4-5). Esta oración que dirige a Dios la Iglesia para no pecar y perseverar hasta el fin, oración que dirige con la seguridad de ser siempre escuchada, la dirige también en favor de cada uno de sus hijos, pero esta vez con el temblor de no ser escuchada suficientemente, suplicando insistentemente que sea preservado cada uno de ellos del mal, que no se pierda ninguno de ellos (cfr. *Jo.*, XVII, 12-15).

**En qué sentido pide ser purificada.**—¿Cómo hemos de comprender esta petición de la Iglesia de ser purificada? O pide en favor de sus hijos, y se trata entonces de purificación en sentido propio, de purificación de los pecados, o pide por sí misma, para subir cada día a un amor más puro, más intenso, más profundamente arraigado en sus miembros. La contrición imperfecta no es en manera alguna un pecado, pero la Iglesia se purifica cuando pasan sus miembros a la contrición perfecta; se purifica asimismo cuando pasa de la caridad de los principiantes a la de los proficientes, y de ésta a la de los perfectos.

**Cómo circunscribe el historiador a la Iglesia.**—Los historiadores que se mueven, por vocación, en el campo de las ciencias positivas, empíricas, no alcanzan a la Iglesia más que desde el exterior. Incluyen en ella, sin tener en cuenta que es la Esposa y el Cuerpo de Cristo y que no es de este mundo su reino, a los cristianos con todas sus actividades,

---

(4) *Enarr. in Ps. CXVIII, Sermo 3, n.º 2.*



lo mismo buenas que malas. Representan en el mismo cuadro y en el mismo lienzo los escándalos de un Alejandro VI y la dignidad pontifical de que se hallaba revestido, las grandezas de los santos y los crímenes de los cristianos que han manchado y ensangrentado el mundo.

De los historiadores, incluso de los no-cristianos, se puede exigir que tomen conciencia del carácter, descriptivo ante todo y limitado, de su punto de vista, y que se dignen considerar a la Iglesia, en determinados momentos, no como meros historiadores, sino como hombres, dirigiendo a ella esa mirada que, sin alcanzar aún la penetración de la mirada de la fe, pueda reconocer y valorar los supremos valores humanos. Y entonces, en su conjunto y en su impulso fundamental, la Iglesia se les mostrará no sólo en sus miembros fieles, sino incluso en los miembros pecadores cuyas traiciones condena, como una realidad santa y bienhechora para la humanidad.

Lo cual no obsta para que sólo la fe nos permita captar a la Iglesia en su realidad total. Ningún católico afirmará jamás que los pecadores pertenecen a la Iglesia *por razón* de sus pecados. Se hallan en la Iglesia por lo santo que en ellos hay. Pero ¿se hallan en la Iglesia *con* sus pecados? ¿Llegan a introducir en ella sus pecados? He ahí todo el problema.

**¿Cómo define el teólogo a la Iglesia?**—Parecen abrirse aquí dos caminos, de los que sin embargo uno es más bien un callejón sin salida.

Si se está de acuerdo en definir a la Iglesia no por lo que la hace precisamente ser la Iglesia, sino incluyendo en ella los pecados de sus miembros, será preciso afirmar: 1.º que no es totalmente pura, totalmente santa, sino que se halla manchada de corrupción y de pecado; 2.º que por consiguiente se incorpora, se encarna y se hace visible como tal Iglesia no sólo por lo que hay de puro y de santo en el ser y en la conducta exterior de sus miembros, sino también por e incluso en lo que es impuro y manchado en su ser y en su conducta exterior; 3.º que por lo mismo sus fronteras propias, sus límites precisos y verdaderos, se ven de esta manera dilatados no sólo por las virtudes de sus miembros, sino incluso por sus pecados, con tal que no se trate de pecados, como el cisma y la herejía, que les privarían de su cua-

lidad de miembros de la Iglesia; 4.º finalmente que si es verdad que el Cristo individual es Cabeza, y la Iglesia, con los pecados de sus miembros el Cuerpo, sería menester afirmar, lógicamente, que el Cristo total, es decir, la Cabeza y el Cuerpo, peca en sus miembros pecadores. Esta sería la tesis de la Iglesia santa en los justos y manchada en los pecadores, en una palabra, de una Iglesia sometida al pecado.

Pero si por el contrario, definimos la Iglesia por lo que la hace precisamente ser la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, será preciso afirmar: 1.º que, aun cuando comprende muchos pecadores, es toda pura y santa, sin mezcla de mancha o de pecado; 2.º que se encarna y se hace visible, no solamente, como es natural, por y en el ser y en la conducta exterior de sus hijos justos, sino también por y en lo que, en sus miembros pecadores, queda aún puro y santo, es decir, por y en todo lo que, a pesar del pecado, brota en ellos de un don celeste: por una parte los caracteres sacramentales, por otra parte la fe divina, el temor de la justicia divina, la esperanza teologal, el pesar de sus pecados, aun cuando se vean privados todos estos movimientos del fuego del amor; 3.º que sus fronteras propias, precisas y verdaderas no circunscriben más que lo que es puro y bueno en sus miembros, sean éstos justos o pecadores, tomando en sí todo lo que es santo, incluso en sus miembros pecadores, dejando fuera de dichas fronteras todo lo que es impuro, así se halla en sus miembros justos; son nuestra conducta y nuestra propia vida, nuestro corazón, el campo en el que se enfrentan la Iglesia y el mundo, Cristo y Belial, la luz y las tinieblas: 4.º que el Cristo total, Cabeza y Cuerpo, es santo en todos sus miembros, lo mismo pecadores que justos, trayendo hacia sí toda santidad, incluso la de sus miembros pecadores, rechazando de sí toda impureza, incluso la de sus miembros justos. Tal es la tesis de la Iglesia inmaculada.

Verdad es que hombres llenos de celo han podido gritar a los malos cristianos que manchaban la Iglesia. Creemos sin embargo que su intención no era tanto el defender la tesis teológica de la Iglesia manchada por la corrupción de sus miembros, como el hacer comprender a los cristianos que pertenecen de derecho totalmente a la Iglesia (lo que es verdad), que el mundo la tendrá por responsable de las faltas cometidas por aquéllos (lo que es también verdad aunque constituye una injusticia), y que en este sentido por el hecho



de pecar la deshonran. Lejos de escandalizar, esta paradoja por el contrario nos conmueve, cuando tiene como finalidad el recordar a los cristianos pecadores las exigencias de su vocación.

**La Iglesia es inmaculada.**—Los que sostienen que la Iglesia está manchada recurren a una manera de pensar platónica. Distinguen por una parte el *cristianismo ideal* y por otra el *cristianismo histórico*; la *Iglesia ideal* por una parte, es decir, la Iglesia tal cual se encuentra en el pensamiento de Dios (tal cual llegará a ser en la eternidad), y la *Iglesia histórica* por otra parte. Sólo la primera es una Iglesia sin mancha ni arruga; la segunda no es más que un conglomerado. Lleva en sí a Cristo y a Belial.

Los que defienden que la Iglesia es inmaculada insisten en su semejanza con Cristo. No sólo el Cristo *ideal*, dicen ellos, el que se halla en el pensamiento de Dios, se ve libre de pecado; también lo está el Cristo *de la historia*, y nos encontramos con esto en el misterio mismo de la Encarnación. De manera semejante, no es la *Iglesia ideal* la única que se halla sin mancha ni arruga; también lo está la *Iglesia de la historia* y éste es precisamente el misterio de la Iglesia, Esposa y Cuerpo de Cristo ya desde este mundo, templo del Espíritu Santo (5), cristoconforme y teófora. Contiene, es verdad, muchos pecadores, pero, incluso en ellos, es santa; dentro de su corazón lleva a Cristo que lucha con Belial.

**Un paso adelante en Eclesiología.**—Era tendencia normal en la Eclesiología la de tratar de salvaguardar ante todo la santidad de la Iglesia, y separar para ello de la Iglesia el mayor número de pecadores por miedo a que la manchasen. Los pecadores estaban en la Iglesia, pero no eran de la Iglesia. No formaban en sentido verdadero y propio su Cuerpo; no eran miembros suyos más que en un sentido impropio y equivoco; se prefería, en lugar de compararlos con miembros, compararlos con tumores malignos. En una palabra, se agotaba el vínculo que une los pecadores a la Iglesia. Lógicamente se desemboca en el error de Quesnel, según el cual los

---

(5) ¡Y no *hospital*!, como decía Lutero.

pecadores no pueden ser miembros de Cristo ni tener a Cristo por Cabeza.

Modernamente ha imperado en cambio la tendencia a salvaguardar la pertenencia de los pecadores a la Iglesia. Se les considera como verdaderos miembros de la Iglesia, como miembros en sentido propio. Pero al no distinguir al pecador de su pecado, por el hecho de rehabilitarlo en la Iglesia, se ha introducido en ella el pecado. La santidad de la Iglesia, mezclada con numerosos pecados mortales y veniales, se convierte en una santidad sólo relativa. «La Iglesia es santa como es rica Amberes o sabia Lovaina».

Es menester dar en nuestros días el paso decisivo. Los justos lo mismo que los pecadores se hallan en la Iglesia, tan sólo por aquello que, en su ser, en su manera de conducirse, en su corazón, es santo; es decir, con exclusión del pecado. La Iglesia es totalmente santa en los justos y en los pecadores: en el caso de estos últimos, con una santidad imperfecta, llena de trabas; en el caso de los justos, con una santidad perfecta, libre. Los justos y los pecadores son en sentido propio y verdadero sus miembros; unos por lo más importante de su ser, de una manera salvífica; otros por la parte menor de su ser, de una manera no salvífica. «Cristo desde el cielo mira siempre con particular afecto a su Esposa inmaculada, *intemeratam Sponsam*, desterrada en este mundo» (6).

## 2. CUANTO DE VERDADERA SANTIDAD HAY EN EL MUNDO SE REFIERE A LA IGLESIA DE PEDRO.

El primer axioma, al separar a la Iglesia de Cristo de los pecados de sus miembros, echa por tierra el malentendido que impide ver su santidad. El segundo axioma, al referir a la Iglesia de Cristo la santidad de todos aquellos que pertenecen a ella de una manera espiritual, por el deseo, echa por tierra el malentendido que impide ver que cuanto de santidad auténtica hay en el mundo, bien sea en las religiones pre-cristianas, bien sea en el Judaísmo o en las formaciones

---

(6) Encíclica *Mystici Corporis*, Colección de Encíclicas, Publicaciones de la Junta Técnica de Acción Católica, 5.ª edición, Madrid, 1955, p. 173.



disidentes da, de lejos o de cerca, un testimonio no en contra, sino en favor de esta Iglesia de la que ha hecho Cristo su Cuerpo y su Esposa, de esta Iglesia que ha confiado a Pedro.

**Las dos zonas de la Iglesia, acabada una de ellas, inicial la otra.**—Es doctrina de la Iglesia católica que fuera de su inmediato influjo, hay, por lo que a santidad se refiere, no nada, sino nada que no conduzca hacia ella. Quienes no son aún miembros corporales de la Iglesia se verán privados bien sea de la plenitud de las gracias sacramentales, bien de la orientación jurisdiccional; y por eso jamás será perfecta su santidad. Sin embargo, pueden pertenecer a la Iglesia de una manera inicial, espiritual, por el deseo de la caridad teologal. Esta santidad imperfecta es auténtica, y profunda no pocas veces. Y se ve ordenada, de por sí misma, y aun sin darse cuenta de ello, a la santidad plena de la Iglesia, de la misma manera que se ordena el tallo a su flor y la flor al fruto. Teniendo verdaderamente su fuente en el mismo Cristo, tiende hacia la perfección de su Cuerpo místico, perfección que no es posible más que donde es plena la Jerarquía y es reconocido el Primado. Por eso da un testimonio en favor de la plenitud de este Cuerpo místico, a la manera que dan las cosas del destierro testimonio de las cosas de la Patria. El testimonio de los santos de las Iglesias ortodoxas, o de las Iglesias protestantes, o del Judaísmo, o del Islam, o de la India, en el caso de que sea auténtica su santidad, no debilitaría el resplandor de la santidad de la Iglesia Católica más que si enseñara ésta que no hay vida sobrenatural y santidad auténtica más que en aquellos que son miembros cuyos de manera visible y corporal, y que por el contrario no existe vida sobrenatural ni santidad en los que le pertenecen de manera invisible y espiritual, sin saberlo, por la tendencia misma de la gracia que de Cristo han recibido. La verdad es que nos enseña lo contrario.

**Los verdaderos bienes de los disidentes son bienes de la Iglesia.**—Los bienes sobrenaturales que se hallan en los disidentes o en los no-bautizados son, por el mismo hecho, imperfectos: pueden formar la Iglesia en su estado inicial, embarazado, no en su estado acabado y pleno. Pero la Iglesia en su estado inicial es ya la Iglesia; los bienes de los disidentes o de los no-bautizados son sus bienes, bienes que con-

tribuyen a constituir-la; todo cuanto pueda haber de auténtico en la experiencia ortodoxa, luterana, anglicana, pertenece a la Iglesia católica; pero lo que falta a esta experiencia a la que tantas trabas se oponen, es decir, su propia plenitud, eso es lo que falta precisamente a la Iglesia. En esta perspectiva no puede decirse que los disidentes o los no-bautizados se hallen en posesión de verdaderos bienes sobrenaturales que faltan aún a la Iglesia. «El catolicismo no es un partido religioso, es la religión, la única religión verdadera, y se goza sin envidias de ningún género de todo bien, incluso de los bienes que florecen fuera de sus fronteras, porque estos bienes no se hallan fuera de sus fronteras más que en apariencia; en realidad le pertenecen de manera invisible. ¿No pertenece por ventura todo a nosotros que somos de Cristo?» (7).

## II. LA SANTIDAD EN CUANTO TENDENCIAL EN LOS PODERES JERARQUICOS

Las grandezas de la jerarquía se hallan al servicio de los bienes de santidad. De ahí que deban ser a su vez santas. No con una santidad formal, terminal; pero sí con una santidad tendencial, ministerial o instrumental. Son santas no directamente, como algo propio; sino indirectamente, por relación a la santidad, de la misma manera que se dice de una región, o de unos alimentos que son sanos porque favorecen a la salud (8).

Los poderes jerárquicos se subdividen en poderes de orden y poderes de jurisdicción.

### 1. LA SANTIDAD INSTRUMENTAL DE LOS PODERES DE ORDEN.

El poder de orden, que es uno de los tres poderes sacramentales, permite a quienes son sus depositarios el obrar como puros instrumentos, como meros canales que transmiten a las almas que se hallan dispuestas a recibirla una gracia que descende de Dios y de la Cruz de Cristo.

---

(7) JACQUES MARITAIN, *Religion et culture*, París, 1930, p. 65.

(8) S. TH., III, qu. 60, a. 1.



Puede que las personas que se hallan en posesión del poder de orden, no posean la santidad, lo cual dará lugar en la práctica a una cantidad sin número de dificultades. Pero el poder de orden en sí, poder que es un puro instrumento en manos de Dios, no se verá con ello ni manchado ni debilitado. A propósito de Juan, I, 33: «Aquel sobre quien vieres descender y morar el Espíritu, ése es quien bautiza en el Espíritu Santo», escribe San Agustín: «Bautiza Pedro, El es quien bautiza; bautiza Pablo, El es asimismo quien bautiza; y aun cuando lo haga Judas, El será quien bautice» (9).

Cuando se dice que los sacramentos obran *ex opere operato*, puede entenderse esto por razón del ministro y dar a entender con ello que las disposiciones personales del ministro no influyen para nada en su efecto. Y puede entenderse, de manera más profunda esta vez, de quienes se acercan a recibirlos y dar a entender con ello que los sacramentos transmiten la gracia de Cristo, no independientemente de nuestras disposiciones, sino en dependencia de ellas, no a la medida de éstas, sino por encima de ellas, aun cuando en proporción a ellas, de manera que quien viene con dos reciba cuatro, y quien con tres, seis. «A quien tenga se le dará.....» (Lc., VIII 18).

## 2. LA SANTIDAD MINISTERIAL DE LOS PODERES DE JURISDICCIÓN.

**El poder de orden es estrictamente instrumental, el poder de jurisdicción tan sólo ministerial.**—Los poderes de jurisdicción se hallan destinados no a comunicar la gracia a las almas, como penetrando en ellas, sino a proponerles desde el exterior las directrices especulativas o prácticas que habrán de aceptar e interiorizar las almas.

Sólo a Dios le es posible el forzar en cierto sentido las puertas del alma, para derramar en ella la gracia y, como lo hemos ya dicho, las criaturas no pueden ser utilizadas por él más que a título de puros *instrumentos* para fines que las superan absolutamente.

Pero por el contrario, el proponer desde el exterior a las

---

(9) In Joan. Evang., tratado 6, n.º 8.

inteligencias un mensaje especulativo o práctico, aun cuando sea de origen divino, es algo que aparece más al alcance de los hombres, algo en lo que pueden ellos tomar una parte mayor de iniciativa. Los depositarios del poder de jurisdicción obrarán por consiguiente más como causas segundas que como meros transmisores. Y a este título serán principio de iniciativas y de responsabilidades (10).

**Necesidad de una asistencia de los poderes de jurisdicción.**—Rebaja de semejante privilegio dejado a los hombres será que en la misma medida en que crece la importancia de su papel, amenazará con entrar en el gobierno de la Iglesia el peligro de errar. De ahí la necesidad, para que los fieles sean dirigidos y no llevados por mal camino por sus pastores de una providencia particular, de un socorro profético, de una asistencia. En efecto, esta asistencia ha sido prometida a los Apóstoles y a sus sucesores: «Id, pues, y enseñad a todas las naciones..... Enseñadles a poner por obra lo que os he enseñado. Y he aquí que yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos» (*Mt.*, fin).

**Grados en esta asistencia.**—La asistencia otorgada al poder declarativo es *absoluta*, y en este sentido totalmente santa. Sobre esto no hay dificultad alguna.

La asistencia que recibe el poder canónico es *prudencial*. Es *infallible* por lo que a las medidas de orden general se refiere: y en este sentido, estas medidas, sin que hayan de ser necesariamente las más prudentes entre todas las posibles serán sin embargo siempre prudentes y santas, no podrán descarriar a los fieles.

La asistencia es *fallible* para las medidas de orden particular y de orden «biológico»: de manera que en su conjunto estas medidas serán prudentes, buenas, santas; pero a veces podrán ser erróneas, nefastas y descarriar a los que las siguen. Este es el misterio que se plantea (11).

**¿Por qué es fallible la asistencia en el sector de las directivas particulares y biológicas?**—¿No podía haber preser-

---

(10) Véase más arriba, p. 168.

(11) Véanse más arriba, pp. 176-179.



vado Cristo el poder canónico de todo error y de toda injusticia incluso en este punto? ¿Cuál es la causa de que permita que puedan equivocarse quienes hablan en su nombre? Secreto suyo es. A nosotros nos corresponde, más que el explicarlo, el atestiguarlo.

A problemas de este estilo lo único que puede responderse es que no permitiría Dios que pudiera imperar el mal en el mundo contra su obra redentora, si no fuera lo bastante poderoso para sacar de él grandes bienes. ¿Qué bienes son éstos? Son bienes que quedan ocultos, y que tan sólo imperfectamente se nos muestran.

Se dirá por ejemplo que al dar Dios en el gobierno de su Iglesia una participación tan grande a la responsabilidad de sus siervos, honra en ellos de una manera sublime la condición humana; que permitiendo que se equivoquen a veces al entrar en contacto con las realidades concretas, movedizas, los invita a que se aprovechen de la experiencia, a seguir los pasos de la historia para enseñar las cosas que se hallan por encima de la historia; los mueve a «existir con el pueblo», a usar de indulgencia con los que pecan, ya que también ellos se hallan rodeados de debilidad (*Hebr.*, V, 2), a meditar en su miseria, a dudar de sí mismos, a suplicar humildemente para lograr las luces del cielo.

Podrá asimismo decirse que los mayores errores de los hombres de Iglesia han sido ocasión, con la ayuda de la gracia, del martirio de una Juana de Arco o de la unión transformadora de un Juan de la Cruz.

Hablando de Justos que habían sido expulsados de la comunidad cristiana, escribía San Agustín: «Si soportan en la mayor paciencia esta afrenta y esta injusticia por la paz de la Iglesia, sin fomentar ninguna de las novedades del cisma o de la herejía, enseñarán a los hombres con qué gran amor y con qué sublime caridad es preciso servir a Dios. Defienden hasta la muerte y sostienen con su testimonio la fe que saben es predicada por la Iglesia católica. Y el Padre que ve en lo oculto, los corona también en lo oculto. Semejante raza de hombres es rara, pero no faltan ejemplos; e incluso son más abundantes de lo que pudiera creerse» (12).

---

(12) *De vera religione*, VI, 11.

**La actitud cristiana frente a los posibles fallos del poder canónico.**—1. Pudiera suceder que las directivas jurisdiccionales en materia sujeta a error fuesen *justas en lo que ordenan* pero inmorales en la intención de quien las impone: los cálculos de la ambición pueden hacer promulgar una ley justa. En este caso decimos que bajo el aspecto que las hace inmorales, constituyen un pecado de los hombres de Iglesia y se hallan fuera de la Iglesia, ya que ésta se halla por su misma esencia libre de pecado; y que bajo el aspecto bajo el que son justas, han de ser obedecidas.

2. Pero pueden hallarse estas directivas *intrínsecamente desviadas*, si imponen un error (los decretos contra Galileo declaran como contrario a la Biblia el Heliocentrismo), un pecado, una pena injusta (Juana de Arco ha hecho responsable de su muerte al obispo de Beauvais).

Mientras subsista la *duda*, la presunción se halla en favor de la autoridad jurisdiccional. Para quebrantarla serían precisas razones excepcionalmente graves.

Pero si llegara a ser *evidente* que las prescripciones particulares del mensaje falible de la Iglesia nos imponen un error o un pecado, o una pena injusta, se verían anuladas ya de antemano por la prescripción superior de su mensaje infalible expresamente recordada a menudo y que siempre se presupone, según la cual no se podría en ningún caso contradecir a una ley natural o a una ley evangélica ciertas. Apelar, como lo hizo Juana de Arco, al tribunal de Dios contra decisiones de esta naturaleza, decidir «obedecer a Dios antes que a los hombres», no será de manera alguna oponer Dios a la Iglesia, sino que por el contrario será más bien oponer la voluntad de la Iglesia infalible, voluntad que no es otra cosa que la voluntad de Dios, al error evidente, rechazado de antemano, de sus tribunales inferiores y de sus ministros. Cuando «no tengan ya nadie los Superiores, decía San Juan de la Cruz, que se atreva a advertirles o a contradecirles cuando yerran..... téngase entonces a la Orden por perdida y por relajada» (13).

En este sentido, teniendo en cuenta que contiene de antemano la reprobación y la desautorización del error y de

---

(13) Testimonio del Padre Eliseo de los Mártires.



la injusticia una vez que aparecen éstas como tales, el mensaje de la Iglesia en su conjunto es santo.

**Cómo se hallan desautorizados por las instancias canónicas superiores, ya de antemano, los fallos de las instancias canónicas inferiores.**—1. Los poderes falibles de la Iglesia no pueden jamás desviarme imponiendo el pecar a mi pesar: para que peque yo, es preciso que yo lo quiera.

Pueden, verdad es, inducirme a *error*. El error puede ser *especulativo* si se me dice que he de creer en el Geocentrismo so pena de oponerme a la inerrancia de la Escritura. Puede ser práctico: la tortura que declara Nicolás I como algo contrario al derecho bien sea natural, bien evangélico, es tolerada por Inocencio IV en los tribunales de la Inquisición; puede haber obispos que declaren justa una guerra que no lo es, e injusta una resistencia que sea justa, etc.

2. Una vez que *aparece* el fallo de las directivas jurisdiccionales falibles, estas directivas quedan invalidadas, desautorizadas y anuladas ya de antemano. Si además prescriben algo que es pecaminoso, o que se cometa una injusticia, quedamos en la obligación de no obedecer. Si me privan de una ventaja a la que puedo renunciar sin pecado, de manera por otra parte que esta obediencia, al precio de un sacrificio soportable, me permita el evitar bien sea el escándalo, bien otros males más graves, será preciso que escoja el obedecer.

Pero en tanto que permanezca *oculto* este fallo de las directivas jurisdiccionales falibles, estas directivas dependen, aunque de manera provisoria y condicional, del mensaje jurisdiccional de la Iglesia. Todavía no aparecen como algo escandaloso. Son tan sólo lo humano que no ha sido aún evangelizado. Constituyen en el Nuevo Testamento como una carga pesada, como una réplica atenuada de aquellos errores, de aquellas iniquidades, que no aparecían como tales en el Antiguo Testamento, y que por dicha razón permitía Dios que le imputara Israel. Una vez quede revelado su fallo por el progreso de la verdad y de la caridad, quedarán repudiadas. Por más numerosos que sean estos fallos, siempre serán algo parcial y precario en el Nuevo Testamento, y en la Iglesia permanecen constantemente activos los principios que pueden reducirlos y expulsarlos algún día.

**La Iglesia se halla libre de mancha y arruga.**—El mensaje de los poderes jurisdiccionales es el *instrumento*, no el contenido de la santidad de la Iglesia. La santidad pertenece a este instrumento no como algo propio, sino tendencialmente, por relación a la santidad propia de la Iglesia. Esta santidad tendencial, ministerial, es algo puro y sin mezcla, en el plano de las verdades definidas y de las leyes universales. En el plano de las directivas particulares o biológicas, el error y la injusticia, aun siendo como son posibles, se hallan desautorizados ya de antemano, no bien se muestren como tales, de manera que no llegan a alterar la santidad de la Iglesia.

No podrá hallarse mancha ni pecado en la Iglesia considerada como *sujeto* de santidad, es decir, en la Iglesia que cree y ama, compuesta de clérigos y legos, de justos y pecadores, y que es la comunidad humana nacida de los poderes sacramentales y de los poderes jurisdiccionales, unificada por la caridad cultural, sacramental, orientada, y en la que mora en plenitud el Espíritu Santo.

### III. LA SANTIDAD COMO NOTA Y PROPIEDAD DE LA IGLESIA

Hablaremos en primer lugar de la naturaleza de la santidad de la Iglesia, 1); del misterio de esta santidad, 2); del milagro que representa dicha santidad, 3).

#### 1. NATURALEZA Y DEFINICIÓN DE LA SANTIDAD DE LA IGLESIA.

**La santidad pasa de Cristo a la Virgen, a la Iglesia y a los fieles.**—Cristo es santo. En cuanto Dios es esencialmente santo, es la santidad personificada, y en este sentido es el solo santo con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre: *Tu solus sanctus*. En cuanto hombre, es santo en primer lugar por la unión personal de su naturaleza humana con el Verbo, santidad ésta que es incommunicable; y en segundo lugar porque posee como en su fuente y en toda su plenitud la gracia y la verdad que se les comunica a los hombres.

La Virgen, a la que saluda el Ángel como la llena de gracia, y en la que se condensa toda la santidad de la Iglesia, es llamada la Santísima.



La Iglesia es santa: «Esposos, amad a vuestras mujeres como ha amado Cristo a su Iglesia; y se ha entregado por ella para *santificarla*, tras de haberla purificado en el baño de agua y por su palabra, para presentarse a sí mismo una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa alguna semejante, sino santa e inmaculada» (*Eph.*, V, 25-27).

Los primeros cristianos son llamados santos por el Apóstol: «Pablo..... a todos los muy amados de Dios, *santos* por vocación, que estáis en Roma» (*Rom.*, I, 7), «Os saludan todos los *santos*, y muy en especial los de la Casa del Emperador» (*Phil.*, IV, 22; cfr. *Act.*, IX, 32; XXVI, 10) (14).

**La santidad es caridad.**—«Dios es caridad (*ágape*); y quien permanece en la caridad en Dios permanece y Dios en él» (*I Jo.*, IV, 16). Dios santifica el mundo llegándose a él por el amor: «De tal manera ha amado Dios al mundo que ha entregado a su Unigénito a fin de que todo el que en El cree no perezca sino que consiga la vida eterna» (*Jo.*, III, 16). El Evangelio nos ha indicado el nombre supremo de la santidad; es el de caridad, *ágape*, amor. El nombre santo (*sanctus*, *sancire* = lo que está prescrito), en griego *hagios* (de la raíz *hag* = puro) es tomado por los teólogos como connotando la idea de *pureza* por una parte, y por otra la de *firmeza*, solidez, consagración (15). Ahora bien, esta firmeza, esta pureza, como bien lo sabemos desde el Evangelio, no son más que derivaciones, consecuencias del amor de Dios para con nosotros en primer lugar, y de la respuesta nuestra de amor a Dios a continuación, ya que «el sol de: *El los ama*, se refleja en la luna de: *ellos le aman*, y siempre a fin de cuentas se trata de la misma luz». Tras de haber recordado la definición de la santidad dada por Dionisio: exención de toda impureza y perfección de la pureza, añade Benedicto XIV: «Pero ¿quién no ve que semejante santidad requiere las virtudes teologales de fe, esperanza y caridad, por las que quedamos inmediatamente unidos a

---

(14) Cfr. BENEDICTO XIV, *De serv. Dei beatif. et de beat. canon.*, libro I, cap. 37, n.º 7.

(15) S. TH., II-II, qu. 81, a. 8; ALEJANDRO M. HORVATH, O. P., *Heiligkeit und Sünde im Lichte der thomistischen Theologie*, Friburgo (Suiza), St.-Paul, 1943; véanse principalmente los índices, pp. 128 y sig.

Dios?» (16). Decir de la Iglesia que su santidad consiste primordialmente en la caridad en cuanto cultural, sacramental y orientada, equivale en primer lugar a excluir de ella todas las impurezas del cuerpo y del alma contrarias al amor; y a incluir por otra parte en ella todas las consagraciones y las santificaciones sin las cuales no sería la caridad ni cultural, ni sacramental, ni orientada.

**¿Cómo se puede circunscribir y reconocer la santidad de la Iglesia?.**—No es posible *circunscribir* la Iglesia a ciegas. La circunscribimos fundándonos en la Revelación. Por la Revelación definimos a la Iglesia como la que por una parte odia el pecado incluso en sus propios miembros; y como la que por otra parte atrae hacia sí toda la santidad del mundo.

A esta misma Revelación y a la Teología será preciso preguntar cómo puede *conocerse* la santidad de la Iglesia. ¿Es necesaria para ello la fe? ¿Puede captar algo en este sentido la razón? ¿Qué percibe la mera observación empírica? A estas preguntas se responderá:

1.º La Revelación nos afirma la existencia del *misterio* de la santidad de la Iglesia. No nos es posible conocer de manera perfecta esta santidad más que a través de la fe sobrenatural. «La gracia y la santidad son realidades que se hallan por encima de la naturaleza» (17).

2.º La existencia *del milagro* de la Iglesia, es decir, de la irradiación de que se rodea la Iglesia al exaltar extraordinariamente los valores humanos que hace suyos e incorpora a sí, cae de por sí bajo la mirada metafísica de la inteligencia natural, que persiste en todo hombre, aun cuando se vea a veces como velada u oculta. Aun en el caso de que no logre proclamar el milagro, esta mirada podrá por lo menos discernir la excepcional calidad moral de los valores humanos que se hallan bajo el influjo de la Iglesia: ésta es por ejemplo la razón de que retengan tan extraordinariamente la atención de un Henri Bergson los místicos católicos.

3.º El misterio y la santidad de la Iglesia son algo que de por sí escapa a la mera mirada empírica, mirada que se preocupa tan sólo de la corteza de las cosas, y es incapaz

---

(16) *Op., cit.*, libro III, cap. 11, n.º 3.

(17) BENEDICTO XIV, *op. cit.*, libro I, cap. 28, n.º 14.



de valorar su profundidad: De la misma manera que un cubo, mirado bajo determinado ángulo, se reduce a una simple superficie (18).

## 2. EL MISTERIO DE SANTIDAD DE LA IGLESIA.

**La santidad de la Iglesia es superior a la de cada uno de sus hijos.**—1. La santidad de la Iglesia difiere de la santidad de cada uno de sus propios hijos no sólo como pueden diferir el más y el menos, sino cualitativamente: pudiera decirse que añade a la suma de aquéllas un orden semejante al que añade la sinfonía a las voces múltiples de los instrumentos. En otros términos, la Iglesia es santa no como un mero agregado, sino incluso en cuanto forma un todo personal; su santidad, aun cuando existe en sus diversos hijos y no fuera de ellos, es sin embargo la santidad de un todo personal (19).

2. En su menor grado, la santidad de la Iglesia quedará constituida por la fe, por la esperanza, los remordimientos, los santos deseos, los actos generosos; en una palabra, por toda virtud auténtica incluso de los más míseros de sus hijos, aun cuando sean pecadores en otros momentos. Pero la santidad de la Iglesia queda constituida ante todo por la santidad de los justos a los que se unen los pecadores, y muy en especial por la santidad de los verdaderos amigos de Dios y de los grandes santos, conocidos u ocultos.

3. A estos elementos individuales se les une un elemento ordenador y unificador. El soplo de Pentecostés que envió Cristo, sigue animando a la Iglesia, confiriéndole una santidad cuya amplitud y continuidad superan a la de cada uno de sus miembros; de tal manera que cuanto más santos sean, más se sienten, y como tales se proclaman, como quienes son en la Iglesia no maestros sino discípulos: «Su humildad, sus insuficiencias no pocas veces, algo de imperfecto, de recibido

---

(18) Véanse más arriba, pp. 12-14.

(19) «La multitud *fuera* de los individuos es una realidad inexistente; pero la multitud *en* los individuos es una realidad existente». S. THOMAS, *De potentia*, qu. 3, a. 16, ad 16.

que en ellos se da y que se halla como dirigido hacia otro, les hace ver con claridad: son santos por el medio en el que viven, por Cristo de quien todo les llega y que sigue viviendo en la Iglesia, de manera que su santidad, antes de serles propia a cada uno, es algo común por su raíz. Por eso da esta santidad, por su misma esencia, testimonio no de sí misma, sino de la santidad católica de la Iglesia» (20).

**Toda la santidad de la Iglesia es evangélica.**—En los santos se halla el Evangelio como en estado puro. La sangre derramada por amor a Jesús no se interrumpe, comenzando por los primeros mártires cristianos, prosiguiendo más tarde por los del Japón o los del Canadá, por los de Indochina o Uganda, y la que en nuestros días se derrama por aquí o por allá.

Léanse las oraciones de la Liturgia, las reglas de los fundadores de Ordenes religiosas, los avisos de los grandes maestros del Espíritu: todos están como amasados en el Espíritu del Evangelio. Los santos más personales de todo tiempo y lugar se sienten a su vez como movidos por un poder más poderoso que cada uno de ellos, por un poder que los vincula de manera maravillosa entre sí.

Habían sido necesarias muchas flores, dice San Ambrosio, para componer el perfume de que nos habla el Evangelio; en nuestros días sólo la Iglesia, en la que hace brotar el Espíritu innumerables flores, puede derramar semejante perfume a los pies del Señor: «En efecto, ningún santo puede amar tan intensamente como ella, *ya que es ella la que ama en todos los santos*» (21).

Más santa que cada uno de sus miembros, la Iglesia no es otra cosa que Jesús que sigue viviendo en cada uno de sus miembros una vida que ha comenzado en sí mismo y que jamás ha de acabar (22). La Iglesia es «el Evangelio que prosigue entre nosotros».

(20) ÉMILE MERSCH, S. J., *La théologie du corps mystique*, París, 1944, t. II, p. 229.

(21) *Expositio in Lucam*, VII, 46-47; P. L., t. XV, col. 1.674.

(22) Cfr. J. P. DE CAUSSADE, *L'abandon à la divine Providence*, 1928, t. I, p. 34.



### 3. EL MILAGRO DE LA SANTIDAD DE LA IGLESIA.

**La santidad de Cristo queda maravillosamente manifestada en el orden físico y en el orden moral.**—La santidad misteriosa de Cristo se manifiesta al exterior por su vida en medio de los hombres de dos maneras:

1.º Su misma vida, su manera de conducirse, su actitud, el conjunto del mensaje evangélico del que seguimos viviendo desde hace dos mil años, representan a los ojos de quienes saben juzgar de la calidad de los valores humanos, un milagro de santidad, un milagro *moral*.

2.º Además en determinadas circunstancias esta santidad de Cristo ha brotado bruscamente al exterior por medio de milagros *físicos*. Piénsese en los milagros que han atestiguado su misión, por ejemplo, *Mt.*, IX, 6. «Ahora bien, para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, dijo al paralítico: levántate, toma tu camilla y vete a casa». Recuérdense los milagros de su glorificación progresiva: la transfiguración (*Mt.*, XVII, 2-5), resurrección (*Rom.*, I, 4; *Act.*, II, 27), ascensión (*Mc.*, XVI, 19). Estos últimos milagros son los primeros que han quedado grabados en la memoria de sus discípulos (*II Petr.*, I, 16-18; *Act.*, II, 24; III, 15; X, 40; XVII, 31-32; *I Cor.*, XV, 1-28, etcétera).

**La santidad de la Iglesia queda asimismo manifestada a su vez tanto en el orden físico como en el orden moral.**—También la santidad misteriosa y oculta de la Iglesia se manifiesta al exterior:

1.º No le faltan los milagros *físicos*; brotan en torno a los más santos de sus hijos; se muestran como una respuesta a la plegaria común en los lugares de peregrinación en que más ferviente es aquélla. Finalmente la santidad interior de la Iglesia brotará al exterior en el milagro de la resurrección de los muertos y de la glorificación de los elegidos.

2.º Además, la santidad de la Iglesia queda atestiguada al exterior con toda evidencia por el milagro *moral* permanente que constituye la transcendencia de su proceder respecto de todas las formaciones humanas. En pos de la vida de Cristo, también la vida de la Iglesia constituye en su conjunto un verdadero milagro: «La misma Iglesia, nos dice el

Concilio Vaticano, constituye por sí misma, debido a su admirable propagación, a su eminente santidad y a su inagotable fecundidad en toda clase de bienes....., un perpetuo motivo de credibilidad de un testimonio irrefragable de su origen divino» (23).

**Tres signos de la santidad de la Iglesia.**—Tres signos entre otros muchos, tres líneas de fuerza, nos hacen visible a la Iglesia como santa: 1.º su constancia en confesar las grandezas de Dios; 2.º su sed por unirse a El en el más allá; 3.º su celo en darlo a los hombres.

1.º En efecto, ¿qué es la Iglesia? Ante todo *una voz que no deja de proclamar en el mundo las grandezas de Dios*. La encontramos allí donde sabemos por una parte que «Dios mora en una luz inaccesible» (*I Tim.*, XI, 16), pero por otra parte sabemos asimismo que se halla tan cerca de nosotros «que en El tenemos la vida, el movimiento y el ser» (*Act.*, XVII, 28);

allí donde se sabe por una parte que Dios es infinitamente bueno y poderoso, y por otra parte que el mal supera en horror cuanto de él podemos concebir; que antes de constituir el mal un problema que plantea el hombre a Dios, es un problema que plantea Dios al hombre (*Jo.*, X, 2 y XXXVIII, 1 ss.); que no podemos bajar a descubrir la profundidad del mal más que elevándonos en el descubrimiento del misterio de Dios;

allí donde se sabe que Dios se ha enamorado de manera loca de los hombres hasta el punto de manifestarles todos sus secretos: su paternidad que los ha colmado desde el comienzo; su Unigénito que se ha anonadado para salvarlos de una catástrofe; su Espíritu Santo, que les hace don de las gracias redentoras y funda en medio de ellos la Iglesia, en la que morarán las tres Personas divinas (*Jo.*, XIV, 23);

allí donde esta convicción resiste al flujo de los errores humanos, a las más sutiles y terribles tentaciones, allí donde queda sometida a prueba esta convicción ante la muerte que se acerca pausada, sellada a veces cuando es preciso por la efusión de la sangre, y donde son empujados los que confiesan la fe por un soplo que viene de la Cruz y se dirige hacia la

---

(23) Sess. III, *Constit. De fide catholica*, cap. 3, *Denz.*, n.º 1.794.



Parusía, ya que la de la Iglesia lleva en sí la fe de cada uno de sus hijos.

2.º ¿Qué más es la Iglesia? Ante todo *un deseo de unirse a Dios*.

Nos encontramos con ella allí donde suspiran todos por el día en que manifestará Dios su rostro y lo será todo en todos (*I Cor.*, XV, 28), en que volverá Cristo a restablecer todas las cosas (*Act.*, III, 21; *Apoc.*, XXI, 5), a destruir la muerte, a resucitar la humanidad (*I Cor.*, XV, 42 y 55), a instaurar los nuevos cielos y la nueva tierra en la que morará la justicia (*II Petr.*, III, 13);

allí donde se sabe que los dolores de este mundo son los de un parto que nos hace nacer a la libertad y a la gloria de los hijos de Dios (*Rom.*, VIII, 21-22); donde se considera el dolor que en este mundo nos aqueja como algo que no puede compararse con la gloria venidera (*Rom.*, VIII, 18); donde se ruega cada día que llegue el reino de Dios, la resurrección de los muertos, la vida del siglo venidero; donde se sabe que no queda constituido el juicio definitivo por la historia, sino que más bien será el último juicio quien juzgue a la historia;

allí donde se considera a la vida como una preparación a la muerte, y ésta como una puerta que se abre de pronto sobre la santidad de Dios: «Así estamos confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos en fe y no en visión; pero confiamos y quisiéramos más salir de este cuerpo y hallarnos presentes al Señor» (*II Cor.*, V, 6-8); donde se sabe que no le vale al hombre absolutamente nada el ganar todo el mundo si después pierde su alma (*Mc.*, VIII, 36), que las moradas del tiempo presente son moradas de destierro;

allí donde sin embargo se defiende que este destierro queda visitado por la presencia mística de Dios, que el tiempo de posesión de las personas divinas en la claridad de la visión queda preparado por un tiempo de posesión en la noche del amor; que al atardecer de la vida seremos juzgados por el amor; que obran sabiamente quienes venden todo para hacerse con el amor; y que comenzamos a valer algo en la medida misma en que comenzamos a sentir su contagio;

allí donde nos apretamos todos en torno a un Cristo «que ha venido a prender su fuego en la tierra» (*Lc.*, XII, 449); donde se sabe que Dios, que ha dado a los hombres la presencia corporal de su Hijo único, los ha amado lo bastante

para dejarles esta presencia corporal velada bajo las apariencias de pan y de vino, y que las gracias de contacto que Cristo nos ha traído siguen llegándose a nosotros por medio de los sacramentos; donde todas las generaciones proclaman bienaventurada a la Madre Virgen de Jesús y le suplican que interceda en favor de la miseria humana, como lo hizo antes en Caná;

allí donde se tiene pánico del pecado y se le considera como el único verdadero mal; donde se estiman las palabras del Evangelio sobre la puerta estrecha, sobre la renuncia, la cruz, la pobreza, la castidad, la obediencia.

3.º ¿Qué es finalmente la Iglesia? Ante todo *un movimiento para dar Dios a los hombres*. La encontramos allí donde la espera de la Parusía y la inminencia de la eternidad nos revelan el precio inestimable del tiempo presente, del movimiento de la historia, del nacimiento, del trabajo, de la muerte de los hombres; donde se cree que la cosecha constituirá por toda la eternidad lo que haya sido en el tiempo la simiente; donde el celo del cielo engendra un deseo vehemente de convertir la tierra;

allí donde los hombres, sabiendo que el amor ha dado su vida por ellos, tratan a su vez de darla por sus hermanos (*I Jo.*, III, 16), tratan de dar sus bienes (17), de cargar con su carga (*Gal.*, VI, 2), de no mentir (*Col.*, III, 9); donde se perpetúa la misión evangélica inaugurada por el Salvador y sus Apóstoles; donde para imitar el anonadamiento del Hijo de Dios convertido en semejante a nosotros, abandonan su patria los misioneros y hacen suyas las costumbres de las poblaciones extranjeras, para llevarles el agua de la vida en un vaso que puedan ellas reconocer como suyo; donde se abraza uno a la suerte de los galeotes como Vicente de Paúl, o de los locos como Juan de Dios, o de los esclavos como los hermanos Mercedarios, o de los salvajes como los jesuitas que evangelizaron Nueva Francia, o de los leprosos como el Padre Damián, para dar de esta manera por doquier testimonio del amor de Dios que está en Cristo Jesús; donde se viste y alimenta a los pobres, quedan hospitalizados los extraños, y visitados los enfermos y prisioneros (*Mt.*, XXV, 37-40);

allí donde se recibe a los pequeños en nombre de Jesús (*Mt.*, XVIII, 5); donde sigue llegándose a ellos la bendición del Salvador (*Lc.*, XVIII, 16-17) por medio del Bautismo, y



donde se sabe que es lo más horrible el escandalizarlos (*Mt.*, XVIII, 6);

allí donde es objeto de odio el pecado y queda rehabilitado el pecador, donde se piensa que es preciso detestar el error y amar al que yerra; donde la obediencia nada tiene que ver con la ruindad y el mandar con el orgullo, donde se cruzan la magnanimidad de ser portadores del tesoro de Dios y la humildad de llevarlos en vasos tan frágiles (*II Cor.*, IV, 7); la sencillez de la paloma y la prudencia de la serpiente (*Mt.*, X, 16), el temor profundo del infierno y la confianza amorosa en Jesús que viene a preservarnos de él, el sentido de lo que falta a los no-cristianos y de las gracias que pueden adelantarse a ellos;

allí donde se reconoce la santidad del matrimonio y la de la virginidad (*I Cor.*, VII); donde un reino que no es de este mundo y que se halla por encima de las actividades culturales puede sin embargo llenarlas de su luz.

**No juzgar a la Iglesia por lo que no es.**—«Los católicos no son el catolicismo. Las faltas, las torpezas, las carencias y los sueños de los católicos no comprometen al Catolicismo. Al Catolicismo no le corresponde el prestar una coartada a las faltas de los católicos. No consiste la mejor Apologética en tratar de justificar a los católicos cuando han obrado mal, sino por el contrario en insistir en estas faltas, haciendo ver que no tocan para nada a la substancia del Catolicismo, y que no hacen más que poner a plena luz la virtud de una religión que resplandece y vive a pesar de ellos. La Iglesia es un misterio, tiene su cabeza oculta en el cielo, su visibilidad no la manifiesta más que de una manera sumamente inadecuada; si buscáis lo que la representa sin traicionarla, contemplad al Papa y al Episcopado que nos enseñan en cosas de fe y costumbres, contemplad a sus santos en el cielo y en la tierra; no os fijéis en nosotros los pecadores. O más bien ver cómo cura nuestras llagas la Iglesia, y nos conduce renqueando hasta la vida eterna..... La gran gloria de la Iglesia la constituye el hecho de que sea santa con miembros pecadores» (24).

**La santidad de la Iglesia había sido ya profetizada.**—La permanencia de la santidad de la Iglesia a lo largo de los siglos

---

(24) JACQUES MARITAIN, *Religion et culture*, París, 1930, p. 60.

hasta el fin del mundo había sido ya profetizada. Aparte del milagro que en sí misma constituye, representa el cumplimiento de una predicción que llena todo el Antiguo Testamento.

En general podrá decirse: Jesús anuncia una nueva era espiritual para la humanidad: «Llega la hora, y nos encontramos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad; porque éstos son los que el Padre quiere. Espíritu es Dios, y menester es que quienes le adoren lo hagan en espíritu y verdad» (*Jo.*, IV, 23-24). Esta adoración se halla centrada en el sacrificio cruento de la Cruz: «Cuando sea yo elevado sobre la tierra, atraeré hacia mí a todos los hombres. Quería indicar con ello de qué muerte iba a morir» (*Jo.*, XII, 32-33), sacrificio cuya virtud nos es comunicada por el sacrificio incruento de la Cena: «Esto es mi Cuerpo entregado por vosotros; haced esto acordándoos de Mí» (*Lc.*, XXII, 19). Los verdaderos adoradores habrán de nacer del Bautismo: «En verdad, en verdad, te digo: como no nazca del agua y del Espíritu, nadie puede entrar en el Reino de Dios» (*Jo.*, III, 5); habrán de alimentarse del mismo Salvador: «Quien come mi carne y bebe mi sangre, mora en Mí y Yo en él» (*Jo.*, VI, 56). Serán dóciles a quienes vengan a enseñarles de parte del Salvador: «En verdad, en verdad os digo: quien recibe a aquel que yo envío, a Mí me recibe, y quien a Mí me recibe, recibe a Aquel que me ha enviado» (*Jo.*, XIII, 20), y la oración del Salvador se une a ellos: «No te pido tan sólo por ellos, sino también por quienes creerán en Mí por haber escuchado su palabra» (*Jo.*, XVII, 20).

¿Quién no habrá de reconocer el cumplimiento de esta profecía en la caridad cultural, sacramental y orientada de la Iglesia? Y verdad es que no toda la caridad auténtica del mundo es de manera explícita cultural, sacramental y orientada—pero sabemos que lo es de una manera implícita, y que semejante a la nebulosa que se centra en su núcleo, se organiza para formar en torno a la Iglesia en acto acabado, la Iglesia en acto comenzado y no totalmente libre de trabas todavía.

Había sido predicho además que la predicación de la fe se vería acompañada de milagros (*Mc.*, XVI, 17-18), y aun cuando sea verdad que éstos son más necesarios y frecuentes en determinadas épocas, no cesan de acompañar sin embargo el paso de la Iglesia.



## CAPÍTULO VIII

### EL CUERPO DE LA IGLESIA

Hablaremos en primer lugar de la naturaleza del cuerpo de la Iglesia (I); a continuación, de sus tres propiedades: tiene la extensión que el alma de la Iglesia, es distinto de las demás formaciones temporales y religiosas, es transparente (II); su cuarta propiedad es la de ser orgánico y diferenciado (III). Finalmente hablaremos de la Ciudad de Dios y del mundo (IV).

#### *I. LA NATURALEZA DEL CUERPO DE LA IGLESIA*

**La Iglesia es un compuesto de alma y cuerpo.**—1. Existe una semejanza de estructura entre la Iglesia y Cristo por una parte, y entre la Iglesia y la naturaleza humana por la otra.

Cristo no es una yuxtaposición de dos realidades: divina una y corporal la otra. Es un ser único en el que la persona divina subsiste en dos naturalezas, de las que es divina una y humana otra. De lo que se sigue que la persona divina de Cristo y la gracia creada de que se ve revestida su naturaleza humana, aun siendo algo totalmente misterioso, pueden en cierto sentido ser hechas sensibles a nuestros ojos, por la manera de conducirse corporal de esta naturaleza humana. Jesús podrá decir a los Judíos: «¿Quién de entre vosotros podrá acusarme de pecado?» (*Jo.*, VIII, 46).

Por otra parte tampoco es una yuxtaposición de dos substancias esta naturaleza humana nuestra que viene a rehabilitar Cristo. Es una substancia única, un todo compuesto de

alma espiritual y de cuerpo. De lo que se sigue asimismo que el alma, espiritual e invisible de por sí, se hace en cierto sentido sensible a nuestros ojos por el cuerpo que informa ella.

Tampoco es una yuxtaposición la Iglesia. Es un compuesto de alma y cuerpo. Su Alma increada es el Espíritu Santo, que viniendo a morar en ella, la compone de un alma creada que será algo así como una efusión de la gracia capital de Cristo, y de un cuerpo que vendrá a ser algo así como una extensión en el tiempo y en el espacio, del cuerpo y de las actividades corporales de Cristo, de manera que herir a este cuerpo equivaldrá a herir el cuerpo del mismo Cristo: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (*Act.*, IX, 4). De lo que se sigue que el Alma increada de la Iglesia y el alma creada que de ella brota, aun cuando continúen siendo profundamente misteriosas, pueden en cierto sentido hacerse sensibles a los ojos debido al cuerpo y al proceder temporal de los cristianos.

2. En estos tres casos es propiedad del cuerpo no sólo el de ser él mismo visible, sino el hacer visible en cierto sentido al espíritu que lo rodea y anima.

**A semejanza de Cristo, la Iglesia, que es su Cuerpo místico, está compuesta de espíritu y de carne, de visible e invisible.**— Cuando se dice que la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, y que El mismo es la Cabeza de este Cuerpo místico, se designan lo mismo de una que de otra parte realidades compuestas de espíritu y carne, de visible e invisible. La Cabeza o Cristo es el Verbo en cuanto que ha bajado a una naturaleza humana; el Cuerpo místico o la Iglesia es el Espíritu Santo en cuanto que ha bajado a los hombres; es la caridad cultural, sacramental y orientada, difundida por el Espíritu Santo, la caridad en cuanto vivifica a los hombres, los transforma en su interior, de manera que se produzca un cambio incluso en su condición y en su proceder exteriores.

Cuando dice San Juan: El Verbo se hizo carne, la expresión carne significa algo más que la sola carne, es decir, una naturaleza humana íntegra; pero es verdad que Cristo ha hecho suya incluso la carne. Cuando dice San Pablo que la Iglesia es el Cuerpo místico de Cristo, Cuerpo significa algo más que un simple cuerpo, es decir, un compuesto de alma y cuerpo, de visible e invisible; y sin embargo es verdad que la Iglesia posee incluso un cuerpo.



**La envoltura corporal de Cristo y la envoltura corporal de la Iglesia.**—Así, pues, la carne de Cristo y el Cuerpo o la envoltura visible de la Iglesia, designarán, claro que con las transposiciones necesarias: 1.º un elemento no accidental, temporal, que hubiera de desaparecer algún día, sino algo esencial, permanente, imperecedero; 2.º un elemento que, aunque inadecuadamente, expresa la realidad espiritual que cubre en sí, y que por consiguiente la vela y la revela a un tiempo; 3.º un elemento al que la presencia del alma hace orgánico y diferenciado; 4.º, finalmente, un elemento que, en la medida en que se ve informado por un alma inherente, tiene la misma extensión que ella, de manera que allí donde se encuentra el alma se encuentra asimismo el cuerpo, y donde se halla éste se halla también aquélla.

Como se puede, pues, ver el conjunto de las manifestaciones exteriores que forman la Iglesia no está constituido por toda la actividad externa de los hombres, ni siquiera de los hombres bautizados. Está constituida por esta parte de su actividad externa que se halla informada por el alma creada de la Iglesia y que tiende inmediatamente a los fines espirituales de la Iglesia.

Fácil es por otra parte de deducir: es imposible hablar del alma de la Iglesia sin referirse al cuerpo, ni hablar del cuerpo sin expresar por lo mismo su alma. Verdad es que se podrá prestar mayor atención a cualquiera de estos dos aspectos, pero lo mismo en uno que en otro nos encontraremos con la misma realidad.

**La unión del alma y del cuerpo en la Iglesia.**—Consideremos la unión de lo espiritual y de lo corporal, de lo invisible y de lo visible, por una parte en Tobías, y en el Angel que le acompañaba por otra.

En el Angel la unión es *accidental*, ya que no se halla exigida en manera alguna por su naturaleza; es una unión *fortuita*, sin mañana; es *extrínseca*, ya que el espíritu mueve al cuerpo como un principio extraño. Daríamos con una Eclesiología totalmente absurda si imaginásemos en la Iglesia semejante unión de lo espiritual y de lo corporal, de lo invisible y de lo visible, del alma y del cuerpo.

En Tobías en cambio, la unión es *esencial*, es decir, exigida por la misma naturaleza del hombre que no es ángel ni bruto, sino alma encarnada o cuerpo animado; es *permanente*

y se reformará en el más allá, cuando sea cambiada la condición humana, pero no abolida; es *intrínseca*, ya que el alma hace producir al cuerpo las operaciones vitales. Así en la Iglesia, el alma se une al cuerpo para que la Iglesia, alma encarnada y cuerpo animado, pueda ejercer de una manera vital las operaciones que convienen a su naturaleza de Esposa y de Cuerpo de Cristo.

Separar al alma creada de la Iglesia de su Cuerpo, o lo que viene a ser lo mismo, extender al alma por encima del cuerpo —como lo hacen quienes afirman que los justos no bautizados pertenecen al alma de la Iglesia, no a su Cuerpo—, o el cuerpo más allá del alma, equivale a aniquilar el concepto mismo de Iglesia.

El espiritualismo católico no es un espiritualismo de la separación de la materia, sino un espiritualismo de transfiguración de ésta. La Iglesia es misteriosa y visible, y lo es de una manera indisociable.

**Elementos constitutivos y elementos adyacentes del cuerpo de la Iglesia.**—De la misma manera que lo humano se halla en primer término en el hombre, y en segundo en las cosas que utiliza el hombre y sobre las que deja su impronta, así la Iglesia se halla en primer término en el ser y en el proceder externo de los *hombres*, en su conducta exterior y visible, en su existencia, en su obrar externo, en cuanto que todo esto se halla como tocado por los dones sobrenaturales: éstos son los *elementos constitutivos* de su cuerpo; y de manera secundaria se halla la Iglesia en las *cosas* que utiliza y sobre las que, a su vez, deja su sello, de manera que por su visibilidad se convierte en algo así como una prolongación de su presencia: éstos son los *elementos adyacentes* o auxiliares de su cuerpo.

Estos diferentes elementos que sirven de envoltura a la Iglesia no nos revelan su misterio en igual medida. La gracia se halla aún oculta en un niño bautizado; se mostrará al exterior si un día llega a ser santo. Lo mismo sucede con los elementos adyacentes: algunos de ellos son más transparentes, más aptos para traducirnos el misterio de la Iglesia; otros, en cambio, son más torpes y opacos.

**Definición del cuerpo de la Iglesia en función de sus elementos constitutivos.**—Se dirá que es el *proceder visible* y



*exterior de los hombres* —es decir, su ser visible, su obrar visible, su manera de conducirse visible: 1.º en cuanto que bajo la *moción* del Espíritu Santo, llega a prolongar en cierto sentido en el tiempo y en el espacio el proceder visible de Cristo (aspecto causal y mesiánico); 2.º o en cuanto se halla *vivificado* por la gracia plenamente cristiana, es decir, por la gracia cultural, sacramental, orientada (aspecto formal); 3.º o en cuanto que *sirve* de envoltura y de residencia carnal a la gracia —que llegará a su perfección en la gloria— y por la gracia al Espíritu Santo y a la Trinidad (aspecto final y escatológico). Estas tres definiciones se hallan incluidas una en otra.

**Son de tres clases las actividades visibles que manifiestan a la Iglesia.**—1.º *Las actividades proféticas.* Para que prosiga en este mundo su predicación real, magisterial y profética, Cristo transmite a su Iglesia una misión anunciadora totalmente inaudita. No nos es posible a nosotros captar su esencia más que en la noche de la fe. Pero se traduce al exterior: a) por los actos de los poderes jerárquicos jurisdiccionales en cuanto que éstos son eco de la enseñanza mesiánica y profética de Cristo; b) por las manifestaciones de la profecía *privada*, destinada no a fundamentar la fe, sino a dirigir la conducta de los hombres, profecía privada que jamás ha de faltar en la Iglesia. Intimamente unidas con las actividades proféticas se hallan los *signos y milagros* que siguen a la predicación del Evangelio: la finalidad de los milagros del Evangelio no consiste tan sólo en anunciar a los hombres la cercanía, la proximidad de los misterios evangélicos; consiste además en formar a través de los años una prolongación de los milagros del Salvador (sentido mesiánico); y finalmente los milagros son signos precursores de la Parusía del Salvador (sentido escatológico);

2.º *las actividades culturales* a las que podemos disponer en tres círculos concéntricos: a) en el centro el rito incruento de la Cena que posee el poder de encaminar hasta nosotros el único *sacrificio* sangriento; b) la dispensación y la recepción de los *sacramentales*; e) finalmente las plegarias *públicas*, los sacramentos, los oficios litúrgicos. El sentido de todas estas actividades es al mismo tiempo mesiánico, en cuanto prolongan el culto al que ha dado comienzo Cristo, y escatológico en cuanto preparan el advenimiento de su Parusía;

3.º *las actividades de santidad* a las que se hallan orde-

nadas las dos actividades precedentes, y que son las actividades supremas de la Iglesia. Podemos disponerlas, como ya lo hemos hecho antes, sobre tres líneas de fuerza según tengamos en cuenta que la Iglesia es: a) ante todo una proclamación en el mundo de las grandezas de Dios; b) un deseo evangélico de orientar al mundo al encuentro de la Parusía y de la venida gloriosa del reino de Dios; c) un celo evangélico de dar Dios al mundo.

**Los elementos adyacentes del cuerpo de la Iglesia.**—Son las cosas que utiliza la Iglesia y sobre las cuales deja grabada su impronta. En lo cual es menester precisar tres puntos:

1.º No hablamos de las cosas *civiles, culturales, temporales*, cosas que se hallan ordenadas inmediatamente al bien común de la civilización y por consiguiente se hallan por su misma naturaleza fuera de la esencia de la Iglesia, aun cuando puedan ser necesarias a su existencia y hallarse dentro de la esfera de su influencia. Hablemos de las cosas visibles *eclesiales o espirituales* que posee la Iglesia a título de personalidad sobrenatural que vive en este mundo sin ser de este mundo, cosas que ordena la Iglesia a sus fines específicos;

2.º Tampoco nos referimos en este lugar al *uso actual* que se hace de estas cosas: bajo este aspecto quedan integradas en las actividades que constituyen el cuerpo de la Iglesia y de las cuales acabamos de hablar. Consideramos estas cosas como en reposo, es decir, *en su capacidad de ser utilizadas*, en cuanto que constituyen una reserva permanente de la que se puede echar mano. Una catedral puede ser considerada bien sea como tomada e integrada en las actividades del culto litúrgico, bien sea en sí misma, como obra que subsiste y puede ser utilizada a su tiempo. Lo mismo sucede con los libros sagrados: escritos espirituales, canónicos, etcétera;

3.º Sin embargo todas estas cosas reciben su valor eclesial *del uso que haga o haya de hacer de ellas la Iglesia*.

**Pueden dividirse estos elementos en diversas categorías.**—

a) Los bienes exteriores a los que se puede llamar bienes *comunes*. Son bienes, bien sea públicos (iglesias, casas curales, orfanatos, etc.), bien privados (bienes raíces, etc.). En la medida en que aparezca que están destinados a procurar fines evangélicos serán dichos bienes transparentes y mani-



festarán el cuerpo de la Iglesia; en la medida en que, por el contrario, sean dirigidos hacia fines temporales, se harán opacos y velarán el cuerpo de la Iglesia;

b) Las cosas artísticas o los bienes eclesiásticos en cuanto que se hallan *espiritualizados por su valor artístico*. La transfiguración operada en estas obras de arte, por más sublime que pueda ser, es sin embargo algo secundario en comparación de la transfiguración que reciben del hecho de que las haya hecho suyas la Iglesia;

c) Los bienes *consagrados*, es decir, los bienes que se hallan «destinados de una manera especial al culto por consagración o por bendición» (1): una iglesia consagrada o bendecida, un altar consagrado, ornamentos, objetos consagrados o benditos para el culto, un Vía-crucis o una estatua que han sido bendecidos. Como consecuencia de las plegarias litúrgicas de consagración o de bendición que han sido pronunciadas sobre dichos objetos, quedan éstos cargados de un significado espiritual. Se convierten a los ojos del cristiano en vestidos costosos de los que se rodea la Iglesia en su misión de Esposa;

d) Los tesoros *literarios*. Los bienes de que hemos tratado hasta ahora eran cosas y signos; los bienes literarios son meros signos. No todos tienen el mismo valor. Podemos distinguir: los Símbolos de la fe cristiana y las verdades de fe y de moral definidas; los escritos de los Padres, Doctores, autores espirituales, en la medida en que reconoce en ellos la Iglesia su propio pensamiento; las disposiciones litúrgicas; las decisiones canónicas.

e) Los libros sagrados y las especies eucarísticas en cuanto tales. Ambos constituyen dos signos eminentes, soberanamente necesarios a los cristianos y sin los cuales, como dice la *Imitación de Cristo* (2), se les haría algo intolerable la vida.

**¿Con qué certeza podemos señalar el cuerpo de la Iglesia?**  
A veces será absoluta la certeza, cuando se trate: de la *enseñanza* visible del depósito revelado; de la celebración visible del *culto* divino concentrado en torno al sacrificio de la

---

(1) C I.C., can. 1.497, § 2.

(2) Libro IV, cap. II, n.º 4.

Misa y a la dispensación de los sacramentos; de la presencia de la *santidad* en los siervos de Dios canonizados por la Iglesia. Asimismo conocemos con toda certeza que este concreto Concilio es ecuménico, que este determinado hombre es un papa, que este o aquel escrito es herético, etc.

La mayor parte de las veces nuestra certeza de encontrar el cuerpo de la Iglesia será tan sólo de orden moral: que este niño está bautizado, aquel sacerdote válidamente ordenado, que este pecador está verdaderamente contrito, la vía de ese cristiano es heroicamente santa, que estos bienes exteriores se hallan ordenados a los fines de la santidad, son otras tantas verdades que podemos saber con la suficiente certeza como para desterrar toda inquietud razonable.

En otras circunstancias será preciso contentarse con probabilidades más o menos fundadas: por ejemplo, ¿qué juicio podemos formar de una muchedumbre en la que los movimientos de la fe y de la gracia se interfieren con las pasiones humanas? ¿O de estos determinados bienes eclesiásticos legalmente poseídos, pero cuyo uso puede perder su brillo por el egoísmo, por la negligencia, por la falta de celo? En todos estos casos, el cuerpo de la Iglesia acaba allí donde acaba su transparencia.

## II. TRES PROPIEDADES DEL CUERPO DE LA IGLESIA

El cuerpo de la Iglesia se extiende lo que el alma de la Iglesia (I); es algo distinto de las demás formaciones, bien sean temporales, bien religiosas (II); es transparente (III).

### 1. EL CUERPO DE LA IGLESIA SE EXTIENDE LO QUE EL ALMA DE LA IGLESIA.

**1.º El principio de coextensividad y el alma creada de la Iglesia.**—El principio de coextensividad ha sido formulado en el siglo XII, por Hugo de San Víctor, en los siguientes términos: «En todo cuerpo uno, el espíritu es asimismo uno. *Nada existe muerto dentro del cuerpo; nada vive fuera de él*» (3).

---

(3) P. L., t. CLXXVI, col. 415-416.



Parece paradójica esta fórmula; da la impresión de que no tiene en cuenta a los pecadores que se hallan dentro de la Iglesia, como miembros muertos, ni los justos que no pertenecen a la Iglesia de una manera visible, corporal, plena. Es una fórmula que es preciso comprender. Bien entendida, significa: en la medida en que presto mi adhesión a la Iglesia, me hallo unido a la vida; en la medida en que me separo de ella, me alejo asimismo de la vida. Así, pues, este principio de coextensividad puede ser formulado de la siguiente manera: a) donde se halla el alma de la Iglesia se halla su cuerpo; y a la inversa, donde se halla el cuerpo de la Iglesia se halla también su alma; b) el modo por el que se halla el alma presente determina el modo por el que queda vivificado el cuerpo; y a la inversa, el modo de vivificación del cuerpo determina el modo de presencia de su alma; c) allí donde aparece algo que es del alma de la Iglesia, aparece algo del cuerpo de la Iglesia.

Antes de volver a estudiar cada una de estas tres proposiciones, insistamos en una observación fundamental: el principio de la coextensividad del cuerpo y del alma ha de entenderse en función de un principio superior, el de la *inadecuación fundamental del cuerpo al alma y al espíritu*: el cuerpo de la Iglesia no puede expresar adecuadamente el alma y el misterio de la Iglesia; el mismo cuerpo de Cristo no puede expresar de manera adecuada el alma y el misterio de Cristo.

**Donde se halla el alma de la Iglesia se halla también su cuerpo.**—En otros términos, allí donde brota plenamente la gracia capital de Cristo, donde es plena la caridad, es decir, donde es cultural, sacramental, orientada —presupuestos los los caracteres sacramentales y los poderes jurisdiccionales—, allí se forma plenamente el cuerpo de la Iglesia: y allí se halla plenamente, sin mutilación, cuerpo y alma, la Iglesia, Esposa y Cuerpo de Cristo.

**El modo de presencia del alma de la Iglesia determina el modo de vivificación de su cuerpo; y a la inversa, éste nos anuncia la presencia de aquélla.**—1. En los *miembros justos*, la caridad sacramental y orientada reside de una manera salvífica. Pero en este mundo es siempre capaz de un constante crecimiento. Puede arraigar cada vez más pro-

fundamente en las almas, haciendo que participen cada vez de manera más perfecta de la vida del Espíritu Santo, haciendo que produzcan actos cada vez más fervientes. En esta invasión del alma por la caridad, distingue Santo Tomás tres etapas: la de los principiantes, en los que, realizando su finalidad esencial que consiste en unir el alma a Dios, sus energías quedan movilizadas muy en especial contra el obstáculo del pecado que la amenaza; la de los proficientes en la que siendo ya menos vulnerable el alma, tiende la caridad principalmente a practicar las virtudes cristianas, a someter las pasiones a su imperio pacificador; la de los perfectos en la que la caridad tiende principalmente a la unión con el Señor y mueve al cristiano a disolverse en Cristo para unirse a Dios.

El grado inferior de la caridad, el que se halla por ejemplo en los principiantes, basta para liberar radicalmente a la Iglesia de la servidumbre de la carne. Sin embargo estos grados inferiores del amor no bastarían para explicar ciertas audacias de la Iglesia como tal, y su soberana libertad respecto del mundo. Es preciso volver a recordar el misterio según el cual cada fiel subsiste en la Iglesia no como un todo separado, sino como miembro de un único pueblo, de manera que los mismos pecadores son llevados por los justos, los cristianos principiantes por los proficientes y éstos por los cristianos perfectos. De esta manera, aun cuando se halle dispuesta en grados diversos, la caridad de la Iglesia se halla sin embargo estrechamente unida, ya que los grados inferiores reciben el influjo vivificador de la llama espiritual que arde en los grados superiores. Es esto lo que explica que en los momentos críticos de su historia tome la Iglesia iniciativas más magnánimas y se adentre por caminos más elevados que aquellos a los que hubiera podido prepararle la mera caridad común.

2. En los *miembros pecadores*, la caridad cultural, sacramental y orientada permanece presente, aunque de manera no salvífica, por el influjo que sigue ejerciendo en dichos miembros, para hacer que corran por las huellas de la Iglesia de la que siguen aún formando parte. De esta manera los veremos participar, aun cuando a la verdad de manera sumamente imperfecta, en los pasos exteriores que inspira el Espíritu Santo a su Iglesia, y contribuir de esta manera a extender el cuerpo de la Iglesia.



**Allí donde aparece algo del alma de la Iglesia aparece algo de su cuerpo.**—Incluso cuando no se halla la gracia sacramental más que imperfectamente orientada, como por ejemplo en los justos de la Iglesia ortodoxa, o no sea más que parcialmente sacramental, como en el caso de los justos de las Iglesias protestantes, o incluso no sea en manera alguna sacramental, como en los justos que no conocen a Cristo; en una palabra, allí donde aparece algo del alma de la Iglesia, aparece asimismo algo de su Cuerpo. Los justos, que, incluso sin saberlo, pertenecen a la Iglesia por el deseo de su caridad, no podrán impedir que este deseo, por más oculto que sea por naturaleza, se traduzca de alguna manera al exterior y en este sentido tome cuerpo. En este caso, para ser exactos, será menester hablar, a propósito de ellos, de una pertenencia a la Iglesia no exclusivamente pero sí *principalmente* espiritual e invisible. Por abreviación suele decirse de ordinario que pertenecen invisiblemente a la Iglesia visible.

**2.º El principio de coextensividad y el Alma increada de la Iglesia.**—Decíamos antes que según aparece el cuerpo, aparece el alma creada de la Iglesia. Es preciso añadir que según aparece en su alma creada, aparece también su Alma increada. De manera que el principio de coextensividad del cuerpo y del alma de la Iglesia vale asimismo para su Alma increada.

**La obra de Cristo prepara la venida plena del Espíritu.**—Hasta tanto que no sea glorificado Jesús y no haya dado cabo a su obra, no puede venir plenamente el Espíritu (*Jo.*, VII, 39). El amor que a Jesús mostramos, nuestra fidelidad en guardar su palabra, atraen sobre nosotros el amor del Padre y hacen descender sobre nosotros las tres divinas personas (*Jo.*, XIV, 23). El envío del Espíritu, que ha de dar testimonio de Cristo, ha de coronar la obra de Jesús. Así, pues, el Espíritu es el Espíritu de Cristo; y quienes lo poseen pertenecen a Cristo (*Rom.*, VIII, 9). Cristo hace que en el Bautismo cristiano quedemos vestidos, de manera que no formemos más que un único Cuerpo (*I Cor.*, XII, 13). La comunión en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo alimentará y estrechará en nosotros la unidad con ese Cuerpo místico (*I Cor.*, X, 17). La unidad interna y creada de la Iglesia, considerada, bien sea en su Cuerpo, bien sea en la fe que en el

Bautismo ha sido derramada sobre ella, bien sea en todo su ser, son una señal de que este ser ha quedado invadido por la unidad divina e infinita de las tres Personas, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: «Sólo hay un Cuerpo y un *Espíritu*, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. Sólo un *Señor*, una fe y un Bautismo, un *Dios* y *Padre de todos*, que está sobre todos, por todos y en todos» (*Eph.*, IV, 4-6). En una palabra, allí donde es plenamente cristiana, es plena la inhabitación de las tres divinas personas.

**Allí donde se halla la Iglesia se halla el Espíritu; donde se halla el Espíritu se halla asimismo la Iglesia.**—El Símbolo de los Apóstoles nos representa al Padre residiendo en la Creación, al Hijo en Cristo, y al Espíritu Santo en la Santa Iglesia.

San Ireneo, y los Padres que le sigan, no tendrán duda alguna de que esta Iglesia es la que posee los sacramentos del Bautismo cristiano y de la Eucaristía, sacramentos que traen consigo *la fe y el amor* cristianos, y afirman asimismo que esta Iglesia es mantenida en la Verdad por los *poderes jurisdiccionales*. Vamos a traducir, de la versión latina que nos queda, el gran texto en el que afirma Ireneo de manera expresa la coextensividad del cuerpo de la Iglesia y de su Alma increada, el Espíritu Santo: «El Espíritu Santo no deja de derramar la fe en la Iglesia como en un bello vaso. Esta fe constituye en la Iglesia como un licor precioso, que trae eterna juventud, y que rejuvenece de continuo el vaso que lo contiene. Es un don que confía Dios a la Iglesia para inspirarla e informarla, y para hacerla capaz de vivificar a cuantos son sus miembros. En ella se nos ofrece lo que ha querido comunicarnos Cristo, es decir, el Espíritu Santo, prenda de incorrupción, apoyo de nuestra fe, causa de nuestra marcha a Dios. En efecto, dice el Apóstol (*I Cor.*, XII, 28), *Dios ha dispuesto en su Iglesia, apóstoles, profetas, doctores*, y de esta manera todo el conjunto de la actividad de la Iglesia de la cual no participan quienes en lugar de acudir a la Iglesia se desgajan de la vida, por un loco despiste, por un paso fatal. *En efecto, allí donde se halla la Iglesia se halla también el Espíritu de verdad; y donde se halla el Espíritu de verdad se halla la Iglesia y toda gracia*; ahora bien, el Espíritu es verdad. Quienes no participan del Espíritu no son alimentados para la vida en los pechos de su Madre,



y desconocen la purísima fuente que brota del costado de Cristo. Ahondan cisternas resquebrajadas, beben el agua pútrida de los pozos y de las charcas. Huyen de la fe de la Iglesia, por miedo a tener que ser guiados; rechazan el Espíritu porque no desean ser instruidos» (4).

Idéntico pensamiento en San Agustín: «Sólo la Iglesia católica es el Cuerpo de Cristo; Cristo es su Cabeza, y el Salvador de su Cuerpo. Fuera de este cuerpo, el Espíritu Santo no infunde su vida a nadie» (5).

Así, pues, el Espíritu y la Iglesia son coextensivos, de la misma manera que lo son en el ser vivo el alma y el cuerpo.

**El influjo vivificador del Espíritu Santo se ejerce, por una parte, incluso en los bautizados pecadores; por otra parte, incluso en los justos no bautizados.**—1. En los bautizados pecadores no sólo porque los visita con pensamientos de fe, de temor, de esperanza, de atrición, sino además de una manera más misteriosa, ya que los movimientos colectivos para bien de la Iglesia, impulsos que imprime en los miembros justos y que son recibidos en ellos con amor y saludablemente, consiguen llegar por medio de ellos, de una manera indirecta, incluso hasta los miembros pecadores, siempre que éstos se hallen unidos a la Iglesia, y consiguen de rechazo, verdad es que de una manera deficiente y no saludable aún, moverlos a fines que siguen siendo sin embargo divinos.

2. Se ejerce en los *justos no bautizados*, pero sin poder hacer sentir en ellos todo el peso de su poder. Desde los días de la Redención, la gracia, doquiera se halla privada en todo o en parte de su perfección cultual y sacramental, y de su orientación jurisdiccional, no se encuentra en su estado normal y aparece como mutilada. Conserva la propiedad de disponer a los sujetos en los que reside a acoger en sí, y a veces muy profundamente, a las tres divinas Personas. Pero es incapaz de constituir el alma creada de la Iglesia, de esa alma que establecería a la Iglesia en su acto pleno y permitiría al Espíritu Santo ejercer libremente sobre ella su papel de Alma increada.

---

(4) *Adversus haereses*, libro III, cap. 24, n.º 1.

(5) *Epístola CLXXXV*, n.º 50.

2. LA IGLESIA TIENE SU PROPIO CUERPO DISTINTO DE LAS DEMÁS FORMACIONES TEMPORALES Y RELIGIOSAS.

**La Iglesia tiene su propio cuerpo distinto de las formaciones temporales.**—1. Supongamos un reino o incluso la tierra entera poblada totalmente de católicos fieles y practicantes. Serán unos mismos hombres quienes prestarán sus recursos a un tiempo a la sociedad civil y a la Iglesia, las cuales harán uso de esos recursos para encarnarse. Pero jamás llegarán a la Iglesia y a la ciudad a fundirse en una sociedad común. La Iglesia conservará su ritmo propio, su propia visibilidad, distintos totalmente del ritmo y de la visibilidad de los reinos temporales perecederos.

Incluso en un santo podrá distinguirse lo que puede reclamar de él su patria y lo que le toca a la Iglesia. No es tarea de la patria el engendrar santos; a ella no le corresponde más que proporcionar la materia; pero no dará a luz más que genios o héroes. Es la Iglesia de Dios, la que peregrina en esta o aquella determinada patria, la única que engendra santos. En cuanto que dependen de la patria, los santos pueden trabajar en la salvación de esa patria; y a veces, menester es decirlo, se han consagrado totalmente a esa tarea: más que los demás, una Juana de Arco o un San Luis pertenecen, a título de su entrega, a los hombres de esta patria y a sus amigos. Pero en cuanto que son santos, es decir, en cuanto que dependen de la Iglesia —y no son pocos los que se han esforzado por no depender más que de ella, en cuanto les era esto posible: entre éstos sobresalen un Benito José Labre o misioneros como un Padre Damián—, se gastan por toda la Iglesia, por la salvación de todos los hombres; y bajo este aspecto pertenecen a todos y muy en especial a los de corazón más ferviente.

2. Por su misma naturaleza la Iglesia no es de este país más que de aquel; de esta raza más que de esa otra; de esta lengua o cultura más que de aquella otra. Utiliza los recursos que le vienen de la diversidad de los países, razas, lenguas y culturas. En cuanto que le sirven de instrumento, estas cosas le quedan como incorporadas, se convierten en carne suya, forman parte de su ser. Pero en cuanto que tienen un destino propio, y se ven sometidos a la ley del envejecimiento inherente a todas las cosas culturales, van desa-



pareciendo unas tras otras sin lograr hundir a la Esposa de Cristo en su catástrofe. Cuando se hace carne el Verbo, aparece en un pequeño país, habitado por hombres de una determinada raza que hablan una determinada lengua; pero ni siquiera por un instante, ni siquiera cuando declaraba que había sido enviado a solas las ovejas de la Casa de Israel que habían perecido, o cuando llegaba a emocionarse por la destrucción inminente de Jerusalén, ha querido solidarizar su misión con el destino temporal de este país, de esta raza, de esta lengua. A fin de cuentas se trataba de cosas de este mundo, y su reino no es de este mundo.

3. La Iglesia divina, sociedad visible sobrenatural, jamás podrá identificarse con las naciones, con las sociedades visibles temporales. Hablando rigurosamente no existe una idea religiosa francesa, alemana o rusa, o si existe semejante idea es falsa, ya que por el hecho de ser nacional, deja de ser la idea religiosa, única, supranacional católica, el reino que inunda este mundo sin ser de este mundo independiente de los pueblos a los que santifica de la misma manera que es la luz independiente de los objetos que toca con sus rayos. La religión del nacionalismo, que confunde Iglesia con una patria concreta, y la religión del internacionalismo que confunde Iglesia con un conglomerado de patrias, son otras tantas maneras de desconocer esta verdad fundamental.

**La Iglesia educadora de las naciones.**—Los pueblos, lo mismo que los individuos, se presentan ante la Iglesia encerrando en sus corazones cosas bellas que han de vivir y cosas malas que es preciso hacer desaparecer. Sus tendencias más naturales, más invencibles serán, según los casos, favorecidas o contrariadas por la Iglesia: favorecidas en el caso de que sean sanas y generosas; contrariadas si son egoístas y peligrosas. A cada temperamento nacional, la Iglesia es a un tiempo benigna y severa, benévola y hostil, dulce y amarga.

Es preciso, pues, no tanto llevar la Iglesia a los pueblos cuanto llevar los pueblos a la Iglesia. Una vez que hayan sido bautizados en su fe y en su vida, esos mismos pueblos, enemigos hasta ahora que se han odiado mutuamente, podrán comenzar a volverse unos a otros. Se verán entonces como regidos por una ley que los domina a todos. Comprenderán

que sus disposiciones más profundas en cuanto que son legítimas, los predisponen a una doble tarea. En primer lugar y directamente, a la tarea de manifestar sobre el plano de los reinos de este mundo esta o aquella de las riquezas culturales requeridas para el desarrollo histórico de la humanidad. En segundo lugar a poder prestar al reino que no es de este mundo algunas de sus más puras adquisiciones culturales de que hará él uso para manifestar sus virtualidades ocultas: en efecto, nada puede haber tan bello como, por ejemplo, un temperamento nacional transfigurado por la santidad: Francisco era italiano, Teresa castellana, inglés Tomás Moro, y francesa Juana de Arco.

**La Iglesia tiene su propio cuerpo distinto de los cuerpos de las demás formaciones religiosas.**—De toda formación religiosa no católica, en cuanto que constituye un todo histórico existencial, puede decirse que yuxtapone indisolublemente en su seno dos corrientes de manifestaciones, atraídas unas de ellas secretamente por la verdadera Iglesia de Cristo, al paso que se alejan de dicha Iglesia las otras. Su fisonomía propia la constituye un cierto conflicto de tendencias; he ahí lo que la caracteriza para el teólogo católico, he ahí lo que le da su *verdadero cuerpo*.

Pero en esta formación religiosa pueden, por el pensamiento, aislarse unas de otras las manifestaciones que de manera sumamente secreta empujan a sus miembros hacia la Iglesia católica. Y de esta manera, una vez disociadas de los errores parásitos de que se ven llenas estas manifestaciones, comienzan a pertenecer, sin duda de una manera inicial y llena de trabas todavía, *al cuerpo de la Iglesia católica*.

El justo que vive en la ortodoxia, en el protestantismo, el judaísmo, el islam o cualquiera de las formaciones precristianas, pertenece visible y corporalmente a estas religiones; pero invisiblemente, espiritualmente, es miembro de la verdadera Iglesia. Por el conjunto de sus manifestaciones contribuye a la formación del cuerpo de estas religiones; por lo mejor de sus manifestaciones contribuye, bien que de una manera inicial, a formar el cuerpo de la verdadera Iglesia. Y por eso, su pertenencia a la verdadera Iglesia es, como lo hemos ya dicho, *no exclusivamente*, pero sí *principalmente*, invisible y espiritual.



### 3. POR SU CUERPO, TODA LA IGLESIA ES VISIBLE EN TRANSPARENCIA.

**La transparencia en Cristo y en la Iglesia.**—Si se ha encarnado el Verbo, lo ha hecho para que pudiera manifestarse de manera visible en su carne la Vida eterna, y pudiera pasar de esta manera más abundantemente al mundo. Si también la Iglesia posee por su parte un cuerpo de carne, lo es para que pueda la gracia cristiana que en ella mora brillar al exterior con un resplandor sensible, y atraer hacia sí todas las miradas. De manera que es menester decir que el cuerpo de Jesús, y el cuerpo de la Iglesia que ha sido creado a su imagen, tienen como propiedad principal la de la *transparencia*.

La transparencia supone el encuentro de dos elementos, de los que es opaco uno y luminoso el otro, y la victoria del segundo sobre el primero. Pueden hallarse ambos elementos unidos substancialmente como sucede en el caso del alma y el cuerpo del hombre. Al ser más fuerte el alma, se transparenta a través del cuerpo; le da a éste el que sea transparente. Pudiera decirse en cierto sentido que el alma y el cuerpo intercambian sus propiedades: el alma se hace visible y espiritual el cuerpo.

Así con todas las precauciones necesarias podrá decirse: 1.º que por una parte la divinidad de Cristo y su plenitud de gracias se transparentan en su proceder visible: 2.º que, por otra parte, el Alma increada de la Iglesia, lo mismo que su caridad, se transparentan en su envoltura corporal.

**La transparencia en Cristo.**—La Encarnación será en su término el misterio de Cristo en gloria del Verbo unido a una carne a la que no destruye la divinidad, sino que transfigura y hace semejante en la eternidad a la zarza que ardía sin consumirse. Entonces, la carne de Cristo, aun cuando haya de ser *inadecuada* a su divinidad por toda la eternidad, se hallará sin embargo *en proporción* a ella hasta el punto de manifestarla sin equívoco a los ojos de los elegidos resucitados. Este es el primer grado de transparencia.

En este mundo la Encarnación era el misterio de Cristo peregrino, del Verbo sometido a un cuerpo mortal. El destino terreno del Salvador, con sus vicisitudes, con sus dolores y su

muerte, era tan inadecuado a su divinidad que no podría menos de ser temporal, no podría haberse hecho eterno; era sin embargo, en su plano, proporcionado a la santidad infinita del Verbo, un destino que manifestaba esa santidad en cuanto podía ser manifestada en el reino del dolor, sin equívoco posible. Este es el segundo grado de transparencia.

**La transparencia en la Iglesia.**—Una vez que haya terminado su peregrinar en este mundo, la visión y el amor beatíficos adaptarán la Iglesia a la gracia de la inhabitación trinitaria. Su envoltura corporal quedará, verdad es, como algo *inadecuado* a la gloria y a la caridad beatíficas, en las que se entregará la Trinidad sin velo alguno, pero sin embargo *expresará* estos esplendores sin equívoco alguno. Este será el más elevado grado de transparencia de la Iglesia. En este mundo no se hallan todos los miembros de la Iglesia invadidos totalmente por la gracia; llevan aún en sí regiones de tinieblas. Será relativamente fácil reconocer el cuerpo de la Iglesia en las actividades manifestamente puras de los cristianos, y aislar del cuerpo de la Iglesia sus actividades abiertamente pecadoras. Más difícil será el discernir lo que corresponde a la Iglesia, lo que contribuye a formar su cuerpo, en los actos que son inspirados y ordenados por ella, pero que a lo largo de su ejecución quedan desviados por la mediocridad, por las imperfecciones, por las pasiones y vicios de los cristianos. Pero el cuerpo de la Iglesia es en sí transparente. Verdad es que es *inadecuado* al misterio de la inhabitación divina que se halla encerrado en aquél, pero *expresa* de manera suficiente y sin equívocos la virtud oculta de la Iglesia. Y todos sabemos que esta virtud se manifiesta al exterior, a una observación suficientemente atenta de la mera razón, por las cuatro notas de la Iglesia.

Es menester precisar que el cuerpo de la Iglesia no existe más que de manera sucesiva. Avanza a través de la muerte, del flujo de las generaciones, de las ruinas de las culturas. La historia no nos da una visión completa de él. Jamás se halla acabado en parte alguna el dibujo de tapicería, sino que va progresando de manera imprevista. Una época de la Iglesia no es jamás idéntica a las demás épocas de la Iglesia, y expresa su esencia de manera menos perfecta que todas la sucesión de épocas de la Iglesia. Esto vale de igual manera de una región, de un rito, de una liturgia, de un régimen de la Iglesia.



Sin embargo cada realización de la Iglesia nos trae, nos entrega su esencia, pero haciéndonos ver al mismo tiempo que esta esencia es algo que trasciende todas las épocas por separado y en su conjunto. Es éste uno de los aspectos más divinos y más adorables de la catolicidad de la Iglesia. Quien ha logrado comprenderlo, aunque se halle en el rincón más oculto del mundo, siente por lo mismo que el Espíritu de la Iglesia barre de su ser el espíritu de barrio, siente que el Espíritu de catolicidad extermina en su corazón el espíritu de clan. Cada rito, cada liturgia —latina, bizantina, eslava, o acaso en un futuro más o menos lejano, china— o incluso cada orden religiosa aprobada o cada forma auténtica de vida cristiana en un determinado punto del espacio y del tiempo, constituyen otras tantas puertas por las que se entrega de manera directa y segura en el corazón mismo del misterio cristiano y de su transcendencia infinita. Conviene aquí recordar simplemente que nunca se construyen las puertas para ser contempladas o comparadas, sino para ser franqueadas con toda decisión, y recordar asimismo que nadie penetra en una casa por dos puertas al mismo tiempo.

**«Todas las cosas son velos que cubren a Dios».**—A todo lo largo de su vida pública, no sólo en el instante de su Transfiguración, ha sido transparente la manera de conducirse de Cristo, ha manifestado al exterior la santidad del misterio de la Encarnación. ¿No constituye un escándalo para la razón humana el hecho de que hombres de su época hayan podido acercarse a Jesús, hayan podido oír su voz y ver su mirada, sin adivinar siempre, bajo las cenizas de su humanidad, la brasa de su divinidad? ¿Faltaban por ventura señales suficientes? ¿O será más bien que estaba cegado su corazón? «Todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque no sean reprendidas sus obras. Pero el que obra la verdad viene a la luz, para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios» (*Jó.*, III, 20-21). En aquel tiempo, nos dice asimismo el Evangelio, «había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Era un hombre justo y piadoso... y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte sin que hubieran contemplado sus ojos al Cristo del Señor» (*Lc.*, II, 25-26).

Lo que vale respecto del proceder de Jesús, vale también de manera proporcional del cuerpo y del proceder de la

Iglesia: es un vaso de arcilla que lleva en sí encerrado el tesoro divino, es la envoltura bajo la que late su corazón. Han pasado junto a Cristo sin reconocerle; pasarán junto a la Iglesia sin verla: será una veces por perversidad, otras veces, no pocas, por error invencible que tiene su origen en causas múltiples, entre las que será preciso colocar incluso la seducción que ejercen en corazones magnánimos los fragmentos de esplendor católico dispersos por las Iglesias disidentes.

Jamás constituirán las cosas corporales más que el vehículo imperfecto la traducción inadecuada de las realidades espirituales. Se posaba en el alma de Jesús una claridad más profunda que la que podía tener su cuerpo, incluso en el día de la transfiguración. En el alma de la Iglesia se da una claridad más profunda que la que pueda reflejar su cuerpo, incluso cuando resplandezca éste en la eternidad. Las cosas corporales son en este mundo algo así como velos transparentes que tienen por doble papel el de revelar las realidades espirituales y atenuar su brillo. El mundo nos revela y oculta a un tiempo el acto creador; la humanidad de Cristo nos revela y oculta al mismo tiempo el misterio del Verbo y de su amor para con los hombres; el cuerpo de la Iglesia revela y oculta el misterio de la inhabitación del Espíritu Santo en la historia. Una de las razones de esta manera tan extraordinaria de conducirse, la constituye el hecho de que Dios no quiere ser hallado más que por quienes le buscan. Todas las cosas, escribía Pascal a la señorita de Roannez, son «velos que cubren a Dios» (6).

### III. EL CUERPO DE LA IGLESIA ES ORGANICO Y DIFERENCIADO

Recordaremos la distinción capital entre actividades jerárquicas y actividades no jerárquicas, 1). Hablaremos a continuación de la distinción entre clérigos y seglares, distinción que pertenece ya al plano de los estados de vida, 2 y 3); después, de los demás estados de vida, 4); finalmente de las diferenciaciones referentes a los estados de vida, 5).

---

(6) *Cuarta carta a la señorita Roannez*, fines de octubre de 1656.



## 1. ACTIVIDADES ECLESIALES JERÁRQUICAS Y NO JERÁRQUICAS.

Son de dos clases las actividades que a títulos diferentes llaman al cristiano: las actividades eclesiales o espirituales, a título de miembro de la Iglesia; y las actividades profanas o temporales, a título de miembro de la comunidad humana.

**Actividades eclesiales o espirituales.**—1. Tienen como objeto que las determina la obra redentora de Cristo y el bien común de la vida eterna. Distinguiremos:

A. Las *actividades ministeriales*, no inmediatamente santificadoras, que se refieren al sacerdocio y a la realza de Cristo. Son de dos clases:

1.º Las actividades *jerárquicas*, que comprenden: a) las actividades cultuales que dependen del poder de orden; b) las actividades proféticas que dependen del poder de jurisdicción.

2.º Las actividades *no jerárquicas*, de las que: a) unas son cultuales, y dependen de los poderes del bautismo y de la confirmación; b) y las demás son proféticas, y dependen de la profecía privada.

B. Las *actividades inmediatamente santificadoras* de la fe, de la esperanza, de la caridad, de las virtudes infusas, que dependen de la santidad de Cristo.

Estas actividades santificadoras son las más elevadas de la Iglesia, son las actividades a las que se hallan ordenadas todas las demás. Y en virtud de la inversión de valores que nos trae el Evangelio, no se hallan reservadas a unos pocos, sino que son ofrecidas a todos.

2. Las actividades eclesiales o espirituales pueden dividirse desde otro punto de vista, al que nos referimos al fin de este capítulo: a) en actividades espirituales dirigidas a lo *puramente espiritual* (vida litúrgica y sacramental, etc.); b) en actividades espirituales dirigidas a lo *temporal*: bien sea para defender los derechos de lo espiritual que se hallen amenazados, bien sea para proyectar desde lo alto su luz sobre lo temporal.

Este es el plano de las actividades eclesiales o espirituales, el plano de la Iglesia, en el que se nos pide que actuemos *en cuanto* cristianos.

**Actividades profanas o temporales.**—Tiene como objeto que las determina el bien de la cultura y de la civilización. El cristiano habrá de ejercerlas en cuanto miembro de la comunidad humana, pero *como* cristiano.

## 2. EL ESTADO DE VIDA DE LOS CLÉRIGOS.

Si llamamos estado de vida una condición de vida estable y permanente, será preciso mirar a la clerecía y al laicado como dos estados de vida.

Ambos estados se caracterizan por un reparto desigual de las actividades cristianas entre los fieles, reparto sancionado en parte por el Derecho canónico, pero fundado más profundamente en la naturaleza de las cosas, es decir, en las necesidades de la vida de la Iglesia.

**Los clérigos se hallan consagrados a las funciones jerárquicas.**—El estado de vida de los clérigos se halla regulado y ordenado por el deseo primordial de asegurar el buen ejercicio de las funciones jerárquicas. La mayor parte de las disposiciones canónicas que se refieren a los clérigos se hallan consagradas a la definición y a la delimitación exacta de estas diferentes funciones.

**Los clérigos se hallan por un nuevo título consagrados a las actividades santificantes.**—El título *fundamental* y supremo que consagra a todos los hombres, y muy en especial a los cristianos, al ir en pos de la santidad, es el de haber sido destinados a una vida eterna cuyas puertas les han sido abiertas por la redención de Cristo.

A los ministros encargados de dispensar esta redención por los poderes jerárquicos, les corresponde la búsqueda de la santidad por un *nuevo* título, sobreañadido. En efecto, los poderes jerárquicos, destinados a comunicar la caridad, exigen el ser ejercitados en la caridad. Cuando los medios de santidad están en manos de pecadores, es fatal el escándalo de los pueblos e inminente la catástrofe.

Cuando decimos que los clérigos se hallan obligados a la santidad por dos títulos, no queremos con ello decir en manera alguna que haya algo así como dos órdenes de santidad superpuestos: la santidad de los clérigos y la de los



laicos. No existe más que una única santidad, que consiste en la perfección de la caridad a que han sido todos invitados y en la que sin duda alguna muchos laicos se adelantarán a los clérigos.

**Los clérigos se ven libres en la medida de lo posible de actividades temporales o seculares.**—Una parte de la actividad de los cristianos se refiere al plano temporal o secular. Los anacoretas y los monjes no se libran de esta necesidad más que en un momento y bajo un punto de vista. Los clérigos se ven bajo un punto de vista sometidos a las leyes de su país.

Sin embargo, la Iglesia, a fin de poder consagrarlos de manera más intensa a las actividades eclesiales, se esfuerza por liberarlos en la medida de lo posible de las actividades temporales o seculares. Les pide que se abstengan normalmente de ocupaciones necesarias y excelentes, bien sean de orden profesional (medicina, gestión de bienes, comercio), de orden político (funciones administrativas, mandato de diputado) o de orden militar (participaciones en revoluciones o guerras civiles). Pide para ellos la inmunidad personal que los exime del servicio militar, de los cargos y de las funciones civiles públicas.

**Los clérigos «han de convivir y sufrir con el pueblo».**—Decir que los clérigos dejan a los seglares la mayor parte de las actividades temporales cristianas no significa en manera alguna que puedan hallarse distantes del pueblo, de su drama, de sus sufrimientos. ¿Quién podrá convivir y sufrir con el pueblo en la medida en que lo hicieron Cristo y los Apóstoles? «¿Quién desfallece que yo no desfallezca? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?» (*II Cor.*, XI, 29). Los clérigos que han de convivir con el pueblo, han de vivir en sí mismos su tragedia, para de esta manera poderles comunicar inmediatamente no las cosas de la cultura o de la civilización, sino las cosas del reino de Dios.

En determinadas circunstancias, «el convivir con el pueblo» podrá justificar que se entregue el sacerdote a un trabajo profano, pero jamás podrá constituir esto más que un medio de evangelización. Cuando enviaba el Cardenal Suhard a sus sacerdotes a las fábricas, esperaba que esta iniciativa permitiera la «naturalización previa del sacerdote en un medio en

el que no era más que un extraño» (7). Mons. Chappoulie, uno de sus más íntimos colaboradores, explica en los siguientes términos lo que él quería: «Es preciso que vayan los sacerdotes a convivir con los obreros de las fábricas allí donde éstos conviven, para poder participar de sus trabajos y de sus penas, para llegar a ser semejantes a ellos de la misma manera que el Hijo de Dios ha llegado a hacerse por su Encarnación semejante a los hombres sus hermanos. A estos sacerdotes les corresponderá ser testigos del Evangelio en medio de sus compañeros de trabajo» (8). Se enfrentaban con un peligro: «Grande puede ser la tentación del sacerdote de tomar por cuenta propia funciones que no le corresponden, y para las que sólo los seglares tienen gracia de estado. Preciso será que resista a esta tentación —aun cuando se halle de esta manera disminuida su *eficacia* inmediata—. No es en efecto tarea suya específica la de administrar lo temporal. En este punto expira su competencia.....» (9).

La tarea del sacerdote consiste en aportar al mundo perdido los recursos de lo espiritual, y esto en toda su amplitud.

### 3. EL ESTADO DE VIDA DE LOS LAICOS.

Es éste un estado de vida constituido por cierto equilibrio de las actividades que debe ejercer el cristiano: sobre el plano eclesial o espiritual, pero no jerárquico, por una parte; sobre el plano profano o temporal por otra.

**1.º Los laicos se hallan consagrados a todas las actividades eclesiales no jerárquicas.**—1. La vida eclesial de los seglares incluye *actividades ministeriales* de las que algunas son *culturales*. Los laicos participan de una manera no jerárquica del sacerdocio de Cristo. Por medio de ellos el pueblo cristiano es sacerdotal en todos sus miembros. Por medio del bautismo queda el laico capacitado para participar activamente en el Sacrificio de la Misa, para contraer un ma-

---

(7) Carta Pastoral del 14 de abril de 1949, *Le Prêtre dans la cité*.

(8) *Le cardinal Suhard, père de la Mission de France et de la Mission de Paris*, Documentation catholique, n.º 1.161, 29 de noviembre de 1953, col. 1.477.

(9) CARDENAL SUHARD, *Le prêtre dans la cité*.



trimonio del que él mismo será ministro, para recibir válidamente los demás sacramentos. La confirmación lo capacita para confesar abiertamente la fe y prolongar el testimonio que de la verdad dio Cristo sacerdote. También pueden corresponder a los seglares otras actividades ministeriales: podrán recibir dones carismáticos y *proféticos*, dones que se hallan destinados no a fundamentar la fe, pero sí, por ejemplo, a sugerir soluciones nuevas a los problemas de evangelización que plantea el mundo siempre en movimiento.

2. La vida de los laicos comprende además *actividades santificadoras*, que proceden de la gracia plenamente cristiana, es decir, de la gracia cultural, sacramental, orientada. Se abre a todas las profundidades de la vida contemplativa: el Salvador descubre a la Samaritana los misterios del don de Dios. Juan de la Cruz escribirá la *Llama de amor viva* para Ana de Peñalosa. Y San Benito José Labre quiere permanecer libre para llevar a Dios por los caminos.

Semejantes actividades santificadoras, comunes a los clérigos y a los seglares, y en las que pueden los seglares superar a los clérigos, son las máspreciadas, son las actividades a las que se halla ordenada toda la Iglesia. Tienen como Principio al Espíritu Santo que difunde en el mundo la caridad de Cristo.

¿Cómo no han de ser invitados los seglares, lo mismo que los clérigos, a convivir y sufrir con el pueblo, en el plano eclesial en primer lugar, para comunicarle de continuo y de todos los modos posibles los tesoros del Sermón de la Montaña y de la Redención de Cristo? Los que entre ellos viven en el estado de matrimonio, serán, por la naturaleza misma de las cosas, los primeros representantes de la Iglesia ante sus hijos. Quienes viven en otros estados hallarán diferentes medios de llegarse hasta las almas.

**Papel del laicado en la Iglesia.**—¿No equivale el afirmar constantemente la *primacia, en la Iglesia, de los valores de la caridad en cuanto cultural, sacramental y orientada, y el carácter espontáneamente apostólico y contagioso de semejante caridad verdaderamente evangélica*, a permitir por añadidura el resolver de la manera más elevada, más vasta, más fecunda, el problema tan debatido en nuestros días del papel del laicado en la Iglesia?

**La Acción Católica.**—1. En un sentido general, la Acción Católica de los seglares es algo tan antiguo como la misma Iglesia. Pío XI no introduce innovación alguna, se limita a renovar: la Acción Católica «es la cooperación del laicado a la labor apostólica, a la labor del apostolado propiamente dicho, ya que los obispos son sucesores de los Apóstoles. Este es el aspecto más divino, más glorioso, y más amable, podría decirse, de la Acción Católica. Es la renovación y la continuación de lo que ha sido en los primeros días del Cristianismo, cuando fue proclamado por vez primera el Reino de Dios. Basta para convencerse de ello dirigir una mirada a la primitiva literatura de la Iglesia, a los mismos escritos inspirados, para ver que una gran parte de los maravillosos éxitos de este apostolado se debía a esta cooperación del laicado con los Apóstoles..... Son magistrados, soldados, mujeres, niños que acuden en ayuda de los Apóstoles, que multiplican su actividad, que les ofrecen la posibilidad de llegar a todas partes, de realizar una obra de penetración en todos los medios, lo mismo en las masas que en los palacios de los Césares. Esta es vuestra obra, la obra que os pone en primera línea en el reino de Dios, en el plano de aquellos dichosos cristianos de los que tan a menudo se acuerda el mismo Apóstol en sus cartas, cuando escribe: Saludad a éste, a aquélla, ya que han trabajado con nosotros por el Evangelio. Esta es vuestra obra. Nos da verdaderamente la impresión de que esta vuelta a los primeros días, pensamiento tan bello, tan consolador, encierra no sólo un impulso a la acción, sino que constituye para vosotros, además, la más bella recompensa» (10).

2. En el sentido que ha hecho técnico Pío XI, podría definirse la Acción Católica: una organización universal de las actividades espirituales de los seglares —organización dirigida por la Jerarquía— para promover el reinado de Cristo de una manera apropiada al nuevo estado de la humanidad.

a) Los *fin*es de la Acción Católica son los mismos que tiene la Iglesia, es decir, la reevangelización del mundo, la instauración del reino de Cristo, pero considerados en concreto, bajo el punto de vista en el que pueden ser predica-

---

(10) Pío XI, *Discurso a la Federación nacional católica de Francia*, 12 de junio de 1929.



dos de la manera más eficaz a una humanidad que, a partir de la ruptura de la cristiandad medieval, de los descubrimientos geográficos y técnicos, de las revoluciones sociales, ha entrado en una nueva época de su historia, en la que en parte es *menos* y en parte *más* accesible al mensaje evangélico de lo que era en el pasado. Es la preocupación inmediata de llevar a Cristo a un mundo transformado, la que determina al Soberano Pontífice a dirigir este llamamiento a los seglares y a unificar sus esfuerzos. En esta perspectiva se ve cómo podrá precisarse teológicamente la misión que confía la Iglesia a los seglares de la Acción Católica.

b) Los seglares no *obran* en la línea de la Acción Católica más que respondiendo a una invitación de la Jerarquía, que los llama en su ayuda, y los envía a enfrentarse con un mundo al que no espera llegarse más que por medio de ellos. De ahí que haya podido decir el Papa: «Públicamente anunciamos no ser otro nuestro blanco, sino *que los fieles cristianos participen en cierto modo del apostolado jerárquico de la Iglesia*, sentencia que confirmamos en muchos documentos sucesivos, declarando entre otras cosas que cuantos procuran el incremento de la Acción Católica son llamados, por una gracia singular de Dios, para una empresa que no dista mucho del oficio sacerdotal, pues la Acción Católica no es al fin otra cosa que el apostolado de los fieles, que bajo la dirección de los Obispos prestan ayuda a la Iglesia y completan en cierto modo su ministerio pastoral» (11).

Este llamamiento a los seglares está sin duda alguna justificado por la falta de sacerdotes y la inmensidad de la labor que es preciso realizar. Pero, de una manera más profunda, lo está aún más por el hecho de que sólo los seglares pueden llegar a ciertos sectores de la sociedad, o hacer suyo cierto modo de presentar el mensaje cristiano, necesario para su difusión. Y también no pocas veces porque les ha sido dado a algunos seglares colocados en el corazón mismo del movimiento del mundo, el discernir de manera cuasi-profética los postulados de ese mundo que van al encuentro de las eternas riquezas de la Iglesia.

---

(11) Pío XI, Carta *«Laetus sane nuntius»* al Cardenal Segura y Sáenz, 6 de noviembre de 1929, Colección de Encíclicas, Publicaciones de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica, 5.ª edición, Madrid, 1955, p. 1.072.

No hay duda de que este llamamiento lanzado por la jerarquía a los seglares en el umbral mismo de nuestra época moderna, es capaz de modificar no en su esencia teológica, pero sí en su modalidad concreta, las relaciones mutuas entre clérigos y seglares, y de atraer la atención sobre la importancia de las actividades comunes a unos y otros. El Cardenal Verdier se dirigía a sus sacerdotes en los siguientes términos: «Si la misión que me ha dado el Papa —y por mi intermedio a toda la Francia católica—, misión de organizar esta acción general de los católicos, llega a realizarse, tendréis un ministerio un tanto nuevo. Hasta ahora habíais sido considerados doctores inconcusos, casi reyes de derecho divino. Estabais en vuestras iglesias y obligabais a todos vuestros fieles a callarse —y no cabe duda de que deben callarse en la iglesia, muy en especial las mujeres—, ya que así lo dice la Sagrada Escritura. Obligabais a vuestros fieles a inclinar la cabeza ante todo lo que enseñabais. Si el día de mañana llega a colocarse el laicado junto a la Jerarquía para dirigir la Acción Católica exterior, os convertiréis en reyes constitucionales. Os veréis obligados a consultar a un Parlamento que tendréis siempre junto a vosotros. Y esto no siempre será cómodo. Vosotros tenéis una mentalidad de teólogos dogmatizantes; es muy posible que ellos por su parte tengan mentalidad de parlamentarios. El espíritu de colaboración es cosa sumamente difícil. Es posible que exijan de vosotros una mayor preparación intelectual, una caridad más intensa, un mayor desprendimiento de vosotros mismos, de vuestro propio espíritu. Ya que será preciso no abandonar ni un ápice de nuestra doctrina, de nuestras instituciones. Será menester vigilar hasta la última *iota* dogmática. Pero será preciso también trabajar de común acuerdo en el trabajo de cada día. ¿Ofrece este panorama para vosotros perspectivas inquietantes? ¡No! ¿Perspectivas difíciles? ¡Sí! Pero perspectivas sumamente elevadoras. Y yo os pido, señores, que supliquéis al Señor todos los días en la Santa Misa, que os conceda el espíritu de colaboración» (12).

c) Esta actividad evangelizadora revestirá en la Acción Católica, en el sentido preciso de la expresión, una *forma de evangelización determinada*, una unidad específica de con-

---

(12) Discurso del 20 de febrero de 1931.



vergencia. En un sentido extenso y profundo, podrá decirse que todo el obrar de la Iglesia se halla unificado por la Jerarquía. Pero no toda la actividad de los católicos se reduce a la Acción Católica. La unidad de ésta es más determinada. Es una unidad que tiene su fuente en la dirección jurisdiccional precisa por la que el poder jerárquico hace converger toda la actividad de los seglares a la evangelización del mundo moderno. Exige por consiguiente una entrega *colectiva*: los puros contemplativos, vidas como la de un Benito José Labre, no pertenecen a la Acción Católica. Pero si es verdad que la organización le es necesaria, no hay duda de que allí donde no existiera esta organización más que «en signo», no «en verdad», no habría más que un simulacro, una fachada de Acción Católica. Por el hecho de ser un llamamiento a los recursos misioneros de los seglares, la Acción Católica es *universal* en el sentido de que comprende no toda la actividad secolar, pero sí cuanto en la actividad laica puede servir a fines misioneros. Hallándose ordenada a la evangelización de un mundo unificado cada vez más en sus esfuerzos y desastres, se eleva sin más al plano *mundial*: frente a las monstruosas organizaciones de la voluntad de poder, ofrece ella un testimonio mundial de la primacía y de la fecundidad de lo espiritual.

**La Acción cívica católica** (13).—Algunas de las actividades eclesiales y espirituales de los seglares tocan desde lo alto el orden político para defender lo espiritual e iluminar de esa manera lo temporal. Una vez que se precisen para obtener un fin concreto, podrán dar origen a una Acción cívica católica, que, siendo por su misma naturaleza eclesial y transpolítica, no tocará lo temporal más que en nombre de los valores espirituales que se ven comprometidos en ello, y jamás habrá de coincidir con la acción de un partido político. Los «partidos católicos» encierran en sí siempre un equívoco, y todo equívoco acaba por ser desdichado. «La Iglesia y sus representantes todos, en todos los grados de la Jerarquía, no pueden ser un partido político, ni hacer la política de un partido, ya que éste por su misma naturaleza persigue fines particulares; o si busca el bien común, lo hace

---

(13) Véanse más adelante, pp. 319-321.

siempre a través del prisma de su concepción particular» (14). Y decía asimismo el Papa: «Y en realidad, esto lo puede conseguir más fácilmente (la Acción Católica), porque estando desligada de las pasiones de los partidos, aun de los formados por católicos —que lícitamente pueden opinar de diverso modo en cuestiones de libre discusión.....» (15).

**2.º Además de las actividades eclesiales, los seglares han de ejercer como cristianos la mayor parte de las actividades profanas.**—1. Es de suma importancia el distinguir el plano de las actividades eclesiales, incluso cuando tocan lo temporal para defender lo espiritual y proyectar su luz sobre lo temporal, del plano de las actividades que son en sí profanas y temporales.

Sobre los seglares recaerá principalmente la tarea de ejercer cristianamente las actividades profanas y temporales. Estas, aun cuando sean referidas a Dios como a su último fin, tienen como objeto inmediato bienes que no son la vida eterna, sino que se refieren a las cosas del tiempo, la obra de la civilización y de la cultura: vida del pensamiento filosófico y científico, vida de la poesía y de las artes, vida política y social, económica, técnica, etc.

«Si me vuelvo hacia los hombres para hablarles y obrar en medio de ellos», decimos que «en el plano de lo espiritual aparezco ante ellos *en cuanto cristiano* y de esta manera comprometo a la Iglesia de Cristo»; y que «en el plano de lo temporal, yo no obro *en cuanto cristiano*, sino que debo obrar *como cristiano*, comprometiéndome a mí tan sólo, no a la Iglesia, pero a mí por entero, no amputado o desanimado —comprometiéndome a mí que soy cristiano, que me hallo en el mundo y trabajo en el mundo sin ser del mundo, que por razón de mi fe, de mi Bautismo y de mi Confirmación, por más pequeño que sea, tengo la vocación de infundir en el mundo, allí donde me encuentro, una savia cristiana» (16).

(14) Pío XI, *Discurso a la Federación Católica Italiana*, 18 de diciembre de 1927

(15) Pío XI, *Carta «Quae nobis» al Cardenal Bertram*, 13 de noviembre de 1928, Colección de Encíclicas, Publicaciones de la Junta Técnica Nacional de Acción Católica, 5.ª edición, Madrid, 1955, p. 1.070.

(16) J. MARITAIN, *Humanismo integral*, Santiago de Chile, p. 315. Véanse más adelante, pp. 333-337.



Obrar como *cristiano* en lo temporal: comprendamos toda la fuerza de esta expresión: «Prescindir del Cristianismo, dejar de lado a Dios y a su Cristo cuando me ocupo en las cosas del mundo, dividirme a mí mismo en dos partes, una mitad cristiana para las cosas de la vida eterna —y para las cosas del tiempo, una mitad pagana o cristiana disminuida, o cristiana vergonzante, o neutra, es decir, infinitamente débil, o idólatra de la nación o de la raza o del Estado, o de la prosperidad burguesa o de la revolución antiburguesa, o de la ciencia y el arte erigidos en fin último—, semejante desdoblamiento es un caso harto frecuente en la práctica..... Una vez que se da uno cuenta de lo que esto representa en la realidad, una vez que se transporta la fórmula a la luz de la inteligencia, aparece como un absurdo propiamente mortal. En realidad la justicia del Evangelio y la vida de Cristo en nosotros lo quieren todo de nosotros, quieren apoderarse de todo, impregnar cuanto somos y cuanto hacemos, lo mismo en lo profano que en lo sagrado. La acción es algo así como una epifanía del ser. Si la gracia se apodera de nosotros y nos rehace desde el fondo de nuestros seres, lo hace para que toda nuestra acción lo experimente y reciba su luz» (17).

2. En este caso el influjo cristiano no desciende de lo alto a lo temporal sin residir en él, como es el caso de las actividades eclesiales que tocan a lo temporal, bien sea para defender lo espiritual, bien para proyectar su luz sobre lo espiritual, sino que se ejerce en el plano mismo de lo temporal, para levantarlo, para regularlo, para comunicarle una claridad humana que no puede conocer más que en clima cristiano. Piénsese en la manera de hacer la guerra que han tenido por ejemplo una Juana de Arco o un Luis de Francia. He ahí el movimiento que parte de *abajo* por medio del cual ejerce su influjo el Cristianismo en la vida social de los pueblos. «Lo que llamo movimiento que parte de abajo son las germinaciones naturalmente producidas en el interior de la conciencia profana y temporal gracias a la activación del fermento cristiano..... Si la Iglesia no debe comprometerse con ningún ideal temporal, *los creyentes* en cambio, no en cuanto creyentes y en nombre de la Iglesia, sino como miem-

---

(17) *Ibid*, pp 312-313.

bros de la ciudad terrestre, *como ciudadanos*, deben luchar por un ideal temporal, deben comprometerse, por su cuenta y riesgo, en los combates por la justicia social y el progreso de la civilización..... El progreso social que así se realiza supone a la vez ciertas posibilidades técnicas y una más o menos larga maduración moral..... El cristianismo alejó de la conciencia moral la persuasión de la necesidad de la esclavitud, acabando al fin con ella no mediante una ley que la Iglesia hubiera promulgado en materia social-temporal, sino en virtud de un largo desenvolvimiento vital» (18).

3. La competencia de una actividad de orden completamente espiritual tropieza demasiado pronto con sus límites, cuando se trata de una obra que ha de descender hasta las últimas realizaciones contingentes exigidas por el bien común. Existe un juicio *del Catolicismo* sobre las conexiones que mantienen la literatura y el arte con la ética y la capacidad media de los hombres; pero este juicio no basta para decirme qué he de pensar de los libros de Joyce o de los poemas de Rimbaud como obra de arte. Existe asimismo un juicio *del Catolicismo* sobre el deber que todos tenemos de trabajar en favor de la paz internacional y de los principios de la justicia social; pero no basta este juicio para hacerme ver qué he de pensar de la semana de cuarenta horas o del estatuto de la Sociedad de Naciones. A mí me corresponde el juzgar *como católico* (en cuanto sea posible con una manera de pensar católica, más bien que con presupuestos católicos), pero sin pretender en manera alguna hablar en nombre del Catolicismo, ni querer comprometer a los demás católicos en mi camino. Comprendámoslo bien; no es tan sólo el hecho de que no quiere verse la Iglesia enfeudada o comprometida en las cosas temporales, la razón de que haya de hacerse semejante distinción. Es también porque se hallan aquí en juego diferenciaciones vinculadas a la naturaleza de las cosas, diferenciaciones que precisamente explican esta voluntad de la Iglesia. Y en definitiva, porque la honradez y la integridad de la acción —de la acción espiritual sobre su plano espiritual, de la temporal en su plano temporal— sufren por el desconocimiento de estas diferenciaciones» (19).

---

(18) JACQUES MARITAIN, *Razón y razones*. Ed. española, Desclee de Brouwer, 1951; Buenos Aires, pp. 265-267.

(19) JACQUES MARITAIN, *Questions de conscience*, París, 1938, p. 163.



**Los cristianos, como miembros de la «ciudad terrena», han de «convivir con el pueblo».**—Hemos dicho ya antes que a todos los *miembros de la Iglesia*, bien sean clérigos, bien seglares, se les pide que convivan y sufran con el pueblo para hacerle de esta manera participe de la Redención de Cristo: esto por lo que al orden eclesial o espiritual se refiere.

Pero no es eso todo: «En el orden de lo temporal exige a los cristianos, *como a miembros de la ciudad terrestre*, el existir con el pueblo y sufrir con él; y esto respecto de los fines temporales de la historia humana, y trabajar con él por el progreso de ésta. Es cosa clara que para cada cristiano individualmente tomado no existe la obligación de «existir con el pueblo», en el sentido en que entendemos aquí esa expresión; imponer tal obligación equivaldría a embrollar las cosas, confundir lo religioso y lo social, lo espiritual y lo temporal. Pero yo creo que si de manera colectiva y en la mayoría de los casos las agrupaciones temporales de denominación cristiana dejan de existir así con el pueblo, introducirse en el mundo un gravísimo desorden que se paga bien caro» (20).

**El llamamiento de Pío XII a los seglares.**—1. Con ocasión del *segundo Congreso mundial para el apostolado de los seglares*, 5 de octubre de 1957, el Romano Pontífice ha definido lo que es preciso entender por «apostolado de los seglares» en sentido estricto: es «el que carguen los seglares con tareas que fluyen de la misión confiada por Cristo a su Iglesia». En sentido lato, designará «el apostolado de la oración y del ejemplo personal». La actividad de los maestros y maestras, de los médicos e ingenieros católicos, que por su vida y por el ejercicio de su profesión dan el ejemplo de una vida cristiana plenamente desarrollada, «es semejante al mejor apostolado de los seglares».

La colaboración de los seglares con la jerarquía «se traduce en mil formas diversas, desde el sacrificio silencioso ofrecido por la salvación de las almas, hasta la buena palabra y el ejemplo que obliga a la estima incluso por parte de los mismos enemigos de la Iglesia, hasta la cooperación

---

(20) JACQUES MARITAIN, *Razón y razones*. Ed. española, Desclee de Brouwer, 1951, Buenos Aires, p. 217.

en las actividades de la jerarquía que pueden ser comunicadas a los simples fieles» —pero el mandato de la jerarquía no hace sin embargo de esta cooperación un apostolado jerárquico— «e incluso en las audacias que se paga con la vida propia, audacias que sólo Dios conoce y que no entran en estadística alguna: es muy posible que este apostolado laico oculto sea el más precioso y el más fecundo de todos».

Como podemos ver, el apostolado de los seglares es algo que se extiende más que el de la Acción Católica: en efecto, no puede ésta «reivindicar el monopolio del apostolado de los seglares, ya que junto a ella se da el apostolado secolar libre».

2. El concepto de apostolado de los seglares va a ensancharse aún más y extenderse a toda la obra de cristianización de lo temporal. Lo cual supuesto —y para de esta manera volver a las distinciones que hemos hecho antes—, decimos que el apostolado de los seglares comprenderá el conjunto de tareas que los seglares, vivificados por la caridad cristiana, habrán de llevar a cabo, bien sea *en cuanto cristianos* en el plano *espiritual y eclesial*, bien como *cristianos* en el plano *temporal y profano*.

«Santos como el Emperador Enrique II, o un Esteban, creador de la Hungría católica, o un Luis IX de Francia», pueden ser considerados, como lo hacía el Papa, como «apóstoles seglares».

Reconoce el mismo Pío XII «con alegría y agradecimiento el dinamismo extraordinario de las jóvenes generaciones de católicos en las tareas culturales, sociales y políticas» muy en especial por lo que a África se refiere. Anima la cooperación «en los movimientos sindicales de inspiración cristiana», etc.

Y para terminar da dos directivas: «En primer lugar colaborad con los movimientos y organizaciones neutras y no católicas, si y en la medida en que de esta manera servís al bien común y a la causa de Dios. En segundo lugar participad de manera más intensa en las organizaciones internacionales. Esta recomendación se dirige a todos, pero se refiere muy en especial a los técnicos agrícolas» (21).

---

(21) Texto francés en «l'Osservatore Romano», 7-8 octubre 1957.



Pero aparte de la «clerecía» y del «laicado» existen también en la Iglesia otros estados de vida.

#### 4. LOS OTROS ESTADOS DE VIDA CRISTIANA.

Los principales estados de vida estudiados por los teólogos son por una parte el «matrimonio» y el «celibato», y por otra la «vida común» y la «vida perfecta».

**Matrimonio y celibato.**—1. Jesús, hombre particular, no muere ya; la muerte no logrará dominarle, su cuerpo individual es imperecedero. Pero Jesús, hombre perfecto, va acabándose de formar cada día en la Iglesia; su cuerpo es reedificado a lo largo de cada generación, es imperecedero tan sólo por la accesión ininterrumpida de nuevos cristianos. ¿Cómo serán conducidos al Bautismo e incorporados a la Iglesia estos nuevos cristianos? Dos caminos se abren. Es uno de ellos el de las conversiones venidas del exterior, y que jamás dejarán de hacer que aumente el número de los fieles. Es otro el del matrimonio sacramental, cuyo fin primordial se refiere a los niños que es preciso «recibir con amor, alimentar con benignidad y educar con piedad» (22). Así, pues, el matrimonio de los fieles está llamado a proveer, por vía de generación natural, a la perpetuación del Cristo total, hasta que alcance éste la medida de plenitud que ha alcanzado en el día de Pascua el Cristo particular. Se da por consiguiente en el matrimonio, aunque no sea más que por esta razón, una finalidad lo suficientemente estable, lo suficientemente elevada y santa como para reclamar una parte importante de las actividades exteriores del cristiano, y para cambiar en el exterior su estado de vida. Saldrá de un estado de vida en el que era libre, para entrar en un estado en el que se verá ligado.

2. Si consideramos por consiguiente las actividades exteriores que hacen el cuerpo de la Iglesia, veremos a ciertos cristianos que se dedican a las actividades que incluye el matrimonio, y a otros que prefieren permanecer libres. Quedan unos y otros establecidos en dos maneras diferentes

---

(22) S. AGUSTÍN, *De Genesi ad litteram*, lib. IX, cap. VII, n.º 12.

de vivir, en dos estados de vida. Los estados de vida se distinguen según la actitud que toma una persona respecto de una obligación exterior permanente, según acepte o se niegue a perder su libertad.

Al mismo tiempo que corresponden a tareas distintas, los diferentes estados de vida tienen en cuenta las particularidades de cada uno. Así, pues, tenemos plena libertad de escoger nuestro estado de vida. «Existen cosas, escribía Santo Tomás, en las que dispone de tal manera el hombre de sí mismo que podría hacerlas incluso contra un precepto del Papa (precepto que por otra parte, digámoslo, por el hecho de ser manifiestamente injusto, sería inválido), como por ejemplo el guardar la continencia u observar los demás consejos evangélicos» (23).

3. No todos los estados de vida son iguales. Hay algunos que son más perfectos que otros. Podemos clasificarlos según su mayor o menor perfección. Pero todos se hallan ordenados a alguna tarea de utilidad común, todos habrán de justificarse por su manera de servir al bien general de la Iglesia.

Por otra parte, en igualdad de condiciones no es el matrimonio el que mayores bienes trae a la Iglesia. Es más perfecto, más dichoso, es ella misma quien lo declara, el observar el celibato que el vivir en el estado de matrimonio. La Iglesia es en esto un simple eco del Evangelio: «Dijéronle los discípulos: —Si es ésa la condición del hombre, más vale no casarse. Y Jesús les respondió: No todos entienden este lenguaje, sino sólo aquellos a quienes les es concedido..... Se dan eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!» (Mt., XIX, 10-12). O lo que decía San Pablo: «Por lo que a las vírgenes se refiere, no tengo precepto del Señor pero puedo dar consejo, como quien ha obtenido del Señor la misericordia de ser fiel. Creo, pues, que por razón de la instantánea necesidad, tal es el estado que conviene: sí, eso es lo que a cada uno conviene» (I Cor., VII, 25-26).

La pureza del celibato es en cierto sentido la pureza del cuerpo *desechado* por el espíritu, la *absorción* de las exigencias del instinto por las del Espíritu, ya que la virginidad hace

---

(23) IV Sent., dist. 38, qu. I, a. 4, quaest. I.



al cuerpo semejante al alma, y al alma semejante a Dios. Una vez que termine el número de los elegidos, cesará la ley genérica de la reproducción y la ley del espíritu manifestará todo su poder en la carne de los hombres: «Cuando resuciten de entre los muertos, ni se casarán ni serán dados en matrimonio, sino que serán como los ángeles de Dios» (Mc., XII, 25). La pureza de los casados es la pureza del cuerpo *regido* por el espíritu, la *regulación* de las exigencias del instinto por las del espíritu.

4. Cuando quería poner Joviniano el matrimonio a la altura de la virginidad, y pretendía que no se podía exaltar a ésta sin envilecer el matrimonio, fué el mismo San Agustín quien recogió el desafío (24) y estableció sobre este punto la elevada doctrina tradicional que había de hacer suya Santo Tomás. El hombre que entra en el estado del Matrimonio, dicen estos santos doctores, acepta la *tribulatio carnis* de que habla el Apóstol, es decir, el meterse en las preocupaciones externas. Y sin embargo es buena la elección que ha hecho este hombre; nada de desordenado hay en ella; su razón no cede, sigue la ley no de la materia, sino del Espíritu, con tal que acepte los vínculos del matrimonio para los fines espirituales tan puros que le muestra la razón iluminada por la fe, y hacia los cuales será elevado por la virtud divina del sacramento del matrimonio.

La teología, desde los tiempos de San Agustín, ha llamado a estos fines espirituales los bienes del matrimonio. El primero de todos lo constituye el hijo, del cual depende, por una parte, el acrecentamiento en este mundo del Cuerpo de Cristo, y más tarde el aumento del número de los elegidos. El segundo es el complemento mutuo de que hace don a los esposos la vida común sobrenaturalizada. El tercer bien lo constituye finalmente la significación real, concreta, visible, por un estado de vida, de la unión inseparable de Cristo con su Iglesia; y de manera más íntima aún, la significación, por la sociedad visible de los esposos, de este maravilloso amor en el que se desconoce el egoísmo, en el que hace ley el sacrificio.

Finalmente dicen estos doctores, cuya doctrina no hace-

---

(24) *De bono conjugali*, contra Joviniano; *De nuptiis et concupiscentia*, contra los Pelagianos; y los correspondientes pasajes de las *Retraclaciones*.

mos más que resumir, el matrimonio se ha convertido asimismo en un remedio de esa concupiscencia que ha desencadenado la caída original, en primer lugar en el sentido de que el *acto* al que inclina la concupiscencia puede ser realizado, en sólo el matrimonio, sin pecado; en este otro sentido además, sentido más elevado indudablemente, de que la gracia divina conferida en el matrimonio tiende constantemente a ahogar las *raíces* mismas del egoísmo y de la concupiscencia, lo cual no impide que si la gracia sacramental ofrece en el matrimonio un seguro contra las fiebres de la concupiscencia, la abstinencia del Matrimonio por el Reino, unida a la práctica de las obras espirituales y de la mortificación de la carne, los cura de una manera aún más radical y eficaz.

**Vida «común» y vida «perfecta».**—1. Los diferentes estados de vida tienen como fin el servir al bien común de la Iglesia, que es la vida espiritual. El matrimonio, por la manera de que hace uso de ellas, espiritualiza las inclinaciones sensibles depositadas en la naturaleza humana para la propagación de ésta; el celibato las reprime para hacer más libre el espíritu. La obligación que constituye el estado de matrimonio ha nacido de un compromiso de ejercitar santamente actividades que, sin ser las más elevadas, son sin embargo plenamente legítimas; la libertad que constituye el estado del celibato nace del deseo de renunciar a esas actividades en provecho de otras que son espirituales.

2. Ahora bien, no sólo respecto de estas actividades precisas puede comprobarse semejante diferencia de actitud. De manera más general, es esto posible también a propósito de las principales actividades exteriores de los cristianos, de estos cristianos que buscan, unos, en la medida en que son legítimas y se hallan sometidas a la ley del espíritu estas cosas, la posesión de los bienes materiales, la realización de la obra de la carne, el poder usar de su propia independencia; y viéndose otros llevados a renunciar a todo, hasta verse ligados por voto, bajo la inspiración del amor, a la pobreza, a la continencia, a la obediencia.

Nos encontramos, pues, de esta manera con nuevos estados de vida, con el estado de vida *común* y el estado de vida perfecta. Es éste algo más que el mero estado de celibato. Supone que la actitud de renuncia se extenderá no tan sólo a la obra de la carne, sino incluso a la posesión de los bienes



materiales y a la libre disposición de la vida exterior. Supone por otra parte que esta actitud de renuncia quedará como sellada y confirmada exteriormente por un voto. De manera que la ley que rige el estado de vida perfecta, es la ley del servicio religioso, de este servicio que nos libera de muchas cosas, *servire Deo regnare est*.

3. Y con esto tocamos un punto esencial: la actitud del cristianismo frente a este mundo. Aquí, lo mismo que en otras partes, es de suma importancia el mantener la verdad católica por encima de las diversas formas, sumamente sutiles y disimuladas no pocas veces, del error. No poca luz arrojará sobre este problema el comparar entre sí la «ley de la creación» y la «ley de la redención».

La «ley de la creación» es una *ley de conquista y de dominio del mundo, por el ejercicio íntegro de todas las actividades humanas, lo mismo superiores que inferiores, mantenidas de manera infalible en la rectitud gracias a la unción maravillosa de la gracia original* (25). Tal era la ley de la inocencia, la era de la posesión pacífica de los reinos de la tierra por el rey de este mundo (*Gen.*, I, 26-28).

Estos tiempos han pasado. Las relaciones recíprocas del hombre y del universo se verán regidas en adelante por una nueva ley, por una ley en la que aparecerán choques y desproporciones.

Verdad es que la más elevada razón de semejante vicisitud la constituye el hecho de que no ha dejado Dios que tuviera lugar la catástrofe de la era de la inocencia más que para instaurar una era más ardiente y más divina, donde la eficacia de una gracia amasada con sangre y lágrimas llevaría a los hombres tan cerca de Dios que pudieran llegar a ser semejantes a la imagen de su Unigénito muy amado. Lo cual no impide que, si bien es verdad que la humanidad redimida es empujada hacia Dios por un nuevo impulso, sin embargo el universo ha dejado de constituir para Dios una morada pacífica. Se ha convertido en un lugar de destierro. Constituye al mismo tiempo un lugar de formidables tentaciones, de dolorosas batallas, de amargos pecados: para decirlo todo con una palabra, se ha convertido en un valle de lágrimas. Ya que, en efecto, aun cuando afirmemos que

---

(25) Véanse anteriormente, pp. 26-28.

la gracia redentora es más rica y más intensa que la gracia original, es preciso que comprobemos sin embargo que no trae consigo dicha gracia esa unción maravillosa que pacificaba las pasiones y el cuerpo del primer hombre. Son seres divididos consigo mismos, en los que el cuerpo lucha contra el alma, las pasiones contra la razón, la fascinación de lo visible contra el llamamiento de lo invisible; seres lastimados por el primer pecado, a los que la gracia quiere arrastrar hacia Dios. Se acabó Adán, se acabó el jardín del Edén. Ya no hay más que hombres salvados en esperanza, que son portadores, en la prueba, de las primicias del Espíritu, mientras esperan el tiempo de la gloria; no hay más que este mundo, imperfectamente, dolorosamente, peligrosamente habitable, que se halla como en el alumbramiento de una nueva tierra y de unos nuevos cielos en los que se podrá finalmente moral (*Rom.*, VIII, 19-25).

A la ley de la creación sucede la «ley de la redención»; es la *gestión difícil de un país de destierro, por el ejercicio, no íntegro pero ordenado, controlado, purificado, de actividades humanas que se hallan sin cesar en pugna las unas con las otras.*

Es una ley de lucha y de renuncia, ya que sin ésta se ha hecho imposible el no verse sometido uno a la tiranía de las cosas inferiores. Esta es para todos los hombres la ley suprema de la vida cristiana. Ahora bien, hay dos maneras de vivir de la misma manera que hay dos modos de llegar a la cumbre, siguiendo el sendero o por atajos.

4. Normalmente la gracia se contentará con *dirigir*, elevándolas y purificándolas, las actividades del hombre que se refieren a los bienes temporales. Podríamos llamar semejante régimen, *el régimen de la utilización por parte de los cristianos, del universo, en la manera más extensa posible.* Harán uso del matrimonio, serán propietarios, dispondrán libremente de sí mismos. Tratarán incluso, pero ya esta vez a la sombra de la cruz, de llenar la tierra, de someterla, de extender sobre ella el dominio de la razón: ya que a fin de cuentas, aun cuando se vea cambiado en sus condiciones de realización, no ha sido tocado substancialmente el primer precepto del Génesis. Se entregarán a la obra cultural, irán tejiendo la trama de la historia humana. Tarea ésta que sigue siendo providencial. Se verán a menudo en la precisión de emplear medios legítimos, normales, pero pesados, cargados de ma-



teria. «Estos medios son los medios normales del mundo; el espíritu se apodera de ellos, los hace suyos como raptándolos, pero seguirán sin pertenecerle; a decir verdad, por el hecho del pecado de Adán, son más bien patrimonio del príncipe de este mundo. Deber nuestro será el arrancarle dichos medios, por la virtud de la sangre de Cristo. Sería algo totalmente absurdo el tratar de despreciarlos o rechazarlos; son algo necesario, ya que forman parte de la condición natural de la vida humana. La religión se ve precisada a aceptar su ayuda. Pero es menester, para la salvación del mundo, que se salvaguarde la jerarquía de los medios, y sus justas proporciones relativas». (26) Cuando la sabiduría cristiana utiliza estos medios temporales ricos, se hace con la simpatía de un mayor número de hombres; por eso pudiera llamarse a este régimen de la mayor utilización del universo, el régimen de la «vía común».

5. Ahora bien, sucede que al sobreelevar las actividades del hombre, la gracia cristiana las *absorbe* en cierto sentido, las aprovecha y hace suyas. Y de esta actividad se deriva el *régimen de la menor utilización posible del universo por parte de los cristianos*. Entonces los cristianos se ocuparán de manera más lejana del progreso de la obra cultural y del éxito de la historia humana. Trabajarán más directamente en el advenimiento del reino de Dios, en la expansión del Cuerpo de Cristo. Podrán escoger el renunciar al matrimonio, a la propiedad, a la libre disposición de sí mismos. Utilizarán preferentemente los medios puramente espirituales, y los medios temporales pobres: «En ellos reside la cruz. Cuanto más ligeros se vean de materia, cuanto más desnudos y menos visibles, más eficaz será su actuación. En efecto, no son más que puros medios de la virtud del espíritu. Son sus medios los propios de la sabiduría, ya que la sabiduría no es muda, sino que grita en las plazas públicas; es propio de la sabiduría el gritar de esta manera, y por eso requiere medios para hacerse oír. El error consiste en pensar que los mejores medios de que puede disponer, son los más poderosos, los más voluminosos. Lo puramente espiritual es una actividad inmanente; es la contemplación cuya eficacia propia, eficacia para mover el corazón de Dios, no tiene por qué

---

(26) JACQUES MARITAIN, *Religion et culture*, París, 1930, p. 73.

mover un sólo átomo en este mundo. Cuanto más se acerca uno a lo puramente espiritual, más se van afinando los medios temporales empleados en su servicio. Y ésta es la condición necesaria para que sean eficaces. Demasiado vaporosos para poder ser detenidos por obstáculo alguno, llegan allí donde no pueden llegar las más poderosas formaciones. *Propter suam munditiam*. Debido a su pureza, pueden atravesar el mundo de uno a otro confin. Al no hallarse ordenados para tener un éxito tangible, al no llevar en su esencia exigencia alguna interna de éxito temporal, participan, por lo que se refiere a los efectos espirituales que ha de conseguir, de la eficacia del espíritu» (27). Es aquí, en el empleo de medios temporales pobres, donde más claramente aparece la locura de la cruz; por eso el régimen de la menor utilización del mundo puede ser considerado como régimen de la «vía perfecta».

Lo mismo uno que otro régimen representan dos formas exteriores de la auténtica vida cristiana, dos caminos visibles que nos conducen al mismo fin, es decir, a la perfección de la caridad que es amor de Dios por Dios, y amor de todas las cosas asimismo por Dios. Porque en efecto no hay más que una santidad.

6. La «vía común» que encierra el uso cristiano controlado por la cruz de las cosas humanas, está más adaptado al conjunto de los fieles. Es menester no exigir de ellos más de lo que les es posible, no vaya a ser que les tienta Satanás (*I Cor.*, VII, 5). Por regla normal no es vocación suya el renunciar a los bienes temporales. Consiste esa vocación más bien en usar de dichos bienes, sin por ello perder los bienes eternos, «en usar de dichos bienes como si no se usaran, ya que la figura de este mundo pasa» (*I Cor.*, VII, 31). Esta vocación es realizable: jamás pide Dios algo imposible. Es una vocación, además, sumamente elevada. Si pudiera hacérsele alguna crítica, sería más bien la de que es demasiado sublime para el conjunto de los hombres. Pero ¿no tiene por ventura el Cristianismo como tarea el elevar sin cesar a la humanidad por encima de sí misma?

Y es aquí donde aparece la necesidad social, en el interior de la Iglesia, del papel de la «vía perfecta». ¿Cómo podrían elevarse los fieles en su conjunto hasta el uso cristiano de

---

(27) JACQUES MARITAIN, *Religion et culture*, pp. 74-75.



los bienes exteriores, del matrimonio, de la libertad, si no brotaran constantemente de entre ellos cristianos que, para afirmar la primacía de los bienes espirituales con un brillo inusitado, escogiesen el renunciar de la manera más completa a estos bienes? Sólo el amor que renuncia a todo podrá sostener en la Iglesia al amor que hace de todas las cosas un instrumento. Y por lo que se refiere a quienes habiéndose adentrado por el camino más ancho del uso legítimo de los bienes terrenos, del matrimonio y de la libertad, se ven de pronto detenidos en su impulso y arrojados por los infortunios a la cuneta de la vida, ¿no podrán comprender, si levantan sus ojos para contemplar los maravillosos ejemplos de renuncia que ha hecho brillar en torno a ellos y en toda época la Iglesia, que Dios, que parecía querer triturarlos con su Poder o abandonarlos a los golpes de la fortuna, no hace en realidad más que llamarlos en su Amor a una vocación más santa y sublime que la que hubieran podido ellos siquiera soñar?

7. El «estado canónico de perfección» o «estado religioso» exige los tres votos de pobreza, castidad y obediencia. En dicho estado quedan comprendidas las órdenes religiosas (votos públicos solemnes) y las congregaciones religiosas (votos públicos simples). Suele añadirse las sociedades de votos privados que observan una vida común y los institutos seculares que se entregan a la búsqueda de la perfección cristiana y a la práctica de los tres consejos evangélicos no saliendo del mundo, sino permaneciendo en medio del mundo, «sin la ayuda externa del hábito religioso y de la vida de comunidad».

Este estado reúne en sí clérigos y laicos. No hay duda de que en las actividades que, según Pío XII, dependen de los seglares, será menester que los religiosos legos hagan una elección: se consagrarán de manera muy especial a las actividades eclesiales y espirituales; por lo que a las actividades profanas y temporales se refiere, no tomarán más que lo que les sea preciso para llevar a dichas actividades la luz de la vida evangélica.

##### 5. OTRAS DIFERENCIACIONES QUE SE REFIEREN A LOS ESTADOS DE LA VIDA CRISTIANA.

1. Junto a la permanencia de los estados de vida, puede distinguirse en la Iglesia la permanencia moralmente conti-

nua de ciertas actividades exteriores, de ciertas tareas, de ciertos sacrificios, como el de confesar la fe, el de sufrir o morir por ella. Estas manifestaciones de la vida de la Iglesia, manifestaciones fugitivas cuando se las considera en su singularidad, pero duraderas por la constancia de su aparición, habrán de ser llamadas, por oposición a los *estados* de la vida cristiana, las *condiciones* de la vida cristiana.

De esta manera podrán ser reproducidos en el Cristo total que es la Iglesia los diversos momentos de la vida temporal de Cristo. Almas aisladas, aunque numerosas (e incluso órdenes religiosas enteras), tomarán como tarea propia el imitar tan fielmente como les sea posible, el prolongar en cierto sentido en el espacio y en el tiempo esta o aquella acción o actitud del Salvador: el silencio, la humildad, la contemplación de su vida oculta, su ayuno de cuarenta días en el desierto, sus vigili-  
lias y largas oraciones durante la noche, sus predicaciones a las turbas, sus bondades para con los enfermos, sus sufrimientos expiatorios e incluso su martirio en la cruz.

Así la vida de la Iglesia, fuertemente unificada por el Espíritu de Dios, queda fuertemente diferenciada en sus funciones: «Si no fuera más que un único el todo, qué sería del cuerpo.....» (cfr. *I Cor.*, XII, 19-30).

2. De la misma manera que en el cuerpo humano los diferentes miembros manifiestan y conservan la vida del todo, así en el cuerpo de la Iglesia las diferenciaciones exteriores, estados de vida o condiciones de vida son manifestaciones, servidores, siempre insuficientes de un amor inmenso y misterioso. Todo cristiano es capaz de comprender esto. Pero los santos lo ven. ¿Es posible hallar una inteligencia más elevada de la revelación de San Pablo sobre el cuerpo de la Iglesia que en estas líneas de Santa Teresa de Lisieux?: «Yo quisiera iluminar a las almas como los Profetas, como los Doctores; yo tengo vocación de Apóstol..... Quisiera ser misionera no sólo durante algunos años, sino que quisiera haberlo sido desde el comienzo del mundo, y continuar siéndolo hasta el fin de los siglos..... En la oración, cierta vez que me hacían sufrir mis deseos un verdadero martirio, abrí las Epístolas de San Pablo, para tratar de hallar en ellas alguna respuesta. Cayeron bajo mis ojos los capítulos XII y XIII de la Primera Epístola a los Corintios. Leí en dichos capítulos que no todos pueden ser apóstoles, profetas, doctores, etc., que la Iglesia se halla compuesta de diferentes miembros, y que el ojo no podría ser la



mano al mismo tiempo. La respuesta era terminante, y sin embargo no acababa de llenar mis deseos, no me daba la paz..... Sin descorazonarme, seguí la lectura, y encontré esta frase en la que hallé mi consuelo: *Buscad con ardor dones más perfectos; pero voy a mostraros asimismo un camino más excelente.* Y el Apóstol explica cómo todos los dones más perfectos nada son sin el *Amor*, cómo la Caridad es el Camino excelente que conduce de la manera más segura a Dios. Por fin, ¡ya había encontrado mi descanso!: la Caridad me dio la Llave de mi *vocación*. Entonces pude comprender que si tenía la Iglesia un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no podía faltarle el más noble, el más necesario de todos; comprendí que la Iglesia tenía un *corazón*, y que ese corazón ardía de Amor; comprendí que sólo el Amor hacía obrar a los miembros de la Iglesia; que si llegara a apagarse este Amor, no anunciarían ya los Apóstoles el Evangelio, ni derramarían su sangre los Mártires. Comprendí que en el Amor se hallaban encerradas todas las vocaciones, que el Amor lo era todo, que abrazaba todos los tiempos y todos los lugares; en una palabra, que es Eterno» (28).

#### IV. LA CIUDAD DE DIOS Y EL MUNDO

##### 1. LA CIUDAD DE DIOS Y LAS CIUDADES DEL MUNDO.

**El plano de lo espiritual y el de lo temporal.**—1. Importa en primer lugar distinguir netamente el plano espiritual en el que se sitúa la Iglesia, reino que no es de este mundo, y el plano temporal en el que se mueven las civilizaciones, las culturas, los reinos de este mundo. Por muy influido que se le suponga por lo espiritual, lo temporal es en sí algo distinto.

«En un primer plano de actividad, que es el plano de lo espiritual en el sentido más típico de la expresión, obramos como miembros del Cuerpo místico de Cristo. Bien sea en el orden de la actividad litúrgica y sacramental, bien en el de la adquisición de las virtudes o de la contemplación, bien en el del apostolado o de las obras de misericordia, nuestra actividad *tiene como objeto determinante la vida eterna*, Dios y las

---

(28) *Manuscritos autobiográficos* (Burgos), pp. 243-245, B., 12-14.

cosas de Dios, la obra redentora de Cristo a la que hemos de servir en nosotros mismos y en los demás. Es el plano en el que se mueve la Iglesia.

»En segundo plano de actividad, que es el plano de lo temporal, obramos como miembros de la ciudad terrena, como ocupados en los asuntos de la vida terrena de la humanidad. Bien sea de orden intelectual o moral, científico o artístico, social o político, nuestra actividad, aun hallándose dirigida, en el caso de ser recta, a Dios como a su último fin, *tiene de por sí como objeto determinante bienes que no son la vida eterna, bienes que se refieren de manera general a las cosas del tiempo*, a la obra de la civilización o de la cultura. Es el plano del mundo» (29).

2. Así, pues, ora funcionan los recursos y energías humanas como elevadas a un plano superior bajo la moción de la fuerza sobrenatural que emana de la gracia y de la jerarquía, como un *instrumento* en manos del artista; en este caso se superan a sí mismas, reciben en cierto sentido alas para volar, introducen al hombre en la vida divina, tienen como objeto inmediato los fines del reino de Dios, constituyen el substrato de que está hecha la Iglesia y el Cristianismo. Ora, por el contrario, bajo la moción de las fuerzas sobrenaturales de la gracia y de la jerarquía, funcionan los recursos y energías humanas según su propio plan, según su propio estilo, a manera de *causas segundas*, como una planta bajo la lluvia y el sol; entonces son ayudadas e iluminadas para llevar a cabo tareas humanas, reciben en cierto sentido alas para correr, tienen como objeto inmediato las cosas del tiempo, constituyen el substrato de que están hechas las culturas y las civilizaciones, en la medida, parcial siempre, en que son éstas cristianas.

La distinción que acabamos de establecer desde el punto de vista de la causalidad *eficiente* puede hacerse también desde el punto de vista de la causalidad final. No hay duda de que todas las actividades y obras del cristiano han de ser ordenadas al fin de la felicidad eterna. Pero o bien es *directa e inmediata* esta ordenación, y nos encontramos de esta manera en el terreno espiritual de las cosas que pertenecen tan sólo a Dios, de las cosas que constituyen la Iglesia, reino,

---

(29) JACQUES MARITAIN, *Humanismo integral*, 1947, pp. 312-313.



que se halla en este mundo sin ser de este mundo. O es *indirecta y mediata* esta ordenación; es menester dar directa e inmediatamente a César lo que es del César, pero a fin de cuentas se da al César por Dios; y nos vemos de esta manera en el terreno de las cosas temporales y culturales. Son cosas que tienen un valor en sí mismas, no son meros *medios*; son *verdaderos fines*, pero *fines intermediarios, infravalentes*.

**Estos dos planos son distintos, pero no se hallan separados.**—León XIII ha recordado la dualidad del reino de Dios y de los reinos de este mundo, de la Iglesia y de la ciudad; la especificidad de sus fines y de sus actividades; la imposibilidad de reemplazar al uno por el otro; de absorber al uno en el otro: «Dios ha dividido el poder y el cuidado de dirigir el género humano entre dos poderes, eclesiástico uno, civil el otro; puesto al frente de las cosas divinas uno; al frente de las cosas humanas el otro. Cada uno de estos dos poderes es supremo en su orden; cada uno de ellos se halla contenido en los límites precisos que le han sido trazados por su misma naturaleza y su fin inmediato; de esta manera queda circunscrito un campo en el que ejerce cada uno su acción con pleno derecho» (30).

«Sin duda alguna, lo mismo la Iglesia que la ciudad tienen cada una su supremacía, *principatum*; por ello, en la gestión de sus propios asuntos, ninguna de ellas se halla sometida a la otra, dentro, se entiende, de los límites que le han sido trazados por sus fines inmediatos. De lo cual no se sigue en manera alguna que se hallen desunidas, y menos aún que sean enemigas» (31).

«Es menester que entre ambos poderes medie un vínculo que los ordene..... Sólo considerando la naturaleza de cada uno de estos dos poderes, teniendo en cuenta la excelencia y la nobleza de sus fines, podemos hacernos una idea de la calidad y de la extensión de este vínculo: dándonos cuenta de que uno de dichos poderes tiene como fin próximo y principal el ocuparse de los intereses perecederos; el otro, el de procurar los bienes celestes y eternos» (32).

---

(30) Encíclica *Inmortale Dei*, 1 noviembre 1885.

(31) Encíclica *Sapientiae christianae*, 10 enero 1890.

(32) Encíclica *Inmortale Dei*.

### **Subordinación general de lo temporal a lo espiritual.—**

Nos encontramos por consiguiente con dos planos diferentes, con dos objetos diferentes, con dos bienes comunes diferentes, de los que es espiritual uno y temporal el otro. Son diferentes, pero de por sí, uno de ellos se halla subordinado al otro. *El bien común de la civilización exige de por sí el ser referido al bien común de la vida eterna que es el mismo Dios.*

«Tanto en uno como en otro plano, no llevaré a cabo a la perfección mi trabajo más que usando respecto del objeto que busco la competencia y las armas deseadas; *pero incluso allí donde trabajo como miembro de una ciudad diferente de la Iglesia de Cristo, es preciso que penetren desde dentro toda mi actividad la verdad y la vida cristiana*, que sean el alma vivificadora y directora de todo el material de conocimientos y de medios de realización que pondré yo por obra: bien sea que el objeto en el que me ocupo, como por ejemplo plantar una viña o levantar un edificio, dependa de una técnica independiente en sí misma de la fe cristiana, bien que en sí misma, y por muy grande que pueda ser la parte de la técnica incorporada por ella, sea esencialmente de orden *ético*, como pueden serlo las cosas del terreno social y político, y dependa por consiguiente intrínsecamente de principios superiores que señalarán desde lo alto la fe cristiana y la sabiduría cristiana» (33).

### **Obrar «en cuanto cristianos» y obrar «como cristianos».—**

Así, pues, el Cristianismo, el Evangelio, pide hallarse presente en los dos planos de actividades: en el plano eclesial y espiritual, y en el plano temporal y profano, pero sin destruir en manera alguna la especificidad de cada uno de ellos. Esto es lo que se expresa cuando se dice que el cristiano ha de obrar por una parte en cuanto cristiano, y como cristiano por otra.

«Si me vuelvo a los hombres para hablarles y obrar en medio de ellos, decimos que sobre el primer plano de actividad, sobre el plano de lo espiritual, aparezco ante ellos *en cuanto cristiano*, y por consiguiente comprometo a la Iglesia de Cristo; y que en el segundo plano de actividad, en el plano de lo temporal, no obro *en cuanto cristiano*, pero he de obrar *como cristiano*, no comprometiéndome más que a

---

(33) JACQUES MARITAIN, *Humanismo integral*, p. 315.



mí mismo, no a la Iglesia; pero por lo que a mí se refiere, comprometiéndome totalmente, sin amputación ni desánimo de ningún género, comprometiéndome a mí mismo que soy cristiano, que me hallo en el mundo y trabajo en el mundo sin ser del mundo; que por mi fe, mi bautismo y mi confirmación, por más pequeño que pueda yo ser, tengo por vocación la de infundir en el mundo, doquiera me halle, la savia del Cristianismo» (34).

Cuando obro como miembro de la Acción Católica se me exige que obre *en cuanto católico*; cuando como agricultor, técnico, jurista, poeta o político, se me pide que obre *como católico*.

### **Intervenciones directas de lo espiritual en lo temporal.—**

Una vez que hemos definido netamente lo espiritual y lo temporal, es posible determinar las intervenciones directas, las incidencias de lo espiritual en lo temporal, principalmente por lo que a la política se refiere. Estas intervenciones tienen lugar por un doble título: por iluminación de lo temporal y por defensa de lo espiritual.

1.º «Por el hecho de que el orden espiritual es superior al temporal y en unión vital íntima con él, se da en lo temporal, respecto del mismo temporal, una zona de verdades reveladas de las que posee la Iglesia el depósito, verdades reveladas que dirigen desde lo alto el pensamiento y las actividades temporales del cristiano; así han elaborado las encíclicas de un León XIII y de un Pío XI los principios de una *sabiduría* cristiana, política, social, económica, de una sabiduría que no desciende hasta las determinaciones particulares de lo concreto, pero que constituye algo así como un firmamento teológico para las doctrinas y actividades más particulares adentradas en las contingencias de lo temporal» (35). La *materia* que es preciso iluminar es la de los reinos de este mundo; pero el *rayo* que cae del Magisterio sobre esta materia, para iluminarla, para purificarla y salvaguardarla, depende directamente del reino que no es de este mundo.

A este fin de iluminar lo temporal se dirigen las nume-

---

(34) JACQUES MARITAIN, *ibid.* Véase anteriormente, p. 300.

(35) *Humanismo integral*, p. 317.

rosas instrucciones pastorales que tienen como objeto dar luz a la conciencia moral de los ciudadanos católicos sobre sus deberes públicos (salvaguarda de las libertades religiosas, mantenimiento de las estructuras familiares, mantenimiento de la paz civil e internacional, establecimiento de la justicia social, respeto a los derechos de la persona humana, desaprobación de los métodos violentos, etc.), dejándoles por otra parte la responsabilidad de la última decisión que tomen. Está claro que cuanto más perfecta sea la educación ético-política de una población, cuanto más capaces sean los ciudadanos católicos de un país de obrar como personas políticamente maduras, más habrá de concentrar también la autoridad religiosa su esfuerzo sobre su tarea esencial que es la de conducir a las almas a la vida eterna, y la de ayudarles a que prosigan la obra de la Encarnación redentora.

2.º El otro caso de incidencia de lo espiritual en lo temporal se refiere a la defensa de lo espiritual.

a) Existe una zona de problemas que *de por sí y en sí mismos son mixtos*, como por ejemplo el matrimonio, la educación, la escuela, etc. Bajo un punto de vista, todos estos problemas dependen directamente de la Iglesia; bajo otro punto de vista dependen directamente del Estado. El cristiano, miembro del cuerpo de Cristo, «ha de considerar estos problemas, ante todo y en primer lugar, no en cuanto que interesan el bien de la ciudad terrena y el orden temporal (orden que por otra parte sufre detrimento si son violados los bienes superiores), sino en cuanto interesan los bienes supratemporales de la persona humana y el bien común de la Iglesia de Cristo» (36).

b) Existen problemas que aun siendo ordinariamente y en sí temporales, sin embargo *de una manera excepcional y en virtud de las circunstancias reales*, se refieren directa e inmediatamente al bien común de la Iglesia. El cristiano habrá de considerarlos en primer lugar y ante todo bajo este aspecto. Excepcionalmente se hacen espirituales. Los ciudadanos católicos tratarán de resolver estos problemas en nombre de la Iglesia, como instrumentos que son de ella. Así, pues, cada vez que choque la política con el altar, por ejemplo por la promulgación de leyes que limitan ilegítimamente las liber-

---

(36) *Ibid.*, p. 317.



tades de la Iglesia, ésta podrá tomar sobre sí la iniciativa del acto político. Este proceder dependerá de lo que se ha dado en llamar «la acción cívica para la defensa de los valores propios de la ciudad de Dios metidos en lo temporal» (37), acción «por la cual el cristiano interviene en las cosas políticas *para defender en ellas los intereses religiosos* y en la estricta medida exigida por esta defensa, lo que no equivale en manera alguna a *trabajar en una labor política* dirigida por una determinada concepción del bien común que es menester procurar» (38).

**El cristianismo y las cristiandades.**—Por oposición al *Cristianismo*, es decir, al reino que no es de este mundo, pueden llamarse *cristiandades* a las civilizaciones, a los conjuntos culturales que acogen de una manera no hipócrita sino real, pero siempre en una medida totalmente imperfecta sin duda alguna el influjo de vida que ejerce sobre ellas el Cristianismo, lo mismo por su doctrina que por su espíritu de amor. Se dirá que el Cristianismo permanece mientras mueren las cristiandades. Las cristiandades pasan bajo el Cristianismo como las nubes bajo el sol. Podemos distinguir dos clases de cristiandades: la cristiandad medieval y la cristiandad nueva, en favor de cuyo advenimiento se nos pide que trabajemos.

 **La cristiandad medieval.**—1. Comienza en el momento en que el Cristianismo está a punto de hacerse con toda Europa. Les nace entonces a los cristianos la idea de que es preciso que se agrupen políticamente, es decir, que funden una ciudad constitucionalmente formada por cristianos, de manera que entre como parte integrante en la definición de ciudadano la calidad de cristiano católico.

2. Los Judíos no convertidos y los paganos son por el mismo hecho extranjeros, lo que no quiere en manera alguna decir enemigos. En cuanto a las herejías del Medioevo, se convierten, no en cuanto *herejías* o faltas *espirituales* que destruyen la fe que antes se ha admitido libremente, sino en cuanto herejías *medievales*, es decir, en cuanto faltas *tem-*

---

(37) *Ibíd.*, p. 320.

(38) *Ibíd.*, p. 318. Véase antes, p. 299.

*porales* que destruyen el estatuto constitucional, en crímenes de derecho común.

3. La ciudad medieval se presenta a nuestros ojos como una amalgama de lo espiritual y de lo temporal que no es exigida en manera alguna por la naturaleza de las cosas. La naturaleza de las cosas exige la distinción de lo espiritual y de lo temporal y la subordinación de éste a aquél, no su aglutinación como elementos constitutivos de la noción de ciudadano. Será de desear por consiguiente el concebir otro tipo de sociedad cristiana; pero la solución medieval era sugerida entonces por las circunstancias históricas.

4. Incluso en el Medioevo, el Cristianismo que es espiritual aparece como algo distinto de la cristiandad que es temporal; la Iglesia sigue siendo algo distinto del Estado. El Papa se halla a la cabeza del Cristianismo; por añadidura, y para asegurar su independencia espiritual, es príncipe de los Estados de la Iglesia. El Emperador se hallaba teóricamente a la cabeza de la Cristiandad. Pero los fallos de los emperadores cristianos van a mover a los Papas a unir a su poder espiritual, por una necesidad de bien público evidente, imperiosa —y a pesar de determinados peligros que va a traer consigo semejante alianza—, un cierto poder temporal de regir por suplencia a la cristiandad: y esto muy en especial en el momento en que comienza a hacerse amenazador el poderío musulmán.

5. Las cruzadas no son misiones armadas. En su esencia no aparecen como luchas del Cristianismo contra el Islam, ya que el Cristianismo no trata de aniquilar sino de convertir; aparecen más bien como luchas de la cristiandad temporal contra el Islam, como luchas en las que la cristiandad —movilizada por el Papa en cuanto tutor de la Cristiandad, y animada por el Papa, en cuanto Vicario de Cristo— defendía por medios temporales su bien temporal. La cruz que se enfrentaba con la Media Luna no es la Cruz que salva Oriente y Occidente; era más bien una Cruz «temporalizada», como puede serlo la cruz de la bandera suiza.

6. San Luis ha espiritualizado la idea de Cruzada. San Francisco por su parte ha hecho algo más grande aún: ha resucitado la idea de misión. Celano nos refiere esta frase suya: «La obediencia suprema, es decir, la obediencia en la que nada tienen que ver la carne y la sangre, es aquella que, bajo la inspiración divina, determina a un hermano a diri-



girse a país de infieles, bien sea para salvar sus almas, bien para padecer martirio». Con San Francisco brotará toda una nube de misioneros, como Juan de Montecorvino, Odorico de Pordenone, Plan-Carpino y una serie de mártires.

7. La cristiandad medieval era un ensayo, bien inadecuado por cierto, de política cristiana para fundar una ciudad temporal, constitucionalmente compuesta de sólo cristianos. Ha desaparecido con sus esplendores, que se fundamentaban en los pueblos tocados por la luz del Evangelio, y con sus taras que eran patrimonio de sus miserias. No tratemos de sacarla de la tumba. Hoy esperamos una nueva cristiandad, una aplicación diferente a una situación histórica también diferente de los eternos principios evangélicos referentes a lo temporal. No hemos de volver a copiar, sino más bien hemos de volver a inventar.

**Una cristiandad nueva.**—1. Tomará en consideración un doble hecho histórico: *a)* el hecho (harto triste por cierto) de la división religiosa y de la diversidad de creencias en el seno de las sociedades políticas, que como tales tienen como fin el bien común temporal de todos; *b)* el hecho (venturoso) de la diferenciación más completa que ha ido produciéndose a lo largo de los años entre el campo espiritual y el temporal, mutuamente autónomos, aun cuando no separados, como lo ha señalado León XIII.

2. En las actuales condiciones del mundo, la política cristiana trata de formar la unidad política de los habitantes de una región, de un país. de concederles todos los derechos cívicos, tomándoles cuales son, sean cuales fueren sus creencias religiosas, pero para orientarlos más eficazmente, bajo la presión de un auténtico espíritu evangélico, hacia fines temporales y políticos que no tiene por qué rechazar el Cristianismo, hacia fines cuya legitimidad puede muy bien reconocer.

3. Una política cristiana ha de evitar por consiguiente el usar de métodos coactivos respecto de los ciudadanos no cristianos, a los que agrupa en el plano temporal con otros ciudadanos cristianos, en el supuesto, claro está, de que acepten los preceptos prácticos fundamentales de una sociedad de hombres libres: respecto a la paz social, de la verdad, de la justicia, de la dignidad humana, de la amistad fraterna, del valor absoluto del bien y del mal. Pone en práctica

lo que se llama la «tolerancia civil». No cae en la «tolerancia dogmática» que considera como igualmente aceptables en sí mismas todas las formas de creencia o de incredulidad; no trata de defender un mínimo de doctrina especulativa común a todos los ciudadanos creyentes o incrédulos. Procede basándose en un cristianismo auténtico e íntegro, pero lo hace para llamar al trabajo «a todos los obreros de buena voluntad, a todos aquellos a quienes una inteligencia más o menos parcial o deficiente —deficiente en extremo no pocas veces— de las verdades que conoce el Evangelio en toda su plenitud, permite darse prácticamente, y sin ser acaso los menos generosos y entregados, a la obra común de que tratamos. Es entonces cuando se aplica en todo su vigor la expresión evangélica: *Quien no está contra vosotros con vosotros está* (39).

4. León XIII había tratado en la Encíclica *Inmortale Dei* de la tolerancia civil de cultos en un estado católico. Pío XII ha ampliado aún más el problema. En la *Alocución* dirigida a los *juristas italianos* en 6 de diciembre de 1953, contempla una comunidad mundial formada de pueblos y estados, «cristianos unos, no cristianos, indiferentes en religión, conscientemente laicos o abiertamente ateos incluso otros», y en función de esta nueva comunidad plantea, de manera totalmente nueva, el problema de la tolerancia de cultos: «La realidad, dice él, nos muestra que en el mundo se hallan el error y el pecado en medida sumamente extendida. Dios los reprueba, y sin embargo, permite que existan. Por consiguiente, la afirmación según la cual la desviación moral y religiosa ha de ser impedida siempre, en la medida de lo posible, porque el hecho de tolerarla constituye ya algo inmoral, no puede tener un valor *absoluto e incondicionado*..... Recordemos que el mismo Cristo, en la parábola de la cizaña, ha recomendado que se deje crecer en el campo a la cizaña con el trigo para que pueda crecer éste (*Mt.*, XIII, 24-30). No puede, pues, ser norma última de acción el deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas. Este deber ha de quedar subordinado a normas *más elevadas y generales*, a normas que *en determinadas circunstancias* permiten, y nos hacen incluso ver como la mejor solución, el no impedir el error para de esta manera promover un bien mucho mayor».

---

(39) JACQUES MARITAIN, *Humanismo integral*, p. 222.



5. La sociedad como tal tiene deberes respecto de Dios. Si es verdad que en una sociedad compuesta de católicos, protestantes, agnósticos y ateos, no parece necesario y oportuno el proclamar al Catolicismo religión de Estado, queda sin embargo en pie que «una ciudad así compuesta, pero con estructuras políticas y morales en que prevalezca la inspiración cristiana, habrá de tener conciencia de su doctrina y de su moral, consciente de la fe que la inspira, y habrá de expresarla públicamente..... En esta concepción, la sociedad civil está orgánicamente unida a la religión, y no hace sino volverse conscientemente hacia la fuente de su ser al invocar la asistencia divina y el divino nombre tal como sus miembros lo conocen» (40). «El poder civil, en cuanto representa al pueblo, tiene obligación, con ocasión de sus actos más solemnes o en caso por ejemplo de peligros públicos, de recurrir a las oraciones de los representantes de la o de las confesiones religiosas arraigadas históricamente en la vida del pueblo» (41).

6. Ya vemos, pues, qué tarea representa el advenimiento de una nueva cristiandad. Citemos algunas líneas de la obra de Maritain, *Humanismo integral*: «No es posible que tenga lugar una transformación vitalmente cristiana del orden temporal de la misma manera y por los mismos medios que las demás transformaciones y revoluciones temporales. Si tiene lugar semejante transformación, no hay duda de que será fruto del heroísmo cristiano.....El heroísmo cristiano no bebe su fuerza en las mismas fuentes que los demás; brota del corazón de un Dios azotado e insultado, crucificado fuera de las puertas de la ciudad. Ya es hora de que, como antiguamente en los siglos medievales, nos ocupemos de los asuntos de la ciudad terrena, pero teniendo siempre en cuenta que su fuerza y su grandeza se hallan en otra parte..... Así una renovación social vitalmente cristiana habrá de ser obra de santidad, o sencillamente no logrará realizarse; y digo de una santidad vuelta hacia lo temporal, hacia lo secular, hacia lo profano. ¿No ha conocido el mundo jefes de pueblo santos?

---

(40) JACQUES MARITAIN, *Razón y razones*. Ed. española, Desclée de Brouwer, 1951; Buenos Aires, p. 245.

(41) JACQUES MARITAIN, *L'Homme et l'Etat*, París, 1953, p. 163.

Si ha de brotar en la historia una nueva cristiandad, será obra de semejante santidad» (42).

7. «Si no han de responder los hechos a semejante esperanza, si ha de desenvolverse la obra de cristiandad en adelante en el seno de lo que llama la Escritura el misterio de la iniquidad, de la misma manera que se desenvolvía este misterio en otros tiempos en el seno de la obra de la cristiandad, por lo menos nos será dado el esperar que brote en el mundo nuevo una cultura auténticamente cristiana, una cultura no ya cerrada en sí misma, como lo era la de la Edad Media, en un cuerpo de civilización homogéneo que ocupe una pequeña porción privilegiada de la tierra habitada, sino esparcida por toda la superficie de la tierra, como red viva de focos de vida cristiana diseminada en medio de las naciones, en medio de la gran unidad supra-cultural de la Iglesia. En lugar de un castillo que se levanta en medio de las tierras, pensemos más bien en una constelación de estrellas esparcidas por el firmamento» (43).

## 2. LA CIUDAD DE DIOS Y LA CIUDAD DEL MAL.

**Las dos ciudades «místicas».**—1. En la grandiosa perspectiva de San Agustín se definen inmediatamente por relación a los fines *supremos y últimos* las dos «ciudades místicas», contrarias por su espíritu, diferentes en sus manifestaciones visibles, opuestas por todo su ser: por una parte la ciudad de Dios, la Iglesia ordenada inmediatamente a los fines de la vida eterna; por otra parte la ciudad del diablo, que se levanta contra los bienes de la vida eterna: «Dos amores han levantado dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo, la ciudad celeste; una de ellas encuentra su gloria en sí misma, la otra en el Señor» (44).

2. Las relaciones de la Iglesia con la ciudad del mal se hallan regidas por una ley de oposición: «No os unáis

(42) JACQUES MARITAIN, *Humanismo integral*, pp. 132-134.

(43) JACQUES MARITAIN, *Religion et culture*, p. 48.

(44) *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 28. En todo este párrafo, hay que tomar evidentemente la expresión *ciudad* en un sentido *analógico*, para designar una determinada comunidad de vida y de destino.



en yunta desigual con los infieles. ¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Qué parte del creyente con el infiel? ¿Qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos? Pues vosotros sois templo de Dios vivo, según Dios dijo: *Yo habitaré en medio de ellos.....*» (II Cor., VI, 14-16). El apóstol exhorta en primer lugar a los cristianos a que no formen con los infieles «yunta desigual». Pero sus exigencias no se detienen ahí sino que van más lejos: «Pues que tenemos estas promesas, carísimos, purifiquémonos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, acabando la obra de la santificación en el temor de Dios» (VII, 1). Esto supuesto, la oposición entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, penetra en el interior mismo de los cristianos.

3. La ciudad de Dios se halla libre de pecado, aunque no de pecadores. Todo lo que da testimonio, en los justos principalmente, pero también en los pecadores, en favor de los dones auténticos del Espíritu, se halla en la parte de aquí, en el interior de la Iglesia, y constituye su ser. Y todo lo que por su parte da testimonio del pecado, muy en especial en los pecadores, pero también en los justos, se halla situado fuera de la Iglesia, es algo extraño a ella.

De manera que hablando teológica y rigurosamente, la Iglesia se opone en este mundo a la ciudad del mal no como puede oponerse el campo de los buenos al campo de los malos, sino por una distinción harto sutil, «más tajante que una espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu» (*Herb.*, IV, 12), no como el campo de los valores que dependen de Cristo al campo de los valores que dependen del Príncipe de este mundo; o como el campo de lo que es bueno (lo mismo en los buenos que en los malvados) al campo de lo que es malo (bien sea en los malvados, bien en los buenos). Sus fronteras dividen en dos el ser mismo de sus hijos, sean clérigos o seglares, tomando por este lado la parte pura, dejando de la otra parte lo impuro. E incluso tratan de dividir en dos el ser de quienes no se llaman sus hijos, buscando en ellos la parte del cielo, para guardarla en su interior.

**La tercera ciudad.**—1. Al oponer como acabamos de hacerlo el reino de Cristo al reino del Príncipe de este mundo,

la ciudad del bien a la ciudad del mal, nos hemos colocado en la perspectiva inmediata del fin *último*, esperado o rehusado, perspectiva que dirige todas las páginas de la *Ciudad de Dios*. Semejante perspectiva es exacta, verdad, pero dista mucho de ser completa. Para acabarla sería menester distinguir todavía el plano de la ciudad humana, que encierra en sí todo cuanto depende de las cosas del César y de las cosas de la cultura, y que queda especificada por una relación inmediata al bien común temporal, bien que no puede ser éste más que un fin *intermediario o infravalente*.

2. Es ésta una ciudad que no ha pasado por alto San Agustín, y aun cuando sea verdad que ha dado normalmente esta denominación de «ciudad terrena» a la ciudad del mal, lo que se prestará no pocas veces a malentendidos, ha apuntado suficientemente sin embargo en su gran obra (45) la especificidad irreductible de la ciudad humana, cultural o política. Conoce muy bien el precio de la sabiduría filosófica y trata de hacer suyo cuanto de verdadero han dicho los antiguos filósofos. Admira la grandeza del alma humana. Desea para los pueblos la «paz terrena», esa paz a la que llama a veces «paz de Babilonia». No pone en duda en manera alguna que dicha paz constituye un gran bien: «Cuando triunfan los que defienden la más justa causa, ¿quién puede dudar de que semejante victoria es algo afortunado, que dicha paz es muy digna de ser buscada? Se trata a fin de cuentas de bienes y, sin lugar a dudas, de dones de Dios» (46).

3. Sin embargo la distinción entre «fin último» y «fin intermedio o infravalente» no se encuentra en San Agustín más que implícitamente. Una vez que se llega a la distinción explícita no hay más remedio que reconocer, aparte de las dos ciudades de orden «místico», una tercera ciudad de orden humano, cultural, político. De manera que en su conjunto se dan tres clases de ciudades: la *ciudad de Dios*, en la que nada tiene que ver el diablo; la *ciudad del diablo*, en la que nada tiene que ver Dios; la *ciudad del hombre*, en la que lo mismo Dios que el diablo tienen su parte.

4. La ciudad de Dios respeta la especificidad de las ciudades humanas. El influjo que en ellas ejerce busca no

---

(45) Y en otros lugares, por ejemplo, *Epist. CXXXVIII*, n.º 17.

(46) *De civitate Dei*, libro XV, cap. 4.



el utilizarlas como medios, no el asimilarlas o el cambiarlas en su propio cuerpo; sino más bien el prestarles una ayuda en su papel de fines intermedios, el orientarlas según las exigencias más íntimas y más elevadas que ha depositado en el seno de ellas el Creador, el hacerlas más puramente humanas. «Es esto lo que a todos y a cada uno recordamos: que no es verdaderamente humano, plenamente humano, más que lo que es cristiano, y que lo que es anticristiano es por lo mismo inhumano» (47).

La ciudad del diablo trata por el contrario de arruinar las ciudades humanas. Las persuade a que constituyan a sus fines intermedios en fines últimos, a sus fines terrenos en fines supremos. Es la manera más segura de enloquecerlas y de poder hacerlas caer. La verdad es sin embargo que la ciudad política, por su misma naturaleza, resiste por una parte a las asechanzas de la perversión, no es arrastrada totalmente por los poderes del mal, y sigue conservando en sí siempre un poco de bien. Podríamos distinguir aún la ciudad del hombre y la ciudad del diablo. Lo mismo bajo Nerón que bajo Domiciano, en la época de la Epístola a los Romanos que en la del Apocalipsis, es preciso que sepan reconocer los cristianos (tal es la doctrina de San Pablo) la parte que les pide Dios que entreguen al César, en cuanto que es jefe de una ciudad humana; y la parte asimismo (doctrina esta vez de San Juan) que les exige Dios que rehúsen a ese mismo César, en cuanto que es su rostro el del Anticristo, y se ha erigido en instrumento de Príncipe de este mundo.

5. Al no haber utilizado *expresamente* las distinciones de «fin último», de «fin intermedio», de «mero medio», no podrá la doctrina agustiniana distinguir *expresamente* a la ciudad humana de las dos ciudades místicas.

Tratará a veces de utilizar como medio lo que de bueno hay en la ciudad terrena para terminar absorbiendo eso bueno en la ciudad de Dios (esto constituirá el origen de lo que ha dado en llamarse el «agustinismo político», y de los errores medievales que atribuían a la Iglesia un «poder directo» sobre la política). Otras veces por el contrario empujará a la *civitas* terrena hacia la ciudad del diablo, a la *civitas terrena* que pretende tener valor de fin, y lo mismo hará con su

---

(47) Pío XI, Discurso del 24 de diciembre de 1938.

organización (no han faltado «espirituales» que han visto la obra del diablo incluso en la legislación canónica).

Podrá dar la impresión de que en lugar de tres ciudades no hay de hecho más que dos, aun cuando se siente brotar de continuo en toda la obra de San Agustín la presencia de la tercera ciudad.

6. Será la perspectiva abierta por Santo Tomás la que nos permitirá distinguir expresamente: el «fin último» en términos absolutos (fin espiritual de la vida eterna) y el «fin intermedio» o infravalente, fin que no es último más que en un orden determinado (fin temporal de las sociedades humanas); distinguir expresamente la subordinación del fin intermedio y la subordinación del puro medio; distinguir por fin, también expresamente las tres ciudades, la de Dios, la del diablo, la del hombre.

No nos llamemos a engaño. Explicitar una distinción, cuando se refiere a las distinciones fundamentales por las que se oponen la naturaleza y la gracia, la gracia y el pecado, no equivale simplemente a «añadir una precisión»; equivale más bien a dar luz de una manera nueva a toda una serie de problemas que exigían una respuesta inmediata, y que incluso se habían resuelto perfectamente en el sentido del Evangelio, pero sin contar sin embargo con el instrumento lógico, único que les hubiera permitido circunscribir dichos problemas con absoluta claridad.



## CAPÍTULO IX

### LA PERTENENCIA A LA IGLESIA

Hablaremos del primer encuentro con la Iglesia, 1); de los pecados de infidelidad, herejía y cisma que desgarran a la Iglesia y de la pena de excomunión, 2); de las diversas formaciones religiosas en sus relaciones con la Iglesia, 3); de las religiones cristianas disidentes, 4); de las formaciones ateas, 5); del axioma: «Fuera de la Iglesia no hay salvación», 6).

#### 1. EL PRIMER ENCUENTRO CON LA IGLESIA.

**El estado pleno y los estados imperfectos de la Iglesia.**— Para llegar a constituir la Iglesia de la Nueva Ley no bastaría con una *mera* presencia de inhabitación del Espíritu Santo; es necesaria la presencia de inhabitación *plena y perfecta*, presencia que ha comenzado con la efusión de la gracia plenamente cristiana. La inhabitación plena del Espíritu Santo y la efusión plena de la gracia cristiana son simultáneas.

Allí donde es plenamente cristiana la caridad, es decir, allí donde es sacramental, cultural y orientada, se halla la Iglesia en su *estado pleno*, en su *estado acabado*. Esta caridad plenamente cristiana se halla presente por sí misma, de una manera directa y salvífica, en los miembros justos; de una manera no salvífica, en los miembros pecadores.

Allí donde por el contrario no es plenamente cristiana la caridad, es decir, donde le falta el ser a un mismo tiempo cultural, sacramental y orientada, no puede hallarse la Iglesia más que en *estado imperfecto*, en *estado inacabado*. Allí se hallaba antes de la venida de Cristo, aun cuando entonces

esta imperfección no era anormal y no constituía, más que una *ausencia*; así se halla, aun después de la venida de Cristo, en no pocos lugares; pero en nuestros días esta imperfección es totalmente anormal y representa una verdadera *privación*.

**Este encuentro con la Iglesia es inevitable no bien despierta uno a la vida moral.**—Teniendo en cuenta lo que precede habrá que decir que la Iglesia, de la misma manera que Cristo, del que es ella el Cuerpo, se halla presente a todos los tiempos y a todos los lugares, bajo uno u otro de estos dos estados.

Más aún. Si es verdad que nadie, sea cual fuere la época o el lugar en que vive, se puede salvar sin Cristo, y si por otra parte ser de Cristo equivale a formar parte de su cuerpo, la conclusión lógica será que nadie puede salvarse sin pertenecer de una u otra manera a la Iglesia. El encuentro, abierto u oculto, de cada alma con la Iglesia es inevitable. Tiene lugar no bien despierta uno a la vida de la razón, e incluso antes por lo que a los niños bautizados se refiere.

Desde el primer momento en que Dios, «que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad» (*I Tim.*, II, 4), ataca al alma con las armas de la verdad y del amor, queda ésta colocada en la alternativa de aceptar o rehusar esta entrada de Dios en ella, y por lo mismo, de aceptar o rehusar el pertenecer a la Iglesia.

El paso por el que el alma no bautizada franquea el umbral de la Iglesia, es el acto por el que por la fe presta su adhesión al mensaje revelado.

**El contenido del mensaje revelado.**— Santo Tomás distingue las verdades que es preciso creer explícitamente, *suscepta la promulgación* de la fe cristiana, y de las que las dos principales son la Trinidad y la Encarnación, y las verdades que ha sido siempre preciso creer explícitamente, es decir, que existe Dios y que su providencia se extiende a los problemas humanos: «Sin la fe, dice la Epístola a los Hebreos, es imposible tratar de agradar a Dios. Ya que quien se acerca a Dios, menester es que crea que Dios *existe* y que es *remunerador* de quienes le buscan» (*Hebr.*, XI, 6).

En efecto, cuando son captadas estas dos verdades primordiales, la de la existencia de Dios y la de su providencia, captadas no por la mera razón filosófica, sino penetradas en



toda su profundidad por la fe divina, contienen en sí y muestran toda la substancia del Credo: en el misterio del ser y de la existencia de Dios se halla oculto el mismo misterio de la Trinidad; en el misterio de su providencia amorosa se oculta incluso el misterio de la Encarnación redentora.

**La primera presentación del mensaje revelado.**—Normalmente el mensaje cristiano es presentado al mundo por vía doctrinal: «Id, adoctrinad a todas las naciones.....» (*Mt.*, fin). «Quien a vosotros escucha, a Mí me escucha.....» (*Lc.*, X, 16). «¿Cómo creer sin haber oído de antemano? ¿Y cómo oír si no hay quien predique? ¿Y cómo predicar si a nadie se envía?» (*Rom.*, X, 14-15).

Está sin embargo fuera de duda que tiene que existir un acceso a la fe que justifica, incluso para los habitantes de las regiones a las que no ha llegado la predicación apostólica. Santo Tomás, que se imagina a un hombre que ha crecido en un bosque en medio de lobos, escribe: «A la providencia divina le corresponde el proveer a cada hombre de los medios necesarios para la salvación. Si por consiguiente, el hombre de que hablamos sigue las indicaciones de la razón natural, en su búsqueda del bien y en su huida ante el mal, es preciso tener por cierto que *Dios le revelará por una inspiración interna las cosas que es preciso creer*, o incluso que llegará a enviarle un predicador de la fe, de la misma manera que envió a Pedro a donde Cornelio» (1). Santo Tomás se refiere en este pasaje a una presentación conceptual de las dos verdades primordiales.

Diez años más tarde deducirá el sentido teológico del primer acto humano de un niño no bautizado: «La primera cosa que se presenta entonces al pensamiento de un ser humano es el *deliberar sobre sí mismo*. Y si se ordena a sí mismo *hacia el fin recto, logrará por la gracia la remisión del pecado original*. Pero si no se ordena al fin recto, según le es dado el hacerlo a su edad, pecará mortalmente, ya que no ha hecho lo que estaba en su mano el hacer» (2). Si el niño, bajo la moción secreta de la gracia —sin la cual, habida cuenta de la herida causada por el pecado original, no le sería posible el cumpli-

---

(1) *De veritate*, qu. 14, a. 11, ad 1.

(2) I-II, qu. 89, a. 6.

miento de la ley natural— (3), se vuelve en este estadio decisivo de su vida hacia lo que ha de constituir su último fin, digamos hacia la grandeza, queda por lo mismo justificado. Pertenece a Cristo y a su Iglesia. En el interior mismo de su primer acto libre se ha encontrado con la Iglesia.

Así, pues, incluso para el niño no bautizado, se da un primer acto libre que desemboca en la fe que justifica o en el pecado mortal. Si desemboca en la justificación, señal es de que se hallan presentes en él, de que son creídas las dos verdades primordiales de que nos habla la Epístola a los Hebreos. ¿Lo son de una manera conceptual y consciente? Parece que no. Siguiendo el análisis de Santo Tomás, se inclina uno más bien a afirmar que lo son de una manera tan sólo preconceptual y preconsciente.

Se añadirá que «un niño que ha recibido una educación arreligiosa o antirreligiosa, si se inclina por el bien honesto en su primer acto de libertad, práctica y vitalmente es arrasado por la dialéctica de tal acto, pero hállase en ese caso, sin saberlo, en desacuerdo con el conjunto de conceptos especulativos que le han sido inculcados» (4).

Se daría un verdadero desajuste entre lo que él es en verdad y su manera de expresarse. Para rectificar poco a poco ésta le será preciso superar muchas dificultades y enderezar no pocas opiniones y costumbres. Y dará la impresión incluso durante largo tiempo de que pertenece visiblemente a formaciones religiosas erróneas, cuando de hecho pertenece ya, aunque invisiblemente, a la Iglesia.

## 2. LOS PECADOS QUE DESGARRAN LA IGLESIA Y LA PENA DE EXCOMUNIÓN.

Allí donde es verdaderamente cristiana la caridad se halla la Iglesia en su estado pleno, acabado; donde por el contrario no es plenamente cristiana la caridad, se halla la Iglesia en su estado imperfecto, inacabado. Incluso en su estado perfecto, acabado, la Iglesia, aun cuando se vea libre de pe-

---

(3) S. THOMAS, I-II, qu. 109, a. 3 y 4.

(4) JACQUES MARITAIN, *Razón y razones*. Ed. española, Desclée de Brouwer, 1951; Buenos Aires, p. 130.



cados, no se ve sin embargo libre de pecadores. Sin embargo el pertenecer a la Iglesia es algo incompatible con ciertos pecados como la infidelidad, la herejía, el cisma. Son éstos pecados que desgarran a la Iglesia: no en sí misma, pero sí en el corazón de sus víctimas.

Según la teología de los Padres y de Santo Tomás, la infidelidad, la herejía, el cisma, constituyen por su misma esencia otros tantos pecados. Hablar de un infiel de buena fe, de un hereje de buena fe, de un cismático de buena fe, les hubiera parecido algo tan extraño como hablar de un mentiroso de buena fe o de un asesino de buena fe.

Vamos a definir siquiera sea brevemente los pecados de infidelidad, de herejía y de cisma, y diremos luego algunas palabras sobre la pena de excomunión.

**El pecado de infidelidad.**—1. Movido por la ayuda secreta de la gracia a entrar en la intimidad del misterio de Dios, el hombre no puede fingir que desconoce este honor para replegarse sobre sí mismo. Ha quedado como «embarcado». Es preciso que acepte o rechace esa invitación: que se someta a su destino divino o se rebele contra él destruyéndose de esta manera a sí mismo; que se deje arrastrar hacia la única verdadera Iglesia o rompa con ella rechazando el mensaje revelado: he ahí el pecado de infidelidad.

Pecado que será tanto más grave cuanto más intensa y exigente en cada caso concreto se haya hecho la iluminación interior de la gracia; y por otra parte cuanto se haya manifestado la revelación en un estadio más explícito de su evolución.

2. Pueden oponerse tres clases de negativas a la Revelación: negativa a aceptarla, negativa a progresar en ella, negativa a perseverar en ella; de lo que se siguen tres clases de infidelidad: por mera negativa, por regresión, por deserción.

a) La infidelidad por mera negativa a aceptar el mensaje revelado. Consiste en negarse a *aceptar* la revelación divina en el momento mismo en que aparece como suficientemente propuesta por primera vez. De una manera muy aproximativa podían llamar los antiguos a esta infidelidad la de los «Gentiles» o «paganos».

b) Infidelidad por regresión. Consiste en negarse de manera consciente y culpable a seguir el movimiento normal de *progreso* de la revelación divina, cuando pasa del estadio

de la «ley natural» al estadio de la «ley mosaica» o al de la «ley evangélica». Esta negativa trata de ocultarse bajo apariencias de virtud. Invoca la lealtad al tallo para protegerse contra la flor, se escuda en la promesa para desconocer la realización. Semejante forma de infidelidad será por ejemplo lo que eche en cara Jesús a los Judíos.

c) Infidelidad por deserción. Consiste en negarse culpablemente a *perseverar* en la fe divina que se ha profesado anteriormente. Negativa culpable equivale a negativa *consistente*: no existe infidelidad si tiene su origen el abandono de una creencia revelada en un error invencible; y equivale asimismo a negativa *incondicionada*. Por eso no se da infidelidad alguna si el abandono es condición indispensable para entrar en un estadio superior de la Revelación.

Como precisa el Concilio Vaticano, Dios ayuda a los fieles a que perseveren en la luz y «no abandona más que a los que le abandonan», de manera que jamás podremos tener razón *objetivamente* válida para poner en duda la fe católica, lo cual no impide que los fieles puedan caer en errores invencibles *para ellos*, y puedan errar en cuanto al contenido de la fe, sin por ello perder la virtud de la fe.

El abandono de la fe cristiana se llama herejía. Cuando es total este abandono, suele dársele el nombre de apostasia.

**El pecado de herejía.**—1. La herejía es el pecado de quienes abandonan la verdadera fe, y más en concreto la fe de la Nueva Ley.

A los dos elementos que suponen la infidelidad: a) un *error* en materia de fe, b) un verdadero consentimiento en lo que se reconoce como un error en materia de fe (actitud ésta que se llama *pertinacia*), la herejía añade un tercer elemento que lo especifica, c) es decir, *el abandono de la fe en la revelación cristiana*: hecho éste que incluye el desgarramiento de la unidad que se sigue de la unidad cristiana, en otras palabras, de la más fundamental unidad de la Iglesia.

2. No pocas veces este abandono no será más que parcial, por lo menos en el sentido de que no se rechazan más que algunos artículos de fe; y se hará esto, al menos así piensan algunos, para devolver a la fe su pureza primitiva.

Sin embargo, por muy variadas que puedan ser las herejías, todas comenzarán por rechazar lo que, desde el advenimiento del cristianismo, ha de constituir el fundamento



de nuestra fe: *a) la Palabra de la Verdad primordial* (motivo formal éste de toda fe divina, de la de los ángeles en el universo de la creación, de Abraham y de los Profetas), *b) en cuanto que nos es revelada por el magisterio de los Apóstoles, y transmitida hasta nosotros por el Magisterio de Cristo y de sus sucesores* (condición integrante ésta, necesaria en nuestros días, de la fe evangélica (5): allí donde sea *repudiada de manera culpable* no es ya posible la fe evangélica; donde por el contrario es *desconocida de manera invencible* —caso posible en formaciones religiosas no católicas—, la fe sigue siendo posible, pero se halla mutilada y amenazada en su objeto y en su evolución).

3. «No hay más que un Señor, *una fe*, un bautismo, un Dios, Padre de todos, que está por encima de todos, por todos y en todos» (*Eph.*, IV, 5-6). Una única fe divina, principio de unidad divina para todos los hombres.

Por el hecho de rechazarla, el hereje cae por una parte del plano de la fe sobrenatural al de la mera opinión; y por otra parte del plano de la unidad sobrenatural al de la separación, aun cuando se encuentren turbas que puedan seguirle.

Lo que ante todo lo califica es el abandono de la fe, y por consiguiente el abandono de la unidad que se funda en la fe.

4. En el cristiano al que arruina, la herejía no deja más que las señales de los caracteres sacramentales. De por sí, dichos caracteres se hallan ordenados a la gracia, pero esta ordenación está contrariada por la herejía. El hereje es un ser dividido. Por su voluntad libre reniega de manera absoluta de la significación del carácter sacramental del último vínculo que sigue uniéndolo a la Iglesia.

5. El hereje, aun cuando no lo sea más que ocultamente, no pertenece ya a la Iglesia. Es muy posible que no haya llevado a cabo ningún acto externo capaz de atraer sobre su persona una sentencia *canónica* de excomunión; puede accidentalmente incluso seguir siendo depositario de poderes jurisdiccionales. Pero la verdad es que en el silencio de su corazón todo hereje se ha excomulgado a sí mismo de una manera más profunda, de una manera en cierto sentido *teological*.

6. Si es verdad que la herejía no es un error sino un

---

(5) S. THOMAS, I-II, qu 5, a. 3

pecado, y que una doctrina contraria de por sí a la fe no se hace herética más que en el momento en que haya un cristiano que se lance a defenderla con pertinacia, no deberá hablarse de herejía y de herejes más que a propósito de una doctrina: a) contraria a la fe divina y católica, b) sostenida por un cristiano, c) con pertinacia (6). Sobre el primer punto decide el magisterio eclesiástico. En cuanto al segundo, fácil es determinarlo.

Es el tercer punto el que más dificultades puede presentar: *el criterio de la herejía será a fin de cuentas la culpabilidad*. Lo cual supuesto nos vemos acodados al plano de lo probable y de lo verosímil. Incluso en los casos más claros, jamás podremos llegar más allá de una seguridad de orden moral. Puede que el hombre que se conduce como un hereje no sea a fin de cuentas más que un psicópata. Es Dios quien juzga el interior de los corazones, no los canonistas. Estos no logran sustraerse al error en sus juicios.

Los antiguos canonistas enumeraban las señales a las que solían remitirse en su tiempo los tribunales eclesiásticos para descubrir la herejía. De donde nacía una noción de la herejía puramente jurisprudencial y canónica, noción destinada a limitar la noción teológica. Incluso quienes hacían un uso prudente de dicha noción no se veían siempre exentos de error. Los errores han sido numerosos, trágicos. En cierto sentido todos los errores de los cristianos son trágicos. En el sistema de la cristiandad medieval, los errores en materia de herejía, lo mismo que los que se cometían en los procesos de brujería, eran sangrientos, monstruosos.

En nuestros días ha pasado ya definitivamente el sistema de la cristiandad medieval. Podremos, y debemos seguir juzgando de la herejía, seguir diciendo de un determinado hombre que es culpable de herejía y obrar en consecuencia: «En cuanto al sectario, después de una y otra amonestación, evítele, considerando que está perdido. Peca y por su pecado se condena» (Tito, III, 10-11). Pero en un régimen de cristiandad como el que esperamos, las consecuencias y las sanciones de la herejía se habrán convertido en lo que eran en los tiempos apostólicos.

---

(6) CAYETANO, II-II, a. 1, n.º II.



**El pecado de cisma.**—1. «Cisma significa escisión. La escisión se opone a la unidad. Así, pues, el pecado de cisma es el que se opone directamente y de por sí a la unidad» (7).

Verdad es que la unidad de la Iglesia presupone la fe; pero en sí misma consiste en la caridad. La herejía destruye esta unidad, fundamentalmente, en su misma raíz, que es la fe; el cisma la destruye, directamente, en su flor, que es la caridad.

Comentando la plegaria del Salvador: «Que sean ellos uno como somos nosotros uno» (*Jo.*, XVII, 22), el cuarto Concilio de Letrán define la unidad de la Iglesia como «una unión de la caridad en la gracia» (8). Es la caridad teologal, en cuanto que es cultural, sacramental, orientada, la que labra la unidad de la Iglesia. La unidad de la Iglesia es algo misterioso, teologal; no es algo puramente exterior, canónico, una mera unidad de conducta social.

El cisma es un pecado contra la caridad teologal. Es el pecado que destruye la caridad *en cuanto que labra ésta la unidad de la Iglesia*: «El pecado de cisma, nos dice Santo Tomás (9), es un pecado especial: es un pecado que nos separa de la unidad que nace de la caridad, cuando congrega no sólo a personas privadas por un mero lazo de amor espiritual, sino a la Iglesia toda en la unidad del Espíritu Santo».

2. No todo pecado contra la caridad es por lo mismo un cisma, pero todo cisma es un pecado contra la caridad: el cisma es ese pecado contra la caridad que consiste en querer existir y obrar no como parte de la Iglesia católica, sino como formando un todo aparte.

El cristiano que ha perdido la caridad por un pecado, puede pecar todavía contra la caridad por un nuevo pecado: se convierte en cismático no por el mero hecho de destruir en sí la caridad, sino en el momento en que comienza a querer echar por tierra este efecto de la caridad que es la unidad de la Iglesia (10).

La caridad cristiana que reside directamente en los miembros justos sigue prestando su impulso a los miembros pe-

---

(7) S. THOMAS, II-II, qu. 39, a. 1.

(8) Cap. 2.º, *Denz.*, n.º 432.

(9) II-II, qu. 39, a. 1.

(10) GAYETANO en su comentario a este artículo de Santo Tomás.

cadore: los abandona en el momento en que rompen con ella en cuanto que es principio de la unidad eclesial.

3. La unidad eclesial o *unidad de comunión* comprende, como hemos visto antes, la unidad de *conexión*, que brota de la invasión de la caridad sacramental, unidad por la que es *una* la Iglesia; y la unidad de *orientación*, que nace de la aceptación de las directivas jurisdiccionales, y por lo cual se halla la Iglesia *sub uno*. Lo cual supuesto se dan no dos cismas, sino dos puertas por las que se entra en el cisma. «Para hacerse cismático, nos dirá Cayetano (11), basta cualquiera de estas dos cosas: sustraerse a la sumisión de la cabeza, o sustraerse a la comunión de los miembros».

Rehusar la *conexión* equivale a negarse a entrar como parte en el dinamismo de la vida espiritual que Cristo imprime desde dentro a toda su Iglesia, dinamismo que pasa a través de los justos para llegarse de rechazo hasta los pecadores; en otras palabras, equivale a negarse a tomar parte en la unidad de la caridad sacramental.

Rehusar la *orientación* equivale a negarse a entrar como parte de la unidad de tarea que asigna Cristo desde el exterior a su Iglesia; equivale en otras palabras a negarse a participar en la unidad de dirección que es imprimida al Cuerpo místico por la vía jurisdiccional auténtica. Lo cual supone algo más que una mera desobediencia, supone una rebelión: aun creyendo con fe divina en la legitimidad del poder jurisdiccional, me niego en dichas circunstancias a reconocerlo como superior mío, proclamo en concreto mi derecho a obrar como un todo separado.

4. Ese rechazar la *conexión* puede manifestarse en cierta medida en la negativa de recibir los sacramentos. El rechazar la *orientación* se manifiesta de manera más inmediata por la resistencia a la autoridad jerárquica. En todo lo cual podemos reconocer los dos signos que han servido tradicionalmente para desenmascarar el cisma.

San Ignacio solía concretarlos en la sumisión al Obispo y en la fidelidad a la Eucaristía que él preside. Precisemos, claro está, que no podremos abandonar una Iglesia particular sin caer por lo mismo en el cisma, más que en el caso y en la medida en que dicha Iglesia, regida por su Obispo,

---

(11) II-II, qu. 39, a. 1, n.º V. Véase antes, p. 217.



es portadora de la unidad de la Iglesia universal, regida por el Soberano Pontífice.

Tiene importancia el recordar que por el mero hecho de rechazar la unidad de conexión o la unidad de orientación, en otras palabras, que el hecho de rechazar la unidad de la comunión católica no nos arroja sin más al cisma. Toda esa actitud nuestra puede nacer de un error invencible, puede ser un mal sin por ello constituir un pecado. No será un cisma un pecado, más que en caso de que proceda de una voluntad culpable. Una vez más nos movemos en todo esto en el terreno de lo probable y de lo verosímil. El criterio del cisma, lo mismo que el de la herejía, no podrá ser absoluto.

5. Puede muy bien darse un cisma sin que haya herejía, y es falso el creer que por la definición vaticana de la infalibilidad pontificia todo cisma queda automáticamente convertido en herejía.

Así, pues, es posible un cisma puro, un cisma sin mezcla de herejía. Sin embargo, en la práctica, el cisma es una cuestión fatal que nos conduce hacia la herejía, y difícil será que alguien sea cismático largo tiempo sin hacerse hereje. «No hay cisma, decía San Jerónimo (12), que no invente una herejía, para tratar de justificar el abandono de la Iglesia». Y San Agustín llegará a escribir: «La herejía no es más que un cisma inveterado» (13).

**La excomunión.**—1. La excomunión no es un *pecado* contra la infidelidad, la herejía, el cisma. Es una pena pronunciada por los poderes canónicos contra determinados pecados particularmente graves, bien sea para poner a salvo el bien común de la Iglesia, bien para conmovér al pecador.

Así, pues, al pasar del cisma a la excomunión, cambiamos sencillamente de plano. El cisma destruye un *orden teológico*, desgaja la *unidad de comunión en la caridad*: la excomunión destruye un *orden canónico*, rompe la *unidad de proceder social*, unidad que solía expresarse antiguamente por la inscripción en los dípticos. De lo cual no podría sin embargo concluirse que no tiene más que efectos externos y disciplinarios. Tiene efectos interiores y espirituales sumamente

---

(12) *Comm. ad Tit.*, III, 10.

(13) *Contra Crescon.*, libro II, n.º 9.

graves, pero mediante determinadas disposiciones canónicas.

Que la autoridad canónica tiene el poder de castigar severamente a los pecadores, es una verdad que aparece claramente en la Escritura (*Ml.*, XVIII, 17; *I Cor.*, V, 3-5; *II Thess.*, III, 14-15; *II Jo.*, 10-11).

2. El actual Código de Derecho Canónico coloca a la excomunión entre las censuras. «La censura es una pena por la cual se priva al bautizado, que ha delinquido y es contumaz, de ciertos bienes espirituales o anejos a éstos, hasta que cese en su contumacia y sea absuelto», can. 2.241, § 1. Hay tres clases de censuras. La excomunión es «una censura por la cual se excluye a alguien de la comunión de los fieles en cuanto a ciertos efectos señalados en el Código», can. 2.257 § 1: se la designa con el nombre de anatema cuando es proferida de manera solemne conforme a las indicaciones del Pontifical romano, § 2.

3. Entre los efectos «espirituales» de la excomunión colocamos: 1) la privación eventual, tras sentencia declaratoria o condenatoria, de los poderes jurisdiccionales; 2) cierta privación de los socorros que traen consigo las plegarias de la Iglesia, y muy en especial los sacramentales y las indulgencias; 3) la exclusión de la participación en los sacramentos, pena ésta que es la más temible.

4. ¿Siguen perteneciendo a la Iglesia los excomulgados?

Puede que no sean herejes ni cismáticos. En este caso, debido a los valores espirituales que siguen subsistiendo en ellos, permanecen en el interior de la *unitas communio*, unidad que, como hemos podido ver, incluye a los pecadores y no es desgarrada más que por la herejía o el cisma. Siguen por consiguiente siendo hijos de la Iglesia, pero hijos sometidos a una pena.

Si, como el Manfredo de que nos habla la *Divina Comedia* (*Purg.*, III, 133-138), renaciere a la gracia un excomulgado, sin tener el tiempo necesario para reconciliarse con la autoridad canónica, su cuerpo quedaría privado de la sepultura eclesiástica, pero su alma no sería sepultada en el infierno.

5. ¿Es válida una excomunión injusta? Se pueden presentar tres casos:

a) La excomunión ha sido merecida por el pecador pero ha sido pronunciada de manera violenta. En este caso es



injusta por parte del superior, pero justa por parte de quien recibe la excomunión; ésta conservaría su efecto.

b) Se puede suponer un error de procedimiento que la hace jurídicamente inválida, y por consiguiente carente de efecto.

c) Una excomunión pronunciada erróneamente contra un inocente no llegará a privar a este hombre del mayor de los bienes, es decir, de la caridad. Así, pues, no quedará privado de esa comunión espontánea de los bienes espirituales de la Iglesia que se halla *basada en la caridad*: el hombre que entra o cree en la caridad hace suyo, debido a la intercomunicación propia de la caridad, todo cuanto se realiza en el amor, de la misma manera que se aprovecha cada uno a la medida del estado de sus ojos de una luz que brota de un solo punto (14). Y podremos pensar asimismo con buenos teólogos, que tampoco quedará privado de la participación en las plegarias que eleva la Iglesia en favor de sus hijos con una *intención especial*. Queda privado de la participación pública (15) de ciertos bienes como los sacramentos y la comunión de los fieles: hasta tanto que no logre disipar el error del que es víctima, es preciso que acepte sin rebelarse esta medida; entonces, como nos dice Santo Tomás, será tan preciosa su humildad a los ojos de Dios que por sí sola bastará para compensar todos los daños causados por la excomunión.

### 3. LAS DIVERSAS FORMACIONES RELIGIOSAS EN SU RELACIÓN CON LA IGLESIA.

Es preciso distinguir las que son normales y las que son desviadas o anormales.

**Las formaciones religiosas normales.**—Son tres: dos por lo que se refiere al pasado, una por lo que al presente.

La gracia fue conferida a los hombres en primer lugar *por anticipación*, es decir, por razón de la pasión de Cristo

---

(14) S. THOMAS, *IV Sent.*, dist. 45, qu. 2, a. 4, quaest. 1.

(15) En determinadas circunstancias podría permitirse la participación *privada*. Cfr. CAYETANO, II-II, qu. 70, a. 4, n.º III.

*que va a venir*. Es el tiempo de la espera de Cristo. La Iglesia conoce entonces dos estatutos, dos regímenes:

1.º El régimen de la *ley de la naturaleza*. Es el régimen en el que por una parte la gracia es infundida secretamente en los corazones a manera de un impulso que parece natural y espontáneo, a manera de un instinto interno (16); y en el que por otra parte Dios se manifiesta de una manera regular a los hombres en los fenómenos de la naturaleza (*Rom.*, I, 20), fenómenos que son como otras tantas teofonías, de manera que en este sentido preciso podrá hablarse de «religión natural» (17) o incluso de «religión cósmica» (18). Estas dos clases de presencia de Dios, en los acontecimientos la primera, en los corazones la segunda, se hallan indicadas en el discurso que tuvieron los Apóstoles en Listras: «No dejó a las naciones sin testimonio de sí *haciendo el bien* y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, llenando de alimento y de alegría vuestros *corazones*» (*Act.*, XIV, 17; cfr. XVII, 26-28). No hay que pensar sin embargo que se vean ausentes de la religión de la naturaleza las revelaciones proféticas. Estas se hacen de manera discontinua a hombres dispersos en medio de los Gentiles (los Padres citarán los nombres de Abel, de Noé, de Melquisedec; y llegarán incluso a atribuir verdaderas profecías a las Sibilas), o también de manera continua a los Patriarcas;

2.º el régimen de la *ley Mosaica* es el régimen valedero para sólo el pueblo judío desde la revelación del Sinaí hasta los días de Cristo.

Estos dos regímenes provisionales han podido coexistir en el tiempo, han podido ser válidos y normales a un tiempo: uno para los Gentiles, es decir, para las naciones; el otro para los Judíos. Han representado dos estatutos legítimos de la Iglesia que esperaba al Salvador y se hallaba secreta-

---

(16) S. THOMAS, III, qu. 60, a. 5, ad 3.

(17) NEWMAN, *Sermons universitaires*. trad. franc., París, 1955, pp. 70 y siguientes.

(18) «Para la mentalidad arcaica, la Naturaleza no es nunca exclusivamente *natural*..... la transcendencia divina se revela directamente en su inaccesibilidad, en la infinitud, la eternidad y la fuerza creadora (lluvia) del cielo».



mente orientada hacia El. Hoy ambos regímenes y estatutos han caducado.

El único régimen normal en nuestros días es:

3.º el régimen de la *ley evangélica* en el que la gracia brota de la Cruz de Cristo no ya por anticipación, sino por *derivación*.

**Las formaciones religiosas desviadas y la multiplicidad actual de religiones.**—La Iglesia va apareciendo en su período de preparación en primer lugar, y en su período de floración en último término, a medida que es aceptada y profesada bajo la moción de la gracia preveniente, la revelación divina, predicada en primer lugar en el estadio de la ley de la naturaleza, en el estadio de ley mosaica más tarde, y finalmente en el estadio de la ley evangélica.

Ahora bien, en cada uno de estos estadios puede deformarse la revelación, y algunas de estas deformaciones pueden organizarse para perpetuarse y constituir otras tantas creencias que se proclamarán a sí mismas divinas, creencias que poseerán no pocas veces sus escrituras sagradas, sus profesiones de fe, sus teologías e incluso sus «milagros», y que podrán arrastrar en pos de sí y a lo largo de muchas generaciones a numerosas turbas humanas. Este es el origen de lo que suele llamarse comúnmente *las religiones*. A los ojos del teólogo aparecen como grandes desviaciones religiosas, como grandes desgarrones en la Iglesia.

Podemos dividir a las religiones de nuestros días en tres grupos: las religiones de origen precristiano; el judaísmo, con el cual relacionaremos al Islam; las religiones cristianas disidentes.

**¿Es siempre el pecado el principio de estas desviaciones, o puede simplemente constituir el error dicho principio?**—

1. No hay lugar a duda que el pecado, pecado de infidelidad, pecado de herejía, de cisma, puede hallarse en el origen de estas desviaciones religiosas. Pero el pecado es algo personal e intransmisible. Lo que se transmite no es una infidelidad, un *pecado* de cisma: es más bien una formación religiosa a la que el pecado ha hecho más o menos errónea y donde la verdad y el error se hallan entremezclados de una manera inseparable en cierto sentido; es la *herencia* o el *patrimonio* de una infidelidad, el *patrimonio* de una here-

jía, el *patrimonio* de un cisma (19). Puede que quienes recibían este patrimonio de sus padres no lleguen a discernir en él error alguno.

2. Puede muy bien suceder que aquel de quien tome su nombre una herejía no haya dejado de pertenecer jamás a la Iglesia y que se haya incluso equivocado sin que le haya sido manifestado su error: así, por ejemplo, Jansenio ha muerto siendo Obispo de Yprés.

Puede asimismo suceder que el factor principal de una herejía o de un cisma cuyas consecuencias van a ser duraderas y cuyo patrimonio va a transmitirse a través de generaciones, se reconcilie personalmente, por lo que a él respecta, con la Iglesia: tal parece ser, al menos aparentemente, el caso de Focio.

¿Puede darse el caso de que un fundador de religión, de una religión errónea, esté de buena fe? ¿Puede darse incluso el caso de que en el principio mismo de una desviación religiosa no se dé un pecado contra la fe, sino tan sólo un error invencible en materia de fe? Tras de haber estudiado despacio el problema, nos parece que es preciso inclinarse por la respuesta afirmativa; y que éste podría ser por ejemplo el caso de un Mahoma, sobre el cual diremos en seguida unas palabras. Pero, claro está, en semejantes materias la historia no puede proporcionarnos más que simples conjeturas.

**¿Cuándo se halla suficientemente propuesto el mensaje católico?**—No basta con que sea conocido en su exterior el mensaje católico para que aparezca, incluso por lo que a una conciencia delicada se refiere, como un mensaje obligatorio.

En su Tratado *De Indis*, escrito en 1532, escribe Francisco de Vitoria: «No se hallan los Indios obligados a creer no bien han oído la predicación de la fe cristiana, de manera que pequen mortalmente por el mero hecho de que les sea anunciada dicha fe y se les asegure que la religión cristiana es la única verdadera..... No se verían obligados a creer más que en el caso en que se les propusiera la fe cristiana con testimonios capaces de persuadirles. Ahora bien, a mi entender, no se les han hecho bastantes milagros, ni se les ha dado

---

(19) Véase más adelante, p. 355.



muestras extraordinarias de santidad. No pocas veces, triste es decirlo, se les ha dado más bien el espectáculo de múltiples escándalos, de crímenes horribles, de innumerables impiedades» (20).

Menester es que nos libremos, dice un teólogo, de establecer como principio que allí donde es predicada públicamente la verdad católica, y muy en especial allí donde impera ésta casi exclusivamente sin nadie que se le oponga, el error en materia de fe no puede ser en manera alguna invencible. Suárez y los teólogos de Salamanca enseñaban que incluso en la católica España, personas pertenecientes a una comunidad no-cristiana podrían muy bien no experimentar duda alguna sobre la verdad de su comunión religiosa (21).

Y según el mismo teólogo, «es un hecho históricamente fuera de duda» que hombres de inteligencia profunda y de conciencia incluso escrupulosa «necesitan mucho tiempo para lograr ver plenamente la verdad de la religión católica y para seguirla irrevocablemente..... La vida íntima del Cardenal Newman anterior a su conversión definitiva nos ofrece un ejemplo de los más notables de esta verdad» (22).

Escuchemos la prudente conclusión del mismo autor: «Siendo necesariamente el problema de la responsabilidad o de la culpabilidad moral un problema individual, no se podrá aplicar a todos los medios una medida uniforme, sino que hemos de tratar de pronunciar un juicio particular sobre cada caso individual, teniendo en cuenta asimismo las facilidades o dificultades particulares con que puede tropezar cada individuo en la adquisición del conocimiento religioso que se ve obligado a poseer» (23).

**Las desviaciones religiosas de origen precristiano.**—1. Representan en su origen desviaciones del primer estatuto de

(20) *De Indis*, edit. Carnegie, Washington, 1917, pp. 248 y 250.

(21) E. DUBLANCHY, artículo *Bonne foi*, Dict. Théol. Cath., col. 1.012.

(22) E. DUBLANCHY, artículo *Bonne foi*, Dict. Théol. Cathol., col. 1.012. Newman, escribe GERARD MANLEY HOPKINS, «solía responder a quienes pretenden que los hombres cultivados no tiene excusa de ignorancia invencible, que por el contrario, tienen esta excusa más que ningún otro». *Carta* del 22 de septiembre de 1866.

(23) E. DUBLANCHY, artículo *Église*, Dict. Théol. Cath., col. 2.167.

la Iglesia, es decir, del régimen de la ley de la naturaleza. Podría decirse que en su conjunto han cedido a la tentación de sumergir a Dios en el mundo, que han desconocido la verdadera noción de creación, que han ido a parar al politeísmo o al panteísmo.

2. Estos grandes conjuntos religiosos en los que se ven amalgamados la verdad y el error, pueden constituir otros tantos patrimonios o herencias de infidelidad. Pero seríamos injustos si quisiéramos atribuir a todos sus miembros el pecado de infidelidad, si quisiéramos ver en todos ellos meros «infieles». La expresión «paganos» queda demasiado asociada a las ideas de idolatría y de superstición. Hablemos, como el Evangelio, de las «naciones», de los «Gentiles»; o de la misma manera que la Iglesia, cuando se refería a los Griegos, digamos más bien los hindúes, los budistas, etc. (24).

3. Los hombres agrupados en estas religiones erróneas no se ven privados de todo socorro divino. No hay duda de que se ven visitados individualmente y en secreto por la gracia.

Si se abren a estos impulsos de la gracia, pueden llegar a la verdadera fe y pertenecer inicialmente, pero ya desde ahora salvíficamente, a la verdadera Iglesia: San Agustín se goza en recordar que la Escritura da testimonio, por el caso de Job, de que incluso entre los Gentiles hay elegidos (25). Entonces un instinto secreto los moverá a separar, en el patrimonio que les ha sido transmitido, los aspectos de verdad y los aspectos de error (26).

---

(24) Expresiones como la de «salvación de los fieles», «mística de los infieles», «salvación de los paganos», «santidad de los paganos», son siempre harto molestas.

(25) *De civitate Dei*, libro XVIII, cap. 47.

(26) No se hallarán, por ejemplo, divididos ante la mirada de Dios los peregrinos de Pandharpour, según que hayan puesto su corazón en la práctica de los ritos paganos, o en los cantos de Toukaran: «Hemos esculpido un Vishnú de piedra, pero la piedra no es Vishnú: nuestra adoración sube hasta Vishnú..... El cuidado del universo no representa cansancio alguno para Dios..... Gloria tuya es, oh Dios, la de ser llamado Salvador de los pecadores. Los santos te llaman Señor de los que desesperan. Oyéndolo se ha llenado mi alma de confianza». Citado por MICHEL LEDRUS, S. J., *L'Inde profonde*, Lovaina, 1933, pp. 14, 25, 26.



Corporalmente, es decir, de una manera principalmente externa y visible, pertenecerán a una formación religiosa errónea; pero espiritualmente, es decir, de una manera interior e invisible ante todo, pertenecerán a la Iglesia misteriosa y visible (27).

Si por el contrario resisten a esa gracia, sucumbirán a la sugestión de la infidelidad, del politeísmo, del panteísmo de que se ven rodeados.

**La desviación religiosa del judaísmo.**—1. Cuando desconozca a Cristo, Israel, que bajo el estatuto privilegiado de la Ley mosaica es la Iglesia de la espera de Cristo, dejará de ser Iglesia.

2. Israel es en primer lugar el pueblo de la nube luminosa. La luz de las cosas espirituales se le concede en la nube de las cosas temporales. Pero llegará un día en que esta luz querrá separarse de la nube para darse libremente a todos los pueblos. El pecado de algunos, el error de muchos, consistirá en querer retener cautiva a esa luz.

Israel es portadora de una promesa divina. «Pero los frutos superarán la promesa de las flores». Si es divina la promesa, ¿cómo no ha de constituir algo insospechado su realización? Se esperaba a un Mesías. Ha venido el mismo Hijo de Dios, y ha venido para fundar un reino que se halla en este mundo, verdad es, pero que no es de este mundo. El pecado de algunos, el error de muchos, ha consistido en haber querido basarse en la promesa para rehusar la cosa prometida, y por fidelidad al tallo no haber querido aceptar la flor. «Sus en-

---

«En cuanto a las *religiones que no han nacido de la vocación de Abraham*, religiones a las que pertenece y ha pertenecido siempre una tan gran parte de la humanidad, vemos que proliferan en ellas mitos y ritos, especulaciones y reglas de vida». El esfuerzo humano ha tratado de expresar lo que no nos ha dicho la Revelación divina. A veces estas construcciones «quedarán abiertas a la vista del Dios vivo y se dejarán bañar de su gracia, y a veces se replegarán sobre sí mismas y se erigirán deliberadamente en experiencias de salvación, tratarán de suplantar a la Redención por Cristo. Sólo Dios puede aquí reconocer a los suyos, ya que se trata aquí del secreto de los corazones más misteriosos que la más íntima experiencia espiritual». OLIVIER LACOMBE, *Chemins de l'Inde et Philosophie chrétienne*, París, Alsatia, 1956, pp. 29 y 34.

(27) Véase antes, p. 281.

tendimientos están velados, y lo están hoy por el mismo velo que continúa sobre la lectura de la antigua alianza, sin percibir que sólo por Cristo ha sido removido. Hasta el día de hoy, siempre que leen a Moisés, el velo (con el que se cubría Moisés su rostro) persiste sobre sus corazones; mas cuando se vuelvan al Señor, será corrido su velo» (*II Cor.*, III, 14-16).

3. Pero también hoy ha quedado un «resto» en Israel: los primeros días de la Iglesia, días en que se hallaba constituida tan sólo de Judíos, y en los que contaba entre sus miembros a la Virgen y a los Apóstoles, son sin duda alguna los días más bellos de la Iglesia de todos los tiempos.

4. De los hombres que se hallan hoy agrupados en el Judaísmo, decimos, como decíamos antes, que son visitados individualmente por la gracia divina. Si se abren a ella, pueden pertenecer, de una manera aún inicial pero ya salvífica, a la verdadera Iglesia, e indudablemente de manera más fácil que los miembros de las religiones precristianas. Los veremos inclinar espontáneamente su corazón hacia los valores cristianos encerrados en el Antiguo Testamento. Los veremos, como por ejemplo a los *hassidim* (28), apasionarse por el culto en espíritu y en verdad, por la religión del amor divino, por las promesas de una salvación espiritual que es presentada a todos los hombres en la cruz, por una escatología que en sus rasgos esenciales coincide con la parusia anunciada por el Salvador. Corporalmente siguen aún perteneciendo al Judaísmo, pero espiritualmente son ya hijos de la Iglesia.

Si, por el contrario, resisten de manera consciente a la gracia, podrán caer, bien sea en la «infidelidad por regresión» y preferir la figura a la figurado, los reinos de este mundo al reino mesiánico, reino transétnico y transcultural a partir de Cristo, bien en la «infidelidad por deserción», como es el caso de los Judíos que han dejado de creer en sus profetas y son arrastrados por el ateísmo como restos de un naufragio.

5. Es preciso no olvidar, cuando hablamos de la desviación religiosa del Judaísmo, que por sí sola no puede en manera alguna definir la religión de todo Israel. No representan a fin de cuentas más que una etapa de su destino. Desde el punto de vista teológico —y este caso es de la com-

---

(28) Cfr. P. J. DE MENASCE, *Quand Israël aime Dieu*, París, 1931.



petencia de la teología de la historia— es imposible, si no queremos falsear totalmente las perspectivas, pronunciar un juicio sobre el pueblo de Israel sin seguirlo desde el Antiguo Testamento, en el que representa el punto supremo de condensación en esa espera de Cristo, posteriormente en la época del trágico malentendido que le hace desconocer a su Mesías, y finalmente hasta el día en que su entrada en la Iglesia será el signo precursor de «una resurrección de entre los muertos» (Rom., XI, 15) (29).

**El Islam.**—1. El Islam se funda en la perspectiva del Judaísmo más bien que en la del Cristianismo, ya que Mahoma no lo ha conocido lo suficiente como para rechazarlo con conocimiento de causa. Mahoma se aleja del politeísmo de su tribu. Queda entusiasmado por el Monoteísmo, que según se le dice, fue revelado a Abraham y retransmitido por los Profetas Isaac, Jacob, Moisés..... Quiere predicar este Monoteísmo a los suyos, a los Arabes. Pero el Monoteísmo de la Revelación Abrahámica se presenta entonces como el privilegio hereditario de un pueblo, del pueblo judío, del que él como árabe se siente irremediabilmente *excluido*. En el origen espiritual más profundo del Islam desempeña un papel de suma importancia este drama de la exclusión y del haber sido rechazado al desierto (30). ¿Cómo podrá

---

(29) El pueblo de Israel es llamado Pueblo de Dios en la época de la fidelidad. Si sigue siendo llamado de la misma manera a pesar de no haber reconocido a Cristo, su Mesías —«son amados a causa de los padres, ya que los dones y la vocación de Dios son irrevocables» (Rom., XI, 28-29)—, sucede esto en cuanto que les ha sido prometida una «reintegración». No que constituyan el Israel actual y la Iglesia como «dos ramas separadas de un único pueblo de Dios»; ni que se coloque Israel al lado de la *Iglesia-Cuerpo de Cristo* como una parte separada, para formar con ella una unidad esencial más fundamental y más completa, la de la *Iglesia en cuanto Pueblo de Dios*. Cfr. PAUL DÉMANN, *Israël et l'unité de l'Église*, en *Cahiers Sioniens*, 1953, n.º 1. Por nuestra parte no estaríamos de acuerdo, ni con esta concepción sobre la situación de Israel, ni con la distinción real de la Iglesia, *Cuerpo de Cristo*, y de la Iglesia, *Pueblo de Dios*.

(30) Tomamos esta idea de la importancia de la «exclusión» en el comienzo del Islam, de una conferencia de Louis Massignon, pronunciada el 16 de noviembre de 1956 en el Aula de la Universidad de Ginebra. Para el resto de nues-

resolver este problema Mahoma? La Revelación acudirá en su apoyo. La exclusión ha comenzado con Ismael arrojado por el mismo Abraham al desierto, pero no abandonado por Dios, y que llegará a ser el padre de un gran pueblo. (Léase este episodio extraordinario tal cual es narrado no en el Corán, sino en el mismo Génesis, XXI, 8-21). Mahoma puede de esta manera, claro está que de un modo evidentemente transhistórico porque no es posible establecer su geneología, justificar su descendencia de Abraham y la autenticidad de su misión profética respecto de las tribus arrojadas al desierto. Sueña incluso con dirigirse a Jerusalén, la ciudad de los Profetas —el «Viaje de Noche» a la «Mezquita tan alejada», Corán, XVII, 1, ha sido interpretado por ciertos comentaristas coránicos como un arrebató en espíritu, o incluso milagroso, a Jerusalén—, ya que después de Juan el Bautista y de Jesús, él es el último y el mayor de los profetas, el «sello de la profecía». Pero, con motivo de su ruptura definitiva con los Judíos, comprende que Abraham e Ismael en persona han fundado la Kaaba, y prescribe que en adelante ya no se vuelvan hacia Jerusalén, sino hacia la Meca, para orar.

2. «El texto del Corán se presenta como un dictado sobrenatural que ha tomado el profeta inspirado..... El profeta Mahoma y los musulmanes todos en pos de él veneran en el Corán una forma perfecta de la Palabra divina. Si el Cristianismo es fundamentalmente, antes que la aceptación de la Biblia, la aceptación y la imitación de Cristo, el Islam en cambio es la aceptación del Corán antes que la aceptación del Profeta..... Constituye esencialmente el Código revelado de un Estado supranacional. Un Código, ya que recuerda a los creyentes el pacto primitivo de la humanidad con su Señor, y el juicio pavoroso que le espera, el decreto que le ha predestinado y la sanción de que se ve amenazada. En breves anécdotas históricas, alusiones bien sea al pasado de los judíos y de los cristianos, bien sea al de las tribus árabes, o a la actualidad política, el texto deja entrever profetas despreciados, incrédulos castigados; promulga toda una serie

---

tras informaciones, nos referimos a RÉGIS BLANCHÈRE, *Le problème de Mahomet*, París, Presses Universitaires de France, 1952; y a las notas que acompañan a los dos volúmenes de su traducción *Le Coran*, París, Maisonneuve, 1949 y 1951.



de prescripciones sociales: fórmulas que confiesen a un Dios único, plegaria ritual para cada día, ayuno anual, diezmos que se han de dar a los necesitados, peregrinación a la Meca juntamente con reglas de estatuto personal, matrimonio y sucesiones» (31).

3. Ni el Judaísmo posterior a Cristo, ni el Islam, llegan como tales a barruntar siquiera el sentido de la tragedia del pecado original y la necesidad del misterio de la redención, de una recapitulación de todas las cosas en torno a la cruz de Cristo. Es ésta una deficiencia, una «privación» cuyo carácter irremediable siente intensamente el cristiano desde su primer contacto con el Islam (32). Hablan de la transcendencia divina pero no saben que el nombre supremo de esta divina transcendencia es el de Amor, el de un Dios que ha amado de tal manera a los hombres que les ha dado no ya un Profeta, sino a su mismo Unigénito: por primera vez en su nacimiento en la cueva de Belén, por segunda en su muerte sobre una cruz en Jerusalén.

4. Pero, a diferencia del Islam, el Judaísmo ha sido portador del verdadero Mesianismo, y si verdad es que no ha reconocido a su Mesías, no puede desprenderse sin embargo de un impulso, desviado en verdad, pero que lo va arrastrando de aventura en aventura, hasta el día en que finalmente llegará a descubrir, en el interior mismo de este mundo, el reino que no es de este mundo, reino en que le espera su Mesías (33).

---

(31) LOUIS MASSIGNON, *Situation de l'Islam*, París, 1939, p. 9.

(32) Se ha comenzado a traducir al árabe a Dostoievsky. ¿Será precisa semejante vuelta para hacer nacer en esos medios el sentido de la tragedia del hombre y el deseo secreto de una redención?

(33) El mesianismo ha pasado de Israel a la Iglesia, de una formación nacional a una formación supranacional, de su estado de preparación a su estado de floración. Véase nuestro libro *Destinées d'Israel*, París, Luf, 1945. Desde el punto de vista de la teología de la historia, podrán deducirse por ejemplo, a la luz de la revelación paulina, las razones supremas de la *dispersión de Israel*: véase esta palabra en el índice de materias del libro que acabamos de citar. Desde el punto de vista de la filosofía de la historia, podrá decirse que la misión de Israel prosigue no ya como misión eclesial, sino como misión temporal: «A Israel le ha quedado señalada, en el orden de la historia temporal y de sus propios fines, la obra de *activación terrena* del mundo. Allí está

El Judaísmo, el de la desviación —endurecido en cierto sentido por esta misma desviación—, es lo primero; el Islam será seis siglos más tarde algo así como un eco, más duro aún. La autenticidad de la profecía de Israel, de la Biblia en su totalidad, se ve libre de toda sombra para el cristiano. La profecía de Mahoma plantea por el contrario toda una serie de problemas. Lo cual no quiere en manera alguna decir que pongamos en tela de juicio su buena voluntad; no nos cabe la menor duda de que es completa (34). Pero no cabe la menor duda de que se hace sumamente extraño a un cristiano el pensar por ejemplo que el mensaje que sugería a Mahoma una noción de la transcendencia divina, incompatible con la Encarnación, le hubiera podido ser traído por el Angel Gabriel, el mismo que seis siglos antes había anunciado a la Virgen el misterio de la Encarnación.

5. Cuantos en el interior del Islam se abren a los rayos de esa luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, pueden inicial y salvíficamente pertenecer a la Iglesia de Cristo contra la cual de manera invencible están sin embargo luchando. Y entonces se verán movidos a sustituir progresivamente la religión de la letra por la religión del amor, hecho éste que comenzará a ser perceptible en los mejores de entre ellos (35). Corporalmente se hallarán aún en el

---

Israel, aun cuando no es de este mundo, en lo más profundo de la textura del mundo, para irritarlo, para exasperarlo, para moverlo. Como un cuerpo extraño, como un fermento activo introducido en la masa, le impide el que se duerma, le enseña a hallarse descontento e inquieto, mientras no tenga a Dios consigo, mientras no haya justicia en este mundo. Estimula de continuo el movimiento de la historia». JACQUES MARITAIN, *L'impossible antisémitisme*, en *Questions de conscience*, París, 1938, Desclée de Brouwer, p. 66.

(34) Incluso en los momentos en que, en el período de Medina, ayuda la profecía a Mahoma a resolver oportunamente sus casos de conciencia personales, cfr. RÉGIS BLANCHÈRE, *Le problème de Mahomet*, pp. 109, 110, etc., puede pensarse, rigurosamente, que se trata de una simple ilusión.

(35) LOUIS MASSIGNON cita estas palabras de Hallâj: «Si se arrojase un átomo de lo que tengo yo dentro de mi corazón a los montes, los montes se derretirían..... Cuando se apodera Dios de un corazón, lo vacía de cuanto no es El; cuando ama Dios a un siervo suyo, mueve a los demás a que lo persigan, para que se llegue este siervo a apretujarse sólo contra El..... Yo moriré en la confesión de la Cruz». *Le Diwân*, París, 1955, pp. XVI a XXI.

Sobre la actitud interna de Hallâj, véase LOUIS GARDET, *Expériences mystiques en terres non chrétiennes*, París, Alsatia, 1953, pp. 131 y sig.



Islam, pero espiritualmente pertenecerán cada vez más a la Iglesia.

6. Por su esfuerzo en volver a encontrar el monoteísmo de Abraham, el «hanifismo» (36), el Islam tendía a convertirse en una religión de la naturaleza. Ahora bien, no podía menos de buscar a Abraham a través de Israel, y de esta manera acabó por asemejarse al Judaísmo, al Judaísmo posterior a la desviación.

#### 4. LAS RELIGIONES CRISTIANAS DISIDENTES.

**La dialéctica interna de una Iglesia herética tiende a transformarla en Iglesia disidente.**—1. No hay duda de que son posibles Iglesias totalmente heréticas, totalmente cismáticas, es decir, Iglesias cuyos miembros se hallen en su totalidad en el pecado de herejía o en el pecado de cisma. Ahora bien, ¿son numerosas estas Iglesias? ¿Son duraderas?

Al separarse de la Iglesia de Cristo llevan consigo una parte de sus medios de santificación, lo que pudiéramos llamar vestigios de la Iglesia. Vestigios éstos que se ven condenados al fracaso en aquellos de sus miembros que se han hecho culpables personalmente del pecado de herejía o de cisma. Ahora bien, miremos lo que sucede en los hijos de estos herejes o cismáticos. Pueden ser válidamente bautizados. Entonces comienzan a pertenecer a la verdadera Iglesia tan realmente como pueden serlo aquellos a los que ella bautiza en su seno. Con el carácter bautismal se les confieren asimismo la gracia y las virtudes infusas. No son ni herejes, ni cismáticos, ni siquiera se hallan en el error.

¿Qué sucede en el momento en que, saliendo del sueño de la infancia, se encuentran frente a las opciones que presenta la vida cristiana? Lo que en torno a sí, frente a sí encuentran es un Cristianismo respecto del cual, al menos si no reciben una ayuda milagrosa, se ven incapaces de comprender que está uniendo indisolublemente la verdad divina y la lógica con un principio de muerte. La herejía ha desgarrado sobre un punto esencial la verdad que es preciso creer; el cisma, la verdad que hay que llevar a la vida. Por

---

(36) Corán, XXX, 29; XVI, 121.

esta brecha se han mezclado las tinieblas con la luz. Lo cual supuesto, las generaciones sucesivas recibirán, incluso antes de que puedan cometer un solo pecado contra la fe o el amor, *el patrimonio de una herejía, el patrimonio de un cisma* (37). Cuando nazcan, pues, los bautizados de estas Iglesias a la edad de la razón y de la deliberación, aun cuando preserven sus almas de todo mal y las conserven en la claridad del amor, no podrán en mucho tiempo, acaso nunca, discernir sobre este punto lo verdadero de lo falso y comenzarán sus vidas de cristianos adultos aceptando en su conjunto toda una herencia de herejía o de cisma.

No es que por este mero hecho queden constituidos en herejes o cismáticos. «No puede condenarse como hereje, decía San Agustín (38), a aquel que defiende su opinión, aun cuando sea errónea y perversa, sin ánimo entercado, muy en especial si no es esta opinión fruto de su presunción y de su audacia, sino que la ha heredado de padres seducidos y arrastrados por el error, y si busca con todo escrúpulo la verdad, dispuesto a someterse a ella no bien la conozca».

2. ¿Qué ha sucedido? Nos hemos imaginado una Iglesia herética en su totalidad. Pero, por las riquezas de la Iglesia de Cristo que encierra en su seno, debido asimismo a las libres invitaciones del Espíritu Santo que «rodea todas las cosas» y que quiere que se salven todos los hombres, vemos que semejante Iglesia tiende a modificarse. Algo así como si estallara el concepto de Iglesia herética bajo la presión interna de los valores cristianos que sigue encerrando en sí, y diera de este modo nacimiento a un concepto nuevo y original, es decir, al de una Iglesia en la que se transmite no ya el *pecado* de herejía, sino el *patrimonio*, la *herencia* de una herejía. No hay duda de que se trata de un patrimonio ambivalente, de un patrimonio en el que chocan la luz y las tinieblas: de un patrimonio recto a veces, ya que contiene valores cristianos de vida, seductor otras, porque estos valores se hallan no pocas veces transformados.

Digamos que la dialéctica interna de una «Iglesia herética» tiende a transformarla en otra cosa y que en cierta

---

(37) Véanse pp. 345-346.

(38) *Epístola XLIII*, n.º 1, citado por Santo Tomás, II-II, qu. 11, a. 2, ad 3.



medida es aquí el bien más fuerte que el mal. Hablemos de una «Iglesia disidente», expresión ésta que encierra la ventaja de no prejuzgar en nada las disposiciones personales, buenas o malas, de los miembros de dicha Iglesia.

**La forma de una Iglesia disidente.**— 1. Llamaremos «forma de una Iglesia disidente» el patrimonio de valores, el complejo eclesiológico bajo el que se organiza una Iglesia disidente.

2. En la forma de una Iglesia disidente mora el conflicto de dos tendencias antitéticas: la tendencia del principio cristiano y la tendencia del principio de error. Ora será una la que se adelante, ora la otra, pero ninguna de ellas consigue eliminar a la otra.

En algunos casos seguirá siendo considerable la postura fundamental del principio cristiano, y el principio de error, aun cuando representa un mal incalculable, parecerá relativamente de importancia secundaria: incluso llegará a dudar uno de hablar de *vestigios de la Iglesia*; son *porciones inmensas de una herencia* las que se conservan. En otros casos por el contrario, el principio de error llegará a causar verdaderos estragos en el patrimonio cristiano. Existe un verdadero abismo por ejemplo, entre una Iglesia como la Iglesia ortodoxa, Iglesia que recibe la casi totalidad del mensaje cristiano, Iglesia que llega incluso a confesar que Cristo ha legado a su Iglesia un poder jurisdiccional declarativo y canónico y que no comienza a errar más que en el momento en que se trata de determinar en quién reside esencialmente este poder, y una Iglesia que por su principio de error se viera arrastrada a desconocer incluso la naturaleza y la necesidad de los Sacramentos de la Nueva Ley, o a negar la Divinidad de Cristo o la Trinidad.

Con lo que se ve claramente que querer atribuir al Espíritu Santo la forma de una Iglesia disidente y el conflicto interior que la va royendo, equivaldría a cometer una blasfemia. Al Espíritu Santo es preciso atribuir, en el interior de este patrimonio, el mantenimiento del elemento cristiano, las recrudescencias de su dinamismo, el éxito de sus avances. Pero también tiene sus éxitos y su dinamismo el principio de error. Por su misma dialéctica tiende a hacer mayor el desgarrón.

3. Las iglesias disidentes son trozos de la Iglesia cris-

tiana. Pero su Cristianismo es un Cristianismo mutilado. Le falta por lo menos esa dirección única que baja de la realeza de Cristo, y que al tocar la tierra se concreta en la jurisdicción suprema, declarativa y canónica, del Soberano Pontífice. Lo que ellas aceptan libremente como regla de su fe y de su vida es otra regla semejante a la católica en determinados puntos esenciales, divergente en otros puntos también esenciales. No hay duda de que esta regla deja grabada en ellas una impronta original, y las separa de la unidad orgánica, católica, ecuménica, de la Iglesia de Cristo.

**La Iglesia anglicana.**—1. Newman ha contado, en la *Apología pro vita sua* cómo sintió, poco después de haber abandonado la Iglesia de Inglaterra, que se operaba en su interior un cambio profundo en la manera de considerarla. Experimentó, escribe él, un asombro extremo al pensar que hubiera podido imaginar anteriormente que fuera dicha Iglesia una porción de la Iglesia católica: «Por primera vez, pude verla desde el exterior y (para ser sincero) pude verla tal cual es..... La vi como si de pronto se hubieran abierto mis ojos, con una especie de evidencia, independientemente de todo acto de razón, de todo raciocinio: y así he seguido viéndola desde entonces. Creo yo que es preciso buscar la causa principal de este cambio en el contraste que formaba al compararla con la Iglesia católica. En ésta podía yo encontrar de golpe una realidad que constituía algo totalmente nuevo para mí. Entonces sentí que no era la Iglesia que había levantado yo con el esfuerzo de mi pensamiento.....».

2. ¿Qué piensa desde entonces de la Iglesia anglicana? Habla de ella, dice él, «sin desprecio alguno». Cree que, aun no siendo una institución divina, sigue siendo sin embargo una gran obra: «Yo veo en la Iglesia anglicana una institución digna de toda veneración, una institución ennoblecida por sus recursos históricos, un monumento de la sabiduría del pasado, un arma de suma importancia en manos del poder político, un gran órgano nacional, una fuente de considerables ventajas para el pueblo, y hasta cierto punto un testigo y una escuela de verdad religiosa..... Pero el que constituya algo sagrado, que sea oráculo de la doctrina revelada, que pueda hablar de San Ignacio o de San Cipriano como de antepasados suyos, que pueda hacer suyo el rango de la Iglesia de Pedro, que pueda poner en duda sus enseñanzas o poner trabas en su camino, que



pueda llamarse la Esposa del Cordero, he ahí otras tantas concepciones que han desaparecido de mi espíritu desde el día de mi conversión y para evocar las cuales habría menester, por así decirlo, de un milagro: «Tal cual es, sin embargo, ha sido el instrumento escogido por la Providencia» para depararle inmensos dones: «Si hubiera nacido en una secta disidente, es muy posible que no hubiera sido jamás bautizado; incluso si hubiera nacido en la Iglesia presbiteriana inglesa, acaso no hubiera llegado a conocer la divinidad de nuestro Señor; si no hubiera llegado a Oxford, es muy posible que jamás hubiese llegado a oír hablar de la Iglesia visible de la Tradición o de otras enseñanzas de la Iglesia católica».

3. Y pasando a continuación a la conducta que es preciso observar respecto de la Iglesia de Inglaterra, concluye: «En tanto que son tan débiles en Inglaterra los católicos, es ella la que lleva a cabo nuestro trabajo; y aun cuando es verdad que en cierta medida nos causa un cierto daño, sin embargo, al menos al presente, la balanza se inclina en nuestro favor.... Opinión personal mía es que en esta hora que constituye su obra suprema, debemos ayudarle y sostenerla según nos es dado, en interés de la verdad dogmática. En cuanto a mí —en tanto que no me vea obligado por el deber, porque en este caso no tendría más remedio que romper con esta norma—, quisiera evitar cuanto pueda debilitar su influjo sobre el espíritu público, cuanto tienda a conmover su constitución o pueda frenar el esfuerzo que desarrolla para mantener los grandes principios, las grandes enseñanzas cristianas y católicas que ha predicado hasta el presente con tanta utilidad» (39).

¿No parecen indicarnos estas líneas, ya de antemano, la actitud de confianza que ha de observar *a fortiori* un católico respecto de la Iglesia ortodoxa?

**La Iglesia ortodoxa no es cismática, sino disidente.**— Algunos teólogos que adoptan una terminología relativamente moderna, consideran a las Iglesias orientales como verdaderamente *cismáticas y heréticas*. «Sin embargo, suelen añadir ellos, en la práctica, para no herir a los fieles de estas Iglesias y para facilitarles de esta manera la vuelta a la ver-

---

(39) Nota E de la *Apología pro vita sua*, Londres, 1920, pp. 379-383.

dadera Iglesia, podrá muy bien, sin detrimento de la verdad, hacerse uso de las denominaciones más benignas de *Iglesias disidentes*, de *Iglesias separadas*» (40).

Por el contrario, si nos mostramos fieles a la terminología de Santo Tomás, será preciso que no sólo por razones *prudenciales*, sino por razones *doctrinales*, nos neguemos a calificar a las Iglesias orientales no católicas, y lo mismo se diga de las Iglesias protestantes, de Iglesias heréticas o de Iglesias cismáticas. La única denominación que nos parece teológicamente exacta es la de Iglesias disidentes, o de Iglesias separadas, o de una manera más general, de Iglesias no católicas.

**Los miembros de una Iglesia disidente.**—1.º Entre muchos de ellos podrá prevalecer el impulso de la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. De manera secreta los conducirá a prestar su adhesión a las *verdades cristianas* que subsisten en el seno de su propia Iglesia a revalorizarlas, a vivir de ellas, a enderezarlas en la medida en que se hallan amenazadas, desviadas, empequeñecidas desgraciadamente, debido al drama interno de las Iglesias disidentes.

Lo mejor de entre ellos lo constituirán esos justos que se dejan invadir de la fe viva y que inicialmente, aunque ya eficaz y salvíficamente, pertenecen a la Iglesia de Cristo. En un bello comentario a los Salmos ha enseñado el mismo San Agustín que incluso fuera de la Iglesia católica puede el bautismo seguir dando frutos de amor: «Ya os he explicado por qué traje al arca la paloma hojas y frutos. Con esto se quería dar a entender que la Paloma trae al Arca, conduce a la unidad a aquellos que se hallan bautizados fuera de la Iglesia, semejantes a los árboles que han quedado sumergidos fuera del arca, pero que no tienen tan sólo hojas, es decir, palabras, sino también frutos, es decir, la Caridad» (41). Así, pues, si se llegan a nosotros, hablemos de su *conversión*, o más exactamente de su profesión de fe, de su *entrada en la Iglesia*.

---

(40) MARTIN JUGIE, *Theologia dogmatica christianorum orientalium ab Ecclesia dissidentium*, París, 1926, t. I, p. 20.

(41) *Enarr. in Psalm. CXXVII*, n.º 13. Cfr. *Contra Faustum*, lib. XII, cap. XX.



No de los disidentes, sino de sólo los herejes es preciso exigir una *abjuración*.

2. Ahora bien, podrá suceder por el contrario, que algunos de los disidentes *dejen triunfar en sí mismos el espíritu de cisma o de herejía*, y encuentren entonces en su misma Iglesia, para hacer de él un arma contra la verdad, el *mensaje erróneo* que han ido depositando en ella el cisma, la herejía o el error de un comienzo. Estos tales al pecar contra la luz, se convertirían de disidentes en cismáticos o herejes.

3. Vamos a considerar en qué se convierte una Iglesia disidente en la medida en que se ve representada por sus miembros justos.

Estos no constituyen un mero agregado de personas de los que cada una perteneciese *por separado*, por su deseo, a la Iglesia de Cristo. Forman más bien un *bloque* que tiene su propia fisonomía y que queda unido como tal a la verdadera Iglesia.

Supongamos, caso éste el más eminente, que este bloque pertenezca a las Iglesias Orientales en las que se conservan los siete Sacramentos de la Nueva Ley. Supongamos aún más: que encierra en su seno grandes santos, hombres de oración profunda, mártires, y que la necesidad en que se ha visto de confesar la fe a lo largo de terribles y duras persecuciones la haya obligado a abrazar con una mayor fidelidad todo cuanto le era accesible en el auténtico mensaje cristiano. Supongamos finalmente que subsista dicha Iglesia en una región en la que está ausente la Iglesia católica o se halla prácticamente reducida a la impotencia, y en la que, para usar la expresión de Newman, sea ella la única que pueda «llevar a cabo nuestro trabajo».

En este caso, desde el punto de vista de la teología católica, lo que aparece con toda evidencia no es en manera alguna una tendencia de dicha Iglesia a formar una comunión que trate de *yuxtaponerse* a la comunión romana para formar junto a ella otra rama legítima de la Iglesia de Cristo; será más bien una tendencia a *identificarse* de manera cada vez más profunda con la misma comunión romana. No le faltará, para coincidir totalmente con ella, más que esa «unidad de orientación» de la que ha querido Cristo sin duda alguna dotar a su Iglesia.

Por eso parecenos que lo que en primer lugar hemos de pedir es la santificación de todos los grupos que llevan la

denominación de cristianos. Su unión a la Iglesia se seguirá por vía de consecuencia.

**Las Iglesias separadas y la Iglesia de la que se han separado.**—Tengamos cuidado, al hablar de las Iglesias cristianas disidentes, separadas, desunidas, en no nombrar entre ellas a la Iglesia católica. Porque haciéndolo caeríamos, acaso sin darnos cuenta de ello, en el error.

1. Desde el punto de vista católico, existen las Iglesias separadas y existe la Iglesia de la que se han separado aquéllas, la Iglesia de Cristo; Iglesias disidentes y la Iglesia de la que son aquéllas disidentes, la Iglesia de Cristo; Iglesias desunidas y la Iglesia de la que se han desunido aquéllas, la Iglesia de Cristo.

Patrimonio de esta Iglesia de Cristo son los auténticos valores divinos conservados en las Iglesias separadas, en las que se encuentran dichos valores no pocas veces mezclados con el error y sometidos a la acción del mismo principio de su disidencia.

La tarea de un «ecumenismo» católico consiste: por una parte en determinar teológicamente el estatuto de las Iglesias disidentes como Iglesias, y las relaciones que como tales Iglesias tienen respecto de la verdadera Iglesia y de su unidad (42); en invitar constantemente a los católicos, por otra parte, a que alejen de su vida y de sus corazones, con un celo cada día más atento, cuanto trate por su misma naturaleza de oscurecer a los ojos de los demás y muy en especial a los ojos de uno mismo el misterio inmenso de la catolicidad de su Iglesia, y de poner trabas a la auténtica esperanza evangélica de la conversión del mundo.

2. Constituye una concepción bastante extendida en el movimiento ecuménico protestante la de que la misma Iglesia de Cristo habría quedado deshecha por el pecado de los hombres. No quedarían de ella más que esos fragmentos, más o menos considerables, que son las «Iglesias separadas»: catolicismo, ortodoxia, protestantismo. Por eso sería preciso buscarla delante de nosotros, en el futuro. Es una Iglesia que nos solicita como un ideal que es preciso llevar a cabo.

---

(42) M. J. CONGAR, O. P., *Chréliens désunis, Principes d'un «ecuménisme» catholique*, París, 1937, Prefacio.



Es una Iglesia que será construida con las aportaciones complementarias de las diferentes Iglesias cristianas, las cuales, mientras no se vean «superadas» para unirse, habrán de seguir siendo consideradas como Iglesias «separadas». Por eso se tiende a no hablar de una *vuelta* de las Iglesias separadas a la Iglesia de la que se han separado.

## 5. LAS FORMACIONES ATEAS.

Nos referimos a toda esa serie de formas políticas y culturales con espíritu de conquista del *ateísmo declarado*, que han aparecido en nuestros días sobre la escena del mundo.

1. En el origen de este ateísmo se da una negación del Cristianismo, un pecado de apostasia. No es una negación del verdadero Dios semejante a la que había precipitado a los pueblos antiguos en la sima del paganismo. Es una negación incomparablemente más virulenta: propiamente hablando, no se trata de un ateísmo sino de un anti-teísmo; y más precisamente de una negación del Dios de Amor que ha entregado al mundo a su Unigénito, y por consiguiente de un anti-cristianismo, de algo así como «una religión del Anticristo».

2. Estudiando el sentido del ateísmo de nuestros días (43), subraya Jacques Maritain su contradicción interna más profunda. El ateísmo absoluto pretende liberar al hombre de toda servidumbre, de toda «alineación», de toda «heteronomía», por el hecho de negar un Dios transcendente. Ahora bien, la negación absoluta de la transcendencia tiene como corolario la proclamación de la inmanencia absoluta. Lo cual supuesto, todo el movimiento de la existencia temporal queda como absorbido en el flujo del tiempo. Nada de valores transcendentales: verdad, justicia, distinción del bien y del mal desaparecen como por encanto. Lo verdadero se convierte en lo que es útil en cada momento: lo que es vil hoy, será noble mañana. El mismo hombre muere totalmente, sin que quede en él nada que pueda salvarse. El ateo absoluto se entrega al gran Minotauro de la historia, que devora a los hombres.

---

(43) *La significación del ateísmo contemporáneo*, ed. española, Desclée de Brouwer, Buenos Aires.

Así, pues, se había echado por tierra a Dios para proclamar la total independencia, la total emancipación del hombre; y se acaba con un acto de sumisión, de abdicación ante el omnipotente movimiento de la Historia, ante el Dios ciego de la Historia. Para Hegel y Marx será la Historia la que constituya el último Juicio. Para el cristiano es el Último Juicio el que juzgará a la Historia.

3. Es preciso distinguir diversas clases de ateísmo. Hay *seudoateos* que estiman creer en Dios y que, de hecho, creen, aunque inconscientemente, en El, porque el Dios cuya existencia niegan no es Dios, sino otra cosa. En efecto, son posibles entre lo consciente y lo inconsciente, entre el registro de las afirmaciones conceptuales y el dinamismo secreto de la vida preconsciente del espíritu, toda clase de hendiduras y desacuerdos, cismas, escisiones y contradicciones que pasan inadvertidas al sujeto.

Hay *ateos prácticos* que estiman creer en Dios (y que muy posiblemente creen en El en sus cabezas) y que en la realidad de su proceder niegan la existencia de Dios en cada una de sus acciones: del Dios vivo han hecho un ídolo.

Hay ateos absolutos que niegan realmente la existencia de ese Dios en el que creen los creyentes, y que se ven por lo mismo obligados a cambiar toda su escala de valores y a destruir en sus vidas cuanto pueda recordar su Nombre. No olvidan a Dios, sino que piensan constantemente en El para poder liberarse de su presencia (44).

4. Sabemos que la Omnipotencia del Amor divino envía la luz de su gracia hasta el mismo interior de las formaciones ateas: por grandes que sean los esfuerzos que pueda emprender la propaganda sabemos que no hay alma que no se vea llamada individualmente por Dios.

## 6. EL AXIOMA «FUERA DE LA IGLESIA NO HAY SALVACIÓN».

Si es verdad que no hay salvación fuera de Cristo, y que pertenecer a Cristo equivale a formar parte de la Iglesia, no hay duda de que el axioma «fuera de la Iglesia no hay salva-

---

(44) JACQUES MARITAIN, *Razón y razones*, ed. española, Desclée de Brouwer, 1951; Buenos Aires, pp. 143 ss. y 165 ss.



ción» habrá de hallarse presente, aun cuando lo sea tan sólo de manera latente, en todos los textos del Nuevo Testamento.

**Según el Nuevo Testamento, la salvación se realiza por la incorporación a Cristo y a la Iglesia.**—1. El mensaje evangélico es dirigido a todos los hombres, judíos y gentiles (*I Cor.*, I, 24; *Eph.*, II, 14); está destinado a las naciones de todos los tiempos (*Mt.*, XXVIII, 19-20); es una gran luz para cuantos se hallan postrados en las sombras de la muerte (*Mt.*, IV, 16). Cuantos lo reciben no forman más que una realidad con Cristo (*Jo.*, XVII, 23); son sarmientos de la Viña (*Jo.*, XV, 4-5), miembros de Cristo (*I Cor.*, XII, 12), llegan a ser conformes con El (*Rom.*, VIII, 29), en ellos vive Cristo (*Gal.*, II, 20). De esta manera constituye «su» Iglesia (*Mt.*, XVI, 18), que es su Cuerpo y de la que El es Cabeza (*Eph.*, I, 22-23), en la que se entra por el Bautismo (*Mt.*, XXVIII, 19; *Eph.*, IV, 5). Se hallan ya en la salvación (*Rom.*, I, 16). Recibir el mensaje, constituir una sola cosa con Cristo, formar su Iglesia, hallarse en la salvación, son expresiones sinónimas. La salvación es incorporación a Cristo y a su Iglesia.

2. De manera semejante, rechazar el mensaje, hallarse fuera de Cristo, fuera de la Iglesia, fuera de la salvación, son también expresiones sinónimas: «Si se niegan a acogeros y a escuchar nuestra palabra, salid de esa casa o de esa ciudad sacudiendo incluso el polvo de vuestros pies. En verdad os digo: en el día del Juicio, el país de Sodoma y Gomorra será tratado de manera más benigna que esa ciudad» (*Mt.*, X, 14-15). «El que no permanece en Mí es echado fuera como el sarmiento, y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan» (*Jo.*, XV, 6). «Si se niega incluso a escuchar a la Iglesia, tenlo por pagano y publicano» (*Mt.*, XVIII, 17). «En verdad, en verdad, te digo: quien no nace de nuevo del agua y del Espíritu, no puede entrar en el Reino de Dios» (*Jo.*, III, 5). Fuera de la incorporación a Cristo y a su Iglesia, no hay salvación.

3. En el Libro de los Hechos de los Apóstoles se dice expresamente que no hay salvación fuera de Cristo: «El es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. En ningún otro hay salvación, pues ningún otro nombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos» (IV, 11-12). En San Pablo se dice expresamente que la Iglesia es el Cuerpo de

Cristo, ya que Dios «a El sujetó todas las cosas bajo sus pies y le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que lo acaba todo en todos» (*Eph.*, I, 22-23). De lo que se sigue necesariamente que fuera de la Iglesia no hay salvación.

**Tres precisiones del Evangelio.**—Tres observaciones, sugeridas por la Escritura, alumbran este axioma:

a) El axioma se refiere directamente a quienes, iluminados inmediatamente por la luz evangélica, se niegan a recibirla (*Lc.*, II, 34; *Jo.*, III, 19, IX, 39; *Mt.*, XXII, 8-9). Se refiere de manera más directa todavía a quienes tras de haber comprendido y aceptado la predicación evangélica, reniegan de ella por lo que se llamará más tarde los pecados de cisma y de herejía (*I Tim.*, I, 20; *I Jo.*, II, 18-19; *II Jo.*, 10).

b) El axioma no quiere en manera alguna decir que toda pertenencia a la Iglesia sea por lo mismo salvífica. Por el contrario los cristianos pecadores, que no se convierten a tiempo, serán condenados (*Mt.*, XIII, 41-42; *Mt.*, XV, 41; XXII, 12-14). ¿De qué le servirá al cristiano su fe si no tiene caridad? (*I Cor.*, XIII, 2; *Gal.*, V, 6; *Sant.*, II, 14; *Lec.*, XIII, 9).

c) El axioma no excluye una pertenencia a Cristo y a su Iglesia, latente, tendencial, y sin embargo ya salvífica.

En efecto, por una parte, normalmente y por anticipación, todos los justos de las *épocas anteriores* a Cristo dependen de Cristo. Es el día de Cristo el que los ilumina de la misma manera que iluminaba a Abraham (*Jo.*, VIII, 56). La Mujer que da al mundo el Niño varón (*Apoc.*, XII, 5) es, resumida en la Virgen, la Iglesia anterior a Cristo.

Por otra parte, Cristo suple la ausencia de una proposición expresa y suficiente del mensaje evangélico por iluminaciones y mociones secretas de la gracia, en las muchedumbres a las que no puede hacer oír, ya en la *era nueva*, la predicación apostólica, a todas esas muchedumbres que viven bajo un régimen anormal, víctimas de una ignorancia invencible cuyas causas y grados pueden variar tanto como los individuos. En efecto, Dios, nuestro Salvador, «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Ahora bien, Dios es único como único es asimismo el mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre que se ha entregado por nuestra redención» (*I Tim.*, II, 4-6). Jesús es «la luz verdadera



que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jo.*, I, 9); ha dicho que todos los hombres quedarán atraídos hacia sí (*Jo.*, XII, 32); que tiene otras ovejas además de las de Israel (*Jo.*, X, 16); y añadirá: «Quien no está en contra de vosotros con vosotros está» (*Mac.*, IX, 38-40). Los Magos adivinan su presencia (*Mt.*, II, 11); alaba la fe de los extranjeros como por ejemplo la del centurión (*Mt.*, VIII, 10) y la de la Cananea (*Mt.*, XV, 28).

**El misterio del axioma.**—Así, pues, según el Nuevo Testamento, es preciso sostener: 1.º que no hay salvación más que perteneciendo a Cristo y a su Iglesia; 2.º que algunos pecadores, privados de la caridad, pertenecen a Cristo y a su Iglesia, pero de una manera estéril, no salvífica: se asemejan a esas higueras de las que se espera cada año el fruto antes de cortarlas; 3.º que algunos justos que no pertenecen aún corporalmente a Cristo y a la Iglesia, les pertenecen sin embargo espiritualmente, de una manera inicial, tendencial, salvífica ya: se asemejan a esas ovejas de buena voluntad, a las que pone trabas alguna de las formas de ignorancia invencible, y que sin embargo se dirigen, muchas veces sin darse cuenta de ello, hacia el único rebaño regido por el único pastor.

Esta necesidad de pertenecer a Cristo y a su Iglesia, de que nos habla la Escritura, constituye un misterio único y simple, pero de tal profundidad que no podemos comprenderlo más que por una serie de proposiciones complementarias que empujan a la inteligencia del creyente a pasar a la otra parte, hasta el silencio de la fe. Para quienes no se llegan tan arriba, para los que separan la Iglesia y el Cuerpo de Cristo, el pertenecer a la Iglesia y el pertenecer a Cristo o que juzgan de la Iglesia midiéndola por el rasero de las sociedades humanas, el axioma «fuera de la Iglesia no hay salvación» carece de sentido. No podrá ser más que un «slogan» que hacen suyo los fanáticos para entenderlo literalmente o rechazarlo sin más, según les venga bien.

**El axioma en los Padres.**—Cuando los Padres declaran a alguien fuera de la salvación, se refieren a quienes se separan de la Iglesia por un pecado de herejía o de cisma: «Quienquiera que siga a un fautor de cisma no heredará el reino de Dios» (San Ignacio de Antioquía). No tienen parte en el Espíritu «quienes se desgajan de la vida por una loca escisión y por un

paso fatal. En efecto, el Espíritu de Dios se encuentra allí donde se halla la Iglesia» (San Ireneo). «Fuera de esta casa, es decir, fuera de la Iglesia, nadie se salva; ya que quien se encuentra fuera, ha firmado su propia condena» (Orígenes). «No tendrá acceso a la recompensa de Cristo quien abandona la Iglesia de Cristo. No puede tener por Padre a Dios quien no tiene a la Iglesia por Madre» (San Cipriano).

La comparación del Arca de Noé de que usan los Padres, no dice que toda pertenencia a Cristo y a la Iglesia haya de ser salvífica; ni niega tampoco que pueda haber grados en la pertenencia salvífica. Es una comparación, pues, que necesita explicación. Se dirá por ejemplo, que había animales impuros dentro del arca, y que, por fuera la escoltaban, qué duda cabe, buenos peces.

**El deseo del bautismo según San Ambrosio.**—En el discurso que pronunció San Ambrosio con motivo de la muerte del Emperador Valentiniano II, asesinado en 392, antes de que hubiera podido recibir el Bautismo, nos encontramos con un texto capital: «Por lo que a mí respecta, he perdido a quien iba a engendrar al Evangelio; *pero él no ha perdido la gracia que había suplicado.....* ¿Qué tenemos nosotros en nuestro poder más que la voluntad, el deseo, *nisi voluntas, nisi petitio?* Ahora bien, no hace tiempo que ha manifestado este deseo suyo, *hoc voti habuit*, de hacerse instruir antes de entrar en Italia, y declarado su designio de hacerse bautizar inmediatamente por mí..... ¿Le faltará por ventura la gracia que ha deseado, la gracia que ha pedido? *No hay duda de que si la ha pedido, la ha recibido.* De ahí que esté escrito en el Libro de la Sabiduría, IV, 7: Sea cual fuere la muerte del justo, su alma mora en paz» (45).

**El axioma en el Magisterio eclesiástico.**—Una carta del Santo Oficio del Arzobispo de Boston, del 8 de agosto de 1949, hecha pública el 4 de septiembre de 1952, resume sobre este punto las enseñanzas anteriores del magisterio: «Para que logre una persona la salvación eterna, no siempre se exige que se halle visiblemente, *reapse*, incorporada a la Iglesia como miembro de ella; pero es requisito indispensable que

---

(45) P. L., t. XVI, col. 1.368 y 1.374.



preste su adhesión a dicha Iglesia por lo menos por su propósito y su deseo, *volo et desiderio*. Sin embargo no siempre es necesario que sea este propósito explícito, como puede serlo en los catecúmenos; cuando se encuentra una persona en una ignorancia invencible, Dios llega a aceptar incluso su *propósito implícito*, así llamado porque se halla incluido en la buena disposición del alma por la que quiere el hombre hacer su voluntad conforme a la de Dios» (46).

**Explicación del axioma.**—Puede considerarse a la Iglesia: *a)* en el estado de floración y de perfección absoluta que recibe de Cristo por medio de la Jerarquía; *b)* en el estado normal de su formación antes de la venida de Cristo; *c)* en el estado anormal de quienes tras la venida de Cristo no le pertenecen todavía visible y corporalmente, sino tan sólo invisible y espiritualmente, por su deseo.

De ahí que haya tres regímenes distintos: *a)* el régimen de pertenencia manifiesta a la Iglesia; *b)* el régimen normal de pertenencia latente antes de Cristo; *c)* el régimen normal de pertenencia latente después de Cristo.

**El régimen de pertenencia manifiesta.**—1. La Iglesia, que es la Esposa y el Cuerpo de Cristo, es «gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa e inmaculada» (*Eph.*, V, 27). Y sin embargo contiene pecadores: «Hay en el reino del Hijo del Hombre, escándalos y fautores de iniquidad» (*Mt.*, XIII, 41); el reino de los cielos se asemeja a la red que coge peces de todas clases; los buenos quedan guardados, los malos son arrojados: lo mismo sucederá al fin del mundo, en que los ángeles se encargarán de separar a los malos de los buenos (*Mt.*, XIII, 48-49).

2. ¿Cómo es posible que sean los pecadores miembros de la Iglesia? Se trata, claro está, de pecadores bautizados en los que subsiste la fe, que han perdido la caridad, pero no han pecado por cisma. Estos tales son miembros de la Iglesia:

*a)* De una manera parcial por los dones divinos que siguen subsistiendo en ellos. Por su pecado, que representa

---

(46) Texto latino en *The American Ecclesiastical Review*, col. CXXVII, n.º 4, octubre 1952, pp. 307-311.

su opinión más secreta, se hallan fuera de la Iglesia y dependen del Príncipe de este mundo. Hay pecadores en la Iglesia, pero no logran introducir en ella su pecado. Las fronteras de la Iglesia dividen sus corazones.

b) De una manera propia y verdadera, ya que la gracia cultural, orientada, que es el alma de la Iglesia, se halla presente en ellos por el influjo que siguen ejerciendo en ellos a través de los miembros justos. De lo que se sigue que cae por tierra el dilema que se proponía: o considerar a los pecadores como verdaderos miembros de la Iglesia, y esto supuesto excluir la caridad de la definición de la Iglesia; o por el contrario incluir a la caridad en la definición de la Iglesia, y de esta manera dejar de tener a los pecadores por verdaderos miembros de la Iglesia (47).

c) De una manera salvífica, no directa e inmediatamente, sino directa y mediata.

Podrá resumirse toda esta doctrina afirmando que pertenecen a la Iglesia, *visible y corporalmente* por una parte de su corazón; pero no *invisible, espiritualmente*, por lo más importante de su corazón.

3. ¿Cuál es la razón de que contenga la Iglesia en sí pecadores, y tantos pecadores?

En primer lugar porque es finalidad suya la de llevar la redención allí donde reside el mal. Se encuentra por doquier con pecadores. No se conforma con tocarlos de lejos. Los aprieta contra su seno, para curarlos con su contacto. También ella consiente en «comer con los publicanos y pecadores» (*Mt.*, IX, 11).

Además, porque siente que es más fuerte que el pecado, ya que lleva en sí la luz y la sangre de la redención.

Y porque teme que, arrancando la cizaña, se arranque también el trigo.

Finalmente porque la miseria de los miembros pecadores provoca la caridad de los miembros justos. «Sé bueno, decía San Agustín, y soporta el mal doblemente: en el exterior y en tu interior» (48).

---

(47) Véase p. 251.

(48) *Sermón XV*, n.º 6.



**El régimen normal de la pertenencia latente antes de Cristo.**—1. Ya antes de Cristo existía la Iglesia de Cristo, con una existencia, verdad es, confusa aún, como esbozada tan sólo, preparatoria, con una existencia en formación que va precisándose progresivamente. A través de todas las redes de la ciudad del mal conduce hasta sí, uniéndolos por los lazos más secretos, a cuantos, acaso sin saberlo, van a salvarse en nombre de Cristo que va a venir. El régimen normal de la humanidad queda entonces constituido por un régimen de pertenencia latente y tendencial al Cristo que va a venir y a su Iglesia.

2. En efecto, después de la caída, Dios perdona al hombre y derrama sobre el mundo la gracia de la salvación, en consideración a la sangre de la cruz venidera (*Col.*, I, 20-21). De esta gracia que precede a Cristo, y que será sin embargo merecida un día por Cristo, puede decirse ya desde ahora que es cristiana por anticipación.

Ya antes de Cristo está formando la Iglesia de Cristo; pero esta Iglesia en acto tendencial es la Iglesia en acto acabado, lo que la claridad del alba al sol que se levanta, lo que el tallo a la flor que de él brota. Las mejores gracias que la componen son plantas maravillosas, pero plantas que no han hallado aún el clima necesario para florecer.

«En verdad os digo que muchos profetas y justos han deseado ver lo que estáis vosotros viendo.....» (*Mt.*, XIII, 17). Abraham ha podido contemplar a lo lejos el día de Cristo (*Jo.*, VIII, 56); ahora bien, por más inigualable que pueda ser la santidad de Abraham, puede decir el menor en el reino que «su estado es superior al de Abraham». Abraham esperará en el Limbo la venida de Cristo; sólo entonces podrán florecer las gracias que lleva en sí cautivas.

3. Pueden distinguirse dos regímenes anormales de pertenencia latente y tendencial al Cristo que ha de venir: el de la ley de la naturaleza, en el que se infiltra la gracia en los corazones de la manera más secreta, a modo de instinto; el régimen más manifiesto de la ley mosaica. Regímenes ambos que se hallan simbolizados en el cielo raso de la Capilla Sixtina por las Sibilas y los Profetas.

No cosecha Dios lo que no ha sembrado. A los Griegos, que han recibido menos, les pide también menos; a los Judíos, a los que ha dado más, les exige asimismo más (*Rom.*, II, 6-16).

Ambos pueblos se dirigen hacia Cristo. Y se unirán en él, como se unen las dos aristas de la piedra angular, para formar en El un pueblo nuevo (*Eph.*, II, 13-22).

4. Todos los justos de la Ley de la naturaleza, y cuantos, perteneciendo a la ley mosaica, han sido vivificados por una gracia cristiana ya por anticipación, son algo así como los puntos de una nebulosa en formación que está esperando su centro de condensación. Son conducidos, sostenidos, dirigidos hacia su fin, por algo que comenzará a existir tan sólo después de ellos, es decir, por Cristo y por su Iglesia en acto acabado. La Epístola a los Hebreos acaba el elogio que hace de los antiguos Padres con las siguientes palabras realmente extraordinarias: «Y todos éstos, con ser recomendables por su fe, no alcanzaron la promesa, porque Dios tenía previsto algo mejor sobre nosotros, *para que sin nosotros no alcanzasen la perfección*» (*Hebr.*, XI, 39-40).

**El régimen anormal de la pertenencia latente tras la venida de Cristo.**—1. «No hay más que un único Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se ha entregado a sí mismo como redención en favor nuestro» (*I Tim.*, II, 5).

Las gracias de salvación que son merecidas por la oración de Cristo en la Cruz, son concedidas a los hombres en primer lugar por *anticipación*. Pero una vez que llegue la plenitud de los tiempos (*Gal.*, IV, 4), una vez que aparezca Cristo, llegará la gracia hasta el mundo a través de El por *derivación* de su plenitud (*Jo.*, I, 16).

2. Esta derivación puede realizarse de dos maneras, por contacto o a distancia: de la misma manera que curaba Jesús a los enfermos unas veces por contacto y otras a distancia.

Cristo obra *por contacto* sobre aquellos que se acercan a El. A estos tales les comunica una gracia privilegiada, plenamente cristiana y cristoconformante, que hace florecer la Iglesia en torno suyo y la constituye en acto acabado. Y para poder proseguir en el mundo esas gracias de contacto, deja Cristo, una vez que está a punto de subir al cielo, una Jerarquía visible sobre la tierra.

Por el contrario, con todos aquellos contemporáneos que no llegaron a conocerle, y a los que visitaba con los rayos de gracia que brotaban de su corazón, obraba tan sólo *a distancia*. Esta gracia de iluminación y de amor se halla desti-



nada a salvarlos, pero no tiene los privilegios que posee la gracia por contacto. Doquiera sin embargo es recibida, se halla la Iglesia latente, en acto tendencial.

3. El régimen de las gracias de contacto, régimen que suscita a la Iglesia en acto acabado, se va a convertir en el régimen normal y definitivo de salvación para el mundo entero. Es un régimen destinado por el Salvador para ser llevado a todos los hombres, a todas las épocas (*Mt.*, XXVIII, 19-20).

4. Es entonces cuando sobreviene la contraofensiva del Príncipe de las tinieblas y de la ciudad del mal. La predicación apostólica a la que debía conducir de golpe el impulso de Pentecostés hasta los confines de la tierra para hacer desaparecer el conjunto todo de las desviaciones religiosas pre-cristianas, se verá lleno de trabas por parte de las resistencias del exterior, y más aún acaso por las miserias y los escándalos de no pocos cristianos. Brotarán nuevas formaciones ateas, nuevas desviaciones religiosas. Tras de veinte siglos, que han podido contemplar tantos intercambios culturales, tantas santas tentativas misioneras, tantos mártires, la Iglesia en acto acabado no constituye en Africa, en América, en el Extremo Oriente, e incluso por qué no decirlo, en el mundo entero, más que un muy reducido rebaño.

5. Designio *supremo* de Dios es sin duda que todas estas resistencias se conviertan en otras tantas ventajas que cooperen secretamente a la unidad de la Iglesia, de manera que sean todos uno algún día de una manera más íntima para ellos y más gloriosa para la misericordia divina.

Ahora bien, ¿cuál es su designio *inmediato*? Nosotros sabemos que Dios desea que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (*I Tim.*, II, 4). Por consiguiente, allí donde se le ponen obstáculos a la derivación por contacto, normal a partir de la venida de Cristo, sigue llegándose en secreto a cada uno de los hombres, poniéndole en el dilema de responder por un sí o por un no a la gracia divina, la derivación a distancia, derivación que no conoce trabas de ningún género.

Entonces, aparte de su papel propio y normal, que consiste en preparar para recibir la acción jerárquica y en conservar sus efectos, asume un papel anormal y supletorio, que consiste en comunicar las gracias que les pueden ser

necesarias a aquellos a los que no llegan las gracias por contacto, o llegan de una manera harto incompleta.

6. Así va haciéndose Dios, en el mismo seno de las desviaciones religiosas, con verdaderos discípulos, que, sin saberlo e incluso contra sus designios conscientes, trabajan por enderezar dichas desviaciones, y tratan de disolverlas por el interior, a fuerza de disociar en ellas lo que es verdadero de lo que es falso.

De una manera visible y corporal principalmente, estos justos siguen perteneciendo todavía a religiones erróneas. Pero de una manera invisible y espiritual especialmente son ya miembros de la Iglesia. El Señor, que sabe muy bien quiénes le pertenecen (*II Tim.*, II, 19), no se engaña; ya están salvados.

7. Es la acción de Cristo *por contacto* la que comunica la gracia plenamente cristiana y cristoconformante y la que hace aparecer la Iglesia en acto manifiesto y acabado. La acción *a distancia* no puede comunicar en su función supletoria más que una gracia imperfectamente cristiana: no hace aparecer a la Iglesia más que en acto latente, inicial, tendencial.

*Antes de que se encarnara Cristo*, cuando procedía la gracia de la Cruz por anticipado, el estado tendencial de la Iglesia era un estado totalmente normal. *Después de Cristo*, una vez que llega la gracia desde la Cruz por derivación, el estado tendencial de la Iglesia es un estado anormal. En efecto, la imperfección de la Iglesia bajo los regímenes de la ley de la naturaleza y de la ley mosaica no eran más que la imperfección natural de la juventud y del período de crecimiento; la imperfección de la Iglesia bajo el régimen de derivación a distancia, por el contrario, representa una disminución, una privación; allí donde debiera hallarse la Iglesia perfecta, plenamente desarrollada, se halla en una medida más o menos grave, mutilada, sometida a trabas, pidiendo ser socorrida, completada, liberada.

**La distinción entre «católicos» y «no católicos».**—1. El Código de Derecho Canónico distingue a los «católicos» de los «no-católicos». Desde el punto de vista canónico nada hay que objetar a semejante distinción. Pero desde el punto de vista teológico está exigiendo una precisión. En efecto, ¿puede



salvarse quien no pertenece a la Iglesia católica? Por eso dirá el teólogo:

1.º Se llama *abiertamente católicos* —o por abreviación «católicos»— a aquellos que, bien sean justos o pecadores, participan abiertamente de la unidad de comunión de la Iglesia, de una manera salvífica unos, de una manera no-salvífica otros.

2.º Se llama *no abiertamente católicos* —o abreviando «a-católicos»— a los que, justos o pecadores, se hallan fuera de la unidad de comunión de la Iglesia. Si son justos, pertenecen a dicha Iglesia de una manera secreta, pero ya salvífica.

2. Suele dividirse con frecuencia a los cristianos en «cristianos católicos» y «cristianos no-católicos». También aquí es necesaria una explicación. Distingamos:

1.º Los cristianos *abiertamente católicos* —por abreviación «cristianos católicos»— que, justos o pecadores, pertenecen abiertamente a la comunión católica.

2.º Los cristianos *no abiertamente católicos* —por abreviación «cristianos no católicos»— que, justos o pecadores, se hallan abiertamente fuera de la comunión católica. Caso de que sean justos, pertenecen a la Iglesia de una manera secreta y ya salvífica.

**Conclusión.**—De esta manera, la Iglesia confiada a Pedro es más extensa y más pura al mismo tiempo de lo que nosotros creemos. Más *pura* en primer lugar, ya que, aunque no de pecadores, se ve sin embargo libre de pecado, y no la manchan las faltas de sus miembros. Más *extensa*, ya que encierra y reúne en torno a sí cuanto ha sido redimido en el mundo. Sabe ella muy bien que desde el fondo del espacio y del tiempo se unen a ella por el deseo millones de hombres a los que una ignorancia invencible les hace imposible el conocerla, pero que sin embargo, en medio de los errores en que se ven sumergidos, no se han negado a la gracia de la fe viva que en el secreto del corazón les ofrece Dios, ese Dios que quiere que se salven todos los hombres, y que lleguen al conocimiento de la verdad. No los conoce la Iglesia personal e individualmente, pero siente en derredor su presencia innumerable, y a veces en el silencio de su plegaria, oye subir en la noche el rumor confuso de su paso.





## CAPÍTULO X

### LA UNIDAD CATÓLICA

Hablaremos en primer lugar de la unidad católica como propiedad misteriosa de la Iglesia que cae bajo la mirada de la fe teologal (I); luego de la unidad católica como nota milagrosa de Iglesia que cae bajo la mirada de la razón natural (II).

#### I. EL MISTERIO DE LA UNIDAD CATÓLICA

Será menester en primer lugar definir la unidad católica, 1); recordar que se halla en este mundo sin ser de este mundo, 2); que se halla a un tiempo realizada por su esencia, y en un perpetuo hacerse por razón de su dinamismo, 3); dar un puesto en este lugar a la Misionología, 4).

##### 1. DEFINICIÓN DE LA UNIDAD CATÓLICA.

Definir el misterio de la unidad católica equivale a definir el misterio mismo de la Iglesia, pero considerándola desde un punto de vista determinado.

**Definición etimológica.**—La expresión de unidad católica, expresión en la que se unen en una dos propiedades correlativas de la Iglesia, la unidad que se refiere a su alma y la catolicidad que se refiere a su cuerpo es, pudiéramos decir, un pleonismo: en efecto, todo lo hemos dicho al hablar de catolicidad. La palabra griega *católica*, lo mismo que su equivalente latina *universal*, significa lo que une y vincula

la multiplicidad; lo *uno* que, al comunicarse, reúne lo *diverso*.

La expresión refiriéndose a la Iglesia ha sido aplicada por primera vez por San Ignacio de Antioquía en su *Carta a los fieles de Esmirna* (1), precisamente para designar a la Iglesia unificada por Cristo y esparcida por todo el mundo: «Seguid todos al *Obispo*, como Jesucristo al Padre, y al *Colegio de Ancianos* como a los Apóstoles; en cuanto a los *diáconos*, reverenciadlos como al mandamiento de Dios. Que nadie sin contar con el Obispo, haga nada de cuanto atañe a la Iglesia. Sólo aquella Eucaristía ha de tenerse por válida que se celebre por el Obispo o por quien de él tenga autorización. Dondequiera apareciere el Obispo, allí está la muchedumbre, *al modo que dondequiera estuviere Jesucristo, allí está la Iglesia católica*». En el *Martirio de San Policarpo* se encuentra dos veces la expresión Iglesia católica en el sentido de Iglesia universal: «La Iglesia de Dios que habita como forastera en Esmirna, a la Iglesia de Dios que vive forastera en Filomelio, y a todas las comunidades, peregrinas en todo lugar, de la santa y católica Iglesia, etc.....» (2). Y un poco más adelante se declara que Policarpo ahora «glorifica al Dios y Padre omnipotente y bendice a nuestro Señor Jesucristo, salvador de nuestras almas, piloto de nuestros cuerpos y *pastor de toda la católica Iglesia esparcida por toda la redondez de la tierra (oikoumene)*» (3).

La catolicidad de la Iglesia, opuesta a la dispersión de las sectas, llegará ser una señal de su autenticidad y de su verdad: la Iglesia católica será lo mismo que la Iglesia verdadera.

**Definiciones teológicas.**—1. Podrá decirse: *La unidad católica o catolicidad es la Iglesia en cuanto que reúne, en la comunión de una misma fe, de una misma esperanza, de una misma caridad cultural, sacramental, orientada* (he ahí la unidad), *la dispersión de toda la humanidad caída* (he ahí la diversidad).

O también: La unidad católica es la unidad de quienes

---

(1) *Carta a los Esmirniotas*, VIII, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, p. 493.

(2) *Martirio de San Policarpo*, Saludo, Padres Apostólicos, texto bilingüe completo, BAC, p. 672.

(3) *Ibid.*, XIX, 2, p. 686.



participan del *sacerdocio* de Cristo por la posesión de los poderes culturales o sacramentales; de su *realeza* por la docilidad a los poderes jurisdiccionales (que definen la fe y regulan la disciplina); de su *santidad* por la gracia plenamente cristiana (centrada en el sacrificio eucarístico, comunicada por los sacramentos, orientada por los poderes jurisdiccionales).

2. Recurriendo a los textos de la Sagrada Escritura, podrá decirse: La unidad católica o catolicidad es el misterio de la voluntad divina que decide, una vez que llegue la plenitud de los tiempos, *recapitular en Cristo* (la unidad) *todas las cosas* (la diversidad), *lo mismo las que se hallan en la tierra que las que en los cielos* (Col., I, 20).

San Juan, tras de haber citado las palabras de Caifás, añade: «Con esto profetizó que había de morir por su nación; y no sólo por su nación, sino *para reunir en un único todo* (unidad) *a los hijos de Dios que se hallaban dispersos* (diversidad)» (Jo., XI, 51-52).

O también: *La catolicidad es el Dios de Amor que, a través de la Cruz, abraza a toda la humanidad*. Es casi literalmente la revelación del Salvador: «En cuanto a Mí, una vez que sea levantado de la tierra, atraeré a Mí a todos los hombres» (Jo., XII, 32).

**La unidad católica es esencialmente una unidad de caridad.** Definir la unidad católica equivale por consiguiente a definir a la misma Iglesia considerada como una reunión en torno a Cristo de toda la humanidad caída. Y si es imposible definir a la Iglesia sin incluir en dicha definición la caridad, es asimismo imposible definir el misterio de la unidad católica sin acudir al amor: «Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en Mí por su palabra, para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en Mí y yo en Ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que Tú me has enviado..... *para que sean consumados en la unidad* y conozca el mundo que Tú me enviaste y amaste a éstos como me amaste a Mí» (Jo., XVII, 20-23).

## 2. LA UNIDAD CATÓLICA SE HALLA «EN» ESTE MUNDO SIN SER «DE» ÉSTE MUNDO.

Decir que no es «de» este mundo equivale a decir que pertenece al orden de la gracia; decir que se halla «en» este

mundo, que se halla en el seno de nuestro tiempo histórico.

**La unidad católica no es «de» este mundo.**—1. «Yo les he dado tu palabra y el mundo los ha odiado, porque no son *del* mundo..... No son *del* mundo, de la misma manera que tampoco yo soy *del* mundo» (Jo., XVII, 14 y 16). «Vosotros sois *de abajo*; yo vengo *de lo alto*. Vosotros sois *de* este mundo; yo *no* soy de este mundo» (Jo., VIII, 23). La ley suprema de los adversarios de Jesús la constituye la naturaleza entorpecida por el pecado; en cambio la ley suprema de Jesús y de sus discípulos la constituye la gracia que procede de lo alto y sube las pendientes de la naturaleza. «Jesús respondió: Mi reino no es *de* este mundo. Si fuera mi reino *de* este mundo, hubieran luchado mis súbditos para que no fuese yo entregado en manos de los Judíos. Pero mi reino no es *de aquí*» (Jo., XVIII, 36). El poder de Pilatos sobre Jesús, por el contrario, aun cuando sea un poder recíproco de arriba, es un poder de este mundo.

2. Los reinos de este mundo pertenecen a la naturaleza, a la cultura, al *orden de la creación* (1.<sup>er</sup> artículo del Símbolo). El reino que no es de este mundo pertenece a la gracia de Jesús y al *orden de la Redención* (2.<sup>o</sup> artículo del Símbolo).

No es un reino que se construya haciendo desaparecer los reinos de este mundo: *non eripit mortalia, qui regna dat coelestia*, cantaba el viejo poeta. Su catolicidad es todo lo contrario del totalitarismo: no es lucha sin merced más que contra la ciudad del mal. Si verdad es que hace suyos los materiales de la cultura y de la naturaleza, lo hace para construirse sobre un plano que no pueden ocupar ni la naturaleza ni la cultura. Deja en su lugar las leyes del cosmos, las artes y la técnica, las familias y las ciudades, las miserias físicas de la naturaleza caída: el hambre, la sed, el proceso de nacimiento y envejecimiento, el dolor y la muerte: los milagros de la multiplicación de los panes y de la resurrección de los muertos no son a fin de cuentas más que meros episodios; otra es el hambre que es preciso saciar, otra la vida que hay que hacer revivir. *El reino que no es de este mundo es católico por su naturaleza evangélica, por su misma trascendencia*: ninguna formación humana puede esperar rodearla, ni pretender identificarse con ella. Pasa libremente a través de ella de la misma manera que Jesús a través de las puertas del Cenáculo. Esta es la *catolicidad esencial y constitutiva* de la Iglesia.



3. Una vez constituido en el mundo, el reino que no es de este mundo se asemeja al sol que *ilumina* todo el orden de los reinos de la cultura *desde lo alto, sin cambiar íntimamente ni hacer suyos dichos reinos*: y esta luz la derrama bien sea *intrínsecamente* cuando se trata de actividades que, por grande que pueda ser la parte que la técnica tiene en ellas, son de orden esencialmente filosófico y ético, como por ejemplo las actividades morales, sociales, políticas; o a lo menos *extrínsecamente*, cuando se trata de técnicas, independientes en sí mismas —pero dependientes en lo que a su uso se refiere— de la fe cristiana. Esto es lo que llamamos la *catolicidad irradiante* de la Iglesia.

4. Así, pues, la Iglesia se ve llamada a llegar a los hombres todos, sin excepción alguna, de dos maneras sumamente diferentes: *a)* para *incorporarse* el aspecto de sus actividades que se refiere inmediatamente a Dios y a las cosas de la eternidad; *b)* sencillamente para *iluminar* el aspecto de sus actividades que se refiere inmediatamente a Dios y a las cosas del tiempo. La Iglesia es católica, no es en manera alguna totalitaria.

**La unidad católica se halla «en» este mundo.**—1. «No te pido que los tomes del mundo, sino que los guardes del mal. Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo. Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad. Como Tú me enviaste *al* mundo, así los envíe yo a ellos *al* mundo..... Que también sean ellos uno en nosotros para que crea el mundo que Tú me has enviado» (*Jo.*, XVII, 15-18, 21).

Y sin embargo el reino que no es de este mundo se halla en este mundo. Su fuerza le viene de lo alto, pero para bajar hasta la intimidad de nuestras vidas y de nuestros corazones de carne. Es una fuerza que nos libera del pecado: no hablamos nosotros del «complejo de culpabilidad» del que se ocupan los psiquiatras: nosotros hablamos del verdadero pecado, de esa catástrofe del hombre interior que ha quedado destrozado al rechazar al amor, de esa «nada de la que soy yo mismo causa que asola mi ser y hace morir a mi Dios» (4), ante el cual nada pueden hacer todos los remedios del mundo. Es

---

(4) JACQUES MARITAIN, *Court traité de l'existence et de l'existant*. Ed. española, Desclee de Brouwer, 1949, Buenos Aires.

una fuerza que nos saca no de la prueba, sino de la desesperación a la que estamos abocados. Es una fuerza que viene a llenar nuestra capacidad, no ya nuestra mera capacidad de felicidad humana, sino la capacidad mucho más misteriosa de convertirnos en miembros del Cuerpo místico de Cristo y en moradas del Espíritu Santo. Nos saca del barro y nos hace hijos de Dios: «Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad, pues, como hijos de la luz» (Eph., V, 8).

2. Para poder comprender de alguna manera el poder con el que sumerge sus raíces en este mundo el reino que no es de este mundo, sería preciso referirse a lo que místicos como Juan de la Cruz o María de la Encarnación, la ursulina, nos descubren respecto de las purificaciones por las que hace pasar Dios a las almas que se le entregan sin reserva. Poca cosa es la presencia de inmensidad, esa presencia que penetra hasta las entrañas del universo, en comparación con la presencia de la gracia y de la inhabitación, presencia cada día más profunda, presencia por la que se apodera Dios de sus santos, y por medio de ellos de toda la Iglesia y del universo en medio del cual es aquélla probada.

Incluso por medio de los más humildes cristianos, de un niño bautizado o de un pecador reconciliado, se apodera el reino de Dios de las realidades del tiempo presente con una fuerza inaudita. En todos estos seres, tan diferentes a menudo o incluso opuestos por el temperamento, la edad, las distancias, las condiciones sociales, las formaciones culturales, derrama la gracia que los va transfigurando interiormente, que hace de ellos hijos de Dios y hermanos de los ángeles, y crea en ellos vínculos de una tal intimidad, de tal extensión y esplendor que sólo la muerte podrá revelarlos.

3. Tan presente se halla la Iglesia en el corazón del mundo que nunca ha dejado de irritar, ya desde los albores de su existencia, la eterna pretensión totalitaria de los Estados. «Es peligrosa para lo perecedero la vecindad de la eternidad, y para lo particular la de lo universal» (5). Y no es esto todo: incluso en las grandes revoluciones políticas y culturales, que pretenden suplantarlo en nuestros días, puede reconocerse al Cristianismo: sea por algunas de sus

---

(5) PAUL CLAUDEL, *Positions et propositions*, París, 1934, t. II, p. 83.



aspiraciones, desviadas no pocas veces por desgracia, anárquicas, locas, hacia la justicia, la felicidad, lo absoluto; sea, por lo contrario, por el terrible privilegio de que goza de desencadenar en sus adversarios el reino de los poderes de la Mentira. Hablando de la propaganda que ha precedido a la primera guerra mundial, escribe F. W. Foerster: «¿A qué viene toda esta fabricación tan prodigiosa de imposturas? El mismo Nabucodonosor no ha tratado de hacer nunca cosa semejante. Sólo la llegada del Cristianismo ha podido hacer necesaria semejante justificación..... ¡Qué misteriosos son los caminos de la Providencia, de manera que sea justamente la más alta verdad que ha bajado jamás a este mundo, la que ha puesto en movimiento toda esta corriente inmensa de mentira!» (6).

3. LA UNIDAD CATÓLICA SE HALLA YA REALIZADA POR SU ESENCIA, Y EN UN PERPETUO HACERSE POR RAZÓN DE SU DINAMISMO.

**El misterio de la Encarnación, realizado en un primer instante, va desplegándose hasta el día de la Ascensión.**— El Verbo se hace carne, se realiza el misterio de la Encarnación, desde el instante en que pronuncia su *Fiat* la Virgen. Y desde aquel momento es ya Jesús plenamente El mismo, verdadero Dios y verdadero hombre, sin progreso posible en la línea de esta unión, en cada momento de su vida terrena, desde el instante de su concepción hasta el de su ascensión. El misterio de la Encarnación se halla ya *realizado en su esencia, en su estructura*.

Pero bajo otro aspecto, el misterio de la Encarnación no se halla contenido tan sólo en uno de los momentos de la vida de Jesús; comprende todo el desenvolvimiento de su vida terrena, todo el tiempo en que ha morado en medio de nosotros. Desde este punto de vista es preciso decir que hay más a todo lo largo de la vida de Jesús que en cada uno de los instantes de esa vida que pudiéramos contemplar aisladamente por el pensamiento. No haríamos más que mutilar el misterio de la Encarnación si lo detuviéramos en la

---

(6) *L'Europe et la question allemande*, París, 1937, pp. 3 y 4.

Navidad. De manera que es justo decir que a todo lo largo de la vida terrena de Jesús, el misterio de la Encarnación se halla en un *perpetuo hacerse en cuanto a su manifestación*. No será perfecto más que en el día de la Ascensión.

**El misterio de la Iglesia, realizado en Pentecostés, va manifestándose hasta la Parusía.**—Desde el día de Pentecostés se halla ya realizada la Iglesia con su unidad católica. Posee por una parte la gracia y la caridad plenamente cristianas; y por otra parte miembros en los que encuentra, respecto de esta gracia, una capacidad misteriosa, común a todos los hombres, y más fundamental que las diversidades que puedan separarlos. *En su esencia, en su estructura*, el misterio de la Iglesia y de su catolicidad se encuentra ya *realizado* desde el día en que ha descendido sobre ella el Espíritu Santo para comunicarle la vida.

Pero la Iglesia ha sido enviada a todos los pueblos separados por el espacio y el tiempo. La fuerza divina de Pentecostés no cesa de obrar sobre ella para ir empujándola hacia adelante. Mientras quede en el mundo alguna criatura que no le pertenezca, o que le pertenezca tan sólo de una manera imperfecta, su unidad católica *estará haciéndose* no, sin duda, bajo el aspecto de su estructura esencial, sino bajo el de la *realización dinámica de su misión*. Cuando se halle madura la cosecha, cuando haya recorrido la Iglesia todo el trayecto que la conduce desde Pentecostés hasta la Parusía, se verá ya totalmente realizada no sólo por la *catolicidad específica de su estructura*, sino también por la *catolicidad extensiva de su manifestación*. A la luz de esta catolicidad final, revelará cada uno de los fragmentos del pasado de la Iglesia el sentido histórico que tiene el papel desempeñado en el conjunto.

**La catolicidad extensiva o la expansión de la Iglesia.**—

1. La Iglesia ha de estar en trabajo, en el espacio y el tiempo, hasta que suene el día de la Parusía, para que vaya forjándose su catolicidad extensiva. Ha de implorar cada día que baje a nosotros de continuo (*Lc.*, XI, 2) ese reino de Dios que está ya en medio de nosotros (*Lc.*, XVII, 21). Es preciso que vea desgarrado su corazón por todos aquellos que no le pertenecen todavía, como por ejemplo los niños que no han recibido aún el Bautismo; por los que de manera oculta o abierta han roto con ella por un pecado personal



de infidelidad, de herejía, de cisma; por todos los pecadores que han perdido el amor, aun cuando conserven aún la fe; por los justos en los que no es aún totalmente cristiana la caridad; por sus miembros buenos que debieran ser mejores, y por los mejores que debieran verse consumados en la santidad; por las almas cuya liberación del purgatorio tarda en llegar; por la creación toda que «espera tener parte en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (*Rom.*, VIII, 21).

Sin esta tensión interior, sin este deseo de la gloria de Dios que la consume, sin este celo suyo que es el de los Apóstoles y el del mismo Cristo, la Iglesia, de la que hemos repetido una y otra vez que no la constituyen las infidelidades de sus hijos, no sería la Iglesia: «Hijitos míos queridos, a los que doy de nuevo a luz en medio de dolores hasta que se forme en vosotros Cristo.....» (*Gal.*, IV, 19). «Os digo la verdad en Cristo, no miento —me da de ello testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo—, experimento una gran tristeza y un dolor incesante en mi corazón. Ya que llego incluso a desear ser anatema, separado de Cristo, por mis hermanos, por los que son de mi raza según la carne.....» (*Rom.*, IX, 1-3).

2. En efecto, al hacerse hombre, el Verbo ha venido a buscar toda la descendencia de Adán, toda la especie humana. ¿Cómo no había de inscribir Cristo en la estructura misma de su Iglesia como un deseo ardiente, la orden de ir hasta los confines de la tierra para despertar a la vida de la gracia las fuerzas depositadas en el fondo de cada corazón humano?

**La expansión de la Iglesia la revela a sí misma.**—1. La expansión de la Iglesia podrá definirse como una integración incesante de elementos que, al menos bajo un aspecto, le eran extraños, ya que no opuestos. Puede comparársela al crecimiento de un grano de mostaza, o a la acción de la levadura en la masa (*Mt.*, XIII, 31-33).

Supongamos todavía a un hombre del que se apodera una intuición genial, intuición que se adueña totalmente de su persona, de sus lecturas, de sus experiencias. Lejos de diluirse dicha intuición en estos datos concretos, va imponiéndoles su forma soberana, va transfigurándolos. Pero, y es esto sobre lo que quisiéramos llamar la atención, la intuición del genio es estimulada a su vez por esos materiales que hace suyos. En ellos encuentra la ocasión de dar cuerpo a virtualidades que, verdad es, le pertenecen como cosa propia, pero

que posiblemente hubieran quedado inutilizadas, y acaso por largo tiempo, sin ellos. Otras virtualidades hubieran podido despertar al contacto con otros materiales.....

De esta manera la Iglesia, al contacto con los recursos múltiples de las personas humanas, de las diversas formaciones étnicas, culturales, religiosas, lejos de diluirse en la masa de estos materiales, trata de apoderarse de ellos para transformarlos en algo propio. Pero estimulada a su vez por ellos, halla en ellos ocasión de dar cuerpo a virtualidades que le son propias, pero que hubieran quedado inutilizadas sin ellos, y que, si hubieran aparecido en un orden diferente, hubieran podido despertar asimismo en un orden diferente. «Los valores que constituyen el tesoro espiritual de la Iglesia reciben en determinadas épocas, en estas o aquellas condiciones, en el seno de esta o aquella cultura, finalmente en esta alma o familia de almas, un desarrollo especial, un desarrollo que, desde el punto de vista de la realización efectiva de sus capacidades vivas, enriquece verdaderamente a la Iglesia y la revela a sí misma: ya que la Iglesia, digámoslo una vez más, es un ser vivo que no se conoce a sí mismo más que a través de la vida, y no toma conciencia explícita de las leyes que gobiernan, así como de sus posibilidades, más que ejerciéndolas» (7).

**Las múltiples virtualidades de la gracia eclesial.**—1. Todo cuanto se da en los hombres en punto a diversidades legítimas, podrá de una u otra manera servir para la expansión de la Iglesia. Es preciso que sea recibida la gracia eclesial en recipientes diversificados sin cesar por el espacio y el tiempo, para manifestar en ellos la sobreabundancia de sus virtualidades.

La gracia varía según sean masculinas o femeninas las naturalezas: en Santo Tomás de Aquino o Santa Catalina de Sena, amantes ambos de una misma luz; en Santa Teresa de Jesús o San Juan de la Cruz, que suben juntos el Carmelo. Varía asimismo según los temperamentos nacionales: Francisco de Asís es italiano; Francisco de Sales, de Saboya; Juana de Arco, de la Lorena, y Gertrudis, de Sajonia; Tomás

---

(7) M. J. CONGAR, O. P., *Chrétiens désunis, Principes d'un «oecuménisme» catholique*, París, 1937, p. 317.



Moro es inglés, y español es Ignacio de Loyola. La gracia ha revelado, y revelará aún muchos de sus aspectos en la India, en el Extremo Oriente, en los países eslavos. Varía según las familias de almas y según las diversas fundaciones religiosas. Varía incluso según las épocas.

2. La santidad es siempre una, pero cambian los estilos de santidad. «No hablemos de un nuevo tipo de santidad, expresión ésta que sería equívoca; el cristiano no conoce más que un tipo de santidad, tipo manifestado para siempre en Cristo. Pero las condiciones históricas que tanto cambian, pueden dar lugar a nuevos modos, a nuevos estilos de santidad. La santidad de un Francisco de Asís tiene indudablemente una fisonomía diferente de la de los Estilitas, la espiritualidad ignaciana, dominicana o benedictina responden asimismo a estilos diferentes» (8).

3. La vida colectiva de la Iglesia nos da pie a observaciones análogas. La Iglesia en la que sólo los Judíos entraban cedió su puesto a una Iglesia de Judíos y Gentiles; la Iglesia de las persecuciones, a la Iglesia de los Concilios ecuménicos; la Iglesia de la Edad Media, con su expansión europea, a la del Renacimiento con su expansión planetaria; la Iglesia de la Cristiandad sagrada y de los grandes Estados pontificios, a la Iglesia de la pequeña Ciudad del Vaticano. Todo se transforma, y lo misterioso es que, sin embargo, todo permanece: «Existe un estatuto para la Iglesia de nuestros días y un estatuto para la de otros tiempos; pero la Iglesia es la misma» (9).

**La integración en la Iglesia de los elementos cristianos o «vestigios» que se dan en las Iglesias disidentes puede exigir no pocas renunciias.**—En su movimiento de expansión, la Iglesia se encuentra constantemente, con una emoción hecha de alegría y dolor, con formaciones religiosas en las que se encuentran inseparablemente unidas la verdad y el error. Tales son las confesiones disidentes, como la ortodoxia, tan cercana, y el protestantismo, más alejado en no pocos puntos. Y se encuentra con el Judaísmo, con el Islam, con las religiones precristianas.

---

(8) JACQUES MARITAIN, *Humanismo integral*, pp. 133-134.

(9) S. THOMAS, *Quodlibet XII*, qu. 13, a. 19, ad 2.

Frente a estas formaciones religiosas la tarea de la Iglesia consiste en disociar las fuentes de vida que conservan aún los errores que anidan en ellas. A veces puede ser inmensa la parte de verdad, y acaso parezca mínima la diferencia. Es muy fácil que nada tenga que separar o enderezar la Iglesia en la gran pompa de la liturgia ortodoxa y en las formas tradicionales del monaquismo oriental. En otros casos será mucho mayor la parte que ha contaminado el error. Será preciso obrar como el quirurgo que pone al vivo la llaga para poder curarla. Y no hay duda de que esto no se hace sin renunciaciones. Pero se trata a fin de cuentas de renunciaciones a obstáculos, y el dolor que las acompaña es el dolor del nacimiento y de la liberación (10).

**Laseudocaticidad de lo in-forme.**—En un estudio de lo más agudo, comprueba Olivier Lacombe que la noción tradicional de catolicidad se halla planteada como problema en nuestros días «de la manera más insidiosa y descarada» (11). Se trata de construir una catolicidad del mundo *por encima de todas las formas precisas de creencia y de pensamiento*. La actitud que se adopta en el plano de lo religioso consiste en dar un nuevo valor a los mitos, en no establecer diferencia alguna entre las diversas religiones, en simpatizar con todas, considerándolas a todas como puramente relativas; se muestra una indignación creciente contra la idea y el hecho de la evangelización de pueblos no cristianos, y no se quiere ver en todo ello más que un atentado a su libertad y a su originalidad. La misma filosofía es relativizada; no interesa más que por ese impulso *informulable*, aun cuando sea de continuo creador de nuevos sistemas, que la anima. La misma ciencia vale no tanto porque conduce a los hombres a la unión de los espíritus en la contemplación de la *verdad* científica, cuanto porque permite que *obren* los hombres en común.

Este relativismo occidental, esta «espiritualidad por encima de las formas», recurre a los *Upanishad* y al Budismo. «De esta manera nos encontramos con que el Oriente, sin siquiera haberlo pensado, constituye la segunda cabeza del

---

(10) Sobre estos «vestigios», véase p. 186.

(11) OLIVIER LACOMBE, *Chemins de l'Inde et Philosophie chrétienne*, cap. I: *Catholicité*, París, Alsatia, 1956.



tornillo que ha de romper la *forma de catolicidad* propia de la Iglesia».

Es preciso oponer a esta «primacía de lo in-forme» la noción tradicional «de una catolicidad que integra, sin confundirlas ni nivelarlas, la universalidad de la *fe* y la universalidad de la *naturaleza humana*, incluyendo la de la razón». No puede admitirse mística natural o sobrenatural, de cualquier género que sea, que pueda valer contra el *hecho* de que el Verbo se ha encarnado una sola vez para toda la humanidad, revelando su misterio por medio de nociones humanas y legando a la Iglesia el poder de interpretar infaliblemente su mensaje.

Ya en el mismo plano de la naturaleza, ante la mirada atenta de la inteligencia, aparece el ser como «profundamente estructurado». Sólo la materia prima es radicalmente *informe*. Existe una *naturaleza humana*, formada, en la que coinciden todos los hombres, naturaleza cuyo desarrollo ha de ser homogéneo, es decir, fiel a líneas de finalidad que ha inscrito el mismo Dios en nuestra esencia. Existe una *razón universalmente humana*: una razón que no se halla preformada como puede hallarse un mecanismo, ni es portadora de ciencia infusa y de ideas innatas cual si fuera una inteligencia angélica, y que sin embargo es capaz de ser formada, capaz de una filosofía natural del espíritu humano, de una *philosophia perennis* orgánica a cuyo progreso han de contribuir de una u otra manera todas las culturas, razón capaz de expresar un verbo inteligible y verdadero.....

«Y además, de acuerdo con esta universalidad subyacente, aun cuando se mida por otra medida, brota la catolicidad sobrenatural de la *fe*. La Iglesia es católica, es decir, universal, ante todo por el hecho de que sólo en *ella* descansa la salvación de *todo* el género humano. La universalidad de la *fe*, al ser transcendente, queda sellada en primer lugar con el sello del exclusivismo (que, como todos sabemos, no excluye en manera alguna la posibilidad de pertenecer de manera invisible a la Iglesia visible). No es verdadera transcendencia sobrenatural aquella que creamos o mostramos nosotros, trascendiéndonos a nosotros mismos. Es preciso, pues, que llenándonos nos desconcierte, y que esta sabiduría sea una locura: su universalismo se funda en el privilegio de lugar, época y hombres elegidos para la difusión de la Buena Nueva».

#### 4. MISIONOLOGÍA.

**El dinamismo misionero de la Iglesia tiene su fuente en las misiones divinas.**—Imposible comprender la Iglesia, su catolicidad esencial, su dinamismo misionero, sin acudir a la elevada doctrina de «las misiones divinas» (12), misiones que constituyen algo así como un derrame de la eternidad en la historia, como la irrupción de la vida trinitaria en la trama del tiempo.

El Padre engendra al Hijo dejándose llevar de un impulso irresistible; y como si no pudiera contenerlo ya en el seno de su eternidad, lo *misiona* por añadidura al mundo en el día de su Encarnación: así tenemos a Cristo con el impulso que lo ha de conducir hasta la muerte y la Ascensión (*Jo.*, VIII, 42; *Gal.*, IV, 4,5).

El Padre y el Hijo, no constituyendo más que un único principio, «espiran» al Espíritu Santo, llevados también de un impulso irresistible; y como si no les fuera posible contenerlos más en el seno de su eternidad, lo *misionan* de manera visible al mundo en el día de Pentecostés: nos encontramos así con la Iglesia dotada de ese impulso que habrá de conducirla hasta la Parusía (*Jo.*, XV, 26; XVI, 13-15; *Gal.*, IV, 6).

El Espíritu conducirá a la Iglesia de la misma manera que ha conducido el Verbo a la humanidad de Cristo (*Jo.*, XX, 21-22; *Rom.*, VIII, 11).

**El dinamismo misionero se halla adosado a la catolicidad esencial de la Iglesia.**—De la misma manera que se dice que Cristo ha ido haciéndose cada día a lo largo de toda su vida terrena lo que era ya desde un principio, es decir, nuestro Señor y nuestro Salvador, se dirá también que la catolicidad de la Iglesia ha de irse haciendo (*extensivamente*) hasta el día de la Parusía lo que era ya (*estructuralmente*) desde el día de Pentecostés.

En este movimiento de expansión misionera, podemos aislar por el pensamiento un terreno particular que plantea problemas más urgentes y originales. Es el terreno de lo que llamamos las «misiones». La «misionología» constituirá por

---

(12) S. THOMAS, I qu. 43.



consiguiente algo así como un capítulo del estudio de la catolicidad de la Iglesia. Podremos estudiar el principio, el fin, el medio en que se desenvuelve la «actividad misionera».

**1.º El principio de la actividad misionera.**—1. La actividad misionera tiene como Principio increado al Espíritu Santo y como principio creado, inherente a la Iglesia, la virtud teologal de la caridad.

En ese avanzar de la Iglesia se hallan presentes todos los dones carismáticos de la Jerarquía. Cada uno de ellos es primero en su orden. Cada uno de ellos es indispensable: el poder de *jurisdicción* para orientar desde el exterior sus pasos, el poder de *orden* para perpetuar válidamente su culto; pero estos dones carismáticos se hallan al servicio de un don que los supera a todos, al servicio de la *caridad*, que gracias a ellos puede ser plenamente cristiana, plenamente cristoconformante. La misma caridad que movía a Cristo a entregarse como víctima por los pecados de todo el mundo (*I Jo.*, IV, 9-10), la ha derramado El en el corazón de su Iglesia para inundarla del deseo de arrancar al mundo del dominio del mal y para reconciliarlo consigo: «La Iglesia, decía San Agustín, es el mundo reconciliado» (13).

2. Por su caridad, caridad que es su alma creada, es misionera toda la Iglesia. Se ha indicado esta participación de toda la Iglesia en la empresa misionera. «Plácele darnos a nosotros, que somos sus amigos, el encargo de procurarle nuevos amigos: es el Privilegio que concede a quienes nombra especialmente sus Amigos en el Sermón de la Última Cena. Quiere en efecto hacerlos participar de una obra que es su obra por excelencia, la adquisición de su pueblo, la formación y el crecimiento de su pueblo: no tratamos de hacer partidarios de nuestro sistema, de nuestra ideología, sino que queremos hacer amigos de nuestro Dios y de nuestro Salvador anunciándoles su verdad y su amor. ¡Todos Apóstoles!, quiere decirnos que la caridad ha de crecer en nosotros y en medio de nosotros.....

«Cuando avanza la Iglesia en la conquista del mundo, son sus apóstoles, sus predicadores y sus pastores quienes se encargan de establecerla allí donde no se halla, quienes

---

(13) *Sermo XCVI*, núms. 8 y 9.

rigen esta nueva célula de forma que puedan conducirla hasta su edad madura. Una cosa es por consiguiente el verse investido oficialmente de esta función por la Iglesia misionera, y otra la de contribuir a su éxito por medios espirituales (oraciones, sacrificios) o materiales (limosnas) que se hallan ordenados de manera especial a este fin. Pero toda alma que responde fielmente al amor divino entra más tarde o más temprano en el deseo misionero de la Iglesia y de su Cabeza, de la misma manera que un cristiano que medita en su vocación de miembro de Cristo llega a aspirar a unirse, según sus fuerzas, al Cristo doliente..... La misma Iglesia reconoce la orientación misionera de ciertas órdenes contemplativas desprovistas completamente de toda actividad apostólica externa: no se trataba en manera alguna de adular *a la moda*, cuando se constituía a una carmelita enclaustrada patrona universal de las misiones, al lado de San Francisco Javier.

«Se da por consiguiente en todos los cristianos enriquecidos con la gracia una ordenación más o menos explícita a la intención misionera de la Iglesia, intención ésta que se extiende lo mismo que la voluntad salvífica de Cristo. El cristiano que ora con la Iglesia, ora por la Iglesia; cuando se une al *Sitio* de la Iglesia, lleva su deseo hasta los confines de la tierra» (14).

3. Pero teniendo en cuenta las enormes dificultades que es preciso vencer, la caridad ha de encontrarse, para poder ser principio de la actividad misionera, en aquel estado de pureza que tenía en los Apóstoles, y que es llamado por dicha razón el *estado apostólico*.

«Si se trata de edificar la Iglesia, será preciso fundarla sobre la fe, sobre la fe viva, claro está, y sólo por una sobrea-bundancia de esta fe en el misionero llegará a esparcirse con el grado de intensidad ese *estado naciente* que es el de la misión. No se trata tan sólo de fe en las promesas que ha hecho Cristo a sus Apóstoles, de acudir a la oración por el éxito de la obra sobrenatural; se trata más bien de esta *vida de fe viva, de fe plena*, que constituye la condición de determinada pre-

---

(14) P. J. DE MENASCE, O. P., *Catholicité de l'Église et ordre de la charité*, en *Annuaire Missionnaire Catholique de la Suisse*, Friburgo, 1939, pp. 11-13.



dicación apostólica que penetra por primera vez en una materia inerte u hostil.

»Este estado virulento de la fe, esta plenitud de la contemplación, constituye, como bien sabemos, la condición y el principio de la más elevada forma de la predicación cristiana: la que tiende a elevar al fiel hasta las cumbres, a esparcir sobre él esa luz que, atrayéndolo hacia la Verdad divina, lo dispone de manera más directa a la vida del cielo. El auditorio, el rebaño del misionero, no representa una tierra preparada de esta manera; pero al ser del orden de la fe, radical por consiguiente, el obstáculo con que se enfrenta exige de parte del misionero una plenitud análoga a la virtud de la fe que se apoya en los dones del Espíritu Santo. Y se trata aquí formalmente de la primera virtud teologal, cuyo objeto nos muestra el mismo misterio de la Verdad primera, no de lo que se suele denominar con el nombre de *espíritu de fe*, con lo que se da a entender de ordinario un acto particular de la virtud de la esperanza, de ese acto que, junto a otros, da su fuerza a la oración de petición. En efecto, la oración del contemplativo se define por esta plenitud desbordante. De esta manera se convierte en una causa proporcionada al efecto que de ella se espera: un primer abrirse paso de la fe en el infiel, elevación eminente en el cristiano; de todas formas, es un régimen en el que el objeto creído y amado supera a la aplicación práctica, y contiene a ésta de manera eminente..... No hay duda, verdad es, de que no puede exigirse de todos los misioneros que se encuentren en un grado de desbordamiento semejante al de los contemplativos apostólicos, y menester es no despreciar la acción por lo que a la misión se refiere. Pero parécenos que el tono lo ha de dar este espíritu apostólico en el sentido en que ha sido definido por la gran teología» (15).

**2.º El fin de la actividad misionera.**—Consiste en establecer la Iglesia: *a)* en la noche del mundo, allí donde no existe aquella más que como pura posibilidad, o en acto inicial pero lleno de dificultades; *b)* en acto acabado; *c)* según las exigencias de una caridad católica, es decir, bajo formas indígenas. Vamos a estudiar estos tres puntos.

---

(15) P. J. DE MENASCE, O. P., *Polarité de l'activité missionnaire*, en la *Nouvelle Revue de Science Missionnaire*, Beckenried, 1945, p. 82.

a) Con las misiones, se trata de los *finés supremos* de la Iglesia, del conflicto de la ciudad de Dios con la ciudad del mal, de la luz con las tinieblas. «La obra misionera tiene como fin el llevar el reino del Redentor resucitado..... a todas las regiones, hasta la última cabaña, y hasta el más desconocido de los hombres de este planeta» (16). No se diga por consiguiente que no consiste la tarea del misionero en «salvar almas».

b) En las regiones amenazadas de un modo particular, en las cuales no existe la Iglesia más que como una mera posibilidad, o sólo existe en acto inicial, pero lleno de trabas o mutilado, el *fin específico* de la actividad misionera consistirá en hacerla pasar a acto acabado. En efecto, desde la venida de Cristo no hay más que un único régimen normal de salvación para todo el mundo, el régimen de la ley evangélica: es el régimen de una gracia y de una verdad, que derivando del mismo Cristo por contacto, es decir, por el intermedio de los poderes jerárquicos de orden y jurisdicción, es plenamente cultural, sacramental, orientada.

Cuando se plantea por consiguiente el problema de la *necesidad de las misiones* no basta con responder, como lo han hecho algunos, diciendo que no son necesarias más que de manera *relativa*, es decir, para que se realice de manera más perfecta el plan divino de salvación del mundo; es preciso responder que son necesarias *absolutamente* para que se realice verdaderamente el plan final de la salvación, para que sea promulgada la ley evangélica, para que sean arrancados los hombres a una condición anormal en la que no pueden llegar a la salvación más que «por el deseo», de una manera incoativa tan sólo, imperfecta, erizada de peligros: es un problema de dejar libre de trabas a la gracia cautiva, de purificación de los errores que la mutilan.

¿A qué tienden las misiones, decía Pío XI, más que a instituir y establecer la Iglesia en la inmensidad de esas regiones? (17). Instaurar y establecer la Iglesia equivale a hacerla pasar de la potencia al acto, del acto inicial al acto acabado, en el cual tan sólo es plenamente cristiana la gracia. Entonces al período de *actividad misionera* sucederá el período de *acti-*

---

(16) Pío XII, *Acta Apost. Sedis*, 1944, p. 208.

(17) *Acta Apost. Sedis*, 1926, p. 74.



*vidad pastoral*. «La misión sabe desde un principio que dejará de ser misión para convertirse en Iglesia constituida: en una vida plena, dotada de todos sus órganos, que hace uso de su libertad, para inspirar instituciones y dirigir técnicas..... Yo quisiera tan sólo sugerir que el estado de misión dura más de lo que suele parecer, y que la mentalidad del misionero corre peligro de ceder demasiado apresuradamente el paso a la del pastor» (18). ¡Que no oculte el pequeño rebaño conquistado al gran rebaño que está aún por conquistar!

c) Se trata de establecer a la Iglesia según las exigencias de una caridad católica, es decir, bajo formas indígenas. Los misioneros, bien sean clérigos o seglares, no tienen como finalidad el llevar consigo poblaciones cristianas extranjeras, no ha de ser su preocupación la de hacer la Cruzada. La Cruzada era una empresa de la cristiandad; la misión constituye una empresa del Cristianismo. Ya ha pasado la época de la cruzada, mientras que la de la misión está aún en pie. Los misioneros tienen como fin el de hacer brotar a la Iglesia de entre las poblaciones indígenas, sin derramar más sangre que la suya propia.

«Siendo como es católica la Iglesia de Dios, no puede ser extraña a pueblo alguno, ni a nación alguna: es preciso por consiguiente que todos los pueblos le den ministros sagrados que enseñen la ley divina a sus semejantes y los conduzcan por el camino de la salvación. Doquiera se encuentre un clero indígena debidamente formado y digno de su santa vocación, podrá decirse que se da por terminada la obra del misionero, que la Iglesia se halla verdaderamente fundada (19). Es preciso que haya una Iglesia china: claro que no una Iglesia que se confunda con el pueblo chino; sino una Iglesia que utilice plena y libremente, para los fines del reino que no es de este mundo, los recursos de la nación china.

Esto supuesto, la dialéctica de la caridad consiste en pedir al misionero un *máximum* de despojamiento a fin de dejar a los pueblos evangelizados un *máximum* de costumbres propias: «¿Es concebible que la Jerarquía de una Iglesia se

---

(18) P. J. DE MENASCE, *Polarité.....*, p. 82.

(19) BENEDICTO XV, Carta Encíclica *Maximum illud*, *Acta Apost. Sedis*, 1919, p. 445.

halle constituida exclusivamente por extranjeros? ¿No habría en semejante hipótesis más que inconvenientes prácticos, reales en verdad, pero accidentales a fin de cuentas? En rigor, por ejemplo en el caso excepcional de las Iglesias del tiempo de los Apóstoles, nada se opone a que la Jerarquía sea en su totalidad de importación. A fin de cuentas no se trata mas que de un estado temporal de por sí: la época apostólica es una época de misión. Pero nos equivocaríamos de plano, si creyéramos que, ya que son sobrenaturales los poderes jerárquicos de la Iglesia, es absolutamente indiferente por lo que a su constitución de Iglesia militante se refiere, que los portadores de estos poderes vengan de cerca o de lejos, sean misioneros o indígenas..... El mandato apostólico de Cristo nos hace abandonar a los nuestros, para anunciar el Evangelio como extranjeros, a otros y en otros países; pero tiene como fin este precepto el suscitar en países diferentes de los nuestros una Iglesia de próximos, una unidad en la que se encuentre esa proximidad, a la que habíamos renunciado por amor de Cristo..... No es otra la finalidad de nuestro destierro más que la de transferir a hombres que pertenecen a una patria terrena diferente a la nuestra, una nueva patria que se halla en todas partes y que es sin embargo la suya, que no es lo que es para nosotros, un destierro. La razón de ser de un desterrado de Cristo consiste en preparar en su nombre el advenimiento de una nueva vida de familia..... El sacerdocio de Cristo no se halla vinculado a una determinada raza, a una casta, a una magistratura: todo pueblo, por el hecho de ser cristiano, tiene pleno derecho a darse sacerdotes, es decir, a presentar a sus hijos para que sean consagrados con la consagración sacerdotal de Cristo. Leamos la Epístola a los Hebreos: el sacerdote es tomado, *assumptus*, de en medio del pueblo..... De esta manera el *sacerdocio cristiano*, único en cuanto que por medio de los Apóstoles deriva del mismo Cristo, expresa de manera maravillosa, en cuanto que se recluta en todos los pueblos, la *unidad* y la *catolicidad* de la Iglesia de la que se ha constituido en agente privilegiado» (20). Y escribe el mismo autor: «El episcopado es de por sí indígena;

---

(20) P. J. DE MENASCE, O. P., *Catholicité de l'Église et ordre de la charité*, pp. 14 y 15.



mientras no exista, está dando a entender que la Iglesia no ha llegado aún a la plenitud de su edad» (21).

Así, pues, lo que empuja al apóstol a marchar para *evangelizar* las tierras de misión es el deseo de salvar almas, el deseo de arrancarlas de las garras de la ciudad del mal, para integrarlas plenamente en Cristo y en su Iglesia. Lo que le empuja a hacer que su Iglesia *arraigue* en estas tierras nuevas por el establecimiento de una jerarquía y de obras indígenas, es una vez más el deseo de salvar almas de una manera menos precaria, menos difícil. Y lo que moverá a su vez al *pastor* indígena, al que ha colocado en su puesto, a tomar en sus manos la dirección del nuevo rebaño, será asimismo el deseo de salvar más almas y de configurarlas cada vez más íntimamente con Cristo. Aquí, como siempre que se trata de la Iglesia, lo que priva es la caridad.

### 3.º El medio en que se desarrolla la actividad misionera.

1. Se llamarán «tierras de misión» las regiones en las que, frente a la ciudad del mal, no existe aún la Iglesia en acto acabado, al menos bajo una forma indígena. Por ejemplo las regiones pobladas por disidentes, o por pueblos incluso cerrados aún al Cristianismo.

2. La actitud del misionero frente al problema cultural es doble.

Ha de tratar de desprenderse de las formas culturales en las que ha recibido él el Cristianismo, en la medida en que son demasiado particulares éstas como para ser consideradas como valores universales de civilización.

Y ha de adoptar, en la medida de lo posible, las formas de la cultura que le rodea, sin servilismo ni adulaciones de ningún género, sino en toda verdad de vida.

### Definición de las misiones.—Daremos dos de ellas.

Las misiones extranjeras son el movimiento de expansión de la Iglesia (género), considerado en el esfuerzo que tiende a la constitución de una jerarquía indígena (diferencia).

Las misiones extranjeras son el movimiento de expansión de la Iglesia (forma), en virtud del cual, conducida por el

---

(21) P. J. DE MENASCE, O. P., *Sur le nationalisme en pays de mission*, en la *Nouvelle Revue de science missionnaire*, 1947, p. 1.

Espíritu Santo, por Cristo, por la caridad apostólica de Pentecostés (causa eficiente), entra en una región en la que no existía antes más que como mera posibilidad o en acto inicial (causa material), para pasar a acto acabado, y sustituir después una jerarquía importada por una jerarquía indígena (fin próximo) y abrir de esta manera a las almas un camino libre y estable hacia las profundidades de la redención de Cristo (fin supremo).

## II. EL MILAGRO DE LA UNIDAD CATOLICA

Representaremos en primer lugar el hecho de la unidad católica, 1); indicaremos sus aspectos, 2); añadiremos que había sido ya profetizada, 3).

### 1. EL HECHO DE LA UNIDAD CATÓLICA.

**Es un hecho colectivo de carácter milagroso.**—1. Ante la mirada de la pura razón, cuando ésta se eleva al plano en el que se descubren los valores espirituales del arte, de la moral, de la metafísica, la unidad católica aparece, con una verosimilitud tanto mayor cuanto más penetrante es la visión, como un hecho social de una calidad humana no sólo excepcional, sino propiamente milagrosa, que sella a la Iglesia con la impronta de la aprobación divina, *digitus Dei est hic*, y garantiza el origen divino de su mensaje, mensaje que lleno de la noche trascendente del misterio, es no razonable, ni contrario a la razón, sino superior a la razón.

2. El proceder de un grupo es milagroso cuando, debido a su calidad y a su elevación espiritual, aparece como algo que trasciende el proceder que pueden animar los únicos recursos de la razón y de las pasiones humanas.

Estamos muy lejos de conocer aún todas las leyes del mundo físico, y mucho más lejos aún de conocer todas las posibilidades del mundo moral y del mundo social, en el que interviene con sus recursos ilimitados la libertad humana.

Lo cual no obsta para que en determinados hechos de orden físico, moral o social, pueda discernir la intuición de la inteligencia espontánea, de una manera confusa pero irresistible, un efecto propio de Dios, un toque inmediato de



esta Omnipotencia, única que puede mover desde su interior al ser, la libertad humana, y el curso de la historia (22).

3. Entre los hombres, separados por el espacio y el tiempo, tan diversos y opuestos entre sí por un número infinito de puntos, ha creado Cristo una comunión de fe, de amor, de esfuerzos, demasiado pura y elevada sin duda alguna, para no verse traicionada constantemente por el desfallecimiento particular de cada uno de sus discípulos, pero nunca renegada por todos ellos; comunión contra la que se desencadenan los engaños y las violencias del espíritu de odio, «la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida» (*I Jo.*, II, 16); comunión que no ha podido ser abolida desde el tiempo en que comenzó a brillar en el mundo; comunión con la que, como por una armonía preestablecida, viene a ponerse de acuerdo cuanto de puro hay en las épocas que la han precedido y en los países que no la han llegado a conocer. Sólo una fuerza de cohesión divina puede darnos la explicación de la constitución y del poder de atracción de semejante foco de universalidad. Teniendo en cuenta que Cristo ha querido, antes de abandonar este mundo, confiar a Simón Pedro todas sus ovejas, puede predecir el teólogo que el milagro de la unidad católica conseguirá su máximo brillo en torno a Pedro. Sabe por otra parte que incluso aquellos que rechazan la primacía de Pedro por un error invencible, libres de culpa, si se ven unidos verdaderamente a Cristo por la caridad teologal y comienzan a constituir de esta manera un foco de unidad católica, se van acercando sin darse cuenta de ello al centro de unidad que Cristo ha colocado al frente de su Iglesia: en la misma medida podrá brillar su foco inicial de catolicidad con todo el brillo del milagro; piénsese por ejemplo en los fieles ortodoxos

---

(22) «No conocemos los límites positivos de las fuerzas naturales, pero conocemos algunos de sus límites negativos. Verdad es que no sabemos hasta dónde llegan, pero en determinados casos creemos que sabemos hasta dónde no llegan. *Jamás* obtendremos cloro por la combinación de oxígeno e hidrógeno, ni recogeremos *jamás* rosas sembrando trigo: de la misma manera *jamás* podrá la mera palabra humana calmar una tempestad o resucitar muertos.... Si cree alguien que sembrando trigo acaso le salgan rosas de los granos.... es sencillamente un anormal». J. DE TONQUEDEC, S. J., *Introduction à l'étude du merveilleux et du miracle*, París, 1916, p. 230.

que han muerto mártires de la persecución bolchevique o que la han atravesado sin traicionar su fe. Y sin embargo, incluso el vínculo de la Iglesia ortodoxa disidente, sigue siendo imperfecta por su misma naturaleza: en el siglo xvii no ha tenido principio interno de unidad que le haya permitido escoger entre Nikon y Avvakum; en nuestros días, lo mismo que en el pasado, se ven oprimidos por el dilema: Iglesia nacional o Iglesia universal.

**El milagro de la unidad católica en los Padres.**—Vamos a contentarnos con dos testimonios excepcionales: con el de San Ireneo hacia el año 200 y con el de San Agustín hacia el 400.

1. «Aun cuando se halla dispersa por todo el mundo e incluso hasta las extremidades de la tierra, escribe San Ireneo, la Iglesia conserva con todo cuidado la fe que ha recibido de los Apóstoles y de sus discípulos, como si no habitara más que una única morada. Cree en estas cosas como si no tuviera más que una única alma y un sólo corazón. Les enseña, les anuncia, les transmite con la misma voz, como si no tuviera más que una única boca. Y aun cuando es verdad que las lenguas que se hablan en el mundo son diferentes, sin embargo es única, idéntica, la fuerza de la tradición (*paradosis*)..... (23).

»El camino de quienes son hijos de la Iglesia recorre el mundo entero, ya que tienen consigo la tradición segura de los Apóstoles. Nos hace ver que tenemos todos una única e idéntica fe. Enseñamos todos un mismo Padre, creemos todos en la misma economía de la Encarnación del Hijo de Dios, conocemos todos de igual manera la donación del Espíritu. Nos sometemos todos a los mismos preceptos, retenemos la misma forma de organización de la Iglesia, esperamos la misma venida del Señor, creemos todos en una misma salvación para todo el hombre, para su alma lo mismo que para su cuerpo. La predicación del Evangelio es verdadera y segura; en ella ha sido presentada al mundo el único camino que conduce a la salvación. A ella ha sido confiada la luz de Dios..... En efecto, la Iglesia anuncia por doquier la verdad, es el cande-

---

(23) *Adversus haereses*, lib. I, cap. X.



labro de siete brazos que lleva la luz de Cristo..... La Iglesia ha sido plantada como un paraíso en este mundo» (24).

Lo que encandila a Ireneo no es el espectáculo de una *fuerza social* temporal capaz de unir a una inmensa masa de hombres: bajo este punto de vista, hubiera sido el Imperio romano algo más asombroso que la Iglesia. No es tampoco el espectáculo de una *fuerza filosófica* o *religiosa* que consiguiera hacerse con discípulos por toda la redondez de la tierra, como lo ambicionaba por aquel entonces el Gnosticismo. Es el espectáculo de una fuerza maravillosa a la que llama él el *poder de la transmisión*, fuerza que viene de Cristo y que tiene como misión el reunir a los hombres en el plano de la doctrina y de la esperanza que nos ha traído Cristo, de hacer florecer una unidad transapostólica, transcultural y propiamente *mesiánica*, de plantar el Paraíso del Espíritu en medio de los errores y de los conflictos de este mundo.

A decir verdad, la irradiación de esta fuerza interior de que se ve animada la Iglesia podía apercibirse en los Doce desde el día mismo de Pentecostés. El milagro de la unidad católica podía aparecer a cuantos eran capaces de penetrar en el mensaje de los Apóstoles y el soplo que moraba en ellos. El «hablar en lenguas» no era más que una manifestación de la transcendencia y de la catolicidad de la Iglesia que nacía. Pero a medida que se difundía la Iglesia en el tiempo y en el espacio, estalla su catolicidad como una victoria de Cristo sobre el Dragón, con una evidencia que exaltaba a Ireneo, y que con el progreso de la historia, parece hacerse cada vez más irresistible a cuantos tienen un alma que les hace desear el Reino de Dios, y ojos para ver las señales que lo dan a conocer.

2. La utilización que hace San Agustín de la superioridad numérica, ya que en su tiempo, de la Iglesia católica sobre las Iglesias disidentes, es sin duda alguna un argumento sumamente frágil. Pero San Agustín no ha perdido jamás de vista la verdadera naturaleza de la catolicidad. No es una mera fuerza de cohesión lo que admira él en el crecimiento de la Iglesia, sino el poder de Cristo capaz de suscitar hijos de Abraham: «¿no se ha realizado por ventura lo que había sido prometido desde hacía tiempo a Abraham, es decir, que

---

(24) *Ibid.*, libro V, cap. 20.

quedarían benditas en él todas las generaciones? Esta promesa ha sido hecha a un solo creyente y el mundo se ha llenado de millares de creyentes. He ahí la montaña que cubre la faz de la tierra, la ciudad de la que se ha escrito: *No puede ocultarse una ciudad construida sobre una montaña*» (25).

Y he aquí su comentario al milagro de las lenguas: «El Espíritu Santo sigue dándonos el hablar en lenguas. En tiempo de los Apóstoles no se hallaba aún difundida la Iglesia por toda la tierra, y no tenía aún Cristo miembros que hablaran la lengua de cada nación. De ahí que como señal de lo que había de producirse pronto, hablara por sí solo cada uno de los Apóstoles todas las lenguas. Pero, ya ahora, todo el cuerpo de Cristo habla casi todas las lenguas. Que crezca aún la Iglesia, que acaba por hablar todas las lenguas..... Yo las hablo todas. Yo me hallo en el cuerpo de Cristo, en la Iglesia de Cristo. Si habla el cuerpo de Cristo todas las lenguas, todas me pertenecen: griega, aramea, hebrea, todas las lenguas son mías, ya que mía es la unidad de todos los pueblos» (26).

Así, pues, la caridad consigue unir entre sí a hombres que ni siquiera logran entenderse, y lo hace de una manera tan profunda que sus diversidades se hacen algo totalmente accidental.

**Testimonios de Newman y de Moehler.**—1. Estas observaciones de San Agustín sobre los particularismos de orden geográfico, étnico, político, que se hallan en el origen de las sectas y divisiones, se hacen presentes con una particular insistencia al espíritu de Newman cuando estudia el nacimiento de las herejías de los primeros siglos. Queda totalmente sorprendido cuando entrevé de pronto, como la claridad de un rayo, una semejanza extraordinaria entre, por una parte, el particularismo que se halla en el origen de las sectas y el que se halla, por otra parte, en el origen del protestantismo o del anglicanismo. Al mismo tiempo la actitud de la Catholica de los primeros siglos respecto de las sectas le parece totalmente idéntica a la actitud que había de tomar la Catholica del siglo xvi frente al Protestantismo y al An-

---

(25) *In Epist. Joan.*, tratado I, n.º 13.

(26) *Enarr. in Ps. CXLVII*, n.º 19.



glicanismo. Sigue aún creyendo, en aquel entonces, que la Iglesia Anglicana conserva por lo que a ella se refiere la anti-güedad, es decir, la fidelidad a la Tradición apostólica. ¿Será que está dividida la Iglesia católica? Este conflicto imposible es el que va a constituir su martirio. Hasta el día en que, habiendo vuelto a estudiar a fondo, en un libro que no va a terminar y que constituye su última obra anglicana, la nota de la apostolicidad, ve con certeza que constituye el privilegio no de la Iglesia anglicana, sino de la Iglesia romana.

2. El carácter milagroso de la unidad católica de la Iglesia ha llamado la atención asimismo de un Moehler. «El misterio de toda vida auténtica, escribirá él, reside en la compenetración de elementos en contraste» (27). Los *contrastes* coexisten en la unidad de un único todo, a diferencia de las *contradicciones* que desgarran la unidad del conjunto. La unidad de la Iglesia es lo bastante poderosa para hacer suyas las diversidades legítimas de los hombres y elevarlas en su seno al rango de auténticos contrastes, de elementos que se complementan: realismo e idealismo, misticismo y especulación, etc. Pero una vez que logran escapar a la fuerza de regulación de la Iglesia, estos elementos entran en conflicto unos con otros, los contrastes se convierten en contradicciones. Es lo que sucede no sólo en las herejías, como lo hace observar Moehler, sino también, añadamos nosotros, en las formaciones disidentes.

Preguntaban a Moehler si no debería unirse la Iglesia a las «herejías» —digamos más bien disidencias— para formar con ellas una unidad más rica y elevada. Fácil le fue responder que por el hecho de unirse a las disidencias como tales, la Iglesia acogería en su seno no ya contrastes, sino contradicciones. La Iglesia encierra en su unidad todos los contrastes, todas las riquezas cristianas, que, una vez que aparecen las disidencias, entran en conflicto unas con otras. Pero sería imposible incluir en ella los principios de disidencia.

No estaría de más el ilustrar esta coexistencia de los contrastes, esta capacidad de «distinguir para unir», que constituye en cada momento la impronta del Catolicismo. Y mostrar al mismo tiempo cómo en las disidencias, cuanto más

---

(27) *Die Einheit der Kirche*, Tubinga, 1825, pp. 173 y ss. El autor opone aquí las dos expresiones: *Gegensätze y Widersprüche*.

se trata de extenderse, más se disuelve la unidad. La Iglesia está hecha para unir en su seno lo visible y lo espiritual, el cuerpo y el alma, la fe y la razón, la contemplación y la acción, la esperanza y el temor, el odio al error y al pecado y el amor para con los que yerran y pecan, la autoridad y la libertad, la tebaida y la ciudad, el arte y la moral, la serpiente y la paloma, la propiedad cristiana y la pobreza cristiana, la virginidad y el matrimonio.

## 2. LOS ASPECTOS DE LA UNIDAD CATÓLICA.

Podemos considerar de manera más detallada, bajo el punto de vista de su estado exterior, la unidad de culto de la Iglesia, su unidad de orientación, su unidad de comunión o de caridad.

**La unidad de culto.**—Podríamos manifestar de la siguiente manera que la unidad de culto, en el nivel en que se realiza en la Iglesia, es una obra que trasciende las leyes de la psicología religiosa de los pueblos y que lleva en sí todos los caracteres del milagro.

El culto cristiano se funda en la *mediación de Cristo*, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero entregada a sus fuerzas, es incapaz la humanidad de llevar la unidad de sus miembros a semejante nivel, o de mantenerla en el mismo.

a) Oscila entre dos vértigos: o confundir Dios y el mundo, y de ahí la idolatría y el panteísmo; o separar Dios y el mundo, y de ahí errores tan opuestos como el ateísmo y el acosmismo, el materialismo y el maniqueísmo.

b) En cuanto a Cristo, o bien lo imaginará como un intermediario en el que se confunden la naturaleza divina y la naturaleza humana; o se separará en él las dos naturalezas y lo imaginará bien como un Dios, bien como un puro hombre. Ahora bien, la unidad del culto cristiano se basa precisamente en la noción de un mediador, verdadero Dios y verdadero hombre. El milagro consiste en que dicha noción une, de manera estable e íntima, en un mismo culto a Griegos y Latinos, a poetas y teólogos, a los antiguos lo mismo que a los de nuestros días, a los miles de creyentes ilustres así como a los miles de creyentes oscuros.

No tiene sentido el objetar aquí las prácticas tan poco



razonables, o supersticiosas incluso, que han podido observar cristianos de segunda categoría: nunca lograrán los impuros que se haga impura la Iglesia ni que se haga supersticiosa los supersticiosos. Verdad es que las Iglesias ortodoxas disidentes, lo mismo que parte de las protestantes, han conservado esta fe en el mediador, verdadero Dios y verdadero hombre. Pero no es ésta la causa de que sean formaciones disidentes. En cuanto que permanecen en tales alturas participan de la aureola del milagro de que se ve adornada la verdadera Iglesia.

3. Podrían hacerse observaciones semejantes a propósito del sacrificio y de los sacramentos. El Cristianismo hace la unidad del culto, por una parte, por el hecho de que afirma la necesidad en que el hombre pecador se ve de reconocer los derechos infinitos de Dios por medio de un *sacrificio*; y por otra, desterrando el *horror* de los sacrificios antiguos. Y en el misterio de la sacramentalidad esquivo las dos desviaciones que amenazan al culto que debe rendir el hombre a Dios: la magia, por una parte, que es una materialización y que olvida la transcendencia de la condición divina y de los dones divinos; y por otra parte el *falso espiritualismo* que olvida la debilidad de la condición humana y las condescendencias mesiánicas de la Encarnación.

**La unidad de orientación.**—Podemos considerar la unidad de orientación en el plano especulativo y en el plano práctico.

1. Es ya un hecho sorprendente que la Iglesia enseñe a las muchedumbres, lo mismo a los sabios que a los ignorantes, a los adultos como a los niños, las más elevadas *verdades del orden natural*, verdades que no han logrado descubrir los filósofos más que a duras penas. Pero la Iglesia anuncia una *sabiduría más elevada*: los misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la Parusía final de Cristo, etc. El carácter milagroso de que se ve rodeado el mensaje cristiano puede manifestarse de dos maneras. Por una parte a la teología, a medida que penetra más profundamente en el estudio de los dogmas, le llama la atención la extraordinaria conexión de los dogmas aun cuando puedan parecer de los más opuestos: por ejemplo el dogma del mal infinito que supone el pecado mortal —y diciendo esto hemos hablado de todo el dogma del infierno— nos

hace comprender la locura de un Dios que muere en la cruz para liberarnos de sus consecuencias; y a su vez, el desprecio de este Amor crucificado nos hace comprender las profundidades del pecado mortal (28). Por otra parte esta revelación cristiana, tan gratuita, tan transcendente, tan extraña a nuestras exigencias humanas que no puede ser acogida más que al precio de una sumisión interna que constituye algo así como la muerte de la inteligencia «si no muere el grano.....», se convierte de pronto para nosotros en algo tan lleno de luz, tan indispensable, tan connatural, que nos da la impresión de que no nos sería posible *vivir sin ella*.

2. Estudiemos la unidad de orientación práctica. Dos rasgos podrían servirnos para ilustrar el carácter milagroso de esta unidad: a) la forma orgánica de la Iglesia y b) la naturaleza de los conflictos que enfrentan a la Iglesia con los Estados.

a) «La Iglesia de Dios que se halla en Corinto.....». La Iglesia constituye un único cuerpo, es decir, algo indiviso en sí y diviso respecto de los demás. Su forma social propia es la orgánica. Pero ésta no podrá mantenerse más que por la fuerza del milagro. Puesta en manos de solos los hombres, pronto quedaría fragmentada la unidad divina y original de la Iglesia. En seguida se verán surgir Iglesias auto-céfalas, disidencias, denominaciones, etc. E inmediatamente, una vez que se haga sentir de nuevo la necesidad de unidad, se habrán hecho tan profundas las diferencias en punto a las creencias, las diferencias de culto y de organización, que la única forma de unidad posible será no ya la de un ser vivo, sino la de una colonia; no ya la forma orgánica de la unidad, sino una forma federativa de unidad.

b) No menos llena de enseñanzas es la historia de las

---

(28) Puede adivinarse el poder asimilador, el poder de catolicidad de tan elevada síntesis. El abate Jules Monchanin opinaba que, siendo el peligro de la India más bien el acosmismo que el ateísmo, no sería posible convertirla ni salvar sus valores más que proyectando luz sobre el mundo partiendo de la vida divina: el dogma de la pluralidad de personas en el seno de lo Absoluto le hará comprender la verdadera distinción del tú y del yo en las criaturas; el dogma de un sacrificio redentor que no reduce a cenizas el mundo, sino que lo santifica sin consumirlo, le llevará a comprender el precio de la creación..... Cfr. *L'Inde et la contemplation*, en *Dieu Vivant*, n.º 3.



relaciones de la Iglesia y de los Estados. Desde su misma institución, «ha habido siempre algo que no encajaba, algo que terminaba necesariamente con disputas, persecuciones y martirios» (29). Se debe ello a que la Iglesia, Reino que no es de este mundo, se considera como una sociedad perfecta en este mundo. Y el Estado por su parte, o sea la sociedad mundial hacia la cual se halla en marcha el mundo, es también una sociedad perfecta; no le agrada demasiado la presencia de la Iglesia. Si plegara velas la Iglesia, no sufriría tanto los efectos de la persecución. Si no formara una unidad orgánica, sino una unidad federativa, no la acusarían tanto los Estados de someter a sus propios súbditos a una «potencia extranjera». Si cediera en los problemas en los que lo espiritual roza lo temporal, si se encerrase en las sacristías, si se contentara con suscitar sentimientos individuales, no hay duda de que se la dejaría tranquila o incluso se la nacionalizaría. El milagro lo constituye el hecho de que siendo lo que es, se mantenga en el mundo desde hace dos mil años.

**La unidad de comunión en la caridad o la catolicidad de la santidad.**—Todo el misterio de la Iglesia es una expansión del misterio de Jesús, y todo el milagro de la Iglesia una expansión del milagro de Jesús. Ahora bien, la santidad de Jesús atrae hacia sí, reuniéndolos en el plano del Sermón de la Montaña —sobre el plano de la fe en las exigencias, en los rigores y en las ternuras de un Dios de amor, sobre el plano de una invitación al don de sí para la salvación de los hombres y del mundo—, valores humanos tan numerosos, tan ricos, tan diversos en el espacio y el tiempo, que su poder unificador aparece como algo realmente milagroso: He ahí el *milagro de la comunión en la santidad y caridad cristianas*.

Es la santidad de Jesús la que atrae hacia sí por anticipación cuanto de más santo se da en el Antiguo Testamento. Hacia ella tiende de manera oculta todo lo que hay de puro en los presentimientos o en los esbozos de las religiones precristianas o en los deseos del Judaísmo de nuestros días y del Islam. Es ella la que hace arder los corazones de los santos más separados por la diferencia de siglos, de

---

(29) PAUL CLAUDEL, Prefacio a la obra *À la trace de Dieu*, de Jacques Rivière; en *Positions et propositions*, t. II, p. 79.

lenguas, de culturas, de dones y vocaciones: cada vez que nos encontramos con ellos y nos damos cuenta de que son hijos de esta inmensa familia, este encuentro nos agita en lo más profundo de nuestro ser. El hogar de esta catolicidad de la santidad lo constituye la caridad cultural, sacramental y orientada, y las tumbas de los santos que perteneciendo a diversas nacionalidades han querido venir a morir a Roma parecen dar testimonio del verdadero destino y de la eterna fecundidad del privilegio de Pedro. Pero doquiera brilla una gracia auténtica, aun cuando sea en el seno de las formaciones religiosas disidentes o en medio de la Gentilidad, queda quebrada la fuerza de los determinismos, y da ya comienzo la unidad católica de la santidad.

### 3. LA CATOLICIDAD DE LA IGLESIA SE HALLABA YA PROFETIZADA.

Se puede orientar el argumento profético de dos maneras: en una perspectiva en la que se entremezclen la fe y la razón; en una perspectiva simplemente racional.

**Perspectiva mixta.**—1. El velo que cubre aún en nuestros días el corazón de los Judíos, cuando leen el Antiguo Testamento (*II Cor.*, III, 15), lo constituye el convencimiento en que se encuentran de que Dios quiere constituir por medio de ellos la catolicidad de un Reino de este mundo. Es verdad, y lo afirma el mismo Jesús, que la salvación nos viene de los Judíos (*Jo.*, IV, 22). Pero se trata de una salvación espiritual ante todo, y lo que funda Jesús es la catolicidad de un reino que no es de este mundo (*Jo.*, XVIII, 36). Una vez que se convierte el corazón de los Judíos al Señor, es decir, a Jesús, cae por tierra el velo (*II Cor.*, III, 16); comprenden de pronto que las profecías del Antiguo Testamento, y muy en especial la del siervo de Yahvé, nos anuncian la catolicidad de un reino que se halla, ciertamente, en este mundo, pero que no es de este mundo.

De manera que a quienes saben leer el sentido principal, sentido que es espiritual, no temporal, la profecía del Antiguo Testamento anuncia y señala el hecho cristiano (30).

---

(30) Es la perspectiva que adopta SAN JUSTINO en su *Diálogo con Trifón*. Véase M. J. LAGRANGE, *Saint Justin*, París, 1914, pp. 24-66.



Y el hecho cristiano, por su sublimidad, ilumina retrospectivamente la profecía del Antiguo Testamento, y revela su verdadero sentido a quienes saben leerlo, es decir, ese sentido que es ante todo espiritual, no temporal.

2. A cuantos aceptan la autoridad divina del Nuevo Testamento se les dirá: Si ha anunciado Cristo la catolicidad del reino espiritual que ha nacido de El, no quedará frustrada su promesa. En alguna parte del mundo se dará una catolicidad digna de Jesús, un rebaño en el que se agrupen las ovejas de Cristo, un reino que se halla en este mundo aunque no pertenece a este mundo: ahí se hallará su Iglesia.

Una vez más puede decirse que por una parte la profecía de Cristo sobre la catolicidad manifiesta a quienes saben leer su verdadero sentido, la Iglesia. Pero por otra parte, la catolicidad de la Iglesia, tal cual existe desde hace veinte siglos, ilumina retrospectivamente a nuestros ojos el contenido de la profecía evangélica. Se da en este caso no un círculo vicioso, sino un verdadero progreso: la profecía de Cristo prepara una primera inteligencia del misterio de la Iglesia, y la inteligencia de la Iglesia nos introduce en una nueva y más profunda inteligencia de la profecía de Cristo.

**Perspectiva meramente racional.**—Desde el simple punto de vista de una razón capaz de apreciar los valores morales y metafísicos, la profecía de la unidad católica aparece como milagrosa. El argumento presentaría dos etapas: el Antiguo Testamento nos anuncia el Cristianismo; el Evangelio nos anuncia la Iglesia.

1. Habría que mostrar en primer lugar que la esperanza mesiánica de Israel constituye ya en sí misma un hecho excepcional, que se muestra como de origen divino, y que, en efecto, constituye algo inexplicable desde el mero punto de vista de las causas naturales.

También el hecho cristiano aparece por su parte como algo excepcional e irreductible al mero juego de las causas naturales (31).

La profecía mesiánica de Israel proyecta su luz sobre el milagro del hecho cristiano en el que encuentra su realiza-

---

(31) No hay más que recordar la indigencia de las «explicaciones» de un Spinoza o de un Renan.

ción. Y a su vez el milagro del hecho cristiano confirma el origen divino de esta profecía, e ilumina retrospectivamente sus rasgos oscuros o ambivalentes.

2. Habría que mostrar finalmente que las profecías del Nuevo Testamento, que anuncian la unidad católica del reino espiritual que tiene su origen en Cristo, proyectan su luz sobre el milagro permanente de la Iglesia. Y este milagro permanente de la Iglesia, al realizar las profecías del Nuevo Testamento, confirma a su vez su verdad y permite precisar retrospectivamente su significado.

Tal es la perspectiva simplemente racional que adopta Pascal, y que ha adoptado asimismo en nuestros días el P. Lagrange en su estudio sobre Pascal y las profecías mesiánicas (32).

---

(32) *Pascal et les prophéties messianiques*, *Revue Biblique*, 1906, p. 534. Podrán encontrarse otras coincidencias en *L'Église du Verbe incarné*, t. II, pp. 1.278-1.288.



## CAPÍTULO XI

### DEFINICIONES DE LA IGLESIA

A la pregunta que constituye todo el objeto de este libro, *¿Qué es la Iglesia?*, podemos ahora responder de manera concreta con dos clases de definiciones: definiciones mayores, hechas en función de sus causas increadas: Dios, el Espíritu, Cristo; definiciones menores, hechas en función de sus causas creadas: los fieles, la jerarquía, la gracia, etc.

#### 1. DEFINICIONES MAYORES.

Se dirá que la Iglesia es *el tabernáculo de Dios en medio de los hombres* (Apoc., XXI, 3); *la casa de Dios* (I Tim., III, 15); *el templo o morada del Dios vivo* (I Cor., III, 5; II Cor., VI, 16). La Iglesia es *la Trinidad en cuanto conocida, amada y poseída aquí en la noche del destierro y más adelante en la claridad de la patria* (Jo., XIV, 23). Es *el reino de Dios; el pueblo de Dios* (I Petr., II, 9-10); *la ciudad de Dios*.

La Iglesia es *el Espíritu en cuanto que se manifiesta visiblemente en el universo* (Act., II, 1-4, 17); *el Espíritu Santo en cuanto que es recibido de manera misteriosa en nuestros corazones* (Rom., V, 5; VIII, 13-16, 26-27; I Cor., VI, 11-19; Gal., IV, 6-7).

La Iglesia es *el Cuerpo de Cristo* (Col., I, 24); no su cuerpo individual sino su cuerpo social, su cuerpo místico. El apóstol escribirá hablando de Cristo: «Dios lo ha puesto por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, que es su cuerpo, la plenitud del que se halla lleno (por Dios) de todas las maneras y bajo

todos los aspectos» (*Eph.*, I, 22-23). Se dirá por consiguiente que la Iglesia es *una continuación, una expansión, una extravasación del misterio de la Encarnación redentora*. Que es *el complemento, la perfección, la plenitud del Verbo encarnado* (*Col.*, I, 24), no, verdad es, de manera intensiva —la santidad de la Iglesia, lejos de añadir algo a la de Cristo, no es más que una participación de ella—, sino de manera extensiva. Es, según las definiciones de Bossuet, tan parecidas a las del Apóstol, *Jesucristo que se esparce y se comunica, Jesucristo hombre perfecto, Jesucristo en su plenitud*. Finalmente, por haber unido el Apóstol en uno los dos sentidos de cuerpo y esposa (*Eph.*, V, 28-29), se dirá que la Iglesia es *la Esposa de Cristo*: «El nombre de cuerpo, dice Bossuet, nos indica cuán de Jesucristo es la Iglesia; el título de esposa a su vez nos indica que le ha sido algo extraño y que Cristo la ha buscado voluntariamente. De esta manera la expresión de esposa nos hace ver la unidad por amor y por voluntad; y la de cuerpo nos lleva más bien a comprender la unidad como algo natural (1). Para expresarlo todo con una sola palabra: *la Iglesia es el Evangelio que continúa*.

El Catecismo del Concilio de Trento nos ha señalado algunas de las definiciones mayores de la Iglesia. Nos recuerda que es *el rebaño de las ovejas de Cristo, la esposa de Cristo, el cuerpo de Cristo, la morada de Dios*. Esto supuesto, ¿cómo puede explicarse que se hallen dichas expresiones tan ausentes normalmente de nuestros catecismos? No cabe la menor duda de que son las definiciones más elevadas, las que más abarcan, las más escriturísticas, las más divinas.

## 2. DEFINICIONES MENORES.

Podemos abrazar a la Iglesia en toda su extensión, o restringirla a la Iglesia de la Nueva Ley.

**Definiciones generales.**—1. Teniendo en cuenta las condiciones tan diferentes que se dan simultáneamente en la Iglesia del tiempo presente y en la Iglesia del más allá, se dirá: *La Iglesia es la comunidad que, bajo sus tres estados*

---

(1) *Lettre à une demoiselle de Metz sur le mystère de l'unité de l'Eglise.*



*simultáneos, se halla reunida en Dios por Cristo: 1.º en el cielo, en la claridad de la visión y en el amor beatífico, en que se hallan los ángeles y los elegidos (Iglesia triunfante); 2.º antes, en la noche de la fe, por una caridad que va forjándose y creciendo en este mundo (Iglesia militante); 3.º y que no pocas veces acaba de purificarse en el Purgatorio (Iglesia doliente).*

2. Consideremos ahora toda la línea de la Iglesia que se encuentra en el tiempo.

a) Bajo el aspecto del conflicto entre la santidad y el pecado, se dirá: *La Iglesia es la ciudad del amor divino aceptado, el mundo es la ciudad del amor divino rechazado (I Jo., V, 19).* Es la definición que daba San Agustín: «Dos amores han levantado dos ciudades: el amor de uno mismo hasta el desprecio de Dios, la ciudad terrena; el amor de Dios hasta el desprecio de uno mismo, la ciudad celestial» (2).

b) Si queremos ahora distinguir los tres regímenes normales que ha conocido la Iglesia en el tiempo, diremos: *La Iglesia es la comunidad sobrenatural, destinada a la vida del cielo, que reúne Dios tras las caídas: 1.º, en primer lugar, bajo el régimen universal de la ley de la naturaleza; 2.º, a continuación, bajo el régimen privilegiado de la ley mosaica; 3.º, finalmente, bajo el régimen definitivo de la ley evangélica.* San Agustín escribe: «La Iglesia toda, esparcida por doquier, es el cuerpo del que es cabeza Cristo: este cuerpo lo constituyen no sólo los fieles que viven en nuestros días, sino también quienes han vivido antes que nosotros y todos los que irán viniendo hasta el fin del mundo. El, que ha subido al cielo, es la Cabeza» (3).

**Definiciones de la Iglesia de la Nueva Ley.**—Será preciso no olviden en manera alguna el amor en la definición de la Iglesia.

1. Tratando de definirla de manera analítica, de forma que queden enumerados los principales elementos que le son necesarios, diremos: *La Iglesia es la comunidad de los hombres peregrinos en el tiempo (causa material) a los que Cristo*

(2) *De civitate Dei*, libro XIV, cap. 28.

(3) *Enarr. in Ps. LXII*, n.º 2.

(causa eficiente), *para renovar totalmente el universo* (causa final), *hace partícipes*: 1.º *de su realeza, por los poderes jurisdiccionales divinamente asistidos*; 2.º *de su sacerdocio por los poderes o caracteres sacramentales*; 3.º *de su santidad, por la gracia plenamente cristiana* (causa formal).

O con fórmula ligeramente diferente: *la Iglesia es la comunidad, destinada a la vida eterna, que reúne ya desde ahora el Espíritu Santo*: 1.º *bajo una misma cabeza que la dirige*; 2.º *en un mismo culto que la consagra*; 3.º *en una misma comunión interior que la santifica*. Estos tres puntos pueden ser explicados: 1.º *la cabeza única que la dirige* es Cristo en lo alto del cielo, y en este mundo su vicario asistido infaliblemente para definir la fe, y prudencialmente para regular la disciplina; 2.º *el culto único que la consagra* es el culto instaurado por Cristo sacerdote para ser continuado por la celebración válida del sacrificio de la misa y la dispensación asimismo válida de los sacramentos; 3.º *la plenitud de comunión interior que la santifica* es la santidad de Cristo en cuanto comunicada por la caridad cultural, sacramental, orientada. Además han quedado señaladas las cuatro causas de la Iglesia: el Espíritu Santo (causa eficiente primordial); la vida eterna (causa final); la comunidad de los hombres peregrinos (causa material); la gracia plenamente cristiana (causa formal).

2. Definiendo la Iglesia de una manera mucho más breve y sintética, de una manera en la que se jerarquicen y sobreentiendan muchos de sus elementos necesarios, diremos: *la Iglesia es la comunidad* (causa material) *congregada por la fe, la esperanza y la caridad plenamente cristiana, es decir, por la caridad cultural, sacramental y orientada* (causa formal); en los pecadores bautizados que no son herejes o cismáticos esta caridad se halla presente de una manera íntegra, aunque indirecta y no salvífica; en los justos no bautizados se halla presente de una manera mutilada, pero directa y salvífica.

Si acudimos a las cuatro causas diremos: *La Iglesia es* 1.º *la comunidad*, 2.º *que Cristo, por medio de la Jerarquía*, 3.º *une en la caridad plenamente cristiana*, 4.º *para reunir al universo, en primer lugar en la sangre de su cruz, y después en la gloria de su Parusía*. Con lo cual hemos tocado las cuatro causas y al mismo tiempo las cuatro propiedades de la Iglesia: *la apostolicidad*, que se refiere a la causa eficiente; *la unidad*



*católica*, que se refiere a las causas material y formal; *la santidad*, que se refiere a la causa final.

**Definición comparativa.**—Habrá que definir a la Iglesia por su relación a la sociedad política. Podemos encontrar los elementos de dicha definición, por ejemplo, en la Encíclica *Immortale Dei*, de León XIII, del 1 de noviembre de 1885.

La noción de *sociedad perfecta*, cuando del Estado la aplicamos a la Iglesia, reino de Dios que se halla en este mundo sin ser de este mundo, ha de ser tomada en sentido propio, verdad es, pero de una manera *trasladada y analógica*.

En efecto, la Iglesia es esencialmente diferente del Estado: 1.º *por sus causas eficientes*, que son no las iniciativas naturales y culturales de los hombres, sino el mismo Cristo, y los poderes jerárquicos de orden y jurisdicción: poderes éstos que se hallan divinamente asistidos, bien sea para definir el dogma (poder declarativo infalible), bien para regular la disciplina (poderes canónicos prudenciales: legislativo, judicial, coercitivo); 2.º *por su causa final*, que es inmediatamente no el bien común perecedero de la paz del tiempo, sino el bien común imperecedero de visión beatífica; 3.º *por su causa material*, que es no la capacidad de los hombres de reunirse con vistas a sus intereses temporales, sino su capacidad, mucho más secreta, de llegar a ser miembros de Cristo; 4.º *por su causa formal*, que no es la fraternidad de las ciudades políticas, sino la asamblea de la ciudad de los elegidos, de los ángeles y de las personas divinas (*Hebr.*, XII, 22).

**Conclusión.**—La fórmula de San Ambrosio: «*Donde se halla Pedro se halla la Iglesia*, donde se halla la Iglesia no hay muerte, sino que hay vida eterna» (4), es una definición menor. La fórmula de San Ireneo: «*Donde está la Iglesia mora el Espíritu de Dios, y donde está el Espíritu de Dios se halla la Iglesia*, y con ella toda la gracia» (5), es una definición mayor. Ambas clases de definiciones se encuentran entremezcladas por San Pablo, cuando a la Unidad de las tres personas divinas: el Espíritu, el Señor, el Padre, junta la unidad

---

(4) *Enarr. in Ps. XL*, n.º 30.

(5) *Adversus haereses*, libro III, cap. 24, n.º 1.

de la comunidad de los cristianos, la unidad de la esperanza de su vocación, la unidad de su doctrina de fe y de su bautismo: «Sólo hay un cuerpo y *un Espíritu*, como también una esperanza, la de vuestra vocación. *Sólo un Señor*, una sola fe, un Bautismo tan sólo, *un Dios y Padre* de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (*Eph.*, IV, 4-6).



## CONCLUSION

Para terminar, nos queda por tratar un punto, el de las realizaciones de la oración del Salvador por la unidad: «que sean todos uno».

**La unidad sin sombra de desgarro.**—«No ruego tan sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por tu palabra, para que todos sean uno, como Tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros.....» (*Jo.*, XVII, 20-21). El Apóstol a su vez escribirá: «.....a fin de que viváis también en comunión con nosotros. Y esta comunión nuestra es con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (*I Jo.*, I, 3).

Sólo en el cielo, en el más allá del tiempo, será escuchada plenamente la plegaria del Salvador. Una vez que hayan llegado a ser enteramente conformes al Cristo glorioso, una vez que se hayan transformado interiormente, ontológicamente, por la luz de gloria que les hará posible el amor y la visión beatífica, los bienaventurados verán reflejarse en sí mismos, como en un puro y vivo espejo, la unidad infinita, sin límites, que forman desde la eternidad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. No formarán más que uno, no tan sólo de una manera finita y ontológica, por la transformación de la gracia y de la gloria, sino incluso de una manera infinita e intencional, en cuanto que verán reflejarse en el fondo más oculto de su ser, toda entera en cada uno de ellos, y toda entera en el conjunto todo —de la misma manera que se refleja el sol entero en un espejo y entero se refleja en cada pedazo de cristal—, la indecible, la adorable Superunidad del Padre, del Hijo, del Espíritu. «Yo les he dado, dirá una vez más Jesús, la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad.....» (*Jo.*, XVII, 22-23).

Unidad sin limite, que hace imposible cualquier sombra de desgarró; unidad en la que no habrá lugar para el mal ni para el pecado, en la que no habra más disensión, ni dolor, ni vejez, ni muerte. Unidad verdaderamente inefable, que no puede ser descrita en este mundo en términos positivos, y que no podemos definir eficazmente más que por la negación de todas las servidumbres de nuestro destierro: «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo, del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Oí una voz grande que del trono decía: He aquí el Tabernáculo de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será con ellos, y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado. Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas» (*Apoc.*, XXI, 1-5).

*He ahí la acogida suprema, la realización suprema de la oración del Salvador por la unidad.* Es la realización en la Patria.

**La unidad que desgarró, pero no está desgarrada.**—1. Ahora bien, la plegaria del Salvador en favor de la unidad ha sido escuchada ya en este *destierro del tiempo*, en el que, según la expresión del Apóstol, «caminamos en fe y no en visión» (*II Cor.*, V, 7). Ya que tras de haber dicho: «A fin de que también ellos estén en nosotros», ha añadido el Salvador: «de manera que crea el mundo que tú me has enviado» (*Jo.*, XVII, 21). Y tras de haber dicho: «A fin de que sean consumados en la unidad», ha añadido: «de manera que sepa el mundo que tú me has enviado» (*Jo.*, XVII, 23). Pide por consiguiente una unidad que, ya desde este mundo, pueda ser un signo, para que crea el mundo, para que sepa el mundo.

La fe nos enseña en efecto que ya desde ahora, desde la noche del destierro, se realiza oscuramente, pero en substancia, lo que ha de aparecer al descubierto, plenamente desarrollado, en la patria. Desde lo alto de ese cielo en el que mora, sigue obrando Cristo sobre el mundo. Lo que derrama sobre los hombres allí donde se llega a ellos por el contacto de los poderes sacramentales y jurisdiccionales, es la gracia plenamente cristiana, la gracia que nos hace totalmente conformes



a Cristo, es decir, la gracia sacramental y orientada, la gracia que tiene como fin hacer de ellos, por vocación, no solamente miembros salvados por y en Cristo, sino también, si le son fieles, miembros salvadores de los demás hombres por y en Cristo.

Allí donde es plenamente cristiana la gracia, allí donde hace a los hombres plenamente conformes con Cristo, se entrega al mundo el Espíritu Santo, como no se había entregado jamás hasta ahora (*Jó.*, VII, 39), vienen a morar entre los hombres las tres personas divinas como jamás habían morado hasta ahora: «Por él tenemos los unos y los otros (Judíos y Gentiles) el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu..... Habéis sido edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, en quien bien trabada se alza toda la edificación para templo santo en el Señor en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu» (*Eph.*, II, 18 y 20-22).

Justamente en este lugar existe, en acto abierto y acabado, la Iglesia que es en este mundo la casa de Dios vivo (*I Tim.*, III, 15). La Iglesia es una no sólo de una manera finita y ontológica por la difusión de la gracia plenamente cristiana, de la gracia plenamente cristoconformante en su ser, sino también de una manera infinita e intencional, porque la unidad infinita, la unidad sin límites de la Divinidad que mora en ella, se refleja en las profundidades más secretas de su fe viva y de su amor, como el cielo estrellado en la montaña, entera en cada uno de los justos y entera en todos ellos.

2. Tan sólo sus grandes santos le pertenecen por completo. Ellos constituyen su jardín cerrado, su fuente sellada. No hay ya en ellos lugar para las redes del demonio (1). Abrasados por el Espíritu que les envía Cristo, transformados en una llama de amor en la que se comunican el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, saborean ya en cierto sentido la vida eterna, aun cuando no de manera perfecta, ya que no se lo permite la condición de esta vida (2). Pero esta misma unión

---

(1) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Cántico espiritual*, canción XL, verso 2. Obras completas, 2.<sup>a</sup> edic., Burgos, 1940, p. 641

(2) SAN JUAN DE LA CRUZ, *Llama de amor viva*, canción I, verso 1. Obras completas, 2.<sup>a</sup> edic., Burgos, 1940, p. 646

constituye para ellos algo desgarrador. En efecto, por grandes que sean su intimidad y su unión con Dios, no pueden tener reposo ni goce pleno hasta que no vean su gloria, y por eso suplican que se desgarre el velo que sigue aún separándolos de Dios: «Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad» (3).

En cuanto a los justos que no se ven aún totalmente absorbidos en la Iglesia, cuanto más vivo se hace el amor divino, más intenso se hace también el dolor y la confusión por los pecados anteriormente cometidos, y por los desfallecimientos de cada día. Suspiran por franquear las fronteras de la patria, en la que por fin verán superadas sus propias debilidades, en la que por fin les será concedido el poder amar a Dios sin traición de ningún género, sin desgarro alguno de su ser. Suspiran porque llegue el día en que no les será preciso ver cada día en torno a sí los triunfos del Príncipe de este mundo; en que quedarán disipadas todas las ignorancias invencibles que levantan fronteras insuperables entre las almas de buena voluntad y el deseo de Cristo, que las está llamando a su Iglesia; en que no verán a aquellos que constituyen el objeto de su amor presas de la muerte, ni verán sufrir a los pequeños, ni verán que reina la mentira, o que se cubre la tierra de sangre, de odio, de desesperación, ni se verán precisados a ver hombres que corren hacia su condenación. En todo esto piensan cuando rezan el *Pater*, o cuando hacen suya la exclamación de San Pablo: «*Maranatha*, ¡Ven Señor nuestro!» (*I Cor.*, XVI, 22), o el llamamiento de San Juan: «yo, Jesús....., soy la raíz y el vástago de David, la estrella resplandeciente de la mañana, y el Espíritu y la Esposa dicen: ¡Ven!, y el que esto oye, diga: ¡Ven!» (*Apoc.*, XXII, 16-17).

Esta Iglesia, destinada a llevar la redención hasta el seno mismo del mal, contará fatalmente entre sus miembros con muchos pecadores. Los conserva en su seno, por los dones divinos de que se ven aún adornados, y porque entre tanto que permanecen, queda siempre la esperanza de impedir su perdición definitiva. Así, pues, no se halla sin pecadores, pero se halla libre de pecados, «gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada». Sus fronteras dividen en el fondo de cada uno lo que es del cielo y lo que

---

(3) *Ibid.*, canción I, verso 5. Obras completas, 2.<sup>a</sup> edic., Burgos, 1940, p. 659.



es del infierno; son fronteras que desgarran a los pecadores.

3. *Así es escuchada ya desde este mundo, de manera infalible, la oración de Cristo por la unidad de los suyos.* Es la Iglesia en acto acabado: la Iglesia más o menos llena de ardor a lo largo de los siglos, según sea el ritmo de las efusiones del Espíritu (4), pero que lleva siempre en su corazón un foco de amor inextinguible; más o menos numerosa por lo que a sus miembros se refiere, pero una siempre por la naturaleza de una unidad divina y católica. Es imposible que no llegue hasta el mundo un signo de su misteriosa unidad, a fin de que, si lo desea, pueda «creer», pueda «saber».

**La unidad mutilada o desgarrada.**—1. En el universo de nuestra salvación, la Iglesia en acto acabado, apretada en torno a Cristo, constituye algo así como el centro de la nebulosa. Arrastra en su movimiento a todos aquellos en los que pueda residir la fe viva y la caridad divina, a todos los justos, a todos los salvados que se hallan dispersos en la noche de un error para ellos invencible. Constituyen algo así como la envoltura que está adherida a la nebulosa.

Si tratáramos de ordenarlos según la menor o mayor perfección cristiana de su amor —imaginando en ellos, por pura hipótesis, la misma intensidad del amor—, nos encontraríamos en primer lugar con los justos de las Iglesias ortodoxas disidentes, en los que no se halla plenamente orientada la gracia; después vendrían los bautizados del Protestantismo, en los que no es plenamente sacramental la gracia; a continuación, los justos de los grupos monoteístas que ni siquiera tienen el Bautismo: sectas protestantes, judaísmo, Islam; finalmente, los justos de las religiones precristianas.

En todos estos justos, sépanlo ellos o no, la gracia aspira secretamente a dar con su centro que es Cristo y a formar en torno a sí a la Iglesia en acto acabado. Esto es lo que se quiere dar a entender cuando se dice que pertenecen a la Iglesia en acto tendencial, latente, inicial. Pero en todos estos justos, algunos malentendidos, insuperables para ellos, ponen trabas al movimiento espontáneo de la gracia, le impiden el que se llegue al único lugar en el que podría florecer plenamente. Se ve en ellos como contrariada, como muti-

---

(4) Véase antes, pp. 88-96.

lada; no dará en este mundo frutos plenos. Y la unidad que los relaciona con la Iglesia, por más profunda y divina que sea, se halla a su vez también contrariada y mutilada. Tampoco ella dará en este mundo plenos frutos.

En virtud del movimiento auténtico de la gracia que reside en ellos, estos justos tienden por consiguiente a unirse a Cristo y a la Iglesia por El fundada. Pero debido a su ignorancia invencible, siguen siendo fieles a diferentes formaciones religiosas en las que se halla siempre en peligro su fe. Espiritualmente, a los ojos de los ángeles y de algunos hombres que saben ver, se hallan inicialmente en la Iglesia. Corporalmente, a los ojos de un mundo que se detiene en las apariencias, y a sus propios ojos tapados con un velo, pertenecen a formaciones disidentes como el Protestantismo o la Ortodoxia, al Judaísmo, al Islam, al Brahmanismo, al Budismo. ¡Qué desgarró el suyo, qué tragedia la que viven!

2. Cuanto más se cree en el precio de las gracias que atraen secretamente hacia Cristo y su Iglesia a todo hombre que viene a este mundo, más se cree también en la realidad, en la extensión, en el esplendor oculto de la Iglesia en acto inicial y tendencial: *constituye dicha Iglesia algo así como una tercera realización, realización incoactiva sin embargo, mutilada, desgarrada de la plegaria del Salvador por la unidad*. Y más se sufre ante el pensamiento de tantas ignorancias, que se han hecho invencibles para tantos hombres de buena voluntad, ignorancias que les impiden de manera duradera reconocer el verdadero rostro de la Iglesia. ¡Qué resurrección supondría para el mundo todo si pudiese pasar de golpe la Iglesia en acto tendencial, con todos sus recursos, a la plena luz de la Iglesia en acto acabado!

En cuanto al mundo, no puede menos de tomar ocasión para escandalizarse de la división de quienes invocan a un mismo Dios y a un mismo Cristo, para de esta manera poder ridiculizar la revelación de Dios y de su Cristo. De la misma manera que se aprovecha de las disputas y de las contradicciones de los filósofos para negar la verdad (5).

---

(5) «Quienes no aman la verdad, toman pretexto de la impugnación, de la muchedumbre de quienes la niegan. Y así su error procede de quienes no aman la verdad o la caridad; y de esta manera no hay excusa que les valga». PASCAL, *Pensées*, edit. B., n.º 261.—En presencia de las formaciones disidentes



**El futuro.**—¿Tendrá la ignorancia, invencible siempre, el poder de levantar una barrera tan nefasta entre la Iglesia y el acto tendencial y la Iglesia en acto acabado? ¿Será preciso que se dé siempre en torno a la Iglesia, en acto acabado, una zona tan numerosa de justos —semejantes a los que pudieran en nuestros días llamarse ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, etc.—, que no le pertenezcan más que espiritualmente, con un impulso atenuado, desconociéndola, e incluso combatiéndola a veces? ¿Habrà de seguir escandalizando hasta el fin de los tiempos a los débiles esta división de los creyentes en punto al objeto de la revelación divina, o incluso de los cristianos respecto de Cristo y de su Iglesia? ¿Habrà de seguir presentando pretextos demasiado fáciles a cuantos, la verdad sea dicha, no buscan ni a Cristo ni a su Iglesia? ¿Qué podemos responder a estos problemas tan acuciantes?

1.º Todos sabemos que cuanto más duren las divisiones, más profundo es el foso que separa a las confesiones.

Todo va con el tiempo. La Iglesia no puede conservar el tesoro vivo de la Revelación más que desarrollándolo. Por otra parte, en las formaciones religiosas que se hallan separadas de ella, los principios erróneos que las alimentan van desarrollando de manera inexorable sus consecuencias.

No se trata tan sólo de la persistencia del inmenso blo que, activo siempre, de las religiones precristianas; no se trata tan sólo de la irreductibilidad bimilenaria del judaísmo: se trata también de la aparición tan extraordinaria de una religión posterior al Cristianismo como el Islam que vive desde hace ya trece siglos; se trata del espectáculo del aparente éxito de tan formidables desgarrones como la ortodoxia disidente, que dura desde hace diez siglos, a pesar de una persecución terrible que no ha terminado todavía; o como el Protestantismo que dura, verdad es que modificándose, desde hace cuatro siglos, hechos todos éstos que nos

---

fácil es objetar que el Cristianismo se asemeja a «un río cansado que se acerca al delta». Y fácil es asimismo responder que el cristianismo que es vida, se levanta en medio de sus caídas, ya que la esencia de una tendencia vital, como dice Bergson, consiste «en desarrollarse en forma de gavilla». Conviene, sin embargo, muy en especial cuando nos referimos al reino que no es de este mundo, pasar por encima de las imágenes.

obligan a reflexionar una vez más en la misteriosa respuesta del Amo del campo a sus servidores: «No, no sea que cogiendo la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega.....» (Mt., XIII, 29-30), o sobre las palabras tan extrañas de San Pablo a los Corintios: «Oigo que hay divisiones (*schismata*) entre vosotros; y en parte lo creo, pues es preciso que haya facciones entre vosotros (*haereses*), para que sean manifestados en medio de vosotros quienes son aprobados» (I Cor., XI, 18-19).

¿Qué quiere hacer Dios de nosotros por medio de estos fracasos tan humillantes para nosotros, por estos desgarrones tan dolorosos? ¿Será por ventura necesario que nos veamos censurados de continuo por adversarios de los que es muy posible que muchos lo sean de buena fe, para aprender de esta manera a no confundir en la práctica nuestras miserias, nuestras rutinas humanas, nuestras estrecheces de corazón, nuestras faltas y pecados, con esa Iglesia «gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada», a la que hemos entregado lo mejor de nuestro corazón, pero en la cual estamos aún muy lejos de estar absorbidos? ¿No es preciso que nos veamos provocados continuamente a nuevos exámenes de nuestra fe, para que no nos durmamos en el tesoro de las verdades que nos han sido confiadas? «Cuando se arroja sobre diferentes puntos de la fe católica, escribe San Agustín, la ardiente inquietud de los herejes —y lo que él dice de los herejes puede igualmente valer respecto de los disidentes—, entonces es normal que para defenderse uno contra ellos, se les examine con más cuidado, se les estudie con mayor claridad, se les adoctrine con mayor celo, y cada problema que plantea el adversario se convierta en ocasión de ver con más claridad *et ab adversario mota quaestio, discendi exsistit occasio*» (6). ¿Será que tenemos necesidad de

---

(6) *De civitate Dei*, libro XVI, cap. II. «El hombre hecho para la verdad, tan difícilmente se muestra capaz de ella, tan naturalmente se dirige en pos de lo fácil, que quienes poseen los principios de lo verdadero se abstienen normalmente de adelantar mucho, si ya no se enquistan en fórmulas adquiridas —y no es pequeña virtud el conservar y transmitir fórmulas que encierran la verdad—; y quienes tienen la inquietud por avanzar, desconociendo los principios o llevando su inquietud sobre esos mismos principios, avanzan la mayor parte de las veces hacia el error. JACQUES MARITAIN, *Reflexions sur l'intelligence et sur sa vie propre*, París, 1924, p. 305.



la presencia difusa en torno a nosotros de una Iglesia extensa, en estado latente y tendencial, para recordar continuamente, como los Judíos contemporáneos de Jesús, «que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham e Isaac y Jacob, en el reino de los cielos, al paso que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas de fuera»? (*Mt.*, VIII, 11-12). Para poder comprender la parte, infinita en cierto sentido, que Dios, aunque siga siendo el Dueño absoluto del Universo, puede dejar que tome el mal en su obra, sería preciso conocer cuán insondables son sus juicios e incomprensibles sus caminos, y entrever el Abismo, rigurosamente infinito esta vez, de su Sabiduría y de su Ciencia.

2.º Pero si es verdad que el hombre va dando tumbos de catástrofe en catástrofe, no menos verdad es que el Espíritu Santo no deja de bajar cada vez más para levantarlo. Los santos llegan a decirnos que cuanto más desesperados son los tiempos, más maravillosas son las providencias divinas: «Siempre el Señor descubrió, escribe San Juan de la Cruz, los tesoros de su sabiduría y espíritu a los mortales; mas ahora que la malicia va descubriendo más su cara, mucho los descubre» (7).

¿No será que en los planes de Dios todopoderoso, que puede aprovecharse de los más tremendos males para suscitar bienes adorables, se halla ordenada esta irrupción masiva al proscenio de la historia, por primera vez desde que el mundo existe, de lo que se ha dado en llamar el ateísmo, pero que en realidad es un verdadero antiteísmo, y más en concreto un anticristianismo, a preparar una verdadera reagrupación en gran escala de todos los creyentes? El espíritu lúcido del gran Dragón, del Seductor de la tierra toda, no tiene dificultad alguna en discernir los verdaderos contornos de la Iglesia, el lugar en el que se halla colocada la Mujer vestida de sol. ¿No sucederá por ventura que al arrojarse sobre ella todas las bestias, de manera más salvaje que en el pasado, va a quedar patente a todos los verdaderos fieles el lugar de su verdadera patria?

Lo que nos anuncia San Pablo refiriéndose a Israel, es

---

(7) *Avisos y sentencias*, Obras completas, 2.ª edic., Burgos, 1940, p. 743-744.

decir, que no ha sido excluido más que temporalmente y que será reintegrado un día, para una maravillosa resurrección de la Iglesia (*Rom.*, XI, 12-15) —que acaso tenga lugar mucho antes del fin del mundo, incluso antes de la gran apostasia que ha de preceder en poco a la venida del Salvador (*II Tess.*, II, 3); o acaso al fin del mundo, justamente tras de la gran apostasia (8)—, ¿no podrá valer también para las formaciones disidentes, para todas las formaciones disidentes? ¿No habrá un día en nuestro tiempo terreno en que todos los fieles de Israel y los fieles todos de las disidencias con ellos no formen en torno a Cristo más que una Ciudad predilecta, contra la que suban los ejércitos de Gog y de Magog? (9).

La verdad es que el sentido directo de este pasaje del Apocalipsis es algo diferente: «Y cuando se hubieren acabado los mil años, dice el Apóstol, Satanás será desatado de su prisión y saldrá para extraviar a las naciones que están en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y Magog, a fin de congregarlos para la guerra, cuyo número es como las arenas del mar. Y subieron sobre la anchura de la tierra y cercaron el campamento de los santos en derredor, y la ciudad amada: y bajó fuego del cielo, y los devoró» (*Apoc.*, XX, 7-9). Los mil años representan en primer término la duración del tiempo mesiánico, duración desde el primer advenimiento de Cristo como Salvador hasta el segundo advenimiento de Cristo como Juez. La Ciudad amada es la Iglesia, reunida en torno a Cristo y asaltada con Cristo. Gog y Magog simbolizan todos los sucesivos ataques de la Bestia, ataques que van a conocer su paroxismo sin duda alguna al fin del mundo.

Es muy posible sin embargo que los creyentes de las cuatro extremidades de la tierra, acaso bajo la presión tremenda de los asaltos que les va ser preciso sostener, vean de pronto abrirse sus corazones a la trascendencia y a la humanidad (*Tito* III, 4) de la revelación que nos ha sido dada en Cristo Jesús. Es muy posible que nuestra tierra, antes de ser sumergida en la apocatástasis universal (*Ac.*, III, 21), vea a todos los justos que encierra en su seno unidos abierta-

---

(8) Cfr. *Le royaume de Dieu sur terre*, en *Nova et vetera*, 1935, pp 201-209.

(9) Tal es la visión del fin del mundo que trata de describir VLADIMIRO SOLOVIEV en su *Courte relation sur l'Antéchrist*.



mente para una última floración de la unidad cristiana. Entonces toda la Iglesia en acto tendencial pasará a la plena luz de la Iglesia en acto acabado. *Lo cual constituirá una realización inaudita aún de la plegaria del Salvador por la unidad.* ¿Nos será dado esperarla, en este caso, antes de la gran apostasía, mucho antes del fin del tiempo? ¿O será menester retrasarla hasta después de la gran apostasía, justamente hasta antes del último instante del mundo?

Preguntas éstas que constituyen otros tantos secretos del Salvador y de su providencia sobre su Iglesia. Bien está sin embargo que las meditemos en nuestro corazón para hallarnos de esta manera siempre a disposición de lo que pluguiere a su bondad decidir. Una cosa es cierta, que no tardará: «Sí, vengo pronto».

Y es menester también que le respondamos, con el Espíritu que inunda toda la Iglesia, en la suprema tensión de nuestro común deseo de la unidad final: «Amén. ¡Ven, Señor Jesús!» (*Apoc.*, XXII, 20).





## INDICE ALFABETICO DE NOMBRES PROPIOS

ABRAHAM, 14, 30, 31, *passim*.

AGUSTÍN, San, la ciudad que baja del cielo, 18; las dos ciudades, 326, 328, y los dos amores, 326, 413; el Espíritu Santo alma de la Iglesia, 103, 282; el don de Pentecostés, 87, 402; Cristo mediador, 40, 58; Cristo bautiza incluso por medio de Judas, 254; el poder de orden no puede perderse, 136; la Santísima Virgen, 112, 143; la Iglesia esposa de Cristo, 46, 47; la Iglesia primitiva inundada de milagros, 146; mi estado superior al de Abraham, 31; nuestros méritos son dones de Dios, 61; perdónanos nuestros pecados, 248; los malvados prueban a los buenos, 370; la Iglesia es católica, 400, 401; abraza todas las épocas, 401, 413; es el mundo reconciliado, 53, 391; los bienes del matrimonio, 305, 306; los futuros convertidos, 53; la plegaria de Esteban en favor de Saulo, 224; los justos excomulgados, 257; Job escogido entre los Gentiles, 348; error de buena fe entre los disidentes, 356; la salvación posible fuera del Arca, 360; la herejía, cisma inveterado, 341; utilidad de las herejías, 424.

ALBERTO MAGNO, San, 180.

ALLO, E.-B., unidad de la Iglesia militante y triunfante, 18; los carismas, 74, 170; el carisma de la fe, 100.

AMBROSIO, San, la Iglesia superior a sus santos, 274; el bautismo de deseo, 368; donde se halla Pedro se halla la Iglesia, 415.

ANGELA DE FOLIGNO, Bda., 127.

ATANASIO, San, 40, 41, 222.

AVVAKUM, 400.

BARTH, Karl, 139.

BATIFFOL, Pierre, 136.

BENEDICTO XIIIV, 261-262.

BENEDICTO XV, 395.

BENITO LABRE, San, 284, 295, 298.

BERGSON, Henri, 13, 81, 227, 262 422.

BÉRULLE, Cardenal de, 34, 219.

BEZA, Teodoro, 173.

BLANCHÈRE, Régis, 351, 354.

BLOY, León, 239.

- BOSSUET, la Iglesia superior no a la Escritura, pero sí a las interpretaciones que de ella damos, 173; la Iglesia esposa y cuerpo, 412; la Iglesia, Cristo esparcido y comunicado, 16, 173.
- BRAUN, F.-M., 14.
- BREMOND, Henri, 35, 219.
- CATALINA DE SENA, Santa, 13, 94, 125, 226, 386.
- CALVINO, 173.
- CAYETANO, Cardenal, nuestros méritos tienen su fuente en Cristo, 61; el diaconado, 136; el Papa Vicario de Cristo, 166-167; cabeza de la Iglesia para servir a la caridad, 182; la caridad forma de la Iglesia, 202; el Espíritu Santo realiza la unidad de la Iglesia, 230; la herejía, 338; el cisma, 339; la excomunión, 343.
- CAUSSADE, J.-P., de, 264.
- CHAPOULIE, Mons., 294.
- CHARDON, Louis, 49.
- CHEVALIER, Dom, 96.
- CIPRIANO, San, 173, 368.
- CIRILO DE ALEJANDRÍA, San, el primogénito del Padre, 42; el Emmanuel no podía ser un puro hombre, 58; el don de Pentecostés, 102, 183, 226.
- CIRILO DE JERUSALÉN, San, 316.
- CIRILO Y METODIO, Santos, 180.
- CLEMENTE DE ROMA, San, 136, 155, 188.
- CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, 226.
- CLÉRISAC, Humbert, 182.
- CONGAR, M.-J., 362, 386.
- DANTE, 342.
- DÉMANN, Paul, 353.
- DIDACHE, 131, 135, 213.
- DOMICIANO, 329.
- DOSTOIEVSKI, F.-M., 196.
- DUBLANCHY, E., 347.
- DUCHESNE, Louis, 158.
- ELIADE, Mircea, 344.
- ELISEO DE LOS MÁRTIRES, 228, 258.
- FOCIO, 346.
- FERRY, Paul, 173.
- FOERSTER, F. W., 382.
- FRANCISCO DE ASÍS, San, 95, 322, 386.
- FRANCISCO DE SALES, San, 173, 386.
- FRANCISCO JAVIER, San, 13, 94, 180, 392.
- FRANZELIN, 160.
- FROMMEL, Gaston, 191.
- GALILEO, 257.
- GARDET, Louis, 355.
- GREGORIO MAGNO, San, 146.
- HALLAJ, 354.
- HEGEL, 363.
- HOPKINS, Gérard Manley, 347.
- HORVATH, A., 261.



- HUGO DE SAN VÍCTOR, 278.
- HUTER, Federico, 13, 190, 194.
- IGNACIO DE ANTIOQUÍA, San, 135, 358; el poder del obispo, 159; 161-162, 340, 378; la Iglesia es católica, 378; cisma, 340, 367.
- IGNACIO DE LOYOLA, 386.
- INOCENCIO III, 190.
- IRENEO, San, el conocimiento de los Apóstoles, 143; la regla de la verdad, 158; la paradosis, 400; la catolicidad, 189; donde se halla la Iglesia, se encuentra también el Espíritu de Dios, 90, 189, 199, 283, 368, 415.
- JANSENIO, 345.
- JERÓNIMO, San, 341.
- JOVINIANO, 32, 306.
- JUAN CRISÓSTOMO, San, 90.
- JUAN DAMASCENO, San, 214.
- JUAN DE LA CRUZ, San, la cárcel de Toledo, 96; la actitud respecto de los superiores, 96, 258; cooperar con Dios, 227; el Señor descubre sus secretos, 425; la Llama de Amor viva, 295; la unión del alma transformada, 106-107, 108, 258; míos son los cielos, 335.
- JUAN DE SANTO TOMÁS, 209, 211.
- JUANA DE ARCO, Santa, 13, 180, 258, 259, 284, 302, 386.
- JUGIE, Martín, 359.
- JULIÁN DE ECLANA, 142.
- JUSTINO, San, 408.
- LACOMBE, Olivier, las religiones no abrahámicas, 348; la catolicidad de lo in-forme, 387, 388.
- LAGRANGE, M.-J., la filiación adoptiva, 31; la misión de los setenta discípulos, 123; el poder de las llaves, 130, 408-409.
- LAVIGERIE, Cardenal, 192.
- LEBRETON, Jules, 78, 79.
- LEDRUS, Michel, 348.
- LEÓN MAGNO, San, los poderes jurisdiccionales tienen su fuente en Pedro, 156; el don de Pentecostés, 87.
- LEÓN XIII, la inspiración de la Escritura, 144; el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, 103; el don de Pentecostés, 87; la Iglesia y la sociedad civil, 316, 317, 319, 323, 324, 415.
- LUBAC, Henri de, 47.
- LUIS, San, 284, 302, 322.
- LUTERO, 67, 251.
- MAHOMA, 353.
- MARÍA DE LA ENCARNACIÓN, ursulina, 227, 391.
- MARITAIN, Jacques, el carácter meta-histórico de la redención, 50; cada piedra para la Iglesia, la Iglesia para cada piedra, 336, 337; el catolicismo se goza en todos los bienes, 254; el difícil progreso de la verdad, 224; los diversos estilos de santidad, 386; la mejor apologética, 269; obrar como cristiano y obrar en cuanto cristiano, 301-302, 303, 303-304, 318, 318; medios ricos y medios pobres, 310-312, tolerancia dogmá-

- tica y tolerancia civil, 323-324; una nueva cristiandad, 323-324; el primer acto libre, 334; el significado temporal de la diáspora judía, 354; el significado del ateísmo contemporáneo, 363-364; el pecado, 381.
- MASSIGNON, Louis, 351, 353-354.
- MARX, Karl, 363.
- MENASCE, P.-J., de, maniqueísmo, 186, hassidismo, 350; la actividad misionera, 391-393, 395, 396.
- MERSCH, Emile, la Iglesia pleroma de Cristo, 219; el culto cristiano es mesiánico, 130; la santidad de la Iglesia superior a la de sus santos, 263-264.
- MOEHLER, Juan Adan, «Tu es Petrus», 153-154; el desarrollo homogéneo del Cristianismo, 403; la catolicidad de la Iglesia, 402-403.
- MONCHANIN, Jules, 406.
- MÓNICA, Santa, 115.
- NAUTIN, P., 240.
- NERÓN, 329.
- NEWMAN, J.-H., las efusiones del Espíritu, 96; la nota de la catolicidad, 187, 402; sus proyectos para la conversión de Inglaterra, 182; la Iglesia Anglicana, 358-359; la ignorancia invencible en las personas cultivadas, 347; la religión natural, 343.
- NICETAS DE REMESIANA, 236.
- ORÍGENES, 237, 368.
- PASCAL, Blas, la perennidad de la Iglesia, 190, 193; los velos que cubren a Dios, 290; las profecías, 409; los que no aman la verdad, 422.
- PASTOR, Luis, 179.
- PETERSON, Erich, el martirio, 220, 221, 222.
- Pío IX, 112.
- Pío XI, el tratado de Letrán, 178; la Acción Católica, 296-297; los partidos políticos, 300; el fin de las misiones, 394, 319, 329.
- Pío XII, el Espíritu Santo, alma de la Iglesia, 104; la inhabitación del Espíritu Santo en el cielo y en este mundo, 105; la Iglesia Inmaculada, 226, 252; la Iglesia corredentora, 226; la Iglesia formada desde lo alto hacia abajo, 166; definición del apostolado de los seglares, 303, 313; la obra misionera, 393; el bautismo de deseo, 368.
- POLICARPO, San, 188, 189, 202-203, 378.
- PRAT, Ferdinand, 48.
- QUESNEL, 251.
- RENAN, Ernesto, 409.
- RESCH, P., 205.
- ROSANOV, Vassilij, 196.
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, 124.
- SCHEEBEN, M.-J., 63.
- SOLOVIEV, Vladimir, la palabra de Cristo a Pedro, 152; la transmisión del poder de Cristo a sus sucesores, 169; el desarrollo vital de la Iglesia,



- 172; el fin del mundo, 425.
- SPINOZA, 410.
- SUHARD, Cardenal, 294.
- TAULER, la unión del alma transformada, 108; la gente buena y los amigos de Dios, 226, 227, 231-233.
- TEODORO DE BEZA, 173.
- TERESA DE AVILA, 13, 95, 180.
- TERESA DE LISIEUX, el deseo del martirio, 316; la comunión de los santos, 237; el corazón de la Iglesia, 198, 199, 314-315.
- TERTULIANO, el poder de orden, 135; la prescripción, 187-188.
- TOMÁS DE AQUINO, Santo, El Espíritu Santo, corazón y alma de la Iglesia, 83-84; llena la Iglesia, 92; mora en ella, 98, 106; Cristo nos hace partícipes de una redención, 58; todos resucitarán por El, 41; el mérito, 58, 65; la satisfacción sobreabundante de Cristo, 58, 63; la acción por contacto, 78, 127; la filiación adoptiva, participación de la filiación divina, 207; los dos fines de la gracia en Cristo, 119; el consentimiento de la Virgen en la Anunciación, 119; Dios dirige al inferior por el superior, 125-126; Pedro y Pablo iguales en cuanto Apóstoles, 151; el Obispo cabeza de la Iglesia, 159; la profecía privada, 180, 181; el primer acto libre, 333-334; las dos verdades primordiales, 332; el fundamento de nuestra fe, 337; el alma causa eficiente, formal, final, 104, 241; la ley nueva consiste principalmente en la gracia, 19; la gracia sacramental, 209-210; el mérito de congruo, 223; la santidad, 213; principiantes, proficientes, perfectos, 279; la comunión en los bienes de la Iglesia, 238; la comunión con el Purgatorio, 238; cada uno para el todo y el todo para cada uno, 235-236; los diversos estatutos de la misma Iglesia, 387; la ley de la naturaleza, 343; la libertad de escoger los consejos evangélicos, 305; los bienes del matrimonio, 305-307; el cisma, 334-335; la excomunión, 342; la unión de la visión beatífica, 105.
- TOMÁS MORO, Santo, 386.
- TONQUÉDEC, J. de, 399.
- TOUKARAM, 348.
- TORQUEMADA, 230.
- TYSZKIEWICZ, S., 196.
- VERDIER, cardenal, 297.
- VICENTE de Lerín (San), 188.
- VITORIA, Francisco de, 346-347.
- ZWINGLIO, Ulrich, 25.





## INDICE DE MATERIAS

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                | Página |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| PRÓLOGO. ....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  | 7      |
| CAPÍTULO I                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                     |        |
| PRESENTACION PRIMERA DE LA IGLESIA                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                             |        |
| I.—Naturaleza de la Iglesia.—1. <i>¿Cómo contemplar a la Iglesia?</i> —Tres miradas a Jesús.—Tres miradas sobre la Iglesia. ....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               | 12     |
| 2. <i>Los diferentes nombres de la Iglesia.</i> —Pueblo de Dios.—Iglesia.—Cuerpo de Cristo.—Esposa de Cristo.—Reino de Dios.—Ciudad de Dios.—Primeras definiciones de la Iglesia .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 19     |
| 3. <i>La Iglesia misteriosa y visible.</i> —El alma invisible de la Iglesia da forma a su cuerpo.—La Iglesia reclama al hombre entero, pero precisamente en cuanto se halla ordenado a la vida eterna.—Cristo confía a los poderes jerárquicos visibles el poder de dispensar a los hombres los misterios ocultos de su gracia y de su verdad.—La Iglesia semejante a Cristo.—El espiritualismo de la Encarnación.—La Iglesia es tanto más espiritual cuanto más visible.—La Iglesia del Verbo encarnado. .... | 25     |
| II.—Los diversos estados de la Iglesia a lo largo del tiempo.—1. <i>La edad del Padre, o el régimen anterior a la Iglesia.</i> —El universo de la Creación.—La edad del Padre.—Lo que subsiste del universo de la creación. . .                                                                                                                                                                                                                                                                                | 28     |
| 2. <i>La edad de Cristo esperado, o el primer régimen de la Iglesia.</i> —El universo de la redención.—Ley de la naturaleza y ley mosaica.—La doble mediación de los sacramentos y de la profecía.—«Abraham es mejor que yo, pero mi estado es mejor que el suyo».—La mediación es un camino, no un obstáculo.—Los dos pueblos no constituirán más que un único pueblo.                                                                                                                                        | 32     |

3. *La edad de Cristo presente o la formación de la Cabeza de la Iglesia.* Preparando la Encarnación.—La misión visible del Hijo desemboca en Cristo Cabeza de la Iglesia.—El tiempo de la presencia de Cristo.—La gracia plenamente cristiana.—La efusión plena de la gracia. . . . . 35
4. *La edad del Espíritu Santo o el régimen actual de la Iglesia.*—La edad del Espíritu viene a cumplir, no a abolir la edad del Hijo.—¿Cuál es la razón de que hubiera de abandonarnos Cristo?—La época del Espíritu Santo es la época de la Eucaristía y de la jerarquía . . . . . 38

## CAPÍTULO II

## CRISTO, CABEZA DE LA IGLESIA

- I.—*La Iglesia, primicias del universo reunido en torno a Cristo.*—1. *Dios se hace hombre para hacer al hombre partícipe de la naturaleza divina.*—El misterio único de la Encarnación redentora.—La Encarnación da comienzo a nuestra reconciliación.—A través de la naturaleza individual de Cristo, queda afectada de hecho toda la naturaleza humana.—Toda la creación se halla sobreelevada.—El Unigénito convertido en Primogénito entre muchos hermanos. . . . . 42
2. *Cristo se desposa con la humanidad.*—La humanidad toda convidada a las nupcias.—Fundamentos escriturísticos.—Textos de San Agustín . . . . . 44
3. *Cristo se incorpora la humanidad.*—La vid y los sarmientos.—La cabeza y el cuerpo.—El cuerpo místico.—Una persona única . . . . . 48
4. *La recapitulación del universo en Cristo.*—Qué es la recapitulación.—El carácter cósmico de la Iglesia y la ley de distinción de lo espiritual y de lo temporal.—Dos ciudades que se enfrentan.—La Iglesia reclama a todo el hombre y a todos los hombres, pero siempre mirando a los fines eternos.—La Iglesia es el mundo que se reconcilia con Dios . . . . . 53
- II.—*La Iglesia rescatada por la Pasión de Cristo.*—1. *La redención de Cristo, nuevo Adán.*—Mediación ascendente y mediación descendente de Cristo.—Solidaridad en Adán y solidaridad en Cristo.—El pecado, mal del hombre y ofensa de Dios.—Ofensa infinita y compensación infinita.—Cristo nos hace partícipes de una Redención, más bien que de una liberación. . . . . 58
2. *El mérito de Cristo y de la Iglesia.*—La paradoja de la Redención:



Dios obligado en justicia a usar de misericordia.—El mérito de Cristo se difunde en sus miembros.—Nuestros méritos son dones de Dios.—La Iglesia merece en Cristo el acrecentamiento de su amor y la conversión del mundo. . . . . 61

3. *La satisfacción de Cristo y de la Iglesia.*—La satisfacción dolorosa de Cristo.—Su sobreabundancia.—Cómo se comunica la satisfacción de Cristo a sus miembros. . . . . 64

4. *La apropiación de la redención de Cristo por parte de la Iglesia.*—La Redención de Cristo imputada en principio a todos los hombres.—El fundamento válido y el error de la doctrina luterana de la apropiación.—La doctrina católica de la apropiación. . . . . 66

**III.—La Iglesia formada por la gracia de Cristo.**—1. *La gracia capital de Cristo.*—La gracia capital.—Los tres privilegios de la gracia capital.—Dios se sirve de Cristo como de un instrumento para esparcir las riquezas de la gracia capital. . . . . 68

2. *El sacerdocio de Cristo y de la Iglesia.*—El sacerdocio de Cristo.—El sacrificio de Cristo.—La participación de los fieles en el culto inaugurado por Cristo . . . . . 71

3. *La realeza de Cristo y de la Iglesia.*—Jesús Rey y profeta.—Necesidad de la predicación oral.—Esta predicación no será interrumpida.—Profecía jerárquica y profecía privada.—Papel real y profético de la Iglesia. . . . . 75

4. *La santidad de Cristo y de la Iglesia.*—La santidad, privilegio supremo de Cristo.—Constituye la riqueza suprema de la Iglesia.—Llega a nosotros por Cristo.—¿Qué es la gracia?—Las perfecciones de que se halla adornada la gracia en Cristo.—La acción de Cristo a distancia y la acción de Cristo por contacto.—La gracia que nos hace plenamente conformes a Cristo.—La gracia de la redención es superior a la gracia de la inocencia.—Influjo profundo, pero aparentemente precario de la gracia de la redención. . . . . 81

### CAPÍTULO III

#### EL ESPÍRITU SANTO EN LA IGLESIA

Cristo es el centro visible; el Espíritu Santo, el centro invisible; el corazón, el alma de la Iglesia. . . . . 84

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>I.—Las misiones de las Personas divinas, fuente suprema de la vida de la Iglesia.</b> —En la Trinidad residen las fuentes de la vida de la Iglesia.—Las misiones visibles del Hijo y del Espíritu.—La efusión de Pentecostés es cristoconformante.—Las misiones invisibles. ....                                                                                                                                                                        | 86  |
| <b>II.—El Espíritu Santo, causa eficiente de la Iglesia.</b> —El Espíritu Santo, alma de la Iglesia.—El es el supremo sujeto responsable de las actividades de la Iglesia.—La rige conforme a una Providencia especial.—El Espíritu Santo mueve y llena a la Iglesia.—El diálogo del Verbo y del Espíritu, del Esposo y de la Esposa. ....                                                                                                                 | 96  |
| <b>III.—El Espíritu Santo, huésped de la Iglesia por la presencia de Inhabitación.</b> —La presencia de inhabitación en el cielo.—La presencia de inhabitación en la tierra.—La presencia de inhabitación es atribuida por apropiación al Espíritu Santo.—Relaciones entre la gracia y la inhabitación.—La inhabitación colectiva plena del Espíritu.—La gracia plena de Cristo está llamando la plena inhabitación del Espíritu ....                      | 101 |
| <b>IV.—El Espíritu Santo, Alma increada de la Iglesia.</b> —1.º La mueve desde el exterior como un principio causal y eficiente.—2.º Es el Huésped a recibir al cual se halla ella destinada.—3.º Es el Alma de la Iglesia: en el cielo por la transformación del conocimiento operada por la visión beatífica; aquí por la transformación del amor operada por la caridad.—El testimonio de los místicos.—Fundamentos escriturísticos de esta doctrina .. | 109 |

## CAPÍTULO IV

## LA VIRGEN EN LA IGLESIA

|                                                                                                                                                                                                                                      |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>I.—La Virgen, digna Madre de Dios.</b> —La razón de la maternidad divina de María.—La maternidad divina, causa de todos los privilegios de la Virgen.—Relaciones entre la doctrina de la Virgen y la doctrina de la Iglesia ..... | 112 |
| <b>II.—La Virgen, suprema realización de la Iglesia.</b> —La pureza en la Iglesia y en la Virgen.—La Corredención en la Iglesia y en la Virgen.—La glorificación de la Iglesia y de la Virgen. ....                                  | 116 |
| <b>III.—El puesto de la Virgen en el tiempo de la Iglesia.</b> —Los santos del Evangelio dependen de la edad de la espera de Cristo o de la edad del Espíritu Santo.—Es privilegio de la Virgen el depender de la edad de            |     |



|                                                                                                                                                                   |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| la presencia de Cristo.—En la Virgen se condensa e intensifica la gracia colectiva de toda la Iglesia.—La Virgen en Pentecostés.—Toda la Iglesia es Mariana. .... | 120 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

## CAPÍTULO V

### LA JERARQUIA APOSTOLICA

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                          |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>I.—El papel de la Jerarquía.</b> —La cadena de la apostolicidad.—El porqué de la Jerarquía.—Una respuesta de orden general.—La respuesta inmediata: dos acciones de Cristo, una a distancia, otra por contacto.—Preeminencia de la acción por contacto.—La acción por contacto que prosigue con la Jerarquía.—La Jerarquía evacuada al cielo.—Dos clases de poderes jerárquicos. .... | 128 |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>II.—El poder de orden.</b> —1. <i>El poder cultural común a todos los miembros de la Iglesia.</i> —Sacerdocio supremo de Cristo y sacerdocio ministerial de los cristianos.—El culto cristiano.—El culto cristiano es mesiánico y escatológico.—El ejercicio válido del culto cristiano supone un poder cultural conferido por consagración.—El poder cultural de los bautizados y de los confirmados.—Distinción entre los caracteres sacramentales y las gracias sacramentales.—Consagración cultural y santidad moral.—El sacerdocio de los fieles. .... | 133 |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                        |     |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 2. <i>El poder de orden.</i> —La naturaleza del poder de orden.—Sus fundamentos escriturísticos.—Fundamentos patrísticos.—Divisiones y grados del poder de orden. .... | 136 |
|------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                           |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 3. <i>Papel que desempeña el poder de orden en la Iglesia.</i> —Es Jesús en persona quien, a través de sus ministros, bautiza o consagra.—Las grandezas de la Jerarquía al servicio de las grandezas de la santidad. .... | 139 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| <b>III.—El poder pastoral de jurisdicción.</b> —1. <i>Los privilegios de los Apóstoles en cuanto fundadores de la Iglesia.</i> —La Iglesia fundada en primer lugar por Cristo, y secundariamente por los Apóstoles.—Los Apóstoles, testigos oculares de la vida y de la resurrección de Jesús.—Los Apóstoles promulgan determinados sacramentos.—Tienen un conocimiento profético excepcional de la sustancia de la Revelación cristiana.—Se ven socorridos por la inspiración verbal o escriturística para enseñar el depósito que les ha sido confiado.—Su poder extraordinario de organización y de gobierno.—El don de los milagros.—Intransmisibilidad de los privilegios apostólicos. .... | 146 |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

2. *El privilegio jurisdiccional transapostólico de Pedro.*—Los tres grandes textos evangélicos.—Pedro va a fundar la Iglesia de una manera nueva.—Pastor de las ovejas de Cristo.—El privilegio transapostólico es transmisible.—El Primado de Pedro es jurisdiccional.—Una divergencia pasajera entre Pedro y Pablo.—La doctrina del Concilio Vaticano sobre el Primado de Pedro.—Un texto de Soloviev.—El misterio de la Encarnación en sus relaciones con la Eucaristía y con el Primado de Pedro... 153

3. *Los Obispos, sucesores de los Apóstoles.*—Los Apóstoles reciben a un tiempo los poderes intransmisibles, necesarios para fundar la Iglesia, y ciertos poderes intransmisibles, necesarios para conservarla.—El paso de la edad apostólica a la edad postapostólica.—La sucesión apostólica: el mandato de Cristo se extiende a los sucesores de los Apóstoles.—El nacimiento del Episcopado.—La regla de la verdad según San Ireneo.—El Episcopado se halla colocado al frente de una Iglesia particular.—Los poderes del Obispo como pastor de su rebaño particular.—El Obispo no es Jefe más que en nombre de Cristo ..... 161

4. *La jurisdicción universal o soberana del Papa.*—La razón providencial de una jurisdicción soberana.—El poder *particular* de los Obispos se halla regulado, y limitado a veces, en su ejercicio por el poder universal.—La jurisdicción *colegial* de los Obispos unidos al Papa.—Fundamentos escriturísticos.—El testimonio del pasado.—El único régimen de derecho divino.—La jurisdicción del Papa es plena, inmediata, propia u ordinaria.—El sucesor de Pedro es el Obispo de Roma.—La Iglesia Romana, nombre de humildad de la Iglesia universal ..... 168

5. *Las tareas o instancias del poder jurisdiccional y la asistencia del Espíritu Santo.*—El poder de orden es de por sí infalible, pero el poder de jurisdicción sería falible sin la asistencia divina.—Hesitación humana y asistencia divina.—Tres tareas o instancias del poder jurisdiccional.—1. *El poder declarativo* es el encargado de transmitir de generación en generación el depósito divino recibido por la Iglesia primitiva.—El depósito no se transmite más que haciéndose más explícito.—El magisterio se halla por encima no de la Palabra de Dios, sino de las interpretaciones que dan los hombres de esta Palabra.—La asistencia prometida al poder declarativo es propia y absoluta.—El asentimiento de fe teologal.—Lo que es definido como irrevocable, sin serlo como revelado.—2.º *El poder canónico* anuncia el mensaje secundario de la Iglesia. Su naturaleza.—Fundamento escriturístico.—La asistencia prudencial del poder canónico.—Las medidas de orden general y las medidas de orden parti-



cular.—Asistencia prudencial infalible y asistencia prudencial falible.—  
Fe divina y fe eclesiástica.—3.º *El plano de la asistencia empírica* de la  
Iglesia.—Formas jerárquicas y formas privadas de la profecía.—Con-  
clusión sobre los poderes jurisdiccionales . . . . . 183

**IV.—La Apostolicidad, propiedad misteriosa y nota milagrosa de la  
Iglesia.**—A. La Apostolicidad incluye verticalmente una mediación, y  
horizontalmente una sucesión.—La *propiedad misteriosa* de la Apostoli-  
cidad.—Las propiedades son misteriosas, las notas milagrosas . . . . . 186

B. La Apostolicidad, como *nota o signo milagroso* de la verdadera  
Iglesia.—1.º La Apostolicidad, como signo *míxto*, o el argumento de  
prescripción.—Continuidad de la Jerarquía.—Continuidad del Primado  
jurisdiccional.—2.º La Apostolicidad como signo *puro*, o el milagro de la  
constancia de la Iglesia.—Constancia de la Jerarquía.—Constancia de la  
doctrina.—Constancia de la comunión social.—El argumento de la estabi-  
lidad de la Iglesia puede ser captado por el mismo sentido común.—  
3.º La estructura apostólica de la Iglesia *había sido ya profetizada* en el  
Nuevo Testamento. Conclusión. . . . . 196

## CAPÍTULO VI

### EL ALMA CREADA DE LA IGLESIA

**I.—El Alma de la Iglesia.**—1. *La naturaleza del alma creada de la  
Iglesia.*—La Iglesia, en cuanto que brota de la Jerarquía, es santa.—  
El Alma increada y el alma creada de la Iglesia.—El alma de la Iglesia  
es la caridad en cuanto cultural, sacramental y orientada.—¿Puede ser  
la caridad el alma de la Iglesia? . . . . . 200

2. *La caridad en cuanto cultural.*—La caridad cristiana se halla centra-  
da en el sacrificio de la Cruz.—Toda la oración de la Iglesia es cultural. . . . . 204

3. *La caridad en cuanto sacramental.*—El contacto de Cristo y la  
caridad sacramental.—La caridad sacramental es connatural, filial,  
plena.—División de las gracias sacramentales.—Diversidad de las gracias  
sacramentales.—La gracia sacramental de la Eucaristía.—La Eucaristía,  
foco de toda la caridad sacramental. . . . . 213

4. *La caridad en cuanto orientada.*—El influjo interior y la enseñanza  
exterior de Cristo.—Los valores de la profecía se hallan al servicio de los

|                                                                                    |     |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| valores de la caridad.—La interiorización de las directivas jurisdiccionales ..... | 216 |
|------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                       |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 5. <i>La doble unidad de la Iglesia: unidad de conexión y unidad de orientación.</i> —La unidad mística de conexión y la unidad profética de orientación.—La unidad de comunión ..... | 217 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| II.— <i>Itinerario de la Iglesia.</i> —Los cristianos arrastrados en pos de Cristo. La doctrina de San Pablo.—La gracia cristiana tiende a imprimir en el cuerpo místico la semejanza de los estados interiores de Cristo. La gracia cristiana y la inclinación al martirio.—El concepto de martirio es esencial a la definición de la Iglesia presente.—La misión corredentora de la Iglesia.—Fundamentos revelados de la noción de actividad corredentora.—Miembros redimidos y miembros corredentores..... | 226 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                         |     |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| III.— <i>La comunión de la Iglesia.</i> —1. <i>Los factores de unidad.</i> —La unidad plena de la Iglesia.—La intercomunicación de los cristianos.—El Espíritu Santo, supremo principio de unidad ..... | 230 |
|---------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 2. <i>La interdifusión espiritual de la caridad.</i> —El aspecto espiritual de la caridad.—La caridad trata de levantar lo que se lleva a cabo en otras partes con un amor más débil.—La caridad pide ser elevada por lo que otros realizan con un más intenso amor.—Cada uno se halla en el todo y el todo en cada uno. .... | 234 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                               |     |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 3. <i>La comunión de los santos.</i> —La comunión de los santos es uno de los nombres con que se denomina a la Iglesia.—El vínculo de esta comunión lo constituye la caridad.—Esta comunión franquea la barrera de los mundos.—La comunión en el espacio y en el tiempo.—Los cristianos, centro de la comunión espiritual del mundo entero.—El Símbolo de los Apóstoles ..... | 240 |
|-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|

## CAPÍTULO VII

## LA SANTIDAD DE LA IGLESIA

I.—*La santidad en cuanto realizada en la Iglesia.*—1. *La Iglesia, que no se halla sin pecadores, se halla, sin embargo, sin pecado.*—La Iglesia no se halla libre de pecadores.—Y sin embargo la Iglesia se ve libre



de pecado.—La Iglesia se inquieta por el pecado.—La Iglesia, aun cuando no peca, se arrepiente y se convierte.—La Iglesia pide no pecar jamás.—En qué sentido pide ser purificada.—¿Cómo circunscribe el historiador a la Iglesia?—¿Cómo define el teólogo a la Iglesia?—La Iglesia es inmaculada.—Un paso adelante en Ecclesiología ..... 251

2. *Cuanto de verdadera santidad hay en el mundo se refiere a la Iglesia de Pedro.*—Las dos zonas de la Iglesia, acabada una de ellas, inicial la otra.—Los verdaderos bienes de los disidentes son bienes de la Iglesia.. 253

## II.—La santidad en cuanto tendencial en los poderes jerárquicos.—

1. *La santidad intrumental de los poderes de orden.* ..... 254

2. *La santidad ministerial de los poderes de jurisdicción.*—El poder de orden es estrictamente instrumental, el poder de jurisdicción tan sólo ministerial.—Necesidad de una asistencia de los poderes de jurisdicción. Grados en esta asistencia.—¿Por qué es falible la asistencia en el sector de las directivas particulares y biológicas?—La actitud cristiana frente a los posibles fallos del poder canónico.—Cómo se hallan desautorizados por las instancias canónicas superiores, ya de antemano, los fallos de las instancias canónicas inferiores.—La Iglesia se halla libre de mancha y arruga ..... 260

III.—La santidad como propiedad y nota de la Iglesia.—1. *Naturalidad y definición de la santidad de la Iglesia.*—La santidad pasa de Cristo a la Virgen, a la Iglesia y a los fieles.—La santidad es caridad.—¿Cómo se puede circunscribir y reconocer la santidad de la Iglesia?. ..... 262

2. *El misterio de santidad de la Iglesia.*—La santidad de la Iglesia es superior a la de cada uno de sus hijos.—Toda la santidad de la Iglesia es evangélica ..... 264

3. *El milagro de la santidad de la Iglesia.*—La santidad de Cristo queda maravillosamente manifestada en el orden físico y en el orden moral.—La santidad de la Iglesia queda asimismo manifestada a su vez tanto en el orden físico como en el orden moral.—Tres signos de la santidad de la Iglesia: la proclamación de la grandeza de Dios, el deseo de unirse a Dios, el movimiento para dar Dios a los hombres.—No juzgar a la Iglesia por lo que no es.—La santidad de la Iglesia había sido ya profetizada. .... 269

## CAPÍTULO VIII

## EL CUERPO DE LA IGLESIA

**I.—La naturaleza del cuerpo de la Iglesia.**—La Iglesia es un compuesto de alma y cuerpo.—A semejanza de Cristo, la Iglesia, que es su Cuerpo místico, está compuesta de espíritu y carne, de visible e invisible.—La envoltura corporal de Cristo y la envoltura corporal de la Iglesia.—La unión del alma y del cuerpo en la Iglesia.—Elementos constitutivos y elementos adyacentes del cuerpo de la Iglesia.—Definición del cuerpo de la Iglesia en función de sus elementos *constitutivos*.—Son de tres clases las actividades visibles que manifiestan a la Iglesia: actividades proféticas, actividades culturales, actividades de santidad.—Los elementos *adyacentes* del cuerpo de la Iglesia.—Pueden dividirse estos elementos en diversas categorías.—¿Con qué certeza podemos señalar el cuerpo de la Iglesia?.....

277

**III.—Tres propiedades del cuerpo de la Iglesia.**—1. *El cuerpo de la Iglesia se extiende lo que el alma de la Iglesia.*—El principio de coextensividad y el *alma creada* de la Iglesia.—Donde se halla el alma de la Iglesia, se halla también su cuerpo.—El modo de presencia del alma de la Iglesia determina el modo de vivificación de su cuerpo; y a la inversa, éste nos anuncia la presencia de aquélla.—Allí donde aparece algo del alma de la Iglesia, aparece algo de su cuerpo.—El principio de coextensividad y el *Alma increada* de la Iglesia.—La obra de Cristo prepara la venida plena del Espíritu.—Allí donde se halla la Iglesia, se halla el Espíritu; donde se halla el Espíritu, se halla asimismo la Iglesia. El influjo vivificador del Espíritu Santo se ejerce por una parte incluso en los bautizados pecadores; por otra parte incluso en los justos no bautizados.....

283

2. *La Iglesia tiene su propio cuerpo distinto de las demás formaciones temporales y religiosas.*—La Iglesia tiene su propio cuerpo distinto de las formaciones temporales.—La Iglesia educadora de las naciones.—La Iglesia tiene su propio cuerpo distinto de los cuerpos de las demás formaciones religiosas.....

286

3. *Por su parte toda la Iglesia es visible en transparencia.*—La transparencia en Cristo y en la Iglesia.—La transparencia en Cristo.—La transparencia en la Iglesia.—«Todas las cosas son velos que cubren a Dios».....

289



**III.—El Cuerpo de la Iglesia es orgánico y diferenciado.**—1. *Actividades eclesiales jerárquicas y no jerárquicas.*—Actividades eclesiales o espirituales.—Actividades profanas o temporales. . . . . 292

2. *El estado de vida de los clérigos.*—Los clérigos se hallan consagrados a las funciones jerárquicas.—Los clérigos se hallan por un nuevo título consagrados a las actividades santificadoras.—Los clérigos se ven libres en la medida de lo posible de actividades temporales o seculares.—Los clérigos «han de convivir y sufrir con el pueblo». . . . . 293

3. *El estado de vida de los laicos.*—Los laicos se hallan consagrados a todas las actividades eclesiales no jerárquicas.—Papel del laicado en la Iglesia.—La Acción Católica.—La Acción cívica católica.—Además de las actividades eclesiales, los seglares han de ejercer «como cristianos» la mayor parte de las actividades profanas.—Los cristianos, como miembros de la «ciudad terrena», han de «convivir con el pueblo».—El llamamiento de Pío XII a los seglares . . . . . 303

4. *Los otros estados de vida cristiana.*—Matrimonio y celibato.—Vida «común» y vida «perfecta». . . . . 308

5. *Otras diferenciaciones que se refieren a los estados de la vida cristiana* . . . . . 313

**IV.—La Ciudad de Dios y el mundo.**—1. *La Ciudad de Dios y las ciudades del mundo.*—El plano de lo espiritual y el de lo temporal.—Estos dos planos son distintos, pero no se hallan separados.—Subordinación general de lo temporal a lo espiritual.—Obrar «en cuanto cristianos» y obrar «como cristianos».—Intervenciones directas de lo espiritual en lo temporal.—El cristianismo y las cristiandades.—La cristianidad medieval.—Una cristiandad nueva . . . . . 323

2. *La Ciudad de Dios y la ciudad del mal.*—Las dos ciudades «místicas».—La tercera ciudad. . . . . 327

## CAPÍTULO IX

### LA PERTENENCIA A LA IGLESIA

1. *El primer encuentro con la Iglesia.*—El estado pleno y los estados imperfectos de la Iglesia.—Este encuentro con la Iglesia es inevitable no bien despierta uno a la vida moral.—El contenido del mensaje revelado.—La primera presentación del mensaje revelado . . . . . 333

|                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                  |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 2. <i>Los pecados que desgarran la Iglesia y la pena de excomunión.</i> —El pecado de infidelidad.—El pecado de herejía.—El pecado de cisma. La pena de excomunión .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                         | 341 |
| 3. <i>Las diversas formaciones religiosas en su relación con la Iglesia.</i> —Las formaciones religiosas normales.—Las formaciones religiosas desviadas y la multiplicidad actual de religiones.—¿Es siempre el pecado el principio de estas desviaciones, o puede simplemente constituir el error dicho principio?—¿Cuándo se halla suficientemente propuesto el mensaje católico?—Las desviaciones religiosas de origen precristiano. La desviación religiosa del Judaísmo.—El Islam .....                                                                                                     | 351 |
| 4. <i>Las religiones cristianas disidentes.</i> —La dialéctica interna de una Iglesia herética tiende a transformarla en iglesia disidente.—La forma de una iglesia disidente.—La Iglesia anglicana.—La Iglesia ortodoxa no es cismática, sino disidente.—Los miembros de una iglesia disidente.—Las iglesias separadas y la Iglesia de la que se han separado .....                                                                                                                                                                                                                             | 362 |
| 5. <i>Las formaciones aleas</i> .....                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                                            | 363 |
| 6. <i>El axioma «Fuera de la Iglesia no hay salvación».</i> —Según el Nuevo Testamento, la salvación se realiza por la incorporación a Cristo y a la Iglesia.—Tres precisiones del Evangelio.—El misterio del axioma.—El axioma en los Padres.—El deseo del Bautismo según San Ambrosio.—El axioma en el Magisterio eclesiástico.—Explicación del axioma.—El régimen de pertenencia manifiesta.—El régimen normal de pertenencia latente antes de Cristo.—El régimen anormal de pertenencia latente tras la venida de Cristo.—La distinción entre «católicos» y «no católicos».—Conclusión ..... | 375 |

## CAPÍTULO X

## LA UNIDAD CATOLICA

|                                                                                                                                                                                                              |     |
|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| 1.— <i>El misterio de la unidad católica.</i> —1. <i>Definición de la unidad católica.</i> —Definición etimológica.—Definiciones teológicas.—La unidad católica es esencialmente una unidad de caridad. .... | 379 |
| 2. <i>La unidad católica se halla «en» este mundo sin ser «de» este mundo.</i> La unidad católica no es «de» este mundo.—La unidad católica se halla «en» este mundo. ....                                   | 381 |
| 3. <i>La unidad católica se halla realizada por su esencia, y en un perpetuo hacerse por razón de su dinamismo.</i> —El misterio de la Encarnación,                                                          |     |



realizado en un primer instante, va desplegándose hasta el día de la Ascensión.—El misterio de la Iglesia, realizado en Pentecostés, va manifestándose hasta la Parusía.—La catolicidad extensiva o la expansión de la Iglesia.—La expansión de la Iglesia la revela a sí misma.—Las múltiples virtualidades de la gracia eclesial.—La integración en la Iglesia de los elementos cristianos o «vestigios» que se dan en las Iglesias disidentes pueden exigir no pocas renunciaciones.—La seudocatolicidad de lo informe ..... 388

4. *Misionología*.—El dinamismo misionero de la Iglesia tiene su fuente en las misiones divinas.—El dinamismo misionero se halla adosado a la catolicidad esencial de la Iglesia.—1.º El *principio* de la actividad misionera.—2.º El *fin* de la actividad misionera.—3.º El *medio* en que se desarrolla la actividad misionera.—Definición de las Misiones. 397

II.—El milagro de la unidad católica.—1. *El hecho de la unidad católica*.—Es un hecho colectivo de carácter milagroso.—El milagro de la unidad católica en los Padres.—Testimonios de Newman y de Moehler. 402

2. *Los aspectos de la unidad católica*.—La unidad de culto.—La unidad de orientación.—La unidad de comunión en la caridad o la catolicidad de la santidad. .... 407

3. *La catolicidad de la Iglesia se hallaba ya profetizada*.—Perspectiva mixta.—Perspectiva meramente racional. .... 409

## CAPÍTULO XI

### DEFINICIONES DE LA IGLESIA

1. *Definiciones mayores*. .... 411

2. *Definiciones menores*.—Definiciones generales. Definiciones de la Nueva Ley.—Definición comparativa.—Conclusión ..... 415

### CONCLUSIÓN

#### «QUE SEAN TODOS UNO»: LAS DIVERSAS REALIZACIONES DE LA PLEGARIA DEL SALVADOR POR LA UNIDAD

La unidad sin sombra de desgarró.—La unidad que desgarró, pero no está desgarrada.—La unidad mutilada o desgarrada.—El futuro... 423

Indice de nombres propios. .... 429

Indice de materias ..... 435